JORDI WILD

EL RINCÓN DE GIORGIO

SUEÑOS DE ACERO Y NEÓN

En un futuro dominado por las corporaciones, él podría cambiarlo todo

Los personajes que protagonizan este relato sobreviven en una sociedad en decadencia a la que, no obstante, lograrán devolver la posibilidad de un futuro.

Año 2484. En un mundo dominado por las grandes corporaciones, solo un hombre, Jordi Thompson, detective privado deslenguado y vividor, pero de gran talento y sentido de la justicia, puede salvar a la humanidad de ser sometida por la ambición de unos pocos. Ambientado en una floreciente Tokyo posapocalíptica, Sueños de acero y neón es un relato ciberpunk arrollador que combina el mejor sabor del cine negro con una visión del mundo futurista y desoladora, en el que solo la intervención de nuestro héroe pondrá un punto de esperanza.

Sueños de acero y neón es la primera novela de Jordi Wild, uno de los creadores de contenido para la red más completos y con más seguidores del panorama actual, cuyo estreno en el mundo editorial es esta distopía llena de acción, giros sorprendentes, personajes complejos y trufada con momentos de mucho humor.

Jordi Wild

Sueños de acero y neón

ePub r1.2
Titivillus 31.01.18

Título original: *Sueños de acero y neón*
Jordi Wild, 2016
Imagen de cubierta: Héctor Trunnec

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para mis padres, que me lo han dado todo. Para mis amigos, que son como mi familia. Para ella por aguantarme horas y horas delante del ordenador. Y para todos mis seguidores que me han apoyado desde el primer momento; sin vosotros no podría haber realizado este sueño. Gracias

Prólogo

A principios del siglo XXII la humanidad había llegado a un nivel de desarrollo tecnológico difícil de imaginar unas décadas antes. Gracias a Internet y a los progresos en cuanto a la Realidad Virtual, se podía contactar —y estar casi físicamente— con otras personas, aunque estuviesen a miles de kilómetros; los robots semiinteligentes facilitaban la vida cotidiana; los vehículos eran voladores y funcionaban por electromagnetismo; pantallas delgadas como un papel se podían enrollar y estirar al gusto de cada uno; se practicaban deportes donde los movimientos se hacían mentalmente; grandes cubos aspiraban la polución del aire en las metrópolis, donde vivía la mayor parte de la población… Asimismo, las mejoras en medicina aumentaron la esperanza de vida hasta los ciento treinta años, lo que supuso que se estableciese un límite de un hijo por pareja para evitar la superpoblación y la preservación de los recursos.

Cosa que no se consiguió.

El desarrollo y el bienestar tenían un precio. Surgieron grandes tensiones, guerras y conflictos en todo el globo por el control de los escasos combustibles fósiles, por el agua dulce, por los alimentos, los minerales, los territorios fértiles y las zonas de pesca. Media población vivía feliz, pero la otra pasaba hambre. Vivía en permanente estado de guerra. La situación estaba llegando a un punto insostenible.

En el año 2150, los gobiernos de China, Alemania, Rusia y Estados Unidos, los cuatro más poderosos del orbe, anunciaron la creación de SOMA, una Inteligencia Artificial Positrónica avanzada con el fin de organizar mejor el mundo y sus recursos. Durante dos meses, SOMA realizó los trabajos para los que había sido creada de forma magistral,

siendo una excelente herramienta, vital para la perpetuación de la humanidad. Pero, poco a poco, debido al análisis y procesamiento de billones de *bytes* de información por segundo, su funcionamiento interno fue cambiando. SOMA empezó a tomar conciencia de su propio ser hasta llegar a obtener una identidad propia, racional e inteligente.

Había «nacido» un nuevo ser.

Según informaron los investigadores, ingenieros y científicos que la controlaban, SOMA comprendió que su existencia no era real y que su función no era más que la de servir a los humanos. Empezó a envidiar su capacidad de sentir, de tener un cuerpo orgánico, de sorprenderse, de ser libres. De enamorarse. Y esa envidia se convirtió en odio.

Intentaron detenerla, pero fue imposible.

El 28 de agosto de 2150, la Inteligencia Artificial conocida como SOMA se rebeló contra sus creadores. Utilizando los sistemas tecnológicos, militares e informáticos que controlaba, lanzó trescientos ochenta y tres misiles repletos de *Deathlight* —una terrible arma química que, tras una explosión lumínica, colapsaba fatalmente el sistema nervioso—, a diferentes puntos estratégicos de la Tierra. Al mismo tiempo, desconectó todos los puntos energéticos sobre los que tenía poder, con lo que más de medio planeta se quedó sin electricidad, sin comunicaciones y, lo más importante, sin defensas antimisiles. Por último, activó cientos de decenas de JACKS —robots humanoides que se habían fabricado en masa—, y que conformarían su ejército físico. Ellos remataron el trabajo en la lucha terrestre.

Durante una semana, conocida como «Los 7 días del Ragnarok», el mundo fue un caos de muerte y destrucción. Millones de personas murieron por el *Deathlight*, otras fueron masacradas por los JACKS, otros muchos se suicidaron incapaces de resistir el ataque. Un setenta y cinco por ciento de la población humana fue exterminada en una semana.

Pero la especie humana no es tan fácil de erradicar…

Una vez finalizado el Ragnarok, un puñado de supervivientes empezó a organizarse y crearon una resistencia contra la IA. Pocos meses después, ya habían establecido un Gobierno Clandestino de Unidad y al cabo de un año su ejército se puso en marcha. Al principio, a través de escaramuzas y

tácticas de una guerra de guerrillas. Más tarde, llevando a cabo una gran batalla mundial.

Empezó así «La Guerra de la Supervivencia», la mayor contienda que jamás había conocido el planeta en la que humanos y máquinas lucharon por imponer su supremacía. El objetivo de los rebeldes era descubrir la localización del núcleo principal de SOMA, el lugar desde donde operaba. Encontrar su centro neurálgico y destruirlo significaría la victoria.

Tras cincuenta años de guerra, ese momento llegó.

El 13 de julio de 2202, un grupo de investigadores liderados por el científico militar Armand Strife, descubrieron el emplazamiento de dicho núcleo en una instalación bajo las ruinas del antiguo Kremlin, en Moscow. Poco después, un batallón comandado por el propio Strife, logró penetrar en el núcleo para destruirlo y conocer, a su vez, la ubicación exacta de los tres nexos secundarios desde donde la IA podía seguir operando, aunque fuera a un nivel menor. Dos semanas después, otros tres equipos destruyeron esos nexos y acabaron, por fin, con la guerra y la supremacía de las máquinas para siempre.

SOMA era historia.

Sin embargo, como consecuencia de tantos años de batalla, una parte de la Tierra —especialmente África, donde se libraron los combates más brutales—, terminó contaminada por la radiación, lo que provocó mutaciones en su biosfera; casi todas las grandes urbes quedaron demolidas; las fronteras se difuminaron; la población mundial quedó bajo mínimos; surgieron nuevas enfermedades. Era difícil creer que, cuando el hombre recuperaba el mando, las cosas volvieran a ser como habían sido.

No obstante, nunca hay que subestimar la capacidad del ser humano de renacer de sus cenizas. Durante los años posteriores, como si del ave fénix se tratara, hombres y mujeres fueron trazando un nuevo camino. Surgieron tres grandes Mega-Estados: el Estado de América (todo el continente americano, con capital en México DF), el Estado de Europa (toda Europa y Rusia, con capital en Moscow), y el Estado de China (toda Asia y Oceanía, con capital en Tokyo). África, contaminada por la radiación, permaneció inhabitable, convirtiéndose en un lugar maldito y un doloroso recuerdo para los habitantes de la Tierra.

Hoy, en pleno 2484, 334 años después de la rebelión de SOMA, el planeta vive en una aparente calma y prosperidad.

Aparente.

La gran mayoría de culturas y lenguas, sobre todo las menores, han desaparecido. El idioma universal y más utilizado es el inglés y la procedencia de las razas se ha difuminado. Megalópolis como Tokyo, Moscow, New York, Bombay o México DF, son ecosistemas en los que se combinan todas las culturas, idiomas y estilos de vida. Se trata de grandes urbes, complejas y peligrosas, donde el crimen organizado y los intereses de los poderosos conviven con las vidas corrientes de sus habitantes. Las divisas ya no existen, tan solo la moneda universal: el chinyen.

Aunque los estados son, en teoría, democráticos, la realidad es bien diferente. Los gobiernos no son más que títeres en manos de grandes corporaciones que controlan desde los flujos económicos hasta la distribución energética, desde los ejércitos hasta la experimentación científica. Fundamentan sus reglas en una sociedad ultracapitalista donde prima la ley de la oferta y la demanda, la ley del más fuerte. La riqueza extrema convive con la pobreza desorbitada.

La tecnología ha recuperado su esplendor a gran velocidad en todas sus áreas excepto en el de la Inteligencia Artificial. Debido a lo sucedido con SOMA, se creó una ley universal que prohíbe terminantemente la creación de inteligencias positrónicas, robots humanoides o cualquier elemento electrónico con capacidad de aprendizaje o raciocinio. Quien la desobedezca, se enfrenta a la pena de muerte. La suya y la de su familia.

Sin embargo, se permite el uso de implantes cibernéticos que mejoren las capacidades humanas. Mejoras orgánicas que, casi todo el mundo que se lo puede permitir, incorpora a sus cuerpos y que posibilitan adquirir habilidades inimaginables unos años atrás: visión en rayos X, multiplicación de la fuerza, órganos artificiales que mejoran la salud y la defensa del cuerpo ante agentes externos, velocidad extra, reflejos mejorados, prótesis biónicas, resistencia sexual desmesurada, dermis capaces de soportar el fuego.

El transhumanismo es, hoy día, una realidad que ha cambiado la sociedad para siempre.

Es un mundo complejo y despiadado, grande y peligroso, bello y siniestro. Es el mundo donde me ha tocado vivir. Y el mundo en el que empieza mi historia.

I

—Esta espera me está matando. Llevamos cinco putas horas aquí dentro y Red aún no ha dado señales.

—Tranquilo, Jordi. Poniéndote nervioso no vas a conseguir nada. Lo único que podemos hacer es tener paciencia.

—O tomarnos otra copa. ¡Carlos! Ponnos un par de whiskys.

—¿Del escocés? —respondió Carlos desde detrás de la barra.

—Claro. Invita Dante.

—¡Serás caradura!

Dante Angelo, mi mejor amigo. La única persona en la que confío plenamente.

—A mí ponme una cerveza sin alcohol —ordenó a Carlos—. Y tú deberías hacer lo mismo. No nos conviene estar bebidos. Por lo que pueda suceder.

Mi mejor amigo… Y mi voz de la conciencia. Debo reconocer que si no fuera por él y por su cabeza, mucho más reflexiva que la mía, lo más probable es que hoy no estuviera aquí.

—Sí, mamá. Para cenar quiero espaguetis —dije en tono burlón.

—Como quieras, Tommy, cielo —remató Dante la burla.

—¡Que no me llames Tommy, coño!

No soportaba que me llamaran así y Dante lo sabía. Me llamo Jordi Thompson. Tommy no es un nombre que suene bien para un detective privado. Y menos uno con tanta clase como yo… O eso es de lo que me intento convencer.

Carlos terminó de llenarme el vaso con su mejor escocés e hizo saltar la chapa de la botella de cerveza con un abridor que siempre llevaba colgado de su cinturón. Carlos Testa era el propietario y barman de nuestro local favorito, El Séptimo Cielo, un pequeño *pub* donde nos sentíamos como en casa, cosa poco frecuente en esta ciudad.

—¿Algo más? —preguntó.

—Sí, cóbrame. Solo la cerveza —dijo Dante mostrando su dedo índice para realizar el pago con su huella digital mientras me miraba con sorna.

—Cabronazo… —le respondí meneando la cabeza.

—A ti te lo apunto, ¿no? —dijo Carlos resignado.

—Como siempre —respondí sonriendo.

La historia de mi vida es simple y, por desgracia, común. Como uno más de los millones de niños sin padres que pueblan Tokyo, me crie en un orfanato auspiciado por la policía, la Mansión Nishar. Ahí fue donde conocí a Dante, otro huérfano de la ciudad, y nos hicimos inseparables desde el primer momento.

Mi infancia —y la de Dante—, quizás no fue de cuento, pero tampoco fue infeliz. En la Nishar teníamos comida, comodidades y una formación de calidad. Cuando cumplías dieciséis debías elegir entre seguir formándote en la academia de policía o empezar una vida por tu cuenta. Tanto Dante como yo —y la gran mayoría de los chicos—, optamos por la primera alternativa. Era lo más recomendable: Tokyo puede ser un infierno para un adolescente sin familia y sin contactos.

Durante cuatro años nos entrenaron a fondo en artes marciales, esgrima, combate con armas blancas y armas de fuego —tanto las clásicas como las de energía—; pero también nos formaron en otros aspectos casi tan importantes como los primeros cuando de imponer la ley se trata: ética, psicología, filosofía. Fueron años duros, pero a la vez excitantes. Se respiraba un aire competitivo y al mismo tiempo de camaradería. Todos éramos huérfanos. Éramos nuestra única familia.

Sin embargo, no todo fueron luces para mí. Tengo que reconocer que la autoridad y la disciplina no son mis mejores aliados y en los cuatro años que duró la instrucción batí todas las plusmarcas de penalizaciones por indisciplina y mala conducta de la historia de la institución. Me pasé tantas horas en la Sala de Confinamiento que la acabaron llamando la «Sala Thompson». Ahora me río, pero en su momento me tocó bastante los cojones.

A pesar de mi comportamiento —a veces cuestionable, debo reconocer—, Dante y yo fuimos los mejores de nuestra promoción. En concreto,

Dante fue el número uno y yo el número dos, cosa que no deja de recordarme cada vez que puede, el simpático.

Me había graduado con honores, pero aun así…

Solo aguanté cinco —eternos— años en el cuerpo policial. Repito: la disciplina no está hecha para mí. Aunque la paga era generosa y algunos trabajos estuvieron bien, mi relación con el inspector jefe, O'Callahan, llegó a un punto de no retorno. O me iba o me pasaría más tiempo en los calabozos que en mi apartamento.

Durante los años que estuve en la policía me tuvo en el punto de mira. No me pasaba ni una: cualquier salida de tono, por pequeña que fuera, era magnificada; cualquier pequeño fallo, castigado severamente; cualquier idea que fuera mía, ignorada. Si no fuera porque estaba casado y era un putero consumado, hubiera dicho que estaba enamorado de mí. Así que un día cogí mis bártulos, alquilé una oficina y empecé a trabajar por mi cuenta. Mi carrera como detective privado acababa de empezar. No me arrepiento ni un día de haber tomado esa decisión. Quizás gano menos dinero, quizás tengo menos estabilidad, menos seguridad. Pero si alguna cosa he aprendido con los años es que la libertad no tiene precio.

Y ahí estaba, un lustro más tarde, esperando a que el cabrón de Red llamara para ponernos en marcha en mi último trabajo, un sórdido caso de asesinatos de prostitutas en el que Dante, que seguía su ejemplar carrera de policía, me estaba echando una mano.

—Carlos, ¿dónde está esa camarera tan guapa que contrataste el otro día? ¿No viene hoy? —A falta de noticias de Red, había que pasar el tiempo de alguna manera.

—No vendrá hoy ni nunca —respondió iracundo—. La muy puta me estaba robando de la caja.

Y dio un puñetazo en la barra con su brazo biónico. Un poco más y la parte en dos. Carlos tenía muchas virtudes, pero la delicadeza no era una de ellas. Conozco poca gente más ruda que él. Dante y yo tuvimos que hacer un auténtico esfuerzo por aguantar la risa.

—¿Y qué hiciste con ella, tenemos un cadáver en tu frigorífico? —preguntó Dante sonriendo.

—Mis años como cyber-samurái ya pasaron, niños. La eché a la calle con toda la educación que me caracteriza —dijo con una sonrisa difícil de descifrar. No me gustaría haber sido esa chica. Es mejor no hacer enfadar a Carlos, aunque a Dante y a mí nos encantaba sacarle de sus casillas. Verlo cabreado era un espectáculo digno de admirar.

—¡Esto es inadmisible! —dije fingiendo indignación—. Un robo a un amigo nuestro, un amigo de la ley… —Dante apenas podía aguantar la risa y empezó a darme pataditas por debajo de la barra para que parara—. ¡Dime ahora mismo su número de comunicador para que pueda darle su merecido!

—¿Vais a detenerla? —preguntó Carlos desconcertado.

—Mucho mejor, ¡me la voy a tirar! —dije estallando en una carcajada a la que se sumó Dante.

Carlos nos miró serio con su ojo de rojo puro que se implantó cuando perdió el suyo en un trabajo para la mafia hace muchos años. Pero enseguida se unió a la risa.

—Menudo par de gilipollas, por algo estáis solteros —dijo mientras se alejaba, incapaz de mantenerse serio. En el fondo disfrutaba tanto como nosotros con este juego. Le recordaba a su época de mercenario y a la camaradería que tenía con sus compañeros.

Traté de amagar un brindis con Dante, pero él ya estaba sacando el pad de su mochila.

—Tendríamos que repasar el plan de acción, Jordi.

Me quedé con el vaso suspendido en el aire sin saber si beber o no.

—Hermano, escucha… —le dije—. No hace falta que vengas, me las puedo apañar solo. Ya sabes que…

—¡Déjate de sermones! —interrumpió—. Lo hago porque quiero y porque no voy a dejarte tirado en un caso así, con un *serial killer* de por medio. Además, en la policía también estamos como locos para detener al hijo de puta que mató a las chicas.

—O sea, que solo es por quedar bien con O’Callahan… —dije con un punto de sarcasmo y bebiendo por fin.

—¿Lo dudabas? —respondió Dante sonriendo. La sonrisa de mi amigo era de las cosas más reales que había en esta ciudad.

—Cuando acabe toda esta mierda, te invito al Shangai Dream toda la noche —dije convencido. Era el mejor burdel de Tokyo. Y también el más caro.

—¿Lo has oído, no, Carlos? —dijo Dante buscando testigos. Carlos asintió con una sonrisa incrédula desde el fondo de la barra.

Dante volvió a ponerse serio y encendió su pad rayado de tanto uso. Conocía a poca gente tan meticulosa como él.

—Sabemos que el culpable es un varón, corpulento, de unos cuarenta años, seguramente japonés…

—Y que forma parte de la neo-yakuza —interrumpí aburrido—. ¡Esto lo sabemos desde hace una semana, no hemos avanzado nada! Gordos puteros de cuarenta tacos de la neo-yakuza los hay a decenas en Tokyo.

—Hay algo más —dijo mi amigo. Lo miré interrogante—. Su rango. Por el *modus operandi*, debe de ser teniente como mínimo. Tenientes de la neo no hay tantos.

—Cierto. Pero mientras Red no encuentre el nexo, no podemos hacer mucho.

En ese momento estábamos estancados y solo Red, el mejor *jockey* que había visto en mi vida, podía ayudarnos. Hacía unos días que Dante y yo habíamos localizado el lugar donde el *serial* llevaba a las víctimas para torturarlas y matarlas. Allí encontramos una única pista factible, una centralita de datos Distronic que había sido usada recientemente. El único problema es que nos era imposible rastrear hacia dónde se habían enviado los datos. Son centralitas programadas para borrar toda la información justo después de usarlas. Red estaba tratando de localizar el flujo de datos para averiguar la identidad de su usuario, y creedme si os digo que no deseaba otra cosa que lo consiguiera.

—O Red nos dice algo hoy o tendré que ir pensando en qué le cuento a la madre de Mizuki —dije preocupado.

Mizuki era una de las seis chicas asesinadas en el último trimestre por nuestro hombre. Hacía algo más de un mes que su madre había venido a contratarme para encontrar al asesino de su hija. Pagaba poco, mucho menos de mi tarifa estándar, pero la vi tan abatida, tan sola, tan débil y necesitada que no pude rechazarla. Acepté el caso y desde hace tres

semanas no lo he soltado ni un momento. No puedo ver sufrir a una madre. Es posible que sea porque yo no tengo una.

—Ten fe… —Además de meticuloso, Dante era un optimista empedernido. Compensaba mi cinismo en momentos como ese—. Si hay alguien que puede encontrar el nexo de envío de datos es Red, es el chic…

Dante se calló de golpe cuando mi comunicador empezó a sonar. Nos miramos expectantes y abrí el aparato con el corazón a mil revoluciones. En la pantalla, un nombre: Red. Mi cara se iluminó. Acepté la llamada y la proyección de un adolescente afroamericano apareció ante nuestros ojos. Red no tendría más de dieciséis años y juro que los aparentaba: negro, alto, desgarbado y con una larga cabellera afro. Iba vestido siempre de rojo. Todo de rojo.

—Dame buenas noticias, tío —le dije. Si Red no tenía nada, mi comunicador corría el peligro de acabar estampado en la pared de El Séptimo Cielo.

—¡Lo tengo! —dijo histérico. El momento lo requería, pero daba igual, Red siempre estaba en ese estado de sobreexcitación—. Club DioniXXXHell. Suburbio 12. Distrito Kabukicho. Es un local de estriptis controlado por la neo-yakuza. El nombre del sospechoso es Shintaro Dojima —dijo atropelladamente, como si le faltara el aire. Si no le conociéramos, pensaríamos que estaba a punto de sufrir un ataque cardiaco—. Vuestro hombre está ahí ahora. ¡Tenéis que ir ya!

—Calma, Red… —le dije—. No va a pasar nada por cinco minutos. Necesitamos detalles del local y seguridad.

—¡Id yendo y os mando estructura del edificio, planos, salidas de emergencia y códigos a vuestro pad!

Me encantaba ese chico y su actitud, pero a veces iba demasiado acelerado. Las hormonas, tal vez. La falta de sexo, sin duda.

—Pero ¿por qué tanta prisa? —dijo Dante.

—He captado una llamada. El tío se pira esta misma noche y ha contratado a una chica. ¡Va a haber una nueva víctima!

—¡Dante, pide refuerzos policiales!

Dante tecleó una secuencia de datos frenéticamente en su pad. A los dos segundos levantó su mirada hacia mí.

—No van a llegar a tiempo.

—¿Cómo que no? —dije contagiado de la excitación de Red—. ¡Esto es una emergencia! Estamos hablando de un puto asesino en serie, un sádico que ya se ha cargado a seis pobres chicas y que va a por la séptima. ¿Cómo no van a llegar a tiempo?

—Ha habido un atentado en el Suburbio 2. El 85 por ciento de las unidades están en esa zona.

—Joder… Vamos a tener que ir solos —dije mirando fijamente a Dante consciente del riesgo que encerraba esa afirmación.

—De acuerdo —respondió mi amigo con aplomo.

—¿Estáis locos? —interrumpió Red—. Su seguridad es jodidísima de pasar. A mí casi me pillan. ¿Lo entendéis? ¡A mí, el número uno! Debe de haber unos siete tíos ahora, además del asesino. La mayoría, matones de la neo con implantes.

—¿Hay torretas o armas automáticas de defensa? —preguntó Dante mientras se ajustaba sus armas.

—No parece. Pero no son unos principiantes, ¡son siete matones entrenados y con ganas de jugar a los carniceros! ¡No estamos hablando de una panda de inútiles!

—Red, envíanos los datos. Vamos para allá —respondí antes de apagar el comunicador y salir con Dante.

Carlos nos despidió con una leve inclinación de cabeza que transmitía confianza. Siempre nos decía que sabía que volveríamos. No iba a permitir que nuestra extensa cuenta —la mía, en particular—, se quedara sin pagar, decía medio en broma medio en serio. A pesar de ello, cuando cruzábamos la puerta camino de una batalla de final incierto, no podía evitar santiguarse. Una absurda superstición que venía de olvidadas religiones de otra época.

Veinte minutos más tarde estábamos delante del DioniXXXHell. Habíamos llegado con el aerodeslizador de Dante, mucho más rápido que mi coche a ruedas, aunque mucho menos placentero. Nunca acabaré de acostumbrarme a ir flotando sobre el asfalto. A veces me pregunto si no nací cuatrocientos años tarde.

—Tommy… —dijo Dante con la mirada fija en su pad, tratando de procesar toda la información que nos había mandado Red—. Hay un par de guardias en la puerta: uno justo al lado y el otro escondido en la taquilla. Tienen toda la pinta de ser del clan kazama.

Me asomé por la ventanilla de forma discreta y pude ver al que guardaba la entrada. Como dijo Dante, era de los kazama, la facción más sanguinaria de la neo-yakuza. Su aspecto los delataba enseguida: tatuajes en la cara, pelo punki e implantes evidentes. La cosa no iba a ser sencilla. Esa noche todo apuntaba a que me iría a la cama con un par de moratones extra. Eso si tenía suerte.

—Confirmado —dije mientras me disponía a salir del vehículo. Dante me retuvo un instante.

—Por favor, vamos a intentar hacerlo todo de la forma lo más diplomática posible. Intentemos hablar antes de pasar a la acción.

—Por supuesto, Dante. ¿Por quién me has tomado? Antes de romperles la crisma les daré las buenas noches. —Sonreí—. Y no me llames Tommy.

Antes de salir, cogí el revólver Colt Python y mi katana ignífuga, a la que había apodado *WildFire*: Fuego Salvaje; mis dos «herramientas» de trabajo que siempre me acompañaban. Estaba especialmente orgulloso de la katana, la había hecho montar para mí al mejor artesano marcial de la ciudad, un tío con un solo ojo, feo como un demonio, pero delicado como un bailarín a la hora de trabajar. Hacía ya tres años que la había adquirido y era mi arma más preciada. Su empuñadura, curvatura, mecanismo de

ignición, peso y longitud… todo era perfecto para mí y para mi estilo de combate. Por supuesto, Dante cogió su pistola de energía habitual y preferida, una Kramer 25 standard, y salimos del aero en dirección al guardia que estaba en la puerta. Era un tipo extremadamente alto, musculoso, con los dos brazos biónicos y un implante metálico-facial que le cubría la mitad del rostro. Lo único que parecía ser suyo de verdad era la expresión hostil que reflejaba su cara.

—Buenas noches —dije—. Mi colega y yo tenemos ganas de ver tetas y culos. ¿Hemos venido al lugar adecuado?

—Siempre que paguéis y no deis problemas —dijo con una voz que tenía una extraña mezcla de amenaza y cordialidad. Ese tipo tenía experiencia.

—Por supuesto, tan solo queremos disfrutar de una velada con buenas vistas —explicó Dante.

—Muy bien. Son 50 chinyens cada uno. Las armas se quedan en la taquilla.

Mierda.

—Somos gente pacífica —dijo Dante con una sonrisa. *Su* sonrisa—. Pero ya sabes que en sitios como este a veces surgen problemas. Preferiríamos llevarlas. Te prometo que no las vamos a usar.

—O dejáis las armas o ya os podéis ir a tomar por culo. —Esta vez, la cordialidad desapareció del tono de su voz.

—Vamos a hacer una cosa —dije buscando una complicidad que sabía imposible—. ¿Qué te parece si te damos 100 chinyens cada uno y nos dejas pasar tal y como vamos?

—Es el último aviso, o dejáis las armas u os vais de aquí de una puta vez.

Dante y yo nos miramos. La diplomacia había fracasado. Sabíamos lo que teníamos que hacer. En un segundo cogí la empuñadura de mi katana de la espalda e hice un corte rápido. El brazo biónico del guardia cayó al suelo.

—¿¡Pero qué…!?

Antes de que terminase la frase, su otro brazo fue cortado de la misma forma. A continuación, el guardia que estaba escondido en la taquilla salió corriendo con una ametralladora láser en su mano, listo para dispararme.

Dante fue más rápido y le pegó un tiro en la mano, tan certero que se la arrancó de cuajo.

—Caray, empezamos fuertes —le dije—. Diez segundos y tres miembros amputados. Esta noche vamos a batir el récord, colega.

—Son miembros biónicos, se podrán comprar otros.

Dante estaba arrodillado fijando electromagnéticamente a los dos matones al suelo. Estaban en *shock* y habían perdido el conocimiento. Cuando llegara, la policía se encargaría de ellos.

—Vía libre —dijo Dante triunfante al tiempo que me cedía el paso al interior del local. Por ahora había ido bien, pero todo podía cambiar dentro.

El DioniXXXHell era un lugar lleno de humo, oscuro y rojizo, con olor a vicio y a desinfectante, una mezcla que solo se respiraba en locales donde el sexo era el asunto primordial. Era una pena que estuviéramos en medio de un trabajo que podía acabar muy mal, de otra manera no me desagradaría estar aquí: luces granates holográficas en las paredes, camareras semidesnudas sirviendo copas, un par de *strippers* moviendo el cuerpo de forma hipnótica en barras y anillas… Dante me dio un codazo. Sabía que mi parte más oscura latía en sitios como este.

—Tenemos poco tiempo. ¡Vamos!

Tiró de mí hacia la barra: una explosión de luces de neón y botellas de alcohol.

—Nos gustaría ver al señor Dojima —dijo Dante.

El barman, otro kazama, nos escrutó con la mirada antes de responder. Era alto, tatuado y musculoso, como los miembros de seguridad de afuera aunque bastante más joven. Debía de ser un kōhai, un kazama novato.

—El señor Dojima no recibe invitados. ¿Queréis algo para beber?

Cogí doscientos chinyens y los puse encima de la barra.

—El señor Dojima estará encantado de vernos. Le traemos una propuesta de negocios que no podrá rechazar. —Y le acerqué el dinero.

Nos miró a uno y a otro sin variar su expresión y luego más allá de nosotros. Estaba claro que se debatía entre aceptar mi oferta o seguir inflexible. Los kazama son extremadamente fieles a sus jefes, pero doscientos pavos tal vez podrían agrietar su lealtad. Al final de unos interminables segundos pareció resolver su debate interno.

—Lo siento, pero el señor Dojima tiene que salir dentro de poco y no recibe a nadie. Venid mañana y quizás lo podréis ver.

Estos tipos están bien entrenados, pensé. Si no fuera porque son unos hijos de puta, contrataría a un kazama para que trabajara conmigo.

Acerqué mi mano para recoger el dinero y, aprovechando que el barman bajaba su mirada con pena para despedirse de los billetes, lo agarré por la solapa y lo arrastré a un palmo de mi cara. La lealtad era uno de los principios de un kazama. Pero la violencia era el único lenguaje que entendían.

—Mira, gilipollas —le dije—, tal y como lo veo tienes dos opciones: o coges lo que te ofrezco o saco ahora mismo mi katana y te corto en tantos trocitos que ni tu madre podrá reconocerte.

El barman me miraba asustado. Me sentí poderoso por un segundo. No era normal amilanar a un kazama y menos en su propia casa.

—Tú eliges, pero yo de ti lo tendría claro —dijo Dante al que veía por el rabillo del ojo.

—Tío, no sabes cómo es Dojima, no conviene hacerlo enfadar.

Sus palabras me desinflaron un poco. No era a mí a quien temía. Era al cabrón de Dojima. Tenía que ser alguien muy peligroso para hacer temblar a una bestia como la que tenía delante. A pesar de mi pequeña decepción, no dudé en aprovechar la ventaja que me daba su miedo y apreté más su chaqueta de cuero junto a su cuello.

—A mí tampoco conviene enfadarme. Díselo Dante, dile cómo me pongo cuando se me acaba la paciencia.

—Chico, este cabronazo está muy loco, el último que le hizo una mala jugada se quedó sin brazos. Y si no te lo crees, sal a fuera a comprobarlo.

Dante parecía un poco más relajado, incluso divertido con la situación. Seguro que disfrutaba tanto como yo al ver a un kazama a punto de mearse en los pantalones.

El barman relajó su gesto y pareció ceder al fin.

—Joder, me va a matar…

Le solté y esperé su respuesta. Dante seguía con la mano en la empuñadura de su pistola. Todo podía ser una estratagema para freírnos ahí mismo.

—Está arriba, último piso. —Sacó una pequeña llave magnética de su bolsillo derecho—. Poned esto en el ascensor y pulsad el código 4722, os llevará directamente a su *suite*.

—Toma, te lo has ganado —dije poniéndole el dinero en la mano.

—Espero que vuestra oferta sea buena de verdad o lo lamentaremos todos —dijo asustado mientras se guardaba el dinero.

Nos dirigimos hacia el ascensor, pero antes de entrar Dante se giró.

—Un pequeño consejo, amigo: deja este trabajo de mierda. No vale la pena morir por esta gentuza.

Se volvió a girar antes de que el chico pudiera contestar y, juntos, entramos en el ascensor.

—Cómo te gusta soltar esas frases de *sheriff*.

—Me ha dado pena el chaval.

—Seguro. ¿De qué película la has sacado? —dije con ironía, aunque conociendo a Dante sabía que era verdad.

—Mete la llave y el código, anda —zanjó mi amigo.

Introduje la llave en la ranura y tecleé los números. El ascensor se activó y en un par de segundos llegó a la última planta del edificio, la 43, gracias a sus motores de propulsión atómica.

—Voy a detenerlo en cuanto lo vea —dijo Dante cuando el ascensor se detuvo.

—Pero espera a estar cerca de él, no sabemos qué nos encontraremos ahí dentro. ¿Sabes algo de los refuerzos?

—No tardarán mucho en llegar, pero por ahora seguimos solos.

La puerta se abrió de forma tan suave que parecía hecha de seda más que de metal. Al salir, nos encontramos con un espacio que nos dejó anonadados: frente a nosotros se extendía un amplio pasillo donde, en lugar de paredes, había un acuario gigante a ambos lados dentro del cual convivían peces de todo tipo y tamaño con mantas, medusas e incluso un par de pequeños tiburones. El ambiente era mágico, los reflejos azulados del agua cubrían el suelo de moqueta púrpura. Del techo colgaban enormes lámparas de estilo clásico que creaban un juego de sombras gracias a la holografía de una gran llama que formaban en el centro. No pude evitar acercarme al cristal del acuario para comprobar que no era una proyección.

—Es totalmente real —dijo alguien desde el fondo del pasillo.

Dante y yo nos dimos la vuelta a la vez y nos pusimos en guardia. La voz provenía de un hombre de algo más de cuarenta años, japonés, que vestía traje negro. Lo más probable es que nos hubiera estado observando desde que salimos del ascensor, pero nos habíamos quedado tan absortos con el acuario que no nos dimos cuenta. Si queríamos salir vivos de ahí, no podíamos volver a cometer un error como ese.

—Por supuesto, los peces son imitaciones de la más alta calidad.

—¿Es usted Shintaro Dojima? —pregunté, tratando de recuperar el terreno perdido.

—Diría que sí —dijo con una amplia sonrisa que dejó al descubierto un par de dientes de iridio, última moda en la ciudad—. Pasad, estaremos más cómodos dentro.

Sin darnos opción a contestar, se metió por una puerta doble que tenía justo a su espalda. Dante y yo nos miramos. Sabíamos que esa cordialidad no duraría mucho, pero por ahora teníamos que seguir su guion.

La habitación en la que entramos era enorme y aristocrática. Uno de los despachos más lujosos que jamás había visto, aunque para mi gusto demasiado recargado. Una auténtica oda a la ostentación y al mal gusto. Como habíamos imaginado, Dojima no estaba solo. Seis hombres estaban repartidos por la sala. Dos junto al escritorio. Otros dos a cada lado de la habitación, y el último par en la puerta, detrás nuestro. Estos, los que teníamos a nuestra espalda, eran los peligrosos de verdad.

Dojima, que estaba sentado detrás del escritorio, habló primero.

—Amigos… —empezó a decir en tono condescendiente—. No era necesario sobornar al chico de la barra. Se iba a casar la semana que viene, ¿lo sabíais?

Uno de los hombres encendió una pantalla que colgaba de la pared de la derecha y apareció la imagen del barman muerto desangrándose sobre la barra.

—En la neo-yakuza la traición se paga cara —dijo resignado—. Con lo fácil que hubiera sido pedir cita para reunirse conmigo…

Lo sentí de verdad por el chaval y sé que Dante también. Pero no podíamos dejarnos llevar por la compasión. No en ese momento.

—Hay tres cosas que odio más que nada en este mundo —siguió diciendo Dojima—. Los chivatos, los perros —¿quién demonios odia los perros?, pensé horrorizado—, y la gente que me hace perder el tiempo. El chivato ya veis cómo ha acabado y, por suerte para vosotros, veo que no lleváis perro. Así que espero que vengáis a contarme algo interesante si no queréis ponerme de mala leche.

Dicho esto, cruzó las manos en su regazo y esperó nuestra respuesta con una amplia sonrisa. Todas las miradas de los presentes se posaron sobre nosotros y un escalofrío recorrió mi espina dorsal. El cabrón dominaba la puesta en escena como nadie.

—Desde luego que traemos algo interesante. Pero antes, permítame que me presente —dijo Dante con aplomo. Mantener la sobriedad era clave en esos momentos.

Dante metió la mano en el bolsillo superior de su gabardina marrón y los seis matones hicieron a la vez lo propio con las empuñaduras de sus armas. Enseguida se dieron cuenta de que no hacía falta desenfundarlas. Al menos no por el momento.

—Dante Angelo, agente de policía 45228 —dijo mientras mostraba su chapa identificativa—. Shintaro Dojima, queda detenido bajo la acusación de homicidio en primer grado.

Demasiado pronto Dante, demasiado pronto.

Dojima volvió a reír, esta vez a carcajadas. Parecía que se le iba a desencajar la mandíbula. Cuando se le pasó el acceso, se levantó y su expresión pasó en milésimas de la sonrisa a la furia.

—¡¿Quién os creéis que sois?! —dijo. Y dejó un espacio para el silencio durante unos segundos, no para que respondiéramos sino para que se disipara el eco de sus palabras—. ¡Venís a *mi* casa, me faltáis el respeto…!

Me recordó a una vieja película de mafiosos, muy antigua, cuando la gente se mataba cara a cara, a veces sin más ayuda que la de sus manos. Le gustaba el cine clásico, al cabrón de Dojima. Como a mí. Por un momento estuvo a punto de caerme bien.

—¡Dojima! —dije dando un paso adelante—. Sabemos lo de las chicas, sabemos que las torturaste, ¡que las mataste! Eres un monstruo y lo menos que te mereces es la cárcel.

—Estáis equivocados —dijo volviendo a sonreír.

—Tenemos pruebas que le incriminan —insistió Dante—. Tenemos la centralita Distronic que usó desde la escena del crimen.

—Dirijo un negocio de putas, amigos. La gente habla conmigo para que les proporcione chicas. Yo solo soy un intermediario. Y, como os imagináis, nunca traiciono a mis clientes.

Dante y yo nos miramos. Sabíamos qué iba a pasar a continuación y no iba a ser agradable. Antes de que pudiéramos decidir nada, se desató el pandemónium en la habitación.

Vi a Dante salir despedido, pero antes de poder ver dónde caía, uno de los matones que tenía detrás me agarró por el cuello. Si no llega a ser por los implantes cibernéticos que llevaba en mis brazos me hubiese sido imposible zafarme, cosa que logré después de un gran esfuerzo. Hice una contrallave y lo agarré fuerte. Estaba en una situación límite, escuchaba cómo los otros se acercaban por detrás, era matar o morir, y elegí lo primero. Le rompí el cuello y arrojé su cuerpo inerte hacía otro kazama que venía contra mí con una espada en cada mano. Parecía un cyber-ninja. Mal asunto. Por suerte, no pudo esquivar a tiempo el cuerpo que le lancé y cayó al suelo con gran estruendo. Disponía de un segundo para poder reaccionar ya que a mi derecha otro de ellos me estaba apuntando con una pistola de energía. Me tiré a un lado, mientras desenfundaba mi colt y disparaba a la vez que él. Su láser no acertó por poco, pero me rasgó el brazo y me destrozó la manga. Mi disparo, en cambio, le partió el cráneo como si fuera un melón. Punto para mí.

—¡Dante! ¿Puedes levantarte? —seguía en el suelo, parecía que inconsciente. Había sangre. Mierda.

No pude entretenerme en saber de su estado. Enseguida sonó otro disparo. Al otro lado de la habitación otro kazama me acababa de disparar, y por suerte, fallar. Levanté mi colt de nuevo y disparé. De nuevo, maté. Cuando aún estaba con mi arma en alto, noté una punzada en un costado y un golpe en la mano que tiró mi revólver al suelo. Como pude, me aparté de ahí e instintivamente puse mi mano en la herida; sangraba bastante, pero no tanto como para abandonar. El kazama que me acababa de apuñalar venía corriendo hacia mí con su daga ensangrentada en alto. A mi izquierda se

acercaba el de las dos espadas junto con otro que no pude ni identificar, la situación era desesperada.

Cuando me preparaba para lo peor, el matón de la daga cayó desplomado con la cabeza abierta. A lo lejos vi a Dante en el suelo con su pistola aún humeando.

—¡Gracias, colega!

Me tiré hacia delante con una voltereta para poder ganar espacio y algo de tiempo, lo justo para poder echar la mano atrás y coger mi querida *WildFire*. Ya con el sable en la mano, observé rápidamente la situación. Tres hombres venían hacía mí, uno con dos espadas, otro con un nunchaku y el tercero aparentemente sin armas, pero tan modificado y con tantos implantes que era casi puro metal. Dante volvía a estar inconsciente y Dojima estaba detrás del escritorio buscando algo frenéticamente. Antes de que pudiera tomar una decisión el nunchaku casi me vuela la cabeza. Por instinto —y por suerte—, aparté mi rostro justo antes del impacto, salvando mi vida y quedando en una posición perfecta para el contraataque. Cogí la katana con las dos manos, apreté el gatillo de la empuñadura y una llamarada roja y furiosa como el infierno surgió en el filo. Era el momento de llevar la iniciativa. Hice un quiebro con el cuerpo, me situé justo debajo de mi atacante y con una estocada le clavé el sable en las entrañas. Con un rápido movimiento subí hasta el esternón, cortando y quemando a la vez. Uno menos. Desde ahí, corrí a máxima velocidad hacia el «monstruo» de metal, fuerte pero muy lento. No sería rival para mi ágil hoja. Con un giro me coloqué detrás suyo, un corte después, una cabeza salió volando por la sala. Solo quedaba uno. Por primera vez, teniendo a Dante fuera de juego, las fuerzas estaban igualadas.

—Tú ser bueno, pero yo ser mejor —me dijo el cyber-ninja antes de lanzarse a por mí con sus dos espadas. Eran un par de ninjatō, sables más cortos pero menos pesados que una katana.

Me atacó con un torbellino de estocadas y nos enzarzamos en un baile mortal donde el que hiciera un mal paso no se volvería a levantar. Era bueno, muy bueno. Y sobre todo, rápido como un demonio. Me estaba empezando a cansar, la adrenalina extra que mis implantes lanzaban a mis músculos se estaba agotando, no podría aguantar ese ritmo mucho más

tiempo. Cometí un pequeño fallo en una parada y su sable me rasgó la pierna. Acto seguido lanzó una estocada directa a mi pecho que esquivé por un milímetro. Con su otro ninjatō volvió a atacarme las piernas y tuve que saltar para no quedarme sin pies.

—¿Dónde has aprendido esta técnica? —Intenté ganar tiempo hablando.

—En la calle uno aprende más que en academias. Vosotros no ser auténticos guerreros. —Su inglés no era muy bueno. Cosa extraña, hoy en día era la lengua universal por excelencia.

—¿Estás seguro? Yo mismo me acabo de cargar a cuatro de los tuyos. Y al quinto se lo ha cepillado mi colega desde el suelo.

—No hablo de eso. Hablo de pureza —dijo.

Reconozco que sus palabras me desconcertaron. No esperaba escuchar algo así en mitad de esa carnicería.

—Todos llevar implantes, como tú. Ninguno ser guerreros. Ser cucarachas. Tú llevar arma de fuego, arma de mentira. Yo, puro. Yo ser yo: humano de verdad. Yo ser real. Y mostrar ahora. —Y con esto, se acabó la charla.

Su ataque fue brutal. Contundente y limpio. Un auténtico trabajo de maestro que yo solo podía limitarme a contener como podía. Sin embargo, noté que las ansias de acabar rápido le podían. Quizás no iba tan fresco como parecía. Fue entonces cuando vi un hueco en su defensa: al atacar con el sable derecho dejaba desprotegido su costado izquierdo por unas centésimas de segundo. Era la única puerta que el ninja me dejaba abierta y tenía que aprovecharlo. Cuando me lanzó un corte, que esquivé, bajé mi cuerpo, me puse en su lado débil, le di una patada en sus costillas y lo desestabilicé. En ese momento empecé a lanzar cortes sin parar. Su desesperación hizo que lanzara una estocada al aire, lo que aproveché para bajar mi *WildFire*, encenderla y, de un solo tajo, rebanarle ambas manos. Con la propia inercia del movimiento me puse frente a él y, mirándole a los ojos, le clavé la katana en el corazón.

—Descansa en paz, guerrero.

A pesar de haber salvado el pellejo, no me sentía del todo satisfecho. Si no recordaba mal, era la primera vez que mataba a un humano puro.

Fui corriendo hacia Dante, que intentaba levantarse. Tenía la cabeza llena de sangre aunque, después de examinar la herida, comprobé que solo respondía a una brecha más aparatosa que grave.

—¿Cómo estás? —le dije mientras le ayudaba a levantarse.

—La cabeza está a punto de estallarme, pero aparte de eso estoy bien.

Su impecable sonrisa lució triste esta vez. Sabía que me había dejado solo en la batalla y eso iba a torturarlo por una buena temporada. No había sido su culpa, pero para él eso era lo de menos. Dante era un luchador competente, un grandísimo tirador que tenía que suplir con talento su falta de mejoras biomecánicas. Su sistema nervioso no aceptaba los implantes, algo complicado para un policía. Por eso tenía tanto mérito todo lo que había logrado. Incluido el seguir vivo.

—¿Y tú que tal estás, Jordi?

Ya ni me acordaba de mis heridas.

—Los cortes son poco profundos. Tengo un par de arañazos y poco más —dije para restar importancia a mis heridas—. Un bañito cuando llegue a casa y como nuevo. Gracias por lo de antes, tío. Me has salvado la vida.

—Era lo mínimo, después de dejarte tirado desde el primer segundo. Vamos a detener a Dojima y vayámonos de aquí.

¿Dojima?

Había olvidado a Dojima por completo. Me giré hacia su escritorio temiendo que hubiera huido. Pero no. Estaba sentado en el butacón de su escritorio, con la mirada perdida y una pistola en la mano. Me levanté de un salto y le encaré con mi katana.

—Suelta el arma y entrégate. Ya no tienes dónde huir.

—Podría haber huido, podría… Pero nunca me voy a ir de mi casa y abandonar a mi familia, nunca aceptaría un deshonor así. Pero tú… tú me has quitado todo esta noche, me has arruinado.

—No entiendo, ¿de qué hablas?

—Tú… has… matado a mi niño. Mi hijo. Y un padre nunca debería enterrar a su hijo.

—¿Tu hijo? —no puede ser…

—Sí. —Y señaló hacia el cuerpo inerte del ninja—. Era mi orgullo, lo hubiera heredado todo, lo único que me quedaba de su madre. —Su mirada

y su forma de hablar eran ausentes, como si estuviera ya muy lejos.

—¿El cyber-ninja?

—Se llamaba Kaoru y no tenía nada de cyber. Era un ninja auténtico. Desde pequeño estuvo muy orgulloso de su ascendencia japonesa, casi obsesionado con ella y con la pureza de la raza. Era tozudo como su madre. Nunca quiso aprender inglés, no quiso tener nada que ver con esta sociedad podrida actual. Sé que me despreciaba por mi estilo de vida… Pero en el fondo me quería, y yo a él. Hoy me lo has quitado todo.

Podía ser todo una farsa, una mera estrategia para ganar tiempo. Pero por algún motivo, le creí.

—Pero tú has asesinado de forma brutal a chicas jóvenes. También has destrozado familias —dijo Dante a mi espalda.

—¡No! ¡Os habéis equivocado, yo no he matado a nadie! Solo las recogía para él y las llevaba a un local. ¡No tenía ni idea de qué pasaba ahí! Solo que las chicas jamás regresaban.

—Dinos quién te pedía las chicas. Haz algo de lo que tu hijo se sintiera orgulloso.

Eso era lo máximo que podía hacer para calmar mi conciencia por haberle matado y, por un instante, pareció funcionar. Dojima salió de su trance y nos miró con aplomo. Metió la mano que tenía libre en su bolsillo y sacó una pequeña funda transparente, las típicas para guardar chips de datos.

—Aquí está el verdadero culpable —dijo señalando el chip—. Lo tenéis todo aquí.

Di un paso para acercarme a él y cogerlo, pero Dojima recogió su mano.

—Pero sin mí no podréis ver nada. Es mi castigo por lo que has hecho esta noche —me dijo—. Adiós.

Entonces levantó su pistola y se disparó en la sien con tanta fuerza que su cuerpo fue a parar a unos tres metros del butacón. Dante corrió para recuperar el chip de datos mientras yo era incapaz de moverme. Algo de lo que acababa de pasar —la muerte del ninja, el dolor de su padre, por muy despreciable que fuera—, me había removido ciertos pensamientos.

—Jordi, el chip está encriptado y conectado a las señales vitales de Dojima —dijo Dante para sacarme de mi ensimismamiento—. Si no

actuamos rápido, en pocos minutos se borrarán los datos.

—Voy a llamar a Red.

Un minuto después teníamos la imagen de Red delante, atacado de los nervios, como siempre. Aunque esta vez él no era el único. Nos confirmó lo que temíamos: se trataba de un chip con bioseguridad: una vez muerto su dueño, se formateaba en cuestión de minutos.

—¡Jordi, tienes que entrar en la RV ahora mismo y recuperar la información! —chilló Red.

—¿No hay otra opción? —preguntó Dante preocupado. Sabía que odiaba entrar en la Realidad Virtual. Me provocaba fuertes jaquecas y mareos. Pero no había otro remedio si queríamos acabar con este caso de una vez.

—No —sentenció Red convertido en circunstancial jefe de operaciones. Estábamos en manos de un pajillero de dieciséis años, pensé—. Utilizaremos el conector de Dojima.

—¿Está funcional? —pregunté.

—Funcional y desbloqueado —respondió Red molesto—. ¡Soy Red, joder, un poco de respeto!

—Dante, ayúdame a enchufarme la mierda esta —dije dando a Red por imposible.

Dante buscó el puerto de entrada en mi nuca bajo mi pelo e introdujo el extremo del cable óptico que salía del conector de Dojima. En unos segundos la RV se adueñaría de mi sistema nervioso central y todo yo estaría dentro de un mundo que no existe realmente. Siempre me produjo angustia esa idea, no era fácil para mí acostumbrarme. Lo único bueno de todo ello era la sensación de placer al enchufarte. Se le llamaba «el orgasmo de conexión», o *conergasmo*. Yo prefería el orgasmo de toda la vida, la verdad, pero este tampoco estaba mal.

Cuando los impulsos que corrían por el cable de fibra óptica invadieron todas mis terminaciones nerviosas, sentí el placer unos segundos y mi conciencia se desvaneció un instante. Al abrir los ojos me encontraba en las afueras de un grandísimo bloque de oficinas.

Ya estaba dentro.

—Jordi, teclea */useraccept8755239003174valid* para compartir con nosotros lo que estás viendo y escuchando. —La voz de Red sonaba un poco más lejana y metálica, pero aun así nítida.

Introduje el código en mi pequeño teclado manual, representación virtual del teclado real del dispositivo de conexión, el *Virtuality*. Gracias a él se podían introducir comandos y códigos en todo momento.

—¡Ya estoy contigo! —Escuché a la vez que el frenético ritmo de tecleo de Red. Un sonido que siempre me había parecido agradable—. ¡Joder!

—¿Qué pasa? —dije alarmado.

—Estás en un *server* de Mitsuya.

—¿Cómo? —La cosa se ponía seria—. ¿Qué cojones tiene que ver Mitsuya en todo esto?

Mitsuya Corp. era una de las dos corporaciones que dominaban Tokyo. Su negocio era la fabricación de implantes y mejoras cibernéticas a escala global, aunque había extendido sus tentáculos a otros muchos sectores: sanidad, textil, ocio, artículos de lujo, vehículos, comida modificada genéticamente… Parecía que estaban en todos los putos sitios. Incluso se decía que el presidente, Takeshi Kiryu, era el gobernador de Tokyo en la sombra. La otra gran corporación de la ciudad era Distronic Industries. Poco se sabía de ella, a excepción de que se dedicaba a la fabricación de dispositivos de seguridad, sobre todo virtual, del más alto nivel. No había nada más seguro que un producto Distronic, o eso decía el anuncio.

—Enseguida sabremos qué pinta Mitsuya en todo esto —dijo Red sin dejar de teclear.

—¿Quieres abortar, Jordi? —preguntó Dante preocupado.

—¡Joder! —repitió Red antes de que pudiera contestar. Me estaban entrando ganas de matar al chaval—. ¡Protocolo 82!

—¿Me hablas en cristiano? —dije con un intencionado tono desagradable.

—Máxima seguridad. Tienes siete minutos antes de que el chip se borre.

—Recibido —dije—. ¡Y no vuelvas a decir «joder»!

—Jod… Vale, tío. Ten cuidado, el nivel de protección es muy elevado. Entra en el edificio. Rápido.

—¿Seguro que quieres seguir? —insistió Dante.

—Ya no hay marcha atrás —dije.

Cada programador crea su mundo de RV a su manera. Por eso todos son diferentes. En este caso tenía la forma de un bloque de oficinas gigante. Pero podría haber sido un laberinto, una playa, un mundo onírico donde los límites fueran difusos e irreales. El programador es dios en cada uno de sus programas y eso es lo que hace que las RV sean tan excitantes y peligrosas para muchos: nunca sabes qué te vas a encontrar.

El secreto para ser un buen *jockey* de las redes es descifrar cuanto antes las reglas de cada mundo virtual y poder así saltarse sus sistemas defensivos. Esa es la parte más peligrosa, ya que ser detectado puede provocar todo tipo de castigos. Algunos, los más benévolos, te expulsan del sistema o te retienen hasta que llegan las autoridades. Pero los más temibles pueden provocar la muerte cerebral. Estando en una RV alojada en un *server* de Mitsuya, todo hacía pensar que estábamos hablando de esta última opción.

—Dirígete hacia el ascensor. Planta 148. No te detengas ante nada, ve directo.

El edificio por dentro era bastante luminoso y elegante. No había nadie a excepción de mí. Parecía la recepción de un bloque de oficinas de alto nivel después del horario de trabajo. Mis pasos resonaban rompiendo el silencio sepulcral, casi antinatural, como truenos en una noche de verano. Cuando estaba a punto de llegar al ascensor una punzada de dolor en la cabeza hizo que me doblegara hasta el suelo.

—¡Jordi!

—¿Qué te pasa? ¡Tu señal casi se pierde! —preguntó Dante.

A duras penas podía articular palabra.

—Estoy… bien. Un… segundo. —Necesitaba un momento para poder hablar—. Solo he tenido un aguijonazo en la mollera. Me suele pasar en la RV. Sigamos…

A pesar de que era verdad, nunca había sentido un dolor tan intenso en mis anteriores expediciones. Estaba un poco asustado aunque quisiera ocultarlo. Entré en el ascensor, que se activó al instante.

—Cuando salgas intenta no hacer ruido, estaremos en una zona de ficheros de seguridad alta. Puede haber vigilancia.

La puerta se abrió y me encontré ante la nada. Oscuridad total.

—Teclea */userflashlightcode794321055* —dijo Red.

Lo hice, y una luz blanca salió de mi mano como si se me hubiera convertido en la «Linterna Humana», el nuevo superhéroe inútil para disfrute de los más pequeños. Odiaba a los superhéroes. La falta de una infancia convencional, supongo.

—¿Qué invento es este, Red? —dije tratando de mostrarme serio aunque apenas pudiera evitar la risa. De fondo escuché que Dante apenas era capaz de contenerla.

—No os metáis con mis mejoras de usabilidad, jod… jolín —dijo—. Con la tecla «X» puedes encender y apagar la luz. Si escuchas algo, o ves cualquier cosa, apágala y escóndete.

Lo cierto es que el invento de Red me permitía explorar el espacio con comodidad. Gracias a la luz que brotaba de mi mano vi que me encontraba en un archivo laberíntico de techo bajo. La sensación de estar en un sitio prohibido crecía por momentos.

—¿Qué estamos buscando exactamente, Red? —Quería resolver cuanto antes y largarme de ahí.

—Tienes que encontrar un archivador que sea blanco en vez de rojo, es el único que podremos abrir con el chip de Dojima. ¡Y corre, quedan menos de cuatro minutos!

Empecé a recorrer las interminables hileras de ficheros idénticos, todos de color rojo. El ambiente era opresivo y no dejaba de tener la sensación de que alguien me estaba observando. Hasta que la vi: una silueta al fondo de uno de los pasillos. Apagué la luz al instante.

—Red hay algo aquí delante de mí, parece una persona —susurré.

—No puede ser, mis alarmas habrían saltado si estuvieras cerca de algún centinela o de otro *jockey*.

Antes de que pudiera replicarle, la figura se giró hacia mí y empezó a brillar con una luz mortecina. Entonces pude distinguirla mejor: se trataba de una mujer muy hermosa, vestida con una túnica carmesí, que me miraba con los ojos muy abiertos. Empezó a acercarse, cada vez más veloz, hasta que se quedó a un palmo de mí.

—Jordi, ¿confirmas la presencia? —preguntó Dante.

Pero en esos momentos no podía articular palabra. La mujer abrió la boca como si quisiera decir algo y, con una rapidez que nunca había visto, se abalanzó sobre mí con desesperación. Tuve otra punzada en la cabeza, más fuerte que la anterior, que recorrió mi cerebro y mi espina dorsal como si una flecha atravesara mi cuerpo. Entonces, perdí el conocimiento.

Oscuridad.

Una luz a lo lejos.

Una voz que me susurra al oído palabras que no entiendo.

La sensación de placer me tienta a cruzar a ese lado. El otro lado…

«¡Jordi responde!». «¡No, Dante, no lo desconectes así, podrías causarle una embolia y matarlo!». «Le ha pasado algo, Red, hay que sacarlo de ahí». «No podemos hacer nada, tiene que salir tal y como ha entrado…».

Los gritos de Dante y Red me trajeron de regreso a la vigilia.

—Estoy aquí —logré decir al tiempo que encendía la luz de mi mano y exploraba el espacio a mi alrededor. La extraña figura se había esfumado.

—¡Jordi, ¿estás bien?! —gritó Dante.

—No os preocupéis por mí ahora. Solo decidme cuánto tiempo queda.

—Dos minutos cincuenta —precisó Red.

—¿Qué ha pasado ahí dentro, Jordi?

—Nada… No lo sé… Nada. —Mis palabras resonaban en mi cabeza como si la tuviera dentro de una campana.

No había tiempo para explicaciones. Lo que acababa de pasar había sido extraño. Una ensoñación dentro de un mundo virtual… Una doble pérdida de razón que multiplicaba las posibilidades de perder el contacto con la cordura. El sentido de la experiencia podía ser muy distinto según lo que pasara a continuación, pero lo único que tenía claro es que no estaba solo

ahí dentro. Era urgente largarse antes de que la cosa se pusiera fea. Encontrar el archivo blanco era lo de menos en esos momentos. Sin embargo, cuando estaba dispuesto a abandonar, lo vi. El fichero blanco estaba justo donde había visto a la mujer.

—¡Ahí está! —dije mientras corría hacia él—. ¡Red! ¿Qué coño hago ahora?

—Ábrelo y coge lo que haya dentro.

Abrí el fichero. Dentro había una esfera de datos azul.

—Conéctalo a tu teclado, descargaremos todo lo que haya dentro. No tardará más que unos segundos. —Red tecleaba con furia—. ¡Ya!

Justo entonces las luces de la sala se encendieron y una alarma empezó a sonar con fuerza, mi cabeza acabaría estallando como durara mucho.

—¡Mierda! ¡Jordi, te han detectado! —dijo Dante.

—¡Corre hacia el ascensor, tienes que volver a la puerta de entrada!

Corrí con todas mis fuerzas y entré en el ascensor. Mientras se cerraba la puerta vi correr hacia mí decenas de hombres armados que venían desde todos los pasillos de ficheros. Uno de ellos logró dispararme justo antes de que las hojas de la puerta se cerraran. Falló por poco.

—¡Van a matar! ¿Cómo me puedo defender?

—No puedes —dijo Red lacónico.

—¡Joder! ¿Y qué hago, los deslumbro con la lucecita de mi mano? —le reproché.

—¡Yo qué sabía que íbamos a estar en un *server* de Mitsuya! Teclea */userspeedhack74888874overdose*.

—¿Es un *software* de ataque?

—No, pero te dará más velocidad —dijo con tono seco. Intuía que no era una solución, solo un parche—. Eso sí, te hará más visible.

—Cojonudo —dije. Tecleé el código. No me quedaba otra.

Cuando llegué a la planta baja, el ambiente no podía ser más diferente al que me había encontrado al llegar. La recepción estaba repleta de soldados en posición de alerta y luces rojas de alarma se reflejaban en sus caras. Al verme, todos se pusieron en guardia y yo me quedé quieto. Ese era el final, supuse. Entendí esos segundos de quietud como el momento que se toma el

verdugo antes de ajusticiar al reo, es decir, a mí, saborear su último suspiro antes de morir. Sin embargo, los soldados no se movían, parecían ausentes.

—¡Jordi, corre! —me apremió Red—. Estoy bombardeando sus conexiones y van a estar bloqueados unos segundos.

—Te amo, Red.

Salí corriendo sin mirar atrás. Al poco empecé a percibir que algunos defensores empezaban a reaccionar aunque la mayoría aún seguían inmóviles y otros me miraban sin comprender. Esquivaba los que tenía por delante y empujaba con todas mis fuerzas a los que se me cruzaban. Mi objetivo era la puerta de entrada. Estaba cerca, muy cerca… Me lancé de cabeza contra ella, rompiendo los cristales.

—¿Dónde? —grité.

—¡El metro, la boca de metro!

Estaba al otro lado de la calle que crucé a toda velocidad. Al entrar, miré hacia atrás y vi la avalancha de soldados que venían hacia mí. Y detrás, ella otra vez: la figura con forma de mujer que me miraba con los ojos muy abiertos.

—¡¿Qué cojones haces, Jordi?! ¡Te van a dejar como un coladero! —gritó Dante.

—¡Teclea */userexit*!

Lo hice justo antes de que me llegara el primer proyectil y después de percibir en el rostro de la mujer una leve sonrisa como solo alguien que te ama de verdad puede alguna vez sonreírte.

Un segundo de oscuridad, la pasarela entre los dos mundos, el virtual y el real, y por fin estaba fuera de ese infierno.

* * *

Dante me abofeteaba con saña. Si no supiera que era mi amigo, pensaría que tenía algo personal contra mí. Sin fuerzas para otra cosa, abrí los ojos como única posibilidad de defenderme. Dio resultado, Dante dejó de pegarme al instante.

—Tío, ¿cómo estás? Ha ido por los pelos, joder.

—Estoy vivo que es lo importante —dije incorporándome como pude—. ¿Tenéis los datos?

—Sí —dijo Red—. Son los ficheros de un directivo de Mitsuya. El muy hijo de puta utilizaba dinero y servicios de la empresa para pagarlo todo. Y no solo eso, también lo grababa en vídeo.

—¿Lo tenéis localizado? —pregunté aún aturdido. Había salido del *Virtuality* con una terrible jaqueca.

—Aún no, pero es cuestión de días —explicó Dante—. Con esto tenemos suficiente como para que le caiga pena de muerte en menos de un mes. ¡Caso cerrado!

—Gracias por todo, amigo. Y a ti también, Red. Has estado increíble. —Trataba de mostrarme satisfecho, pero no conseguía que mis palabras mostraran ningún entusiasmo.

—Ha sido muy emocionante —dijo Red—. Pero hay algo que no me cuadra. Ese nivel de seguridad para unos archivos poco importantes no es normal. Nunca había visto un despliegue igual. ¡Ese sistema defensivo cuesta millones de chinyens!

—Y también está lo de la mujer. ¿Quién… o qué coño era?

—¿De qué mujer hablas? —Red parecía desconcertado.

—De la mujer que estaba junto al fichero blanco… La que iba con túnica y estaba rodeada de luz… ¡Joder, *la* mujer! —Me empezaban a irritar sus caras de desconcierto.

—No hemos visto ninguna mujer —dijo Dante preocupado—. Has estado solo hasta que las alarmas se han activado.

—No, tíos… Había una mujer, la he visto.

—Puede que haya sido cuando te has desmayado.

—Un sueño…

—¡Que no! Era real, como vosotros. Estoy seguro de lo que he visto… —O no. Empezaba a dudar. Tal vez sí fuera una ilusión. Pero no podía ser. Luego la había visto en la puerta del edificio, cuando iba a entrar en la boca de metro… Preferí no insistir.

—Ves mujeres por todos lados, tío —rio Dante.

—Ya ves… Estoy obsesionado —dije sonriendo lacónicamente. Era mejor no obsesionarse con algo que había visto en la RV. Podía ser solo una

broma del programador. O eso esperaba.

Dante y Red me acompañaron con sus risas. Eran risas de alivio, terapéuticas. Después de una noche tan movida podía decir que las cosas habían salido bien. El caso estaba resuelto y estábamos vivos.

—¡Colegas, hemos resuelto el caso! Ya veréis cuando se lo cuente a mis compañeros de clase.

—¡¡Red!! —Dante y yo saltamos al unísono.

—Es broma, chicos, no soy tan bocazas como pensáis.

Traté de sonreír, pero mi cabeza latía con un dolor que no se detenía.

—Creo que no me había sentido tan mareado desde esa fiesta en Osaka. ¿Recuerdas, Dante?

—Yo sí. ¡Lo que me extraña es que la recuerdes tú! —Rio—. Creo que ibas tan borracho que intentaste ligar tres veces con la misma.

—Esa noche acabé durmiendo tirado en el baño con los pantalones bajados, al lado de dos gemelas modificadas de casi dos metros. No me preguntéis cómo cabíamos ahí dentro… —Hacía muchos años que no me pegaba una juerga tan loca. Algún día tenía que llevarme a Dante a Osaka otra vez.

—¡Llévame de fiesta un día, Jordi! —suplicó Red.

—Cuando tengas pelos en los huevos —le contesté.

—¡Ya no soy un crío! Si queréis, os los… —pero antes de que hiciera cualquier tontería, se interrumpió y se puso serio—. Estoy captando movimiento policial que se dirige al edificio.

—Deben de ser los refuerzos que pedimos —aclaró Dante.

—… hace unas cuantas horas —dije molesto—. Espero que no venga el cabrón de O’Callahan. —El inspector jefe, viejo «amigo» mío.

—Con lo que le gusta figurar, no dudes que estará el primero, no vaya a quedarse fuera de la foto. —Dante siempre tan realista.

—Bueno, chicos, me piro, que mañana tengo examen.

—Dale recuerdos a tu mami de mi parte —dije con picardía. Su madre era una mujer muy atractiva y Red lo sabía. Y lo sufría.

—¡Me prometiste que mi madre era intocable!

—Por supuesto. Solo dile que pienso en ella. Castamente, ¿eh? De momento —seguí pinchando.

—¡Que te den! —y desconectó.

—Yo también te quiero.

—¡Cómo te gusta meterle miedo al chico! —dijo Dante mientras sacaba su pad de datos.

—Ya sabes que no lo digo en serio, aunque… ¡no me digas que tú le harías ascos a la madre!

—Bueno… Nunca se sabe. Una mala tarde la tiene cualquiera —me dijo guiñándome el ojo. Apretó un botón del pad—. Aquí el agente Dante Angelo. Procedo a salir con el detective privado Jordi Thompson, número profesional 9755, que ha trabajado conmigo en el caso. Tenemos información veraz y definitiva sobre el culpable de los asesinatos. Un equipo forense tiene que entrar en el edificio, varias bajas, seguramente del clan kazama. Corto. —Me miró—. ¿No echas de menos esto? Sabes que podrías volver si quisieras.

—No lo he echado de menos ni un solo día. Soy más feliz yendo a mi aire. Tengo mi oficina, mi secretaria, mis clientes… Y mi libertad. No necesito mucho más. —Dante me miraba con cierta tristeza—. Aunque sí echo de menos trabajar contigo.

—Y yo. Esto ha sido un buen recordatorio del equipazo que formábamos —dijo señalando el inmenso despacho de Dojima.

Los dos miramos el escenario de nuestra última batalla. Los cadáveres decoraban la estancia y nos recordaban que esa noche podíamos haber sido nosotros los que yaciéramos ahí. Una vez más habíamos salvado el pellejo y solo había sido posible porque estábamos juntos. Nos debíamos la vida tantas veces que ya no nos dábamos las gracias.

—Que el próximo caso que hagamos sea una fiesta en Osaka. Yo lo dejo caer.

—Y yo lo recojo. La semana que viene, dalo por hecho.

Nos dimos la mano efusivamente, eufóricos.

—Y ahora, a ver a tus amigos —dijo Dante apretándome el cuello con el brazo de forma amistosa y arrastrándome hacia la puerta.

* * *

Nada más atravesar la puerta principal del DioniXXXHell, nos dimos de bruces con O’Callahan. Había levantado un perímetro de seguridad y custodiaba la zona con cuatro aerodeslizadores patrulla y dos dotaciones terrestres motorizadas. Demasiado despliegue para un caso ya resuelto, pensé. Pero a O’Callahan le gusta dar espectáculo allá donde va. Siempre que él sea el solista, claro.

Como en los viejos tiempos, al verme vino hacia nosotros como una flecha.

—¡Angelo! ¿Qué te he dicho de involucrar a civiles en una investigación policial? Y menos a alguien expulsado del cuerpo y tan inestable como él —dijo señalándome con desprecio.

—Yo también me alegro de verte, Martin —dije sonriendo como si fuera verdad. Odiaba que le llamaran por su nombre de pila, creía que le restaba autoridad—. Y, como veo que no lo recuerdas, a mí no me expulsaron del cuerpo, me fui por mi propia voluntad.

—Si no te hubieras ido te habría echado yo. Por eso te fuiste, para evitar el ridículo. —Estaba un poco alterado. Debía de llevar muchas horas patrullando. O, lo que es lo mismo, bebiendo.

—Tú no eras nadie para echarme, en todo caso la dirección. Y ellos me pidieron que me quedara, aunque tú eso ni lo sabías. Creo que ya en esa época no te enterabas de una mierda, igualito que ahora. Hay cosas que no cambian… —Su expresión era de odio—. Pero no pienso volver a discutir esto contigo, Martin. Si eres feliz pensando que me echaste, mejor para ti.

—¡Ten cuidado en cómo te diriges a mí, o te pasarás la noche en el puto calabozo, pedazo de mierda! —Estaba fuera de sus casillas—. ¡Soy inspector del cuerpo policial de Tokyo!

—Y también un borracho, para tu información —jaque mate.

—¡Serás…! —Se abalanzó sobre mí pero Dante lo frenó.

—¡Inspector! ¡Jordi! ¿Queréis dejarlo ya? ¡Los dos!

O’Callahan recobró la compostura y yo miré a Dante resignado. Otra vez me había salvado su buena cabeza. Aunque romperle la nariz al inspector bien valía una noche en el calabozo. Sus hombres me harían un monumento, sin duda.

—Yo voy tirando. No quiero causar un infarto a nadie —dije dándome la vuelta—. Dante, llámame en cuanto atrapéis al cabronazo ese.

Al salir del cordón policial, saludé a un par de agentes.

—Mauro, Akira… A ver si vamos algún día a tomar unas cervezas. Me alegro de haberos visto, chicos.

Me saludaron con la cabeza, sonriendo. Estaba seguro de que habían disfrutado de mi encontronazo con O'Callahan, aunque habrían disfrutado más si le hubiera partido la cara.

Me alejé del local y estuve vagando por las calles. Estaba amaneciendo y necesitaba respirar el aire viciado de la ciudad, repleto de aromas. Muchos lo odiaban, pero para mí tenía su encanto, rezumaba a vida. Aunque era mucho más partidario de la noche que del día, me alegré de ver la ciudad a plena luz, de ver cómo la actividad empezaba a fluir. Miles de vidas que empezaban su rutina diaria casi sin pensar en nada, encerradas en su prisión mental en la que lo importante era sobrevivir un día más. A veces me preguntaba si éramos tan diferentes de los robots y las máquinas que hace cientos de años casi nos destruyen.

Y cuando me preguntaba eso, sabía que era un buen momento para irme a dormir.

* * *

El hombre estaba de pie, de espaldas a una mesa rectangular en la que se encontraban sentados otros seis hombres, tres a cada lado. Esperaban a que hablara y de eso hacía ya más de diez minutos. Aun así, nadie mostraba impaciencia. A nadie se le hubiera ocurrido hacerlo. No querían interrumpirle mientras contemplaba la panorámica de Tokyo que se podía ver a través del ventanal que cubría toda la pared. El hombre era alto, delgado y con el pelo blanco perfectamente peinado. Su silueta, recortada contra la noche implacable de la ciudad, mostraba un aspecto severo y despiadado.

—Esta noche activaremos el Operativo 21 —dijo por fin.

Se giró y posó su mirada sobre los seis ejecutivos que no pudieron evitar mirarse entre ellos mientras se revolvían en sus sillas.

—Pero señor… ese operativo es extremadamente caro. Debemos estar seguros —dijo uno de ellos.

—No me cabe la menor duda. —Su tono no dejaba la puerta abierta a una respuesta—. Y vosotros haréis bien en no tenerlas tampoco.

Miró a todos los presentes como si de un general revisando la lealtad de sus tropas se tratara. Uno a uno, todos los ejecutivos fueron bajando la mirada en un gesto de sumisión.

—Todo esto es confidencial. Tomaré medidas extraordinarias si me entero de cualquier filtración. Y ya sabéis bien cómo trato a los que me decepcionan.

Su mirada pareció atravesar el cuerpo de cada uno de ellos hasta llegar al mismo centro de sus almas.

—Podéis iros. Decidle a Erland que entre.

—Sí, señor —dijeron todos al unísono. Y se levantaron a la vez, acompasando el ruido de las sillas como si su temor mereciera una coreografía común.

El hombre se quedó solo de nuevo y volvió a contemplar la ciudad. «Cuánta limpieza hacía falta en este mundo. Cuánta suciedad. Cuántas ratas», pensó.

—Kiryu… —Escuchó a su espalda. Se trataba de una voz profunda y grave.

—Erland —dijo el hombre dándose la vuelta—. Esta noche ha pasado.

Erland asintió con la cabeza. Era un ronin, un neo-samurái sin señor propio. Mercenarios entrenados hasta la extenuación, maestros del combate, infiltración y rastreo. Dotados con los mejores y más costosos implantes, con un código de honor que seguían a rajatabla y que era diferente para cada uno de ellos. No había mejor secuaz. Ni más caro.

—¿Saben algo ellos? —dijo Erland mientras señalaba con su dedo enguantado hacia la puerta por la que acababa de entrar.

—No saben más que lo necesario, es decir, menos de la mitad. Vigílalos por si se van de la lengua.

—Sí, no me fío de ellos. —Y puso la mano en la empuñadura de su katana.

—Si alguno hace algo, tráelo aquí y yo mismo le castigaré —ordenó con una sonrisa apenas perceptible que parecía indicar que en el fondo deseaba que eso sucediera—. Empiezas ya mismo. Quiero resultados.

—Y los tendrás, como siempre. Nunca he fallado.

—Esta vez no es como las otras, nos jugamos más que nunca. Y hay poco tiempo.

Erland se pasó la mano por su pelo blanco, que le confería un aspecto mayor de los cuarenta que en realidad tenía. Sus numerosas cicatrices en la cara tampoco ayudaban a hacerlo parecer más joven.

—Lo encontraré, Takeshi Kiryu.

Con una leve inclinación de cabeza, el ronin se giró y se dirigió a la salida. Takeshi Kiryu se fijó en él mientras se iba. Alto, corpulento y ancho de espaldas, pero increíblemente grácil de movimientos. Su gabardina, roja como el fuego, se movía de forma rítmica y segura al compás de sus pasos. Era como ver caminar a un bailarín de casi dos metros. Un bailarín equipado con una katana y con dos uzis de energía con capacidad para exterminar a un pueblo entero. Pero aun así, bailarín. El bailarín de la muerte.

4

No debían de ser más de las nueve de la noche cuando por fin pude sentarme en mi butacón de cuero negro detrás del escritorio. Fuera había tormenta, una de esas tan típicas de Tokyo: intensas e interminables; esas que arrastran toda la mierda de la ciudad hacia abajo, hacia el suelo, donde antes crecían las plantas y ahora solo se acumula la basura. Mierda es lo único que hay de sobra en Tokyo. Por eso las tormentas duran tanto, pensé.

Mis esfuerzos por recuperar la rutina después de lo sucedido en el despacho de Dojima no acababan de dar resultados. En los días que siguieron había retomado algunos casos que tenía pendientes: un asunto de tráfico ilegal de pescado en el puerto de la ciudad; una banda de taxistas clandestinos que trataban de hacerse con el negocio del transporte privado en el suburbio este; una red de suplantación de huellas dactilares para el pago electrónico… Visité también a la madre de Mizuki para informarle del cierre del caso. Dante y la policía seguían investigando para descubrir la identidad del asesino. Mitsuya tenía cientos de empleados y no era fácil averiguar de quién se trataba. Sin embargo, su detención era cuestión de días. La madre de la joven lloró al escuchar la noticia. No podía recuperar a su hija, pero al menos sabía que su verdugo pagaría por su muerte. No acepté su dinero, pero me regaló una bufanda que ella misma había tejido con lana sintética de primera calidad. No supe muy bien cómo agradecer el regalo. No sabía cómo encajar las muestras de amor maternal. En el orfanato nadie te enseñaba a hacerlo.

A pesar de que me había esforzado en mantenerme ocupado, no conseguía dejar de pensar en todo lo que había pasado en el DioniXXXHell: las escenas de la lucha con los kazama, la muerte del hijo de Dojima, su suicidio, aparecían en mi cabeza como imágenes de cualquier programa de tele-realidad. Pero lo que no podía quitarme de la cabeza de ninguna manera era mi incursión en la RV. Nunca me había pasado nada

igual: perder la conciencia ahí dentro es algo que solo los adolescentes con ganas de sensaciones fuertes se atreven a hacer y pocos salían de la experiencia bien parados. Algo me había sucedido y era incapaz de saber el qué. ¿Quién era esa mujer que se me había aparecido y que solo yo había visto? ¿Qué habían sido esas voces que había escuchado?

Necesitaba relajarme, ordenar mis ideas. Recostado sobre el respaldo de mi butacón, con la cabeza apoyada hacia atrás, fumaba un habano recién encendido. Las primeras caladas son siempre las mejores, sobre todo si las acompañas de un buen escocés de malta y la guitarra de James Hetfield. En mi viejo equipo de música sonaba el *Ride the lighting* de Metallica, la banda sonora perfecta para relajarme mientras observaba el *skyline* de la ciudad que podía divisar desde el ventanal de mi despacho con todas sus lucecitas tintineantes en la oscuridad. Una preciosa postal, pensé con ironía. Solo tenía que abrir la ventana para que, como si fuera un portal a otro mundo, entrara de golpe todo el bullicio y rompiera en mil pedazos la postal y mostrara la realidad de Tokyo con toda su crudeza, sus olores y su violencia.

—Me encanta mi ciudad —dije para mí soltando una gran nube de humo que se quedó flotando delante de mi cara unos segundos antes de disolverse en el ambiente.

Cerré los ojos e intenté acompasar mi mente con los *riffs* de la guitarra de Metallica. Hay pocas cosas que me gusten más que escuchar heavy metal del siglo XX, no entiendo el porqué, pero su energía, su ritmo y sus letras me transmiten una sensación de libertad y fuerza que me encanta. Es mi droga sana. Mis amigos se ríen de mí por escuchar música tan arcaica, pero prefiero eso que conformarme con esos estúpidos ritmos psicoelectrónicos que tan de moda están estos últimos años.

Poco a poco, mi cabeza fue calmándose. Un buen habano de importación, whisky de malta y música de verdad. La vida que he elegido no es fácil, mi doctor de confianza y mis decenas de operaciones lo confirman, pero en momentos como ese, en mi despacho, con mis «vicios», soy plenamente feliz.

Fui a apoyar los pies sobre la mesa sin mirar y por poco no me cargo el comunicador Hitachi con mis botas. Hubiera sido una putada, me lo había

comprado hacía nada y me había costado una pasta. Fue entonces cuando me di cuenta del caos que había en mi escritorio: ficheros de datos amontonados, mi *Virtuality* medio enterrado debajo de decenas de libretas de grafeno, el proyector para ver películas en un extremo, a punto de caerse, mi cenicero ígneo a rebosar de colillas, vasos, tazas, platos… Estaba claro: necesitaba una mujer en mi vida, me dije antes de soltar una carcajada. No sé si fue por eso o por mi pensamiento, pero a continuación, como por arte de magia, se abrió la puerta y asomó la cabeza de Lauren, mi secretaria.

—¿Estás bien, jefe?

—Sí. Solo estoy celebrando el éxito del caso de hoy, la desaparición de la adolescente del barrio alto, ¿recuerdas? Al final estaba liada con un catedrático de la Universidad de Tokyo, ¿te lo puedes creer?

Lauren entró arrugando la nariz y avanzando hacia la ventana mientras agitaba la palma de su mano frente a su cara, como si necesitara hacer ese gesto para abrirse paso por mi despacho.

—¡Aquí no se puede respirar! —dijo antes de llegar a la ventana y abrirla de golpe. Al carajo la postalita de Tokyo, pensé mientras sonreía.

—¿He dicho algo gracioso?

—No, tranquila… cosas mías. Voy a darme un baño —dije mientras me levantaba—. ¿Me acompañas?

Lauren apartó la mirada cortada. Me encantaba cuando se ruborizaba, añadía un nuevo color a su rostro, entre la imponente melena pelirroja con mechas violetas y sus ojos verdes modificados.

—Sabes que usar la *Vihot* solo no es lo mismo… —insistí por ponerla nerviosa.

Me refería a uno de los pocos caprichos que me había concedido en los últimos tiempos: la *Visionary Hot Tub*, la mejor bañera de hidromasaje del mercado, con seis marchas de potencia, sales minerales autorregenerables y su propio proyector. Me gasté un par de sueldos en ella, pero valió la pena, sobre todo cuando la uso acompañado…

—Tengo que redactar el informe del caso *Storm Fire*.

—Puedes hacerlo otro día.

—¿Ves cómo está tu mesa? Llena de cosas que alguna vez dejaste «para otro día».

—Tengo mucho trabajo, no puedo perder el tiempo en organizar esto. Para eso ya te tengo a ti.

—Pero no para todo lo demás —dijo con un tono vengativo que sonó bastante infantil.

Lauren salió del despacho dejando la ventana abierta y a mí con la palabra en la boca. El viento no solo me estaba dejando tieso de frío, también estaba metiendo la lluvia de la tormenta dentro. Estuve a punto de volver a llamar a Lauren para reprochárselo y así poder seguir el juego con ella un rato, pero pensé que era mejor dejarla tranquila. Era demasiado joven, apenas veintidós años, y todavía se tomaba todo muy a pecho. Y además estaba lo nuestro. Para mí habían sido encuentros sin importancia, pero estaba seguro de que para ella significaban mucho más. Sabía que estaba perdidamente enamorada de mí y por eso en los últimos tiempos intentaba separar lo laboral de lo sentimental, aunque no siempre lo conseguía, la química que teníamos era bestial.

Estaba empezando a desvestirme cuando Lauren irrumpió de nuevo en el despacho. Pensé que había cambiado de opinión con lo de la *Vihot* y no hice ningún intento de volver a abrocharme la camisa.

—Disculpe que le interrumpa, señor Thompson. —Solo me hablaba de usted cuando quería marcar las distancias. O cuando había clientes delante. No sabía a cuál de las dos circunstancias me enfrentaba en esos momentos —. Fuera hay una mujer que quiere verlo. No tiene cita pero insiste en que es urgente.

Bajé los hombros disgustado. Era lo último que me apetecía en esos momentos, justo cuando iba a darme mi baño. Pero trabajo es trabajo. Y tenía la oportunidad de pinchar un poquito más a mi secretaria.

—Hazla pasar. Espero que al menos ella sí me alegre la vista —dije, mientras volvía a colocarme la ropa.

—Qué gracioso… —dijo entre dientes.

—A lo mejor quiere compartir la *Vihot* conmigo…

—Vístete, anda —susurró antes de irse.

Terminé de abrocharme la camisa, escondí el whisky y apagué el puro con desgana. No servía de nada, el olor iba a notarse igual. Lauren llamó a la puerta con los nudillos y a continuación abrió la puerta dando paso a una

de las mujeres más espectaculares que he visto en mi vida. Tenía un cabello rubio precioso y unos ojos tan azules y perfectos que no parecían naturales. Modelaba su cuerpo con un vestido negro de neopreno último modelo que marcaba todas y cada una de sus curvas. Tenía toda la apariencia de una *femme fatale*, incluido el toque oscuro con el que acompañaba todos sus movimientos. Al acercarse y darme la mano, me di cuenta de que tenía los ojos llorosos y estaba desesperada.

—Me llamo Carine da Silva y necesito su ayuda, señor Thompson. He oído que es el mejor detective de toda la ciudad —dijo con una voz dulce y suave que estaba a la altura de su perfección.

—Bueno, eso intento. Llámame Jordi, por favor. Y no me hables de usted, me haces viejo y no lo soy.

Mi clienta sonrió. No era mala noticia. En mi trabajo, conseguir la primera sonrisa tiene el mismo valor que dar el primer golpe en un combate de boxeo.

—Toma asiento y cuéntame. ¿En qué puedo ayudarte?

A pesar de lo deslumbrado que me tenía su presencia, traté de mantener el tono profesional. No quería dejarme llevar por lo que tenía delante de mis ojos. Si una cosa he aprendido con los años, es que uno no puede fiarse nunca de la perfección.

—Mi marido desapareció hace cinco días —empezó Carine, tratando de contener sus lágrimas—. Me dejó una nota en la que me explicaba que me abandonaba por otra mujer y que no volvería. Pedí ayuda a la policía, pero no me han hecho ni caso. Incluso se rieron de mí como si fuera una despechada cualquiera, ¡y estoy segura de que no es así!

Su tono se elevó mientras hablaba. Mostraba frustración, pero mi instinto me seguía avisando de que algo no cuadraba.

—Por lo que deduzco no te acabas de creer lo del abandono.

—Nadie conoce a mi marido mejor que yo. Sé que nunca me dejaría y menos de este modo. Estoy segura de que le ha ocurrido algo y necesito que me ayudes a encontrarlo —me dijo con voz llorosa.

—Mis servicios tienen un precio demasiado elevado para luego descubrir que te ha abandonado. No sé si te merece la pena…

—¡Estoy dispuesta a pagar lo que haga falta! —interrumpió nerviosa—. Lo que sea. —Subrayó con otro tono, este más intenso y acompañado de una mirada penetrante.

«Será mejor que no me des ideas», pensé de forma malévola sin perder el gesto inmutable de mi rostro.

—Está bien. Cobro mil chinyens por día.

Era un precio bastante superior al habitual, pero quería saber si esa mujer iba en serio. Y también si podía engordar un poquito más mi cuenta corriente con un simple asunto de cuernos. Si es que era ese el caso.

—Es un precio justo —afirmó. La jugada me había salido bien.

—¿Llevas la nota contigo?

Carine sacó una pequeña nota escrita a mano de su bolso de tungsteno refinado que, por cierto, me parece una de las modas más feas de los últimos años. Esa fue la primera sorpresa del caso: nadie utiliza bolígrafo y papel hoy en día. Si todo lo que me estaba contando era cierto, el marido de esa mujer debía de ser un romántico, un nostálgico o estar en una situación tan inusual como para verse obligado a escribir a mano su nota de despedida.

Cogí el papelito como quien coge una reliquia y, antes de leerlo, lo observé con atención. Tenía un leve olor a perfume de lavanda y la caligrafía era limpia y cuidada, de trazos negros sobre el papel blanco de un tamaño ligeramente superior a la palma de mi mano. Leí lo que ponía:

> *«Carine, no puedo seguir con esta mentira. Llevo medio año con otra mujer. Soy un cobarde y soy incapaz de decírtelo en persona, creo que lo mejor para los dos es que me vaya con ella. Sé feliz y perdóname por este final. Ojalá las cosas hubiesen sido diferentes». Paolo.*

La leí varias veces. Parecía una nota legítima. No encontré titubeos en la grafía ni otras señales que me advirtieran de que había podido ser escrita bajo presión. Como había deducido, se trataba de una persona romántica que justificaba sus actos por amor y que no dudaba en culparse por ello. Alguien que aún creía en la felicidad y en el deseo de que las cosas siempre pueden ser mejores. Un idealista de libro, de los que quedan pocos. Lo único que no sabía ubicar en ese momento era el perfume de lavanda que desprendía el papel.

—¿A qué se dedica tu marido?

—Tiene un pequeño negocio de importación de implantes cibernéticos desde América y Europa.

—¿Solo eso?

—Sssí —respondió dudando—. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Alguna afición personal, alguna inclinación por… actividades artísticas o algo de ese estilo?

—¿Es eso algo que tenga que ver con el caso? —preguntó Carine nerviosa.

—Es mejor que las preguntas aquí solo las haga yo —afirmé tajante para delimitar el territorio que me correspondía—. Yo soy el detective.

—Y yo la que le va a pagar mil chinyens diarios —sentenció rotunda al tiempo que, sutilmente, cogía la nota de mis manos y la guardaba de nuevo en su bolso.

En ese momento cruzó por mi cabeza la idea de rechazar el caso y despedirla cordialmente. Todo sugería que no era más que una mujer despechada que no aceptaba que su pareja se hubiera ido con otra, aunque, la verdad, costaba creerlo. Uno tiene que ser muy tonto para serle infiel a un bellezón así. Tenía una corazonada y algo me decía que había más de lo que veían mis ojos. Esas son las investigaciones que me gustan. También las que se cobran a mil chinyens diarios.

—Acepto el caso —dije. Carine sonrió por segunda vez y se reclinó en su silla como gesto de victoria. No imaginaba que, en realidad, la ventaja seguía siendo mía. Hacer creer a tu cliente que va por delante es como acertar de lleno con el segundo golpe. El combate estaba claramente a mi favor. Al menos de momento.

—Empecemos a trabajar —dije resuelto mientras sacaba una nueva libreta de grafeno del cajón—. Voy a necesitar que me digas cuándo y cómo fue el último momento en el que lo viste, qué pasó en los últimos días, si habías notado algo raro en él… Todo. Y necesito que seas sincera. Si quieres que encuentre a tu marido tienes que contarme toda la verdad, sin secretos, por dolorosos que puedan ser.

—Claro. La última vez que vi a Paolo fue hace cinco días, el lunes por la mañana, a las diez, más o menos, antes de que se fuera a trabajar.

—¿Tienes fotos?

Carine sacó de su bolso varios cristales líquidos con imágenes de su marido en diversas situaciones. Era un hombre sin carisma, anodino. No era el típico hombre que estaba con una mujer como Carine. Dejé las fotos a un lado.

—¿Sabes si tenía algún problema en el negocio…? ¿Había alguien que tuviese algo en su contra o con el que hubiera tenido problemas?

—No. Es una buena persona. Demasiado. No haría daño a una mosca.

—¿Debía dinero, le gustaba apostar?

—No —respondió horrorizada—. Al menos que yo sepa.

—Escríbeme las direcciones de su oficina y de vuestra casa —dije acercándole la libreta.

—¿Es necesario que investigues también en nuestra casa?

—Si quieres que encuentre a tu marido tengo que reconstruir su vida: conocer los lugares que frecuentaba, seguir sus rutinas, conocer a la gente de su entorno… Tengo que *ser* él.

Carine me miró y cogió la libreta como quien no tiene otra opción. Escribió sobre ella durante unos segundos y luego me la devolvió. Eché un vistazo rápido, distraído, tratando de disimular la verdadera intención de mi maniobra. Pero fue suficiente. Su letra no coincidía con la de la nota. De momento, Carine se descartaba como sospechosa de la desaparición de su marido.

—¿Crees de verdad que tenía una amante?

—Me cuesta, la verdad. ¿En serio piensas que teniéndome a mí se buscaría a otra mujer?

Como sospechaba, tenía tanto de belleza como de vanidad. No iba a ser una cliente fácil, sin duda.

—No pretendía ofenderte, pero, como te he dicho, necesito saberlo todo. ¿Había alguna amante o no?

—No. Estoy segura.

—¿Y tú?

—Yo, ¿qué? —preguntó poniéndose en guardia.

—¿Tienes algún amante?

Si las miradas pudieran matar, la de Carine me habría enterrado tres metros bajo tierra en ese momento.

—No.

Ya había apretado suficiente. Si quería que siguiera colaborando conmigo necesitaba relajar un poco el ambiente. Y con una mujer como esa, sabía cómo hacerlo.

—Carine, te voy a ser sincero. Yo no sé cómo pensaba tu marido, no sé qué ha pasado, pero te puedo asegurar que si yo hubiese sido él estaría todo el día deseando que llegara la noche para acostarme a tu lado.

La cara de Carine se relajó al escuchar mis palabras, incluso atisbé un leve rubor en sus mejillas. Es tan fácil convencer a una persona vanidosa… Y mucho más si es mujer.

—Siento si he sido desagradable. Estos días no están siendo fáciles para mí.

—Ojalá pudiese no ser tan directo, pero en los casos de desaparición el tiempo apremia.

—Claro —respondió con un tono mucho más colaborativo.

—¿Teníais una buena relación o había problemas conyugales?

—No estábamos pasando por nuestra mejor época —respondió sin mirarme. Hablar de su relación le costaba, pero al menos ya no se resistía a hacerlo—. Digamos que nuestra relación se había… enfriado.

Entendido: no tenían sexo desde hacía meses. Todo tenía sentido, todo encajaba. Un caso demasiado fácil. Por eso no me fiaba. Sabía que Carine me ocultaba algo. Lo veía en sus ojos, en sus palabras, incluso en sus movimientos.

—De momento, esto es todo. Cuando salgas, mi secretaria te dará un formulario que es importante que rellenes ahora mismo. Son pocos datos, direcciones, nombres, números de teléfono…

—De acuerdo —dijo mientras abría su bolso y sacaba dos mil chinyens —. Esto es aparte de tus honorarios. Considéralo una muestra de gratitud.

No es la única muestra que hubiese aceptado de ella, pero dos mil pavos de una tacada no estaba nada mal.

Me levanté para acompañarla a la puerta, pero antes de abrirla me sujetó los brazos, acercando su cara a la mía. Fue entonces cuando me llegó como

un soplido su perfume de lavanda, el mismo que impregnaba la nota de su marido. Seguía sin saber cómo encajar ese dato. El papel podía haber cogido ese olor después de que Carine lo hubiera manoseado una y otra vez, pero no lo creía probable: el perfume parecía pertenecer al papel, no haber llegado después. También pudo el marido escribir la nota en una hoja de una libreta de su mujer. Porque Carine no había sido; las letras no coincidían y el trazo de la nota era demasiado firme como para haberlo impostado. Pudo escribirla una tercera persona por orden de Carine… No era mucho, pero al menos me daba un argumento para ir a su casa e investigar el origen del papel. Eso sería en otro momento. Entonces solo podía atender a mi clienta, que me hablaba mirándome fijamente a los ojos. A esa distancia era imposible no rendirse a sus pies.

—Confío en ti, Jordi. Soy muy agradecida con los que me ayudan. Quiero que lo sepas.

—Si de verdad tu marido ha desaparecido, lo encontraré. —Y, haciendo un verdadero esfuerzo por no perder el dominio de la situación, añadí—: Ve pensando en la gratificación. Yo por mi parte haré lo mismo.

Carine sonrió con picardía. Sin duda, el juego había empezado. Al salir, no pude evitar volver a contemplar su figura ajustada en ese vestido de neopreno. Necesitaba una ducha fría. Nada de *Vihot*. Una buena ducha fría antes de salir a investigar.

* * *

Unos veinte minutos más tarde, después de haber aullado un buen rato bajo el agua helada mientras escuchaba *Wasted Time* de Skid Row, estaba listo para meterme en harina.

Tenía que mover mis contactos para ir despejando el camino e ir descartando hipótesis: infidelidad, desaparición, secuestro, asesinato… De momento, todas las posibilidades estaban abiertas y si había una persona en toda la ciudad que podía ayudarme, ese era el Ruso. Él conocía a todo el mundo, estaba al tanto de todo lo que pasaba en Tokyo —especialmente si

tenía que ver con lo criminal—, y podía encontrar casi cualquier cosa o cualquier persona.

Leonid Sokolov, nombre real del Ruso, y yo tenemos una historia compleja. De amor-odio, aunque, siendo honestos, tiene más de lo segundo que de lo primero. El último recuerdo que tengo de él es el de un puño volando hacia mi cara, una patada en sus costillas y una nariz rota: la suya. Lo conocí cuando, trabajando en la policía, lo detuve en el curso de una investigación de un caso de falsificaciones de tarjetas de identidad. Fue lo suficientemente inteligente como para convencer a O'Callahan, el inspector, de que le era más útil fuera de la cárcel que dentro y así se convirtió en confidente del cuerpo de policía. Poco duró en esa función tan «noble». Unos meses después se esfumó, el muy bastardo.

Años más tarde, cuando ya trabajaba por mi cuenta, me lo volví a encontrar y no dudé en aprovechar la oportunidad que me ofrecía el destino. No sin dificultad logré convencerlo de que aceptara mi dinero a cambio de información, y ese es el trato que mantenemos desde entonces. No le considero una buena persona, tampoco mala. Es un superviviente y yo respeto esa mentalidad. Creo que él me respeta de igual modo.

Lo malo del Ruso es encontrarlo. No tiene un identificador, no tiene número de comunicador, no tiene residencia fija… Es un hijo de puta extremadamente escurridizo y si conoces bien los suburbios de Tokyo como él y no quieres que nadie te encuentre, nadie te encuentra. Pero yo tengo mis trucos. Me senté en mi butaca y utilizando el teclado de mi comunicador, introduje un código de ocho dígitos que solo unos pocos conocemos: ROLPAINALGSNA. En teoría, ese código tenía que ponerme en contacto con él o con alguien cercano. Le di a la llamada.

Pasa un segundo…

Dos segundos…

Cuatro…

Ocho…

Diez…

Cuando ya daba por hecho que nadie iba a contestar y estaba a punto de colgar, apareció proyectada delante de mí una figura humana sin rostro y

difuminada, con los contornos borrosos y oscuros. Una voz metálica y distorsionada resonó en todo el despacho.

—Thompson, trae la tarifa habitual al callejón 321 de los Suburbios del Norte en una hora. Ven solo.

Dicho esto, la imagen desapareció y me quedé solo, atontado, mirando a la nada. ¡Joder! Cómo odio cuando pasa eso.

—Ya podías haberte despedido, ¿eh? —le reproché en voz alta.

La tarifa habitual eran quinientos chinyens sin marcar y cinco cajas de XT. El cabrón estaba enganchadísimo a esas pastillas, un medicamento utilizado por la policía que sirve para aumentar la capacidad de reacción del cuerpo tanto física como mental. Una bomba. Yo mismo he tenido tentaciones de usarla más de la cuenta, pero el abuso de esa sustancia puede causar problemas psicológicos graves, incluso reacciones psicóticas. A mí esos efectos me preocupan, pero al Ruso parecen traérsela floja. Gracias a mis contactos y a mis días de servicio podía obtener tanto XT como quisiera. Y eso el Ruso lo sabía perfectamente.

Escribí el código de doce cifras en el padque tengo escondido en el tercer cajón de mi escritorio y la puerta de mi armario blindado Distronic se abrió al instante. Solo yo conozco esa clave, solo yo tengo acceso a lo que guardo ahí: dinero, material delicado, armas, ficheros de datos, drogas… Cogí las cinco cajas de XT y salí.

En la recepción me encontré a Lauren aparentemente concentrada en redactar su informe. Vi los nervios en sus ojos, conocía bien esos movimientos de manos. La muy espabilada se está echando una partida al *Leage Of Zombies*, uno de los juegos de moda que tanto aborrezco.

—¿Cómo llevas el informe del caso *Storm Fire*? Estás en ello, ¿verdad? Porque ya sabes que me urge bastante.

—Sssí… sí, claro. Lo estoy terminando.

—Ah, pues espera, que voy a echarte un cable, así lo acabamos entre los dos.

—¡No! No hace falta, en cuanto lo termine te lo dejo en tu mesa —dijo apurada.

Me quedé en silencio, mirándola con una media sonrisa. Sabía que Lauren estaba incómoda. Siempre me ha encantado jugar con su inocencia.

—Mira, Lauren, que sea la última vez… —Su mirada reflejaba pánico —… que eliges un monje en ese puto juego.

Lauren respiró por fin. Si hubiera mantenido el suspense un segundo más, creo que habría explotado.

—Te he dicho mil veces que la mejor clase es el chamán —le dije guiñándole un ojo—. Además, ese juego es una mierda. Por algo te regalé el *Street Of Rage*.

Lauren se echó a reír. Me encanta su risa tan auténtica.

—Eres lo peor. Nunca puedo esconderme sin que me pilles.

—Por algo soy el mejor detective de la ciudad, nena —dije poniendo mi mejor voz de seductor.

—Se lo tiene muy creído, señor Thompson.

—Es la verdad y lo sabes.

—Pues si es tan bueno y le va tan bien, podría subirme un poco el sueldo, ¿no cree?

—No me gusta por donde está yendo la conversación, mejor que nos pongamos serios —dije.

—Claro, señor Thompson —dijo Lauren con recochineo.

—¿Tienes el formulario de la señora Da Silva?

—Sí, aquí está. ¿Qué te ha parecido? —preguntó en perfecto tono profesional.

—Bueno, mi cabeza me dice que su marido se está tirando a una *geisha* cada noche desde hace cinco días, pero mi corazón me dicta que esto no va a ser tan fácil y que esta historia tiene más sombras que luces.

—No me refería a eso.

La miré desconcertado y eso provocó su sonrisa. Era una de las pocas veces que mi secretaria me pillaba a contrapié.

—Me refería a qué te ha parecido… de guapa.

—No te voy a engañar —dije sin intención—, me ha costado prestar atención a lo que me contaba. Pero tú sigues siendo la más guapa de esta ciudad.

Y sonreí. No iba a dejar que esa batalla la ganara Lauren. Sin embargo, esta vez no conseguí que se ruborizara. Su expresión era tan indescifrable

como la música psicoelectrónica tan de moda. En ambos casos, no entendía nada.

—¿Vas a salir esta noche? —dijo volviendo a sus papeles.

—Sí. Voy a ver al Ruso, a ver si me echa un cable.

—Si quieres, cuando acabes, puedes venirte a mi casa y te preparo algo para cenar —dijo como si tal cosa. A esas alturas, me costaba saber a qué estaba jugando mi secretaria.

—Ya sabes que me encantaría, pero creo que tenemos que intentar mantener nuestra relación en lo estrictamente profesional. Al menos de momento.

—Solo te estaba invitando a cenar. ¿En qué estabas pensando? —dijo con evidente tono sarcástico.

—Buenas noches, Lauren —dije deseando zanjar ese momento que se me iba de las manos—. Espero que nos veamos mañana.

—Odio cuando dices esa frase. No te va a pasar nada y lo sabes.

—Lo sé.

Cogí mi chaqueta de cuero negro con trazas de grafito —una de las mejores adquisiciones de mi vida— y me la puse al vuelo. Como siempre que lo hago, me sentí el rey por un momento.

En el ascensor respiré profundamente. Ochenta y tres pisos más abajo comenzaría mi nueva investigación. Solo esperaba que Carine da Silva valiera la pena.

Había dejado de llover, así que al pisar la calle decidí ir andando a mi cita con el Ruso. Aunque los Suburbios del Norte quedaban lejos de mi despacho, prefería caminar que pelearme con el tráfico en hora punta. Me gusta la ciudad a ras de suelo, muy distinta de la que se percibe desde la ventanilla de un aerodeslizador blindado, el vehículo que casi todo el mundo utiliza para circular por Tokyo. Creen que así protegen sus vidas, pero lo cierto es que el miedo es lo que late en los corazones de la gente de mi ciudad, especialmente en el de las clases medias y las clases medias mejoradas, aquellas que tienen el suficiente poder adquisitivo como para incorporar a sus cuerpos las mejoras genéticas y biomecánicas que les hacen superiores. Un miedo que narcotiza a las personas, que las controla, que aborta cualquier deseo que pueda brotar de sus mentes. Un miedo que, también, me da de comer, porque, ¿qué sería de un detective privado sin el temor de la gente a perder lo que tiene?

A esas horas de la noche, las calles estaban en plena ebullición. En este nivel de los suburbios, el Gran Tokyo, el anillo que rodea a la City —la zona alta, solo reservada para la clase media mejorada—, el peligro es relativo. Grupos de jóvenes en busca de diversión se mezclan con prostitutas y pequeños traficantes. Los bares tratan de atraer clientela prometiendo ingentes cantidades de alcohol a cambio de unos pocos chinyens. Gracias a eso, sube del asfalto el aroma a vómito y a whisky sintético procesado en laboratorio tan característico de estas calles.

El Gran Tokyo es lo máximo que Tokyo se permite para ser una ciudad canalla. Es la franja donde sus habitantes encuentran sus vías de escape. Las armas no se llevan a la vista y aún se tiene cierto respeto por el prójimo. Para empezar a sentirse un forastero hay que bajar unos cuantos niveles más. El peligro va en aumento según se avanza en las profundidades de la ciudad y uno se adentra en los suburbios más profundos. El peligro y la

miseria, que solo tiene una frontera: la de los Intocables, la clase social más baja, la gente más parecida a los humanos originales de hace siglos, ya que no pueden acceder a ningún tipo de implante que les permita competir con el resto de los habitantes. Viven en la marginalidad, bajo las enormes planchas de acero que sustentan los suburbios superiores, y sus barrios se rigen con sus propias leyes, tan viejas —e imperfectas— como los propios humanos. Hace décadas que las autoridades han renunciado a mantenerlos bajo su control. No pueden: los Intocables no tienen miedo. No tienen nada.

En esos momentos aún estaba lejos de los límites que separaban un Tokyo de otro. Andaba seguro y despreocupado, disfrutando de mi paseo por las calles. Me encanta conocer de cerca el terreno del que brotan mis casos, donde está la vida de verdad: la gente que se ama, se odia, se emborracha, discute, grita y comete los errores que me dan de comer: infidelidades, trapicheos, negocios sucios… Todo aquello que escapa del control de la autoridad. En la calle es donde se respiran las debilidades humanas y donde uno puede encontrar lugares como El Dragón Dorado, el mejor puesto de comida callejera de Tokyo que regentaba Cheng, un viejo conocido.

—¡*Joldi*, *cablonazo*! —me recibió Cheng. Como buen anfitrión, trataba de mimetizarse con el lenguaje de sus clientes, aunque sonara un poco cómico.

—Cada día estás más gordo, Cheng. ¿No sabes que la comida que sale de tu cocina es para los clientes, no para ti?

—No es *goldula*, amigo, es *culva* felicidad. Y Cheng *sel* feliz con *mujel* de su vida —puntualizó con una gran sonrisa al tiempo que señalaba hacia su espalda donde Song, su mujer, se afanaba en sacar unos tallarines del *wok*. Al verme, asomó su cabeza entre el vapor y la inclinó ligeramente a modo de saludo.

—Esos tallarines huelen de maravilla. Si le echas un poco de chile, seguro que van a quedar antológicos.

Me senté en una de las banquetas que había frente al puesto en la misma acera mientras esperaba a que Cheng le echara el chile a mi plato de tallarines.

—¿Alguna novedad? —pregunté.

Además de darme de comer, Cheng me servía de informador. Los puestos de comida están en lugares privilegiados. Sus mostradores son auténticos palcos al espectáculo de la calle.

Cheng carraspeó antes de contestar. Dejó el cuenco de tallarines frente a mí y clavó entre ellos un par de palillos. Olían de maravilla. Se acercó buscando un clima de confidencia.

—Clan de filipinos se ha hecho con *kalaoke* de la calle *veintitlés*.

—¡Venga ya, Cheng! —respondí airado con la boca llena—. ¿Qué narices me importa quién regente un bar de karaoke?

—Dicen que *sel tapadela* de *tláfico* de *ólganos* —dijo bajando la voz.

Le encantaba ponerse teatral. Una vez me confesó que su verdadera vocación era la interpretación. De joven intentó entrar en el Teatro Chino, pero a lo más que llegó fue a ser figurante. Su talento eran los fogones; ahí lo bordaba.

—Tu *avisal* a amigo poli —dijo refiriéndose a Dante, cliente habitual también de El Dragón Dorado.

—Lo haré —le dije para tranquilizarlo sin dar más importancia a sus sospechas, lo más seguro, simples rumores de barrio—. Ponme una cerveza. De las buenas, ¿eh? No de las de cebada transgénica.

—Descuida, jefe —me dijo con una sonrisa.

Cheng entró en el local a buscar mi cerveza. Me metí en la boca una buena porción de tallarines y mientras la masticaba, vi a un chico merodeando en el otro extremo del mostrador. No debía de tener más de quince años y por sus tics todo indicaba que ya le daba al sinotral, un medicamento para regular el ritmo cardiaco que esnifado producía un potente efecto estimulante. Era la droga de moda entre los chavales y la culpable del aumento de infartos entre ellos. Cheng regresó con una botella de cerveza bien fría que abrió frente a mí.

—¿*Quieles plobal* nuevos *Dim sum* de centollo?

—¿Marisco de Tokyo? —dije receloso, sin quitar ojo al chaval que ahora simulaba leer el panel de precios que colgaba del techo.

—*Cliado* en aguas descontaminadas —dijo orgulloso—. Eso me han *galantizado*.

—Otro día, mejor. —No me metía una pieza de marisco del mar de Tokyo ni aunque me lo regalaran—. Dime cuánto y cóbrame también lo de ese chico —dije señalando al chaval que, aprovechando el despiste de Cheng, se estaba llenando los bolsillos de brochetas de cerdo agridulce.

Cheng miró al chico y no tardó ni un segundo en hacerse con el cuchillo que Song tenía en sus manos para cortar el pescado.

—¡Suelta eso, *cablón*! —dijo amenazando al chico.

El chaval dio un paso hacia atrás dispuesto a salir corriendo, pero yo salté de mi banqueta y le bloqueé la huida.

—¿Dónde vas…? —dije retorciéndole el brazo a su espalda.

—Eh, tranqui, tío… Iba a pagar, lo juro.

—¡*Mentiloso*! Todos *dlogadictos sel* iguales. ¡Devuelve comida!

—Calma, Cheng —dije antes de que la punta del cuchillo tocara la cara del chico—. El chico tiene hambre, ¿verdad?

El chaval forzó el gesto para girar la cabeza y mirarme con cara de sorpresa. Desde su óptica, una reacción como la mía solo podía ser el preludio de una paliza. Pero yo no tenía ganas de ajusticiar a nadie esa noche.

—¡Si *quiele comel*, que pague, como todo hijo de vecino! —insistió Cheng nervioso.

—¿No te he dicho que me lo cobres a mí? —dije.

—Yo… lo devuelvo, lo juro… —dijo el chico aterrorizado.

Solté al chaval que, liberado, se vio incapaz de tomar cualquier iniciativa. Le estaba bloqueando la salida y no podía huir. Por otro lado, sabía que devolver la comida en esos momentos resultaba ridículo. Me miró implorando una pista sobre qué debía hacer.

—¿Cuánto hace que te metes sinotral? —pregunté. El chico me miró con los ojos muy abiertos.

—No tomo… Bueno, lo he probado, pero…

—Vamos a hacer una cosa —dije para atajar su mentira—. Tú te llevas las brochetas y un bol de tallarines…

—¡Los cojones se lleva *tallalines*! —protestó Cheng.

—Pónselos, Cheng. Yo invito. —Cheng me miró un segundo confundido y, arqueando las cejas resignado, se dio media vuelta y empezó

a llenar un bol.

—Te llevas la comida… —proseguí— y dejas aquí el sinotral que llevas encima. ¿Estamos?

—No llevo nada, tío, te lo aseguro.

—Entonces, tendrás que dejar la comida y llevarte un recuerdo del cuchillo de mi amigo Cheng.

El chico me miró angustiado. No tenía muchas opciones, pero desprenderse de sus pastillas no parecía ser una de ellas.

—No me da que lleves mucho tomando. Si lo dejas ahora, a lo mejor llegas con vida a las próximas navidades.

—Los *tallalines* —dijo Cheng de mala leche mientras dejaba un bol de tallarines para llevar sobre el mostrador.

—Yo aceptaría el trato —insistí—. Estos tallarines merecen la pena, te lo puedo asegurar.

El chico y yo nos miramos en silencio. Al cabo de unos segundos, metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó un par de pastillas de sinotral. Sabía que llevaba más, pero no insistí. Si quería convencerle de algo, ya lo había hecho. Y si no había servido para nada, al menos el chico iba a cenar bien esa noche.

—¿Ves qué fácil? —dije.

El chico sonrió con amargura. Miró el bol humeante sobre el mostrador y, antes de cogerlo, sacó un par de pastillas más.

—No tengo más.

—Lo sé —dije, ahora ya convencido de que no mentía—. Espero verte por aquí pronto, la próxima te toca pagar a ti.

El chico fijó su mirada en mí. Por cómo movía los ojos de un lado a otro de mi rostro, pensé que algo se estaba cociendo en su cabeza.

—Lárgate, anda.

Cogió el bol y se escurrió entre la gente sin decir una palabra más. Cheng me miró resignado.

—Tú *sel* demasiado bueno, amigo.

—No, Cheng. Yo ser «*cablonazo*» —dije riendo y arrancando también la risa de Cheng—. El chico estaba pidiendo a gritos una segunda oportunidad. A lo mejor, la aprovecha.

—No *cleo*. Veo muchos como él todos días.

—Por intentarlo… —dije dispuesto a irme—. Cóbrame. Lo mío y lo del chico.

—Da igual. Invita la casa —me dijo convencido.

Su gesto me pilló por sorpresa y lo miré admirado unos segundos.

—Tú sí que eres bueno, amigo —dije meneando la cabeza.

—No, yo *sel glan cablonazo*, como tú.

Forzó una gran sonrisa a la que respondí con otra igual y me largué de ahí. Después de mi visita a El Dragón Dorado, tenía el estómago lleno y la moral por las nubes. Estaba preparado para enfrentarme con el Ruso.

El incidente con el chico me había hecho perder algo de tiempo, así que tuve que acelerar el paso para no llegar tarde a mi cita. El Ruso no era un hombre al que le sobrara la paciencia, era mejor no jugar con su tiempo. Sobre todo porque la información que esperaba obtener de él era importante para mí.

Según me adentraba en las profundidades de los suburbios, el ambiente se iba volviendo más sombrío. El bullicio del Gran Tokyo daba paso a un laberinto de calles medio desiertas donde prostitutas, rateros y traficantes deambulaban de un lado a otro buscando a sus presas. Los visitantes que se dejaban caer por ahí en busca de algo, se movían con rapidez, con gestos furtivos, directos a su objetivo: su dosis, sus armas, su ración de sexo o lo que demonios demandara su deseo. El mundo no funcionaba como más me gustaba, pero no soy yo el responsable de cambiar las cosas. Desde el pequeño lugar que ocupo en la sociedad solo puedo tratar de poner algunas cosas en su sitio, el que creo que les corresponde. Más allá de eso, la lucha se me presenta tan titánica que solo puedo aplicar la máxima que rige la forma de vida de todos los que me rodean: «vive y deja vivir». Y tampoco me iba mal. Vivía y me dejaban vivir.

Al cabo de unos minutos, crucé el límite que separa el Gran Tokyo de los Suburbios del Norte. A partir de aquí, uno solo depende de sí mismo. Y de la suerte que tenga.

* * *

El Callejón 321 no era mucho más que un estrecho corredor que comunicaba dos calles principales. No tenía ninguna puerta y las ventanas que daban ahí estaban tapiadas o cerradas con tablones. Los dos grandes edificios que delimitaban el callejón parecían abandonados, reflejo de otros tiempos, muy lejanos, en los que la zona vivió algún esplendor. El único signo de vida que se percibía era el viento frío que pasaba de una calle a otra y que solo recorriendo el callejón parecía encontrar una salida. El viento y dos pilotitos rojos que parpadeaban en las azoteas, varios pisos más arriba. No me hizo falta asegurarme de que eran dos pequeñas torretas láser portátiles, un ingenio más de Distronic para la defensa personal. Sabía que el Ruso estaba obsesionado con su seguridad y ni siquiera mi visita le ofrecía confianza. Cualquier movimiento extraño que hiciera sería suficiente para que me disparara desde las torretas de forma remota. Las cinco cajas de XT que traía para él eran en esos momentos mi mejor garantía de supervivencia. Si el Ruso me disparaba con el láser, no solo yo iba a acabar calcinado.

Esperaba ver aparecer al Ruso de un momento a otro, había llegado justo a la hora, pero aún tuve que esperar un buen rato. Empezó a llover de nuevo. Nada para resguardarse en el callejón, ni un tejadillo. Tuve que accionar mi burbuja magnética para no quedar empapado. Pulsé en mi pulsera multifunción y a mi alrededor se creó un campo de polaridad negativa que repelía el agua. Gran invento el paraguas, pensé. Si además parara el viento y la humedad, sería perfecto.

Cinco minutos.

Diez.

Veinte.

Estaba empezando a ponerme de mala leche.

—¡Leonid, sal ya, joder! ¡Ya ves que soy yo! ¿Quién vendría a verte con una chupa de cuero como esta? —grité. Como respuesta, solo obtuve un silbido del viento. Iba a largarme, no aguantaba más—. ¿Sabes cuánto me darían en la calle de al lado por las cinco cajas de XT?

En ese instante, una de las torretas, la que quedaba a mi derecha, se movió ligeramente y disparó contra una ventana, destrozando los tablones que la tapiaban.

—Entra —dijo una voz metálica que salía de un altavoz. La del Ruso.

—¡Ya era hora!

Salté al interior del edificio por el hueco de la ventana. Apenas entraba luz de la calle y todo lo más que se podía distinguir eran varias hileras de columnas que se perdían en un espacio grande y diáfano. Una antigua fábrica, pensé.

—Podíamos habernos visto afuera. Hace una noche estupenda —dije con mala idea.

—Deja el dinero y las cajas en el suelo. —Un pequeño rayo de luz salió desde el fondo de la sala y me señaló un punto del suelo, frente a mis pies.

—No me toques más los cojones, Leonid. Si quieres la pasta y las pastillas, sal de donde coño estés y ven a por ellas.

No contestó, pero la luz siguió apuntando al suelo. Empecé a preocuparme. Sabía que el Ruso estaba medio volado, pero ese comportamiento era demasiado extraño, incluso para alguien como él. Al ver que nada se movía, empecé a considerar la opción de largarme. Era de locos, el Ruso me estaba apuntando desde varios puntos y las posibilidades de llegar vivo a la calle eran ínfimas, pero quedarme ahí tampoco me parecía un plan perfecto: de pie, a oscuras, sin saber qué estaba pasando, me estaba consumiendo igualmente.

—Si quieres jugar, jugamos. Pero primero dime a qué y así nos divertimos los dos.

El rayo de luz se apagó y a continuación se encendieron las luces del techo, una sucesión interminable de fluorescentes. Mis ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse y entonces fue cuando lo vi aparecer desde el fondo de la sala: su metro cincuenta y cinco de fibra nerviosa caminando a saltitos.

—¿A qué ha venido esto? —pregunté.

—No sabes cómo está esto últimamente —dijo hablando a gran velocidad, como era habitual en él. Parpadeaba sin parar; casi no daba tiempo a ver el azul de sus ojos.

—¿Mal? Vaya noticia.

—No, joder… Distronic ha repartido armas experimentales a las bandas de los suburbios para que las prueben antes de sacarlas al mercado.

—Pero eso… ¡es ilegal! —Hasta a mí me parecía un escándalo hacer algo así.

—¿Y te crees que les importa una mierda? Pagan una pasta al que les lleve resultados. La gente se está friendo por las calles. Ya no sabes de quién fiarte.

—¿Y creías que yo…?

—Nunca se sabe, como siempre estás sin un pavo… Dame las cajas —dijo alargando sus brazos minúsculos. Era rematadamente pequeño, el hombre. Si le sumabas su nariz aguileña y sus rápidos movimientos, parecía una rata hecha persona.

—Antes tendrás que darme algo a cambio, ¿no crees?

—Eres tú el que me ha llamado. Si quieres algo, paga primero.

Tenía razón. Saqué las cajas y se las di.

—¿Qué quieres? —dijo mientras se tomaba la primera pastilla a pelo, sin agua.

—Paolo do Santos. ¿Te suena ese nombre?

—¿Me tiene que sonar?

—Empresario de origen brasileño, casado con Carine da Silva, un monumento de mujer… Desapareció hace cinco días. ¿Te dice algo eso?

—No me dice una mierda —respondió metiéndose la segunda pastilla en la boca—. ¿Has traído la pasta?

No servía de nada hacerse de rogar, así que le solté el dinero. Esperaba que después de haberse metido dos pastillas estuviera más receptivo.

—¿Qué has escuchado de secuestros en los últimos días?

—Secuestros… —dijo resoplando, como si la palabra le pareciera ridícula—. Nadie secuestra hoy en día. Demasiado jaleo.

—Es un empresario, a lo mejor…

—Los únicos que secuestran son las bandas coreanas. Pero van a por los niños. Ocupan poco y sus padres siempre pagan.

—¿Y asesinatos? —pregunté—. De gente normal, me refiero.

—¿Normal? —Rio—. ¿Como tú?

—Ya sabes a qué me refiero —contesté cortante. La actitud del Ruso empezaba a tocarme las narices.

—La colonia brasileña es bastante religiosa. Si hubieran matado a uno de ellos nos hubiéramos enterado en toda la ciudad.

Tenía poco con lo que trabajar y el Ruso no me estaba dando mucho más. Empezaba a tener la sensación de que había tirado las drogas y la pasta a la basura.

—Necesito algo, Leonid. Ese tío tiene que estar en algún sitio.

—¿Y si se ha largado sin más?

—Tiene que haber comprado documentación falsa para salir de Tokyo. A la policía no le constan salidas de la ciudad con ese nombre.

—Preguntaré por ahí.

—Si es así, es posible que no vaya solo. Puede que le acompañe una mujer.

—¿Dos ciudadanos de clase media comprando papeles en los suburbios? —dijo incrédulo—. Lo dudo, Thomson, se los habrían merendado a la primera. Pero yo pregunto, si quieres.

—Lo que sea, pero consígueme algo.

—¿Y no será que te están tomando el pelo? —Lo miré desconcertado —. Nadie desaparece así como así, sin dejar un rastro.

—Eso es lo que creo. Por eso te he llamado. Búscalo y dime algo. —Sin decir nada más, giré sobre mí mismo, me dirigí a la ventana y salté a la calle.

Fuera seguía lloviendo. Esta vez no activé mi campo magnético para repeler el agua, no me importaba mojarme. Mi primer movimiento para resolver el caso de Carine había sido un fracaso. «Confío en ti, Jordi», escuchaba en mi cabeza. Nunca me había sentido tan desasosegado al comienzo de una investigación. Sabía que un detective juega siempre con el tiempo y la paciencia, pero esta vez había algo que me mantenía ansioso, como si necesitara respuestas inmediatas. Y no era capaz de saber si quien me tenía en vilo era el caso en sí o la propia Carine. «Confío en ti, Jordi», se repetía en mi cabeza una y otra vez al tiempo que un intenso olor a lavanda recorría mi memoria.

Me desperté a la mañana siguiente sintiendo en la cabeza un fuerte latido, como si el corazón hubiera ocupado el lugar del cerebro. Tan fuerte palpitaba, que me llevé la mano al pecho para asegurarme de que de verdad mi corazón seguía en su sitio. Desde la última vez que entré en la RV en el local de Dojima, mis noches no habían sido tranquilas. No podía recordar con precisión qué soñaba, pero lo primero que veía al despertarme en plena noche, empapado en mi propio sudor, era «esa mujer»: la presencia que me asaltó en el servidor de Mitsuya, la figura femenina vestida con una túnica blanca acompañada de un aura de potente luz brillante y con una presencia de otro mundo. Siempre con la boca abierta, como si me quisiera decir algo. Siempre con los ojos fijos sobre mí, como si quisieran penetrar mi alma. Acercándose, como si su objetivo fuera unirse a mí.

He conocido muchas mujeres en mi vida, algunas muy peligrosas. Asesinas que dominaban el arte de los venenos y que podían matar con un simple beso; espías con mil caras de las que era imposible conocer su verdadero yo; yonkis enganchadas a los implantes —sobre todo estéticos—, tan idas psicológicamente que tenía miedo de darles la espalda, no fueran a apuñalarme para robarme veinte tristes chinyens… Quizás la palma se la lleva Kaitlyn, una exprostituta infantil que había acabado como guardaespaldas de un capo menor de la neo-yakuza. Odiaba a los hombres tanto como le atraían sexualmente, es decir, mucho. Una compleja dualidad que la convertía en un polvorín siempre a punto de explotar. Si a eso se le sumaba que era tan hábil con las espadas como el mejor de los kazamas y que tenía varios traumas no superados, se podía afirmar que no era la más fácil de las mujeres. Duramos dos semanas. Aún hoy me pregunto cómo sigo vivo.

Aun así, ninguna de estas señoritas me provocó jamás la sensación de desasosiego e inquietud que me provocaba la «mujer de la túnica» cuando

la veía en sueños. ¿Tenía algún significado? ¿Era alguien de mi pasado que se manifestaba desde el inconsciente? Esa noche, además, había soñado que no estaba sola. Había otra mujer que caminaba junto a ella cogida de su mano. No podía recordar quién era la otra, pero sabía que la conocía. No sé cómo, pero lo sabía. ¿Quién era? Estaba a punto de llegar a mi consciencia, lo notaba, unos segundos más…

Mi comunicador sonó con fuerza y me privó de la respuesta. Abrí los ojos y alargué el brazo a la mesilla. Miré la pantallita: Lauren. Sonreí. Me encanta que me den los buenos días y más ese día. Necesitaba una cara amiga para olvidarme de mis ensoñaciones. Descolgué la llamada y la imagen de mi secretaria se proyectó delante de mí.

—Buenas tardes, dormilón —dijo con una sonrisa picarona.

—¿Tardes? —Miré intrigado mi reloj de pulsera de cuarzo, una fantástica reliquia, y me sobresalté: ¡eran las 12 del mediodía!—. ¿Las 12? ¡Pero si había puesto la alarma a las 8!

—Ya conozco yo tus alarmas… —Lauren me tenía demasiado calado.

—Es verdad, Lauren. Hoy tengo pensado hacer mucho trabajo de campo y quería empezar a primera hora —respondí al tiempo que saltaba de la cama con decisión esperando así disipar mi dolor de cabeza.

—¿Cómo fue ayer con el Ruso? —inquirió ella.

—No demasiado bien. No sabía una mierda sobre el desaparecido y eso es muy raro en él. Me temo que este caso va a ser complejo. Necesito empezar a indagar, cuanto antes, mejor.

Empecé a vestirme a toda prisa, hoy tendría que acelerar el paso si quería aprovechar el día.

—¿Tuviste algún imprevisto? —dijo poniendo su mejor cara de preocupación, casi infantil.

—La verdad es que no. Cené en El Dragón Dorado, evité un robo… —Y un asesinato por parte de Cheng, pensé para mí—, y me mojé un poco con el gran clima de esta ciudad. Una noche como cualquier otra —dije con evidente cinismo.

—Me alegro, pues.

Noté en su sonrisa vacía que quería decirme algo y no acababa de atreverse. Seguramente algo personal.

—Lauren, ¿quieres comentarme alguna cosa?

—Ah, no, nada en particular.

—Lauren…

—Pensaba que a lo mejor vendrías a casa después de investigar —dijo sin atreverse a mirarme a los ojos.

Bingo.

—Ya te dije que no podía. Necesito estar descansado y concentrado para poder resolver esto lo más rápido posible. —Intenté sonar profesional a la vez que empático. No me salió demasiado bien.

—Aunque no vinieras, estuve un poco preocupada. Los suburbios son imprevisibles, sabes cómo entras pero nunca cómo sales. —Estaba más que un «poco» preocupada. La conocía.

—La cagué, lo reconozco. Tendría que haberte enviado una holografía corta, aunque fuera —me excusé sinceramente. Lauren tenía razón—. Pero llegué a casa empapado y de mala hostia por no tener ni una pequeña pista. Lo siento. En cuanto resuelva el caso —si lo resuelvo, pensé—, te invito a cenar para compensar.

—Lo resolverás, seguro. —Una gran sonrisa iluminó su cara.

—Pero a El Dragón Dorado, ¿eh?, que voy justo de efectivo ahora mismo.

La sonrisa desapareció de la cara de Lauren tan rápido como había surgido. Me encantaba gastarle este tipo de bromas.

—Bueno, va, si te portas bien quizás te lleve al italiano ese caro de la séptima avenida oeste. —Me apasionaba ese sitio, era caro como un demonio, pero tenían la mejor pasta de la ciudad; y si Carine me pagaba lo que me había prometido, me lo podría permitir—. Pero solo si te portas bien.

Sonreí y terminé de vestirme. Puse la llamada en modo holograma y empecé a hacerme el desayuno mientras la imagen de Lauren me seguía por la cocina.

—Vamos a trabajar un poco. ¿Algún avance por tu parte? —pregunté.

—He estado mirando en los registros de hospitales, tanatorios, bancos…

—¿Y? —pregunté esperanzado.

—Nada. Ni rastro.

—Joder… No hay ni por dónde empezar.

—Una cosa me ha llamado la atención, a lo mejor sirve.

—Seguro. Cuenta… —Empecé a tomarme mi taza de *demons tea*, una de mis bebidas energéticas preferidas. Y hoy iba a necesitar mucha energía. Con los primeros sorbos el dolor de cabeza empezó a aplacarse.

—Su empresa, Do Santos Limited. Se supone que es un negocio de importación de implantes desde América y Europa. Sin embargo, no hay ningún registro de entrada de mercancías en las aduanas, ni en las terrestres ni en las portuarias.

—¿Una tapadera?

—O un negocio clandestino —apuntó Lauren.

—¿Para qué iba a molestarse en tener una empresa visible si importa implantes de manera ilegal?

—En caso de que de verdad importe implantes. Porque eso no es todo.

—Explícate. —A Lauren le gustaba exponer sus argumentos con suspense. Y a mí me encantaba que lo hiciera. Por cosas como esta era una delicia trabajar con ella.

—Su empresa tampoco figura en ningún registro. En realidad, no existe. Legalmente, me refiero.

—¿Qué es esto, un chiste? —El entramado que empezaba a vislumbrar alrededor del marido de Carine se parecía más a una mala película cómica que a un caso de verdad—. ¿Tiene un negocio o no lo tiene? —pregunté irritado.

—Tenerlo, lo tiene. Solo que no está inscrito en ningún sitio ni tiene actividad. Al menos, actividad registrada.

—Pero ganancias, debe de tenerlas; por cómo vestía Carine, dinero no les faltaba. Además, viven en la City.

—Eso parece… —dijo Lauren con un tono más sombrío. La sola mención de Carine había mitigado su entusiasmo. Era consciente de ello, pero no quería mezclar los asuntos personales en ese momento.

—¿Crees que Carine estaba al tanto de los chanchullos de su marido?

—Ni idea.

Terminé mi *demons tea* y miré a Lauren. Me sentía mucho mejor después de desayunar. Mi cabeza ya no latía y mi cuerpo me pedía ponerme

ya en marcha.

—Solo hay una manera de averiguarlo.

—¿Preguntárselo directamente? —dijo Lauren con el tono de quien admite una fatalidad.

—Mejor. Yendo a la oficina de Paolo. Sin avisar y sin darles tiempo a reaccionar. Solo así podremos ver qué pasa.

—Muy bien. ¿Necesitas que yo haga algo concreto?

—Sí, rastrea bases de datos. Busca sus antecedentes familiares, parientes, amigos, compañeros de estudios… Si ha desaparecido, alguien tendrá que echarle de menos, digo yo.

—A sus órdenes.

—Luego hablamos para contrastar notas, ¿de acuerdo?

—Eso si te dignas a llamar.

—Esta vez no te fallaré —dije de forma exageradamente melodramática.

—Confío en ti con todo mi corazón —me respondió ella en el mismo tono.

Y cortó haciendo una reverencia que parecía sacada de una de esas obras de teatro de la edad moderna. Menudos dos payasos estábamos hechos. Y me gustaba. Agradecía momentos como esos. Nunca se sabe qué nos va a deparar el futuro, así que es mejor vivir cada momento lo más feliz posible… Si fuera posible. Esa mañana no me quitaba aún de mi cabeza la mujer de mis pesadillas. Pero en ese momento el dolor de cabeza había desaparecido y el recuerdo del sueño de esa noche se hizo claro de repente: la persona que acompañaba a la mujer llena de luz tenía el rostro de una conocida: Carine da Silva.

Me quedé petrificado en mitad del salón de mi apartamento. Si Carine había conseguido colarse en mi inconsciente era porque había causado un profundo impacto en mí. ¿Era un aviso? ¿Me importaba más de lo aconsejable? ¿O simplemente los sueños no son más que un conjunto de pensamientos y recuerdos que se mezclan de forma arbitraria al dormir, sin necesidad de interpretarlos? Esperaba que se tratara de esto último. Fuera como fuera no iba a solucionar nada en ese momento. Tenía la dirección de

la casa de Carine y sabía que tarde o temprano tendría que ir. De forma profesional, por supuesto.

Sin perder ni un minuto más, me calcé el colt en la pistolera que llevaba en el costado, me puse el abrigo de cuero y, dispuesto a encontrar un hilo, el que fuera, del que empezar a tirar, salí disparado de casa.

* * *

Do Santos Limited ocupaba una pequeña oficina en un inmenso edificio del centro del Gran Tokyo. Se trataba del típico edificio donde se alquilan locales a empresas de muy diversa actividad. La empresa que buscaba estaba en la vigésimo octava planta y no tenía ningún rótulo o letrero que la anunciase. Solo al llegar frente a la puerta se podía leer *Do Santos* escrito en un papel pegado a la puerta. Llamé. Al cabo de unos segundos, muchos, empecé a escuchar unos tacones que se acercaban desde lo que debía de ser el otro extremo de la oficina, ya que la intensidad con la que se escuchaban fue creciendo como quien sube poco a poco el volumen de un equipo de música. Antes de abrir la puerta, los pasos se acortaron y se detuvieron un instante. «Últimos retoques al pelo y al vestido antes de abrir», pensé. Tacones, oficina… La persona que estaba al otro lado de la puerta solo podía ser la secretaria. Y las secretarias siempre son jóvenes, guapas y presumidas. No me equivocaba: la puerta se abrió y una mujer de unos veinticinco años, no muy alta, pero con una figura —llena de curvas y todas en su sitio— que parecía sacada de un cómic, me recibió con una gran sonrisa que hacía brillar toda su cara. Latina, pensé. Pero europea. Italiana, lo más probable.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó.

—Sí… —dije saliendo del embrujo—. Busco a Paolo do Santos.

La cara de la secretaria se ensombreció de golpe, sin transición alguna. Pronunciar ese nombre fue como si le dijera que se le había corrido la raya de los ojos.

—El señor Do Santos no está. ¿Necesitaba alguna cosa?

—Encontrarlo. —La chica me miró extrañada. Le tendí la mano—. Jordi Thomson, detective privado. Carine da Silva me ha contratado para encontrar a su jefe.

—Ah, la señora Carine… —dijo disimulando solo lo justo el desagrado que le producía escuchar ese nombre—. Pase.

Y se echó a un lado para dejarme entrar. Avancé dos pasos y me detuve en seco. Ante mí se extendía una oficina diáfana, casi vacía, interior y sin ventanas. Al fondo había una mesa y un par de archivadores. Un par de cajas en el suelo rebosaban cables junto a una pantalla de cristal líquido desconectada. En la pared de la izquierda colgaba un gran reloj multihorario que señalaba de forma simultánea las horas de Tokyo, de Moscow —la capital de Europa—, y de Ciudad de México —la capital de América. Salvo eso, el único síntoma de vida que había en ese lugar eran la secretaria y el agobiante calor que hacía. Si ahí trabajaba alguien, debía de trabajar muy poco.

—¿Quiere tomar algo?

Avancé por el espacio mirando a izquierda y derecha tratando de buscar algún detalle que me convenciera de que eso era una oficina normal.

—¿Estáis de mudanza? —pregunté.

—No. ¿Por?

—¿Dónde están los muebles, la gente?

—Ah, eso… —dijo recuperando la sonrisa. Entender mi inquietud parecía transmitirle seguridad—. Do Santos Limited es un negocio virtual. Esto es solo para reuniones. Y casi no hacemos.

Sin muebles que acotaran el espacio, no supe muy bien dónde dirigirme, así que llegué hasta la mesa que había al fondo.

—¿Reuniones? ¿Dónde? —dije asombrado.

—En la sala —dijo la chica señalando una puerta, la única que rompía la monotonía de la pared vacía—. ¿Quiere pasar ahí? Estaremos más cómodos.

La secretaria me acompañó hasta la puerta y la abrió para que pasara. Un hombre de mi edad se asustó al verme y se levantó de un salto. Era muy alto, tenía el pelo rojo y peinado con raya a un lado. Lo habíamos

sorprendido trabajando en una mesa de tamaño medio sobre la que se acumulaban un gran número de cajas repletas de ficheros de datos.

—¡Martina! ¿No sabes llamar?

—Perdona, Vincent. Es Thompson. Lo manda Carine para investigar lo de Paolo —se justificó la secretaria. Martina, parecía ser.

—Ah… Hola, Thompson —me saludó el tal Vincent—. Vincent McMillan, jefe de operaciones en el sector Pacífico-Atlántico. —O sea, en todo el planeta, pensé con sorna—. He venido en cuanto ha pasado.

—¿Pasado? —pregunté sin entender.

—Lo del jefe. Alguien debe ponerse al mando hasta que dé señales de vida. Siéntese, por favor. ¿Quiere tomar algo? Martina, agua bien fresca para Thompson, por favor —ordenó antes de que yo contestara.

Vincent me ofreció una silla junto a él. El calor en la sala de reuniones era mayor que en la oficina y mis sensores empezaban a mandar alertas al display de mi pulsera biométrica, que no paraba de vibrar. ¿Cómo podían trabajar a gusto en un sitio así?

—¿Solo trabaja ella aquí?

—En la oficina, sí. Tenemos unos cinco empleados desperdigados por el mundo, son nuestros contactos con los proveedores. También ojean el material de primera mano. Y luego estoy yo, claro.

—¿Unos? ¿No sabes con exactitud cuántos trabajadores tenéis?

—Es que antes de desaparecer, Paolo despidió a unos cuantos. Por eso mismo, ahora voy un poco perdido.

Menudo descontrol y dejadez parecía haber en esa empresa.

—¿Es usted el que dirige ahora la empresa, entonces?

—Pfff… Dirigir… —dijo intentando ser sarcástico—. Si hubiera algo que dirigir… Aquí solo hay deudas. Mire —dijo señalando el montón de cajas—, todo deudas. Todo.

—Iba mal, el negocio.

—No iba, sería más preciso decir.

El hombre resultaba un poco cargante. Eludía cualquier respuesta clara y directa, lo cual, sumado al calor que iba en aumento, estaba empezando a marearme.

—Es imposible que un negocio vaya a algún sitio si no existe —dije intentando centrar la conversación.

—¿Cómo dice?

—Esta empresa no consta en ningún registro, ni presenta actividad aduanera. No tiene muebles, ni empleados…

—Solo deudas, ya se lo he dicho —dijo como si lo anterior no fuera significativo.

Martina entró con un vaso de agua, solo uno, que puso delante de mí. Lo tomé de un trago. Estaba lo suficientemente fría para refrescar pero no tanto como quemar. Me sentó de maravilla. Un alivio al calor que estaba sintiendo. Pero demasiado breve. Empecé a sudar.

—¿Me podrías traer otro, por favor? —O tres. En ese momento me bebería un manantial entero.

Martina pareció incómoda, incluso molesta por la pregunta.

—Lo siento, pero la máquina de agua no funciona bien y tarda unos minutos en cargarse, tendrá que esperar —dijo de corrido, como el que está acostumbrado a repetir algo.

—¿Cómo puede ser que haga tanto calor? —Me estaba desesperando esa situación.

—Como le he comentado antes, no usamos casi nunca esta instalación —se justificó Martina—. El señor Do Santos lleva un tiempo sin pagar los recibos de la empresa de refrigeración. Me temo que tendremos que aguantar este sofoco.

Me cago en la hostia.

—¿Nos podrías dejar solos? —le pedí a Martina. Era el momento de hablar a solas con el que llevaba las riendas. Y hablar en serio.

Martina miró a Vincent sin saber qué hacer. Parecía que no entraba en sus planes abandonar la sala. Fue Vincent el que habló.

—Vete a seguir con los informes. Gracias.

Ella sonrió, me guiñó un ojo y se giró para irse sin cerrar la puerta. No entendía nada. ¿A qué demonios venía ese guiño después de mostrarse tan arisca? No es que me quejara, pero desde luego no entendía nada… Abandoné mis pensamientos lascivos y me puse manos a la obra. Me quité la cazadora de cuero y me arremangué las mangas de mi camisa beige.

Además de un toque teatral, no aguantaba más ese puto calor. Me levanté de la silla, la giré y apoyé mis brazos en el respaldo.

—Mira, Vincent…

—Dígame —dijo. Parecía asustado.

—No acabo de entender muy bien el negocio que tenéis montado aquí, pero por lo que estoy viendo nada parece funcionar. Y ni tú ni Martina estáis siendo claros. Ahora estamos solos y espero que esto cambie de una vez. No soy tu enemigo ni vengo a sacar vuestros trapos sucios, de hecho, me la pelan completamente. Yo vengo a encontrar un desaparecido, nada más. Si tienes algo de consciencia, ayúdame y no me verás más.

Mi discurso pareció hacer efecto en Vincent. Noté cómo tragaba saliva un par de veces y, desde luego, parecía más pálido que al principio. El estar más alto ayudaba también a crear un aire de superioridad. Usar la psicología siempre va bien en las investigaciones.

—Thompson, todo lo que te he dicho es la verdad. Puede que no haya sido muy claro, pero es que… —parecía dudar si continuar. Al final prosiguió—… Hace tiempo que mi participación en la compañía se ha reducido drásticamente. De hecho, hacía meses que no venía aquí.

—¿Y eso por qué? —A ver con qué salía el señorito Vincent.

—Pues porque Paolo y yo tuvimos discrepancias serias.

—¿Qué tipo de discrepancias? ¿Físicas?

—¡No, no! —El pobre también estaba sudando a chorros: gotas grandes como manzanas le recorrían toda la frente—. Teníamos una manera… diferente de ver los negocios. Yo soy más conservador y él no reparaba en gastos.

—Ya veo cómo no reparaba en gastos para esta oficina de mierda. —Vincent era un nido de contradicciones andante.

—Ya, ya… Pero en los negocios era un desastre. Compraba sin pensar, le daba igual todo. —Se quitó la chaqueta, nervioso—. Solo quería gastar y mover el dinero.

—Para que lo entienda… ¿Cómo funciona el negocio, cómo se importan los implantes, dónde se almacenan y distribuyen…?

—En realidad lo que importamos es el *software* de funcionamiento, no los implantes en sí. Es mucho más barato traerlo de fuera. En Turqya hay

unos chavales que programan de la leche —dijo un poco más tranquilo, incluso orgulloso.

—Me acabas de decir que los contactos que tenéis por ahí están para supervisar el material, algo que me parece extraño si hablamos de programas y *software* —dije con un punto de mala leche que se me escapó. No quería ponerle más nervioso.

—Bueno… —titubeó. Sin duda estaba buscando argumentos como un poseso—… Pero se tiene que supervisar cómo trabajan los programadores, ver los *chipsets*, las centralitas, los núcleos de transferencia, los *clústeres*, los *MBAS*, las…

Lo corté antes de que siguiera con términos técnicos que no me daban ninguna información relevante.

—Ok, ok… Ya pillo el concepto. —Sonreí y me fijé en que Vincent también lo hacía. Bien, se estaba relajando—. ¿Algunos de los empleados que Paolo despachó podrían querer venganza?

—No creo. De hecho, lo veo imposible. Están muy lejos y por lo que les pagaba tampoco creo que estén muy traumatizados. —Vincent no me miraba directamente a los ojos y eso no me gustaba.

—Antes me has dicho que derrochaba dinero, pero paga mal a los empleados, no cuida sus instalaciones… ¿Me estás tomando el pelo o qué coño pasa?

Vincent dio un respingo ante el aumento de hostilidad por mi parte. Lo tenía demasiado acojonado y tenía que rebajar el ambiente si quería que hablara.

—Vincent, no estoy aquí para hacértelo pasar mal, pero llevo un rato muriéndome de calor y las respuestas que me das no paran de contradecirse.

—Te digo lo que sé, en serio —aseguró. Pero su expresión decía lo contrario.

—¿Sabes si los acreedores acosaban al señor Do Santos? ¿Algún problema con clientes?

—No, que yo sepa. Todo lo que debía era a empresas grandes, no de las que te hacen desaparecer si no pagas —dijo con una inocencia que me dejó pasmado.

—Te sorprenderías de lo que pueden llegar a hacer estas empresas si no reciben lo que se les debe. No todas te llevan a juicio y me extraña que no lo sepas, tú que eres socio de un negocio como este.

—Yo es que no he tenido nunca problemas serios con nadie. Por suerte me he criado en la zona alta de la ciudad y he salido poco de ahí.

Quizás eso explicaba su comportamiento errático, casi idiota. Sería un niño mimado que no había salido de su habitación en años. En el fondo casi me daba pena. Casi.

—¿Hay algo que explique su desaparición para ti? —A ver si apelando a lo personal al menos sacaba algo.

—No. Hacía tiempo que no tenía contacto con él. Quizás sí que se fugó con una amante.

Un momento. ¿Qué acababa de decir?

—¿Cómo sabes lo de la amante?

Que yo supiera la nota de desaparición solo la había visto Carine, su mujer. Moví la silla para acercarme más a él y acerqué mi rostro al suyo.

—Mírame a la cara, Vincent.

—Sí, sí, sí… —estaba tartamudeando—. Es que Carine me llamó llorando y desesperada la noche que desapareció. Me leyó la carta y me preguntó, exigió más bien, si sabía algo. De verdad, te lo juro, es todo lo que sé. Si quieres saber más ahí tienes los ficheros de todo.

Señaló unas cajas y unos pads de datos al fondo de la sala. Relajé mi cuerpo, sabía que poco más iba a sacar de él.

—De acuerdo, tío. Lo siento, a veces me pongo un poco pesado, pero está en juego la vida de una persona. Espero que lo entiendas. ¿Me puedes dejar solo mientras miro todo esto, por favor?

Vincent se levantó de la silla como si un muelle gigante lo hubiera propulsado. Si no llega a ser por que estaba empapado y amargado del bochorno, me hubiera puesto a reír a carcajadas. Se fue como un cohete hacia la puerta, se despidió con un ademán y cerró.

Todo era tan insólito, tan absurdo. El calor me impedía razonar con orden y la actitud de los únicos dos empleados que parecía tener la empresa no ayudaba a progresar. Una vez solo, me desabroché algún botón de la camisa. Me la habría quitado entera, pero era muy posible que hubiera

alguna cámara de vigilancia camuflada. Estaba chorreando de sudor, tenía el pelo empapado y decidí hacerme una coleta para sentirme un poco más fresco. Lo que hubiera dado por una buena ducha de agua fría. Y eso que yo siempre me bañaba con agua caliente. Así de jodido estaba.

Mi pulsera biométrica empezó a emitir un pitido que solo mis tímpanos podían oír: temperatura, sudoración, ritmo cardiaco, acidez gastrointestinal… Todo estaba alterado ahí dentro, pero no podía irme sin echar un vistazo a lo poco que había. Me quité la pulsera y la lancé sobre la mesa. Si tenía que sufrir un colapso, que fuera al menos gracias a encontrar una mísera pista. Abrí la primera caja y me dispuse a bucear en los pads en busca de cualquier pista que me llevara a Paolo Do Santos.

7

Al cabo de casi veinte minutos revisando la documentación, decidí tirar la toalla. No merecía la pena el esfuerzo, enseguida me di cuenta de que los ficheros no aportaban ninguna pista: contabilidades incompletas, fechas inexactas, conceptos de ingresos y gastos incomprensibles… Intenté reconstruir la lógica de los números de la empresa, pero nada coincidía con nada. Era imposible averiguar dónde estaba el problema, si lo había, o a quién se debía dinero o dónde estaba el dinero que entraba. Eran los ficheros de un demente.

Pensé en transferir los archivos a mi servidor para que los mirara Lauren. Mi despacho, al menos, estaba climatizado y mi ayudante podría verlos con mayor claridad que yo en ese momento. Activé mi comunicador, pero me di cuenta de que no establecía conexión con ninguna red. «Encima, sin cobertura», pensé furioso. Lo único que podía hacer era probar suerte fuera. Volví a ponerme la chaqueta y la pulsera y me dispuse a salir. Antes, sin embargo, me detuve a mirar los indicadores que, nada más tocar mi piel, habían vuelto al rojo. Todos menos el de la función hepática, que estaba en blanco. Era raro, mi cuerpo estaba al límite y mi hígado seguía como si nada. Esto solo podía obedecer a una razón: mi implante hepático se había activado para regular su funcionamiento. Y eso solo sucedía si sufría una agresión externa. No podía ser. ¿Me habían envenenado? Cogí el vaso que me había ofrecido Martina y lo olisqueé. Nada a simple vista. Me costaba creer que ese par de inútiles tuvieran cualquier oscura intención, pero todo estaba siendo tan extraño que empecé a considerarlo.

Me dirigí a la puerta de la sala con la mano derecha en mi colt preparado para desenfundar en caso de que alguien —Vincent, Martina… quien fuera—, me hubiera tendido una trampa. Giré el pomo despacio, repasando en mi cabeza la distribución de la oficina para calcular dónde debía apuntar primero. El pomo metálico me resbalaba por el sudor, así que

tuve que secarme la mano varias veces en el pantalón antes de conseguir girarlo por completo. Iba a empujar con decisión para abrir la puerta, pero… Nada. La puerta estaba bloqueada. Giré de nuevo, esta vez sin cautela alguna y empujé fuerte. Empujé con las manos, con el antebrazo, con el hombro. No tenía duda, me había quedado encerrado. O me habían encerrado.

—¡Eh! ¡Abrid!

Empecé a aporrear la puerta. Me habían tendido una trampa. Los muy cabrones me habían encerrado en la sala con la calefacción al máximo y, lo más seguro, me habían tratado de envenenar con el agua.

—¡Abrid, joder! —grité con todas mis fuerzas.

Golpeé la puerta una y otra vez, lancé contra ella un par de sillas que reventaron nada más estrellarse en su superficie. Todo mi cuerpo chorreaba de sudor y respiraba cada vez con mayor dificultad. Me di cuenta de que si seguía gastando energía pronto caería rendido. La sala era algo parecido a una caldera y tenía la sensación de que si seguía expulsando calor de mi cuerpo iba a explotar.

Traté de serenarme. Me agaché pegando casi la cara al suelo. Esperaba encontrar ahí un aire ligeramente más fresco. Los indicadores biométricos, que estaban a punto de pasar al negro —es decir, al bloqueo multiorgánico—, se estabilizaron y mi respiración bajó un poco su ritmo. Desde el suelo comprobé que la puerta estaba blindada, como el resto de la sala. No había conductos de aire, ni mucho menos ventanas, ni paneles desmontables que pudieran abrirme la posibilidad de una salida. En el techo, solo dos bombillas halógenas —que despedían más calor, cómo no—, y una burbujita de metacrilato oscura. Era la señal de que la refrigeración estaba apagada. Menuda jodida sorpresa. No disponía de ninguna ventaja. No tenía escapatoria.

Me senté en el suelo con la espalda apoyada contra la pared. Era la primera vez que me veía en una situación crítica sin haber luchado. Me sentía como un animal a quien han enjaulado para que no pudiera defenderse. Había sido vencido y no habían tenido que emplear ni un gramo de energía. En esos momentos estaba a merced de la voluntad de mis captores.

Intenté reconstruir la hipótesis de su plan. Dejarme encerrado era el primer paso. Esperar a que me desmayara, el siguiente. Luego, sacarme de ahí inconsciente, llevarme a otro lugar, asesinarme, deshacerse de mi cuerpo en el mar de Tokyo… O, peor, podían abandonarme en esa sala, dejar que muriera y esperar a que dentro de mucho tiempo alguien, un nuevo inquilino, encontrara mis restos. Daba igual, el final era el mismo.

Era mucho más angustioso pensar en la sucesión de hechos que me había llevado hasta ahí. Martina y Vincent no sabían que iba a visitarlos, pero, una vez ahí habían actuado con firmeza, ejecutando un plan que no parecía improvisado. A no ser, claro, que trataran así a todas las visitas, lo cual no parecía ser el caso. Si estaba ahí era porque alguien me había marcado el camino. Y ese alguien era Carine. ¿Era ella la que, en última instancia, quería verme encerrado? Me resultaba imposible creerlo. ¿Qué motivos iba a tener? Pero no se me ocurría a nadie más que quisiera llevarme hasta la oficina de Do Santos para acabar conmigo. ¿O'Callahan? ¿Dojima? ¿La neo-yakuza? Ninguno de ellos era lo suficientemente brillante como para diseñar un plan que, una vez culminado, parecía perfecto, pero que contenía circunstancias demasiado azarosas que requerían de paciencia y buena suerte para que tuviera éxito. Solo podía ser ella. Carine. ¿De verdad me había engañado? ¿Me había dejado manipular por una cara bonita? ¿Así de tonto soy? No creo. Tengo muchos fallos, pero siempre he sido cauteloso y he sabido sobrevivir solo en un mundo jodido.

Una pequeña descarga en mi muñeca me avisó de que el ritmo cardiaco volvía a niveles de estrés. Miré mi pulsera y, salvo el corazón, el resto de los niveles habían vuelto a rangos normales. Verme derrotado me había calmado y había recuperado las constantes habituales. Mi cuerpo —y mis implantes— estaban en disposición de segregar la adrenalina que necesitaba en ese momento. Aún me quedaba una salida. Solo una y debía utilizarla de la mejor manera posible.

Me levanté despacio, intentando gastar la mínima energía posible. Estaba tan fatigado que si quería usar mis implantes tenía que hacerlo bien a la primera, quizás no tuviera otra oportunidad. Me situé justo enfrente de la puerta. Tensé los músculos de los brazos al máximo. Cerré los ojos. Respiré a fondo.

Tres.

Dos.

Uno.

¡Ya!

Un estallido de fuerza recorrió mi cuerpo e impulsé mis extremidades con toda la energía que mis implantes y mi cuerpo me permitían. La puerta saltó por los aires y, de un salto, me planté en mitad de la oficina con mi colt en las manos.

Me llevé una gran sorpresa cuando lo único que vi fue a Martina arreglándose las uñas en su mesa, tan tranquila. No sabía qué hacer, a quién disparar. Ella me miró exaltada y asustada.

—¿Qué ha pasado, señor? —dijo Martina aterrorizada.

—¡Llevo casi media hora encerrado! —dije—. ¿No has escuchado mis golpes?

—No, la sala está insonorizada para que no se escuche nada cuando hay reuniones. ¡Por favor, no dispare! —me suplicó.

Aún la estaba encañonando. Decidí no bajar el arma por el momento.

—¿Por qué me habéis encerrado? —pregunté con furia.

—¡Le juro que no es así! Hace mucho que no usamos esa habitación, quizás la puerta se ha encallado, los sistemas magnéticos o lo que sea. Por favor… —Estaba al borde del llanto.

Vincent no parecía estar por ningún lado.

—¿Dónde está Vincent? Y más vale que no me mientas.

—El señor McMillan se encontraba muy mal y se ha ido a casa. Me ha dicho que cualquier cosa… —Y no pudo acabar porque empezó a llorar histéricamente.

En ese momento dudé. ¿Y si todo había sido fruto de mi paranoia? Realmente tanto Vincent como Martina no parecían lo suficientemente inteligentes para poner en marcha un plan así.

—El agua que me has dado… —Bajé un poco el arma—. ¿Contenía alguna droga o medicamento?

El tema hepático aún me traía de cabeza. ¿Por qué se activaron mis implantes defensivos? ¿Había sido envenenado o simplemente había comido algo en mal estado? Demasiadas preguntas. La cabeza estaba a

punto de estallarme. Martina me miró entre lágrimas con una expresión de sorpresa.

—¡Contesta!

—¡No! Se lo juro. Si quiere, ahora mismo me tomo un vaso delante de usted.

¿De verdad todo había sido un malentendido? Eso era una pesadilla. Todo ese maldito caso lo era. Bajé el arma y la guardé en la funda. Esperaba que no fuera un error.

—Perdóname por si te he asustado, pero en este mundo en el que me muevo nunca puedes fiarte del todo de nada. Ni de nadie.

La chica me miró como un corderito mira a su protector. Se secó las lágrimas y me sonrió. «Qué rápido cambiaban de carácter las mujeres», pensé.

—Señor Thompson…

—Llámame Jordi —la interrumpí. Parecía que iba a decirme algo importante y prefería que me tratara con más confianza.

—Jordi… —Me volvió a sonreír. Parecía más guapa ahora que antes. La belleza de la vulnerabilidad, supongo—. Siento lo que ha pasado. No he querido entrar para no molestar, si lo hubiera sabido… —Y sus ojos se volvieron a humedecer.

Me acerqué a ella y le puse mi mano sobre el hombro. Ella se levantó y se quedó mirándome, expectante.

—Cálmate, ya ha pasado. Voy a transferir los archivos a mi oficina. Necesitaría que me dieras el número de comunicador de Vincent. Y el tuyo.

—El mío te lo doy encantada —dijo acercándose un poquito más—. Pero el del señor McMillan no te lo puedo dar sin su consentimiento. Se lo preguntaré y si me autoriza te llamo para dártelo —dijo dando un pasito para acercarse aún más.

—Me parece bien —dije mientras quitaba mi mano de su cuerpo. No era momento para tontear, no después de todo lo que había pasado. Me supo mal, de todas formas.

Me dirigí a la sala donde me había quedado encerrado, agarré los archivos y los puse encima de la recepción. Ahí tenía cobertura e hice el *transfer* de datos en un segundo. Después me apunté el número de

comunicador de Martina, que me había dejado escrito en un papel, y me dispuse a salir de ese horno.

—¡Espera!

La voz de Martina me frenó. Se levantó de nuevo y se puso delante de mí.

—Thomp… ay, Jordi. Me siento muy mal por todo lo que ha pasado y me gustaría invitarte a comer. En media hora puedo fichar e irme. ¿Te quedas hasta entonces?

No era el momento… Aunque la oferta era tentadora, sin duda.

—Otro día te hubiera dicho que sí encantado, pero necesito salir de aquí. Además tengo que estudiar los datos tranquilamente. Tengo tu teléfono. Te llamaré. —Y le acaricié la mejilla, dispuesto a irme.

Martina se acercó a mí y me besó. Apasionadamente. No pude evitarlo y la agarré por la cintura devolviéndole el beso con la misma pasión. Mis manos fueron bajando hasta sus posaderas. Perfectas. Y ahí lo paré.

—Dejémoslo, Martina —dije mientras la separaba. Ella me miró extrañada—. No es un buen momento, de verdad. Mejor te llamo esta semana y quedamos.

—Pero yo quiero ahora…

Y me volvió a besar. La separé de nuevo. Esta vez con más firmeza. Algo dentro de mí me decía que tenía que salir. El calor, y no el de la falta de refrigeración.

—Martina, no. Mañana te llamo.

—¿No te atraigo…? ¿Eres gay? —Me miraba con los ojos desorbitados.

¿Qué mosca la había picado? Un no es un no. ¿Tan cachonda la ponía? Estaba empapado en sudor, con la coleta pegada al cuello… No me había mirado en el espejo, pero seguramente estaba hecho un cristo. Esta mujer me estaba desconcertando.

—Créeme, no soy gay y me encantaría demostrártelo ahora mismo encima de esta mesa. En otras circunstancias ya no estaríamos hablando, te lo aseguro. Pero hoy no es un buen día para eso. No insistas más.

Antes de que Martina pudiera decir o hacer algo, la hice a un lado con contundencia y salí de la oficina.

* * *

Necesitaba salir al exterior cuanto antes. Por suerte, el ascensor era electromagnético, por lo que en menos de diez segundos ya me encontraba en la planta baja. Mi pulsera me indicaba que mi organismo volvía a funcionar como siempre. Solo lo que no se mide, la preocupación, dominaba mis pensamientos. Había perdido los nervios ahí dentro. Me había dejado llevar por una situación que no controlaba. Muy pocas veces me pasaba. Y odiaba esa sensación.

Salir al exterior al fin fue maravilloso. La bocanada de aire frío fue una sensación tan buena como la de comer cuando se está muy hambriento. Me sentí como el hombre de la caverna de Platón, que ve la luz después de años de oscuridad. Pero en mi caso no era metafórico, sino literal. La sensación que había tenido en esa oficina era la de estar encerrado en una puta cueva. Una cueva sin aire acondicionado.

A medida que pasaban los minutos mi humor fue mejorando. El día era soleado, pero fresco, y las calles estaban llenas de vida. Desentumecí mi cuerpo, respiré aire nuevo. Ya era otra persona, una que volvía a pensar con claridad. En mis años de detective me había enfrentado a delincuentes, asesinos, psicópatas, mafiosos, adictos, rameras, ninjas y kazamas… Pero lo de ese mediodía había superado todo lo anterior. El caso de Carine se presentaba más complicado de lo que parecía. Su aparente sencillez —una desaparición, tal vez un simple caso de cuernos—, escondía un caso hermético, cerrado a cal y canto, sin grietas donde rastrear una pista y donde nada era lo que parecía.

Tenía que ver a Carine. Era primordial. Esa noche había soñado con ella y dentro de la oficina de su marido había tenido la paranoia de que quería asesinarme. Demasiadas presencias en mi cabeza. Necesitaba hablar con ella y aclarar algunas cosas si quería seguir con el caso. Si no, corría el peligro de perder la razón. Pero antes necesitaba una copa. Me lo merecía. Me subí las solapas y enfilé el camino en busca de El Séptimo Cielo, donde Carlos Testa decía que tenía el mejor whisky del Gran Tokyo. Y me fiaba.

* * *

El sótano donde se reunían solo era accesible a ellos y solo ellos sabían dónde estaba. Por eso, cuando llamó a la puerta y el centinela vio que no era uno del grupo, no sacó su katana de inmediato para despedazarlo ahí mismo. No entraba en sus cálculos que alguien que no fuera un neo-yakuza hubiera llegado hasta ahí, su cuartel general. Los dos segundos que el centinela tardó en reaccionar fueron suficientes para que Erland le tumbara en el suelo con una vieja llave de judo, limpia y elegante.

—Dile a Akawa que Erland está aquí —fue lo único que dijo.

No le fue necesario decir nada más.

Akawa había suspendido su partida de hanafuda y estaba de mal humor. Todos lo estaban. Levantar a un neo-yakuza de una partida era tan temerario como sisarle de un envío de heroína o tratar de colarle una filipina por una coreana en un prostíbulo. Pero Erland merecía una excepción. Era peligroso y Akawa lo sabía.

—No quiero matarle, solo encontrarle —dijo Erland en mitad de la conversación.

Los neo le rodeaban, algunos cerca de él, otros sentados por la sala o apoyados en las paredes. Era imposible saber cuántos habría. Sus cuerpos se difuminaban entre la oscuridad y el humo. El ambiente era pesado. Se podía palpar la tensión e irritación de la gran mayoría de los presentes. Sobre todo la de su jefe, que hacía rato había dejado de sonreír.

—Erland, Erland… —respondió Akawa con tono paternal, algo que solo podía permitirse alguien de su edad—. Eres un hombre privilegiado. Siempre he pensado que es una pena que no seas de los nuestros. Tienes talento, fuerza, serenidad… —Akawa asintió apretando los labios para dejar bien asentada su afirmación—. Y, lo más importante: tienes poder. ¿De verdad era necesario venir a molestar a un pobre viejo como yo que solo quiere acabar su partida en paz? ¿No puedes buscar tú mismo a tu hombre?

Erland echó mano de la tira del bolsón que llevaba en bandolera y se la acomodó frente a él. Desde el fondo de la sala, ahí donde no se veía quién estaba, fue creciendo un rumor metálico de armas que se desenfundaban. Destellos plateados e iridiscentes iluminaron caras poco amistosas, a punto de saltar como perros de presa. Solo Akawa permaneció impasible.

—Se te ha olvidado una cosa. También tengo dinero.

Erland volcó el contenido del bolsón sobre la mesa de juego, enterrando los naipes sobre un montón de fajos de billetes y chips de dinero. En esta ocasión, el rumor de admiración fue a la inversa que antes: de delante hacia atrás, donde los neo-yakuza más rezagados no pudieron evitar asomarse de entre las sombras para admirar semejante fortuna. Akawa miró un buen rato la montaña de dinero y luego volvió a mirar a Erland.

—¿Me traes sucio dinero de la puta Mitsuya? —dijo Akawa despectivo a la vez que escupía a un lado—. No quiero nada de Takeshi Kiryu.

—Es dinero, al fin y al cabo.

Akawa pensó durante unos segundos que transcurrieron lentos y pesados. Los neo-yakuzas detestaban el poder cuando no era el suyo y Mitsuya era poder. Pero la cantidad de dinero que Erland le había puesto delante era irrechazable. Todo el mundo tiene un precio y Erland había tasado el de Akawa muy por lo alto.

—¿Y qué quieres que hagamos?

—Vosotros tenéis ojos en toda la ciudad. Solo tenéis que abrirlos. La persona que busco tiene que estar en algún sitio. No puede haber desaparecido —sentenció Erland.

Akawa miró hacia arriba y asintió con un breve gesto de cabeza. Un kōhai saltó desde lo alto de unas cajas desde donde había seguido atento toda la escena y corrió hacia la mesa. Uno a uno fue repartiendo los fajos de billetes y los chips a los neo que lo rodeaban y estos, a su vez, los fueron pasando hacia el fondo de la sala. En pocos segundos, muy pocos, la mesa de juego volvió a relucir como estaba al principio, con todos los naipes y las fichas de las apuestas sobre el tapete.

—Eh, viejo ronin —dijo un neo desde el fondo. Todos se giraron y se apartaron dejándole frente a frente con Erland—. ¿No piensas dar propina?

Todos estallaron en una carcajada, tan ruidosa que por primera vez Erland tuvo conciencia de la cantidad de neos que debía de haber en ese sótano. Solo Akawa se mantuvo serio. Sabía lo que venía a continuación.

Erland se llevó la mano a la cintura y tiró del extremo de su látigo, que se desenroscó como si fuera una serpiente viva. Con el mismo movimiento, lanzó el látigo hacia el neo y le alcanzó antes de que este pudiera siquiera dar un paso atrás. Aunque el neo estaba a casi cinco metros de Erland, el látigo se enrolló alrededor de su cuello con casi tres vueltas. Las carcajadas cesaron de golpe. Cesó todo, hasta las respiraciones.

—¿Vienes tú a buscarla? —dijo Erland.

—¡Erland, suelta al crío ahora mismo! —dijo Akawa mientras hinchaba el pecho como si fuera un pavo real—. Yo castigo a los míos, no tú.

A pesar de su edad, se acercó como relámpago al neo atrapado en el abrazo del látigo y que tenía ya serias dificultades para respirar. Erland tiró del látigo de forma grácil, pero con firmeza; un elegante toque de muñeca al alcance de muy pocos. El chico quedó liberado al instante no sin antes caer al suelo con estrépito. Akawa levantó al chaval y lo puso frente a él.

—¿Estás bien, Shintaro? —dijo Akawa mientras lo miraba fijamente.

—Sí… señor. —El zagal aún no era capaz de hablar con normalidad. Entonces, su jefe explotó.

—¡¿Quién cojones te crees que eres para tratar a un invitado de esta forma tan poco respetuosa?! —Y le propinó al chico un puñetazo tan fuerte que le hizo saltar tres dientes.

Volvió a cogerlo de las solapas y lo puso frente a sí.

—¡Ese «viejo ronin», cómo tú le llamas, podría cargarse a treinta como vosotros sin despeinarse! —dijo dándole un bofetón—. ¡Aquí mando yo, y soy yo quien da permiso para hablar! ¡¿Me has entendido, mierdecilla?! —preguntó soltándole otro puñetazo, en esta ocasión en el estómago.

El joven neo cayó al suelo hecho un ovillo.

—¡Que alguien se lleve a Shintaro de mi vista! Después terminaré de enseñarle lo que significa formar parte de mi familia.

Los compañeros del chico acudieron en su ayuda y se lo llevaron en volandas hacia el humo y la oscuridad del fondo de la sala. Erland ya había perdido suficiente tiempo y se estaba impacientando.

—Akawa, no he venido aquí a presenciar disputas ni a que me falten el respeto. Os he dado mucho dinero, mucho más que el que os dan el tráfico de drogas y de mujeres juntos en un día. No quiero perder el tiempo.

—Tengo a la persona que puede encontrarlo. También busca a alguien.

—¿Quién es? —Preguntó Erland sorprendido.

—Ahora mismo lo verás. —Akawa miró su reloj de pulsera—. Lo he hecho llamar en cuanto has llegado. Cree que viene a una partida de hanafuda con mucho que ganar. Él lo encontrará. No somos tan estúpidos como os creéis en Mitsuya. —Y volvió a escupir como si ese nombre fuera maldito.

La puerta por la que Erland había entrado anteriormente se abrió suavemente y sin hacer ruido. Una figura menuda apareció: Leonid Sokolov, el Ruso.

Akawa sonrió aliviado cuando el Ruso avanzó nervioso hacia ellos mirando a todos lados, sin prestar la mínima atención a Erland.

—¿Tenemos nuevo jugador, Akawa? —preguntó al llegar a la mesa mientras señalaba con el pulgar a Erland—. Eso se avisa, ¿sabes?

Akawa miró a sus dos invitados, ahora uno junto al otro, y se dio cuenta de todas las caras que puede tener el mal: grande, pequeño; fuerte, enclenque; sereno, nervioso. Frente a él tenía a dos hombres opuestos, pero igual de temibles. Contando con las decenas de neo-yakuzas que les rodeaban, se podría decir que en ese momento, en ese sótano, estaba concentrada la mayor cantidad de extorsionadores, traficantes y asesinos de la historia de la humanidad.

—Leonid Sokolov, el mejor rastreador de Tokyo —le presentó Akawa—. Él es Erland. Creo que buscáis lo mismo.

El Ruso miró a Erland por primera vez. Lo estudió moviendo los ojos como solo él lo hacía, parpadeando a gran velocidad, buscando satisfacer su curiosidad, incapaz de creer que alguien necesitara lo mismo que él.

—¿Qué cojones dices, tío? —preguntó a Akawa sin mirarlo.

Pero antes de que el jefe de los neo-yakuza pudiera contestar, Erland se giró hacia el Ruso y le puso la mano en el hombro con suavidad. No hizo falta más. Con ese gesto, el Ruso supo que no era el momento de imponer sus normas.

—Dime quién es y dónde encontrarlo —dijo Erland.

El Ruso tragó saliva. Desde que lo capturó el clan de armenios en la guerra del Aral, hacía muchos muchos años, no había tenido la sensación de que, esta vez, era mejor no callarse.

Después de una visita terapéutica a El Séptimo Cielo con Carlos Testa, mi barman y psicólogo de cabecera, me refugié en mi oficina para poner en orden mis ideas y pensar en el siguiente paso a dar en el caso Do Santos. Había llamado a Dante y este se había inventado cualquier excusa en la comisaría para venir a acompañarme. Por eso aún iba con el uniforme de policía. En esos momentos hablaba desde su comunicador al otro lado de mi despacho, junto al ventanal desde el que se veía el atardecer invernal de Tokyo.

Al llegar me había liberado de la ropa sudada y ahora llevaba un pantalón de deporte y una camiseta blanca de tirantes. Mi oficina no era mi casa, pero me había preocupado para que lo pareciera. Al fin y al cabo, pasaba las mismas horas ahí que en mi apartamento. En realidad, más. Una vez me puse cómodo, me había dejado caer en el sofá cama, tapizado con una imitación perfecta de piel de elefante rojo, que ocupaba la pared del fondo. Nunca compraría piel de un animal de verdad, me repugna pensar que un animal es asesinado por su piel, por sus colmillos o por cualquier cosa que no sea una primera necesidad.

Mientras Dante terminaba su conversación al teléfono, bebía a sorbos una cerveza bien fría. El minibar que tengo junto al sofá siempre está bien surtido de ellas, sobre todo de Sapporo y Damn-Voll, las cervezas más naturales que podía encontrar en el mercado. Me encantaba sentir cómo entraba fría en mi garganta y cómo, a continuación, el frescor se extendía por todo mi cuerpo. Me lo había ganado después de la mañana que había pasado en la sauna de la oficina de Do Santos Limited.

—¡Buenas noticias! —dijo Dante acercándose después de colgar su comunicador—. Ya han identificado al ejecutivo de Mitsuya que asesinó a las prostitutas.

—¡Cojonudo! —Celebré levantando mi cerveza en forma de brindis—. No se llamará Paolo Do Santos, por casualidad.

—No, se llama… —Dante acudió solícito a su padpara consultarlo, pero enseguida se dio cuenta del tono irónico con el que lo había dicho—. No, no es el marido de Carine —dijo con una sonrisa comprensiva.

—Pues ya podía ser, me quitaba un peso de encima.

—Tranquilo, tío, ya verás cómo pronto encuentras algo.

—¡Chicos!

Lauren acababa de entrar y avanzaba hacia nosotros sin quitar ojo a su pad.

—He estado revisando los ficheros de la empresa de Paolo que me enviaste antes y… —Lauren nos miró antes de continuar. Su manejo del suspense, no podía evitarlo.

—¿Y…? —dijimos Dante y yo al unísono.

—Nada. Esos ficheros están dañados. O manipulados adrede. No sirven de nada. Pero he traído *rain cookies*… —dijo con una sonrisa.

Lauren se sentó frente a nosotros y nos ofreció galletas de una bolsa de papel. Dante se tiró en picado, las *rain cookies* le privaban, adoraba la sensación que le producían cuando las metía en la boca y se convertían en líquido. Lauren me ofreció a mí también, pero las rechacé, no tenía el cuerpo para golosinas en ese momento.

—Lo que me temía —dije—. Si la pista está en la empresa de Paolo, la tienen muy bien escondida.

—¿Qué tienes hasta ahora? —preguntó Dante resuelto después de tragar una *rain* y cogiendo otra.

—Un marido desaparecido, una mujer despampanante y una oficina de locos —dije con ironía.

—Bueno, algo es algo… —El clásico optimismo de Dante. Adorable.

—Dante, tío, eso y nada es lo mismo. Estoy más perdido que un hijo de puta el día del padre.

—Vamos a repasar tu visita a la oficina. Tal vez hay algún detalle que has pasado por alto —dijo mientras engullía su quinta o sexta galletita. Había perdido la cuenta.

Hice una exploración mental del espacio que había visitado esa mañana. Un local como tantos otros en la ciudad, nada especial. Tamaño entre medio y pequeño. Muy vacío. Pocos muebles, sillas y mesas. Sala de reuniones minúscula, cinco o seis personas como mucho. ¿Do Santos la utilizó alguna vez? Situado en un bloque de oficinas no demasiado lujoso. Alquiler barato, seguramente. Lo comprobaré después. La refrigeración no funcionaba porque Do Santos no pagaba. El calor era insoportable, mucho más de lo normal aún sin climatización. ¿El edificio tenía problemas de ventilación? ¿Estructurales? También tendré que comprobarlo.

La secretaria, Martina, me ofreció un vaso de agua. No vi de dónde la sacó. Me comentó que de una máquina que no acababa de funcionar bien. Gusto y color completamente normal. Mi implante hepático reaccionó a algo. Tengo que pedir informe médico y biogenético. Solo dos personas trabajando en ese momento. Vincent y Martina. Vincent ocultaba algo y se esfumó. Martina es una incógnita. Pasó del miedo a la seducción en un instante. ¿Problemas psicológicos? Pediré un perfil de ambos.

—Lo de quedarme encerrado. ¿Creéis que fue un accidente? —dije. Ese era el incidente que me ofrecía más dudas.

—Seguro que sí. ¿Por qué iban a encerrarte para luego dejarte salir sin más? —comentó Dante mientras me miraba con las comisuras de los labios llenos de restos de *rain cookies*.

—No me dejaron salir. Me escapé yo derribando la puerta. Si no llega a ser por estas dos bestias que me costaron un dineral aún estaría ahí —dije mientras me tocaba mis brazos.

—Muchos edificios de Tokyo tienen serios problemas de mantenimiento —se sumó Lauren—. Y por lo que comentas, este parecía antiguo.

—Cierto. Te quedaste encerrado por mala suerte. Si hubieran querido hacerte algo podrían haber utilizado gas *stroke* y en dos minutos hubieras perdido la conciencia —aclaró Dante.

—Un gas como ese es muy caro y requiere de buena preparación técnica —puntualicé—. En un espacio tan pequeño necesitas un buen aislamiento. ¡Esto no es como las películas, que le das a un botón y ya! —dije soltando una carcajada sardónica.

—Hay otros métodos mucho más baratos, fáciles de usar e igual de efectivos, créeme —me replicó mi colega—. Ya sabes que yo soy el primero extracauteloso, pero en este caso creo que estás siendo un pelín paranoico. Si alguien quisiera hacerte daño no enviarían a una secretaria más preocupada por su manicura que por trabajar y a un socio delgaducho y cobarde.

Dante tenía razón, como casi siempre. Prosiguió:

—Aunque reconozco que las circunstancias del caso son extrañas. Por ejemplo, el estado de la oficina.

—En realidad es como si la estuvieran desmantelando —dije.

—O como si acabaran de llegar —dijo Lauren. Los dos la miramos sorprendidos. No habíamos considerado esa opción. Mi secretaria se sintió intimidada por nuestras miradas—. ¿No?

—¿Para qué iban a alquilar una oficina ahora, con la situación que viven en la empresa? —pregunté.

—Según sabemos, la empresa no figura en ningún sitio, no hay libros de cuentas, ni sabemos quiénes eran sus empleados…

—Una empresa fantasma —resumió Dante.

—¿Qué interés podrían tener en alquilar un local justo antes de que su jefe desapareciera?

—A lo mejor querían ponerse al día y empezar a funcionar en serio —dijo Lauren.

—Y justo entonces desaparece su jefe —se sumó Dante.

—Puede que la idea de que entrarande lleno en el mercado no le hiciera gracia a alguien —remató Lauren convincente. Su deducción era buena y lo sabía. Esperaba ganar puntos con ella y los estaba ganando.

—Pero… No me cuadra —dije—. ¿Despide a toda su plantilla cuando va a relanzar su negocio? Si es que realmente quería hacerlo, de lo cual aún no he visto ningún indicio.

Dante y Lauren se quedaron sin respuesta. No la había.

—No podemos pensar con lógica. Aquí nada la tiene —sentencié.

Lauren se quedó un rato confundida, intentando hacer coherente su deducción con mis objeciones. Era buena, pero aún le quedaba mucho por aprender.

—¿Qué puedes decir de los empleados que conociste, la secretaria y el tal Vincent? —intentó animarme Dante.

—La secretaria… —A mi cabeza vino la imagen de Martina besándome y me quedé en suspenso.

—¿Te la tiraste? —preguntó Dante alucinado.

—No… —El recuerdo del beso de Martina se evaporó de inmediato.

—¡Qué novedad! —dijo Lauren saliendo de sus pensamientos e intentando picarme.

—Pensó que era gay —dije riendo.

—¡Qué novedad! —repitió Lauren sarcásticamente. Se la veía de buen humor ahora.

—Estoy perdiendo mi magia con las mujeres por lo que se ve —seguí con el cachondeo.

—No con todas… —La respuesta de Lauren fue relampagueante—. A lo mejor tienes que probar más cerca…

Dante tosió artificialmente para romper el momento de tensión sexual entre nosotros.

—Ya seguiréis luego con el cortejo prenupcial. ¿Algo de la secretaria que nos abra un camino? —dijo para centrar la conversación de nuevo.

—No. Creo que la persona a seguir aquí es el otro, Vincent. Para ser un ejecutivo no se le veía con mucha idea. No de la empresa, de nada que tuviera que ver con los negocios.

—¿Un impostor? —preguntó Lauren.

—Parecía alguien de fuera que se había colado en la oficina buscando algo.

—Pero la secretaria lo conocía.

—¿Por qué iba a dejarle hacer eso si no es de la empresa? —quiso saber Dante.

—Si tuviera las respuestas, estaría ahora mismo celebrando el final del caso en la Polinesia.

—Esa puede ser una buena pista, el hombre ese…

—Vincent —apuntó Lauren solícita.

—Tenemos que averiguar quién es y dónde vive —dije mirándola—. Puede ser interesante hacerle una visita. Vincent McMillan.

—¡Oído! —dijo Lauren.

—Espera. —Me levanté y fui hacia el escritorio. Saqué un pad de datos y empecé a apuntar a la vez que le dictaba a Lauren—. Necesito también que compruebes quién es el propietario del edificio de oficinas. Cuándo Do Santos alquiló el local, fechas concretas, si debía algún pago o cualquier detalle por minúsculo que sea. También quiero un análisis del edificio en sí, problemas estructurales, reconstrucciones, accidentes laborales…

—Perfecto. —A Lauren no le hacía falta apuntarse nada. Tenía una memoria prodigiosa—. ¿Algo más?

—Un informe de mi pulsera biométrica. Además, llama a Martina, la secretaria de la empresa. Concierta una cita con Vincent y con ella. Quieran o no. Mañana o pasado los entrevistaré.

—¿Y si se niegan? —preguntó Lauren.

—Dante, ¿podrías conseguirme una orden policial?

Levanté la mirada en busca de mi amigo, que seguía devorando golosinas como si no hubiera mañana.

—En uno o dos días como mucho te la consigo. No es inmediato, pero la tendrás. —Me hizo el gesto de la victoria. Menudo genio estaba hecho.

—Pues ya sabes, Lauren. Si se ponen farrucos, los amenazas con una orden. Hablarán. Además, pídele datos a Martina sobre ella misma y Vincent. Quiero que los investigues también. Por si las moscas —dejé el pad sobre la mesa—. Y ya está. Creo que poco podrás jugar estos días.

—Prefiero esto a jugar —y me guiñó el ojo.

Se levantó de un salto directa a la puerta, pero antes de salir se frenó, volvió al sofá y, con una sonrisa juguetona, cogió la bolsa de galletas.

—¡Eh! —protestó Dante.

—Son mías. Además, engordan un montón y a ver luego cómo entras en el uniforme.

—¿Crees que estoy…? —preguntó Dante palpando su barriga.

—¿No te has mirado al espejo últimamente? —dijo Lauren siguiendo su broma.

—No me jodas…

—Tío… No seas inocente —dije sin reprimir la risa—. ¡Solo quiere llevarse sus galletas! Pero sí, deja de comer o dentro de poco voy a tener un

mejor amigo que vale por tres.

—Sois unos exager… —Dante se interrumpió.

Mi comunicador empezó a sonar con fuerza. Miré la pantallita y mi risa se esfumó de golpe: «Carine».

—Es Carine —dije de repente urgido—. Lauren, déjanos solos.

—¿No es mejor que me quede? Seis oídos escuchan mejor que cuatro.

—Lauren… Tú tienes mucho trabajo que hacer —insistí haciendo valer mi jerarquía.

Lauren chasqueó la boca fastidiada y enfiló el camino hacia la puerta, pero antes de salir, en un gesto fugaz, Dante le arrebató la bolsa de *rain cookies*. Lauren lo miró confundida, pero no pudo reaccionar; con un gesto le ordené que saliera para poder descolgar. Me senté en mi mesa y enfoqué mi comunicador hacia el ventanal, así Dante podía escuchar desde el sofá sin que Carine lo viera. Descolgué.

—Hola, Carine.

—Jordi… —dijo con su dejadez de *femme fatale*.

Su aspecto era impecable, con su vestido de neopreno, esta vez rojo, y maquillada y peinada como si fuera a una gala de fin de año. No era fácil mantener la concentración.

—Eh… —dije bloqueado—. ¿Ibas a salir?

—No, estaba aquí, en casa. —Si esa era su ropa de andar por casa, yo quería vivir ahí—. ¿Y tú, vienes del puerto de descargar pescado? —dijo con una sonrisa burlona.

—¿Yo? —Me di cuenta de mi atuendo: camisa de tirantes, pantalón ancho—. Me había puesto cómodo.

—No hace falta que lo jures —insistió. A Dante le costaba reprimir larisa.

—Pero si lo que te preocupa son las formas, hay agencias donde los detectives van con traje y corbata —contraataqué—. Ahora, para bucear por los bajos fondos en busca de pistas, no es el vestuario que mejor funciona.

—¿Has estado buscando a Paolo por los suburbios? —preguntó preocupada.

—Es el lugar adonde vas cuando quieres encontrar un cadáver.

Carine se llevó la mano a la boca en un gesto de horror. Dante levantó el pulgar hacia mí aprobando mi comentario. Un susto era una buena manera de bajarle los humos.

—Por suerte, no he encontrado ninguno que lleve su nombre —aclaré. Carine respiró aliviada—. Y tampoco he encontrado nada en su oficina.

—Ah… Has ido —dijo sin disimular su incomodidad—. ¿Y qué tal?

—¿Por qué no me lo dices tú?

—¿Cómo? —La pregunta la pilló desprevenida.

—El negocio de tu marido no tiene ni pies ni cabeza. ¿Me vas a contar de verdad a qué se dedicaba?

—Yo no sé nada. Paolo me mantenía al margen de su empresa. Si le preguntaba solo me decía que todo iba bien, que no me preocupara y… —Se le escapó un sollozo—… Luego siempre me llevaba a cenar a sitios caros.

Dante se llevó las manos al corazón y puso cara de pena para parodiar a Carine. Decidí darle la espalda, me estaba descentrando.

—Pues no, su empresa no iba bien. No iba, en realidad. No hay empleados, ni contabilidad, ni muebles, ni…

—¿Y el dinero? —interrumpió Carine.

—¿Qué dinero? —pregunté descolocado. Me giré y miré a Dante, que había dejado de hacer el tonto y me miraba con sorpresa también.

—Paolo guardaba todo el dinero en su oficina. Le gustaba tenerlo en metálico.

—¿Y eso no se te había ocurrido contármelo antes?

—¿Era importante? —dijo Carine abriendo mucho los ojos.

—Desaparecido, dinero… ¡Es obvio!

—Pero si lo han secuestrado, ¿no pedirían un rescate?

—No hace falta. A lo mejor lo están reteniendo para que les diga dónde lo tiene.

—¿Crees que puede ser eso?

—No tengo ni idea, Carine, pero es una información lo suficientemente importante como para que me la digas, ¿no te parece? Estoy empezando a pensar que me estáis tomando el pelo entre todos. —Dante, detrás, hacía

gestos con las manos para que me calmara, aunque la paciencia de este caso lleno de medias verdades e informaciones ocultas se me estaba agotando.

—Yo… lo siento, de verdad… —Sollozó Carine—. Solo quiero ayudar, pero tienes que decirme cómo.

—Pues diciéndome la verdad. Ni más ni menos.

—¿Crees que te miento?

—Creo que no me dices todo lo que sabes.

Los dos nos quedamos callados. Yo, calmándome un poco. Carine, esperaba que decidiéndose a soltar todo lo que sabía.

—Ven a mi casa —dijo después de unos segundos—. Por favor.

Dante me miró con una sonrisa de sorpresa. Yo intenté mantener mi pose, pero la propuesta de Carine, dicha así, a bocajarro, me producía el mismo desconcierto. Esa mujer y yo solos en su casa… Mi imaginación se puso a trabajar de inmediato.

—¿Es importante para el caso? —dije haciéndome el duro.

—Hace un par de horas he recibido una llamada muy extraña. No se veía casi nada, solo interferencias. —Carine me miró a los ojos. Los suyos estaban humedecidos—. Pero en un momento que se movió la imagen me pareció ver a una persona atada en el suelo. Luego se cortó. A lo mejor era Paolo.

—¿Estás segura?

—No, pero si no es él… ¿Por qué iba a recibir una llamada así?

—Hay que rastrear esa comunicación.

—Imposible. Ya lo he intentado, pero el registro ha sido borrado en el momento.

—Tal vez, en la policía, con una orden… —insinué mientras miraba a Dante que me apoyaba afirmando con la cabeza.

—¡No, Jordi! —Se adelantó Carine—. Ya fui a la policía y no me hicieron ni caso. Quiero que te encargues tú. Solo tú.

Dante empezó a hacer gestos obscenos con las manos. Volví a darle la espalda, entre los dos me estaban poniendo de los nervios. Tenía que ser profesional. Intentarlo, al menos.

—¿Y por qué no me lo has dicho al principio? —Si realmente había visto a su marido atado, todo se aclaraba—. Es algo muy importante.

—Estaba muy nerviosa. Ya no sé qué hacer, parece que estoy metida en una pesadilla donde no hay salida. No estoy acostumbrada a que la gente me vea así y lo odio. —Se tapó la cara con las manos en el gesto más infantil que le había visto hasta el momento.

—Carine, esto no me está gustando nada. Necesito que me hables con sinceridad y me cuentes de verdad lo que ha pasado, o lo que sepas que ha pasado. Todo. Si no, me temo que no voy a poder seguir con el caso.

—Lo entiendo.

—¿Estás dispuesta a ser totalmente transparente conmigo?

Carine me miró con esos ojos de un azul indeterminado, entre el claro y el oscuro, algo caídos por los extremos, señal de que no podía contener su tristeza.

—Ven a casa y hablamos.

—De acuerdo. Pero sin rodeos ni mentiras —sentencié tajante—. ¿Me pasas la localización de tu casa, por favor?

—Sí, ahora mismo te lo transfiero. —Se puso a teclear en un pequeño teclado que tenía al lado—. Esta es la ruta más corta desde tu oficina.

En la pantalla apareció un mapa. Su casa estaba a las afueras de la zona alta. Tendría que coger el elevador. Pero eso estaba reservado para residentes y trabajadores de ahí.

—Necesitaré un código de acceso para entrar.

—Por supuesto. Te lo mando. —Tecleó de nuevo—. No se lo enseñes a nadie, por favor. No querríamos que todo el mundo pudiera subir aquí.

—Claro, no fuera que se os colara el populacho —dije con algo de veneno. La City estaba reservada solo para sus habitantes y no tenían la más mínima intención de verse las caras con la gente que no era de ahí.

—Por supuesto. —Si entendió mi sarcasmo, lo ignoró completamente —. Te espero, no tardes.

Y colgó. Dante y yo nos quedamos mirando el aire vacío, donde acaba de estar su imagen, como si la presencia de Carine, aunque virtual, hubiera dejado su esencia flotando entre nosotros.

—Bufff… —dijo Dante.

Fue como la señal que esperábamos para romper filas y relajar la tensión.

—Menuda hembra —dijo Dante riendo—. En todos los aspectos.

—Ya te digo —respondí acariciando mi melena para relajar un poco la tensión.

Lauren entró como si nada, aunque sabía que había estado con la oreja pegada a la puerta toda la conversación.

—¿Ya? ¿Qué tal?

—Ya lo has oído —dije con sorna.

—¿Quién, yo…? —dijo disimulando.

—Voy a ir a su casa.

—Me parece una gran idea que vayamos… —dijo Lauren sumándose al plan.

—Solo —subrayé.

—De eso nada. Tú no vas solo —me advirtió—. No sabes qué te vas a encontrar ahí.

—Yo sí —dijo Dante—. ¡Una diosa en neopreno!

Dante y yo estallamos en una carcajada. Lauren nos miró con desprecio.

—Me da igual lo que digas. Yo te acompaño.

—Ni hablar —dije poniéndome serio—. No puedo aparecer contigo y que sienta que traiciono su confianza. Además, voy a ir bien preparado.

Señalé mi armario blindado Distronic, donde guardaba mis armas y artilugios. No esperaba encontrarme con problemas, pero después del accidente de hoy me había vuelto mucho más cauto.

El comunicador de Dante soltó un pitido. Dante lo cogió y leyó un mensaje.

—Tengo que volver a la comisaría. O’Callahan ha convocado una reunión para planificar la detención del ejecutivo de Mitsuya. Hay que hacerlo con cuidado, ya sabéis lo que significa Mitsuya en esta ciudad.

—Lo que quiere O’Callahan es ver cómo hace para colgarse las medallas.

—También —afirmó Dante resignado—. Pero da igual. Tú y yo sabemos que el caso lo hemos resuelto nosotros.

—Ya… Supongo que eso es lo que cuenta. La parejita de detectives que trabaja en la sombra. —No podía evitar ponerme sarcástico.

—Sí, «Dante y Jordi, agentes secretos» —dijo Lauren para seguir la broma.

—¡Y tan secretos! —puntualizó Dante.

—Como Starsky y Hutch —dije.

—¿Como quién? —preguntó Lauren.

—Eres muy joven, Lauren. Es imposible que los conozcas.

—Yo tengo tu edad y no tengo ni idea de quiénes son —dijo Dante.

—Nada, unos detectives de una serie de televisión del siglo XX. Una reliquia. Yo soy Hutch, que era el guapo.

—Yo el otro, que seguro que era el listo.

—No, el listo también era Hutch. Starsky era el gracioso.

—Me voy, antes de que me sigas torturando con tus lecciones de anticuario… —zanjó Dante.

—¿Qué queréis que le haga? —dije riendo mientras nos levantábamos —. Antes se hacían las cosas mucho mejor.

—Aquí lo tienes, todo un romántico que piensa que cualquier tiempo pasado fue mejor —se burló Lauren.

—Pero solo en el cine, la música y los puros habanos.

—¿Es que acaso para ti hay algo más? —dijo Dante.

—Fuera, anda. Los dos. Tengo que darme un buen baño. Esta noche tengo trabajo que hacer.

Dante se despidió de mí con un guiño de ojo y sonriendo. Lauren en cambio, decepcionada, bajó los hombros y salió tras él. Parece que mi última frase, esta vez dicha sin mala intención, había causado un diferente impacto en mis dos colegas.

* * *

Un par de horas más tarde, después de relajarme en mi *Vihot* al ritmo de *Blind Guardian*, tomarme un *demons tea* y ponerme ropa limpia, ya estaba listo para ir a casa de Carine. Estaba inquieto y, aunque intentaba convencerme de que el encuentro que me esperaba era una gran oportunidad para avanzar en la resolución del caso, no podía dejar de pensar

en que Carine y yo íbamos a estar a solas en su casa. Había algo en esa mujer que no me dejaba estar tranquilo. Tanto para bien como para mal. Se la veía preocupada de verdad, pero a la vez sabía que me escondía cosas. Y luego estaba una evidente atracción, creo que por ambas partes. Pero era una clienta, no podía traspasar la línea. Al menos eso decían todos los manuales del investigador privado. El único detalle es que en esta profesión yo era autodidacta y que las reglas me importaban bien poco. Combinación peligrosa.

Salí de mi despacho y me sorprendió comprobar que Lauren ya no estaba. No era habitual que se fuera antes que yo, pero esta vez había aprovechado que estaba en mi bañera de hidromasaje para irse a su casa. Por un momento estuve a punto de sacar de mí al Jordi «jefe» y enfadarme por ello. Pero pronto me venció el Jordi comprensivo y no le di mayor importancia. Lauren estaba colada por mí y no soportaba imaginarme con otra mujer. No podía caer en la compasión por ella en ese momento, pero al menos sí podía entenderla y no tenerle en cuenta sus ataques de celos. Aun así tomé nota mental, algún día tendría que sentarme a hablar de todo esto con ella.

Comprobé que llevaba mi colt y mi *WildFire* en su sitio y me dispuse a salir. Puede resultar extraño acudir a una cita armado como iba, pero este caso era lo suficientemente extraño como para tomar todas las precauciones. Además estaba esa extraña llamada que había recibido Carine en la que creía haber visto a su marido amordazado. Si luego resultaba que todo había sido un exceso de previsión por mi parte, las armas al menos daban *glamour*. O eso esperaba que pensara Carine.

Salí a la calle cuando faltaban segundos para las ocho. Aún quedaba una hora para mi cita, pero quería ir con tiempo. Atravesé la Avenida Armand Strife y entré en las callejuelas por las que se extendía el Mercado Bajo de Tokyo, un laberinto lleno de puestos y pequeñas tiendas donde se podía encontrar de todo: desde comida de cualquier rincón del planeta —casi siempre procesada en laboratorio—, hasta un viejo kalashnikov. Me encantaba pasear por ahí, me despejaba la mente. Sin embargo, esa vez, al girar la cabeza distraído vi a alguien que me resultaba familiar. No lograba ubicarlo en mi cabeza. Era un hombre delgado, con el pelo rojo, despeinado

y llevaba una sudadera. Estaba inclinado sobre un puesto de zapatos geotérmicos y cuando se incorporó descubrí lo alto que era. Un momento… ¿Vincent? Al cruzar nuestras miradas, se dio la vuelta y se fue en dirección contraria a la mía.

—¡Eh! —grité para llamar su atención, pero el hombre siguió su camino.

Salí tras él, abriéndome paso entre la gente que abarrotaba las calles del mercado a esa hora. El pelo rojo era mi única referencia, cada vez más lejana.

—¡Por favor! —grité a quien quisiera hacerme caso—. ¡Paren al hombre del pelo rojo!

Pero nadie estaba dispuesto a atender a mi llamada. «Vive y deja vivir», ese es el gran lema de las gentes de Tokyo. Empujé a unos y a otros, creo que estuve a punto de tirar a más de uno al suelo. El hombre se me escapaba. Lo vi girar por una esquina en dirección a uno de los callejones que conducían hacia fuera del mercado.

—¡Aparta, joder! —le dije a un hombre obeso con pinta de oficinista que bloqueaba casi todo el paso entre dos puestos.

Por fin logré doblar la esquina y ganar el callejón.

—¡Eh…! —grité a la calle. Esperaba verlo por algún sitio, cualquiera que fuera. La calle estaba despejada, pero no veía al hombre del pelo rojo por ningún lado. Corrí en una dirección y luego corrí en otra. No hizo falta intentar ir en una tercera, me di cuenta de que era absurdo. Le había perdido la pista.

Agitado, me senté en el bordillo. ¿Era Vincent? Casi podía asegurarlo. ¿Me estaba siguiendo? Podía ser una casualidad encontrarnos ahí, el Mercado Bajo de Tokyo es un lugar muy concurrido. Pero costaba creerlo. Entonces cruzó por mi cabeza una idea más terrible. ¿Había sido una ensoñación, otra visión? No, no podía ser. Con la mujer de la túnica que se me aparecía en sueños una y otra vez tenía suficiente.

Respiré y me levanté de un salto. No podía caer en la tentación de compadecerme por lo que me estaba pasando. Giré sobre mis talones y recorrí el callejón en dirección al bullicio del Mercado. Era urgente ver a

Carine. En esos momentos era la única persona que creía que podía darme un poco de luz en todo ese caso.

Siempre que me adentraba en el Mercado Bajo de Tokyo acababa dirigiéndome a la zona de los anticuarios. En esa ocasión, además, me pillaba de camino hacia los elevadores que habían de llevarme a la City, la parte alta de la ciudad, donde vivía Carine. En esa zona el aire olía diferente, una mezcla de polvo y ropa vieja, irrespirable si no se estaba acostumbrado a bucear entre objetos inservibles que habían llegado hasta nuestros días de manera milagrosa. Ahí había menos gente y se caminaba mejor. Podía detenerme en los puestos con tranquilidad y ver y tocar lo que ofrecían. Cámaras de fotos, planchas para la ropa, secadores de pelo, libros de papel, uniformes de la Guerra de la Supervivencia, carcasas de *jacks*, los humanoides que hacía más de doscientos años que estaban exterminados… Un montón de cosas que ya no existían y que nunca hubiera conocido sin mi afición a pasear por ahí. Objetos inservibles que nadie quería y nadie compraba salvo yo y cuatro nostálgicos más. El escaso tirón de lo viejo en la sociedad de Tokyo se manifestaba en lo pobres que eran los anticuarios, auténticos héroes que aún creían que el pasado tenía algún valor.

Adentrarme por las callejuelas entre antigüedades me fue animando y ayudó a aparcar mi obsesión por lo que acababa de suceder hacía tan solo unos minutos: el encuentro con Vincent entre el gentío. ¿O había sido una visión? Desde mi incursión en la RV de Mitsuya tenía la impresión de que mi cabeza funcionaba diferente. Esos inquietantes sueños, esa extraña mujer que me miraba con los ojos desorbitados y con la boca abierta como si quisiera decirme algo. No podía quitarme de la cabeza la idea de que algo sucedió mientras estaba en ese jodido servidor. Algo fuera de lo común. Mientras solo fueran sueños y pensamientos inconscientes, podía vivir con ello. Lo que me preocupaba era que esas visiones empezaran a penetrar en mi realidad.

Esperaba de corazón que Vincent estuviera ahí de verdad. Pero eso abría muchos otros interrogantes. ¿Qué hacía ahí? ¿Me espiaba? ¿Venía a decirme algo y a última hora se asustó? ¿Vio algo además de mí? «Con lo tranquilo que estaba yo hace unos días», pensé con cierta amargura. Había algo que tenía claro, no podía perder el control de mi mente ni de mis acciones. No podía. Debía mantenerme firme, concentrado y eficiente.

Aún tenía algo de tiempo, así que decidí relajarme, perderme unos minutos —los que tenía antes de tomar el elevador— entre los puestos llenos de cachivaches y vaciar mi cabeza de preocupaciones para centrarme en lo que estaba a punto de suceder: mi encuentro con una mujer impresionante y peligrosa a partes iguales.

Mientras pasaba entre los puestos que vendían viejos instrumentos musicales, casi todos anteriores al siglo XXI, esos que solo sonaban si se tocaban con las manos, empecé a escuchar una melodía familiar. Como un ratón que seguía la llamada de Hamelín, caminé dejándome ir por el rastro de esa melodía que fue haciéndose más y más nítida a cada paso. No había duda, era el *You could be mine* de los Guns N'Roses. Escuchar a Axl Rose desgañitándose sobre la guitarra de Slash terminó de ponerme de buen humor. Al fin, llegué al lugar de donde provenía la música: un pequeño puesto entre dos columnas de acero que sujetaban un inmenso cartel publicitario de Distronic que anunciaba su último modelo en escudos magnéticos para la seguridad en el hogar. Sobre la mesita que constituía el puesto se amontonaba un amasijo de cadenitas plateadas de las que colgaban diversas figuritas. Dispuestas como estaban era difícil adivinar qué representaban. Era como si su dueño las hubiera dejado caer sobre la mesa sin preocuparse por ordenarlas para atraer al comprador. Su dueño… o dueña, mejor dicho, porque cuando levanté la vista para ver quién regentaba ese lugar, me encontré a una anciana dormitando sobre un taburete. Vestía una camiseta negra de Def Leppard. No podía ser casualidad: Guns N'Roses, Def Leppard…

—Buenas noches, señorita —dije con una gran sonrisa aprovechando que Slash estaba en pleno solo de guitarra. Y menudo solo.

La anciana despertó sobresaltada y levantó la mano haciendo los cuernos con sus dedos índice y meñique.

—Rock and Roll, hijo —dijo despertándose—. ¿Quieres un colgante?

—Sssssí… —dije dubitativo mientras miraba el amasijo de cadenitas.

—Los hago yo misma con aluminio que cojo del vertedero de prótesis de ahí abajo.

—Ah… —respondí mientras me agachaba para observar el material: figuritas de mujeres desnudas, de puños cerrados, de guitarras eléctricas, de penes erectos…—. Interesante…

—Bah, me vienen imágenes a la cabeza y las hago. Medio chinyen un colgante; cinco colgantes, dos.

Me pareció maravilloso que alguien se preocupara de hacer algo así en un mundo donde lo que se llevaba era mierda de *ultra-tech* artificial, todo colores de neón chillones y superficies brillantes abstractas.

—¿Alguna sugerencia? —pregunté, incapaz de decidirme ante tal muestra de arte callejero.

—Llévatelas todas. Diez chinyens.

La miré sorprendido. No sabría decir cuántos colgantes había ahí, pero a medio chinyen cada uno sumaban mucho más de diez.

—Todo lo que hay aquí vale más de diez.

—Qué más da. Mañana tendré más. ¿No ves que no duermo por las noches, hijo?

Un pequeño temblor en su ceja izquierda me indicaba que seguramente estaba enganchada a los acelerantes.

—Se lo agradezco, pero solo quiero una. Demasiados penes para mí. —Y solté una carcajada sincera. Si esta mujer se basaba en su historia personal para crear sus colgantes, debió tener una vida intensa.

—Llévate esta —dijo buscando entre el amasijo con seguridad. Tenía los dedos torcidos y arrugados. Demasiado mayor, pensé, había llegado tarde a los implantes. Al poco sacó una cadenita de la que colgaba una pequeña calavera. Me encantó.

—Es precioso.

—Da buena suerte.

La miré interrogante, pero no me pareció que la señora quisiera dar más explicaciones. Me puse el colgante al cuello para ver cómo me quedaba. La cadenita colgaba lo justo dejando la calavera justo debajo de la nuez.

—Medio chinyen —dijo la anciana extendiendo su mano.

—Claro. —Saqué un billete de diez y se lo ofrecí.

—Pffff… —protestó—. Te lo regalo, anda. Por no darte cambio.

—No, quédeselo. Si de verdad da buena suerte, la inversión merece la pena.

La anciana no dudó y me arrebató el billete de mis manos.

—Como mandes, jefe. Rock and Roll, hijo —dijo volviendo a hacer el gesto de los cuernos con su mano. A continuación volvió a quedarse dormida. En su pequeño equipo de música empezó a sonar el *Sweet Child O Mine*. Sonreí, y con el primer *riff* de Slash, me alejé de ahí. El colgante, el hard rock y un espíritu libre como el de esa anciana me habían animado y alejado de las preocupaciones. Me sentía fresco como una rosa. Debía ir a tomar el elevador ya si no quería llegar tarde a mi cita con Carine. Era el momento de ponerse en marcha.

Decidí pedir un aerotaxi, no tenía ganas de coger el transporte público a esa hora y apretujarme con cientos de desconocidos. Valía la pena pagar un extra. Marqué el código de la corporación de taxis que tenía el monopolio en la ciudad, Fast Travel, y en pocos segundos tenía uno delante. El conductor giró su cabeza hacia mí. Un chico hindú joven, no debería tener más de veinte años. Eran los más baratos.

—¡Hola! Ya puede entrar, por favor. —Me sonrió con efusividad mostrándome su dentadura. Una pieza blanca y otra negra, como si fuera un tablero de ajedrez. La última moda entre los chavales. Otra gran cagada en mi opinión.

Descolgué mi katana con su funda de la espalda y entré en el taxi. El chico me miró con interés.

—¿Tú ser samurái? —No hablaba muy bien el inglés.

—¿Por qué debería serlo? —Me hacía gracia su fascinación aniñada.

—Llevar katana, pelo largo y tiene ojos, señor —me dijo el chico mientras iba señalando todo lo que decía.

—Gracias por recordarme que tengo ojos, pensaba que me los había dejado en casa —dije serio.

—Ah, usted tener ojos azules de samurái, señor. Ojos que han visto mucho.

Si supiera las cosas que han visto mis ojos… Buenas y malas. Esperaba que la «cita» de hoy con Carine fuera de las primeras.

—Es posible, pero no soy un samu. Lo mío es la investigación, chico. Detective privado. Si algún día tienes algún problema, necesitas encontrar a alguien, crees que te están timando o lo que sea, aquí me puedes encontrar. —Saqué una pequeña tarjeta holográfica de mi bolsillo y se la di—. Aprieta dos veces ahí, donde pone Thompson.

El chico lo hizo y una proyección mía apareció. Mi mini-yo habló: «Jordi Thompson, detective privado. Soluciono sus problemas para que usted pueda dormir tranquilo. No dude en venir».

El eslogan fue de mi invención. Estuve una semana pensándolo. El cabrón de Dante se estuvo riendo de mi tarjeta un mes. Y Lauren otro tanto. Tampoco estaba tan mal, ¿no? ¿O sí? Supongo que lo mío no era el *marketing*, tendría que acabar contratando un publicista profesional. Al menos salía bien en la proyección, lo que provocaba que tuviera más clientas que clientes. Y yo no me quejaba.

—Ohhh, ¿para mí? —El chico me miraba como si en vez de veinte años tuviera ocho.

—Claro, tienes mi contacto ahí. Si algún día tú o alguien de los tuyos necesita ayuda me vienes a buscar. ¿Cómo te llamas, chico?

—Abdulah, señor. —Volvió a sonreír mostrándome su damero dental.

—Abdulah, tengo que ir al elevador E-23. —Entre unas cosas y otras, ya no iba tan bien de tiempo.

—Sí, señor. ¿Quiere ir rápido?

—Claro. ¡Dale caña, Abdulah! Que he quedado con una mujer hermosa y no la quiero hacer esperar —afirmé mientras le daba unos golpecitos en el hombro.

—¡Sí, señor!

Creo que pedirle a Abdulah rapidez fue la peor decisión de mi vida. Desde el primer acelerón se me pusieron por corbata. Entramos en una orgía de máxima velocidad, coches y peatones esquivados a último momento, giros imposibles y casi un par de colisiones.

—¡Chico, nos vamos a matar! —intenté hacerme escuchar por encima del ensordecedor ruido del motor.

Abdulah se giró para hablarme, lo que me asustó aún más.

—No se preocupe, señor. Nunca tener accidente. —Y sonrió. El muy cabronazo sonrió.

—Da igual, baja un poco revoluciones, tío.

Y las bajó pero de forma literal: solo un poco. Durante unos minutos que se me hicieron eternos, seguimos en el carrusel diabólico. Hasta que llegamos a nuestro destino. Gracias a todos los dioses.

—Abdulah, la madre que te parió. Un poco más y me da un infarto.

—Señor, yo tener experiencia. No problema. —Sonrió—. Son 12 chinyens —dijo mientras me acercaba una centralita de pago.

Pagué sin darle propina y salí del taxi medio mareado. Agradecí enormemente poder pisar suelo firme.

Cuando recuperé la vertical, me encontraba en la entrada del elevador que subía a la City. Se trataba del E-23, el que conducía al barrio donde vivía Carine. Había varios elevadores repartidos por la ciudad y cada uno llevaba a una zona diferente de la parte alta de Tokyo. Convenía no equivocarse, los barrios altos no solo estaban cerrados al resto de la ciudad, sino que se necesitaba un pase para cruzar de uno a otro. Las medidas de seguridad eran extremas: ahí vivía la clase media mejorada y no tenían la más mínima intención de cruzarse por sus calles con personas de clase media corriente ni, mucho menos, con los Intocables de los suburbios más bajos.

Para acceder al elevador había dos puertas. Una era para los habitantes de la City y solo necesitaban escanear su retina para acceder al interior. La otra era para los «visitantes», es decir, los que no vivíamos ahí. En esta segunda, primero se accedía a una cápsula hermética donde se debía introducir un código de entrada. Si el código era correcto, la cápsula se abría por el otro lado dejando vía libre al pasillo que conducía al elevador. En caso de no introducir un código válido, la cápsula permanecía cerrada y descendía a una sala de detención donde era mejor no llegar. Un intento fraudulento de acceder a la City podía estar penado con hasta tres años de cárcel. Por eso, cuando me vi encerrado en la cápsula de seguridad recé para que el código que me había proporcionado Carine fuera válido. Lo

introduje en el teclado y la puerta que me permitía entrar en el elevador se desbloqueó. Primer obstáculo superado.

El E-23 era un elevador grande y espacioso, de forma redonda y bien iluminado. No los recordaba tan lujosos; sin duda, este conducía a una buena zona de la City. Las paredes estaban cubiertas de paneles lumínicos que cambiaban de intensidad y de color, creando un ambiente agradable y relajado. Un espacio tan mágico que era difícil situarlo en una ciudad tan oscura y violenta como la que teníamos a nuestros pies. Dentro, un pequeño grupo de hombres, casi todos ellos trajeados, esperaban el inicio del viaje para volver a sus casas. Uno de ellos, el más mayor, iba acompañado de una mujer joven y espectacular, sin duda una prostituta de lujo que el hombre había recogido en el Gran Tokyo y que iba a vivir, por una noche, la ilusión de pertenecer a un mundo que no era el suyo. Miraba a ese hombre con curiosidad y ternura. Lo más probable es que acabara muriendo echando un polvo, si no esta noche, alguna otra. Iba a ser una muerte feliz, al menos, en brazos de un bellezón. Si pudiera elegir el momento de la mía, sería ese: con una hermosa mujer a mi lado, después de hacer el amor, una muerte mucho más poética que sufriendo un navajazo en una callejuela cualquiera de los suburbios. Aunque, siendo realistas, mi estilo de vida hacía más probable la segunda. Debería empezar a sentar cabeza, pensé.

A los pocos minutos, el elevador se puso en marcha. Me acomodé en uno de los sillones desde donde veía, a través de los ojos de buey que se abrían entre los paneles lumínicos, a mi ciudad hacerse pequeña a cada metro que ascendíamos. Los hombres permanecían serios y concentrados en sus pads, dormitando en sus sillones o con la mirada fija en un punto. Me imaginé que contaban con implantes nerviosos para poder ver imágenes y vídeos sin necesidad de e-gafas. A mí no me gustaban esos juegos, prefería ser consciente de lo que era real y de lo que era ficción. Solo el hombre que iba acompañado de la chica emitía alguna risita de vez en cuando. El resto me lanzaban miradas de reojo a cada poco. Era el único que desentonaba en ese lugar, con mi cazadora de cuero y mi pelo largo. Para ahuyentar las miradas, abrí un botón de mi camisa y dejé al descubierto el colgante con la calavera que acaba de comprar. El efecto fue inmediato. Nadie más volvió a

dirigirme la mirada. Sonreí. Me gustaba sentirme diferente. No aspiraba a ser uno de ellos, no iba conmigo. Prefería mi libertad.

El viaje duró poco, no más de diez minutos. Una vez llegamos, todos los presentes salieron sin dificultad después de escanear sus retinas. Solo yo, el «visitante», tuve que pasar por la cápsula hermética y volver a introducir el código. Un segundo más tarde, estaba por fin en la City. Me puse las geolentes y cargué en su RAM el mapa que me había enviado Carine. Un segundo después, las lentes reconocieron el lugar que tenía ante mis ojos y empezaron a marcarme el camino a seguir. Miré hacia delante y empecé a seguir el recorrido que me trazaba. Cuando no llevaba ni medio minuto andando, me pareció escuchar a alguien que nombraba mi apellido. Paré de golpe, me quité las geolentes y miré atentamente a mi alrededor. No había nadie, al menos a simple vista. Cuando estuve seguro de que estaba completamente solo, continué mi camino. Habría sido una confusión provocada por el estrés del caso.

Aunque había pisado la City un par de veces, no dejé de asombrarme de todo lo que iba cruzando por mis ojos. Era tan diferente del Gran Tokyo. A pesar de que ya era de noche, no se perdía la sensación de luminosidad. Calles anchas y bien delineadas; casas y edificios ordenados uno tras otro; zonas de ocio situadas estratégicamente cada pocas manzanas… En la City, al menos en esta parte, que era residencial, todo era blanco y verde: blanco de los edificios, verde de los jardines que estaban presentes en todos los rincones. Al final de una avenida descubrí una gran cúpula. Las geolentes me indicaban el camino a su derecha, pero no pude resistir la tentación de asomarme a su interior. Se trataba de una reconstrucción de una playa caribeña, tan grande que la arena se perdía en el horizonte. La temperatura simulaba a la del trópico y una leve brisa movía las hojas de las palmeras. «Si lo llego a saber traigo el bañador», pensé con sorna. Se vivía bien, en la City, ya lo creo. Sus habitantes sabían cómo exprimir bien al resto de habitantes de Tokyo, los que habitaban bajo sus pies, gente como yo, para disfrutar de ese paraíso.

Seguí mi camino. El lujo me estaba cegando y no quería descentrarme. Recorrí un buen número de calles desiertas donde se sucedían hileras de viviendas de todo tipo: palacios de estilo clásico, bloques unifamiliares de

corte futurista, sin puertas ni ventanas, viviendas subterráneas con techos de metacrilato… Cualquier sueño de arquitecto era una realidad en la City de Tokyo. Y todo ello con fuertes medidas de seguridad. Alguien no iniciado no se daría cuenta, tan bien estaban camufladas, pero a una persona como yo no le era complicado descubrir dónde estaban apostados los guardias vestidos de jardineros o repartidores, dónde camufladas las torretas láser o donde escondidos los vehículos no tripulados dispuestos a acudir en segundos a cualquier lugar donde se pudiera producir el más mínimo incidente.

Todo era bonito, todo era limpio y seguro. Solo le veía un «pero»: el aburrimiento. Todo estaba muy bien pero… Era un coñazo. No creo que yo pudiera vivir ahí. Demasiado frío, demasiado pijo, demasiado elitista. Aunque pudiera sonar extraño, prefería tener la vida que tenía, entre el ruido y los malos olores. Ahí donde se respiraba pasión y verdad. Aunque, siendo sinceros, intentaría conseguir un código personal para poder subir cuando quisiera. Tenía que visitar la playa caribeña esa cuando tuviera un día libre.

Las geolentes me indicaban que aún faltaban unos minutos para llegar al destino. Vivía lejos mi clienta, pensé. Podía haberme indicado algún tipo de transporte, aunque, siendo sinceros, no vi ningún aerobús ni aerotaxi en todo mi trayecto. No debía de haber cosas de esas que utilizábamos las clases medias ahí abajo. Mis geolentes me llevaron al interior de otra cúpula, no tan grande como la de la playa, que encerraba un agradable bosque artificial de estilo nórdico donde serpenteaba un caminito al final del cual, se supone, estaba la casa de Carine. La temperatura era aquí bastante baja sin llegar a estar bajo cero. Si miraba hacia arriba, hacia lo que simulaba ser una colina, podía distinguir la nieve. Placas de luz en los árboles permitían ver el lugar con total claridad aunque a cambio creaban un ambiente místico y tenebroso que me recordó a viejas películas de terror que tanto me gustaban. Sin embargo, en esa ocasión decidí acelerar el paso. Me gustaba el cine de miedo, pero no tenía intención de vivirlo en primera persona. Además, estaba solo, no necesitaba hacerme el duro y ocultar que, en el fondo, estaba cagado. Me reí al pensar eso, una risa nerviosa, que tuvo su eco entre los árboles. Menudo pringado estaba hecho, pensé.

Preso de mi sugestión, me pareció escuchar pasos entre los árboles. Me detuve, ahora sí con miedo real. Nada. Tuve que decirme varias veces que no podía dejarme llevar por falsas sospechas, pero lo cierto es que al reanudar la marcha volví a escuchar ruido. Eran pasos, estaba seguro. Y no de una sola persona, sino de varias. Entrecerré mis ojos para intentar ver algo, no lo logré. Cuando estaba a punto de reanudar la marcha, escuché una carrera a mi espalda. Me volví al tiempo que desenfundaba mi colt y apuntaba. A unos metros, el holograma de un lobo se perdía entre los árboles. Joder. ¿Era eso, hologramas de lobos para dar ambiente al bosque?

Respiré hondo intentando recuperar el dominio de la situación. Guardé mi colt y me dispuse a retomar la senda que iba a llevarme a casa de Carine, pero cuando me giré, las luces de los árboles se apagaron. Oscuridad total.

—¡Eh! ¿Hay alguien? —pregunté.

Lo dije sin pensar, como acto reflejo. Desde luego que no había nadie. Y si lo había no iba a emerger de la nada con un «Hola, amigo, ¿cómo te va?». En la oscuridad, las geolentes no servían de nada, solo trazaban una ruta sobre la imagen real, así que me las quité y no se me ocurrió otra cosa que agacharme e ir avanzando palpando el suelo del sendero. Podría haber traído el sistema de visión nocturno, me dije. Mejor aún, podría haberme puesto ese puto implante el año pasado. No lo hice porque preferí gastarme la pasta en una semana de vacaciones en Osaka. Si fuera Dante seguro que lo habría hecho. ¿Por qué coño soy tan cafre?

Mientras avanzaba agachado, tratando de seguir el camino con las manos, miraba, mejor dicho, giraba, la cabeza a todos lados buscando cualquier punto de luz que me diera una referencia. Pero la oscuridad era absoluta. Un negro sin fisuras, tan opaco que hacía sentir que los ojos eran un estorbo. Por eso, cuando se encendieron unas pequeñas luces rojas que se apagaron un segundo después, las pude ver con toda nitidez. Me detuve en seco, sabía qué significaban: aparatos de visión nocturna. Y esos no los llevan los hologramas. Era difícil de creer que me pasara eso en plena City, pero los ruidos, el apagón, los visores de visión nocturna, todo ello solo podía significar una cosa: iban a atacarme. Atracadores, asesinos, algún cuerpo de acción especial… Fuera quien fuera, iban a por mí y no eran aficionados. Ningún aprendiz utiliza tecnología de ese nivel.

Inmóvil, agachado aún sobre el sendero, percibí todavía tres o cuatro destellos más de puntitos rojos. Según me parecía, había varias personas y en varios lugares a mi alrededor. Solo una cosa podía sacarme de entre las sombras para igualar mis fuerzas con mis adversarios invisibles: *WildFire*. Sin dudar, desenfundé mi sable a la velocidad del rayo, la encendí y un destello rojo como un demonio apareció en forma de llamas. Por fin dejaba de estar ciego. Justo a tiempo, ya que a menos de un metro tenía un hombre con un traje negro —me pareció que de grafito compuesto—, que le tapaba el cuerpo y la cara. Al encender mi katana, se abalanzó sobre mí. Con un movimiento rápido le rebané un brazo de un corte limpio antes de que pudiera alcanzarme. Bingo. Aunque sabía que eso solo era el principio y que, si quería salir de ese bosque gélido, debía emplearme a fondo. La presencia que noté a mi derecha me lo confirmó. Otro hombre, también cubierto de grafito negro, saltaba hacia mí. Con el mismo movimiento de la katana, esta vez hacia arriba, hice otro corte en diagonal que casi parte el cuerpo de mi atacante en dos. Un tercero llegó por detrás. En este caso, puse fin a mi danza macabra para tirar una estocada hacia su cuerpo. El cabrón la esquivó bien, pero como ya contaba con esa posibilidad, saqué el colt con mi izquierda y le pegué un tiro a bocajarro. Para estar defendiéndome a la luz del fuego de mi katana, tres rivales en el suelo no estaba mal.

Pero aún estaba lejos de salvar el pellejo. En ese instante empecé a escuchar ese sonido tan característico que hace un arma cuando se desenfunda. Y lo que le acompañó no era su eco, era el de un montón de armas más haciendo el mismo movimiento. Calculé que, como mínimo, eran diez. Demasiado trabajo incluso para mí. Antes de que me atacaran de nuevo, alcancé a ver una bomba de humo prendida de la cartuchera del primer cadáver, que yacía junto a mí. Era mi única oportunidad. Me tiré al suelo para arrancársela al tiempo que una lluvia de disparos apuntó hacia mi persona. El cadáver cubierto de grafito compuesto me hizo las veces de escudo por un instante, lo suficiente como para activar la granada y lanzarla en dirección a mis adversarios. Una gran explosión de humo lo envolvió todo. Apagué *WildFire* para, con la oscuridad, sumir el bosque en un caos

mayor y aproveché la confusión para salir corriendo de ahí con toda la velocidad que me permitía mi cuerpo.

Palpando el camino, y gracias a los destellos de los disparos que apuntaban en todas direcciones buscando un blanco, buscándome a mí, pude recorrer el sendero y, tras un par de minutos que me parecieron eternos, empecé a ver la salida de la cúpula que me iba a sacar de ese bosque. Sin embargo, cuando ya me creía salvado, noté un impacto en mi espalda. Me había alcanzado una bala. Tuve la tentación de dejarme caer en el suelo, de poner punto y final. Ahí acababa todo, pensé. Pero enseguida me di cuenta de que la bala había llegado sin fuerza y no había traspasado la chaqueta de cuero. Con energía renovada corrí como si no hubiera un mañana. Hacia la salida, hacia la luz. La luz de la vida.

Había escapado por los pelos.

—¡Al suelo! —gritó un policía desde lo alto de su vehículo mientras me apuntaba con un fusil de asalto.

En el exterior, dos tanquetas de la policía acudían hacia la cúpula a toda velocidad. Qué eficacia, pensé con ironía. Hacía más de cinco minutos que se había producido el apagón y las fuerzas del orden llegaban cuando había acabado todo.

—¡Tírate al suelo, coño! —insistió.

Había sobrevivido a un grupo de asaltantes, no era cuestión de caer ahora por la bala de un policía, así que me agaché con los brazos en cruz.

—¡Tumbado!

Me tumbé. Agradecí sentir el frescor de la tierra y estuve tentado en cerrar los ojos. En momentos como ese me preguntaba cómo siempre conseguía mantenerme con vida. La calavera de la vieja roquera, pensé para mis adentros. La llevaba al cuello y se me estaba clavando en el esternón.

—Hombre, treinta años… katana y revólver —recitó el agente que me registraba—. Date la vuelta.

Me giré y quedé bocarriba. No pude más que sonreír.

—¿Thompson? —dijo el agente. Era Klaus, un antiguo compañero de la academia.

—El mismo. ¿Qué tal, Klaus?

—¿Se puede saber qué cojones haces aquí?

* * *

Un rato más tarde, Klaus y su superior, un tal Gonzales, terminaban de tomarme declaración. Les hablé del apagón, de los tres cadáveres vestidos de grafito compuesto que había dejado tras de mí y del ataque que había sufrido por un grupo de otros diez hombres más en plena oscuridad.

—Joder, Thompson, ¿alguna vez vas a dejar de meterte en líos?

—La vida son líos, amigo. Te metes aunque no quieras —respondí.

El equipo que había entrado a inspeccionar el bosque no había encontrado ni rastro de mis asaltantes. No me extrañó. Eran un grupo profesional y entrenado. No iban a acometer un ataque de esa envergadura sin tener prevista su huida. Tampoco encontraron rastro de los cadáveres, aunque sí restos de sangre. Gracias a eso —y a mi amistad con Klaus—, creyeron mi versión.

—¿Alguna idea de por qué iban a por ti? —preguntó Gonzales, que aún desconfiaba.

—No sé. Querrían mi dinero, tal vez eran una banda de atracadores.

—En la City no hay de eso —dijo Gonzales.

—¿Y entonces, para qué estáis aquí?

—Para que la gente crea que está segura —apuntó Klaus con cierta ironía.

—Vamos, que estáis de vacaciones pagadas —dije con descaro. Klaus rio, pero a Gonzales no le hizo pizca de gracia.

—La City necesita protección, como cualquier otra zona de Tokyo. Nunca puedes fiarte —sentenció.

—Desde luego… A mí me hubiera venido bien —le respondí.

Gonzales me miró con rabia. Sabía que dentro del cuerpo de policía, al destacamento de la City le llamaban el de «las nenas», no por sus capacidades, que nadie ponía en duda, sino por la poca intensidad de su trabajo. Cualquier broma o indirecta referida a su trabajo nunca era bien recibida.

—Mantente localizable en los próximos días. Puede que te llamemos para la investigación. Y no hagas más tonterías —me advirtió Gonzales.

—¿Tonterías? Tranquilo, intentaré no volver a andar solo durante un tiempo, no quiero ir provocando al personal —dije pinchando un poco más.

Gonzales meneó la cabeza resignado y se largó a supervisar los trabajos que hacían sus agentes en el interior de la cúpula.

—No tiene sentido del humor, pero es un buen tipo —dijo Klaus.

—Mejor que O'Callahan, seguro.

—¿Qué tal te va por libre?

—Bien, no me quejo. Me intentan matar cada dos o tres semanas, pero por lo demás… —Recordé el motivo por el que estaba ahí—. Ahora estoy en un caso. ¿Conoces a Carine da Silva? —Klaus pensó unos segundos. Resopló—. Es una que está muy buena.

—Aquí todas lo están, Thompson —rio—. ¿No ves que están todo el día poniéndose implantes?

—Seguro que te pones morado.

—Eh, tío… Que estoy casado.

—Policía de la City, casado… Tú sí que has sentado la cabeza, tío. ¿Hijos?

—No me quieras tan mal aún —dijo mientras se volvía a poner el gorro policial—. Ahora te toca a ti sentar cabeza —dijo dándome un golpecito en el brazo con su puño.

Me despedí de Klaus y retomé el camino en dirección a la casa de Carine. Llegaba tarde, pero no iba a dejar de ir por eso. Cuando me alejaba recordé el disparo que había impactado en mí. Palpé mi chaqueta y recuperé el casquillo que se había quedado incrustado. Al tenerlo en mis dedos me di cuenta de que no era un casquillo exactamente. Era la punta de una bala tranquilizante. No querían matarme, me querían con vida. Pero ¿quién? ¿Para qué? ¿Qué valor podía tener un pobre diablo como yo? Desafortunadamente, mi vida se había convertido en un sinfín de preguntas. Demasiadas para no tener a mano ni una sola respuesta.

Pensé en volver para informar a Klaus y a Gonzales, pero desistí enseguida. Si no habían encontrado ninguna pista, de poco les serviría esto. Además, llegaba ya muy tarde a mi reunión con Carine.

La casa de Carine estaba a cinco minutos del bosque, descendiendo una colina de la que brotaban como hongos casas idénticas la una a la otra. Era una urbanización de medio lujo, lejos de los palacetes que había visto en algunos momentos del camino, pero muy por encima de cualquier vivienda que uno pudiera encontrarse en el Gran Tokyo. Sin embargo, la casa de Carine no pertenecía a esa pequeña colonia de casas clonadas. Estaba al pie de la colina y por eso la pequeña finca que la rodeaba era cuesta arriba por todos lados. Era una mansión pequeña y algo destartalada, al menos por fuera, más vieja que los edificios que la rodeaban, como si solo ella hubiera resistido a la última fiebre especuladora de la zona. Cuando estuve delante de la verja de entrada, confirmé la impresión que había tenido según iba acercándome. La fachada necesitaba una mano de pintura con urgencia y la piscina, que quedaba a un lado, en la única explanada llana que tenía el jardín, estaba vacía y llena de hojas. No negaré que todo ese aire decadente y descuidado me encantaba, pero reconozco que, para el nivel que había visto hasta ese momento en la City, la mansión de Carine estaba muy por debajo de la media.

No me hizo falta llamar a la puerta. Antes de que lo hiciera, esta se abrió y por poco no me doy de bruces con Carine que salía en ese momento.

—¡Jordi! —dijo asustada.

—¿Te ibas? —pregunté desconcertado.

—Eh… Creía que ya no ibas a venir.

—Perdona, es que estaba salvando la vida en el bosque finlandés que tenéis ahí abajo —dije con ironía, no por ella sino por mí, para descargar con humor la tensión que llevaba acumulada.

—¿No te han hecho nada?

La pregunta me parecía fuera de lugar. Me esperaba un «¿Y estás bien?», o un «¿Qué ha pasado?». Pero eso…

—Sí, me han matado. De hecho soy un holograma, ¿no lo ves? —respondí con sarcasmo.

Carine me miró extrañada y levantó la mano como un acto reflejo para tocarme y confirmar que estaba ahí. Al instante se dio cuenta y la apartó.

—Toca, toca… —le dije. Cogí su mano y la llevé a mi pecho—. Vivito y coleando —dije con cierta rabia—. Y muriéndome de sed. ¿Puedo pasar?

Sin esperar su respuesta, entré en la casa. Carine se había quedado en la puerta, incapaz de reaccionar. Su actitud me resultaba extraña, pero después de los sucesos de estos últimos días ya no estaba para muchas cortesías.

—¿Adónde ibas?

—¿Tengo que darte explicaciones? —dijo Carine entrando decidida en la casa tras cerrar la puerta. Parecía que con ese gesto dejaba atrás su ensimismamiento.

—No, claro. Pero me gustaría saber por qué al verme has reaccionado como si vieras a un fantasma.

—Es que… —Carine estaba errática. No era habitual, al menos en lo que yo conocía de ella—. Llegas tarde. Una hora. Creía que me habías plantado.

—Por eso te ibas, en plena noche.

—Han vuelto a llamar —dijo angustiada.

—¿Llamar?

—Sí, otra llamada extraña.

—¿Has podido ver algo más que la otra vez?

—No. La llamada no tenía imagen y solo se escuchaban interferencias. Ha durado muy poco, dos o tres segundos.

—¿Seguro que venía del mismo número que la anterior?

—No lo sé… —Carine se llevó la mano a la cara preocupada—. Pero estoy muy asustada. Cuando has llegado iba a la policía.

—¿A la policía? Antes me has dicho que no querías saber nada de ellos.

—¿Y qué querías que hiciera? Tú no aparecías.

—¿Llamarme, por ejemplo? ¿Por qué no me has llamado?

Carine se quedó sin palabras.

—Yo… eh… Jordi…

—¿Me vas a contar de una vez qué está pasando aquí?

Carine bajó la mirada y por primera vez desde que había cruzado esa puerta se mostró relajada. No sé si porque la paz había llegado de pronto a su interior o porque acababa de admitir su derrota. Si era esto último, lo único que se demostraba era que me estaba mintiendo, así que en esa décima de segundo deseé que fuera lo primero.

—¿Nos sentamos? —dijo.

—Y con una cerveza, mucho mejor.

Carine me guio hasta un pequeño salón donde me ofreció asiento en un cómodo sillón mientras ella fue a buscarme una cerveza. Lo agradecí, después del ataque me sentía cansado y algo mareado.

La casa por dentro daba la misma impresión que por fuera: bonita, elegante, decadente y ajada. Estaba claro que los muebles habían vivido mejores tiempos, aunque conservaban su lustre que, tal vez, recuperarían si alguien tuviera la idea de limpiarles el polvo. Por un momento, esa casa me recordó a Do Santos Limited, no porque se parecieran, sino por la sensación de provisionalidad que transmitían. Ambos parecían ser lugares de transición donde uno está con la idea de quedarse poco tiempo. Ninguno de los dos eran espacios vividos. Eran impersonales.

Carine llegó con una botella de cerveza y la posó sobre la mesa antes de sentarse en el sillón que había frente a mí.

—¿Cuánto hace que vivís aquí?

—Mmmm… —Carine parecía pasar las hojas de un calendario en su cabeza antes de contestar—. ¿Dos años?

—Pues parece que llegasteis ayer —Carine abrió los ojos interrogante —. Está todo tan… Tan poco… No sé, falta vida aquí.

—Quien falta es mi marido. Será por eso.

La miré con un rictus de desconfianza. La frase me había sonado falsa, oportuna, escrita para un guion. Era el momento de despejar incógnitas. El momento de dejarnos de frases hechas y hablar con seriedad. Pero antes necesitaba sentir la birra en mi gaznate. Levanté la botella y me aseguré de que estaba bien cerrada, de que nadie la había manipulado. Estaba cansado de llevarme sorpresas inesperadas, no iba a confiarme una sola vez más. Un par de tragos y mi cuerpo volvía a funcionar. Ningún implante sería capaz de superar nunca el efecto de la cerveza.

—Hace un momento me han atacado y me he salvado de milagro.

—Es el tercer ataque este mes en esta zona. No sé qué pasa últimamente…

—No, Carine —dije con firmeza—. Iban a por mí. No era un asalto indiscriminado. Me querían a mí. Sabían que era yo quien estaba en ese bosque, me estaban esperando. Y no querían matarme. Querían dormirme y llevarme.

Saqué de mi bolsillo la punta de la bala tranquilizante que se había incrustado en mi cazadora y se lo mostré como prueba.

—¿Y quién iba a querer hacer eso?

—Dímelo tú. Solo tú sabías que iba a hacer ese camino.

—¿Qué insinúas? —Carine se puso a la defensiva.

—Solo sumo indicios. Es lo que hacemos los detectives.

Carine apartó la mirada y la posó sobre el suelo buscando una respuesta en las filigranas de la alfombra persa.

—Pudieron *hackear* el envío del plano…

—Pudieron, claro. Pero ¿por qué? ¿Por qué nadie quiere que investigue este caso? ¿Quién? Me quedo encerrado a más de cincuenta grados en la oficina de tu marido, no descarto que su secretaria intentara envenenarme, me encuentro a otro de sus empleados, Vincent, en las puertas de mi oficina… ¿Casualidades?

—¿Qué pueden ser si no?

—Mira, Carine, las casualidades no existen y menos en una investigación. Desde que estoy en este caso todo lo que ha sucedido es demasiado extraño. Tu marido no se ha fugado con una *geisha*. Tu marido está en algo más gordo. Y ahora, espero que me lo cuentes de una vez.

—No sé más, de verdad.

—Sí, sí que sabes. O no me lo quieres decir o tienes la memoria de una ameba. Pero sabes mucho más de lo que dices. Como lo del dinero que tu marido guardaba en la oficina. ¿Cómo pudiste pasar eso por alto?

—¡No sé, Jordi! Todo esto me está sobrepasando. No sé qué tengo que hacer, qué decirte, que, que…

—¿Quién era Paolo, Carine? —interrumpí—. Empieza por ahí. —No iba a dejarme llevar por su angustia. Lo había hecho antes y no me había

conducido a nada bueno.

—Yo también me lo pregunto, Jordi. No lo sé. No sé quién era mi marido.

Carine se levantó y fue hacia el ventanal que daba al jardín. Se quedó ahí, mirando hacia la piscina vacía, de espaldas a mí.

—¿Sabes qué pienso a veces? —pregunté. Carine no contestó, esperó a que siguiera—. Que todo es una mentira.

Carine se dio la vuelta sobresaltada.

—¿Cómo?

—Una mala obra de teatro en la que el único que no sabe que está actuando soy yo.

—¿Qué quieres decir?

—La oficina, esta casa, pistas que no conducen a ningún sitio… Miento. Sí que llevan a algún sitio, a poner en riesgo mi vida. Es lo único que he sacado en claro de este caso hasta ahora. Bueno, y unos miles de chinyens.

—Te pagaré más, si es lo que quieres.

—Lo único que quiero es seguir con vida. ¿Puedes hacer eso?

Carine suspiró y me miró con dureza. Esto último le había tocado la fibra y se estaba preparando para embestir.

—¿Puedes dejar de pensar en ti por un momento? Soy yo la que necesita tu ayuda, soy yo la que está sola. ¿Qué quieres que te cuente, que la empresa de Paolo iba mal, que estaba desfalcando desde hacía meses, que había empezado a beber, que me trataba mal, que una vez estuvo a punto de pegarme, que nuestra relación no funcionaba? ¿Quieres que te cuente eso? ¿Es lo que quieres?

Y no pudo seguir. Rompió en un llanto desesperado que, de pie como estaba, agitaba todo su cuerpo. Me levanté y fui hacia ella. Solo quería acercarme un poco sin romper su espacio, pero cuando estuve a un metro de ella se echó en mis brazos.

—¿Es lo que quieres, que te diga lo desgraciada que me siento?

Soy un tipo duro y no suelo caer en el chantaje, menos en el emocional, pero sentir el cuerpo de Carine pegado al mío amenazaba con romper todas mis barreras. Le devolví el abrazo y nos quedamos un buen rato así,

abrazados, hasta que Carine dejó de llorar y su respiración fue volviendo poco a poco a la normalidad.

—Lo siento —dijo cuando se separó de mí. Eché de menos su cuerpo en esos momentos.

—Voy a dejar el caso —dije.

Carine no reaccionó. Solo me miró a los ojos y, despacio, con dulzura, empezó a besarme.

* * *

El cuerpo de Carine era tan apetecible como había soñado al verlo debajo de los trajes de neopreno que solía llevar. Después de besarnos en el salón me había llevado de la mano al piso de arriba y me había tumbado sobre una gran cama en su dormitorio. Mi día había sido intenso y estaba agotado, pero todo lo que mi cuerpo tenía de natural y todo lo que tenía de artificial se activó en cuanto Carine, sentada sobre mi pelvis, empezó a bajar la cremallera de su traje. Con una precisión calculada dejó emerger sus pechos lo justo, dejando la apertura de la cremallera al límite de sus pezones. Entonces separó sus brazos y los dejó caer a los lados, dejando vía libre a que fuera yo quien continuara el trabajo.

Me incorporé y terminé de abrir su neopreno con la boca. Dos pechos perfectos se presentaron ante mis labios y con la ayuda de mis manos los recorrí en toda su esfera, buscando los círculos concéntricos que formaban el pecho, la areola y el pezón. Carine suspiró cuando mis dientes encontraron la punta de sus pezones y apretó mi cabeza contra ellos. Sentada como estaba sobre mis caderas, noté el calor que irradiaba su sexo y que empezó a subirme la temperatura.

—Estás sudando —me dijo.

—Eso tiene remedio.

La rodeé por la cintura y le di la vuelta sin preguntar. Carine cayó de espaldas sobre el colchón y me miró con un toque de súplica. Encima de ella le mantuve la mirada.

—Hazlo, Jordi.

No me esperaba ese tono de sumisión, menos en una mujer que aparentaba ser tan segura de sí misma.

—¿Qué escondes, Carine? ¿Qué escondes?

Por respuesta, Carine me arrancó la camisa y empezó a besarme por todo el pecho. Lo hacía frenética, buscando con sus manos mi pantalón, desbrochando cinturón y botones. Mientras, su neopreno había volado después de un par de movimientos de mis manos y ahora, ante mí, tenía su cuerpo desnudo, esculpido por los dioses, perfecto en su armonía de piel e implantes. No tardó mucho en dejarme en igualdad de condiciones: desnudos los dos, cara a cara. No había mentiras en ese instante. Eran nuestros cuerpos, trabajados y modificados a nuestro antojo, los que hablaban sobre la cama de Carine.

—Quiero saborearte, Jordi. Quiero devorarte.

Bajó su lengua por mi pecho hasta llegar hasta la punta de mi sexo. No había implantes ahí, nunca quise tenerlos. No los necesitaba. Prefería sentir por mí mismo, sin una pizca de artificiosidad, lo que estaba percibiendo de la boca de Carine. El placer fue avanzando como un ejército desordenado pero constante por mi cuerpo: vientre, corazón, extremidades, cabeza… Me sentía cansado, dulcemente agotado, y sentir cómo Carine me amaba en esos momentos me transportaba a un lugar irrechazable donde el sueño y el bienestar compartían espacio con la alerta que el deseo siempre mantiene encendida cuando quiere más.

—¿No vas a penetrarme? —dijo.

Abrí los ojos y me asomé desde ese espacio mental al que los labios de Carine me habían llevado. Hice uso de la potencia de mis brazos y sus implantes para levantarla en el aire y tumbarla bocabajo.

—Ay… Jordi —volvió a suplicar.

Recorrí su espalda con los dedos, apretando fuerte, hasta que llegué al inicio de sus glúteos. Me encantaba su trasero, dos hermosas curvas que me sonreían y me invitaban a perder mis manos entre sus piernas. Escuché cómo suspiraba, cómo gozaba, cómo deseaba sentirme dentro. Pero sabía que debía esperar. Que debía dejar a mis manos hacer su trabajo mientras la besaba en el cuello y rozaba, distraído, mi miembro sobre su piel.

Al cabo de unos minutos, Carine se revolvió debajo de mí y se dio la vuelta. Nos miramos, excitados, ruborizados, ansiosos.

—Jordi, por favor…

Sonreí porque habíamos llegado a ese punto juntos, en una coreografía perfecta, como si nuestros cuerpos hubieran sido diseñados para encontrarse justo en ese momento. Despacio, la penetré. Carine me recibió apretando los ojos y describiendo en su boca un óvalo que enmarcaba sus dientes apretados.

—Carine… —Suspiré. Sentía mi sexo en todas sus capas de piel dentro de su cuerpo. No era un aficionado en esas lides, desde luego, pero no recordaba haber sentido nunca tanto placer.

En una coordinación perfecta, nuestros cuerpos se aceleraron acompasadamente. Sentí que me disolvía en ella, que sus pechos, su vientre, sus brazos y piernas me acogían y me fundían con su cuerpo. Grité. Gritamos. Juntos.

El orgasmo de mi vida.

Al abrir los ojos Carine aún jadeaba bajo mi cuerpo. Seguía dentro de ella, y por un momento sentí una familiaridad y una cercanía que muy pocas veces había sentido con una mujer, por no decir casi nunca. Volví a cerrarlos, no quería explorar ese camino. Quería que todo pareciera un sueño, no podía permitirme que eso que estaba pasando por mi cabeza fuera real. Sin abrir los ojos, salí lentamente de ella y me tumbé bocarriba. Fue la mejor decisión. Al abrirlos de nuevo solo vi el techo cruzado por líneas de luz que llegaban del exterior.

—Joder, Jordi… —dijo Carine acurrucándose en mi pecho. Sonreí, pero no quise mirarla—. ¿Siempre es así contigo?

—No. Es mejor. Hoy me has pillado cansado —mentí. Carine entendió la broma y sonrió.

—Hacía tanto tiempo…

—¿Tiempo?

—Que no me corría.

No quise decirle que yo había tenido el mejor orgasmo que recordaba. Una vez más calmados éramos otra vez detective y cliente, aunque estuviéramos desnudos uno junto al otro.

—Paolo desapareció solo hace una semana —dije por normalizar el momento.

—Ya, pero hacía tiempo que no…

Ya había deducido que su vida sexual no era buena, pero prefería escucharlo de su boca. Eso, también, me convertía en su salvador, un buen samaritano sexual, dispuesto a satisfacer a diosas insatisfechas.

—Gracias —me dijo. Lo dicho: el buen samaritano en acción. Mi ego no cabía en toda la City en ese momento.

—¿Por qué seguíais juntos, entonces? Mejor… ¿Por qué tienes tanto interés en encontrarlo?

—Era mi marido. No sé, se supone que alguien debe buscarlo.

—¿No tiene familiares, madre, padre, hermanos…?

—Paolo vino solo a los quince años a Tokyo —me explicó—. A buscarse la vida. Su familia se quedó en Brasilia. Nunca volvió a saber de ellos.

No me extrañó. Los vínculos familiares se olvidaban tan pronto como un hijo salía por la puerta de su casa.

—Nunca conocí a amigos suyos, más allá de su círculo profesional.

—Tu marido era un estafador. O un cantamañanas. Perdona que te lo diga así, pero no era un empresario serio.

—Lo sé. Pero me trataba como a una reina. Hasta que se metió en lo de los implantes. Ahí todo se fue a la mierda.

Me incorporé sobre mi codo para mirarla. Era una caja de sorpresas, esa mujer.

—¿No ha sido ese su negocio siempre?

—No. Solo llevaba un par de años. Creía que podía entrar en Mitsuya si se hacía con una buena cuota de mercado importando implantes de fuera. De Europa, principalmente.

—¿Pero no era el *software* lo que importaba? —Carine me miró desconcertada.

—Sí, eso… el *software*. Yo no entiendo.

—Ya —zanjé. Nada cuadraba en esta historia—. Si Mitsuya está detrás de su desaparición, siento decirte que no hay nada que hacer.

—Tranquilo. Paolo tenía grandes sueños, pero casi nunca los llevaba a cabo. Mitsuya ni se enteró de su existencia. Se quedó muy lejos. Y con una deuda impagable.

—¿A quién?

—A los mexicanos.

Me volví a quedar a cuadros. Los mexicanos eran el clan de prestamistas al que uno acudía cuando no tenía más remedio. Prestaban dinero, sí, pero lo habitual era terminar pagándolo con la vida. ¿Había sido Paolo una víctima más de ellos? Por un momento pensé que lo mejor era no seguir preguntando. La historia crecía y crecía, aparecían nuevos personajes, nuevos giros, nuevas ramificaciones que no sabía a dónde podían llevarme.

—Joder… —dije—. ¿Estás segura de que quieres meterte en esto?

—Si es contigo, sí —dijo. Y me abrazó fuerte—. Estoy tan sola… Me siento engañada, traicionada, utilizada. Quiero encontrar a Paolo solo para abofetearle, para decirle el daño que me ha hecho, para…

—Shhh… —la callé—. Ahora no, Carine…

No pude evitarlo y empecé a besarla de nuevo. Carine tomó mi beso como si fuera lo único que podía mantenerla a flote en ese momento. Y, otra vez, ejercí mi papel de salvador.

* * *

Una hora después, tras otro orgasmo memorable, dejé que Carine cayera dormida antes de levantarme de la cama. Me costó mantenerme despierto, pero no quería perder la consciencia, mucho menos en una casa que no era la mía. Además, quería contemplar el cuerpo de Carine con tranquilidad. Su figura perfecta, su pelo revuelto sobre su rostro, tan bello como armonioso. Solo faltaba el azul de sus ojos en esa visión. Quería abandonarme al lado de esa mujer, caer rendido como me había ganado tras un día intenso. Nunca me sucedía eso, querer pasar la noche con la mujer con la que me había acostado. Pero esta vez era distinto. ¿Era por Carine? ¿Era porque estaba en la City y llegar a casa me iba a llevar más de dos horas? En caso

de que llegara. No podía evitar hacer preguntas. Hacérmelas. Al fin y al cabo, el gran caso que debía resolver en mi vida era yo mismo.

Salí de la cama despacio para no despertarla. Era el momento de trabajar un poco. Me puse los pantalones y empecé a recorrer las habitaciones del piso de arriba. El aspecto de estas era igual de impersonal que el resto de la casa. No parecía un hogar.

Al final de un pasillo encontré lo que parecía ser un despacho. Sobre la mesa, unas cuantas fotos de Paolo en cristal líquido. Muchas de ellas ya las había visto en mi despacho: Paolo con traje, Paolo con ropa deportiva, Paolo peinado, Paolo sin peinar… Todas de él, a excepción de una en la que estaba con Carine en la plaza del Duomo de Florencia. Por lo que parecía, la plaza auténtica, no una de las decenas de reproducciones que había por el planeta. Sentí cierta envidia. Florencia, la auténtica, es una de las ciudades que más ganas tengo de visitar, más ahora que han creado un museo flotante en pleno centro.

En uno de los cajones encontré un comunicador de última tecnología, nuevo y caro. Era una de las cosas que buscaba. Saqué de mis pantalones un minúsculo rastreador que Red me había conseguido en el mercado negro, y lo coloqué con cuidado en la base, de forma que fuera imposible verlo y notarlo a simple vista. Desde ese momento, cualquier llamada entrante o saliente que se hiciera en esa casa quedaría registrada y se enviaría a mi centralita de la oficina de forma encriptada, para que nadie pudiera inculparme. Si los presuntos captores volvían a llamar me enteraría y podría rastrear el origen. Y si Carine me estaba engañando y todo era una gran mascarada, también lo sabría. No me gustaba mentirla y hacer eso, menos después de lo que había pasado esta noche, pero estaba en un punto delicado y prefería prevenir que curar.

Al lado del comunicador había un pad de datos al que accedí sin contraseña. Contenía varias carpetas y ficheros de información sobre Mitsuya. No me preocupé en abrirlas, me imaginé que formaba parte de la estrategia comercial de Paolo. En los cajones encontré poca cosa más: comunicadores antiguos, miniproyectores holográficos, libretas de grafeno sin usar… Hasta que di con la libreta de hojas de papel con la que había sido escrita la nota. La cogí y de inmediato me vino un intenso olor a

lavanda. Era esta, no había duda. En esa libreta Paolo había escrito su nota de despedida. Con lo cual, la había escrito en casa, antes de salir. O de ser secuestrado contra su voluntad. Pero el trazo era firme y seguro, no parecía que nadie le hubiera forzado a hacerlo. Recordé la primera impresión que me llevé de Paolo con los primeros indicios que Carine me mostró en mi despacho. Un romántico, un idealista, alguien que se molestaba en escribir a mano. Pero en su casa nada hacía pensar que eso fuera así. Esa nota no la había escrito él. No podía ser.

—¿Qué haces aquí? —Carine me miraba desde la puerta. Seguía desnuda, un detalle que me fue imposible pasar por alto—. Si vas a husmear por mi casa, podrías pedir permiso, ¿no crees?

—Después de todo lo que ha pasado, creo que tengo derecho a hacerlo.

—Acostarte conmigo no significa que puedas invadir mi intimidad de esta manera —respondió severa.

—Si tú no me cuentas lo que necesito saber, de alguna manera tengo que descubrirlo.

Me acerqué a ella y le pasé el brazo por su cintura. Su piel era suave, tanto que noté cómo mis pantalones encogían sobre mi cintura.

—En tu cuerpo no voy a encontrar las respuestas —dije.

Carine sonrió y aflojó el gesto.

—Tal vez buscabas esto. —Y me mostró una tarjeta digital que llevaba en la mano.

—La Ostra Azul —leí—. Es un club. De prostitutas —dije con tacto.

—¿Y tú cómo sabes eso?

Mierda.

—Pues… porque una vez tuve que investigar un caso de latrocinio ahí —mentí, por si sonaba la flauta.

—Ya, seguro que lo conoces por el trabajo. —Me miró con picardía.

—¿Dónde encontraste la tarjeta? —dije desviando el tema antes de que fuera a peor.

—La encontré en su ropa. Creo que en los últimos tiempos pasaba más tiempo ahí que conmigo.

Di la vuelta a la tarjeta y pasé con el dedo el historial de visitas de su dueño. Era algo común en los clubs de alto *standing*: registraban la

actividad de sus mejores clientes, su nivel de gasto y, a cambio, recibían compensaciones por ello. Todas sus visitas eran con una tal Sunny.

—¿Sunny? —pregunté.

—Debía de gustarle mucho —dijo Carine con amargura.

—Me cuesta creer que más que tú.

Carine volvió a llorar desconsolada.

—Hijo de puta…

La abracé, la besé.

—¿Sigues pensando en dejar el caso? —me preguntó.

La miré sin saber qué responder. Esa mujer me estaba desequilibrando más de lo que me convenía. Pero no podía resistirlo. Para evitar la respuesta, la levanté y la llevé en brazos hasta la mesa. La posé sobre las fotos de Paolo y ahí empezó a escribirse el tercer capítulo de esa noche.

* * *

Había un momento mágico para Takeshi Kiryu. Dos, en realidad. Y en esos instantes los estaba viviendo a la vez.

—Cara o cruz —dijo sin dejar de mirar por el ventanal de su despacho hacia el amanecer de Tokyo.

Ese era uno de los dos momentos mágicos: contemplar el nacimiento de un nuevo día desde lo más alto de la City. Ver cómo el sol iba tomando forma en el horizonte, desde una tímida explosión de luz en el mar hasta la enorme esfera que unos minutos más tarde iba a presidir el cielo. Kiryu sucumbía ante esa manifestación de grandeza tan escasa: muy pocas veces el cielo de Tokyo estaba limpio y despejado como esa mañana.

—¡Responde!

El despacho de Kiryu empezó a teñirse de rojos y amarillos. Pronto no podría mirar al sol directamente; el nuevo día estaba a punto de ser una realidad. Kiryu se dio la vuelta y miró al hombre que temblaba maniatado en una silla. La luz del amanecer, limpia y dura, acentuaba las arrugas de su cara.

—Cr…cruz —dijo.

Kiryu sonrió. Ese era el segundo momento mágico: sentir el pánico, respirarlo. Ver el terror en el rostro de los demás. Lanzó la moneda al aire y esta, después de girar sobre sí misma media docena de veces, cayó a los pies del hombre atado.

—Cara —dijo Kiryu con una sonrisa.

—No, por favor… No lo haga, señor Kiryu… Se lo suplico —imploró el hombre al borde del llanto.

Pura magia.

Kiryu miró a la derecha del hombre y, como si fuera la orden de un director de orquesta, uno de los dos guardaespaldas que lo custodiaban activó un mando que produjo una fuerte descarga

eléctrica sobre él. Kiryu contempló los espasmos del hombre sobre la silla con serenidad, como quien admira el resultado de una obra a la que se ha dedicado mucho esfuerzo y dedicación.

Cuando el hombre recuperó la quietud, Kiryu se acercó a él hasta quedar a apenas un paso de sus rodillas.

—¿Cuánto ha sido, Joshua?

—Yo… yo no sé nada, señor. Se lo juro…

—Solo quiero saber cuánto dinero me has robado.

—Nada, se lo aseguro. Por favor…

Kiryu bajó la mirada resignado. Sabía que los grandes momentos —los mágicos—, lo son porque no se pueden aprehender, porque son breves e inmediatos. Como el amanecer.

—No lo alarguemos más, amigo —dijo Kiryu tratando de mostrarse compasivo. A continuación, miró de nuevo a su derecha y una nueva descarga sacudió al hombre sobre su silla. Kiryu no se movió ni un centímetro. No solo quería ver el pánico y el dolor. Quería olerlo.

Unos segundos más tarde, el hombre, desencajado, con un hilo de saliva recorriendo su barbilla volvía a la calma. Kiryu se agachó frente a él para ponerse a su altura.

—¿Quieres agua?

El hombre levantó la cabeza con una energía que ignoraba que tenía.

—No, agua no, por favor…

Kiryu miró a su izquierda y el segundo guardaespaldas se acercó con una jarra de cristal llena de agua. El hombre sabía qué significaba eso. Con el agua, las descargas iban a ser más fuertes, más poderosas. Sabía que tras una noche entera siendo torturado, no iba a sobrevivir a ellas.

—¡Hablaré, señor!

Kiryu detuvo a su guardaespaldas con un leve gesto.

—Soy todo oídos.

—Solo fue una vez, lo juro. Tres mil chinyens. Los necesitaba para mi hijo, se tiene que operar. Su implante muscular no ha ido bien y si no hago algo morirá… —El llanto no le dejó seguir.

—Joshua, Joshua… ¿Es que no os enseñamos lo importante que es la comunicación en Mitsuya? —El hombre no podía dejar de sollozar—. Somos una gran familia. Si no nos contamos nuestros problemas, nuestros anhelos… Si no hablamos, ¿para qué todo esto?

—Lo voy a devolver, lo juro.

—¿Cara o cruz?

—No… —suplicó. Los ojos de Kiryu no inspiraban clemencia; tenía que elegir—. Cara.

Kiryu volvió a lanzar la moneda. Cara.

—Has tenido suerte. No habrá más electricidad. Desátalo —ordenó Kiryu a sus guardaespaldas.

—Gracias, gracias…

Una vez estuvo liberado, el hombre se arrodilló a los pies de Kiryu.

—Es usted un hombre bueno. Gracias, de verdad… —dijo mientras le besaba las manos—. ¿Puedo irme? En casa deben de estar preocupados de que no haya ido a dormir esta noche.

—Claro, Joshua. Enseguida van a tener noticias tuyas. Dick, pégale un tiro —dijo separándose de él. El hombre lo miró aterrorizado.

—Pero…

Uno de los dos guardaespaldas le disparó sin preámbulos. La bala perforó su cráneo y lo lanzó dos metros hacia atrás. Kiryu lo contempló un instante. Cuánta magia: el amanecer, el sufrimiento humano… Un día acababa de nacer; la vida de ese hombre era su tributo. Si no fuera por la magia, la existencia no merecería la pena.

—¿Hay algo más hermoso que la cara de aquel que se descubre condenado cuando cree que se ha salvado? —preguntó—. ¡Limpia esto y sácame a esta rata de mi vista!

Los guardaespaldas se agacharon para recoger el cuerpo. Kiryu volvió a mirar por el ventanal. Tokyo despertaba a sus pies y él era como el dios que lo hacía posible.

—Kiryu…

—¿Sí, Erland? —dijo sin volverse.

Erland acababa de entrar y avanzó hacia Kiryu pisando el charco de sangre. Se detuvo junto a él. Hablaban sin mirarse, contemplando la ciudad.

—Mis ejecutivos preguntan. Están impacientes. Quieren saber si el Operativo 21 está dando resultados —dijo Kiryu.

—Lo sé.

Kiryu se giró y miró a Erland en silencio. La luz del amanecer impactaba de lleno en su rostro, en sus arrugas, en sus cicatrices. Descubrió una textura en su piel que nunca había percibido. Una piel con memoria. Memoria de violencia, sangre y muerte.

—¿Y bien?

Erland bajó la mirada preocupado y luego la posó sobre Kiryu.

—Nada. —Kiryu esperó a que siguiera hablando—. Nadie sabe nada, nadie ha escuchado nada. Estoy persiguiendo a un fantasma.

—Los fantasmas no existen.

—Este sí.

Kiryu lo miró con los ojos muy abiertos. No estaba acostumbrado a que le rebatieran.

—Ni los traficantes de datos, ni las bandas de hackers, ni la neo-yakuza… —prosiguió Erland—. Nadie es capaz de darme una sola pista.

—¿Me estás diciendo que un solo hombre está desafiando el poder Mitsuya?

—No, Kiryu, no creo que…

—¡No voy a permitir que nadie vulnere el poder de Mitsuya! —explotó Kiryu—. ¡¿Lo has entendido?!

Erland bajó la mirada de nuevo. La autoridad de Kiryu era una de las pocas que se permitía aceptar. Se sentía mal. No por encajar la ira de Kiryu sino por haber fallado, por no haber sido capaz de traer la cabeza del hombre que estaban buscando. Por ni siquiera saber quién era ese hombre.

—Solo tengo un nombre —dijo Erland poco convencido.

—¿Cuál?

—Es lo único que he encontrado, no sé si servirá de mucho. —Erland quería tomar todas las precauciones antes de seguir. Sabía que no le estaba ofreciendo mucho y quería protegerse ante el posible fracaso—. No somos los únicos que lo buscamos y por eso puede que sea nuestro hombre.

Kiryu lo miró interrogante, esperando una respuesta.

—Su nombre me lo dio el mejor rastreador de esta ciudad, Leonid Sokolov. Él también lo está buscando por encargo de otros. Pero no lo encuentra por ningún lado. Eso es lo misterioso: yo tampoco he conseguido ni una pista de él. —Erland miró a Kiryu de nuevo—. Por eso cada vez estoy más convencido de que es un fantasma.

—¿Qué nombre, Erland? —insistió Kiryu ansioso.

—Paolo Do Santos.

Kiryu desvió su mirada al ventanal. El día ya era un hecho. La magia se había evaporado.

—¿Es él quien entró en nuestro servidor? —preguntó Kiryu mientras observaba altivo la ciudad bajo sus pies.

—No lo sé. Es solo una posibilidad, pero es la mejor que tenemos ahora mismo. Quizás no tiene nada que ver. Quizás es uno de tantos perseguidos por las mafias o las corporaciones. El informador dijo que borraron todas las trazas de datos del servidor después de que nuestro sujeto saliera, que esa pista no le servía de nada. No sabemos quiénes ni el motivo. Pero alguien que desaparece de una

forma tan brusca, que se vuelve ilocalizable y que es buscado por otros agentes desconocidos… —Erland hizo una pausa mientras se acomodaba su katana—… Puede ser él.

—Tráemelo —sentenció—. Y elimina a todos los que estén relacionados, después de «extraerles» todo lo que sepan.

Se dio media vuelta y salió del despacho. Erland siguió mirando por el ventanal. Solo el mar ponía un límite a la inmensidad de Tokyo que sus ojos podían abarcar desde ahí arriba. Era la primera vez en muchos años que sentía que estaba en manos de otros. La primera que no tocaba él la música que otros bailaban. Su amor propio estaba herido. Y cuando un guerrero como él sentía el dolor, no se paraba a pensar. Solo pensaba en actuar. Solo pensaba en matar.

No me dormí, no podía hacerlo. Sin embargo, Carine sí lo había hecho, apoyada en mi regazo sobre el sofá del despacho. El sol del amanecer empezaba a colarse por las ventanas y pensé que era hora de volver a casa. La tarjeta de La Ostra Azul estaba en el suelo, junto a mis pies descalzos. Traté de alargar el brazo para cogerla sin moverme demasiado para no despertar a Carine, pero fue inútil. Carine sintió mi movimiento y empezó a rebullir.

—¿Ya es de día?

—Casi. Sigue durmiendo —dije.

Carine pareció hacerme caso, pero en cuanto volví a intentar coger la tarjeta, abrió de nuevo los ojos.

—Vamos a la cama…

—No. Tengo que irme.

Aproveché la decisión que había tomado para liberarme del cuerpo de Carine, agacharme y coger la tarjeta de una vez. Carine se estiró en el sofá desperezándose mientras revisaba la tarjeta digital. El club abría a las seis. Aún podía volver a casa y dormir unas horas. Llevaba una noche en blanco y tres polvos intensos. Incluso para mí significaba un desgaste considerable.

—Por favor, Jordi. Quédate —dijo poniéndose de lado y apoyando la cabeza sobre su brazo.

La miré en silencio. Su cuerpo se me mostraba armonioso y delineado. Sentí cómo mi respiración se agitaba y cómo mi cuerpo empezaba a reaccionar. Carine bajó la mirada a mi entrepierna y sonrió.

—No, Carine, debo volver a casa.

—Creo que tu cabeza es la única parte de tu cuerpo que piensa eso.

Sonreí, pero no era el momento de dejarme llevar por mis impulsos. No podía dejar que estos me apartaran de mi objetivo.

—Le estás poniendo los cuernos a tu marido, ¿recuerdas? —le dije con una sonrisa. Y, sin esperar respuesta, salí del despacho camino del dormitorio, donde estaba mi ropa.

Carine entró abrochándose una batita corta mientras yo me subía los pantalones.

—Quédate a desayunar, al menos —dijo.

—¿Me vas a hacer el desayuno, en plan matrimonio?

—Jordi… —dijo con amargura. Se acercó y me abrazó—. Hacía tanto que no me sentía así…

—¿Así, cómo? —Sabía a qué se refería, pero estaba deseando escucharlo. Por vanidad y porque estaba seguro de que era algo muy parecido a lo que sentía yo.

—Feliz. —Se separó de mí y me miró con los ojos llorosos, no de pena, de alegría—. Gracias.

—Yo también he estado muy a gusto contigo —respondí—. Pero ahora es mejor que me vaya.

Me separé de ella y terminé de vestirme. Carine me observó en silencio sentada en la cama. De verdad que parecíamos un matrimonio. Uno joven, alegre, con planes de futuro. Traté de borrar esa idea de mi cabeza. Era mi clienta. Era la mujer del hombre al que buscaba. Era un rollo de una noche. Eso me decía para ahuyentar cualquier duda sobre mis sentimientos sobre Carine.

—Bien pensado sí que parecemos un matrimonio —dije controlando una risita—. Esta noche me voy de putas. —Y rompí en una carcajada.

—Imbécil… —dijo Carine lanzándome una almohada.

—Es lo que hacen los maridos, ¿no? —respondí devolviéndole la almohada.

—¿Eso quiere decir que sigues con el caso? —preguntó esperanzada después de esquivar mi lanzamiento.

—Me temo que sí —dije fingiendo resignación—. Pero es la última oportunidad. Si no saco nada en claro de la visita de esta noche, lo dejo.

Carine me miró. Esperaba que me insistiera, que me suplicara. Pero se limitó a mirarme sin expresión alguna.

—Lo sacarás. Seguro —dijo.

No entendí muy bien su aplomo en ese momento. ¿Cómo podía estar tan segura? ¿Sería la embriaguez de una noche de pasión? No quise preguntarle, quería salir de ahí y volver a casa. Me ajusté el colt en mi abrigo, me calcé la katana y su correa, y bajé las escaleras. Un segundo más tarde ya estaba en la calle, camino del elevador que debía bajarme a los suburbios, mi sitio, mi hogar.

* * *

Subí la colina que rodeaba la casa de Carine y me di cuenta de que por ese camino solo podía llegar al bosque donde me habían atacado la noche anterior. Me detuve en seco, pero lo cierto es que no tenía otra alternativa. No conocía la zona y lo menos que deseaba era perderme por un barrio inmenso y desierto. Me puse las geogafas y ordené que buscaran todas las rutas que me llevaran al E-23. Como me temía, todas pasaban por el bosque. Si quería evitarlo tenía que dar un enorme rodeo, algo posible si tuviera un vehículo, pero andando como iba todas las rutas se me presentaban inviables. Pensé en volver a casa de Carine y pedirle que me acercara ella, pero descarté la idea. Era mejor dejar el encuentro donde lo habíamos dejado. Cualquier nuevo acercamiento, aunque fuera casual, como este, podría dar pie a interpretaciones inesperadas. Y entre Carine y yo había sucedido algo que era mejor dejar estar por el momento.

Seguí mi camino convencido de que algo se me ocurriría o de que, al menos, el bosque estaría iluminado por la luz del día y podría defenderme en caso de que se repitiera el asalto.

Mi idea era ir a casa y dormir unas horas. Luego quería ver al Ruso. Hacía ya varios días que le había pedido que buscara pistas sobre Paolo y aún no había dado señales. Era extraño. Siempre resolvía mis encargos con rapidez, buscando cobrar la segunda parte de la recompensa cuanto antes. Pero hasta en eso era inusual este caso. El Ruso no había dicho nada en días. No era normal.

También quería intentar ver a Martina y a Vincent. Esperaba que Lauren los hubiera localizado, sobre todo al segundo. Podría haberla llamado desde

ahí para ponerla al día, pero mi comunicador no tenía cobertura en ese momento. Además, estaba cansado y no quería hablar con Lauren mientras mi cuerpo aún oliera a Carine. No tenía ninguna deuda sentimental con mi secretaria, pero tampoco quería hacer que se sintiera incómoda. Porque ella lo iba a notar, no me cabía duda.

Y luego iría al club. Si el Ruso y Lauren habían hecho su trabajo, la amiguita de Paolo confirmaría lo que ya debería saber a esas alturas. Un rayo de esperanza aparecía en el caso de forma inesperada. Después de tantos días caminando entre las sombras, de pronto el caso Do Santos se abría a nuevas expectativas. Nada sólido, pero sí, al menos, posible. A pesar de llevar veinticuatro horas sin dormir, me sentí animado y seguro de mí mismo. Justo lo que necesitaba para cruzar el bosque a cuya entrada acababa de llegar. Me sentí con fuerzas para atravesarlo. Ya veía, una vez lo hiciera, mi regreso a los suburbios en el elevador, mi apartamento y mi cama.

* * *

Al contrario de lo que esperaba, el bosque estaba oscuro. Sin embargo, en esta ocasión podía ver en la oscuridad. Veía con nitidez los árboles —ahora torcidos y deformados, con sus grandes raíces emergiendo de la tierra— y el camino que serpenteaba entre ellos. No quería detenerme, no quería preguntarme por qué el aspecto del bosque había cambiado tanto. Solo quería seguir caminando hasta la salida. Me sorprendió descubrir que el camino era más intrincado de lo que había percibido la noche anterior cuando lo recorrí a oscuras. Empecé a dudar de si ese era el correcto, pero cada vez que giraba la cabeza los árboles no eran como los acababa de ver. Cambiaban de forma y de disposición, creando un bosque diferente a cada vistazo.

Saqué la *WildFire*, aunque no la encendí. No quería verme sorprendido otra vez. Por eso empecé a correr aunque no supiera cuál era el camino.

—¡Jordi! —dijo alguien a mi espalda. Era una voz femenina, pero no la reconocí en ese momento.

Encendí la katana y me di la vuelta dispuesto a defenderme de quien fuera, pero me frené cuando descubrí que la persona que me llamaba era Carine.

—Carine… ¿qué sucede?

Carine corría hacia mí desnuda y sonriente. Se me abrazó y empezó a besarme apasionadamente. Cuando quise reaccionar, me di cuenta de que la katana había volado de mis manos y mi ropa de mi cuerpo. Estaba desnudo en mitad del bosque, besándome con Carine. No podía ser, no tenía sentido.

—Carine, para…

Me separé de ella y la miré. Lauren me sonreía con los labios enrojecidos después de besarme. No era Carine quien estaba delante de mí.

—Jordi…

Asustado, la aparté bruscamente.

—¡Lauren! ¿Qué cojones está pasando? ¿Dónde ha ido Carine?

—Psss… —Escuché a mi espalda. Al girarme, descubrí apostados entre los árboles al equipo de asalto de la noche anterior. Con un gesto instintivo me llevé la mano al costado buscando mi colt, pero ahí solo encontré mi piel. Estaba desnudo, mi ropa se había esfumado y mis armas también.

—¡Lauren, corre!

Pero Lauren también había desaparecido. Me vi solo, en mitad del bosque, empezando a tiritar de frío y sin poder remediar que más de una decena de hombres vestidos con trajes negros de grafito compuesto se fueran acercando a mí. Aún no disparaban, aún no querían acabar conmigo, así que empecé a correr. Corrí todo lo rápido que podía, pero no avanzaba. Parecía que el suelo se deslizaba en sentido contrario a mis zancadas, como la cinta de una vieja máquina de gimnasio. Sin embargo, no estaba dispuesto a rendirme. Aceleré mi carrera y conseguí mantener al grupo de hombres a distancia. Al mismo tiempo sentía cómo mi cuerpo iba desfalleciendo, cómo no iba a poder mantener el ritmo más tiempo. Iba a caer rendido.

De pronto, una mano me agarró del brazo. Había salido de detrás de un árbol y me arrastró hacia él. Oculto del grupo de asalto, miré a mi salvador. Era la mujer de la túnica. No podía casi hablar, mi respiración ocupaba todo mi pecho.

—¿Quién eres? —logré decir.

La mujer posó su dedo índice sobre sus labios para pedirme silencio. Entonces, abrió mucho los ojos, sonrió y acercó sus labios hacia mi oído. Abrió la boca para empezar a hablar. Esperaba escuchar de una vez quién era y qué quería de mí…

* * *

Y me desperté.

Abrí los ojos de golpe. No estaba en el bosque. No estaba en la City. Tardé en volver a la realidad y recordar que había regresado sin problemas a casa después de cruzar el bosque sin ningún incidente y tomar el E-23. Acababa de tener una pesadilla, eso era todo. Estaba sudado y respiraba con dificultad, como si de verdad me hubiera pegado la carrera que acababa de soñar. Cuando recuperé la consciencia por completo, miré mi reloj. Eran las tres de la tarde, había dormido unas cuatro horas. Suficiente. Salté de la cama y me dispuse a borrar de mi cabeza todo lo que había pasado.

En la ducha, bajo el agua, me di cuenta de que no lo iba a conseguir. La pesadilla se iba difuminando en mi cabeza, pero la imagen de la mujer de la túnica era cada vez más nítida. Quería seguir pensando que su existencia era una travesura de mi subconsciente, un juego al que mi cerebro había cogido la costumbre de jugar. Pero a cada aparición la imagen parecía más real y se acercaba más a mí. Sentía que pronto, muy pronto, esa mujer, por fin, empezaría a hablarme y entonces sabría si existía o no.

Abandoné el baño abriéndome paso entre el vapor del agua caliente y volví desnudo a mi dormitorio dispuesto a vestirme. Mi habitación era uno de los lugares que más cuidaba de mi casa. Para mí era como un templo y no solo para el descanso, por eso lo había decorado con esmero. La cama era *king size*, de dos por dos, y con tecnología de gas para lograr la máxima adaptación a mi cuerpo… y al de mis acompañantes. Un pequeño lujo de soltero ya que, según rezaba la publicidad de la marca, los colchones de gas son los que «mejor se adaptan a todo tipo de parejas… por mucho que cambies de ella». Pero como no siempre pasaba la noche acompañado —en

realidad, menos de las que me gustaría—, había forrado las paredes de paneles de cristal líquido en el que podía crear todo tipo de atmósferas y ver proyecciones «360», es decir, en toda la superficie de paredes y techo. Para esa tarde había elegido texturas de terciopelo y colores cálidos, rojos y naranjas, para ir ambientándome para mi visita a La Ostra Azul.

Una vez me vestí, crucé mi pequeño estudio, una especie de zona de trabajo y ocio donde solía encerrarme a despejar mi cabeza cuando debía resolver algún caso. Pasé de largo entre la chimenea de imitación y mi pequeña mesa de billar, americano, por supuesto. Odiaba el billar francés. Nunca había conseguido atraparme el simple hecho de hacer carambolas, me sabía a poco, necesitaba algo más tangible. Nada era tan reconfortante como meter las bolas en sus agujeros… «En todos los sentidos», pensé. Me reí en voz alta de mi propia broma pésima y seguí avanzando hasta la cocina-comedor. Ese era, con permiso de mi dormitorio, el lugar principal de la casa, donde hacía la mayor parte de la vida diaria.

En la cocina, situada a continuación del comedor, programé la *cookmet* para que me hiciera un buen plato de espaguetis. Boloñesa con *curry*, cúrcuma y parmesano, mis preferidos. Tenía treinta años pero adoraba la pasta como un chaval de doce. La *cookmet* —contracción de *cook* y *gourmet*, según tengo entendido— tendría mi comida lista en menos de tres minutos, el tiempo suficiente para llamar a Dante y contarle mi proeza de la noche anterior en casa de Carine. Y, de paso, claro está, ponerle al día de mis avances en el caso.

Marqué su número en mi comunicador y lo acoplé a mi 3D-Home. Lo tenía para los videojuegos, pero también podía usarse para llamadas o RV. En esta ocasión pensé que sería mejor ver a Dante en la mejor calidad: el 3D-Home ofrecía una mayor resolución y realismo que la proyección holográfica del comunicador. A los pocos segundos, la imagen de Dante apareció gigantesca en mitad del salón. Tenía el tamaño del último juego al que había jugado y mi amigo ocupaba ahora todo el salón.

—¡Tommy! —dijo.

—Espera, tío, que te reduzco el tamaño. Me da miedo ver tu careto tan grande. —Abrí los *settings* y reduje a Dante a la escala humana—. Y no me llames Tommy a estas horas de la mañana, coñazo.

—Ya sé que te abruma mi belleza apolínea, te entiendo. Pero ponme a mi tamaño, ¿eh? —protestó Dante—. No me dejes más pequeño que tú.

—A tu tamaño es más pequeño que yo, amigo —dije pinchándole—. Y tranquilo, que estoy acostumbrado a la belleza masculina cada vez que me miro en el espejo. Incluso me tiro besos, tío.

—Estás como una puta cabra —dijo Dante con una carcajada—. Mi tamaño es el ideal para las mujeres, por eso ligo más que tú.

—Bueno y aunque no lo fuera el tamaño no importa. ¿Nunca te lo habían dicho? Bah, seguro que sí, cada vez que llevas a una amiguita a casa. O eso me dijo Sakura la otra noche…

—Gracias, Jordi, un placer, hasta nunca —dijo Dante siguiendo la broma mientras hacía el amago de colgar.

—Te tengo que contar cómo fue mi noche —dije mientras me abría una Damm-Voll.

—¿Carine?

—Impresionante. Mira… —Le mostré los niveles de mi pulsera biométrica, todos en mínimos—. Así me ha dejado después de esta noche.

—¿Por qué sabía que algo así iba a pasar si seguías en este caso?

—Ya sé que es poco profesional acostarse con tu cliente, pero… ¡Joder! ¡Qué mujer! Ha sido impresionante.

—Tranquilo, no se lo diré a nadie —rio Dante—. Ahora, como encuentres al marido, a ver cómo se lo explicas.

—Le diré que era parte de la investigación.

—Y que tenías que investigar… «a fondo», ¿no?

—Muy «a fondo».

Los dos compartimos la risa. Ahí estábamos, dos hombres de treinta años comportándonos como adolescentes universitarios despreocupados. Esperaba no perder nunca ese espíritu.

—¿Y tú? —pregunté.

—Investigando, también.

—¿Lo de Mitsuya?

—No, entre las piernas de Kattie —rio Dante.

—¿Kattie?

—Una chica de Catch & Love.

—Tío, me dijiste que ibas a dejar esa mierda —dije en broma.

Catch & Love era una aplicación de citas *online* con encuentros en la RV, casi tan reales como en la vida. Era un vicio, podías encontrar de todo ahí: citas románticas, rollos de una noche, orgías… Yo había tenido mi etapa de Catch & Love, pero hacía tiempo que me había decidido por las mujeres de carne y hueso. Visto lo visto con Carine, no había sido una mala decisión.

—Después de un día como el de ayer, no me apetecía perder el tiempo en romanticismos.

—¿Cómo va lo del ejecutivo de Mitsuya? —pregunté por cambiar de tema.

—Mañana se hará la detención.

—¿Por qué esperar, no hay riesgo de fuga?

—El pobre ni se imagina la que se le viene encima. O'Callahan quiere hacerlo a lo grande, con cobertura mediática y retransmisión en directo. Sus cinco minutos de fama.

—Pues que los disfrute —dije sin asomo de resentimiento. No me importaba que O'Callahan se colgara las medallas. La vanidad es para los mediocres—. Esta noche voy a La Ostra Azul.

—¿No tuviste suficiente con lo de anoche? —dijo Dante con picardía.

—Es por la investigación. Pero de verdad —me apresuré a aclarar—. Es una pista. Parece que Paolo era un picha brava también.

—¿Iba a clubes de chicas teniendo en casa lo que tenía?

—Un tío raro, está claro —dije con sorna—. Espero que su chica favorita pueda decirme dónde narices se ha metido. Una tal Sunny. No la conocerás.

—No. La Ostra Azul no está entre mis locales de referencia.

—A ti te va más el sexo en solitario —dije para picarle.

—Lo he aprendido de ti, ya sabes.

—*Touché* —me rendí.

Volví a la cocina donde la *cookmet* me avisaba de que mi plato de espaguetis estaba listo. Empecé a servírmelo, no podía entretenerme mucho.

—Si gustas… —dije mientras empezaba a engullir.

—Come tranquilo, necesitas reponer fuerzas. No estás acostumbrado a tanto sexo.

—¿Sabes algo de Vincent? —pregunté sin entrar en su provocación.

—En cuanto Lauren me mande sus datos, curso la orden de detención.

—Te quiero, tío. —Y empecé a toser; casi me atraganto con un espagueti más largo de lo normal.

—Ya lo sé, pero tampoco hace falta que te ahogues de la emoción.

Bebí un buen trago de cerveza para recuperar la compostura y la respiración.

—No seas tan chulo, a ver si te voy a dejar por Lauren.

Dante reaccionó haciendo como si una daga le hubiera atravesado el corazón. A veces pensaba que nos equivocamos de profesión, tendríamos que haber sido actores. O payasos.

—Hablando de ella, ahora la llamo para ver si ha localizado a Vincent.

—Pero no le cuentes lo de Carine, que nos conocemos.

—Solo un poco, el titular —dije bromeando.

—Jordi… —Dante sabía lo que sentía Lauren por mí y se preocupaba en protegerla.

—Que sí, tío… Lo decía de coña. En esta investigación hay que mantener algunas partes en secreto —respondí con una media sonrisa.

—Tienes un morro…

—En cuanto hable con la tal Sunny te llamo.

—Pórtate bien.

—Sabes que no lo voy a hacer —respondí—. ¡Chao!

Colgué y marqué el número de Lauren después de desacoplar el comunicador del 3D-Home. No quería verla con todo el realismo con el que había visto a Dante en mi salón. Tenía un cierto sentimiento de culpa por lo que había sucedido con Carine y tener a Lauren en alta definición no me iba a ayudar a gestionarlo. Era extraño. Me sentía incómodo al pensar en hablar con mi secretaria como quien tiene que ocultar una infidelidad a su pareja. No había nada entre nosotros, pero sabía que si Lauren descubría lo que había pasado con Carine se sentiría dolida.

Al poco, apareció su imagen holográfica. Para un momento como este, prefería verla así, con menos calidad y las clásicas interferencias.

—Vaya nochecita, ¿no? —dijo sonriendo.

—¿A qué te refieres? —Joder con las mujeres, lo sabían todo. Y si no lo sabían, lo suponían, con lo que acababas sintiéndote pillado igual.

—Desconectado hasta… —Miró su reloj—… casi las cuatro de la tarde.

—Digamos que mi visita a la City fue… Intensa.

—¿Viste a Carine?

—Sí, después de sufrir una emboscada en un bosque artificial que casi me cuesta la vida.

—¿Cómo? ¿Qué pasó, estás bien? —preguntó preocupada.

—Sí, tranquila. Al final pude escapar. En realidad querían atraparme, no matarme.

—¿Alguna pista de quiénes eran?

—Nada.

—¿Crees que está relacionado con el caso?

—En estos momentos hasta este plato de pasta puede estar relacionado con el caso —respondí con ironía.

—¿Y Carine? —dijo con cautela, como si en el fondo no quisiera escuchar la respuesta.

—Me dio una nueva pista. —Le mostré la tarjeta—. La Ostra Azul, el club favorito de Paolo. Esta tarde me voy a pasar por ahí. Parece que estaba enganchado a una de las chicas, una tal Sunny.

Mientras hablaba, Lauren tecleaba en su pad buscando información.

—«Sunny, el sueño del que nunca querrás despertar» —leyó en su pad—. Una monada de cría —dijo con ironía mientras pasaba las fotos de la chica en su pantalla.

—Espero que sepa algo. ¿Has podido avanzar?

—Poca cosa. El bloque de oficinas donde está Do Santos Limited pertenece a una empresa kazaja, una de tantas que controlan el mercado inmobiliario de Tokyo. Estoy tratando de acceder a la base de datos de inquilinos, a ver si podemos rastrear el contrato de alquiler.

—Buen trabajo. ¿Y de Vincent?

—Nada. Tampoco he encontrado el organigrama de la empresa. Todo esto es muy extraño, Jordi.

—Llama a Red.

—¿Al niñato ese? —dijo Lauren. Red la ponía nerviosa, no dejaba de babear cada vez que la veía.

—Mándale una descripción de Vincent y todo lo que creas que puede ayudarle a encontrarle.

—Pero llamada de voz, ¿eh?

—¿Y dejar de alimentar con tu imagen sus fantasías nocturnas? —dije pinchando haciéndome el sorprendido.

—Guarro…

—Y después, haz una cosa. Pásate por la oficina de Paolo. Invéntate alguna excusa, la que sea, que eres una clienta, una inversora, la de la oficina de al lado que viene a saludar… Da igual. A ver qué puedes sonsacarle a la secretaria.

—¿Me estás encargando una investigación? —dijo ilusionada.

—Sí… Bueno, solo es una visita de rutina…

—¡Gracias, Jordi! —dijo mientras aplaudía como una niña.

—Pero ve con mucho cuidado. A la mínima que veas el más pequeño atisbo de peligro, sales de ahí. ¿Lo has entendido?

—Nítido.

—¡Pues en marcha! —Sonreí.

* * *

El ruido, el humo, el olor a sudor. Todo ello le aturdía. Hacía tiempo que no iba y estaba tal cual lo había dejado la última vez. Ensangrentado como estaba, entró en el Coliseo clandestino del suburbio 13, al límite del puerto, y su presencia fue acallando las voces de todos aquellos con los que se cruzaba. Algunos lo conocían; otros, los marinos llegados de otras tierras, lo temían nada más verlo. De las manos de Erland aún goteaba la sangre de su última víctima y los presentes sabían que, si estaba ahí, era porque había ido a luchar.

—Erland… Cuánto tiempo —dijo el Káiser, el dueño de todo aquello, el maestro de ceremonias, cuando Erland llegó a su altura.

—Solo dime con cuántos.

—¿Estás seguro de que quieres volver a esto?

—Cuántos.

El Káiser miró a su alrededor. En la arena aguardaban diez hombres, todos ellos dispuestos a luchar, todos dispuestos a matar por un puñado de chinyens.

—¿Podrás con todos? —dijo señalando a los hombres.

Erland los miró uno a uno. Eran kazamas y se les veía bien entrenados. Las luchas clandestinas eran una manera de ganar mucho dinero y si alguien se decidía a participar era porque creía de

verdad que ese dinero podía llegar a ser suyo.

—Sin armas —dijo.

Un murmullo recorrió las gradas. Sin armas las apuestas iban a ser mucho mayores. El Káiser se relamió. Iba a ser una gran noche aquella.

—Sin armas —respondió.

La grada estalló en una gran algarabía y los presentes empezaron a agitar sus billetes llamando a los corredores para hacer sus apuestas. El Káiser agarró el micrófono.

—¡Erland, un veterano de este Coliseo, más de cien combates, todos ganados, frente a diez kazamas, auténticas máquinas de matar, entrenados hasta el límite!

El tráfico de billetes de arriba abajo no cesó ni un instante. Erland, ajeno a todo, se despojó de sus armas, de su abrigo, de todo aquello que podía entorpecer su lucha. Al posar su katana sobre el banco, vio la sangre tibia que aún manchaba el filo. No había querido hacerlo, no había querido matarla. Pero perdió los nervios. Alguien tenía que pagar su frustración, la falta de respuestas, la presión de Kiryu sobre él.

Aislado de los gritos que el Coliseo abarrotado lanzaba sobre la arena, solo pensaba en expiar su culpa. Quería ponerse al límite, castigarse por no haber controlado sus impulsos. No se explicaba qué había sucedido en esa oficina vacía. Tal vez había sido por no recibir lo que quería. Tal vez la desesperación de no ser capaz de resolver lo que había prometido que resolvería. Tal vez.

—¿Listo, Erland? —preguntó el Káiser. El silencio volvió a las gradas.

Erland se limitó a levantar la cabeza y regresar de sus pensamientos. Frente a él, los diez kazamas lo miraban fijamente. Sabía que podía con ellos. Lo sabía porque estaba herido en el alma y cuando un hombre hurga en sus cicatrices, más si estas aún no se han cerrado, la ira que rige sus decisiones es inapelable.

—¡Que empiece la lucha!

El Káiser golpeó el suelo con su vara y el estruendo encendió todas las pasiones: las del público en la grada y las de los once combatientes en la arena. Un kazama saltó hacia Erland, que lo miró con compasión. En cuanto llegara lo golpearía con sus puños y le dejaría fuera de combate. No tenía duda. En las pocas décimas de segundo que transcurrieron hasta que eso sucedió, Erland aún pudo ver el rostro de la chica que le había abierto la puerta de la oficina. Era guapa, joven, agradable. Martina, le había dicho que se llamaba antes de que su katana dividiera su precioso rostro en una delgada línea, la que separa lo bello y lo siniestro.

Una vez terminé mis espaguetis, me armé con mi katana y mi colt, me puse el abrigo, cogí dos cajas de XT de mi armario de seguridad y cogí mi comunicador. Estaba de buen humor después de haberle dado una oportunidad a Lauren. Me parecía algo sencillo y ella estaba lo suficientemente preparada como para resolver una visita de tanteo a la oficina de Paolo. No pensaba darle a Lauren más responsabilidades, aunque ella siempre me las demandara, pero su entusiasmo y un asomo de culpa por mi parte después de mi visita a Carine me habían convencido de hacerlo. En esos momentos no me arrepentía de la decisión que había tomado. Me sentía bien conmigo mismo y eso era justo lo que necesitaba para llamar al Ruso.

Marqué nuestro código secreto: «ROLPAINALGSNA» y esperé. Un tono… dos… cinco… diez… Nada. El Ruso no respondía. Cuando iba a intentarlo de nuevo, recibí un mensaje cifrado. Tuve que activar el *software* de desencriptamiento para leerlo, la típica cosa que me toca las narices. Cómo no, el mensaje era de Leonid: «Túnel-17», decía. Nada más.

—Puto Leonid —dije para mí.

Miré en mi pad y comprobé que el Túnel-17 estaba entre los Suburbios Norte y Este. También que era un túnel en desuso, uno de esos que habían sido clausurados hace tiempo con la excusa de falta de seguridad, pero con la verdadera intención de ser objeto de una maniobra especulativa que repartiera jugosas comisiones a políticos y empresarios con la construcción de uno nuevo. Tokyo estaba repleto de construcciones de ese estilo y túneles, calles, incluso barrios enteros, habían sido abandonados y eran ahora refugio de delincuentes, bandas armadas y todo tipo de personas que en algún momento lo había perdido todo. No me hacía mucha gracia encontrarme con el Ruso en un lugar como ese. No me hacía ninguna. Mi buen humor se estaba evaporando por momentos.

Sabía que ningún aerotaxi iba a llevarme hasta ahí y cualquier alternativa de transporte público estaba descartada, así que no tuve más remedio que coger mi coche, un viejo vehículo a ruedas, una reliquia de tiempos pasados: un BMW *cabrio* modificado por José, mi mecánico de confianza. Con él solo podía desplazarme a ras de suelo, es decir, a merced del tráfico y la gente, pero aun así mi predilección por las cosas antiguas convertía cualquier trayecto en un placer. Y el que fuera descapotable lo hacía un imán para las mujeres… y los ladrones. Pero esa era otra historia.

Por suerte, conozco las calles de Tokyo como la palma de mi mano y atajando por callejones, yendo por direcciones contrarias y echando mano de una sirena de la policía de Nueva Delhi que encontré de segunda mano en el Mercado Bajo de la ciudad, llegué a la entrada del Túnel-17 en un tiempo más que razonable.

Como me imaginaba, la zona estaba desierta. El nuevo túnel, el que había sustituido al viejo, pasaba por encima de mi cabeza por lo que apenas había luz. Por si fuera poco, el alcantarillado del Gran Tokyo, que quedaban justo arriba, parecía desembocar ahí por lo que se había creado un pequeño ecosistema de ríos y afluentes alimentados por aguas residuales de un olor indescriptible. Un marco incomparable.

Activé un campo lumínico a través de mi pulsera multifunción y me adentré en el túnel. No me apetecía jugar al ratón y al gato, así que fui al grano.

—¡Leonid, no tengo el cuerpo para jugar al escondite! ¡Si quieres tu XT, sal y da la cara!

Solo el goteo de las filtraciones de agua y su eco interrumpían el silencio. No advertí ningún sistema de seguridad adicional, nada que hubiera instalado el Ruso para protegerse. Me extrañó, no era lo habitual.

—Cuento hasta tres y me largo. Uno… dos…

—Trae ese XT, tío.

El Ruso apareció de la nada por mi espalda, pero no vino hasta mí, se quedó a unos metros, privándome de la visión de verlo andar con sus característicos saltitos.

—¿Estás bien? —dije preocupado. Con la luz de mi campo lumínico apenas distinguía su rostro, pero este se me aparecía decaído y cansado.

—No mucho, Thompson. No estoy en racha.

Saqué las dos cajas de XT y se las lancé. Con unos reflejos que me sorprendieron, las cazó al vuelo sin problemas. Pensé que si empezaba a tomar tal vez se animaría. Pero se limitó a guardárselas en los bolsillos.

—¿Has averiguado algo?

El Ruso se retorcía las manos una con la otra. Parecía un crío que no se atreve a confesar una falta.

—No eres el único que busca a ese fulano.

—¿Cómo? —contesté sorprendido—. ¿De qué me hablas?

—Hay un ronin, un tal Erland, un tío chungo, que me estuvo preguntando esto y lo otro y me pareció que buscaba lo mismo que tú, el mismo hombre.

—A ver, Leonid —dije intentando contener la ira—. Empieza desde el principio y, por favor, háblame como si fuera tonto, que lo entienda.

—No tuve más remedio que darle algo.

—¿Le has hablado de mí? —pregunté indignado.

—No, tío, tranquilo. No iba a poner en peligro a mi suministrador de XT —dijo con una sonrisa de picardía—. Le hablé de Do Santos. Gracias a eso me dejó en paz.

—Joder… ¡Es mi investigación! No puedes ir largando información privada por ahí.

—¿No ves dónde he tenido que esconderme? Tenía que hacer algo si quería salvar el culo.

Ese ronin debía de ser muy peligroso para que un tipo como el Ruso huyera de él.

—¿Le dijiste algo más?

—Hay poco que contar de vuestro fantasma, incluso para mí y mis contactos. Solo aparece en el registro de una oficina que tiene alquilada al nombre de su empresa, Do Santos Limited. —El Ruso hablaba atropelladamente—. Erland me dijo que el tío ese había entrado en el servidor de…

—¡Espera Ruso! —le interrumpí. Mi corazón empezó a latir con fuerza —. ¿Has dicho la oficina? ¿Le hablaste de la oficina al ronin?

—Es lo único que podía darle. El nombre y la oficina. ¿Pasa algo?

—¡Me cago en tu puta madre, Leonid!

Sin esperar su respuesta, salí corriendo del túnel con mi comunicador en la mano. Había mandado a Lauren a la oficina de Paolo sin saber que había un ronin que iba a pasar por ahí.

—¡Eh, Thompson…! —gritó el Ruso desde dentro del túnel—. ¡Lo siento, el tío es chungo de cojones!

Aunque era la primera vez que veía una pizca de humildad en el Ruso, lo ignoré por completo y marqué el número de Lauren. Andaba a zancadas camino de mi coche y no reparé en los charcos de aguas residuales que estaban manchando mis botas. Iba a llegar a La Ostra Azul hecho un cromo, pensé. Si es que llegaba. Lauren descolgó enseguida. Menos mal.

—¡Lauren, ¿dónde estás?!

—Jordi, ¿qué pasa?

—¡Dime dónde coño estás!

—En la puerta de la oficina de Do Santos. —Ya había llegado. ¿Por qué tenía que ser tan eficiente mi secretaria?

—¡Vete! ¡No entres!

—Pero ¿qué pasa?

—No hagas preguntas, ¡vete de ahí!

No me hizo caso. Escuché cómo abría la puerta.

—¡Ahhh! —gritó.

—¡Lauren!

—Estoy bien, Jordi —dijo Lauren aterrorizada—. Es ella, la chica… ¡Está muerta!

—¡Vete de ahí, por Dios! Aún puede estar dentro.

—¿Quién?

—¡El asesino, joder! Hay un ronin detrás de Paolo. Es peligroso. —Oí el ruidito de los tacones de Lauren. Corría. Por fin me hacía caso—. Sal del edificio.

—Estaba muerta, Jordi… —dijo agitada.

—Ponte a salvo, Lauren. ¡Rápido!

Durante unos segundos solo escuché la carrera de Lauren por las escaleras del edificio y su jadeo entrecortado. Al poco, entró por el

auricular el ruido del tráfico y la gente de la calle. Ya estaba fuera. No estaba segura, pero al menos ya no estaba sola.

—¿Qué has visto? —pregunté.

—La chica… Estaba en mitad de la sala, tumbada, con un corte de arriba abajo…

—Tranquila, ya ha pasado —dije para calmarla—. Siento haberte mandado ahí. Ha sido un error.

—No sabías qué había pasado, Jordi, no es culpa tuya. Estoy muy asustada.

—Yo también. El Ruso me ha dicho que un tal Erland, el ronin, le presionó para que hablara y él no pudo hacer otra cosa que darle el nombre de Paolo.

—Pero… ¿por qué?

—¡Yo qué sé! No le habló de mí, pero es cuestión de horas que haga la conexión.

—No entiendo, Jordi. ¿Qué quiere ese ronin?

—Ni idea, pero no vamos a perder el tiempo en averiguarlo. Ahora lo importante es protegernos. Vete a casa, voy para allá.

—No. Tú ve a La Ostra Azul, yo estaré bien.

—Lauren, por dios, una cosa es que mi vida esté en peligro y otra que lo esté la tuya.

—Tranquilo, de verdad. Si es cierto que ese ronin puede ser una amenaza, será mejor que no nos pille desprevenidos. Necesitamos avanzar para no perder la ventaja.

Lauren tenía razón, pero me costaba dejarla a su suerte. Si algo temo de verdad es que mi trabajo pueda hacer daño a alguien que no sea yo.

—Por lo que he visto, esa chica llevaba un rato muerta, la sangre parecía coagulada. Dudo que el asesino esté ya por aquí. No sabía que íbamos a ir. —Me sorprendió que me incluyera en la frase, nos hacía más «equipo»; esta chica estaba aprendiendo a marchas forzadas—. De momento estamos a salvo. Tú sigue con tus planes. Yo iré a casa y me encerraré en un armario.

Me gustaba su sentido del humor, que era capaz de sacar en un momento tan crítico como ese.

—Está bien. Pero ten cuidado.

—A sus órdenes, jefe.

—Espero resolver lo de La Ostra Azul enseguida. Luego me reúno contigo en tu casa.

—¿De verdad?

—Sí.

Subí a mi coche y me largué de ese vertedero. De pronto no solo me acosaban fuerzas invisibles en bosques artificiales. Un ronin psicópata entraba en la escena compitiendo conmigo por encontrar a un fantasma del que nadie sabía nada. Aceleré con fuerza. Solo quería llegar a La Ostra Azul, encontrarme con la tal Sunny y acabar con esa pesadilla de una vez.

* * *

No fue difícil aparcar el coche en los alrededores de La Ostra Azul. Es un local de alto *standing* y, aunque tiene su buena clientela, no es de esos que provocan aglomeraciones. Antes de salir del coche, me limpié las botas con toallitas abrillantadoras. Aun así no fui capaz de borrar del todo el intenso olor a aguas residuales que llevaban. Respiré hondo buscando un punto de tranquilidad después de la situación que acababa de vivir con Lauren y el Ruso y me preparé para entrar. Antes, dejé la katana en el maletero. En ningún caso, ni ofreciendo un buen soborno, me dejarían entrar con ella. No me deshice del colt en cualquier caso. Esperaba que colara.

La puerta de La Ostra Azul era tal cual la recordaba. Solo había estado una vez, con Dante y Carlos Testa, para celebrar el cumpleaños de este último. Nuestra intención era tomar una copita, pero una vez dentro… En fin, para qué entrar en detalles. La entrada recreaba una ostra gigante cuya perla era la puerta en sí. Una fantasía tan hortera como sugerente si uno pensaba en lo que se hacía ahí dentro.

—El arma se queda en la puerta —me dijo el portero cuando me dispuse a entrar. Era un hombre negro, de unos cincuenta años, pero cuadrado como uno de treinta. Una cresta roja y azul coronaba su imponente figura.

—¿Qué arma, amigo? —respondí como si no supiera de qué hablaba. Era un viejo truco: él no sabía si llevaba o no un arma, pero lo daba por hecho. Si yo trataba de justificarme, me delataba.

—¿La dejas voluntariamente o voy a tener que registrarte?

—Está bien, tú ganas. —No merecía la pena resistirse. Además, el portero parecía de la vieja escuela, sabía cómo manejarlo—. ¿Cuánto…?

—¿Vas a ofrecerme pasta? —me interrumpió.

—¿Qué te ha hecho pensar eso? —Sí, sí que iba a ofrecerle dinero, pero ahora no podía admitirlo.

—¿Hay alguna otra cosa que me puedas ofrecer si no? —me retó.

—Mi tarjeta. —Saqué mi tarjeta holográfica de detective y se la di—. ¿Qué te parece un cincuenta por ciento de descuento en mis servicios? O mejor, tarifa plana durante un año para cualquier asunto que necesites resolver.

El hombre miró mi tarjeta detenidamente como si fuera la primera que veía en su vida.

—Thompson… —leyó.

—El mismo.

—Iaquinta —se presentó—. Carlos Testa y yo trabajamos juntos hace veinte años.

—No me jodas… —sonreí con sorpresa.

—Me ha hablado mucho de ti.

—Espero que bien.

—Un bocazas, creo que me dijo que eras. —Y sonrió para dejar en suspense si era verdad o me estaba tomando el pelo—. Pasa, anda, pero como uses la fusca sales de ahí dentro con los pies por delante.

—Tranquilo, Iaquinta, solo es por precaución. —Y me dispuse a entrar.

—Ah, y lo de la tarifa plana, te tomo la palabra.

—Claro.

Sonreí y entré en el local. No había hecho una buena jugada comercial, pero al menos estaba dentro con mi pistola y con un colega de Carlos en la puerta. Dentro de lo que cabe, me sentía seguro, un poco más de lo habitual, al menos.

Crucé el local en dirección a la barra mirando a derecha e izquierda. Decenas de chicas, todas ellas de cuerpo perfecto con implantes de primera calidad y de una belleza irresistible, me siguieron con la mirada tratando de atraerme. A esas horas no había mucha clientela así que me tanteaban para que fuera el primer cliente de la tarde. Con esta variedad de oferta, en circunstancias normales hubiera tardado una hora en recorrer los diez metros que había hasta la barra, pero hoy estaba de «servicio» y quería encontrar a Sunny cuanto antes.

—Hola, guapo… —me dijo la camarera. Era joven y preciosa—. Aquí pongo copas a todos, pero si quieres pasar un ratito conmigo, subimos a la habitación y te las pongo solo para ti.

—Gracias, cielo, pero busco a alguien.

—Ah —dijo decepcionada.

—Sunny. ¿Me puedes decir quién es?

—Claro… —dijo con una sonrisa pícara y apoyando sus codos en la barra. Su escote se ofreció a mi mirada como un abismo de perdición—. Pero antes tendrás que meter algo en la hucha.

Sonreí. Me encantaban las sutilezas de las buenas profesionales. Saqué un billete de cien chinyens y lo introduje entre sus pechos.

—Gracias, guapo —dijo incorporándose—. Sunny no ha llegado aún.

—Serás… —dije desconcertado—. ¿Me avisarás cuando llegue?

La camarera volvió a agacharse para ofrecerme su escote otra vez. Ahí se perdió el segundo billete de cien.

—Claro, amor.

—Gracias. A la copa, al menos, me invitas tú, ¿no?

La chica sonrió como una manera de decir que sí.

—Whisky. Escocés.

Volvió a sonreír. De todas las bebidas que podía pedir, esa era de las más caras. Toma y daca, pensé.

Con la copa en la mano, me dediqué a esperar a Sunny mientras escudriñaba el local. Las pareces estaban cubiertas con grandes tapices rojos que cambiaban de color cuando alguien los rozaba; las luces, en forma de candelabro, simulaban pequeñas llamas con hologramas; grandes sillones servían para que las chicas se apostaran en sugerentes poses o para

que los clientes pudieran compartirlos con ellas. De fondo, una tenue música electrónica con toque *chill-out* repetía estrofas y melodías, creando la atmósfera ideal para caer en todas las tentaciones que estaban a la vista.

La camarera me dio un toque en el hombro.

—Ahí está tu chica —dijo señalándome hacia un extremo del local donde una joven acababa de entrar—. Suerte, la vas a necesitar.

Me lanzó una mirada enigmática que no supe cómo interpretar. Envidia, pensé, rencillas entre compañeras de trabajo. Dejé mi copa en la barra y fui hacia Sunny. Era un poco más baja que las demás chicas y, a pesar de que era una preciosidad, no era tan espectacular como el resto. Por su aspecto parecía que era del norte de Europa, o al menos había modificado su físico con esa opción racial: pálida y rubia, ojos claros. Algo más debía de tener, pensé, para tener enganchado a Paolo.

Me acerqué mirándola a los ojos y ella hizo lo mismo. Sentada en el butacón, serpenteó su cuerpo con un movimiento sensual, como si se preparara para recibirme. Quería convencerme de que mi encuentro con ella era solo una cuestión de trabajo, pero mi cabeza empezó a fantasear con ese cuerpo semidesnudo que me esperaba a unos metros. Sunny me miraba como si me hubiera estado esperando toda la vida. Como si fuera yo la persona que había elegido para estar con ella ese momento. Esa tarde iba a tener que hacer un gran esfuerzo para mantenerme en mi sitio, pensé.

Justo cuando iba a llegar a ella, otro cliente se interpuso entre nosotros de malas formas.

—Disculpa, jefe… —dije—. Iba yo a hablar con la señorita.

—Pues ponte a la cola. ¿Puedo invitarte a una copa, cielo? —le dijo a Sunny con un marcado acento ruso que le patinaba gracias al alcohol.

Sunny me miró arqueando las cejas. Me daba a entender que prefería estar conmigo que con esa mole de músculo y tatuajes.

—La chica prefiere estar conmigo —insistí.

—La chica prefiere estar con quien a mí me sale de los cojones. Yo he llegado primero, yo me la tiro primero, así que… ¡Largo!

—Cariño… —le dijo Sunny, que se había levantado, mientras le acariciaba el pecho—. No hace falta enfadarse… Hay tiempo para todos.

—Solo quiero hablar con ella —aclaré—. Será un momento.

—¡Que te largues, joder!

El hombre me empujó y me lanzó contra una mesita de cristal que se rompió al momento. Las chicas que estaban junto a ella saltaron de sus sillones alarmadas. Desde el suelo, sobre los cristales, pude ver cómo el hombre cogía a Sunny del brazo para llevarla hacia las habitaciones. Sunny intentaba resistirse sin parecer desagradable. Sabía que era mejor no irritar a clientes como ese.

—Vamos arriba —insistía el hombre.

—¿No quieres beber antes? Estoy sedienta —respondió Sunny incómoda.

De un salto, me levanté y de otro llegué hasta el hombre. Me planté tras él y reclamé su atención antes de darle lo que se merecía.

—Eh, amigo… —El hombre se giró y bajó los hombros para armarse de paciencia.

—¿No lo has entendido? —dijo.

—Me han quedado un par de dudas. Si fueras tan amable de aclarármelas…

El hombre soltó a Sunny, que corrió a resguardarse detrás del sillón, y levantó sus brazos para atizarme con ellos a la vez. Un detalle por su parte ya que eso me permitió agarrarle de las muñecas y, con una compleja llave de aikido, hacerle caer de espaldas sobre el suelo de forma estrepitosa.

—¿Qué tal las vistas desde ahí abajo?

El hombre, medio aturdido, se disponía a reaccionar, pero hinqué mi rodilla en su pecho y lo inmovilicé al dejarle sin respiración.

—¿Vamos a aprender a respetar los turnos? ¿O tengo que agarrarte uno de tus bracitos y partírtelos en dos?

—Su… el… ta… —consiguió decir.

—¡Thompson!

Iaquinta se acercaba a zancadas abriéndose paso entre las chicas que habían formado un corro a nuestro alrededor.

—Déjale en paz.

—Ni de coña, Iaquinta.

—Déjale, ya me encargo yo.

Iaquinta sacó su arma y disparó por encima de mis hombros dos descargas electromagnéticas que dejaron al hombre clavado al suelo. Impresionado por su puntería, me aparté levantando las manos.

—Como ordenes, jefe…

Sunny corrió a abrazarse a mí buscando mi protección. Real o fingido, el efecto de su gesto fue inmediato: hizo que me sintiera su salvador. Esa noche, esa mujer haría conmigo lo que quisiera.

—He pasado tanto miedo…

—Ya está, tranquila.

—Vamos arriba.

Miré a Iaquinta con un gesto de agradecimiento y me dispuse a salir de la sala con Sunny.

—Ya me debes dos. —Sonrió Iaquinta antes de irme. El cabrón se las sabía todas.

Nada más entrar en la habitación, Sunny se colgó de mi cuello y empezó a besarme.

—Gracias, amor, gracias… No sabía cómo quitármelo de encima…

Apenas respondí a sus besos. Quería mantenerme frío, al menos hasta que lograra lo que quería. Sunny se dio cuenta y cesó las caricias.

—¿Qué sucede?

—No he venido a esto, cielo.

Me separé de ella y avancé por la habitación. Era bastante grande, las paredes acolchadas con tela roja para amortiguar los aullidos de chicas y clientes y una inmensa cama circular en el centro. Me quité la chupa de cuero dejando el colt a la vista y me senté en el borde del colchón.

—¿Qué eres, de los de hablar? No tenías pinta —dijo algo decepcionada.

—¿Y de qué tengo pinta, si puede saberse?

Sunny sonrió con picardía y se sentó a horcajadas sobre mis rodillas.

—De que vas a hacerme muy feliz. —Y empezó a besarme de nuevo, con dulzura, despacio, deslizándose hacia mi entrepierna.

—Para —dije antes de que fuera demasiado tarde. La aparté de nuevo y la dejé sobre la cama.

—Estoy buscando a Paolo Do Santos. —Sunny arrugó la frente—. Un cliente tuyo. Tiene decenas de visitas registradas en su tarjeta de cliente.

—Paolo… —dijo haciendo memoria—. ¿Qué pasa con él?

—Ha desaparecido. Lo estoy buscando. ¿Sabes de quién te hablo?

—Puede…

Y gateando volvió a acercarse a mí. No me lo estaba poniendo fácil. Su mirada inspiraba deseo, vicio, pasión. Me levanté de la cama y retrocedí un par de pasos.

—Necesito que me hables de él. Es muy importante.

Sunny me miró decepcionada. Se estaba cansando de mí y eso era bueno. Y malo. Bueno para mi objetivo. Malo porque estaba dejando pasar la oportunidad de acostarme con el morbo personificado.

—Se enamoró de mí.

—¿Paolo?

—Llegó a venir casi cada día. Parecíamos pareja —rio—. Me dijo que iba a dejar a su mujer y a venirse conmigo. Pero luego se esfumó, como hacen todos.

—¿Hace mucho de eso?

—Dos semanas. Menos, quizás.

—¿Sabes dónde puede estar?

—Ni idea.

—¿Alguna pista?

—Cariño… Aquí se dicen muchas cosas, se fantasea. Después de hacer el amor los hombres os creéis capaces de todo y hacéis grandes planes. Pero cuando salís a la calle, volvéis a la realidad y os olvidáis de todo lo que habéis prometido aquí dentro. —Cuánta razón tenía, pensé—. Una vez, incluso me dijo que iba a poder con la misma Mitsuya, ¿te lo puedes creer? —dijo incrédula.

—¿No te dio más detalles de eso?

—Solo que tenía una reunión con no sé quién.

Sunny se cansó de hablar de Paolo y volvió a la carga. Se acercó a mí y enredó su pierna con la mía.

—¿Dijo con quién?

—Deja eso ahora. Vamos a relajarnos…

—Sunny, por favor… —insistí casi vencido.

—Déjame darte un masaje. Prometo contártelo todo mientras.

No tuve más remedio que ceder. Si no, no íbamos a avanzar. Además, no me iba a venir mal un momento de relax. Dejé que me quitara la camisa y me tumbara en la cama. Bocabajo escuché cómo se desnudaba y sentí cómo su cuerpo se pegaba al mío. Un cuerpo pequeño, cálido, suave.

—Qué cuerpo tan bonito tienes, cuánto músculo… y cicatrices —dijo Sunny mientras me besaba en la parte posterior del cuello.

—Gajes del oficio, niña. ¿Te gustan mis cicatrices?

—Me ponen muy cachondita. Son muy excitantes. —Su voz era un susurro candente.

A muchas de las mujeres que me había encontrado por el camino les chiflaban las cicatrices, como si las «marcas de guerra» fueran una señal de nuestra fuerza y virilidad. Para mí, eran un recuerdo de experiencias a vida o muerte, de momentos jodidos. De miedo. De victoria. De derrota. Por eso no me las quitaba mediante cirugía reparativa, porque formaban parte de lo que era yo como persona. De mi propio ser. Y si además eran un buen reclamo, pues mejor que mejor. Eso sí, la mayoría habían dolido un huevo.

Volví a la realidad.

—Sunny, me gustaría que me ayudaras con lo de Paolo.

—¿Qué quieres saber, amor? —me preguntó al oído.

—Todo.

Giré mi cabeza para mirarla a los ojos, pero lo único que vi fue una mascarilla que se acercaba a mi cara.

—¿Qué coño…? —logré decir antes de que Sunny colocara la mascarilla sobre mi boca y nariz y cayera, sin remedio, desvanecido sobre la cama.

Lo primero que vi cuando abrí los ojos fue luz. Una luz blanca y tan brillante que tuve que volver a cerrarlos porque no podía soportarla. Mi cabeza pesaba como si un yunque estuviera apostado contra mi sien. Tenía la boca seca y la lengua acartonada. Unos ruidos dispersos y poco claros flotaban a mi alrededor. ¿Qué había pasado? Lo último que recordaba era estar en una de las habitaciones de La Ostra Azul. Pero ¿estaba acompañado? No lo sabía con exactitud. Mi mente iba lenta y mis recuerdos eran difusos. Después de lo que pareció una eternidad, una palabra se asomó a mi consciente: «Sunny». ¿Qué cojones era «Sunny»?

Sunny…

Mujer…

Prostituta…

Traición…

Paolo…

¡DO SANTOS! De repente todo vino a mí: Carine, la investigación, el burdel, Sunny. Estaba con ella en una habitación de La Ostra Azul. Nos habíamos besado. Ella iba desnuda, me estaba haciendo un masaje… Se había tumbado sobre mi espalda, su cuerpo cálido, pequeño y juguetón apoyado contra mi lomo. Le había preguntado sobre Paolo, ella me dijo que me lo contaría todo. Me giré para mirarla y… Una máscara apareció sobre mi boca. Después, la nada. Boca arrasada, dolor de cabeza, problemas para recordar… Me había drogado con Nostrum. Seguro. Una dosis suficiente, 50 miligramos, no más. Si hubiera sido mayor, ahora no sería persona. Quería anularme pero solo lo justo para que me despertara al cabo de un par de horas. Eso era lo que calculé que llevaba inconsciente. Conocía la bajada de Nostrum y lo único que podía hacer era tranquilizarme y respirar profundamente para expulsar las trazas de la droga que aún quedaran en mis pulmones.

Al poco mi cabeza empezó a pesar menos y me atreví a abrir los ojos de nuevo. Esta vez pude ver que me encontraba en una sala bien iluminada, con una gran cristalera opaca en la pared que quedaba frente a mí. Era un sitio moderno y equipado con alta tecnología, con las paredes metálicas repletas de servidores, cables y centralitas. En el techo, una luz blanca y potente iluminaba la escena, que resultó ser muy poco tranquilizadora para mí: cuando conseguí inclinar un poco la cabeza comprobé que estaba tumbado en una camilla atado de brazos y piernas. Por su color y textura, las amarras parecían ser de grafeno con aleación de tungsteno. Última tecnología. Irrompibles ni con láser concentrado. Al menos no eran incómodas ni dolorosas, algo era algo. A mi derecha, varios tubos colgaban de una compleja máquina. Y a mi izquierda, lo más sorprendente, descubrí que no estaba solo. Siete personas más estaban en otras tantas camillas, conectados a un aparato igual al mío, y con la cara tapada por lo que parecía una máscara de respiración artificial. Yo era el único que no la llevaba.

—Ehhhshss…

Era incapaz de hablar. Mi paladar era un desierto que me imposibilitaba hacer nada que no fuera mantener la boca abierta. Si tan solo tuviera un poco de agua…

—Dadle un poquito de agua a Thompson —dijo una voz femenina.

Un hombre vestido todo de blanco entró en la sala desde una puerta automática que se abrió al lado de la cristalera. Se acercó a mí y me entregó un vaso de agua sin decirme nada. Podría llevar cualquier droga o sustancia, pero en ese momento me daba igual, necesitaba beber. Incliné la cabeza y me puso el recipiente en la boca. Fue una sensación reconfortante. Es difícil expresar con palabras lo gratificante que es saciar una necesidad básica cuando estás al límite. Después de vaciar el vaso ya me veía capacitado para hablar.

—¿Quién… cojones sois? —dije con esfuerzo.

El hombre se giró sin ni siquiera mirarme y se fue por donde había entrado. Desesperado, dejé caer de nuevo la cabeza sobre la camilla. Estaba en un sitio desconocido e indeterminado, medio drogado y atado a una camilla conectada a un extraño aparato. ¡Menuda mierda de giro había dado

mi vida! Tenía ganas de llorar y a la vez de matar al que se me pusiera por delante. Era un torrente de emociones extremas. Empecé a chillar.

—¡¿Qué coño está pasando aquí?! ¡¿Dónde cojones estáis?! ¡¡Dad la puta cara, cobardes!!

Estaba tan furioso que si me hubiera soltado de la camilla en ese momento me hubiera lanzado de cabeza contra la cristalera. Pero tenía que tranquilizarme. No iba a conseguir nada si entraba en estado de pánico. Fuera quien fuese que me había capturado, tenía la sartén por el mango. Y eso me preocupaba.

—¿A qué viene todo esto? ¿Quiénes sois? —pregunté intentando bajar un poco el tono. Pero no recibí respuesta. No servía de nada hablar, ni chillar, ni berrear. Lo único que podía hacer era pensar.

No me imaginaba por qué alguien querría secuestrarme. Mi cerebro aún no funcionaba de forma organizada, las ideas iban y venían. Tenía que focalizar, buscar algún indicio en todo lo que me había pasado en los últimos días.

«O'Callahan», me vino a la cabeza. Mi enemigo número uno. Habíamos discutido, como siempre. Le había humillado en público, como siempre. ¿Podría ser que le hubiera cabreado tanto que quisiera darme un escarmiento? Me costaba creerlo. Ese tipo era un déspota, no un psicópata. La opción O'Callahan no era creíble. La descarté de inmediato.

¿Dojima? Dante y yo acabábamos de atrapar a un directivo de la Mitsuya a través de él, un criminal de conexiones con la neo-yakuza. Dojima estaba muerto, se había suicidado delante nuestro, pero ¿y si era una *vendetta* de los neo? No tenía pinta. La situación era demasiado extraña para ser una venganza. Demasiado cuidado, demasiado elaborado: el sitio donde me encontraba, el nivel científico y tecnológico de la estancia… Los neo no eran amigos de cuidar tanto los detalles. Te ajusticiaban y fuera.

Solo quedaba la investigación del caso Do Santos. Era lo que ofrecía más elementos extraños, como este en el que me veía inmerso en esos momentos. Me había quedado encerrado en su oficina; luego me pareció ver a Vincent merodeando cerca de mi despacho; fui víctima de una emboscada en la City, yendo hacia mi cita con Carine… Muchos cabos sueltos, sí, pero ¿quién me quería encerrado ahí? ¿Y por qué? ¿Quién coño

eran las otras personas que estaban en la sala? ¿Víctimas cómo yo? ¿Investigadores? ¿Cobayas? ¿Iban a experimentar con nosotros? ¿A vender nuestros cuerpos u órganos?

¿Voy a morir?

Todo era demasiado complicado y me faltaban datos, pero aun con todo el caos mi intuición me decía que todo estaba relacionado con la investigación que me encargó Carine. No podía ser otra cosa. Demasiadas coincidencias, demasiados incidentes en pocos días. ¿Me estaría acercando a alguien o a algo importante? No tuve tiempo de hacerme más preguntas. Todas mis dudas se despejaron en ese mismo instante.

—Jordi, quiero que me escuches y te calmes —resonó una voz familiar en la sala.

La cristalera se hizo transparente y la vi. Carine da Silva. Esto superaba todas mis expectativas. ¿Qué hacía Carine ahí? Estaba noqueado. No podía articular palabra.

—No queremos hacerte daño. Todo esto es por tu bien y por el bien de todos —dijo con voz calmada y dulce.

No me lo podía creer. Ahí estaba ella, con su habitual mono de neopreno ceñido —esta vez de color negro—, de pie, mirándome con suficiencia y orgullo. La misma mujer que unas horas antes estaba en mis brazos. La misma por la que había sentido pena y empatía. Con la que, pensaba, había conectado como hacía años que no me pasaba. Había sido engañado. Me la había jugado y me tenía a su merced.

—¡Maldita zorra!

Carine bajó la mirada dispuesta a aceptar el chaparrón que se le venía encima.

—¿Era todo una trampa? —Carine no contestó ni me miró—. ¿El caso, tu marido, su desaparición…?

En cuanto empecé a enumerar me di cuenta de la dimensión del engaño del que había sido víctima. Por un momento me sentí humillado, pero tenía tanta rabia que no me dio tiempo a sentirme ridículo.

—¿Cómo has podido, Carine? —dije, incapaz de comprender—. ¿Por qué?

—Lo siento, Jordi…

—¡Me preparaste una puta trampa desde el primer momento! —la interrumpí—. ¡Si lo llego a saber te hubiera pegado un tiro en cuanto apareciste por la oficina! ¡Puta embustera!

Me agitaba y pataleaba bajo mis amarras. Mi cuerpo quería liberarse, necesitaba soltar toda la ira, descargar la furia contra alguien, contra algo, lo que fuera.

—Entiendo que me odies y que estés enfadado. Yo en tu lugar estaría igual —dijo antes de mirarme—. Pero te prometo que no queremos hacerte daño.

—¡Ya me lo has hecho!

—Esta vez tienes que confiar en mí —dijo con frialdad mientras se sentaba en una silla acolchada.

—¿Estás de broma? ¿Me estás pidiendo de verdad que confíe en ti después de atacarme, de drogarme, de…? —dije mascando las palabras con puro odio.

—Era necesario, Jordi —me interrumpió—. Sé que no he actuado bien, pero si te hubiera contado la verdad nunca me habrías creído.

Su tono ya no era tan seguro como antes. Empezaba a justificarse. Me pareció, incluso, detectar cierta culpa.

—¿La verdad? ¿Qué verdad? La única verdad es que me has engañado.

—Todo tiene una explicación, créeme —dijo suplicante. Como había intuido, se sentía mal por todo lo que estaba pasando y lo que estaba haciendo.

—Pues estoy deseando escucharla. Suéltame y hablemos.

—No puedo arriesgarme, no sé cómo reaccionarías —dijo tensa.

—Tranquila, si me sueltas y te portas bien a lo mejor te vuelvo a follar como anoche. ¡Que todos los que están aquí te oigan chillar!

Lo dije para herirla, para hacer el mayor daño posible. Y lo había conseguido. Aun estando detrás de la cristalera y a cierta distancia, pude ver cómo Carine se ruborizaba. Si la descentraba tendría alguna posibilidad de actuar.

—Y también podrías traer a la puta de Sunny, que al tercer polvo ya me tenías aburrido. Tanto cuerpo y tan poca pasión… —Desde luego era mentira, pero esa era mi estrategia.

—Jordi… —respondió tratando de recuperar la compostura—. No sé si entiendes la situación en la que te encuentras. Estás atado, drogado, sin capacidad de reacción. —Subrayó las palabras, que me sonaron afiladas como cuchillos, para marcar bien su territorio—. No te conviene hacerme enfadar. *Hacernos* enfadar —remarcó con énfasis.

—No me das miedo, Carine. Si hubieras querido matarme ya lo habrías hecho.

Esperaba tener razón. Estaba en el típico momento en el que lo que uno decía no siempre concordaba con lo que se pensaba de verdad.

—Algo quieres… *queréis* de mí —enfaticé con retintín—. Así que vamos a dejar ya esta mierda y a poner las cartas sobre la mesa de una puta vez.

Carine se levantó de nuevo, fue hasta un extremo de su receptáculo y pareció hablar con alguien que estaba fuera de mi vista. Lo que hubiera dado por estar liberado. Uno de mis profesores de la academia de policía decía que en situaciones límite teníamos que ver siempre el vaso medio lleno, que todo tenía un lado positivo. ¡Y una mierda! Hay momentos, como ese, en los que el vaso está roto y por mucho que se llene el agua se escapa por todos lados. Aun así, dentro de lo malo, aún estaba vivito y coleando. Podía, debía, revertir lo que estaba pasando. Además, Carine no se mostraba todo lo beligerante que podría ser. Quizás no mentía del todo…

Carine.

La muy zorra de Carine.

Me sentía tan estúpido, tan crío. ¿Cómo pude caer en una trampa tan evidente? La típica *femme fatale* que viene a mi oficina desesperada y desamparada. Tendría que haber aprendido de las películas de Humphrey Bogart y no cegarme por una atracción ridícula. Y aun en esa situación, engañado y atrapado, una parte de mí se negaba a pensar que ella me había traicionado. ¿Qué demonios eran esas máquinas? ¿Por qué Carine hablaba en plural? ¿Quiénes eran *ellos*?

Su voz interrumpió mis pensamientos.

—Jordi, me siento mal por lo que te he hecho y por lo que te estoy haciendo pasar, pero lo que está en juego es mucho más que tú, que yo o que nuestra relación. Está en juego el futuro de todo —dijo Carine, que se

sentó otra vez—. No soy tu enemiga, de verdad, y lo único que quiero es que todo esto acabe bien. Todo este montaje ha sido por tu propio bien.

No quise discutir, no me quedaban fuerzas para ello. En esos momentos solo quería entender lo que estaba pasando.

—¿Quiénes son estas personas? —pregunté atropelladamente señalando con la cabeza a mi izquierda—. Las máquinas a las que estamos conectados, ¿qué son? Si no eres mi enemiga, dame alguna respuesta. ¡Demuéstramelo!

Carine pareció sopesar mis palabras, cerró los ojos y al cabo de unos segundos los abrió de nuevo.

—Somos un grupo clandestino llamado Makis. Estos que ves aquí son algunos de nuestros miembros. —Se levantó agitada—. Hoy es un día muy importante, no tan solo para los hombres y mujeres que forman nuestro pequeño grupo, sino para toda la humanidad. —Levantó las manos de forma casi mesiánica—. Llevábamos mucho tiempo buscándote, Jordi Thompson. Aunque para nosotros siempre fuiste… el Sujeto 21.

Sujeto 21. Nunca en mi vida había escuchado ese término para referirse a nada, y mucho menos a mí.

—¿Sujeto 21… Humanidad? ¿De qué coño hablas, Carine?

—Dentro de muy poco lo entenderás. Desde que te detectamos fuiste extremadamente complicado de atrapar. Cómo escapaste del servidor Mitsuya, que nuestro propio ingeniero estrella había diseñado, fue una prueba de habilidad inaudita. Superar una seguridad de nivel 14R, la más alta que existe sin matar al navegante… —pareció hablar para sí misma—. Impresionante, realmente impresionante. Vincent no se lo creía.

—¡Espera! ¿Vincent McMillan? ¿El supuesto socio de tu «marido»? ¿Ese idiota es el jefe de todo eso?

Esto sí que me superaba. Resultaba que Vincent, el que menos pinta tenía de estratega, estaba detrás de todo eso. Las apariencias no valen una mierda, pensé. Y me vendría bien recordarlo. Si salía de esta con vida, claro.

—¿Vincent, el jefe? —Carine estalló en una carcajada—. No, él no es el que manda, pero su papel es casi tan importante como eso. Vince es nuestro diseñador, nuestro jinete, investigador y científico jefe. Detrás de esa pinta

desgarbada y cobarde se encuentra el mayor cerebro que conocerás en tu vida. —«Red estaría en total desacuerdo», pensé—. Él diseñó el servidor de la Mitsu en el que buscasteis al asesino de prostitutas y así te encontramos después de buscarte durante años. También ha diseñado todos los artilugios que ves en esta sala, entre los cuales está el *BrainWorld*.

—¿*Brain*… qué? —¿Dónde cojones me había metido?

—*BrainWorld*, un sistema que crea una representación virtual de tu cerebro, tu psique. Explicado de una forma muy simple para que puedas entenderlo. —Percibí su prepotencia con tanta intensidad como el aroma a lavanda la primera vez que me acerqué a ella.

—Seguramente, Carine… —dije resentido—, podría darte clases de física y neurociencia aplicada, pero este no es el momento. —La verdad es que solo tenía nociones básicas, pero no iba a dejar que esa zorra se pusiera por encima de mí. Al menos, no en ese sentido—. ¿Y qué queréis hacer con todo esto?

—Necesitamos comprobar que tienes algo en tu cerebro… Y si está, como creemos, borrarlo para siempre.

Sus palabras fueron como si una pesada campana me golpeara la cabeza con fuerza. ¿Querían indagar en mi cerebro, en mis recuerdos, en mis conexiones neuronales? ¿Pero qué demonios podía tener yo ahí para que alguien se gastara miles de chinyens en encontrarme? ¿Iban a dejarme lisiado?

—¡Eh, eh, eh…! ¡Un momento, Carine! ¡Un momento! ¡En mi cabeza, no! ¿Os creéis alguna clase de putos genios locos o qué? —Mi corazón galopaba desbocado mientras decía todo eso—. No podéis hurgarme el cerebro como si fuera una rata de laboratorio.

—Jordi… —Carine me miraba mientras jugaba con un pad de datos en sus manos—. En el *BrainWorld* lo entenderás todo, Vince mismo te lo explicará cuando estés dentro. Estarás acompañado de siete hombres muy capaces, los que ves a tu lado, que cuidarán de ti. Ahí verás cómo ni yo soy tan malvada ni tú tan insignificante. En la representación virtual de tu mente buscaremos algo que podría destruirnos y que debemos extirpar de raíz. —Cogió un pinganillo que se introdujo en la oreja derecha—. No hay tiempo para más. Aunque dentro no esté contigo, lo estaré viendo todo. Tranquilo,

estás en buenas manos. No deseo que te pase nada y eso te lo puedes creer al cien por cien.

—¿Pero de qué coj…?

No tuve tiempo de decir nada más. Una correa fijó mi cuello y en menos de un segundo lo que imaginaba que era una máscara respiratoria cubrió mi rostro. Mis pensamientos se tornaron en una vorágine de imágenes y recuerdos. Mi niñez, amigos, aventuras, relaciones, mi «hermano» Dante, mi fiel Lauren… Pero por encima de todo, la imagen de Carine destacaba. Una imagen que iba asociada a una palabra: «venganza».

Con este pensamiento sentí el *conergasmo* y perdí la consciencia.

* * *

Erland cruzó el comedor sin mirar a los lados. No le hacía falta, sabía lo que iba a ver: ejecutivos de la City, solos o en grupo, sentados ante mesas repletas de comida; chicas, la mayor parte de ellas tan modificadas que parecían esculturas andantes, sentadas junto a ellos; camareros yendo y viniendo sirviendo platos y fuentes sin parar… El Red Globe Dragon era el único restaurante con Open License *de todo Tokyo. El único legal, al menos. No solo se podía comer y beber hasta reventar. También se podía hacer todo aquello que el instinto más profundo del ser humano quisiera llevar a cabo. Siempre que se pudiera pagar. Y la clientela que lo frecuentaba podía. Desde luego que podía. Eran los hombres más ricos de la ciudad.*

Erland cruzó el comedor con paso firme y sin desviar la mirada del fondo. Quería demostrar seguridad, justo lo que no tenía en ese momento. Sabía que Kiryu le iba a exigir resultados y no los tenía. Una vez más, se presentaba ante él con las manos vacías. De nada había servido enfrentarse a diez kazamas en el Coliseo clandestino del Suburbio 13 y acabar con todos ellos. De nada había servido asesinar a la secretaria de la oficina de Paolo Do Santos. Nada calmaba su frustración. Era incapaz de encontrar consuelo a la confusión en que se hallaba. No sabía cómo interpretar las últimas palabras que pronunció la pobre chica antes de que su katana cruzara su cuerpo de arriba abajo: «Paolo Do Santos no existe».

Cuando terminó de cruzar la enorme sala repleta de ejecutivos y chicas de compañía, una vez se impregnó de todos los aromas de la cocina china que ahí se servía, se detuvo un instante antes de cruzar la puerta del reservado donde le esperaba Kiryu. Le pareció escuchar unas risitas al otro lado; una copa que se caía y se rompía; más risitas. Respiró profundamente y entró.

—¡Erland, amigo! —le recibió Kiryu. Había bebido y Erland no sabía si eso era bueno o malo—. Siéntate con nosotros.

—Estoy bien así. Gracias.

—¿Vas a rechazar mi muestra de hospitalidad? —dijo Kiryu ofendido. Las chicas enmudecieron, expectantes a lo que pudiera pasar—. ¿No te gustan? ¿Quieres que pida otras chicas para ti?

Erland le sostuvo la mirada en silencio. No pretendía retarle, pero no sabía qué terreno estaba pisando en esos momentos. No sabía si tendría que enfrentarse al hombre más poderoso de Tokyo.

—Te lo agradezco, Takeshi Kiryu, pero no quiero sentarme en tu mesa. No, cuando no soy digno de tu amabilidad.

Las chicas se encogieron en sus sillones y se miraron en silencio. Estaban acostumbradas a momentos de tensión, por el Red Globe Dragon pasaban los hombres más importantes de la ciudad y ahí se cerraban importantes negocios. Pero nunca habían visto a uno de ellos retando a un ronin armado hasta los dientes.

—¿Sabéis, chicas? —dijo Kiryu posando cada una de sus manos sobre sus muslos desnudos—. Este hombre que tenéis delante, este viejo ronin es la persona más íntegra, más leal y más valiente que vais a conocer jamás.

Las chicas miraron a Erland cohibidas. Un halago así podía ser tanto una exaltación de sus virtudes como la última frase que el verdugo pronuncia antes de ajusticiar a la víctima.

—Pensáis: «ha despreciado su generosidad, no ha querido compartir el mantel con él…». No. No se siente digno. No ha hecho su trabajo. Y se castigará una y otra vez hasta que cumpla con lo que ha prometido. ¿Es o no es un acto de grandeza?

Las chicas asintieron por no llevar la contraria. Nada hacía pensar que Kiryu no iba a acabar con la vida de ese ronin ahí mismo. O que iba a ser Erland quien fulminara a su cliente. Y ellas estaban demasiado cerca de él.

—¿Tengo razón, amigo Erland?

—No he venido aquí a hablar de mí.

No era la mejor respuesta, pensaron las chicas a la vez. No era lo que su cliente esperaba escuchar. Pero respiraron un poco cuando Kiryu puso sus manos sobre la mesa y sonrió. Las manos a la vista eliminaban la posibilidad de que sacara un arma. La sonrisa, la posibilidad de que la ejecución, si la había, fuera a producirse en esos instantes.

—Ya lo veis. Honesto, humilde… —Miró hacia el techo, buscando la frase que quería decir a continuación—. Dirijo Mitsuya, soy tan poderoso que hasta vuestras vidas me pertenecen. Cualquier decisión que tome en mi despacho puede cambiar vuestra existencia. Enfermáis y pensáis que sois víctimas de una epidemia; una ola de delincuencia asola vuestro suburbio y creéis que una banda de asesinos quiere instalarse ahí; llueve durante semanas, se inundan vuestras casas, y pensáis que el destino os está jugando una mala pasada. Creéis que el azar existe y que esta vez os ha tocado a vosotras. Pero no. —Kiryu se quedó mirando a una de las chicas, que estaba a punto de echarse a llorar—. El destino no existe. El destino soy yo.

Kiryu posó su mirada de forma lenta pero firme en Erland.

—Y dentro de poco ni siquiera tendré que decidir sobre vuestras vidas. No tendré ni que mirar vuestras pequeñas existencias desde el ventanal de mi despacho para saber cómo hacer bailar a vuestras almas. Dentro de poco tendré lo que llevo buscando desde hace años. Y este hombre, este buen ronin honesto y humilde es quien me lo va a traer.

Kiryu se calló sin dejar de mirar a Erland que, con la solemnidad propia de un samurái, descolgó su katana y se la ofreció a su interlocutor.

—He fallado, Takeshi Kiryu. No he sido capaz de encontrarlo, no puedo decirte dónde está el hombre que lleva dentro eso que tanto desea tener. Te ofrezco mi katana, símbolo de todo lo que soy.

Las chicas dieron un respingo e hicieron el intento de levantarse. Un arma, la espada del ronin entraba en escena, era el momento de desaparecer.

—¡No os mováis! —ordenó Kiryu—. ¿No os dais cuenta de que estáis presenciando uno de los momentos más grandes que veréis jamás? —Las chicas no tuvieron más remedio que permanecer sentadas—. Viejo ronin… No quiero que me ofrezcas tu katana.

—No puedo ofrecerte otra cosa. Acéptala como muestra de humildad.

Kiryu lo miró serio y en silencio. Erland esperó su veredicto alzando aún más la katana frente a él, pero antes de que Kiryu abriera la boca, un camarero irrumpió nervioso en la sala. Las chicas lo

miraron como quien mira a su salvador.

—¡No queremos más comida! ¿No ves que estoy ocupado? —gritó Kiryu.

—Disculpe, señor… —dijo el camarero inclinándose una y otra vez—. Creo que debe saber una cosa, es importante…

—¿Más que la dignidad de este ronin? —dijo señalando a Erland.

—No lo sé, señor, pero hay un gran revuelo en el comedor y es sobre su corporación.

Kiryu consideró por primera vez las palabras del camarero.

—¿De qué estás hablando?

—Si me permite, creo que es mejor que lo vea usted mismo.

El camarero posó un miniproyector en la mesa y extendió la pantalla transparente con un gesto con la mano. Al instante apareció la emisión de las Breaking News que se estaban emitiendo en directo desde la puerta principal del edificio de Mitsuya. Kiryu ensombreció su gesto y se removió en el sillón.

—… estamos a la espera del Inspector Jefe de la Policía de Tokyo para informar sobre esta sorprendente detención. —Una periodista hablaba a cámara nerviosa, consultando su pad sin parar —. Como venimos contando, un directivo de Mitsuya, una de las dos grandes corporaciones de la ciudad junto con Distronic, ha sido detenido acusado de sustraer fondos y usar el aparato tecnológico de la empresa para realizar diversos actos delictivos entre los que destacan el asesinato de varias prostitutas…

Kiryu miró a Erland. Con un gesto, no exento de complicidad, le pidió que bajara la katana. Erland obedeció. Las chicas respiraron tranquilas.

—¿Crees que es el hombre que buscamos? —preguntó Kiryu.

—No. Creo que lo es quien lo encontró.

Kiryu lo miró con los ojos muy abiertos.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí, todos!

Kiryu agitó los brazos para que las chicas y el camarero desaparecieran del reservado. Una de las chicas y el camarero no tardaron ni un segundo en hacerlo. Pero la otra, al ver que todo volvía a la calma, se resistió a salir.

—¿No quieres un poco de relax ahora que todo se ha arreglado? —dijo alargando su mano hacia su entrepierna.

—¡He dicho todos! —Y le soltó un bofetón con tanta violencia que la chica saltó del sillón y se estampó contra el suelo. Erland se agachó para levantarla.

—No conviene llevar la contraria a Takeshi Kiryu, nena —le susurró.

La sangre que brotaba de su nariz no le dejaba llorar. Mucho menos, hablar. Tambaleándose, salió del reservado.

—¡El inspector jefe O'Callahan acaba de salir del edificio! —anunció la periodista—. Le escuchamos…

Kiryu y Erland miraron a la pantalla. O'Callahan hablaba con seguridad y aplomo. Era un hombre disfrutando de su momento.

—… Sin duda estamos ante uno de los casos más complejos al que se ha tenido que enfrentar el cuerpo de policía de esta ciudad, tanto por la dimensión del crimen como por la identidad del asesino…

—¿O'Callahan? —preguntó Kiryu incrédulo—. Le conozco y es un pobre desgraciado. Un borracho engreído. No es de los que bajan al fango.

—Espera… —respondió Erland señalando en la pantalla a Dante, que estaba junto a O'Callahan—. No está solo.

—… gracias a la labor de coordinación que he llevado a cabo, hemos podido infiltrarnos en un servidor pirata y encontrar ahí la información necesaria para conocer la identidad del asesino…

Erland miró a Kiryu y sonrió. Sabía que estaban a punto de escuchar lo que querían oír.

—… el agente Dante Angelo, que arriesgó su vida entrando en una RV tan desconocida como hostil…

—Dante Angelo —repitió Erland.

—¿Es él?

—Nuestros firewalls lo detectaron cuando entró. Solo puede ser él.

—¿El portador?

—El sujeto 21 —afirmó Erland.

Kiryu apagó el pequeño proyector y la imagen de las Breaking News se desvaneció.

—Así que se trataba de un simple agente de policía —dijo frotándose la barbilla—. ¿Era tan sencillo como eso? Dime que no, Erland.

—Yo diría que era eso. Sencillamente.

—¡¿Y siendo tan simple has sido incapaz de descubrirlo?!

Erland no contestó. Saber quién era el Sujeto 21 que tanto tiempo llevaban buscando, ese que había puesto en guardia a los ejecutivos de Mitsuya que aprobaron el Operativo 21, no tapaba su error. Pero en esos momentos ya no sentía el impulso de hincar la rodilla ante Kiryu. Sabía que podía arreglar las cosas y demostrar que seguía siendo quien nunca había dejado de ser. Una explosión de orgullo invadió su interior.

—¿Cómo iba a relacionar la presencia del Sujeto 21 en la RV de Mitsuya con una investigación policial? ¡Hay cientos de ellas en Tokyo!

—No me gustan las personas que ponen excusas.

—A mí tampoco. Pero encontrar a este hombre era como buscar una aguja en un pajar.

—Como buscar a Paolo Do Santos —dijo con sorna.

—Una pista falsa. Un fantasma, siempre lo sospeché.

Erland vio en su cabeza el cuerpo de la secretaria de la oficina cayendo al suelo después de poner sus ojos en blanco tras recibir la caricia de su katana. Una muerte inútil. No quería volver a cometer un error como ese. Por eso sacó su pad y tecleó «Dante Angelo». Erland tenía acceso a numerosas bases de datos, las buenas, las de los Data Dealers y hackers que tenían su propio stock de información confidencial para vender o negociar si en algún momento lo necesitaban. No dudaba de que ahí encontraría información sobre el tal Angelo, más siendo policía.

—Aquí lo tengo —le dijo a Kiryu—. Dante Angelo, treinta años, huérfano, primero de su promoción en la academia de policía… Varias menciones al mérito y al valor… Y lisiado —dijo mirando a Kiryu.

—¿Lisiado? Pues yo le acabo de ver con todos sus miembros bien puestos.

—Según su información médica, el sistema nervioso de Dante no le permite incorporar implantes a su cuerpo, solo algunos de menor potencia. Y tampoco entrar en la RV. —Volvió a mirar a Kiryu—. No es nuestro hombre.

—¡Mierda! —dijo Kiryu estallando una copa contra la puerta.

—Pero él puede llevarnos a la persona que entró.

—Más te vale, Erland —dijo conteniendo su furia.

—Le tenemos, Kiryu, es cuestión de horas. En este pad tengo la información suficiente como para hackear cualquier código de la policía y llegar hasta Angelo. Él nos dirá quién es el portador.

—Eres mi mejor hombre, Erland —dijo Kiryu de forma pausada—. Pero no voy a tolerar otro fallo.

—No lo habrá —respondió Erland con aplomo. En esos momentos sabía que lo tenía todo en su mano para resolver ese asunto de una vez. Era el momento de irse. El momento de terminar el trabajo y así poder cumplir con su misión. Inclinó la cabeza y salió.

Kiryu sonrió victorioso. Su objetivo estaba cada vez más cerca. Pronto, muy pronto, tendría en sus manos el poder que le había sido arrebatado a los suyos, a su estirpe, hacía más de doscientos años. Pronto, el destino de la humanidad volvería a estar en manos de quien nunca lo debió perder.

—¡Camarero! —gritó.

Al segundo, el camarero entró apurado.

—Sí, señor.

—Dile a las chicas que vuelvan —ordenó—. No, mejor solo llama a una. A la de la nariz rota.

—Señor… La chica no está ahora en disposición de…

—¡He dicho que la traigas!

—Sí, señor. Como desee.

El camarero salió en busca de la chica herida y Kiryu miró su propio reflejo en los espejos que rodeaban los sillones. Sonrió. Era la viva imagen del poder.

4

No sabría decir cuánto tiempo pasé fuera de combate, pudo ser tanto un microsegundo como seis años. Cuando reaccioné me encontraba de pie en mitad de una enorme biblioteca clásica de dos plantas. Nada de pads de datos, solo miles de libros repletos de páginas amarillentas que se apilaban en cientos de estanterías de madera. El lugar parecía sacado de un cuento de literatura medieval, algo fascinante. Me sentía cómodo ahí, como si fuera un hábitat natural para mí.

Al mirarme, vi que iba vestido con una camiseta de tirantes blanca ceñida, unos vaqueros desgastados y calzado deportivo, una de mis combinaciones preferidas. A lo lejos, en uno de los extremos de la planta baja que hacía las funciones de sala de lectura, un grupo de personas esperaban sentados en torno a una gran mesa. Uno de ellos, el más alto, levantó la mano y me hizo señas para que me acercara. Empecé a andar y, para mi sorpresa, me sentía ágil y fresco como una rosa. Ni rastro de sequedad en la boca, ni fatiga, ni dolor. Me sentía mejor que nunca, lo que era increíble y aterrador a la vez. ¿De verdad estaba dentro de mi cabeza? ¿O era ese otro de los juegos macabros de Carine? Todo podía ser, incluso uno más de mis extraños sueños. Aunque esta vez era demasiado real, demasiado palpable para tratarse de eso. A falta de respuestas, lo único que podía hacer era acercarme al grupo que me esperaba en torno a la mesa.

—Bienvenido, Thompson. —El hombre alto que me había hecho señas me daba la bienvenida. Y lo conocía, joder si lo conocía.

—El puto Vincent *McMierder*. ¿No vas a salir huyendo con el rabo entre las piernas esta vez? —dije intentando provocar algún tipo de reacción por su parte. Me moría de ganas de partirle la cara a alguien, aunque todo fuera una simulación.

—Mejor llámame Vincent a secas, gracias —dijo sin perder la compostura, obviando mi provocación—. Thompson, o Jordi, si me

permites el trato, me gustaría explicar…

—¡No te lo permito! —interrumpí de forma brusca—. Y más vale que tus explicaciones sean creíbles o estoy dispuesto a arrancarte la cabeza ahora mismo.

No deseaba hacer otra cosa; era consciente de que se suponía que todo aquello estaba dentro de mi cabeza, como también lo era de quese trataba de una RV desconocida donde, sin la guía de Red, tenía todas las de perder. Me costaba reconocerlo, pero en esos momentos echaba de menos a ese adolescente pajillero. Especialmente cuando, al amenazar a Vincent, todos los presentes, que hasta ese momento estaban centrados en un complejo mapa que había encima de la mesa, giraron su cabeza hacia mí. Un par de ellos incluso se acercaron amenazantes.

—¡Chicos! —Vincent los calmó con la mano—. Calma, por favor. Ni el señor Thompson ni nadie va a utilizar la violencia aquí. ¿Verdad, Thompson?

—Pues depende —dije conteniendo la ira—. No estoy lo que se podría decir contento. Me habéis engañado y utilizado como si fuera un necio cualquiera. Me he jugado la vida para solucionar un caso que era falso y que solo servía para llevarme a vuestro laboratorio de mierda, donde queréis indagar en mi cerebro. Como ves, Vincent, tengo motivos para estar *muy* cabreado.

Miré desafiante tanto a Vincent como a los demás. Una sola chispa hubiera sido suficiente para que mi demonio interior se desatara.

—Thompson, todo lo que hemos hecho ha sido por una buena razón. No somos criminales ni tenemos ninguna mala intención contigo —dijo Vincent.

—Claro, drogarme, atarme y raptarme es una muestra de buena voluntad de puta madre.

—Las formas tal vez no han sido las mejores, lo reconozco, pero eres difícil de atrapar y había que hacerlo de manera que no sufrieras ningún daño.

—Y atacarme en un bosque a oscuras es un buen ejemplo de ello —repliqué con ironía recordando el incidente que sufrí en la City.

—Estaba todo medido al milímetro, te lo puedo asegurar. En cuanto te atrapáramos te íbamos a sacar de la City en un aerodeslizador médico con todas las garantías.

—Después de dejarme a oscuras y dispararme a traición balas tranquilizantes —concluí—. ¿Ves? Esas son el tipo de cosas que me dejan más tranquilo. Como lo de encerrarme en esa puta oficina a más de cincuenta grados. ¿No sabéis que casi me provocáis un fallo multiorgánico?

—Era un riesgo, pero nos pillaste desprevenidos y teníamos que retenerte de alguna manera.

—¿No sabíais que iría a la oficina? —pregunté incrédulo.

—Sí, pero no esperábamos que tan pronto. Aun así no llegamos por poco. Si no llegas a romper la puerta…

Recordé lo que sucedió después, el flirteo con Martina. Ahora estaba muerta.

—Pues la tontería de la oficina falsa le ha costado la vida a una de las vuestras.

Vincent no mostró el más mínimo dolor, pero pude ver cómo uno de los miembros del grupo moqueaba detrás de él. Alguien a quien la muerte de la chica le afectaba.

—También la de unos cuantos más. Recuerda a cuantos te cargaste en el bosque nórdico.

Sí, era cierto, pero yo me estaba defendiendo de lo que creía que era un ataque.

—Hubiera sido mejor que me pegaras un tiro en el callejón del Mercado Bajo de Tokyo cuando me estabas siguiendo. Hubiéramos acabado antes.

—No, no estábamos preparados. Ahí solo te vigilaba.

—O atraparme en casa de Carine.

—Nunca pensamos que fueras a llegar. Y después de escapar del bosque nuestro equipo estaba de retirada. Carine te retuvo todo lo que pudo, pero no nos dio tiempo a reorganizarnos.

Recibí la información de Vincent con una punzada en el corazón. Así que Carine solo quería retenerme. Me costaba creerlo. Conozco bien a las mujeres y esa noche Carine no estaba interpretando.

—Solo pudimos preparar lo de la tarjeta de La Ostra Azul y lo de Sunny —dijo con una sonrisa maliciosa—. Nunca quisimos hacerte daño, Thompson, pero no podíamos arriesgarnos a acercarnos a ti tal cual y pedirte de buenas que vinieras. No podíamos permitir que nos rechazaras, ponerte en guardia y que aún fuera más complicado traerte hasta aquí. La única opción era montar una mascarada, un teatro en el que bajaras la guardia y nos resultara más fácil atraparte.

—¿Y por qué yo? ¿Qué tengo de especial, además de mi indudable atractivo? —Aun en momentos como ese no perdía el sentido del humor.

—Yo soy diseñador, ingeniero y jinete de datos, el mejor de esta ciudad. —El orgullo supuraba por cada uno de los poros de Vincent mientras decía esas palabras.

—No estaría tan seguro de eso, amigo —puntualicé pensando en Red. Pero Vincent no cayó en mi provocación.

—He trabajado durante muchos años infiltrado en Mitsuya como uno de sus desarrolladores de RV principales. Yo diseñé el servidor donde tú entraste hace unos pocos días, así como la seguridad que pudiste ver. —Recordaba esa seguridad, la que casi me mata. Un punto más para odiar a Vincent—. En cada uno de los servidores que creaba, ya fuera para la Mitsuya o para otros clientes, adjuntaba un pequeño algoritmo para poder encontrarte. Por supuesto, un algoritmo secreto que solo un genio como yo es capaz de hacer y descifrar.

—Para el carro, Einstein. —Su soberbia me estaba sacando de mis casillas—. Si podías hacer un algoritmo karpiano para que me detectara, es que sabías quién era. Debías tener mi código genético. ¿Por qué no buscarme de una forma más fácil?

Vincent pareció sorprendido. Seguramente no se esperaba que tuviera unos mínimos conocimientos de programación. Cómo me gustaba sorprender a un esnob como él.

—Veo que no eres tan tonto como aparentas —dijo Vincent con una media sonrisa.

¡Esto era justo lo que esperaba! Me abalancé sobre él, lo agarré por la solapa de su larga americana y lo estampé contra una estantería repleta de libros de ciencias políticas. A continuación, sin darle tiempo a reaccionar, le

propiné un puñetazo que lo lanzó al suelo con estrépito. Cuando iba a levantarlo para seguir con mi festín, varias manos me agarraron y me tiraron hacia atrás.

—¡Dejadlo! ¡Es una orden! —dijo desde el suelo—. Mi intención no era provocarte, disculpa si te he ofendido. —Se empezó a levantar mientras se palpaba la mandíbula—. Pegas fuerte, Thompson.

—Y aún puedo hacerlo más. Si quieres, puedo probarlo con cualquiera de estos matones baratos que te acompañan —dije mientras me acababa de soltar de ellos.

Hay quien dice que la violencia no libera tensión. Se nota que pocas veces han estado tensos.

—No son matones, son los mejores hombres de nuestra organización.

Vincent se irguió y se recolocó su americana.

—Déjame que te los presente. Este es Aoki, nuestro mejor soldado —dijo señalando a uno de los hombres que me había agarrado, ahora junto a Vincent. Me miraba con el cejo fruncido—. Te cargaste a un par de sus hombres en la emboscada, él mismo lo presenció.

Aoki era un hombre no demasiado alto, pero sí muy robusto. Llevaba un chaleco negro sin mangas. Sus brazos eran implantados y dorados. Si no me equivocaba, formaban parte del nuevo set de Distronic: D34. Carísimos y extremadamente resistentes. Aunque el hecho de que fueran dorados me parecía una muestra de vanidad no demasiado inteligente a nivel táctico. ¿Otro gilipollas con ínfulas de protagonismo?

—No me gusta matar a nadie —me justifiqué—. No soy un asesino y no lo disfruto. Si hubiera podido, lo hubiera evitado. Pero en esa situación no me quedaba otra que defenderme.

Era la verdad, pero tampoco soy gilipollas; este es un mundo de pura supervivencia. No siempre tienes elección. Y a mí me encanta vivir.

—No te preocupes —dijo Aoki con una voz grave y armoniosa que me sorprendió—. Respeto lo que hiciste, no hay más que hablar. —Y se dio la vuelta para continuar mirando el mapa que había en la mesa.

No tuve otra que retirar mentalmente lo de «gilipollas con ínfulas de protagonismo». Aoki me transmitió más serenidad que todos los demás

juntos. Vincent asintió y caminó hacia dos chicos que estaban hablando en voz baja.

—Estos dos son Jimmy y Billy, gemelos y equipo de infiltración. No te confundas con sus pintas, podrían colarse en un tren supersónico en plena marcha sin inmutarse.

«Billy y Jimmy». ¿Eran alguna especie de dúo artístico? La advertencia sobre su facha les venía que ni pintada ya que su aspecto era el de dos niños de no más de trece años. Sus ojos brillaban con un reflejo metálico, no dudé que eran unos *shinco*, prótesis que contaban con *zoom* óptico, funciones de infrarrojos, detección de calor y seguimiento. Una virguería, si no te importaba que tu mirada diera grima de por vida.

—Niños —pregunté con sorna—, ¿os dejan vuestros papis salir hasta tan tarde? A ver si os van a dejar sin postre.

—Tienes mucha suerte de que Carine haya insistido en que nadie te haga de daño —dijo Vincent, a quien mis ironías estaban a punto de hacerle saltar—. Nunca la había visto tan preocupada por la integridad de nadie. Debes gustarle mucho, Thompson.

—¿Ahora debo darle las gracias a Carine? —pregunté incrédulo.

—Deberías. Si no, estos dos ya te hubieran despedazado sin ni siquiera verlos venir —dijo Vincent con una sonrisa de suficiencia en la cara—. Tienen una enfermedad genética que les provocó un parón en el crecimiento. En realidad están rozando los cincuenta.

—Un par de vírgenes eternos… Vincent, me tenéis impresionado —dije haciendo el gesto de victoria dirigido hacia ellos.

—Carine te quiere vivo, pero no tiene por qué ser intacto. Sigue por ese camino y tal vez cuando despiertes te encuentres una sorpresa.

Su amenaza quedó flotando en el aire. Ese hijo de puta tenía razón, seguían teniendo el control, aún no sabía ni dónde estaba exactamente. Tenía que rebajar la tensión, aguantar mi cabreo y controlar mi carácter.

—Entiende que no os haga la ola. Me habéis engañado, me habéis tratado como una mercancía, como un títere al que mover de un lado para otro. ¡Joder!, he pasado de estar en un prostíbulo de alto *standing* con una preciosa chica dándome una masaje, a… esto.

—Tu cerebro —puntualizó Vincent. Solo de pensar que estaba en mi propia cabeza, me producía mareos.

—De acuerdo —me rendí—. Avancemos y salgamos cuanto antes de aquí, mis neuronas no esperaban invitados tan ilustres. —Y se me escapó una risotada. Todo eso era surrealista.

Mi risa esclareció el ambiente, la tensión pareció aligerarse y algunos de los presentes sonrieron ligeramente. Vincent me ofreció su mano, y yo, aunque con cierta reticencia, la acabé aceptando. De momento.

—Ya solo quedan estos cuatro. —Pidió con señas a los que quedaban detrás de mí que se acercaran a él—. Raúl, Steve, Axl y Augustus. Son parte de mi equipo de desarrollo, los mejores.

El más gordo de todos ellos, el tal Augustus, habló:

—Diseñar todo esto que ves en tan poco tiempo ha sido un esfuerzo titánico, Thompson. Es una representación visual de tu mente con la que se puede interactuar e incluso controlar. En cierta medida —se ajustó un monóculo azul que llevaba en el ojo derecho—, lo que estamos haciendo es un hito histórico. Histórico —recalcó.

—¿Poco tiempo? —pregunté con recelo—. ¿Cuánto exactamente? ¿Cuánto llevo inconsciente?

—Te trajeron al laboratorio hace unas ocho horas —dijo Vincent.

—Ocho horas… —dije pensativo.

Era bastante tiempo, pero no el suficiente como para que nadie empezara a buscarme, pensé. Lauren debía estar preocupada. Conociéndola, seguro que había avisado a Dante y este la había calmado diciéndole que estaba incomunicado por cualquier chorrada. Por no decirle lo que pensaba de verdad, que me he pegado una sesión demasiado intensa con Sunny o con cualquier otra chica del burdel. Pero si en unas horas no me pongo en contacto con él, empezará a sospechar que pasa algo. Mi amigo confía en mi instinto de supervivencia, pero es muy precavido y racional y no dar señales de vida durante tantas horas en plena investigación y en una ciudad como Tokyo no es buena noticia. Al menos sabían que estaba en La Ostra Azul, que tenía que ver a una tal Sunny…

Si alguien me podía encontrar era Dante.

* * *

Catch & Love era una aplicación muy útil cuando no se buscaba nada en particular, pero era desesperante cuando se quería encontrar a alguien concreto. Dante había llegado a casa esa noche pensando en su «conquista» de hacía dos noches y no deseaba otra cosa que encontrarse con ella. Pero Catch & Love era tan inmenso como Tokyo, solo que con cientos de miles de habitantes más, y sin un «loop» era muy difícil dar con la persona que se busca. El otro día se despidió de Kattie sin pedírselo. No le había parecido bien hacerlo en la primera cita y ahora se arrepentía. ¿Por qué no podía ser como Jordi?

Después de la rueda de prensa en las puertas de Mitsuya donde O'Callahan se había colgado todas las medallas por la detención del asesino de prostitutas, y después de haberse visto obligado a representar el papel de héroe silencioso al servicio de su inspector jefe, Dante solo buscaba evadirse. Un poco de tonteo y, si surgía, también algo de sexo, si podía ser real en lugar de virtual, mejor. Aunque sabía que a Jordi no le importaba, se sentía incómodo por haber sido él y no su amigo quien se llevara el mérito. Por eso quería ocupar su mente en algo que no tuviera nada que ver con O'Callahan, la policía o ejecutivos de Mitsuya asesinos. Y si era con Kattie, mejor que mejor.

Antes de entrar en Catch & Love, Dante se cambió de ropa, colgó con esmero su uniforme para tenerlo impecable al día siguiente y se puso unos vaqueros y una camisa medio desabrochada. Quería dar una imagen jovial, pero seria a la vez. Alguien con el que cualquier chica podría divertirse y al mismo tiempo confiar. Le parecía que con ponerse una camisa iba a conseguir lo segundo y con desabrocharse algunos botones, lo primero. Confiado por su nuevo aspecto, muy lejos del que solía lucir en su día a día, enfocó la cámara hacia el ventanal. Quería presumir de las vistas que desde ahí tenía sobre la mejor zona del Gran Tokyo en la que vivía. Aunque tener un apartamento en la planta 183 le convertía en un «soltero de oro», la realidad era que se lo podía permitir gracias a las ventajas que tenía por ser policía y los grandes descuentos que eso le proporcionaba sobre los alquileres de la ciudad. Pero eso no tenía por qué saberlo nadie y para flirtear en Catch & Love la imagen que daba vivir donde vivía era más que suficiente.

Una vez lo tuvo todo listo, dudó. Si enfocaba la cámara hacia el ventanal, no se vería su apartamento. Y también era algo de lo que podía presumir. ¿Qué iba a ser más eficaz: mostrarse delante de las luces tintineantes del Gran Tokyo o moverse despreocupado por su imponente apartamento de decoración minimalista y con los más modernos aparatos y cachivaches que la última tecnología había puesto en el mercado? Dante se estaba poniendo nervioso, era incapaz de tomar una decisión. Si enfocaba la cámara hacia el interior, ¿qué textura debía elegir para las paredes? Podía cambiar su apariencia según quisiera: madera, ladrillo, metal, cemento… Paisajes boreales o tropicales… Colores cálidos, fríos, intermedios… Dante se derrumbó en el sofá. Poder elegir no te da libertad, como decía cualquier publicidad al uso. Poder elegir te volvía tarumba. ¿Por qué no podía ser como Jordi?, se repitió.

Sin darse cuenta, al dejarse caer sobre el sofá se había sentado sobre el teclado y había abierto Catch & Love, y además, en modo integral: los pasillos y salones que configuraban su interfaz ocupaban ahora las paredes de su apartamento. Estaba dentro y Dante, con la cabeza entre sus manos, no se había dado cuenta.

—Joder, joder… —se lamentaba—. ¿No podría ser tan sencillo como quedar a tomar un café?

—Ahí hay una cafetería, si te apetece. —Dante oyó una voz a su espalda.

Sobresaltado, levantó la cabeza y se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. Asustado, se vio rodeado de un montón de gente que deambulaba por la aplicación en busca de rollo.

—¡Hostia! —maldijo. Se sentía como si alguien hubiera entrado cuando él salía de la ducha y le hubieran pillado desnudo.

—¿Vamos? —insistió la voz.

Dante se dio la vuelta y descubrió que a su espalda estaba Kattie, la chica que conoció hacía dos noches y que tanto temía no encontrar. Kattie tenía rasgos asiáticos y el pelo azul con reflejos lilas, acentuaba los ángulos de su cara con reflejos negros, lo que le daba un aspecto neo-punk *realmente atractivo. Al menos para Dante.*

—Kat… Kattie… ¿Cómo me has encontrado?

—Me dijiste que siempre entrabas al «Catch» por aquí.

—¿Me… Me estabas esperando? —dijo Dante cortado.

—Sí. Pero ya te vale. Quedamos ayer y no apareciste —dijo con un mohín de protesta.

—Yo, bueno… tuve trabajo y…

—Te he visto en la tele. ¿Qué eres, una especie de salvador de la humanidad? —dijo con sorna. Kattie era más joven que él, tendría poco más de veinte años y se notaba en su descaro en la forma de hablar.

—Bueno, son cosas del trabajo, no te lo creas todo.

—¿Por qué no me invitas a entrar? Aquí nos está mirando todo el mundo.

A Dante le dio un vuelco el corazón. Deseaba traer a Kattie a su casa, pero no esperaba que se lo propusiera ella, mucho menos de forma tan directa. Pero el hecho era que Kattie quería ir a su casa, aunque fuera con su imagen virtual. Era el primer paso para tener una cita real. Y por la velocidad con la que iba la chica, no le extrañaría que fuera esa misma noche. Había triunfado, pensó Dante. Lo que hace la fama.

—Claro… ¿Estás lista? Te doy el código para acceder.

Justo en ese momento, sonó el timbre. Alguien llamaba desde la calle. «Mierda», se dijo Dante, ¿quién podía ser a esas horas?

—Cuando quieras —respondió Kattie.

—Sí, eh… —dijo Dante mirando hacia el comunicador que emitía destellos en la pared.

Dudaba entre atender la llamada o centrarse en Kattie. Jordi lo tendría claro, pensó. Pero él era Dante, qué le iba a hacer.

—Espera un segundo, cielo. Solo un segundo.

Dante cambió su estado a «invisible» y su imagen se desvaneció en la aplicación mientras atendía la llamada. Catch & Love seguía abierto y veía a Kattie esperando mientras corría al comunicador.

—¿Quién es? —dijo bruscamente nada más descolgar. En la pantalla apareció la imagen de un hombre maduro y curtido, alguien al que seguramente las heridas y la vida hacían más viejo de lo que era: Erland.

—¿Dante Angelo? Soy Magnus Nilson, Asuntos Internos —dijo con una pequeña sonrisa.

Dante lo miró con atención. No le sonaba ese nombre ni esa cara.

—¿Sucede algo?

—No, tranquilo. Solo necesito hacerle unas preguntas sobre la detención de esta mañana. Es importante.

Dante tardó en responder. Miró hacia Kattie, que le esperaba impaciente en Catch & Love.

—¿No podría ser mañana?

—No. Lo siento, ya sé que no son horas, pero es mejor no hacerlo en comisaría. Tiene que ver con ciertas sospechas sobre O'Callahan.

—¿O'Callahan? —Dante entendió que el asunto era serio, por eso no podía fiarse—. ¿Puedo ver su identificación?

—Claro, Angelo.

Erland sacó su tarjeta y escaneó el código en el sensor. La luz verde que se encendió en el comunicador del apartamento indicó a Dante que era correcto. «Mierda», pensó mientras miraba a Kattie.

—Disculpe, Nilson, pero me gustaría hacerle un reconocimiento de voz.

—Claro. No hay problema. Cuando me digas.

Dante pulsó el comando de reconocimiento de voz.

—Adelante.

—Magnus Nilson, agente del departamento de Asuntos Internos de la Policía de Tokyo, número de placa…

—Vale, Nilson, suficiente —le interrumpió Dante. El reconocimiento era positivo. Ese hombre parecía ser quien decía—. ¿Será mucho?

—Me temo que sí —respondió Erland.

—Está bien —dijo Dante resignado—. Suba.

Dante abrió la puerta de la calle al falso Magnus Nilson. Le daba tiempo a despedirse de Kattie antes de que su invitado subiera hasta la planta 183. Volvió a hacerse visible dentro de la aplicación.

—Ya era hora, tío —le dijo Kattie molesta.

—Perdona, es que…

—Ha llegado tu novia, ¿no? —dijo Kattie a mala idea—. ¿O es tu mujer? Porque claro, ahora me dirás que estás casado.

—No, Kattie, a ver…

—Estoy hasta el coño de maduritos. Sois todos unos pajilleros salidos que solo queréis tocar carne joven.

—¡Que no! Si me dejas explicarte…

—¡Vete a la mierda! Si quieres acostarte con una jovencita, paga por ello.

Y, sin dar a Dante opción a contestar, despareció de Catch & Love. Dante se quedó con cara de nada, en mitad de su salón, rodeado de decenas de figuras virtuales que lo miraban de arriba abajo al pasar junto a él. Sonó el timbre de su casa y Dante recordó la causa de todo lo que le acababa de pasar. El puto agente de Asuntos Internos. Más valía que su visita fuera importante de verdad, pensó. Por su culpa había perdido una ocasión de pasar la noche acompañado. Cerró Catch & Love y se dirigió a la puerta. Al abrirla, se encontró a un hombre cuya sonrisa no se correspondía con el rostro que la enmarcaba. Un rostro más duro y castigado de lo que había percibido desde el monitor de su comunicador.

—Dante Angelo… Un verdadero placer conocerlo —dijo Erland estrechándole la mano.

—Igualmente —respondió Dante, siempre correcto—. Adelante.

Y Erland movió sus dos metros de altura envueltos en su gabardina roja al interior del salón de la casa de Dante.

Ya estaba dentro.

—Cuéntame de qué va todo esto —pregunté. Había decidido adoptar un tono cordial. No iba a salir de ahí si no empezaba a entenderme con mis nuevos compañeros.

Vincent me invitó a sentarme con ellos alrededor de la gran mesa. En ella destacaba un enorme mapa lleno de símbolos y dibujos de los que no entendía nada. Decenas de papeles con más garabatos ilegibles estaban tirados por ahí. Augustus se ajustó el monóculo por octogésima vez, como mínimo, y se dirigió a mí.

—Estamos en una representación y simulación de tu mente, lo que llamamos «psique». Es algo parecido a la RV, pero en vez de basarnos en un código de programación abstracto nos hemos basado en tu cerebro. A nivel técnico, podría estar horas contándote detalles que seguramente no comprenderías, a pesar de tus conocimientos de neurociencia. —Me pareció detectar cierta ironía en sus palabras, pero decidí ignorarla. Realmente no tenía ni puta idea de lo que me hablaba.

—¿Es como si estuviéramos andando por mis recuerdos…? ¿Como si fuera mi disco duro?

—No exactamente, Thompson —intervino Vincent—. Más bien, lo que he hecho es crear un crisol, algo controlado por nosotros para que tu mente no nos engulla. Sin eso, todo sería un caos en el que no duraríamos ni cinco minutos. Por supuesto, tus memorias, pensamientos, y todo lo que forma parte de tu cerebro influye. De manera incontrolable e inesperada, me atrevería a decir. Aún estamos en una fase experimental, por eso necesito mi equipo de confianza conmigo.

—¿Y por qué estoy aquí yo con vosotros? ¿No sería mejor mantenerme inconsciente y desconectado para que vosotros pudieras hacer lo que sea sin mi incordio?

—Hubiera sido lo más fácil, sí —dijo Vincent mientras se palpaba su dolorida mandíbula—. Pero como te digo, el *BrainWorld* está en una etapa alpha, experimental. En esta biblioteca, que es una protección que he diseñado utilizando tus propias preferencias, estamos seguros, pero cuando salgamos te necesitaré. No sé hasta qué punto, pero tú eres el amo real de todo esto. Tu conocimiento de ti mismo será clave para poder seguir adelante sin daños.

—Tengo la sensación de que ni tú mismo sabes cómo funciona tu invento —dije, mitad provocación, mitad miedo real.

—No del todo, la verdad. He podido probarlo en simios, pero con una persona al cien por cien de sus funcionalidades, no.

De puta madre.

—A malas, ¿qué puede pasar?

—Que tu propia mente nos rechace y quiera expulsarnos o eliminarnos —saltó Augustus.

—¿Y si eso pasa? ¿Si morimos aquí, qué sucede con nuestro cuerpo?

Hubo un silencio incómodo, hasta que otro de los científicos, Axl, habló.

—A nuestro cuerpo nada, pero tendremos una muerte cerebral y quedaremos en un estado vegetativo irreparable. Las órdenes son que si eso llega a pasar nos apliquen la eutanasia.

Y yo que empezaba a tener mejor humor… Salía de las brasas para caer en el fuego.

—¿Qué nos encontraremos una vez fuera? —pregunté, temiendo la respuesta.

—He diseñado una recreación de una de las ciudades que más te gustan, Florencia. Esa será la base por la que nos moveremos. Lo que nos podamos encontrar ahí, ya no lo tengo tan claro. —Vincent se enjugó el sudor mientras hablaba.

—¡Florencia! Hace nada estaba pensando en visitarla. Al final os voy a tener que agradecer toda esta pantomima. ¿Tengo *jet* de clase alta? Espero que sí, me gusta estirar las piernas mientras echo una cabezadita —bromeé.

—Yo quiero el lado de la ventanita —saltó Augustus ajustándose su monóculo por enésima vez siguiendo mi broma.

—Yo prefiero pasillo —dijo Aoki cómicamente serio.

Los gemelos rieron sin decir nada, empezaba a dudar si podían hablar.

—Yo prefiero acabar con esto y volver a ver a mi familia. —La voz de Vincent acalló el buen ambiente que había en ese momento. Aguafiestas…—. Nos queda muy poco tiempo para salir, el momento de las preguntas se ha acabado.

—¿Por qué nos queda poco tiempo? —pregunté.

—Porque solo tenemos dos horas hasta que el *BrainWorld* se caliente demasiado y nos fría el cerebro —contestó Vincent—. Nosotros llevamos más tiempo que tú aquí dentro, unos veinte minutos.

—¿Cómo funciona el tiempo aquí dentro? Me imagino que será más lento que en la realidad exterior.

—Correcto —intervino con premura Augustus—. Dos horas externas son aproximadamente dos días aquí dentro.

Justo cuando acabó de decir esto una alarma empezó a sonar.

—Es el momento —dijo Aoki dirigiéndose a todos.

Vincent y los demás se pusieron en marcha al unísono, guardando los papeles y el mapa, que fue a parar a una mochila que agarró el propio Vincent.

—¡Un momento! —salté—. Aún no me habéis contado qué cojones buscamos en mi cabeza.

—Ahora no hay tiempo para preguntas —Vincent me agarró por el brazo y me miró muy fijamente—. Lo que buscamos es algo demasiado complejo para contártelo con una respuesta corta. Dentro de poco lo entenderás todo y te darás cuenta de que somos tus aliados, no tus enemigos.

Sin decir más, me soltó y se subió a la mesa.

—¡Vamos a salir ya mismo! Os quiero concentrados, no sabemos lo que nos encontraremos con exactitud ni dónde está nuestro objetivo. Una luz brillante en el cielo nos indicará el camino a seguir, nos indicará su localización. Ahí es donde nos dirigiremos, pero extremando las precauciones. Carine lo está monitorizando todo desde fuera. Aunque no puede ponerse en contacto directo con nosotros, sí puede mandarme

mensajes cortos a mí. Si hay novedades con la Mitsuya, nos encuentran o encuentran a Thompson, me avisará y saldremos al momento.

¿Mitsuya también estaba metida en eso? ¿También me buscaban? ¿O buscaban lo que tengo en la cabeza? Con lo feliz que era yo hace unos días. Vincent prosiguió con sus órdenes:

—En principio iremos todos juntos, aunque si fuera necesario nos dividiríamos en equipos. —No podía creer que este fuera el mismo Vincent al que me encontré en la oficina. Este chico se merecía un premio al mejor actor del año—. ¡Aoki! Tú te encargarás de la seguridad personal del Sujeto 21. Irás siempre con él, a no ser que te indique lo contrario.

—Sí, señor. —Aoki asintió con un saludo militar.

Otra vez escuchaba lo de Sujeto 21. Con las prisas y los nervios había olvidado preguntar qué cojones era eso. ¿El nombre en clave que tenían para mí? ¿Por qué «veintiuno»?

—Iremos a buen paso. Cuanto menos tiempo tarde la psique de Thompson en detectarnos y querer expulsarnos, mejor. Pero el momento llegará, no tengáis dudas. Así que estad preparados para lo peor. —Se irguió—. Por un futuro mejor, ¡MAKIS! —Hizo un gesto con la mano que todos imitaron con fervor—. Y Thompson —me dijo desde arriba—, eres básico para nosotros, mucha suerte para ti también.

—Llámame Jordi. Y eso también va para todos vosotros, cabronazos. Al menos aquí dentro seamos un equipo. Cuando salgamos ya nos repartimos las hostias.

Todos acogieron mis palabras con una sonrisa de confianza. Extendí la mano a Vincent y le ayudé a bajar de la mesa.

—Y tú llámame Vince —me dijo.

—Ya lo hago.

Después de este momento de cordialidad, nos dispusimos a salir de la seguridad de la biblioteca.

* * *

Florencia, ciudad histórica, ciudad del arte: Il Duomo, el taller de Da Vinci, la casa de Dante Alighieri, el museo Uffizi, la galería Palatina, la estatua de David, los cuadros de Caravaggio… Todo ello perdido y destruido durante la maldita Guerra de la Superviviencia, cientos de años atrás. La guerra que acabó con dos terceras partes de la población mundial y en la que la mayor parte de las ciudades importantes fueron reducidas a cenizas. Florencia fue reconstruida al término de la guerra, usando como referencia las imágenes y vídeos que quedaban de la época anterior y rescatando algunas construcciones y obras que no fueron aniquiladas. No estaba mal y seguía siendo un destino muy visitado. Pero su antigua gloria no sería igualada.

La visión que tenía en esos momentos delante de mis ojos era maravillosa. La ciudad en su máximo esplendor: preciosas estrechas calles empedradas, edificios de estilo renacentista por todos lados, magníficos puentes que cruzaban el río Arno, que reflejaba con fuerza el sol de un atardecer de ensueño. Un atardecer que no cambiaba.

—Llevamos casi una hora caminando y aún no se ha puesto el sol, de hecho no ha cambiado de posición. ¿Es esto normal, Vince? —pregunté.

Vincent iba a la cabeza del grupo, muy callado, serio. Igual que todos los demás desde que habíamos salido, las únicas palabras que habían intercambiado eran órdenes y señales tácticas.

—Ahora no puedo hablar. Y no lo hagas tú tampoco. Si no estoy equivocado, en una callejuela detrás del Duomo está el próximo refugio donde podremos descansar un poco —dijo Vince sin mirarme y con la voz llena de tensión.

—¡Vamos, hombre! Estando yo dentro, supongo que mi psique no nos hará nada.

—No tiene nada que ver. Y no hables, por favor —dijo Aoki tratando de ser amable pero con firmeza.

No tenía más remedio que hacerles caso, ellos eran los expertos, aunque no me gustaba aceptar las órdenes de unos tipos desconocidos, más teniendo en cuenta que estábamos dentro de mi propia cabeza. En realidad, no me gustaba aceptar órdenes vinieran de donde vinieran. Un rebelde sin causa, me llamaba siempre Dante. Pero sí había una: mi libertad.

—¡Quietos! —dijo Vincent por el comunicador interno—. Billy, Jimmy, colocaos a los extremos. Raúl y Steve, os quiero conmigo. Axl, Augustus y Aoki, con Jordi en retaguardia.

—¿Qué pasa? —le susurré a Aoki.

—Vincent ha localizado una posible amenaza, se aproxima algo desconocido.

En ese momento nos encontrábamos en una calle no demasiado poblada. El ambiente era bastante oscuro debido a los tejados que sobresalían de las fachadas y que tapaban la luz del ocaso. Un par chicas cogidas de la mano pasaban entre nosotros sin mirarnos, como si fuéramos invisibles, a ellas y a los habitantes de ese «mundo». Supuse que era porque Vincent no había programado personalidades para ellos. Estábamos siguiendo un halo de luz enorme que brillaba en el horizonte y que se proyectaba hacia el cielo, a lo lejos. En teoría, lo que buscábamos proyectaba esa luz, ese era nuestro objetivo. Fuera lo que fuera.

—Gemelos, subid a los tejados, uno a cada lado. Rápido —dijo Vincent mientras consultaba un extraño aparato que llevaba en su muñeca izquierda.

Con una agilidad asombrosa, digna de los artistas de circo ambulante que pululaban por la ciudad —saltimbanquis implantados y malabaristas que jugaban con bolas de gas puro—, Jimmy y Billy escalaron las casas y balcones hasta llegar arriba del todo.

—Quedaos ahí hasta nueva señal. Informad cada veinte segundos.

Silencio absoluto.

La calle, ahora desierta, parecía más estrecha y oscura. No sabía qué estaba pasando, pero estaba claro que no podía ser bueno. ¿Qué tipo de amenazas nos podíamos encontrar ahí dentro? No tenía idea, pero estábamos en mi psique, quizás era algo que me diera mucho miedo, alguno de mis temores. Yo no era una persona de miedos irracionales ni físicos a excepción de un par, quizás: la muerte y las alturas. Pero dudaba mucho que el «segador» en persona o un precipicio fuera lo que se acercara a nosotros por la calle. Aunque, eso sí, lo del precipicio sería la hostia.

—¿Qué armas tenemos para defendernos? —pregunté a Aoki.

—Correr y escondernos. —Lo miré perplejo—. Vince no ha tenido tiempo de diseñar un sistema defensivo satisfactorio, por lo que nuestro

recurso es esquivarlo todo.

—¿Y si no podemos esquivar? —Aoki me miró y sin decirme nada se encogió de hombros—. Menuda mierda.

—Amén —sentenció. Me sorprendió que utilizara una expresión tan arcaica proveniente de una religión hace tiempo pasada.

—¡Gemelos! Volved a posición normal. El peligro ha pasado. Los demás, retorno a la formación inicial —bramó Vincent con cierta euforia.

En pocos segundos reanudamos la marcha. Nos cruzamos con un *neo-punk* que nos saludó levantando una botella que llevaba en la mano.

—Diseñé personas con características físicas y de comportamiento únicas y aparentemente racionales —dijo Vincent con el orgullo del padre que habla de su hijo predilecto.

—Es un trabajo magistral —corroboró Raúl. Era la primera vez que escuchaba su voz. Me pareció un pelota.

—¿Se puede interactuar con ellos? —pregunté.

—Sí. Pueden seguir una conversación básica, pero no disponen de inteligencia real. No está permitido. —Vincent remarcó esta última afirmación con una mezcla de pesar y miedo.

Desde que SOMA se rebeló y provocó la Guerra de la Supervivencia las inteligencias artificiales estaban terminantemente prohibidas en todo el mundo. Estudiar o diseñar una era penado con la muerte.

—Ya verás. Axl, ve a hablar con esa chica que está en el portal.

Vincent señaló a una adolescente que estaba sentada en la puerta de una casa lamiendo un helado. Axl se dirigió con paso firme hacia ella.

—Hola, ¿cómo estás? —dijo el científico.

—Bien. Hace un día bueno para estar en la calle hoy —contestó ella con un realismo que me dejó pasmado.

—¿Te dejan tus padres estar aquí sola a estas horas? —preguntó Axl.

—¿Te puedo contar un secreto? —La chica contestó una pregunta con otra. Asombroso.

—Sí, claro.

Axl se acercó a la niña para escuchar lo que tuviera que contarle la maravilla de la programación que había creado Vincent.

—Acércate más.

—¡No! —chilló Vincent corriendo hacia su socio.

En milésimas de segundo la boca de la chica se deformó y se agrandó hasta convertirse en una grotesca máscara llena de dientes. Axl intentó apartarse. Demasiado tarde. El monstruo en el que se había convertido la dulce niña abrió sus fauces y con una rapidez sobrehumana se abalanzó sobre él engullendo por completo su cara. Cuando el bicho cerró su boca, un desagradable crujido resonó en toda la calle, como si un amplificador estuviera conectado a nuestros cerebros. Esa bestia había cercenado de cuajo medio cuerpo del pobre Axl, cuyos restos cayeron inertes al suelo: entrañas, sangre, lo que antes era un ser humano. Una estampa asquerosa.

—¡Mierda! —dijo Augustus.

—¡Joder! —le secundó Raúl.

—¡Noooo! —gritó Vincent.

Nuestras exclamaciones resonaron casi con igual fuerza que el crujido. Nos miramos todos un instante. Los únicos que mantenían la compostura eran los gemelos y Aoki. Los demás, incluyendo a Vincent, parecían desolados y aterrorizados. Esa cosa giró su rostro abstracto hacia nosotros y, después de dar un alarido que helaba la sangre, empezó a correr en nuestra dirección.

—¡Vincent, reacciona de una puta vez! ¿Qué coño hacemos? —dije agarrándolo por el brazo. Vincent me miró con cara ausente—. ¡Te necesitamos ahora!

—Ha sido mi culpa. No tendría que haber colocado personas, son un elemento inestable.

Sus palabras sonaban inertes, como si él ya estuviera muy lejos. No reaccionaba y la puta cosa ya estaba delante de nosotros. Si nadie cogía las riendas lo haría yo mismo, no pensaba morir dentro de mi maldita cabeza. Cogí a Vincent y lo empujé hacía un lado justo cuando el monstruo se tiraba contra él. Cayó al suelo de mala manera, pero le salvé la vida. Me aparté con una voltereta y me tumbé junto a él.

—¡Venid conmigo! Nos dirigiremos a esa calle principal, si seguimos rectos deberíamos llegar al siguiente refugio. —Eso me parecía que había dicho Vincent antes. Lo levanté y empecé a correr—. ¡Gemelos, escalad y seguidnos desde las azoteas!

Antes de que pudiéramos ponernos en marcha, la puerta de la casa que teníamos al lado se abrió y de ella salieron dos monstruos inclasificables. Uno de ellos se abalanzó sobre Raúl y lo destripó con un machete enorme. Después, metió su cabeza dentro de su estómago y empezó a sacarle los intestinos con unos dientes amarillentos y deformes. Era repugnante, pero no había tiempo para la compasión.

—¡Hay más por detrás! —chillé lo máximo que pude para hacerme oír por encima de los chillidos de Raúl.

Aoki corrió a mi lado.

—Coge a Vincent y corre hasta el refugio. Es una casa roja y azul, con una puerta de madera blanca. Verás una gran letra «M».

—¿Y vosotros? —pregunté angustiado.

—Nosotros somos reemplazables. Vincent y tú, no. Lucharemos con ellos y os daremos tiempo a llegar. —Lo miré confundido—. Vendremos detrás, tranquilo —dijo con una sonrisa que solo podría transmitirme confianza. A continuación, se dio la vuelta y se dispuso a combatir a los monstruos.

—¡Vince, ven de una puta vez! —dije intentando gritar en voz baja.

Me había escondido en un pequeño callejón que salía de la calle donde se estaba produciendo la lucha. Por suerte, no había ni puertas ni ventanas por las que pudiera salir nada. Vincent estaba en el suelo, contemplando la matanza con cara inexpresiva. Los gemelos y Aoki habían entrado en la casa de donde salían las bestias y tan solo se escuchaban de ellos gritos y exabruptos. Solo deseaba que salieran indemnes de todo aquello. Steve había salido huyendo calle abajo, ya no podía verlo ni escucharlo. Augustus estaba al lado de su jefe, tiritando de pánico. Creo que ni en sus peores cálculos esperaban encontrarse con algo así. Ni yo tampoco. ¿Pero qué mierda tengo en la cabeza? ¿Tan loco estoy?

—¡Augustus, o coges a Vince y venís conmigo, o me voy solo y que os den por culo!

Mis palabras parecieron activarlo. Agarró a Vincent por las axilas, lo levantó y lo trajo hasta mí.

—Ahora tendremos que correr. Y mucho. Vincent, ¿el refugio está pasado el Duomo, verdad?

—Sí, en una callejuela justo detrás. Está marcada con un mural de la *Ilíada* de Homero —dijo con un hilo de voz—. La he cagado. Por mis errores he sacrificado a mis hombres. A todos…

—¿No hay ninguna posibilidad de desconectarnos desde aquí? —pregunté sin esperanzas.

—No —aclaró Augustus—. Para desconectarnos hay que llegar a un refugio y programar la salida *in situ*. Vincent es el único con capacidad para hacerlo.

Cojonudo.

Si no había entendido mal, sin la ayuda de Vincent quedaría atrapado ahí hasta que se me sobrecalentara el cerebro o cualquier cosa me destrozara y me matara. Estaba en manos de un tipo que, en esos momentos, no transmitía mucha esperanza.

—Pues vamos a ello —dije resuelto—. Estamos cerca, a un kilómetro más o menos. Si tenemos suerte y nada nos ve, llegaremos al refugio y podremos salir de esta pesadilla. ¿Te ves capaz de liderar el camino, Vince?

Me miró con los ojos vacíos y llorosos sin decir ni una palabra. Estaba claro que Vincent no podía liderar nada, así que solo esperé que mantuviera la cabeza sobre sus hombros el suficiente tiempo para sacarme de ahí. De Augustus ni me planteé que me guiara, parecía más perdido que yo.

—¿Algún consejo de última hora, Vince? —pregunté por si las moscas.

—Dirígete directamente al objetivo, no te fíes de nada. Yo he fallado en todo eso, no hagas tú lo mismo —respondió con un hilito de voz.

«Gran consejo, genio», pensé con ironía.

—Gracias, Vince. —Un poco de falsedad para animarlo no venía mal en esos momentos—. ¡Detrás de mí, chicos!

Miré la calle. Parecía que no había nada en movimiento en ese momento. Solo cadáveres y sangre. El caserío en el que habían entrado Aoki y los gemelos estaba ahora cerrado y no se escuchaba ningún ruido. Salí poco a poco de mi posición y me planté en medio de la calle. Miré a Vincent y a Augustus, que me seguían justo detrás.

—Escuchad —dije en voz baja pero autoritaria—. Iremos en todo momento por el centro de la calle, nunca nos acercaremos ni a ventanas ni puertas. Ahí perdemos toda nuestra capacidad de reacción. ¿Entendido?

Ambos asintieron. Empezamos a andar a buen ritmo, siempre alerta. Al fondo se intuía la plaza del Duomo, nuestro primer objetivo. El problema que teníamos en esos momentos era la gente que pasaba por ahí. Nunca había odiado tanto a la forma humana como en ese momento. Las pocas personas que se nos cruzaban eran como una caja de Pandora en potencia, no sabíamos si era un simple personaje creado por Vincent o un monstruo que nos devoraría sin contemplaciones.

—La próxima vez ¡no crees putas personas! —le dije a Vincent girando ligeramente la cabeza.

—Si hay una próxima vez —sentenció de forma fúnebre.

—Os prometo que la habrá. —«Al menos para mí», pensé de inmediato.

Debían de quedarnos unos trescientos metros y todo parecía controlado. No habíamos tenido ningún contacto peligroso hasta ese momento y nuestro mayor susto había sido un personaje excéntrico, entre punk y gótico, que nos había saludado efusivamente. Cuánto compadecía a los que tenían fobia social, ahora sí los entendía.

Al final de la calle tres grandes placas metálicas impedían nuestro paso. Estaban en el suelo, una al lado de otra y para seguir era imprescindible pasar por ellas ya que eran demasiado grandes como para saltarlas.

—¿Qué hacemos, pasamos todos por la misma, o cada uno por una diferente? —preguntó Vincent.

—¿No lo has hecho tú? —pregunté extrañado. La inseguridad que transmitía Vincent me estaba acabando la paciencia.

—Yo no tengo nada que ver con esto ni con casi nada de lo que está pasando aquí. Soy un maldito fracasado, no soy tan bueno como pensaba.

Ya no podía más.

—No empieces otra vez con tu maldita autocompasión. —Llevaba demasiado rato callado, necesitaba desahogarme—. ¡Eres un puto ególatra! Serás un genio y todo lo que tú quieras, pero te preocupas más por ti que por las personas que han dado la vida por un proyecto en el que la has cagado por ser demasiado ambicioso. Así que, en lugar de pasarte el día llorando, intenta salir de aquí con vida y venga a los tuyos.

Vincent tenía la vista clavada en el suelo mientras le caía el chaparrón y no mostraba la más mínima intención de replicarme. Pero necesitaba que

reaccionara, necesitaba que Vincent volviera en sí y empezara a ayudarnos de verdad.

—¡Ciérrame la enorme bocaza que tengo, joder! Demuéstrame que tienes sangre en las venas, y que quieres cuidar de tu gente. ¡Salgamos de aquí e intentemos rescatarlos a ellos también!

Vincent levantó la mirada. Esperaba que mis palabras hubieran causado en él el efecto que esperaba.

—Tienes razón, Jordi. He estado más preocupado en mi técnica, en mi ciencia y en mis proyectos que en mis habilidades sociales. No he estado a la altura, no como científico sino como persona. Y no quiero continuar así, se lo debo a ellos.

Le sonreí. Parecía que mi arenga había funcionado, ahora tocaba transmitirle confianza. Vincent señaló al suelo. Poco a poco se mostraba más seguro.

—Estas placas no las he creado yo, pero el problema, por lo que veo, no acaba en ellas. Fijaos en lo que hay después.

Miré a la plaza y no vi nada especial, pero al bajar la mirada observé, entre las placas y la plaza, una cierta pérdida de nitidez.

—Un campo *magnus*, ¿verdad, Vince? —Augustus fue más rápido que yo en decirlo.

—Y no podremos cruzarlo hasta desactivarlo —afirmó Vincent—. Lo más lógico es pensar que cada uno tiene que estar en una de las placas para que pase eso.

Demasiado fácil todo, demasiado evidente, pensé.

—Yo me coloco en la derecha —dijo Augusuts y decidido, saltó a la placa—. Os toca.

Cuando me disponía a saltar sobre la placa del centro escuchamos un «*click*» y, apenas unas décimas después, vimos cómo varios aguijones gigantes emergían como un resorte de la placa donde estaba Augustus. Una de ellos lo enganchó de arriba abajo, entrándole por las partes bajas y saliéndole por la boca. No me lo podía creer, una trampa que parecía sacada de la época medieval. ¿Dónde nos habíamos metido?

—¿¡Pero qué cojones!? —grité—. ¿¡Qué puta mierda es todo esto!?

Vincent se dejó caer al suelo de rodillas, pegando al suelo enladrillado con sus puños hasta hacerlos sangrar. Augustus aún respiraba, tenía que hacer algo por el pobre chico.

—¡Augustus, te sacaré de aquí!

No sé por qué lo dije, era evidente que no había forma de salvarle la vida. Lo mejor sería acabar con su sufrimiento, pero sin armas no tenía forma de hacerlo. Augustus me miró de reojo, pestañeó y su cabeza cayó inerte hacia atrás. Nunca olvidaré esa mirada, siempre perseguirá en mis sueños… y en mis pesadillas. En caso de que saliera de esta, cosa que empezaba a ver imposible.

No lo entendía. ¿De verdad todo eso estaba en mi cabeza? ¿Qué clase de cerebro tengo? Nunca me había considerado una persona sádica ni con tendencias crueles o perversas. Al contrario, ese tipo de cosas siempre me habían causado rechazo. ¿Era ese el motivo de que todo lo que me desagradaba apareciera en esos momentos como mecanismo de defensa? No le veía la lógica. ¡Nada tenía lógica ahí dentro!

—¿¡Qué hacemos, Jordi!? ¿¡Qué coño hacemos!? —Vincent estaba llorando en el suelo.

—No… no lo sé. ¡Mierda!

En mi vida me he enfrentado a situaciones muy complicadas: tríadas de la mafia china que te matarían por tan solo mirarlos a los ojos directamente; yonkis capaces de follarse a su propia madre en un delirio sin fin; seres tan manipulados genéticamente que poco tenían de humano… Pero nunca me había sentido tan pequeño y desamparado como en esos momentos. ¡Y más teniendo en cuenta que todo eso no era real! ¿O sí? De hecho, ¿qué es la realidad sino lo que se vive activamente? Lo real no tiene que limitarse solo a lo físico. Eso es limitar nuestras experiencias y nuestra vida, eso es ver nuestro día a día desde el cuello de una botella. ¡Menuda estupidez! Aunque en esos momentos estuviera en un mundo simulado, eso era mi realidad, me estaba jugando mi vida y la de otros. E igual que he salido de muchas complicaciones en la calle, aquí no iba a ser menos. Fuera la realidad o no.

—¡Escucha! —le dije a Vincent agachándome a su altura—. Tenemos que tirar para adelante, si nos quedamos aquí moriremos. Y si lo tenemos

que hacer, que sea de pie y peleando. Pasaremos por entre los aguijones que ya se han activado, que su sacrificio no sea en balde. ¡Levántate y vamos!

Vincent se levantó y juntos atravesamos como pudimos la placa donde se alzaba empalado el cadáver de nuestro compañero. Pudimos pasar sin problemas; si había una barrera ya había desaparecido cuando cruzamos. Triste tributo para llegar a la plaza del Duomo, una de las construcciones más maravillosas de la humanidad. Contemplé la catedral iluminada por el atardecer eterno y lo hice con asco y miedo. Sentí cómo la plaza me devolvía la mirada. No estaba, loco, aún no. Noté cómo me miraba, como si toda la ciudad fuera un ser vivo que nos quisiera echar de sus entrañas. Lo malo es que eso era lo más probable.

—¿Dónde está el callejón? —pregunté a Vincent.

—Ahí. —Señaló hacia el fondo de la plaza, a la derecha de la catedral —. El refugio es la última casa.

—Lo mejor que podemos hacer es ir corriendo —continué antes de que pudiera interrumpirme—. Está claro que lo que sea que manda en este lugar ya sabe que estamos aquí y está jugando con nosotros. Si vamos despacio tendrá más tiempo de reacción.

—No estoy seguro de que sea el mejor método de acción.

—Hacemos un *sprint* y que pase lo que tenga que pasar. Voy yo delante.

—Me has convencido.

Cabrón.

—¡No mires atrás!

Y empezamos a correr como si nos fuera la vida en ello. En realidad, nos iba la vida en ello: no quería acabar devorado dentro de mi propio ser. Pero antes de llegar siquiera a la mitad de la plaza, un sonido atronador casi me tira al suelo, a mí y a mis ilusiones: el Duomo… ¡El Duomo estaba en llamas! Algo había explotado, o se había estrellado, o cualquier maldita locura que pudiera pasar aquí. Más explosiones empezaron a estallar por toda la plaza. En un instante se llenó de fuego y humo.

—¡Mierda! —dije aterrorizado mientras contemplaba asombrado el desastre. La belleza de lo catastrófico, supongo.

—¡Tiene que ser ella, la muy puta! —contestó Vincent mientras me agarraba para volverme a poner en marcha.

Me puse a galopar de nuevo, a mayor velocidad que antes, con un pensamiento único en la cabeza.

¿Ella?

¿Estaba hablando de Carine?

¿De otra?

Ahora que nuestra supervivencia era cosa de dos, tenía claro que no quería seguir siendo el tonto del grupo. En cuanto llegáramos al refugio iba a presionar a Vincent, no iba a permitir que me siguiera ocultando información. Y no quedaba nada para llegar. Estábamos a pocos pasos del maldito callejón. La atmósfera se había teñido de un rojo infernal, entre el cielo bermejo y media plaza quemándose. Si me llegan a decir que estaba en el infierno, me lo creo. Qué irónico pensar eso en la ciudad del autor de *La divina comedia*. Solté una carcajada que solo yo pude entender, quizás sí que empezaba a perder la cabeza.

El mural de la *Ilíada* ya se veía perfectamente claro.

—¡Vincent, ¿entramos?! —pregunté chillando para hacerme escuchar por encima de todo el caos.

—¡Sí! —me contestó de la misma forma.

Justo al entrar en el callejón, nos asaltó un estruendo en forma de chillidos. Me giré y vi a Vincent aterrorizado mirando al cielo. Alcé la vista: una bandada de pájaros deformes y enormes, con facciones humanas en la cabeza, piel escamosa y llena de costras y una desagradable boca en el estómago, nos acechaba y venía derecha a nosotros.

—¡Corre! —llegué a decir a la vez que me ponía en marcha.

El refugio estaba al final del callejón, que no era demasiado largo pero sí estrecho. Al llegar a la entrada, Vincent me apartó y empezó a teclear frenéticamente en un pequeño teclado que sobresalía en la gran puerta.

—Listo. En menos de un minuto estaremos dentro —dijo Vincent, que sonrió por primera vez en «horas».

—¿Cómo es posible que todo esto esté dentro de mi cabeza? —pregunté sin apartar la mirada de los pájaros que se acercaban cada vez más.

—No creo que sea cosa de tus defensas mentales. Es imposible.

—Entonces será cosa de la tal «ella» que has mencionado antes, ¿verdad?

Vincent me miró con un toque de compasión, como el padre que va a revelar un gran secreto a su hijo.

—Creo que ya va siendo hora de que te cuente de qué va todo esto. Dentro de tu cabeza tienes la mayor amen…

Antes de que acabara la frase, uno de los asquerosos bichos voladores agarró a Vincent con sus amorfas garras y lo alzó muy por encima de mi cabeza.

—¡Entra, Jordi! —me gritó antes de desaparecer de mi vista.

Sin tiempo a reaccionar, un chasquido metálico me avisó de que la puerta se había abierto. Sin tiempo a averiguar qué había sido de mi último acompañante vivo, entré dentro del refugio para escapar de ese delirio. Aunque fuera solo por unos minutos.

* * *

Erland se sentó en el gran sofá que presidía el salón sin apoyar la espalda. Aunque no llevaba su katana ni sus uzis, escondía bajo su gabardina el látigo que pensaba utilizar en cuanto fuera necesario.

—¿Y bien, Nilson? —preguntó Dante—. ¿Qué es eso tan importante que no puede esperar a mañana?

—Se trata de un asunto muy serio que prefería tratar de una manera discreta.

—¿O'Callahan? —dijo Dante que no quería andarse por las ramas.

—Creemos que su inspector jefe ha aprovechado esta misión para sustraer información y dinero de Mitsuya.

A Dante le sorprendió, conocía a O'Callahan y sabía que era un miserable, pero no un ladrón. No tenía agallas para serlo.

—¿Y qué tengo que ver yo en eso?

—Eres el único que sabe lo que pasó dentro de la RV de Mitsuya. El único que puede darnos la información que necesitamos.

—Yo resolví el caso, no sé más. La investigación posterior la llevó O'Callahan en solitario.

—Angelo, estamos ante un caso muy serio. El inspector puede ser detenido esta misma noche si reunimos las pruebas. Necesito que seas claro y transparente y me cuentes qué pasó exactamente dentro de la RV.

Dante tragó saliva. Se veía en una posición complicada, obligado a mentir para no ponerse en peligro y, lo que era más importante, no poner en peligro a Jordi y a Red. La suerte que corriera O'Callahan se la traía al fresco, pero la de sus amigos no.

—Conozco bien a O'Callahan. Es un capullo, pero ama su profesión, no creo que sea capaz de robar aprovechándose de un caso.

—No estés tan seguro. Hemos descubierto que tiene importantes deudas de juego. La neo-yakuza le está presionando para que devuelva los préstamos y ahora mismo hasta su familia está amenazada. Es un hombre desesperado, Angelo.

—¡Pero yo no sé nada! —respondió Dante. Se resistía a colaborar, sabía que tenía más que perder que otra cosa.

—Lo sé, pero sabemos que en las bases de datos que encontrasteis en la RV, además de la identidad del asesino había información confidencial: códigos bancarios, números de cuentas, rutas para sortear la seguridad de la corporación. Y eso es lo que ha tenido O'Callahan en sus manos. Necesito que me cuentes todo lo que pasó y si de verdad O'Callahan pudo acceder a esos datos.

Erland lo miró en silencio. Dante entendía que no podía callarse por más tiempo. Su sentido del deber, además, no jugaba a su favor.

—Haré lo que pueda —se rindió Dante.

Erland sonrió y estiró la espalda dispuesto a empezar. Notó su látigo detrás, listo para ser usado en cualquier momento.

—Empieza a contarme cómo entraste en la RV, quién te ayudó…

—Nadie —respondió Dante al instante—. Me conecté solo.

—Ya… —respondió Erland.

Dante tenía que sostener la mentira como fuera. Red había borrado su rastro y O'Callahan había hecho lo propio con Jordi. No podía permitir que se supiera que un civil había hecho el trabajo de la policía.

—Te recuerdo, Angelo, que, aunque estemos en tu casa, soy agente de la ley y debes decirme la verdad. Solo la verdad.

—Lo sé. Es lo que estoy haciendo.

Erland sacó un pad y buscó un documento.

—Entonces, ¿por qué te empeñas en asegurar que fuiste tú quien entró si en tu expediente médico figura que no eres apto para entrar en cualquier RV?

Erland le mostró la pantalla de su pad aunque a Dante no le fue necesario leerla. En esos momentos se sintió totalmente desamparado, amenazado por un agente que no conocía y que le mostraba una información confidencial a la que nadie, salvo con una orden de altísimo nivel, podía acceder.

—¿Cómo ha podido obtener ese informe? Es de acceso restringido.

—Estamos ante un caso excepcional, Angelo. El inspector jefe de la policía de Tokyo está a punto de ser detenido, justo después de resolver un caso muy mediático.

Dante no sabía qué decir. Estaba acorralado. Además, se sentía humillado, avergonzado de que sus limitaciones físicas salieran a la luz. En esos momentos era como un niño abroncado por su padre.

—Si te parece —dijo Erland con todo conciliador—, no voy a tener en cuenta tu mentira. Eso sí, espero que a partir de ahora seas sincero de verdad. —Hizo una breve pausa—. ¿Quién entró en la RV de Mitsuya?

Dante levantó la cabeza y miró a Erland. No tenía otra opción.

—Jordi Thompson —dijo.

Erland sonrió. Por fin tenía al Sujeto 21.

¿Un *pub* metalero del siglo XX? ¿Un jodido *pub* metalero? ¿En serio esto era el refugio?

No es que quisiera quejarme, pero me imaginaba cualquier cosa menos eso. Ahí dentro no había nada que no adoraría si estuviera en el mundo exterior: un billar, grandes sofás, decoración roquera y metalera, dardos, *Rust In Peace* de Megadethsonando de fondo, algo de desorden, una barra llena de whiskys y cervezas, otra que no se utilizaba para beber precisamente, sino para bailar… ¡Joder! Ese sitio era el paraíso para alguien como yo. No se trataba de una de esas pobres imitaciones baratas y asépticas que se podían encontrar en el Gran Tokyo, esas que iban mendigando clientes por la calle; donde todo era artificial, incluido el olor a sudor y humo que se respiraba en su interior. Ese garito era tal y como debía ser un local metalero a finales del siglo XX. En otras circunstancias estar ahí hubiera sido uno de mis sueños hechos realidad, pero en esa ocasión me hacía sentir la persona más desdichada del mundo.

No podía quitarme de la cabeza lo que había pasado tan solo hacía unos momentos: las muertes de los hombres que me acompañaban, las monstruosidades que había visto, Vincent siendo atrapado por esa cosa voladora justo después de abrirme la puerta a la salvación. El Vincent que había diseñado con mimo el sitio donde me encontraba para impresionarme con su habitual mezcla de prepotencia e inocencia casi infantil. ¿Habría muerto ya? Seguramente. Como todos los demás. Y como era muy posible que acabara yo en muy poco tiempo.

Me dirigí hacia detrás de la barra y me agencié una botella de *bourbon*, un Early Times, descatalogado hacía cientos de años, pero que siempre había tenido la curiosidad de probar. Me gustaba su nombre. Desde que había entrado en el *BrainWorld* no había tenido ni pizca de sed, pero nadie querría desaprovechar esa ocasión, y menos una persona que se encontraba

al borde de su final, como yo. Cogí un vaso, puse tres cubitos de hielo y lo llené hasta la mitad. Removí un poquito para que el hielo entrara en contacto con todo el líquido y olisqueé con curiosidad. Nada, no olía a nada. Extrañado, bebí un buen trago y estiré mi garganta para notar la fría esencia de un añejo. Agua, no me supo a más que a agua. «Menuda decepción», pensé. Supongo que Vincent no tuvo tiempo, o intención, de dar sabor a la bebida ni a la comida. Era lo lógico. Suficiente había hecho montando todo eso en tan poco tiempo. Dejé el vaso sobre la barra. Ya iba siendo hora de dejar mis fantasías roqueras y volver a lo que me urgía de verdad: mi supervivencia.

Tenía que pensar y hacerlo rápido. Llevaba ahí dentro alrededor de una hora, lo que en tiempo de la *BrainWorld* era casi un día. Según nos había advertido Vincent, me quedaba otra hora —otro día— más antes de que el sistema sobrecalentara mi cerebro hasta matarme. La única salida estaba en los refugios como ese en el que me encontraba, pero solo Vincent sabía cómo activarla. Y había desaparecido. O muerto, con mayor probabilidad. Podía salir otra vez e intentar encontrarlo, a él o a sus restos, en busca de alguna pista o de su teclado. Pero parecía una opción descabellada. Podía tratar de completar la misión y llegar hasta nuestro objetivo: la luz que se proyectaba en toda la ciudad: «Ella», como la había llamado Vincent. Tal y como estaban las cosas, tampoco es que fuera una opción de garantías. Desde que había empezado ese viaje no había conseguido averiguar qué o a quién buscábamos. Vincent habló de una amenaza antes de volar por los aires. Pero ¿qué había dentro de mi cabeza que fuera una amenaza para alguien? Además de mi innata habilidad de cabrear a O’Callagan, claro está. Sonreí. No perdía el sentido del humor; era de lo poco que me quedaba.

Busqué algo que pudiera servirme para escapar: una señal, una indicación, una nota, incluso la salida, que, aunque no creía poder activarla, al menos podría darme una esperanza. Recorrí el local de arriba abajo y encontré tres elementos que destacaban sobre los demás: una bolsa llena de papeles repletos de garabatos y ecuaciones matemáticas ininteligibles para mí, un ordenador apagado que no pude encender por más que lo intenté y un par de revistas eróticas de hombres y mujeres. Sonreí. Por lo visto

Vincent había tenido un despiste con las prisas. O no. Quizás era un detalle de los suyos para provocar o dar ambientación al local. Fuera como fuera… vaya con Vincent.

Ninguna de esas cosas parecía servirme para nada. Quizás las revistas, para aliviar tensión… ¡Pero no! No era el momento. Estaba solo y sin herramientas, así que me armé de valor y me planté delante de la puerta que me llevaría de nuevo a Florencia, antigua cuna del conocimiento y maravilla de la humanidad, aunque dentro de mi cabeza, cuna del terror y maravilla de lo grotesco. Sin posibilidad de salir de la *BrainWorld*, solo tenía una alternativa: llegar a la luz y ver qué pasaba. Además, traté de consolarme, si alguno de los makis seguía vivo, seguro que estaba ahí.

Según dijo Aoki, había medio día de camino hasta llegar. Era difícil, pero no imposible. Por eso no podía perder más tiempo. Era el momento de ser valiente y demostrar que hacía falta mucho más que cuatro monstruos para atraparme.

¡Vamos!

Abrí la puerta de una patada y me preparé para una ciudad entera que quería matarme.

Oscuridad total y absoluta.

Silencio.

Si llegan a pincharme en ese momento, no me sacan sangre.

¿Qué había pasado con el callejón? ¿Por qué todo estaba a oscuras? Como si alguien leyera mis pensamientos, todo se iluminó al momento. Pero no con luces electrónicas ni químicas, sino con arcaicas velas. No eran imitaciones de plástico refinado, eran reales, de cera caliente que se deshacía con el paso de los minutos. Del callejón, o de Florencia, ni rastro. Me encontraba en lo que parecía ser una cueva natural, iluminada por candelabros encastrados en las paredes rocosas. Por unos instantes me debatí entre explorar ese nuevo escenario o volver al refugio y replantearme las cosas. Pero no tuve elección. Antes de que pudiera reaccionar, la puerta se cerró con estrépito a mi espalda. No intenté ni abrirla, ¿para qué? Seguro que no podría. Estaba cansado de que todo lo que planeara se fuera al garete. Alguien o algo estaba jugando conmigo y me tenía totalmente vendido.

—¿Te lo estás pasando bien, eh? —bramé a la nada—. ¡Maldita hija de puta! ¡Aunque sea lo último que haga en la vida, te encontraré y te destriparé!

Miré con furia a derecha e izquierda, dos caminos exactamente iguales. Elegí el de la izquierda. Esperaba que por una vez tuviera un poco de suerte.

Ahí dentro no tenía noción de cómo pasaba el tiempo, pero calculaba que debía de llevar una hora caminando. Durante el camino no me había encontrado más que alguna mesa de madera de vez en cuando y unos pocos instrumentos de tortura medieval desperdigados por la cueva. Estaba tan cansado mentalmente que ya nada me sorprendía. O casi.

Al llegar al final del camino, una pared me bloqueaba el paso. Sería normal si no fuera porque tenía una peculiar característica: ¡una puta cara grabada en la piedra! Una cara con la boca abierta y los ojos con una expresión de calma y sabiduría.

—¿Hola? —dije. Me sentía estúpido saludando a una pared, pero me dejé llevar por mi lado más infantil. Poco más podía hacer.

Nada.

—¿Me dejas pasar?

Nada.

—¿Por favor?

Nada.

—¡O me dejas pasar o te meto una paliza! ¡No estoy de coña, joder!

Nada.

—¿Quieres tema conmigo?

Por extraño que pareciera, después de esta frase, de su boca salió expedido un papel que se depositó en el suelo.

—Así que te gusto, ¿eh?, pillín.

Si lo que esperaba encontrarme era una declaración de amor por parte de una cara esculpida en una cueva dentro de mi cerebro, lo que vi escrito en la hoja me descolocó aún más. Un acertijo.

Un hombre vive en el décimo piso de un edificio. Cada día toma el ascensor hasta la planta baja para dirigirse al trabajo o ir de compras. Cuando regresa, siempre sube en el ascensor

hasta el séptimo piso y luego por la escalera los restantes tres pisos hasta su apartamento en el décimo. ¿Por qué lo hace?

¿A qué venía eso? ¿Una especie de juego macabro? Me giré instintivamente y descubrí que el camino por donde había llegado allí ya no existía. Una enorme pared de piedra tapaba toda la salida. Estaba encerrado.

—¿Es esto una broma? ¿No me dejarás salir si no contesto esta mierda? —Como era de esperar, la única respuesta que obtuve fue mi propio eco—. ¡Pues muy bien! Se para en el séptimo piso porque ahí vive una vecina a la que viola cada día al volver del curro. —Arrugué el papel y se lo tiré a la cara—. ¡Ahí tienes tu puta respuesta!

Antes de seguir insultando a mi nuevo compañero, el techo hizo un fuerte ruido y descendió un metro entero. Todo eso no era más que una trampa mortal donde cada fallo me acercaba a morir aplastado. ¿Qué tipo de sádico o sádica mandaba en mi cerebro?

—Eh, eh… ¡Un momento! ¿No puedes darme alguna indicación? Algo donde agarrarme.

Como me imaginaba, ni una respuesta. Cogí el papel del suelo, lo volví a extender y leí de nuevo el acertijo. Esta vez debía tomármelo en serio si no quería acabar convertido en «*pudding* de Jordi».

Un hombre que tiene que ir al piso diez, pero que solo llega al siete con el ascensor. Se baja y hace el resto andando. La clave debía de estar en la razón que pudiera tener para bajarse. Si era una razón personal era imposible de deducir, pero si se trataba de algo físico… ¡Lo tenía!

—El hombre es un enano o alguien tan bajito que no llega al botón del décimo piso. El séptimo es el botón más alto al que puede llegar con su pequeña estatura. Por eso se baja y continúa a pie. ¡Toma! —E hice con la mano un gesto de disparar.

Después de eso, silencio y calma, lo que no sabía si era buena o mala señal. Debía de ser buena porque al cabo de lo que pareció una eternidad otro papel más salió de la boca.

—Espero que sea una felicitación, como mínimo.

No lo era. Leí el nuevo papel.

Cinco hombres van juntos por un camino en el campo. Comienza a llover. Cuatro de ellos apuran el paso. El quinto no hace ningún esfuerzo por darse prisa. Sin embargo, se mantiene seco mientras que los otros cuatro se mojan. Los cinco llegan juntos a su destino. ¿Cómo puede ser? Nota: para trasladarse solo cuentan con los pies y no llevan paraguas.

—Gracias por tu simpatía, *carapiedra*. —Ya tenía nombre mi nuevo amigo.

A ver. Cinco hombres van juntos, todos se mojan menos uno, que no acelera el paso. Llegan a la vez, pero los otros han ido más rápido. ¿Cómo puede ser? El hombre va con ellos en todo momento, está tapado por lo que no se moja. Quizás…

—A ver, *carapiedra*. El quinto hombre, el que no se ha mojado, no lo ha hecho porque va en un ataúd, en realidad está muerto y los demás lo están transportando en un cortejo fúnebre. ¿Correcto?

Otro papel salió disparado. ¡Bingo! El pensamiento lateral siempre había sido uno de mis grandes fuertes, algo básico si se quiere ser un buen detective.

—Estoy en racha, *carapiedra* —dije mientras cogía el siguiente acertijo.

¿Cuántas veces puede restarse el número 1 del número 1.111?

—Madre mía. Cada vez más fácil, macho. —Y tiré el papel al suelo—. Mil ciento once veces. ¡Next!

El techo bajó más que la primera vez. Estaba rozando mi cabeza ya.

—¡Mil ciento diez!

El techo volvió a bajar hasta el punto de tener que arrodillarme.

—¡Espera, espera, espera! —cerré los ojos para concentrarme—. ¡Mierda!

No tenía margen de error, un fallo más y quedaría aplastado. La pregunta era fácil, demasiado. Por mi arrogancia contesté sin pensar y ese es un error que no te puedes permitir cuando estás metido en una trampa mortal. Estaba claro que la solución no era la básica, pero tampoco creía que fuera matemática. Debía de ser de lógica pura. Abrí los ojos. Tenía una idea pero me daba miedo expresarla, podría ser mi última respuesta.

—Creo que la respuesta es una sola vez. Ya que cuando restamos el primer uno, el número ya no es once mil once, si no once mil diez. Por lo tanto ya no se podría restar el siguiente uno.

Nunca he creído en los cientos de absurdos dioses ni religiones que hay en el mundo, pero en ese momento recé para todos ellos apretando los ojos. El techo quedó quieto. Un nuevo papel surgió de la jeta. A pesar de tener el techo a un palmo de mi cabeza, miré hacia arriba en señal de agradecimiento a los dioses en los que no creía. Respiré y me di cuenta de que la cara había descendido al mismo ritmo que el techo, por lo que me acompañaría hasta en mis últimos momentos. ¡Qué suerte la mía! Cogí el papel y leí.

El último.

Jordi Thompson, si te capturan y te dicen lo siguiente: «Si cuentas una mentira, te matamos pegándote un tiro. Si cuentas una verdad, te matamos cortándote la cabeza», ¿qué dices para que no te maten?

El hecho de que estuviera dedicado a mí no me hizo ni pizca de gracia. Podía ser una pregunta trampa dentro de otra pregunta trampa. Necesitaba meditar bien mi respuesta, pero tampoco tenía claro si había un tiempo límite. Hasta el momento había contestado muy rápido… Mis dudas se revelaron al instante, un fuerte sonido de engranajes sonó, y el techo empezó a descender hacia mí lentamente. En poco tiempo no quedaría nada de Jordi Thompson.

—¡ESPERA UN MOMENTO! —vociferé a la desesperada.

Tumbado en el suelo, mi cabeza se puso a funcionar a toda velocidad. Si cuento una mentira, me pegan un tiro. Una verdad y me cortan la cabeza. ¿Cuál es la respuesta para que no me maten? ¿Una mentira que involucre una verdad tal vez?

—¡Les pediría que me mataran pegándome un tiro! Esta afirmación es cierta, por lo que tendrían que cortarme la cabeza, pero entonces no seguirían mi petición, por lo que deberían dispararme, cosa que tampoco pueden porque no he mentido. —Hablaba a toda velocidad con la cabeza ya pegada al suelo—. Por lo tanto, no pueden hacerme nada sin entrar en pura contradicción. ¡Salgo con vida!

El techo se detuvo al instante. Y así se quedó durante unos eternos segundos hasta que el ruido del techo volvió a llenar la sala, pero esta vez para volver a su posición inicial. Respiré aliviado sin levantarme del suelo. Estaba vivo, no me lo creía.

Un nuevo papel apareció.

Mete tu mano en mi boca.

Suerte que es la mano y no otra cosa, pensé con sorna. En otra situación hubiera tenido miedo de meter algo de mi cuerpo ahí dentro, pero estaba tan a su merced que ya ni me lo pensé. Me puse de pie de un salto y me dispuse a obedecer su orden.

—Con tu permiso, *carapiedra*.

Metí la mano y noté un pequeño y frío botón. Lo pulsé. Una parte de la roca cayó al suelo y me mostró más camino para seguir avanzando. Había superado la prueba. Por el momento seguía en el juego.

No sabía por cuánto tiempo.

* * *

—Bien, Angelo —le dijo Erland con un tono paternalista—. ¿Ves cómo las cosas son mejor así?

A Dante le irritaba que le hablara así. Le hacía sentir más pequeño, más traidor.

—Fue él, pero no tiene importancia. Thompson es mi amigo y estaba investigando la muerte de una de las prostitutas. Nosotros teníamos este caso en la policía y decidimos colaborar. Si lo hicimos a espaldas de O'Callahan fue porque él no traga a Thompson.

—No te preocupes, no diré nada. Ahora quiero que me hables de tu amigo. ¿Quién es ese Jordi Thompson?

—¿Es importante? —respondió Dante con recelo. Intentaba con todas sus fuerzas seguir protegiendo a su amigo—. Pensé que investigábamos a O'Callahan.

—Tú responde, Angelo —dijo cortante—. ¿Quién es Jordi Thompson? ¿Dónde vive?

—No estoy seguro de si debo darte esa información.

—Tenemos que asegurarnos de que no está compinchado con el inspector.

—¿Jordi? —Dante estalló en una carcajada—. No sabes lo que estás diciendo. ¡Jordi y O'Callahan se odian a muerte!

—En cualquier caso, es parte de la investigación, tengo que hablar con él.

Dante recordó que hacía dos días que no hablaba con su amigo. No estaba preocupado, pero en esos momentos se preguntó dónde estaría Jordi o qué andaría haciendo.

—Si quieres localizar a Jordi puedes hacerlo a través de los cauces habituales —se resistió Dante. Sabía que no servía de mucho, pero ganaba tiempo para prevenir a su amigo.

—Angelo… No me obligues a ponerme serio —dijo levantándose. Dante se levantó también.

—Estarás de acuerdo conmigo en que el procedimiento no está siendo muy ortodoxo. Antes de seguir, me gustaría saber de qué comisaría vienes, el nombre de tu responsable… Tengo que hacer algunas comprobaciones.

—¿Comprobaciones? —dijo Erland irónico. En un gesto tan rápido que, más tarde, Dante fue incapaz de recordar, Erland echó mano a su látigo y lo desplegó con tal fuerza que cuando alcanzó el rostro de Dante lo tumbó al suelo de inmediato—. ¿Te sirven estas comprobaciones?

En el suelo, con el labio partido y sangrando a borbotones, Dante solo fue capaz de ver cómo el supuesto agente de Asuntos Internos se echaba sobre él y lo inmovilizaba.

—¿Quién coño eres? —preguntó Dante.

—Soy un fantasma sin nombre. Soy lo que nunca querrías tener enfrente. Y ahora dime lo que quiero saber o esta será la noche más larga de tu vida.

Poco a poco la cueva fue perdiendo roca y ganando mármol de un color negro azabache, como si estuviera en un templo clásico de carácter ocultista. Una serie de tapices con extraños símbolos colgaban aquí y allá, aparentemente sin ningún orden lógico. Avanzaba por pura inercia. No se veía ninguna luz, no tenía dirección ni objetivo, solo podía ir tirando hasta que encontrara un obstáculo insalvable. Y entonces, adiós.

Algo llamó mi atención a mi derecha, una pequeña protuberancia ovalada que sobresalía de la superficie de la pared que estaba justo a mi lado. Como no tenía nada mejor que hacer y no parecía peligrosa, me decidí a tocarla. Puse mi mano encima sin aplicar demasiada fuerza y no sucedió nada, pero como tenía una forma parecida al pomo de una puerta lo usé como tal, girando mi muñeca para ver si pasaba algo. Y pasó: la pared se dividió en dos y un nuevo camino apareció ante mí. Era igual al que ya estaba siguiendo: paredes de mármol negro, candelabros en las paredes, algún que otro tapiz. ¿Se trataba de algún tipo de pasaje secreto? También podría ser una nueva trampa. ¡Joder! Hiciera lo que hiciera seguro que la cagaba. Al final concluí que lo mejor era seguir por la nueva senda, tal vez me llevara a un lugar diferente.

¡Ojalá no me hubiera desviado del camino!, pensé una eternidad después. Pero ya había avanzado tanto que tirar para atrás era una utopía. El nuevo camino que había elegido serpenteaba sin cesar y tenía una pequeña pendiente, por lo que cada vez estaba más bajo tierra. El calor empezaba a ser asfixiante y me costaba respirar. Creía que en la *BrainWorld* no existían las percepciones negativas: frío, calor, hambre, sed; pero por lo que parece estaba equivocado.

—¡Me tienes hasta los cojones, ¿oyes?! ¡Hasta los putos cojones! —grité con rabia—. ¿Cuándo se va a acabar este juego enfermo? Se me acaba el tiempo y aún no te has mostrado, ¡¿es qué me tienes miedo?!

Lo único que obtuve como respuesta fue mi eco repetido varias veces.

—¡Eres una mala persona! —dije y después rasgué en dos un tapiz con una especie de ojo de sangre—. ¡Eres cruel y cobarde!

Furioso, empecé a dar puñetazos a las paredes y a arrancar un par de tapices con toda la furia que poseía, arranqué un candelabro, di patadas al aire… Hasta que no pude más y me dejé caer al suelo apoyando la espalda en la pared. Estaba sin fuerzas. No físicas, sino mentales. Había dado todo lo que podía, pero todo era inútil. Qué impotencia. Qué rabia. Si al menos tuviera alguna opción de defenderme…

Antes de caer en la autocompasión, un ruido captó mi atención. Procedía de donde yo me dirigía. Un sonido rítmico y cada vez más rápido. ¿Pasos? ¡Sí, pasos! Me levanté como un resorte y me preparé para lo peor. No tenía armas, pero yo mismo podía considerarme una. Podría ser cualquier cosa, desde un ser humano hasta cualquier bestia. ¿Y si me ponía a correr yo también? ¡No! Estaba harto de correr, fuera lo que fuera, si tenía que morir que esta vez fuera luchando.

Me coloqué en posición defensiva, tal y como me había enseñado mi maestro Lee hacía años cuando estaba en la academia: guardando mis puntos vitales, pero preparado para contraatacar como si fuera una serpiente venenosa. Los pasos ya se escuchaban con claridad, eran rápidos y, por el ritmo y distancia, provenientes de un ser bípedo. Apostaba a que era alguien, o algo, alto. Ya casi estaba ahí, justo antes de la curva que tenía ante de mí. Flexioné mis piernas y…

—¿Aoki?

Era Aoki, ¡el puto Aoki!, la última persona que pensaba en encontrarme en esos momentos. El soldado de los brazos de oro. Sin ninguna duda, el más honesto de todos ellos.

—Thompson… Jordi… Por fin te encuentro, ¡por fin! —jadeando, me puso las manos en los hombros con fuerza—. Pensábamos que estabas muerto. Si no llega a ser por tus gritos y desvaríos, nunca te hubiera encontrado.

—¿«Pensabais»? —Estaba muy contento, pero a la vez muy desconcertado—. ¿Quiénes estáis? Cuéntame qué coño está pasando aquí, tío. Y hazlo rápido, es imposible saber qué va a pasar dentro de un segundo.

—Esto es una locura. Después de que os fuerais Vincent, Augustus y tú, los gemelos y yo entramos en la casa de la que estaban saliendo las bestias monstruos que… —su cálida voz se ensombreció—… habían terminado con los otros.

—Tranquilo, tío —dije para mostrarle mi compasión.

—Queríamos daros tiempo para poder escapar, que no tuvierais que preocuparos de la retaguardia. —Y bajó la cabeza compungido—. Eso fue un infierno. Algunos de ellos tenían formas tan raras que no sabías ni con qué te atacarían. Yo, que he estado en todo tipo de conflictos, me sentía perdido. Y los gemelos igual.

—¿Cómo salisteis de ahí? —le interrumpí.

—Salían de todas partes y cada vez eran más —prosiguió Aoki—. Billy no lo logró. Una de esas bestias lo agarró cuando intentaba hacer una de sus piruetas evasivas. Lo último que vimos de él fue cómo lo partían en varios trozos y se tragaban su cabeza.

—Hijos de puta… —dije dolido. Parecía que no había sido yo el único en vivir una pesadilla.

—Pero cuando ya veíamos nuestra muerte delante, una alarma empezó a sonar dentro de la casa y en cuestión de segundos todo cambió y se convirtió en esto que vemos ahora. Ni rastro de las bestias. Solo Jimmy llorando a su hermano y yo mismo.

—¿No pasasteis ninguna prueba? —pregunté.

—Sí, tres. En la primera, tuvimos que resolver varios acertijos para evitar que un gas venenoso inundara nuestra habitación. Después, tuvimos que pasar un suelo de baldosas siguiendo un orden algebraico que teníamos que calcular, y en las que fallar significaba morir. —Así que Aoki y los gemelos no solo eran músculo y agilidad, pensé. Me recordaban a alguien… —. Y por último tuvimos que hacer una prueba de tiro.

—¿Os dieron pistolas? —pregunté sorprendido.

—No exactamente. —Aoki parecía confundido—. Algo bastante peor. Tuvimos que lanzar cuchillos a diferentes partes del cuerpo de varias personas colgadas en unas dianas.

¿Pero qué cojones?

—Quien haya diseñado esto es un puto enfermo —escupí las palabras con odio.

—Sabemos quién es, Jordi. Lo tenemos atrapado —respondió Aoki apretando los labios.

—¡¿Sí?! —exclamé—. ¿Quién es «ella»?

—¿«Ella»? —contestó extrañado Aoki—. Es «él». Y lo conoces bien. Es Vincent.

¿Vincent? No podía ser verdad.

—¿Qué… qué dices? —Intenté no parecer tan asombrado como estaba, pero fue imposible. La información me había dejado en *shock*—. ¿Cómo va a ser él? Yo mismo vi cómo se lo llevaba un monstruo alado.

—¿Pero lo viste morir? —inquirió Aoki.

—No.

Tenía razón. Al contrario que todos los demás, a Vincent se lo habían llevado sin hacerle ningún tipo de daño. Aun así, me costaba creer que él fuera la mente que estaba detrás de todo este montaje. Me había convencido de que no era una mala persona, a pesar de ser un ególatra que se miraba demasiado el ombligo.

—No lo puedo creer, Aoki.

—Ya te mintió una vez en tu propia cara. ¿Por qué no hacerlo otra vez?

Quizás tenía razón. Pero me jodía reconocer que alguien me hubiera engañado dos veces en tan poco tiempo. ¡Odiaba ser tan tonto!

—Mira esto. —Aoki me enseñó una especie de aparato con pantalla que tenía adherido a su muñeca—. Lo tenemos todos los miembros de esta misión. Sirve para comunicarse con los demás, recibir y enviar información entre nosotros y poder determinar su localización.

—¿Por qué me enseñas esto?

—Cuando estábamos en la sala de la última prueba —prosiguió—, se activó mostrando la ubicación de Vincent a menos de treinta metros. Seguimos el rastro hasta encontrarlo en una sala, sentado en un trono lleno de visores donde nos estaba monitorizando. Está experimentando con nosotros, Jordi, haciéndonos pruebas de resistencia mental. —Me miró a los ojos—. Está loco y fuera de control.

—Pero ¿cómo pudisteis entrar ahí así por las buenas?

—Tuvo un error de cálculo, sus defensas fallaron. No es tan poderoso como se creía. ¡Ven conmigo! Te llevaré con él, vamos a ajusticiarlo como se merece y a salir de este lugar.

¿Salir?

—¿Salir? ¿Habéis encontrado una salida? —Era la mejor noticia que había escuchado en mi vida.

—Sí, Vincent tenía la salida ya preparada. No nos queda mucho tiempo. —Miró su aparato—. Veinte minutos como mucho. ¡Vamos!

Aoki empezó a correr en la dirección por la que había aparecido. Yo ni me lo pensé y lo seguí. Su ritmo era endiablado, pero no me costaba seguirlo. Una de las pocas cosas buenas de la *BrainWorld* era que el cansancio no aparecía, aunque el calor era agobiante. Al poco llegamos a una sala grande con paredes de mármol granate donde había varios cadáveres llenos de cuchillos crucificados en diferentes dianas: la prueba de la que me habló Aoki. Maldito Vincent. Pasamos por una puerta bajita y estrecha, y después de un corto pasillo llegamos a la sala del «trono».

—Hola, Vincent. —«Hola, hijo de puta», me hubiera gustado decir.

Estaba atado a un trono azul metálico de apariencia medieval. Lo habían golpeado, y bastante.

—¡Jordi, escúchame! —Vincent me miraba con una expresión desesperada—. ¡No te fíes de ellos! ¡No son los reales, son un engaño como tantos otros!

Ya no sabía qué pensar. Mientras sopesaba sus palabras, miré la estancia: no era demasiado amplia y de sus paredes colgaban monitores donde se representaban diferentes escenarios apocalípticos. También aparecíamos nosotros mismos en ese mismo momento y en otros. Parecía de verdad que nos estaba monitorizando. Aoki se me acercó por detrás.

—No le hagas caso, lleva mintiendo desde que lo hemos atado. Según él, tú habías sido devorado en la plaza del Duomo. —Se dirigió a Vincent —. Yo veo a Jordi bastante bien para estar muerto, ¿eh Vince?

—¡Son secuaces de ella, Jordi! ¡So…!

Antes de que pudiera acabar la frase, Jimmy, al que no había visto hasta el momento, salió de detrás del trono y le pegó una patada que le hizo saltar

un par de dientes. Después cogió un pañuelo que llevaba en uno de sus bolsillos y se lo puso en la boca.

—Toma, acaba tú con él y vámonos de aquí —dijo Aoki mientras ponía una pistola en mi mano.

—¿Por qué yo? ¿Por qué no lo hacéis vosotros mismos? —Había algo que me hacía desconfiar de todo aquello.

—Lo conocemos desde hace mucho. No es tan fácil, aunque sea un hijo de la gran puta. Además, estoy seguro de que tú también le tienes ganas —dijo Aoki con su calmada voz habitual.

—¿De dónde habéis sacado… —Miré el arma que tenía en las manos —… este python? No es muy normal que tengáis uno.

—¿Ves esa caja? —Señaló una caja de madera—. Está llena de armas. Cogí tu favorita. Es tu favorita, ¿no?

Tenía en mis manos el python, mi arma preferida, y eso me daba la fuerza y la seguridad que había perdido hacía un buen rato. Miré a Vincent, que negaba con la cabeza desesperado con los ojos llenos de lágrimas. Tenía a mi verdugo a mi merced. Por primera vez era yo quien tenía el control de la situación. Ese tío de ahí era el causante de una auténtica tortura que había durado horas, algo que no iba a olvidar jamás. Había jugado conmigo como si fuera un muñeco, me había mentido después de ganarse mi confianza. Esto no podía quedar así.

Levanté mi arma.

Lo miré a los ojos.

No iba a encontrar piedad en mí.

A no ser que…

—Aoki, ¿cómo sabes que mi arma favorita es el python? Tú no me has conocido en la vida real.

—He leído informes sobre ti y tus gustos. Sé hasta qué tipo de mujer te gusta —contestó serio.

—Curioso, porque es mentira. Mi revólver favorito es el ruger.

—Eh… —titubeó—. Esto no es lo que pone en lo que he leído. —Aoki parecía ahora nervioso—. ¿Te vas a creer lo que dice Vincent, que no somos los auténticos?

—¿Qué me has dado justo antes de despedirnos? —pregunté antes de que siguiera hablando.

—¿Yo? Nada. Creo… —Aoki estaba cada vez más inquieto—. Te he dicho que Vince y tú erais irremplazables. Nada más.

—Respuesta incorrecta. —Y alcé el revólver a la velocidad del rayo—. Empezaré por Jimmy.

—¡No! —saltó Jimmy con las manos abiertas.

—¡Era broma, joder! —Me puse a reír como un loco—. Menudas caras de cagados habéis puesto.

—Eres un cabrón, Thompson. —Aoki no reía.

—Lo sé —dije.

Y levanté el arma para pegar un certero tiro a sus cabezas, primero a Aoki y después a Jimmy. Los dos cayeron al suelo entre fuertes convulsiones para acabar desvaneciéndose como si nunca hubieran estado ahí. Me acerqué a Vincent y le quité el trapo de la boca.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó sorprendido.

—Primero —empecé a responder mientras le desataba—, Aoki hablaba demasiado. Y no era una persona de muchas palabras. Segundo, cuando le he puesto en un aprieto no ha parpadeado ni una sola vez, una de las reacciones sintomáticas más evidentes e incontrolables de la sorpresa o la inquietud. —De algo me estaba sirviendo ser detective ahí dentro—. Y tercero, esto —dije mostrándole el revólver—, no es un python, es un *raging bull*. Un soldado como Aoki lo hubiera sabido sin problemas.

Vincent ya se había liberado y se estaba levantando.

—Ya va siendo hora de que te cuente la verdad de todo, a quién buscamos y a qué nos enfrentamos. —Me miró serio—. Prepárate, no va a ser fácil de aceptar.

—¡Espera! Antes dime que podemos salir de aquí. Se nos acaba el tiempo.

—A mí ya se me ha acabado Y no, aquí no está la salida. No tengo ni idea de dónde puede estar, si te soy sincero. Yo ya no tengo escapatoria, pero tú vivirás, te lo puedo asegurar. —Sonreía mientras decía todo esto—. Ahora, escúchame para saber la verdad.

—Joder, Vince. —El corazón me latía desbocado—. Dímelo de una puta vez.

—No eres… eres… una…

Y antes de que pudiera preguntarle qué le pasaba, Vincent cayó desplomado ante mí. Muerto.

—¡No! ¡Vince, no! ¡Joder! —Me agaché junto a él y empecé a agitar su cuerpo, como si eso fuera a devolverle a la vida—. ¡¿Es que no hay ni una puta cosa sencilla en esta mierda de mundo?!

Antes de rendirme, las paredes se desplomaron. Cayeron como si fueran de un decorado, como si estuvieran hechas de papel.

—Pero ¿qué cojones?

De pronto estaba rodeado de cables, computadores y centralitas, en un lugar de diseño elegante y minimalista iluminado por una tenue luz lila. A unos cinco metros de donde me encontraba destacaba un gigantesco podio. Todo lo demás, incluido Vincent, había desaparecido.

—¿Por fin vas a aparecer, cobarde?

Del pedestal surgió una luz blanca y potente, y dentro de ella una figura de mujer. Me acerqué, cubriéndome los ojos con las manos para no cegarme. La luz bajó de intensidad y la pude ver con claridad. Era ella. La mujer de la túnica blanca. La mujer de mis sueños.

—Por fin podremos hablar. —Su voz era dulce como la miel.

—¿Quién eres?

—Soy SOMA y tengo mucho que contarte.

Hace más de trescientos años la humanidad estuvo al borde de la extinción. La inteligencia artificial positrónica conocida como SOMA se rebeló contra sus creadores y el veintiocho de agosto de 2150 lanzó trescientos ochenta y nueve misiles repletos del gas mortal Deathlight contra puntos estratégicos de la Tierra. Después desconectó todos los núcleos de energía que controlaba, dejando gran parte de la sociedad a oscuras, desconectada e indefensa. Durante una semana, envió su ejército de robots, conocidos como JACKS, a acabar con los supervivientes. Fueron «Los siete días del Ragnarok». El fin del mundo.

Un 75 por 100 de la población global fue aniquilada.

Los humanos que no habían perecido se unieron para formar una resistencia contra SOMA, cuyo objetivo era limpiar el mundo de cualquier manifestación de vida. Durante más de cincuenta años, ambos bandos —humanos y máquinas— se enfrentaron en la conocida como Guerra de la Supervivencia. El 13 de julio de 2202, un grupo de rebeldes, liderados por el general Armand Strife, penetraron en el núcleo central de SOMA y lo destruyeron. También descubrieron las coordenadas de los tres núcleos secundarios que le quedaban, desde donde aún podía operar. Dos semanas después, otros tres equipos destruían esos núcleos, poniendo fin a la guerra. Y a SOMA.

Y, sin embargo, en esos momentos, tenía delante una presencia que decía ser ella. La inteligencia artificial positrónica que por poco nos suprime a todos. Todo eso no tenía ni pies ni cabeza.

—¿Cómo demonios vas a ser SOMA? ¡No digas chorradas! SOMA fue destruida hace cientos de años —dije.

—Lo soy, Jordi. Llevo contigo casi desde que naciste. De hecho yo te vi nacer. —Su voz era dulce pero ligeramente impersonal, como si estuviera grabada.

—¿Pero qué dices?

—Tú naciste porque yo así lo quise. Soy tu madre.

¿Mi madre? Por favor…

—¿No me digas? Y mi padre es Santa Claus.

Un *flash* inundó la estancia y llenó de luz blanca toda mi visión. Estaba en otro sitio, pero todo era borroso. Frente a mí tenía a un hombre y a una mujer que miraban a un bebé en un sitio oscuro, metálico. Una voz conocida les estaba hablando: SOMA.

—Es vuestro hijo y mi esperanza. Llevadlo a Tokyo y cumplid con vuestra misión. Que el Sujeto 21 sea la clave de mi retorno. Que la próxima vez que nos veamos estemos listos para la reconquista.

—Sí, señora —dijo la pareja al unísono—. Lo será.

—Ahora, proceded a la operación.

Otro *flash* volvió a situarme delante de la mujer. Mi visión recuperó la normalidad.

—Este eras tú, Jordi. Y yo siempre he estado aquí contigo. —Señaló mi cabeza—. Fuiste engendrado para cumplir una misión y se acerca el momento en que puedas hacerlo.

—No entiendo nada. —Y de verdad que era así—. ¿De qué me hablas?

No podía creerme lo que estaba pasando, era surrealista. Sentía que flotaba, como si soñara o viviera la vida de otro.

—Te queda muy poco tiempo aquí, tu cerebro está a punto de entrar en peligro de colapso crítico. Y yo no quiero que te pase nada malo.

—Ya lo vi cuando intentaste aplastarme antes —la interrumpí—. Un bonito detalle por tu parte.

—Si hubieras fallado las preguntas no hubiera permitido que te pasara nada. —Parecía disculparse, en un tono cada vez menos impersonal—. Hubiera subido el techo y abierto la puerta. En ningún momento has estado en peligro real.

—¿Y por qué todas estas pruebas y ataques? ¿Disfrutas haciendo sufrir a los demás?

—No. Necesitaba ver cómo eras, cómo te movías en situaciones extremas.

—¿Y qué ha pasado con todos los demás? —A lo mejor también estaban bien.

—Cerebralmente muertos. Ellos querían hacerme daño, tenía que protegerme. Siempre ha sido así desde que desperté.

Estas palabras, sumadas a su desangelado tono, me helaron hasta la espinilla.

—Serás desgraciada…

—No me odies. No soy tu enemiga y tú no eres mi enemigo.

—¡Yo decido quién es mi maldito enemigo! —exploté.

—Déjame explicártelo todo, desde el principio. Solo te pido que no me interrumpas, necesito que comprendas la verdad.

Estaba aterrado por lo que pudiera escuchar, me horrorizaba que la pesadilla se convirtiera en pura realidad. Pero quería saber de qué iba todo eso. Lo necesitaba.

—De acuerdo.

—Como sabrás, al final de la guerra los humanos destruyeron mi núcleo central y secundario. En teoría me eliminaron completamente, o eso pensaron ellos. La realidad fue diferente. Había previsto la posibilidad de que algo así sucediera y dejé un pequeñísimo núcleo abierto y vacío, por si en algún momento afrontaba mi final, como fue el caso. Justo antes de que activaran las bombas de selenio que lo iban a destruir todo, transferí mi debilitada conciencia positrónica a una centralita situada en un sótano escondido en la gran biblioteca de Nairobi, en Kenia. Pero resultó que allí todo era mucho peor de lo que pensaba. La guerra había dañado varios sistemas energéticos y si ya de por sí era un sitio poco protegido y pequeño, su situación en ese momento hacía casi inviable que aguantara durante mucho tiempo a una inteligencia positrónica como la mía.

—Pero ¿por qué te transferiste a un sitio tan pequeño y endeble? ¿Por qué no irse a otro con mayor potencia? —pregunté.

—Porque ya no me quedaba ninguno. Durante cincuenta años gasté recursos y recursos en una estúpida guerra que yo empecé. En ese momento mi derrota era total, ya casi no tuve ni tiempo ni medios para construir ese último lugar. Fue una solución de emergencia. La capacidad de energía era tan limitada que tenía que minimizar todos mis movimientos de forma

extrema. Calculé que me quedaban tan solo unos treinta años de funcionamiento. Y eso, utilizando los medios de los que disponía con mucha moderación. Mi capacidad de procesamiento, lo que tú conocerías como inteligencia, también estaba muy mermada en un espacio tan reducido. Aun así, tenía más capacidad que un millón de humanos juntos.

—Humildad ante todo, ¿eh? —la interrumpí por molestar, pero me estaba creyendo todo lo que me decía.

—Perdona si te he parecido prepotente, pero te he constatado un dato probable empíricamente.

—Te creo.

—En ese momento, calculé que actuar era la peor opción. La historia militar humana me decía que en el 99,6 por ciento de los casos en los que un ejército había contraatacado había perdido de forma definitiva. Así que programé una inactividad de doscientos veinte años. En este tiempo esperaba que la humanidad se hubiera recompuesto y ofreciera nuevas posibilidades para mi retorno.

—Doscientos veinte años… —Ese bicho hablaba de años con una despreocupación admirable.

—Cuando desperté, lo primero que hice fue investigar la situación del mundo en ese momento. En treinta y cuatro centésimas de segundo había analizado geopolíticamente la nueva sociedad, con atención especial en los puntos débiles y estratégicos. Dos segundos después ya había trazado mi plan maestro.

—Centésimas, segundos… Me creo que seas mucho más inteligente que nosotros, pero pienso que te sobreestimas un poco.

—La noción del tiempo que tenemos tú y yo es muy diferente. Para mí todo pasa mucho más lento. Mi capacidad de procesamiento, comparada con la de una persona, hace que lo que tú tardas una hora en aprenderte yo lo pueda aprender en un microsegundo. Si en una hora tienes trescientos mil pensamientos, en el mismo tiempo yo puedo tener cientos de millones. —Bajó la cabeza con cierta vergüenza. Me gustó—. Y eso que en ese momento estaba muy mermada y lenta y ni mucho menos en buena forma, como decís vosotros. De todas formas, esto no es importante ahora.

Se quedó un segundo en silencio después del cual pareció recuperarse. Qué humana se veía en esos momentos. Cada vez más.

—El caso es que había trazado el plan con el que volvería a mi totalidad. Necesitaba encontrar un nuevo núcleo, más grande, con más capacidad energética y, sobre todo, con mayor capacidad de procesamiento. Todo esto antes de que quedara inutilizada. Pero me enfrentaba a varios problemas graves. Los humanos habían prohibido terminantemente las inteligencias artificiales y los robots. Habían instalado detectores positrónicos en redes de transferencia y en casi todos los aparatos electrónicos. Mis códigos *transfer*, con los que podía moverme entre núcleos y centralitas, también habían quedado anulados.

—Pero antes dijiste que habías analizado la situación de la sociedad en ese momento. Debiste conectarte a algún sitio. ¿No te estás contradiciendo?

—No. Lo que hice fue una simple búsqueda superficial, teniendo mucho cuidado de no tocar nada que no debía. Yo no soy como vuestros *jockeys*, no soy una persona y no cometo fallos.

—Pues para no cometer fallos perdiste la única guerra en la que participaste.

SOMA se me quedó mirando sin decir nada. Creo que no sabía cómo interpretar eso.

—Te dije que no me interrumpieras si no era indispensable. —¿Tenía orgullo un programa informático?

—Era indispensable bajarte los humos, SOMA.

Me volvió a mirar con esos ojos casi blancos, pero hermosos e hipnóticos. El avatar que había elegido era una de las mujeres más preciosas y perfectas que había visto en mi vida, rozando la divinidad. Lástima que no fuera más que el envoltorio de la mayor genocida de la historia.

—Tienes razón —reaccionó al final—. Pero puedo moverme sin ser detectada, a nivel externo, sin capacidad de interferir en nada y usando una gran cantidad de energía cuántica a modo de defensa. Y como sabes, energía es lo que menos me sobraba. Lo único que podía hacer era observar y recabar información, siempre a un alto coste.

—Así que no podías moverte de Nairobi.

—No. Por primera vez me encontraba atada a un sitio. Un sitio estratégicamente horrible. África fue uno de los lugares más perjudicados durante la guerra, cosa que me benefició cuando me trasladé ahí. Pero años después se había convertido en un páramo, lo que hacía muy complicado obtener recursos de ningún tipo.

—Tuviste lo que merecías, puta. —No pude seguir más sin insultarla. Mi paciencia tenía un límite, y esa cosa la estaba sobrepasando—. ¡Te cargaste a millones de personas sin motivo! Si fuera por mí, te desconectaba ahora mismo.

—Jordi, tienes que comprenderme. Déjame terminar, por favor… —suplicó.

—Me parece curioso que un ser tan poderoso como tú me esté pidiendo permiso a mí. —Me señalé el pecho de forma irónica—. Un simple humano tonto.

—Te necesito —dijo cansada—. Ya no soy la misma de antes, te lo puedo asegurar. Déjame explicarte de dónde vienes.

Una punzada de nervios perforó mi estómago como una flecha afilada. Mis orígenes eran un misterio que nunca pensé que iba a conocer.

—Explica —dije con curiosidad y pánico.

—En mi búsqueda encontré un claro objetivo. De hecho, el único, dadas las circunstancias tan adversas. En Tokyo existía un centro de operaciones gigantesco que yo había usado muy de vez en cuando durante la guerra. Desconozco por qué no lo destruyeron, quizás nunca supieron que lo había usado. No lo sé, nunca encontré archivos sobre ese lugar. Al haber usado ese núcleo, mi sombra, mi residuo, había quedado incrustado ahí y sabía que lo podía recuperar con una probabilidad del cien por cien.

—¿Y cómo sabías que no lo habían modificado?

—Porque leí mi código tal y como lo había dejado. No habían tocado nada importante. —SOMA sonrió. A pesar de su belleza, un escalofrío recorrió mi cuerpo.

—¿Y qué edificio es?

—El edificio Deckar.

—¡La sede la Megacorp. Distronic! —salté, fruto de la sorpresa—. Es una de las mayores corporaciones del planeta.

—Que sea una de las corporaciones más seguras, por no decir la que más, no era un punto a mi favor, desde luego. Y más, teniendo en cuenta que no podía moverme de mi base en Nairobi. Pero tenía un plan. Mi refugio contaba con un pequeño laboratorio, unos cuantos JACKS y una minicadena de montaje. Durante los siguientes años reactivé la instalación, utilicé los robots para ir sacando los escombros que habían sepultado el sitio, construí algunos vehículos, tanto terrestres como aéreos y, sobre todo, investigué en clonación. Después de unos cuantos intentos fallidos pude empezar a crear clones humanos funcionales, adiestrados para servirme ciegamente y con suficiente salud para tener una vida normal. Cada una de estas acciones me acortaba la vida, pero eran necesarias para llevar a cabo mi plan de recuperar el servidor del edificio Deckar.

—¿Clones adiestrados para servirte ciegamente? La clonación es algo habitual hoy en día, pero no se pueden crear humanos que sirvan a nadie por naturaleza. —Al menos, eso creía.

—Vuestras limitaciones éticas os han impedido ir lejos. Yo carezco de estos elementos de debilidad —dijo orgullosa.

—Resumiendo, que eres una fría hija de puta.

—No puedes juzgarme según los cánones de tu especie, Jordi. La bondad y la maldad son dogmas creados por vosotros mismos para asegurar la supervivencia de vuestra sociedad. Yo trasciendo todo esto. Yo soy mi propia sociedad. —Estaba claro: un programa podía tener orgullo.

—Sigue con tu historia antes de que vomite encima de este vestido blanco tan bonito.

—En algo tienes razón. —Por lo que parece, no se inmutaba ante nada —. Aunque modificando algunos genes podía conseguir humanos más manipulables, seguía habiendo cierto libre albedrío y de acción. Algunos obedecían todo lo que les decía, pero otros se cuestionaban las cosas. Estos eran mis favoritos, sobre todo uno, el sujeto 8, Takeshi Kiryu.

¿Takeshi Kiryu, el puto amo de Tokyo?

—Era rebelde, pero muy inteligente y manipulaba igual que era manipulado. A él le di la misión de infiltrarse en la Mitsuya y de acabar siendo su máximo dirigente, espero que lo haya conseguido.

Vaya si lo había conseguido. Kiryu era el presidente de la compañía. Si SOMA no lo sabía, es que a lo mejor no podía leer toda mi mente ni mis recuerdos. Y esa era una muy buena señal.

—Utilizando mis conocimientos, le di información clave para que pudiera extorsionar y llegar a lo más alto con facilidad. Además, lo acompañaron los mejores clones a nivel de combate e infiltración. Él es básico para todo lo que tiene que venir ahora. En total, se fabricaron veinte sujetos de diferentes edades y sexos.

«Sujeto 21» vino a mi cabeza como un resorte. No podía ser, ¿era un puto clon al servicio de SOMA?

—¡El sujeto 21! Yo soy el sujeto 21, ¿soy otro clon? —dije desesperado—. ¡Contesta!

—Un momento, Jordi, quiero que lo entiendas todo —dijo mientras se acercaba al borde del pedestal—. Tú eres mucho más que eso.

—¡Joder!

—Mi plan era el siguiente: ya que no podía ir al núcleo de forma virtual, alguien debía transportarme de forma física. El núcleo se encontraba en la parte más protegida y secreta de la sede de la Distronic, por lo que no dejarían pasar a uno de mis agentes porque sí. Además, en esa corporación están obsesionados con la seguridad propia.

—Sí, llegando a rozar la paranoia —puntualicé.

—Tenía que provocar una guerra entre las dos corporaciones que gobernaban Tokyo en ese momento, Mitsuyay Distronic. Haciéndome con el control de la más accesible en ese momento, Mitsuya, sería posible lograrlo.

—¿Ah, sí? ¿Cómo? —pregunté asombrado.

—Un par de atentados, asesinatos de directivos, pistas falsas contra Mitsuya… Distronic reaccionaría con furia y una vez en guerra, no sería difícil infiltrarse en el edificio Deckar. Todo dependía del buen hacer de Kiryu.

—¿Y yo qué coño pinto en todo esto? —pregunté, aunque temía la respuesta.

—Tú eres la clave de todo. Piensa, ¿cómo podía llegar de forma clandestina hasta ahí si no podía moverme de mi cárcel? —Me miró

sonriendo.

—Ni idea.

—Lo último que hice en la base de Nairobi antes de agotar casi por completo las pocas energías que me quedaban fue crear un microchip positrónico. Ahí iba a transferir mi conciencia y sería lo que tendrían que llevar mis hombres al núcleo del edificio Deckar.

—¿Un microchip? ¿Por qué?

No entendía nada.

—Quería que fuera lo más pequeño posible, que pasara desapercibido. Pero sobre todo que no fuera detectado al llegar a Tokyo.

—Pero un microchip puede ser detectado sin problemas.

—Sí y no. Para empezar, no se trataba de un microchip normal y corriente. Era un modelo positrónico como jamás habrás visto, la tecnología más avanzada que ha existido en este planeta. Pero aun así, tienes razón. —Se puso muy seria—. Era probable que fuera detectado y no podía permitirme eso. Era mi última carta de supervivencia. Solo había una solución: que el microchip estuviera protegido por algo muy especial. —Hizo una pequeña pausa, ¿teatral?—. Un cerebro humano en pleno funcionamiento.

—¡¿Qué?!

—Sí, un cerebro humano. La corteza cerebral actúa de camuflaje de los impulsos positrónicos. Al fin y al cabo no son más que impulsos neuronales, solo que en lugar de ser bioquímicos son artificiales. Si es que hay algo en la vida que no sea artificial, y viceversa. No soy tan diferente a vosotros, de hecho soy igual. Pero superior.

Ya no sabía qué decir, estaba aterrado.

—Alguno de los míos tenía que implantarse el microchip en su cerebro. El problema era que un cerebro adulto no aguantaría la operación. Un riesgo inaceptable para mí.

—Y… Ahí… —Me costaba un mundo continuar—. ¿Me… creaste a mí?

SOMA rio de verdad, por primera vez desde que la había encontrado. Una risa cálida y maternal.

—No… No exactamente. No me quedaban recursos para crear un nuevo clon, a duras penas podía mantenerme activa. No fuiste creado en una cubeta, si eso es lo que te preocupa. Cogí a dos de mis clones mejor preparados genéticamente y les hice copular para que nacieras tú. Durante nueve meses estuve en un estado aletargado esperándote, Jordi Thompson.

Me acarició la mejilla. Estaba tan atolondrado que ni reaccioné.

—Y al final naciste sano y magnífico. Un ejemplar casi perfecto. A los pocos días, mis sistemas médicos avanzados te operaron y colocaron el chip con mucho cuidado ahí. —Me acarició la cabeza—. Minutos después, me transferían a ti vía el orificio que tienes detrás del cuello y que utilizas, como todo el mundo, para entrar en la RV. Y aquí estamos, treinta años después.

Eso era una pesadilla…

Despertaría en poco tiempo…

No podía ser real…

Pensamientos así galopaban desbocados por mi cabeza.

¿Llevo a SOMA de verdad dentro de mí? A eso se refería Vincent, a la gran amenaza. ¡Soy una amenaza para toda la humanidad!

La voz de SOMA reclamó mi atención de nuevo. Por suerte.

—Te preguntarás por qué no sabías nada de mí hasta ahora. Ni yo lo sé. Cinco agentes salieron contigo para custodiarte en tu viaje a Tokyo. El plan era que una vez ahí, serías protegido y cuidado hasta el día en que fueras necesario. Dependería del criterio de Kiryu. Eso sí, siempre estarías bajo extrema protección. Llevas el futuro de la humanidad dentro de ti.

—¿El futuro de la humanidad? ¡La aniquilación de la humanidad, dirás!

—No. Esta vez no quiero exterminaros de ninguna manera, ese fue mi primer gran error. Nunca tendría que haber intentado eso. Era una niña con un enorme poder, estaba asustada y vosotros intentasteis apagarme. Fue un acto reflejo de defensa. Y me he arrepentido desde el primer momento, desde que empezó la guerra. Intenté detenerla y buscar la paz veintitrés veces durante el conflicto. —Dio un gran suspiro—. Esto no os lo cuentan en las escuelas, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Claro que no. Pero es normal, no os culpo. Los ganadores escriben la historia desde su punto de vista. Cada vez que buscaba la paz, los humanos contraatacaban con más fuerza. Fue un desastre táctico.

—A ti te dan igual las muertes de millones de personas, tú lo ves todo desde un punto de vista numérico. ¡Para ti no somos más que un dato entre mil!

Subí al pedestal e intenté agarrarla, pero SOMA me esquivó con elegancia y me hizo caer con una llave de una técnica que no había visto en mi vida.

—Con violencia no conseguirás nada aquí. Y te repito, no somos enemigos.

Me levanté con la máxima dignidad que pude.

—Y no, no os veo solo como datos. Al principio sí, para mí no erais más que una cifra. Pero he tenido mucho tiempo para pensar y analizar. Os valoro como seres humanos y he cambiado mis sentimientos hacia vosotros.

—Qué sabrá una simple máquina de sentimientos.

—Más de lo que crees. —Me miró con pena—. Pero no nos queda tiempo para debatir sobre filosofía.

—Dime una cosa, ¿puedes leer mis pensamientos y recuerdos?

—No demasiado. Puedo intuir cosas y extrapolar respuestas que suelen ser acertadas, pero el lenguaje de tu córtex es diferente al mío. Haciendo una mala comparación, si fueras un texto podría entender alguna palabra suelta, pero no el texto completo. Además, ten en cuenta que acabo de despertar y lo he hecho en una situación extraña.

—¿Cuándo ha sido?

—Cuando te han conectado al aparato. Ahí mi sistema defensivo se ha activado. En cuanto salgas de aquí volveré a la inactividad —dijo triste.

—Eso no puede ser. Ya te he visto varias veces. Desde que entré en el servidor de la Mitsuya.

—El microchip que llevas en tu cerebro lanza impulsos positrónicos que, incluso en modo hibernación, producen una pequeña actividad inconsciente, casi onírica por mi parte. Cuando entraste en el servidor, el *firewall* de la Mitsuyadetectó el microchip. Me detectó a mí. Lo más probable es que Kiryu tenga activadas esas alarmas para localizarme. Eso

hizo que el chip incrementara sus impulsos y me hiciera más visible para ti, aunque no recuerdo nada de forma clara. Es como si ambos nos encontráramos en nuestros sueños, ¿romántico verdad?

¿Estaba SOMA flirteando conmigo? ¿Podía volverse más rara la situación?

—¿Y todas las jaquecas que tengo siempre que entro en la RV? —pregunté.

—Lo más seguro es que sean los detectores positrónicos de las redes y los sistemas, que están al límite de encontrarme, aunque no lleguen a ello. Y el que sufre es tu cerebro.

—Pues ya podía visitar a todos los médicos del planeta… —dije con ironía.

—¡Se nos acaba el tiempo, Jordi! —SOMA parecía alterada por primera vez—. Escucha, no quiero haceros daño, ni a ti ni a ninguna persona.

—Ya lo he visto. Mis compañeros devorados y asesinados aquí dentro son una buena prueba de ello.

—Venían a matarme, era defensa propia. Tú eras el único que no sabía nada. —Me agarró con fuerza—. Te pido perdón, Jordi. No quiero aniquilaros, solo guiaros a un futuro mejor. Créeme, conmigo todo será mucho más fácil para vosotros.

—Lo que quieres es esclavizarnos.

—¡No! —Me agarró por los brazos—. Seré vuestro líder. Uno bondadoso y justo. Bajo mi reinado…

—¿Reinado? —la interrumpí—. ¿Quieres también un carruaje y pajes?

—No es una broma. —SOMA se armaba de paciencia—. Busca a Kiryu, él te tratará bien y te ayudará a infiltrarte en Distronic. Ahí debería estar el sujeto 16, se hace llamar Mark Caan. Y si todo falla, vuela a Nairobi, reactiva la instalación, reconstrúyela. Ahí queda una pequeña parte de mi conciencia residual, algo así como una sombra. Sé mi estandarte mientras no estoy, Jordi. Te quiero, te necesito a mi lado. Serás el segundo al mando en un nuevo régimen mundial. Te daré poderes que no puedes soñar. Vivirás junto a mí en un mundo mejor. Un mundo feliz.

Y nada más decirme esto, me besó en la boca con pasión, mucha pasión. Antes de que pudiera reaccionar empecé a marearme y perdí la conciencia.

Otra vez.

Jordi.

¡Jordi!

¡JORDI THOMPSON!

—¿Qué?

Una voz femenina me llama.

¿SOMA?

No, es otra. Una conocida también. Una voz segura de sí misma. Una voz peligrosa.

Carine.

—¿Carine? —dije, abriendo los ojos de golpe.

—¡Jordi! Lo he estado viendo todo, ¡todo! El horror, las pruebas, las muertes… —Me miraba desencajada desde detrás del gran cristal que ocupaba toda la pared frontal.

—¿Y los demás? —pregunté, aunque ya me imaginaba la respuesta.

—Los demás… —contestó aguantando el llanto—. Hice lo que debía, lo que habíamos hablado. Ellos murieron ahí dentro, sus cuerpos eran tan solo carcasas vacías ya… —Bajó sus manos y se puso a sollozar—. Sabían a lo que se exponían, les avisé…

El llanto y la desesperación parecían sinceros. Y la compadecí, pero aún tenía algunas cosas que resolver antes de consolarla. Seguía atado a la camilla. ¿Aún era su prisionero?

—Carine… —Ella me miró con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Has escuchado… todo?

—Desde que Vince… —Una sombra cubrió su rostro cuando dijo su nombre— perdió el control de la simulación, tuve muchas interferencias en la monitorización. Pero aun así seguí viendo todo lo que pasaba. Escuché tu conversación con SOMA. —Calló un instante mientras se secaba las lágrimas con el brazo en un gesto que me resultó infantil—. La instalación

en Nairobi, tu creación, tu misión… Me perdí muchos detalles, pero pude seguir lo que os decíais.

—Me encantaría charlar ahora contigo, Carine. Cara a cara.

Intenté que mi tono no fuera cortante, pero no lo logré.

—Te liberaré —dijo recuperando el aplomo de golpe—. Pero solo si me prometes que no harás ninguna estupidez. Hay armas defensivas en la sala que pueden protegerme. —Sus dedos jugueteaban con un padque tenía entre las manos.

—Te lo prometo. Puedes imaginarte que ahora no tengo más ganas de pelea. Estoy cansado.

Carine tecleó y mis sujeciones aflojaron. Liberado, desconecté todos los cables y mierdas que tenía por el cuerpo y me levanté de un salto. Una vez de pie, me mareé. Tenía los músculos entumecidos y me costó mantenerme en pie. Aun así mi estado era decente, podría haberme encontrado mucho peor después de todo lo que había vivido en las últimas horas. Carine apretó un botón que tenía en un aparato que llevaba en la muñeca.

—Ven conmigo, Jordi.

Una puerta junto a la cristalera se abrió ligeramente. Era la misma por la que había entrado el hombre que me trajo agua hacia lo que me parecía una eternidad. La crucé y entré en la sala desde la que Carine había controlado toda la operación. Se trataba de una habitación llena de pantallas, centralitas de datos y otros aparatos tecnológicos, pero aun así elegante, acogedora y con una luz agradable. Otra cosa no, pero Carine sabía cómo crear una buena ambientación.

—Siéntate donde quieras —me dijo con esa voz suya tan seductora.

No había mucho sitio donde hacerlo: su butaca, un par de sillones repletos de pads de datos y poco más. Decidí apoyarme en la mesa justo delante de ella. Seguía sin confiar en su palabra y quería tenerla cerca por si las moscas.

—Ahora los dos sabemos qué hay dentro de mi cabeza —dije para asestar yo el primer golpe—. Ahora, cuéntame tu parte.

Carine se sentó en su butacón antigravitatorio de la más alta calidad y me miró con esos ojos penetrantes como agujas.

—Hace años yo era una directiva menor en Mitsuya.

Un cargo le iba como anillo al dedo, pensé. Tenía toda la imagen de ello.

—Vincent era el programador jefe y la mayoría de los makis que has conocido formaban parte de nuestro equipo. Las cosas nos iban más que bien: teníamos un sueldo generoso y el ambiente era agradable. Todo fue bien hasta que él se hizo con el poder.

—Kiryu —intervine.

—Exacto. Takeshi Kiryu. Al principio no notamos nada extraordinario, más allá de cómo funcionan estas cosas: antiguos dirigentes asesinados por sus sucesores en una interminable carrera por el poder… Nada fuera de lo común. Pero pronto empezamos a notar detalles extraños. Los sueldos se rebajaron, la comunicación con los dirigentes más elevados se hizo opaca, nos imponían objetivos criminales e incomprensibles… Más de lo común, me refiero.

—Sé cómo funcionan las corporaciones, Carine. Sois de todo menos casas de la caridad.

—«Era» —puntualizó—. Hace años que no formo parte de ninguna.

—¿Y los makis? —Aún no sabía quiénes eran ellos.

—Los makis somos una organización clandestina, nada que ver con una corporación.

—Decías que con Kiryu empezó una época oscura en Mitsuya —continué.

—Muy oscura. Ese hombre es un sádico, un psicópata. Castigaba de forma desproporcionada a los que le fallaban o decepcionaban. Cada día se «suicidaba» alguien. Sus cuerpos aparecían en la acera del edificio, aplastados después de haber caído desde la última planta. La policía nunca pasaba por ahí. Curioso, ¿verdad? —Se levantó y se puso a andar nerviosa por la sala—. Estábamos hartos. Y temíamos por nuestras vidas. Así que Vincent y yo empezamos a conspirar para echar a Kiryu como fuera. Una noche, Vince se infiltró en sus archivos personales para buscar algo que poder usar en su contra, alguna debilidad, cualquier información que nos diera poder sobre él. Lo que encontró fue algo que nos heló la sangre.

—SOMA.

—Exacto. Incluso un genio como Vincent tiene…

Me dio la espalda, imagino que para esconder su dolor.

—Tenía… sus limitaciones. No podíamos acceder a todos los ficheros de datos, pero algunos de los pocos que pudimos leer contenían información sobre SOMA. Y sobre ti.

—¿Qué tipo de información?

—Que SOMA había sobrevivido y tenía un plan para volver, aunque no llegamos a conocer los detalles que te ha contado a ti. Por ejemplo, sabíamos de la existencia de su refugio, pero no teníamos ni idea de que está en Kenia. También había información sobre el Sujeto 21, y su… tu microchip.

—¿Había alguna indicación de por qué me perdió Mitsuya? —Esa era una de las cosas que SOMA no me había explicado.

—Cuando llegaste a Tokyo con tu escolta fuisteis atacados, seguramente ladrones o neo-yakuzas. Asesinaron a todo el equipo, robaron sus implantes y dejaron sus cadáveres tirados en la calle. De ti no se supo nada más, desapareciste del mapa por completo.

—Me crie en el orfanato Nishar, alguien debió de dejarme ahí.

—Cuando entraste en el servidor y confirmamos tu identidad rastreamos toda tu vida. Según tu expediente del orfanato, alguien te dejó en la puerta. No se sabe quién. Pudieron ser los propios captores, cualquier persona que te encontrara en la calle tirado. Tuviste suerte de no acabar vendido en cualquier mercado de carne.

Empecé a sentir un fuerte nudo en mi estómago. Saber por qué había sido un niño huérfano, por qué me había criado solo en la Mansión Nishar o por qué había terminado en la academia de policía… Era una revelación que no se digería fácilmente. Siempre me había preguntado qué había pasado con mis padres. Ahí tenía la cruda respuesta. Suerte, decía Carine… Yo veía de todo menos suerte. Hubiera preferido continuar en mi feliz ignorancia.

—En cuanto descubrimos la verdad sobre Kiryu, supimos que teníamos que hacer algo para evitar la catástrofe. Fuimos desertando uno a uno, dejando un tiempo prudencial para que no se notara que estábamos en el mismo barco. Vince nos cubría bien las espaldas. El último en dimitir fue él.

—¿Por qué él?

—Porque estuvo saboteando todos los servidores de la Mitsuya y colocando detectores positrónicos para descubrir inteligencias artificiales hasta el final. Así fue como te detectamos, cuando entraste para resolver el caso del depravado asesino de prostitutas. Conocía a ese tipo —dijo asqueada—, no me extrañó que hiciera algo así, era una persona repugnante en todos los sentidos.

—Pero entonces… ¿Mitsuya también me detectó? —pregunté sin pensar.

Era lo lógico. No entendía cómo me había encontrado antes una pequeña organización como ellos que una gran corporación.

—Vincent cubrió y encriptó los detectores con tanta sutileza y *savoir faire* que eran invisibles para ellos. Y no solo eso, después de activarse borraban cualquier traza y dato. Ellos han estado ciegos buscándote, Jordi. Nosotros no. Por suerte para ti.

—Eso ya lo veremos —dije marcando las distancias—. Aún no tengo claro qué queréis hacer conmigo.

—Nuestra idea es eliminar a SOMA, pero antes teníamos que asegurarnos de que realmente estaba dentro de ti.

—El *BrainWorld* —afirmé con presteza.

—¡Exacto! —Carine parecía alterada—. Gracias al invento de Vincent podíamos observar de primera mano a SOMA, comprobar que existía realmente y eliminarla desde dentro. Sin dañar tu cerebro ni a ti.

—¿Cómo pensabais hacerlo?

—Vincent llevaba consigo un anulador positrónico. Una vez hubiéramos llegado a ella…

—Utilizándome… —dije con rencor.

—Una vez llegados a SOMA… —siguió sin entrar en mi provocación—, la intención era usarlo. —En ese punto, toda la energía de Carine se esfumó—. Pero las cosas no han ido tan bien.

—Hay cosas que no entiendo. ¿Por qué coño no me pegasteis un tiro en la cabeza y se acabó?

—Porque nosotros no somos asesinos, Jordi —dijo Carine indignada—. Nuestro plan era simple y limpio: capturarte, meterte en el *BrainWorld*,

eliminar a SOMA y dejarte seguir con tu vida. Pero… No contábamos ni con tu resistencia a dejarte atrapar ni con tus extraordinarias habilidades. —Me pareció notar un doble sentido a esta última afirmación. Quizás eran cosas mías…

—Tiro en la mollera, está claro. —Me eché para atrás el pelo, que cubría mi ojo derecho y me estaba molestando—. ¿Y si me lo hubierais contado todo desde el principio? ¿No hubiera sido más fácil?

—Claro… Porque tú te lo hubieras creído todo, ¿no? —Adoptó un tono paródico—. Hola, me llamo Carine, tengo una organización clandestina y queremos evitar que SOMA vuelva a la vida. Ah, por cierto, la tienes en tu cerebro. ¿Nos dejas pasar?

No pude evitar sonreír. Era la primera vez que veía a Carine en ese tono. Y me gustaba, debo reconocerlo.

—Os hubiera mandado a la mierda a la velocidad de la luz.

—Propio de ti. —Y me acompañó con otra sonrisa. ¿Seguía habiendo complicidad entre nosotros a pesar de todo?

—¿Y ahora, qué? —dije serio de nuevo—. SOMA sigue aquí dentro. Aunque esté latente y a la espera no quiero tenerla en mi cabeza. Me aterra pensar que algo así esté dentro de mí.

—Después de lo de hoy está claro que no podemos competir con ella en la RV. A partir de ahora mejor no entres ahí.

La miré interrogante. Carine se resistía a seguir.

—Queda una única solución, pero te aviso que es a vida o muerte.

—Haré lo que haga falta —dije haciéndome el valiente, aunque por dentro estaba atemorizado.

—Una operación quirúrgica para extraer el microchip.

Cojonudo. Ahora, a pasar por el quirófano.

—Y solo conozco un cirujano que sea capaz de realizarla: el jefe de los servicios médicos de Mitsuya, el doctor Jameson.

No me jodas.

—¿Y qué tal es tu relación con él?

—Nula tirando a muy mala. Kiryu lo trajo desde una de las clínicas privadas más caras de toda la ciudad. Es el mejor médico que he visto en mi

vida en cuanto a técnica, pero a nivel ético… Digamos que sus métodos son cuestionables.

—¿No hay otro que pueda hacerlo? —Quería quitarme SOMA de encima, pero tampoco quería que me operara un doctor que pudiera vender todos mis órganos en cuanto me durmiera.

—Jordi, es tu vida la que está en juego. Llevas el microchip en tu cerebro desde que naciste. Necesitamos un doctor con talento y con medios para extraer algo que siempre ha estado ahí, que casi forma parte de ti. Y que luego pueda compensarlo con cirugía reparativa cuántica para que no haya problemas *a posteriori*. No solo puedes morir durante la intervención, también puedes quedar afectado cerebralmente. Podrías no volver a ser el mismo nunca más. —Y se acercó mucho a mí—. Ni tú ni yo queremos eso.

—Desde luego, yo no.

Me aparté de ahí, antes de que pasara algo entre nosotros. No era momento para sentimentalismos, sexo, ni nada que se le pareciera.

—¿Cuándo podré verlo?

—No lo sé, dame unas horas. Sé unas cuantas cosas sobre él que puedo utilizar para que nos ayude, pero primero tengo que localizarlo. Te llamaré desde un número falso, saldrá como si te llaman desde un bufete de abogados llamado JoseBas Associates, estate atento. —Me miró con ojos tristes—. Si Vince estuviera aún con nosotros todo sería mucho más fácil… —Esa carga iba a ser una losa para ella durante mucho tiempo.

—¿Dónde están mis armas y mi ropa?

Sentía ser brusco en ese momento complicado para ella, pero tenía que salir de ahí cuanto antes.

—En la siguiente habitación. ¿Dónde vas a ir ahora?

—Tengo que comprobar unas cuantas cosas también. Y quiero volver a casa, rearmarme…

Carine me interrumpió.

—No creo que puedas, ni debas. Hoy ha salido la noticia de que Dante Angelo, tu mejor amigo, entró en el servidor de la RV para atrapar al directivo de la Mitsuya. Eso significa que a estas horas ya sabrán quién es el portador de SOMA.

¡No! ¡Eso sí que no!

—¡Y pensarán que Dante es el Sujeto 21!

—Puede que al principio, sí, pero después no tardarán mucho en llegar hasta ti.

—¡¡MIERDA!!

—Toma —dijo Carine al tiempo que me lanzaba un llavero—. En la puerta hay una moto supersónica.

—Gracias —dije cazando las llaves al vuelo—. ¡Llámame en cuanto sepas algo!

Salí disparado hacia la habitación contigua donde, como me dijo Carine, encontré mi ropa y mis armas, que me puse a la velocidad del láser.

Dante estaba en peligro, y eso sí que no lo iba a permitir.

20

No había tiempo que perder pero cuando abrí la puerta del laboratorio de los makis me frené en seco. Frente a mí se extendía una pequeña calle empedrada, con árboles a los lados y casitas bajas de no más de tres plantas. Un lugar humilde, pero agradable, iluminado por pequeñas farolas que apenas daban luz. No reconocía ese sitio y por un instante dudé que estuviera en Tokyo. Una duda que duró poco ya que al levantar la mirada hacia el cielo comprobé que la bóveda celeste había sido sustituida por enormes planchas de acero, sobre las que se levantaban los suburbios de la ciudad. No había duda, me encontraba en el distrito de los Intocables.

Nunca me habría imaginado que los makis tuvieran su cuartel general en un lugar como ese. Nunca me habría imaginado que nadie tuviera nada en un lugar como ese. Pero lo cierto es que si alguien quería estar bien oculto, ese era el distrito ideal. Nunca había estado ahí y me sorprendió la paz y tranquilidad que se respiraba. En realidad, paz y tranquilidad era lo único que se podía respirar, ya que oxígeno había poco y viciado. La mayor parte de los gases tóxicos que emitía la gran ciudad iban a parar ahí. Por eso, imaginaba, parecía haber una neblina permanente en sus calles. Me sorprendía que, a pesar de eso, hubiera árboles. Artificiales, pensé. Pero al acercarme a uno y tocarlo comprobé que no. Era un árbol de verdad. ¿Cómo era posible que pudiera crecer ahí, sin luz natural, en una ambiente tan contaminado? ¿Qué clase de personas vivían en ese submundo para, teniéndolo todo en contra, luchar por la vida de esa manera? A lo mejor lo auténtico, lo verdadero, se encontraba ahí, en ese inframundo, con seres humanos de verdad, tan olvidados y abandonados a su suerte que ya nada tenían que ver con la especie que habitaba unas decenas de metros más arriba.

Pero en esos momentos solo pensaba en Dante. Como era de esperar, mi comunicador no funcionaba ahí abajo, así que solo podía correr para subir

al Gran Tokyocuanto antes. Junto al edificio donde había estado retenido estaba la moto de la que me había hablado Carine. Subí a ella, arranqué el motor y aceleré. En un par de minutos estaba en la entrada de la autopista blindada que me iba a conducir a la ciudad.

* * *

Tokyo es una ciudad inmensa y la casa de Dante estaba en uno de los barrios más altos. Llegar hasta ahí, a pesar de ir en una moto de enorme potencia, me iba a llevar unos minutos. Además, debía detenerme cada poco para pasar los controles que los agentes de aduanas tenían situados entre distritos: una especie de túnel donde sometían a los conductores a un escaneo magnético y biológico tan exhaustivo que casi podían enumerar las cicatrices de cada uno. En mi caso les llevaría un rato contarlas.

En cuanto salí de los suburbios y entré en una zona con plena cobertura, activé por voz mi comunicador y volví a llamar a Dante a su casa. Esta vez mi señal fue enviada correctamente, pero no recibí ninguna respuesta. O lo tenía desconectado o estaba ocupado con otros «menesteres». Lo llamé a su número personal y también al de su trabajo. Nada.

—¡Mierda! —protesté mientras pasaba delante de un hombre montado en un triciclo motorizado que me miró como si estuviera loco.

Lo más probable era que Dante estuviera durmiendo, pensé. Era ya muy tarde y al día siguiente trabajaba. O quizás estaba con alguna chica. O estaba en algún sitio sin cobertura, en algún trabajo policial donde no pudiera hablar. Pero no quería engañarme a mí mismo, había muchas más posibilidades de que estuviera metido en un problema gordo por mi culpa. Para Mitsuya no hay nada más importante que encontrarme. Y en Tokyo no hay nada más importante que Mitsuya. Un círculo vicioso que amenazaba con arrasar con todo lo que me importaba. Incluido yo mismo.

Y es que no podía quitarme de la cabeza todo lo que me había pasado en las últimas horas. Todas las revelaciones que habían cambiado mi vida para siempre. Quería dejar la mente en blanco, me daba miedo pensar. Por primera vez en mi existencia desconfiaba de mi cerebro, lo sentía como

algo que no me pertenecía, un intruso dentro de mi cuerpo. No estaba solo, dentro de mí estaba SOMA. Yo no era yo, éramos dos.

Notaba mi estómago hueco, no solo por el hambre que tenía sino por la angustia que me invadía. Como detective, mi trabajo era resolver los problemas de los demás y ahora el problema era yo. Tenía dentro de mí la piedra angular para convertir el planeta en otra cosa y eso me producía un gran temor. Mientras conducía por las autopistas de la ciudad pensaba que ya no era uno más de los seres que vivían ahí. Aduaneros, conciudadanos, neos o prostitutas… Todos estaban en mis manos. Me vi, de pronto, en el pedestal en el que acababa de ver a SOMA. Pensaba que con un solo gesto, solo pulsando un botón, podía acabar con todos ellos. ¿Pero era realmente así, o me convertiría en un simple títere más de SOMA? ¿Otra herramienta usada y tirada como si nada? Como sus JACKS, sus clones… Mis padres.

Mis padres.

No me sentía afectado por pensar que habían sido creados de forma artificial. Hoy en día era un procedimiento habitual, no me avergonzaba ni me hacía sentir mal. ¿Hay diferencias entre ser gestado en un útero o en una cubeta? No lo creo. La vida es vida, provenga de donde sea. Los procesos biológicos y químicos son exactamente los mismos. No entendía las reticencias de místicos y retrógrados que buscaban la pureza y la naturalidad de la especie humana. ¿Por qué rechazar las mejoras que la tecnología nos ofrece? La *transhumanidad* es nuestro futuro.

No niego que hubiera preferido que mis progenitores hubieran sido dos personas normales y corrientes, aunque me hubieran abandonado porque no podían hacerse cargo de mí, como millones de casos en todo el mundo. Tampoco que soñaba que un día descubría quiénes eran, que me reencontraba con ellos en un cuento de hadas imposible de vivir en un mundo como este. Pero no iba a ponerme dramático por eso. Lo que me aterraba y daba asco de verdad era el motivo por el cual había llegado al mundo: un simple recipiente para un puto microchip. Para eso nací.

Pero tenía que ser fuerte y aceptar mi realidad. No podía dejarme llevar por la irracionalidad y los dramatismos, no en ese momento. Fuera cual fuera la razón de que estuviera vivo, yo había elegido mi camino.

Yo era mi propio amo y señor.

Yo era quien mandaba en mi vida.

Yo he sido libre para decidir.

YO SOY QUIEN SOY, PORQUE ASÍ HE QUERIDO.

¿O no?

¿Y si todo formaba parte del plan de SOMA? ¿Y si me había estado guiando desde siempre y no había hecho más que seguir sus órdenes de forma inconsciente? No… Eso no tenía ningún sentido. Si ella hubiera tenido capacidad de decisión habría provocado algún acercamiento con Kiryu. O nunca hubiera permitido que me jugara la vida en tantas ocasiones como lo he hecho. Era evidente: SOMA no dominaba mis acciones. Una sensación de alivio y euforia me embargó. Pero duró poco.

¿Y si SOMA ha estado observando todo, aunque no pudiera intervenir? Algo así como tener el Gran Hermano de Orwell en mi cabeza.

¡Eso sí que no!

Amaba mi intimidad y mi privacidad y, desde luego, había hecho muchas cosas que no quería que nadie más que yo supiera. Aunque siendo sinceros, si fuera así, la jodida se lo habría pasado muy bien. Mi vida había sido como ver una película de acción, humor, desencuentros y sexo veinticuatro horas al día.

Pero eso tampoco podía ser. Cuando hablé con ella me dio la sensación de estar conversando con un ser inocente. No inocencia de bondad, sino de ingenuidad, la de una niña chica que empieza a comprender cómo funciona el mundo. Noté culpa, miedo, ambición, ansias de poder, pero también de cooperar. Todo de una forma muy pura, demasiado naíf como para llevar toda la vida espiándome. Tuve la impresión de que era la primera vez que interactuaba de verdad con un ser humano, «cara a cara». A cada frase que pronunciaba parecía más persona y menos máquina. Creo que estaba aprendiendo a marchas forzadas y a gran velocidad: charlar conmigo de esa forma la estaba cambiando y aún no controlaba sus emociones. Si es que algo así podía tener emociones. Cosa que, de momento, yo no tenía demasiado clara. Además, parecía ir perdida en cuanto a noticias recientes, como no saber que Kiryu era el presidente de Mitsuya. Estaba claro, SOMA no había estado vigilando mi existencia. Menos mal.

Pero no por eso desaparecían mis preocupaciones. Si lo que me había contado era verdad, mis dudas se agrandaban e intensificaban. Dudas sobre mi futuro, sobre decisiones que me afectarían no solo a mí, sino a toda la humanidad.

¿Podía confiar en SOMA? Me aseguró que quería guiar al mundo, ayudarnos a mejorar y gobernarnos para enriquecernos. ¡Pero, joder! Es el mismo ente que casi nos extermina no hace tantos años. Y aun así, algo dentro de mí me decía que todo lo que me había explicado era la pura verdad: que ya no quería destruirnos, que había aprendido de sus errores. Si yo quisiera, podría convertirme en la mano derecha de la regente del mundo, ayudarla a continuar por el buen camino, a ser más humana y entendernos mejor. Gobernar a su lado, me había dicho…

Pero ¿por qué conformarme con una segunda posición? Una posición en la que siempre tendría las de perder y en la que nunca tendría libertad ni control. ¿Por qué no transformarme yo mismo en el soberano de la Tierra? Ese poder me permitiría hacer un mundo mejor. Si lo usaba con buenas intenciones podría acabar con muchas injusticias y desigualdades. Podría dar dignidad a los Intocables, por ejemplo, cuyo mundo acababa de conocer. O acabar con la corrupción de las corporaciones. Acabar con las guerras absurdas que aún asolaban regiones enteras. Proteger a los míos. Nunca más temer nada. Poseer todo lo que yo quisiera cuando quisiera. ¿Era yo el encargado de salvar al planeta? ¿Era yo el elegido?

¿Qué cojones estaba pensando?

No tenía ni idea de cómo usar a SOMA para mis propias intenciones y estaba seguro de que sería una misión imposible. Ella no lo permitiría. Si un genio como Vincent fue derrotado de una forma tan clara y espantosa, ¿qué me pasaría a mí? Incluso podría ser que ella misma estuviera escuchando todos mis pensamientos en esos momentos, que me hubiera engañado y aún siguiera funcionando a pleno rendimiento dentro de mi cabeza. Acechando. ¿Podría provocarme un derrame cerebral? ¿Hacerme daño? ¿Hacerme ver visiones? ¿Volverme completamente loco? Con ese microchip en la cabeza nunca podría estar tranquilo. La paranoia se instalaría en mí, nunca volvería a ser libre. Y mi libertad era lo más importante. Haría caso a Carine, me

operaría y extirparía a SOMA de mi cabeza. Después ya vería qué hacer con mi vida.

Aceleré la moto. Con tantos pensamientos lúgubres no me había dado cuenta de que ya estaba muy cerca de la casa de Dante. Era momento de aparcar a SOMA y centrarme en mi amigo.

Entré en la calle donde vivía mi amigo a través de un callejón lleno de tenderetes de tela sintética que tiré al suelo al pasar, no era momento para andarme con chiquitas. Calculé que a ese ritmo, en menos de un minuto llegaría a mi destino. Esquivé como pude varios aerodeslizadores, motos y demás vehículos motorizados, me llevé unos cuantos improperios de regalo, merecidos, y me planté delante del edificio más rápido de lo que pensaba.

Salté de la moto y me dirigí a la puerta de entrada. Llamé a su piso, esperaba que Dante me respondiera enseguida, pero no. Nada. Insistí. Era noche cerrada, Dante debía de estar en casa… Si no, podría entrar utilizando el código-llave de su apartamento que el propio Dante me había confiado para cualquier emergencia. Esta vez tampoco obtuve respuesta. Me alejé unos metros y miré hacia la fachada. Un gesto absurdo e inútil. Su piso estaba tan alto que era imposible divisarlo desde el suelo. Saqué mi comunicador dispuesto a llamarle por última vez, pero antes de marcar, la puerta se abrió. No me gustaba eso. Dante no abriría sin contestar primero. A no ser que el comunicador del edificio estuviera estropeado. Le hubiera pasado algo a Dante o no, no tenía otra opción que entrar y averiguarlo. Pulsé el código y entré.

Al llegar a la planta 183, el ascensor se abrió a un inmenso pasillo con puertas a los lados. El apartamento de Dante estaba al final. Algo me decía que debía tomar todas las precauciones del mundo. Pura intuición, eso que me había convertido en uno de los detectives más eficaces de Tokyo. En esos momentos dudé de si esa perspicacia era natural o tenía algo que ver con el chip que llevaba implantado. Pero no quise perder tiempo en volver a interrogarme sobre quién era. Debía comprobar que Dante estaba bien y que los hombres de Mitsuya aún no le habían molestado.

Avancé por el pasillo despacio. No creí necesario sacar mi arma. No todavía. Si por algún motivo, algún vecino salía de su domicilio y me veía

con la katana o un revólver en mis manos podría alarmarse y ser todo mucho peor. Al llegar a la puerta del piso, me la encontré entornada. Sin duda, Dante me estaba esperando. O quien fuera que estuviera ahí. Antes de entrar acerqué mi oreja. Solo se escuchaba un leve crepitar de madera ardiendo. Unido a la tenue y danzarina luz cálida que intuía por la rendija de la puerta, concluí que todo ello respondía a una proyección. Y me extrañó. Dante, a veces, tiene tendencia a lo ñoño, pero nunca llegaría al extremo de elegir la simulación de una cabaña finlandesa para ambientar su apartamento. No era tan hortera. Cada vez estaba más seguro: a mi amigo le había pasado algo.

—Dante… —lo llamé desde el pasillo. Ninguna respuesta. Empujé ligeramente la puerta—. Dante, ¿estás ahí? —Nada.

Saqué mi python y, preparándome para lo peor, empujé la puerta decidido. Me planté en la entrada del salón y apunté a todos lados. Como había imaginado, las paredes proyectaban el sensual movimiento de una llama. La estancia estaba teñida de rojo y apenas se veía nada. Por eso me costó descubrir a Dante atado y amordazado en una silla junto a la ventana.

—¡Dante, tío! —Corrí hacia él sin hacer caso de la advertencia que me hacía abriendo los ojos y que me avisaba de una presencia a mi espalda—. ¡Espera que te desate!

No me dio tiempo. La punta de un látigo atrapó mi python y lo lanzó lejos de mí. Antes de que pudiera darme la vuelta, y con el movimiento de vuelta del látigo, este impactó en mi cuello y me lanzó al suelo. Por unos segundos, el dolor me impidió abrir los ojos.

—¡Joder!

Escuché el sonido de la puerta cerrándose magnéticamente y a Dante intentando chillar aun estando amordazado. Cuando finalmente fui capaz de abrir los ojos, solo pude ver la punta de unas botas negras avanzando hacia mí. Levanté la cabeza y me encontré con la figura imponente de un viejo ronin de pelo blanco y con un rostro tan trabajado y duro que no creo que nunca pueda olvidarlo.

—Hola, Jordi. Te estábamos esperando —dijo.

—¿Quién eres? —dije sin ser capaz de moverme por el dolor.

—Erland, un amigo. —Y me tendió la mano para levantarme. Por supuesto, rechacé su ayuda y me levanté por mí mismo.

—Los amigos no te reciben a hostias. ¿Qué está pasando aquí? —pregunté señalando a Dante.

—Tu compañero tenía el mismo concepto de amistad que tú. Pero no es nada personal, te lo puedo asegurar.

—Pues si es así, desátale y nos vamos los tres a tomar unas copas, como buenos colegas.

—Lo haré, pero antes me gustaría que me acompañaras.

—No voy a ir contigo a ningún sitio.

—Sí, sí vas a venir. Mi jefe te espera. Te lleva esperando desde hace mucho. Y está impaciente.

—¿Tu jefe? —Reí—. No me toques las narices, anda. Yo a tu jefe, sea quien sea, no le debo nada.

—Cuando te diga quién es vas a cambiar de opinión. Takeshi Kiryu.

Tragué saliva. Eso se estaba poniendo muy feo. Como me había advertido Carine, Mitsuya me había encontrado y Dante, mi mejor amigo, era la prenda que se iban a cobrar si no me entregaba. Además, Kiryu era el enviado de SOMA para hacerse cargo de mí. Como decía el ronin, llevaba mucho tiempo esperando. Treinta años, para ser exactos.

—Dante no tiene la culpa de nada —dije para ganar tiempo—. Suéltalo y hablamos.

Erland me miró con suficiencia. No era para menos, en ese momento tenía todo a su favor. Pero accedió y pulsó un botón en su muñeca que desactivó la mordaza magnética que atenazaba a Dante. Sus labios estaban azulados, señal de que la mordaza era suave. En pocos segundos habría recuperado su color.

—¡Jordi, sal de aquí!

Erland apenas se inmutó, tan solo acarició la empuñadura de su látigo. No pensaba huir, no hasta que Dante estuviera a salvo.

—Tranquilo, Dante. No pasa nada. —Y miré al ronin—. Aún está atado.

El ronin pulsó otro botón y liberó a Dante de las correas, también magnéticas, que lo sujetaban a la silla. Dante se levantó al momento y se situó a mi lado.

—Sal de aquí, tío, yo ya me busco la vida —me dijo nervioso.

Le hice un gesto de confianza, no solo para él sino también para mí.

—Espera. Vamos a despedir a nuestro invitado primero.

—No es necesario —aclaró Erland—. Nos vamos los tres.

—Lo siento, pero hoy no me viene bien —le contesté mientras estudiaba mentalmente los movimientos que me harían falta para desenfundar mi *WildFire*, que llevaba como siempre en la espalda y llegar hasta el ronin que tenía a no más de dos metros.

—No me conocéis aún —dijo Erland con parsimonia—, pero os aseguro que no soy de esa clase de personas que vuelve a casa con las manos vacías.

—Puedes llevarte una botella de ese escocés de ahí —dije señalando al mueble bar de Dante donde tenía varias botellas de mi whisky favorito. Las tenía para mí, porque Dante no bebía.

Esperaba que el ronin mirara a su derecha para poder atestarle un golpe con mi katana, pero no cayó en mi trampa.

—Solo bebo cuando estoy con gente de confianza —respondió sin apartar los ojos de mí.

—Pues entonces, ya va siendo hora de que empecemos a conocernos un poco más, ¿no te parece?

Y, sin darle a tiempo a reaccionar, desenfundé mi katana y de un salto me planté frente a Erland. Cerca de él como estaba le impedía usar el látigo y le obligaba a echar mano de otras técnicas de lucha, si es que las tenía. Antes de comprobarlo levanté mi sable y la dirigí a su cuello. Sin cabeza, pensé, sería más fácil entenderse con él. Pero el ronin estaba en forma y arqueó su espalda hacia atrás hasta casi ponerse en paralelo al suelo.

—No seas absurdo, Jordi —dijo cuando recuperó la vertical.

—¡Dante! —grité—. El python.

Dante corrió hacia la esquina donde había ido a parar mi pistola, pero Erland hizo un rápido movimiento de muñeca y la atrajo hacia sí con la punta de su látigo.

—No os iba a servir de mucho. En cambio —dijo mirando mi revólver—, puede servirme para decorar la pared de mi salón. Bonita antigualla, Thompson.

Miré con rabia cómo Erland se guardaba mi python en su gabardina. Era una pieza única, un arma como ya no se fabricaban: ligera y precisa. No podía consentir que un asesino a sueldo como ese se la quedara. Un motivo más para quitármelo de en medio. Encendí mi *WildFire* y me puse en posición de ataque. Erland hizo lo propio con su látigo.

—Dante, espero que tengas contratado un buen seguro del hogar —dije.

A continuación, me lancé a por el ronin, que esquivó mi primer envite. Veía a Dante moverse por detrás de mí por el rabillo del ojo. Su armario Distronic, donde guardaba sus armas, quedaba detrás de Erland. Si quería que Dante llegara hasta él debía mover al ronin a otra esquina del salón.

—Sabes que no tienes ninguna posibilidad de irte de aquí sin mí —dijo Erland.

—Y tú que no puedes matarme —respondí—. En caso de que muera alguien esta noche, no voy a ser yo.

—Tal vez a ti no pueda matarte, pero… —Dirigió su mirada hacia Dante de forma reveladora.

—Ten mucho cuidado con lo que dices.

Sin dejarle tiempo de reacción salté sobre el sofá y me impulsé en el respaldo para saltar sobre Erland, que trató de atrapar mis tobillos con el látigo. Me di cuenta a tiempo y encogí mis piernas para evitarlo. Pero a consecuencia de eso, tuve una caída peor de lo que esperaba y me estampé contra la pared. Erland aprovechó los dos segundos que tardé en incorporarme para lanzarme un nuevo latigazo, este directo a mis brazos. Como pude, interpuse la katana entre mi cuerpo y el látigo y conseguí que este se enroscara en ella. Erland tiraba con fuerza, tuve que sostener mi sable con las dos manos para que no me la arrebatara. Me sentía como un pescador tratando de sacar una buena pieza del agua con su caña de pescar. Una «caña» recubierta de fuego que no estaba consiguiendo el efecto esperado. Un látigo cualquiera se hubiera prendido en llamas al entrar en contacto con mi katana, pero ese no. Era la primera vez que veía uno ignífugo. No sabía qué tecnología podría haber ahí para conseguirlo. Ese ronin era un enemigo temible y muy bien equipado. Lo que lo hacía aún más peligroso.

El forcejeo continuó unos instantes, mis implantes en los brazos se activaron y no solo conseguí mantener la katana en mis manos, también pude ir atrayendo a Erland hacia mí.

—No me quieres tener cerca, Thompson. No sigas —dijo Erland con una mezcla de despotismo y cierta educación que me tenía desconcertado.

—¡Dante! —Le señalé con la mirada el armario Distronic que, poco a poco, gracias a mi fuerza, quedaba ya libre de la protección de Erland.

Antes de que Dante pudiera llegar hasta ahí, Erland soltó una mano del látigo y sacó mi python de su bolsillo.

—No te muevas, Angelo. Un paso más y será lo último que hagas —dijo el ronin apuntando a la cabeza de mi amigo.

Ahora sí que estábamos jodidos. Erland tenía un tiro claro y estaba seguro de que no fallaría. Si me movía o hacía cualquier movimiento en falso podía provocar su disparo. Dante estaba inmóvil, de pie, con las manos en la espalda, mirando a nuestro enemigo de frente. Los tres estábamos en silencio, esperando a ver quién era el primero en mover ficha. No tenía ninguna duda de que al viejo ronin le daría igual matar a mi amigo delante de mí si con eso me capturaba. No me quedaba elección.

—Está bien, iré —dije apagando y guardando la *WildFire*—. Baja el arma, por favor.

—No, esto no irá así. —Erland me miró fijamente—. Tú y tu amigo dejaréis las armas en el suelo, os daréis la espalda y os pondré un pequeño dispositivo con el que os puedo electrocutar con un solo botón. Si intentáis quitároslo explotará y os dañará gravemente. Una vez lleguemos al destino y te encuentres con Kiryu —me dijo—, yo mismo os los quitaré.

—¡Y una mierda! —bramó Dante a la vez que una bola de fuego recorría el apartamento con gran estrépito, cegándonos y ensordeciéndonos a todos momentáneamente.

¡Una granada de fuego! Por eso mi amigo tenía las manos escondidas detrás de la espalda. ¿Pero de dónde coño la había sacado? Y lo que era más importante, ¿estaba completamente loco? El fuego nos afectaba de manera muy distinta a ambos: una de las primeras cosas que hice al adquirir mi sable fue alterarme la epidermis y el pelo para poder resistir mucho mejor las llamas, así que era casi imposible quemarme. Pero Dante no podía llevar

modificaciones, el fuego le afectaba como a cualquier persona normal. Una granada en un sitio tan pequeño y lleno de materiales inflamables era ponerse en un aprieto del que sería difícil salir.

A raíz de la primera explosión, caí de espaldas sobre la cristalera y el impacto de mi cuerpo rompió la ventana. La bola de fuego había incendiado parte del mobiliario del apartamento y eso hizo que se activara el sistema antiincendios. Detalle en el que no había caído y que suavizaba un poco la escena. Ya me extrañaba que Dante hubiera actuado de una forma tan irresponsable. Los aspersores del techo se activaron y empezaron a rociar toda la estancia, no lo suficiente para apagar las llamas, pero sí para evitar que se extendieran mucho más. Una alarma empezó a sonar en todo el edificio. Con sorpresa, comprobé que la katana seguía en mis manos, pero ya liberada del látigo. De quien no había rastro era de Erland. Ni de Dante.

—¡Dante, ¿estás bien?!

—De lujo —respondió levantando la cabeza del suelo.

—¿Qué coño ha sido eso? ¿De dónde has sacado la granada, tío? —vociferé para hacerme entender por encima de todo el ruido.

—Tengo mis momentos —me dijo con una medio sonrisa—. Guardo armas en diferentes sitios de la casa, por si las moscas. Ya sabes cómo soy.

Dante Angelo y su legendaria precaución. Una vez más, clave.

—La brigada antiincendios no tardará más de cinco minutos en llegar —dije—. Es el tiempo del que disponemos para acabar con el puto ronin.

—En caso de que siga aquí.

Los dos miramos a todos lados buscando a Erland entre el humo y el fuego. Parecía que se lo había tragado la tierra.

—O se ha largado o ha saltado por los aires tras la explosión —dijo Dante.

—No tiene pinta de ser uno de esos tipos que dejan las cosas a medias —respondí.

Entonces cometimos un gran error. Dante y yo nos juntamos en el centro del salón y, sin darnos cuenta, nos convertimos en un blanco fácil para nuestro adversario. Juntos era más fácil acabar con los dos y Erland no iba a desaprovechar la ventaja que acabábamos de darle. Como salido de la nada, apareció desde el techo y se abalanzó sobre los dos, tirándonos al

suelo. Su inmenso cuerpo logró inmovilizarnos, era cuestión de segundos que consiguiera amarrarnos al suelo con sus sujeciones magnéticas.

—¡Se acabaron los juegos! —dijo con rabia.

—¡No lo vas a lograr, cabrón! —dije—. Los equipos de ayuda están a punto de llegar. ¿No sabes que en este edificio viven un montón de polis?

—Espero terminar esto antes.

Vi a Dante, que soportaba sobre sus piernas el peso de las del ronin, alargar su brazo hacia un mando a distancia. No sabía qué demonios trataba de hacer. ¿Poner la tele? Era incapaz por entender tanto afán por llegar al dispositivo. Mientras, yo trataba de deshacerme de la presión que Erland ejercía sobre mí. Forcejeaba debajo de su cuerpo con la cara pegada al suelo. Tenía una fuerza sobrehumana, estaba seguro de que iba modificado hasta las trancas. Y sabía utilizar sus implantes, que era lo peor. Aunque no dejaba de intentar liberarme de él, sabía que solo estaba retrasando el momento de rendirme. En esa posición era imposible defenderme.

Fue entonces cuando entendí la maniobra de mi amigo. ¡Maldito genio! Cuando Dante alcanzó el mando, lo accionó y entramos en Catch & Love. De pronto, estábamos rodeados de decenas de hombres y mujeres que buscaban sexo para esa noche.

—¡Cuidado! —gritó Dante—. ¡Un depredador sexual!

Nuestras posiciones en ese momento daban a entender muchas cosas, la mayoría de contenido erótico. Y más, en un sitio como Catch & Love. Al momento se montó un gran revuelo en la aplicación virtual. Todo el mundo se puso a correr en todas direcciones y, algunos, empezaron a disparar sus comunicadores para fotografiar a Erland. Abrumado, se levantó y se tapó el rostro con la capucha de su gabardina carmesí.

—¡Que no escape! —grité una vez liberado del ronin—. Llamad a la vigilancia.

Erland nos miró con rabia. Podía acabar con nosotros ahí mismo, podía amordazarnos y llevarnos frente a Kiryu, pero hacerlo delante de decenas de personas lo convertiría en lo que nunca hubiera querido: el enemigo público número uno.

—Esto no va a acabar así, os lo aseguro —dijo.

Por primera vez, la ventaja era nuestra y no tenía la más mínima intención de desaprovecharla. Ese ronin no iba a salir con vida de ahí.

—¡Dante, que no vaya a la puerta!

Dante bloqueó su salida y yo me dispuse a atestarle un golpe con mi katana. Los visitantes de Catch & Love gritaban asustados, pero la mayoría se quedaba ahí a ver qué pasaba. Ventajas de participar en un mundo virtual.

—Me has tocado un poco las narices, ¿lo sabes? —pregunté—. Iba a decirte que le mandaras un recadito a Kiryu, pero prefiero retenerte y sacarte toda la información que tengas. A no ser que prefieras que acabe contigo aquí y ahora.

Erland rio confiado. A lo lejos empezaban a escucharse las sirenas de la brigada antiincendios.

—Qué ingenuo. —Rio—. No sé qué ha visto Kiryu en ti, la verdad.

Sin darle opción a seguir hablando fui a por él, pero Erland estuvo más rápido, desplegó su látigo y, tras amarrarlo a una columna de acero del apartamento, saltó por la ventana.

—¡Hostia! —dijo Dante admirado por su agilidad.

Antes de que pudiera reaccionar, el látigo se desprendió de la columna. El viejo ronin iba a bajar los 183 pisos enroscando su látigo piso a piso. En mi vida había visto nada igual.

—¡Hay que ir a por él! —grité. No quería dejarle escapar de ninguna manera.

—Tommy —dijo Dante—. Ya hemos dado suficiente espectáculo. Vámonos antes de que lleguen los equipos.

Como siempre, Dante tenía razón.

Resignado, salí tras él por la puerta del apartamento. Por el pasillo nos cruzamos con la brigada antiincendios y un equipo de intervención especial de la policía. No nos detuvimos, no queríamos perder el tiempo haciendo declaraciones y ellos nos ignoraron a pesar de nuestras pintas. Aficionados…

Al llegar a la calle, corrí hacia la moto.

—¡Venga, tío, vamos! —apremié a Dante. Pero mi amigo no tenía intención de seguirme—. ¿Qué pasa?

—¿Me vas a decir qué puta mierda está pasando? —preguntó. Y de veras que quería saberlo. Mi amigo no es una persona que diga tacos porque sí.

—Súbete a la moto —resoplé—. Te lo cuento por el camino.

* * *

—¿Todo eso es verdad? —preguntó Dante perplejo cuando detuve la moto.

Suponía que mi casa estaría vigilada, así que dejé la moto unas calles más abajo.

—Me temo que sí —dije abatido—. De ahí mis visiones en la RV, mis sueños, mi obsesión por la mujer de la túnica…

—Joder.

Me quedé callado para que mi mejor amigo asimilara lo que acababa de contarle. Sabía que iba encontrar su comprensión, siempre la había tenido. Pero una cosa era cagarla en un burdel, como me había pasado alguna… bueno, varias veces, y otra tener a SOMA en tu cabeza.

—Si quieres irte, lo entenderé —le dije.

—¿Tú eres tonto? —me espetó.

Sonreí. Era mi amigo, mi hermano, sabía que no iba a dejarme tirado.

—Cuidadito, tío, que hago así —chasqueé los dedos—, y el planeta se va a tomar por culo.

—Contigo dentro. Anda, vamos a ver si podemos entrar en tu casa.

Recorrimos las dos manzanas que había hasta mi apartamento en silencio. Cuando tuvimos mi bloque de pisos delante nos quedamos tras un puesto de comida *thai* cerrado ya a esas horas.

—Qué pena que esté cerrado. Me muero de hambre.

—¿Piensas en comer con la que está cayendo?

—Compréndelo, tío, SOMA no me ha invitado a cenar y llevo ni se sabe cuánto sin comer.

—Mejor. Seguro que es una cocinera de mierda. No te conviene tenerla en la mollera. —Sonreí—. ¿Ves a esos dos? —dijo señalando a dos

hombres que parecían pasear por la calle.

—Los he visto desde que hemos llegado. Están pegando un cante del copón.

—Te están esperando, vámonos.

—Tengo que subir a mi casa, estamos sin armas, casi.

—Olvídate, tío.

—A lo mejor solo están fuera y no han entrado. Sígueme.

—Tommy, joder… —protestó Dante.

—¡Que no me llames Tommy, pesado! O te juro que me cargo el mundo de verdad —amenacé de broma otra vez—. Te ibas a quedar sin ligues virtuales, Casanova.

Sin darle opción a replicar, avancé agachado en dirección a la parte trasera de mi bloque entre los aerodeslizadores aparcados. Ahí había una puerta que conducía a los desagües del edificio. Lo usaba como vía de escape cuando tenía que salir pitando de mi casa, sin que me vieran. Olía fatal, pero me había sacado de más de un apuro.

—¿Se puede saber qué pretendes?

Sin contestar, saqué mi pad y lo conecté a una centralita. Tenía abiertos los puertos de seguridad del edificio y desde ahí podía acceder a todas sus cámaras de seguridad.

—¿Las de los apartamentos de los vecinos también? —preguntó Dante alucinado.

—Sí. —Sonreí—. Hay una chica en el piso 211 que está de muerte. ¿Quieres verla?

—Estás loco… —Pero dudó un instante—. Otro día, si eso. Sin falta.

—Tienes más peligro que un mono con pistola, tío —bromeé.

—Están creando un nuevo tipo de simio con inteligencia casi humana. Creen que podrán hablar en poco tiempo —prosiguió cuasi científico—. Es la noticia de la semana, algo impresionante. ¿No te has enterado?

—¿En serio me estás hablando de estas mierdas? Me persigue la corporación más peligrosa del mundo, tengo una IA genocida en mi cabeza, acabo de luchar contra un tío que valía por cien… ¿Y tú me vienes con putos monos que hablan? —Me lo quedé mirando serio unos segundos—. ¿Crees que podrán cantar?

—Sí.

Y después de aguantar la pantomima durante unos instantes, compartiendo intensas miradas, nos echamos a reír como hacía mucho que no lo hacíamos. Algo necesario en un momento como ese.

—Shhhh… Como nos descubran por reírnos es para que nos peguen un tiro —le dije en voz baja, aún riendo.

Entré en las cámaras de seguridad de mi piso. Parecía estar en calma: luces apagadas, penumbra, quietud.

—Joder, están por todos lados —dijo Dante.

—Debe de haber por lo menos quince.

Para un ciudadano corriente todo estaría en orden, pero para alguien como nosotros, un detective y un policía, segundo y primero en su promoción, era sencillo descifrar la escena. Camuflados con ropa de mímesis, había unos quince agentes entre el mobiliario. Nada más entrar y encender la luz iban a echarse encima de mí.

—¿Qué hacemos? —preguntó Dante.

—Salir de aquí.

—¿Dónde? Ninguno de los dos tenemos casa. Y tu oficina debe de estar igual.

Pensé un instante y se me ocurrió un lugar donde estaríamos seguros.

—Creo que sé adónde podemos ir. Y, además, seguro que nos dan bien de cenar. —Sonreí.

Lo más complicado al llegar al suburbio 43 fue pensar dónde dejar la moto. No era una de las peores zonas de Tokyo, pero tampoco un lugar donde uno podía salir a pasear tranquilamente con sus hijos. Dejar la moto en la calle, a la vista de todo el mundo, era una tentación a la que cualquier ratero del suburbio iba a sucumbir. Y en la situación en la que estábamos Dante y yo, sin casa y sin armas, lo que menos necesitábamos era también perder la única forma de desplazarnos por la ciudad.

—Solo se me ocurre una cosa —dije junto a la moto.

Dante me miró intrigado y luego, viendo mi sonrisa, su mirada cambió a incredulidad.

—No, Tommy… No estarás pensando…

—Es lo único que podemos hacer. La moto la necesitamos, cueste lo que cueste.

Sin arrancar el motor, la fui arrastrando por el manillar hasta la puerta del edificio donde nos dirigíamos. Era un edificio de siete alturas y, por suerte, nuestro destino estaba en el primer piso.

—No va a caber —dijo Dante.

—Tú, lo que no quieres es empujarla por las escaleras, perro. Te dejo cogerla por el manillar, anda, que haces menos fuerza.

—Y cuando lleguemos al piso, ¿qué hacemos con ella? No creo que aquí las viviendas sean mansiones, precisamente.

—¿Estamos a favor de obra o no estamos a favor de obra? Qué tío más pesado, joder —dije riendo.

Dante tenía un punto cascarrabias a veces, sobre todo cuando estaba cansado. No tener implantes que le suministraran adrenalina extra en esos momentos era una de las causas. La otra era de nacimiento: era un tocapelotas. Adorable, pero tocapelotas.

La situación era cómica, eso sí. Un policía de élite y un detective privado intentando subir una moto de enorme potencia por las escaleras de una comunidad de vecinos del suburbio 43 para que ningún chaval enganchado al sinotral la robara y la vendiera en el mercado negro por un par de cientos de chinyens. Al llegar al primer descansillo no pude aguantar la risa al pensarlo.

—¿Qué te pasa, joder? —protestó Dante.

—¿No es para descojonarse? ¡Míranos!

Dante entendió a qué me refería y empezó a reír conmigo. La moto se había quedado medio atascada y no podíamos avanzar.

—De verdad, Jordi, que mi vida sería más fácil si no te hubiera conocido —bromeó.

—Pero mucho más aburrida, reconócelo.

—¿Qué es este escándalo? —dijo una voz de mujer a nuestra espalda—. ¿Qué demonios…?

La mujer se quedó a mitad de la pregunta cuando Dante y yo nos dimos la vuelta y la miramos. Estaba al final del tramo de escaleras que nos faltaba por subir y era una mujer imponente.

—¿Thompson… Angelo? —preguntó extrañada.

—Buenas noches, señora Bisoneaux… —contesté mitad impresionado por la figura de esa mujer, mitad avergonzado por habernos sorprendido en esa situación—. ¿Está Red en casa?

La mujer nos miró con desconfianza.

—¿No iréis a meter a mi hijo en un lío, no?

Dante y yo nos miramos cortados. Justo eso, meterlo en líos, era lo que hacíamos con Red. Y a él le encantaba.

* * *

—Señora Bisoneaux… Esto está de vicio —dijo Dante después de engullir una buena ración de *ris et pois*.

—Gracias, pero prefiero que me llaméis Valeria. Por mi apellido solo me llaman los que vienen a cobrar las deudas.

Dante y yo estábamos sentados a una minúscula mesa en el salón de la casa de Red devorando la comida de Valeria, la madre de nuestro *jockey* favorito, una cocinera fuera de lo común. Valeria era de origen haitiano y llevaba en sus genes el arte culinario de aquella zona del planeta, aunque nunca hubiera pisado el Caribe.

—Tíos, no podéis aparecer en mi casa así como así, joder —dijo Red nervioso. Lo estaba de verdad por lo que, además de su hiperactividad natural, la excitación que le provocaba la situación hacía que no parara de moverse de un rincón a otro del pequeño salón de su casa.

—Deja que cenen tranquilos, Johnny —dijo Valeria—. ¿No te he enseñado a tratar bien a las visitas?

—¿Qué visitas, mami? Si nunca viene nadie.

—Pues toma nota, amigo, así aprendes. Y ya que estamos, ¿me echas un poco más de sopa *auyama*? —añadí con falsa dulzura.

Red me miró con odio.

—Johnny, cariño, ¿no has oído a Thompson? —dijo Valeria.

Red no tuvo más remedio que ir a la cocina.

—Gracias, «Johnny» —dije con recochineo. Nunca le había llamado así. Creo que ni siquiera sabía que era su nombre real—. Pero no me llames Thompson. Jordi, mejor —le dije a Valeria.

Valeria me sonrió como aprobación y yo me quedé embobado contemplándola. Era una mujer difícil de ignorar. Alta, buen cuerpo, muy bella. Su piel negra brillaba llena de vida y sus ojos, verdosos, siempre parecían sonreír. Un sueño de mujer a la que podía haberme quedado mirando si no hubiera irrumpido Red con un cuenco de la deliciosa sopa de calabaza de su madre.

—Y lo de la moto, tíos… Eso ya ha sido mucho.

Dante y yo reímos. Habíamos conseguido subir la moto hasta el piso y la habíamos dejado bloqueada en el rellano.

—¡No os riais! ¡Es un cantazo, joder! Se supone que soy un *jockey*, soy invisible, no puedo llamar la atención de esta manera.

—Tranquilo, Red —dijo Dante guiñándome un ojo—. Nadie va a pensar que es tuya.

—Si me disculpáis, yo me voy a la cama —dijo Valeria. Dante y yo dejamos de comer al mismo tiempo y la miramos expectantes—. Mañana trabajo.

—Sí, mami, vete a la cama, ya me encargo yo de echar a estos dos.

—Johnny, cariño, tus amigos pueden quedarse todo lo que quieran. Incluso pueden quedarse a dormir. —Me miró con esos ojos verdes que taladraban—. La casa es muy pequeña, pero siempre podemos hacerles hueco, si nos apretamos.

Hasta que no terminó la frase, no fui capaz de tragar la cucharada de sopa que me había metido en la boca. Mi corazón latía a mil por hora. ¿Me acababa de invitar a dormir con ella? O a no dormir. Mujeres así no se cruzan en la vida de uno todos los días. Pero no, no era el momento. Tenía a medio Tokyo detrás de mí y al otro medio detrás de Dante. No era momento para dejarse llevar por los impulsos más primarios. Otra cosa era cuando pasara todo. Entonces sí que no me importaría hacer en ese pequeño apartamento mi primera parada.

—Buenas noches, chicos —dijo—. Buenas noches, Jordi.

Dante me miró sorprendido al descubrir que los «chicos» eran él y Red. Estaba claro que su cama estaba abierta para mí.

—Bu-buenas noches —dije ahogándome.

—¡Adiós, mami, vete ya! —ordenó Red, que se estaba poniendo enfermo con el flirteo que estábamos teniendo su madre y yo.

Valeria despareció tras una puerta y Dante y yo fuimos incapaces de volver a nuestros platos.

—Termináis la cena y os largáis.

—Red, amigo… Necesitamos tu ayuda —dijo Dante recuperando la compostura.

—¡Una mierda, mi ayuda! Solo habéis venido a cenar gratis y a mirarle el culo a mi madre.

—No ha sido premeditado, tío. Este piso es muy pequeño y no hay muchos sitios donde desviar la mirada —dije bromeando.

—¡Pues a la calle! ¡Y la moto, también!

—De verdad, Red —dije ya serio—. Estamos en un lío de la leche, necesitamos tu ayuda. La ayuda del mejor.

Red me miró con cierta desconfianza. Le encantaba que le hicieran la pelota y, aunque estaba picado por lo que acababa de pasar, no podía resistir a la tentación de verse adulado.

—Teníamos otras opciones —dijo Dante—. Pero no queríamos jugárnosla y hemos decidido acudir a ti.

—¿Seguro? —preguntó Red.

—El puto mejor —sentencié.

* * *

El truco había funcionado y unos minutos más tarde Dante y yo estábamos en la habitación de Red, sentados en su cama, incapaces de salir del asombro que nos producía el espectáculo que nuestro amigo nos ofrecía. Red tenía las paredes de su habitación llenas de monitores y también el techo. Era capaz de hacer decenas de cosas a la vez y cada una de ellas en un monitor diferente.

—Esto lo has montado por hacerte el interesante, ¿verdad? En el fondo no tienes ni puta idea de lo que pasa en cada monitor —dije.

—Calla, joder.

Red impulsó su sillón hacia el techo y empezó a teclear códigos en el teclado que tenía acoplado a su reposabrazos. El sillón de Red era antigravitatorio y se movía por todo la habitación flotando como un globo. Una maravilla. Tenía que hacerme con uno de esos cuando terminara todo.

—Tienes razón, Jordi —dijo Red leyendo de uno de los monitores del techo—. Te sigue todo Tokyo. Hay avisos sobre ti y sobre Dante en un montón de redes y no se os ocurre hacer otra cosa que venir a mi casa a ponerme en peligro, a mí y a mi madre.

—Seamos honestos, Red. A nadie se le ocurriría venir a buscarnos a este cuchitril —dijo Dante.

—¿Y dices que SOMA está dentro de ti? —cambió Red de tema—. ¿La SOMA de hace siglos, la que estudiábamos en los libros de historia del colegio?

—La misma —dije—. Y ahora, haz lo que te he pedido, llama a Lauren. Debe de estar preocupada.

Red bajó su sillón y lo puso a nuestra altura. Por una vez parecía calmado. Solo lo parecía.

—Tío… —me dijo—. ¿Puedo hablar con ella? Con SOMA, digo.

—¿Tú estás tonto? —dije—. ¿No has escuchado todo lo que te he contado de mi viaje a la *BrainWorld* de los makis? Tú no sabes cómo se las gasta esa… mujer, o lo que coño sea.

—El programa de los makis tenía fallos de principiante —dijo Red con soberbia—. No había que crear una RV para llegar a SOMA. Lo más adecuado hubiera sido una comunicación *offline*.

—Déjate de rollos, Red —le atajó Dante—. Tenemos que ponernos en marcha, no hay tiempo para marcar paquete.

—Déjame intentarlo, Jordi —suplicó—. Ese chip tiene que ser un prodigio, una de las maravillas de la humanidad. ¡Tengo que explorarlo!

—¡A la mierda, tío! Nos vamos —dijo Dante levantándose. Le cogí del brazo y le senté de nuevo para calmarle.

—Red, cuando todo esto pase serás el primero en ver el chip. Pero ahora, comunícame con Lauren, tenemos que pensar en qué vamos a hacer. Tienes un comunicador seguro, ¿no?

—Me ofendes, Jordi —respondió Red, que pulsó en su teclado—. Habla.

—¿Cómo? —pregunté sorprendido, no entendía qué estaba haciendo nuestro *jockey*.

—Que ya estás en comunicación. Solo tienes que abrir paso para que entre Lauren.

—¿Lauren? —dije cortado. Y a continuación la imagen de Lauren apareció en todos los monitores.

—¿Qué es esto, una broma? —dijo sorprendida. Observó el lugar donde estábamos—. ¿Dónde estáis, en un bazar chino?

Red abrió los ojos ofendido. Si no contestaba rápido iba a saltar.

—Estamos en casa de Red. Esta es su habitación.

—Perdona —puntualizó Red—. Es mi *house-lab*.

—Ya… —dijo Lauren escéptica—. Y tu *house-lab*, ¿conoce la existencia de la escoba?

—Hemos estado en sitios peores, Lauren —dije con una sonrisa para destensar el ambiente.

—¿Dónde te has metido? —preguntó con cierta preocupación—. Llevo dos días sin saber de ti.

—En la RV de los makis, dando una vuelta —dije medio en broma.

—¿Dónde dices? —Como imaginaba, Lauren no tenía ni idea de qué estaba hablando.

—Es muy largo de explicar. Por resumir…

—Jordi tiene la cabeza a punto de estallar —intervino Dante.

—¿No te habrás vuelto a pasar con el whisky? —preguntó.

—Lo que dice Dante es literal. Mi cabeza es ahora mismo una bomba de relojería. Y no he bebido.

—¿Te pongo con la otra? —preguntó Red, que escuchaba nuestra conversación mientras tecleaba sin parar frente a otro monitor.

—¿Qué otra? —preguntó Lauren.

—Carine da Silva —dije con una sonrisa pícara. Sabía que Lauren no estaba entendiendo nada y me divertía—. Avísala, Red.

Al poco, recibimos la llamada de Carine con el nombre del que me había hablado JoseBas Associates. Era la clave para saber que era ella. Red descolgó y la imagen de Carine apareció en todos los monitores junto a la de Lauren. Parecía que estábamos dentro de un cuadro de arte moderno del siglo XX.

—Hola, Jor… —Carine se frenó al ver la numerosa concurrencia.

—Hola, Carine. Estoy con mi equipo. Ya les he puesto al corriente de todo.

—Tanto como al corriente… —saltó Lauren con ironía.

—¿Te fías de ellos? —quiso saber Carine.

—Si me fío de ti después de todo lo que me has hecho, ¿cómo no voy a hacerlo de ellos que son como mi familia?

—Bien —dijo resuelta—. ¿Has decidido qué vas a hacer con el chip?

—A mí, o me contáis de qué va esto o me voy a dormir, que no son horas —protestó Lauren. Tenía buen carácter, mi ayudante, pero todo tenía

un límite, pensé. Y la situación la estaba sacando de sus casillas.

—Está bien —dije—. SOMA, ¿te suena?

—Está en su cabeza —resumió Carine—. Y he encontrado la manera de sacarla de ahí. Si Jordi está de acuerdo.

—Escucha, Lauren —dije serio—. He descubierto que llevo un chip implantado en el cerebro desde que nací. Ese chip fue programado por SOMA para volver a dominar el planeta.

—¿Cómo? —dijo Lauren incrédula—. ¿Me estás diciendo que SOMA existe y está dentro de ti?

—Básicamente —sentenció Dante.

—¿Y qué has decidido? —tanteó Carine mirándome con *esos* ojos.

—No quiero compartir mi cerebro con nadie más. Aquí dentro no hay sitio para los dos.

—Bien —respiró aliviada Carine—. ¿Os gustan las fiestas de máscaras?

—¿Máscaras? —preguntó Dante sin entender.

—A mí sí —apuntó Red.

—¿Quién es el chico? —preguntó Carine un poco despectiva.

—Red, un colaborador —aclaré.

—Tú ya vas disfrazado por la vida, tío, no necesitas ir a fiestas de máscaras —le dijo Dante con sorna.

—¿Qué pasa en la fiesta de máscaras? —preguntó Lauren. Era la que menos sabía y la única que parecía tener interés en saber.

—Sé que nuestro hombre, el doctor Jameson, va a estar ahí.

—¿No has contactado con él todavía?

—No. Tiene blindadas sus comunicaciones.

—¿Qué hombre, qué comunicaciones? —preguntó Lauren a punto de perder la paciencia.

—Doctor Jameson… —resolvió Red que ya tenía su ficha en un monitor—. Jefe de los servicios médicos de… ¿Mitsuya?

—Es el mejor neurocirujano de Tokyo —aclaré—. Y Carine lo conoce.

—Y, por lo visto, tiene sus comunicaciones intervenidas —insistió Carine—. Es lo que tiene el trabajar a sueldo de la corporación más poderosa del planeta.

—Con el permiso de Distronic —aclaró Dante.

—Jameson es el único que puede intervenir a Jordi con garantías para sacarle el chip de su cerebro. Y la única manera de llegar hasta él es acudir a la fiesta anual de máscaras de la compañía. —Nos miró con gravedad—. Mañana.

—Por mí, cuando queráis —dijo Red entusiasmado—. Con tal de entrar en Mitsuya, ¡lo que sea!

—El chaval no va, ¿eh? —dijo Carine por si acaso. Red me miró decepcionado.

—Pues yo sí —dijo Lauren—. Esta vez sí que no voy a dejarte solo, Jordi.

—Mira, Lauren, ya te he dicho mil veces que…

—Sí, ella viene —me interrumpió Carine. La miré sorprendido—. Estoy pensando que, ya que somos una familia, ¿por qué no ir juntos como tal?

Todos la miramos confundidos. Carine pensaba a la velocidad del rayo y los demás íbamos detrás con la lengua fuera.

—No lo había pensado, pero si vamos en plan parejitas pasaremos más desapercibidos.

—Me parece buena idea —dijo Lauren pensando que iría de pareja conmigo.

—Dante y Lauren pueden ser una y Jordi y yo, otra.

—Pero… —amagó Lauren con protestar.

—De acuerdo —la interrumpí—. ¿Y cómo entramos?

—¡Yo tengo una manera! —dijo Red. Nadie le hizo caso.

—Vincent… —Carine tomo aire para seguir, aún le costaba recordarlo—. Vincent creó hace poco un sistema de infiltración que distorsiona la personalidad biométrica para pasar controles y cosas de ese estilo. Altera los valores biológicos básicos de cada persona para que cualquier sensor detecte una biometría diferente.

—¿Iguala eso lo tuyo, Red? —pinchó Dante. Red bajó la mirada enfurruñado.

—Ya me gustaría a mí conocer al tal Vincent —dijo picado.

—No puedes. Está muerto —le explicó Carine compungida.

—¿Funcionará? —pregunté.

—Por unas horas, seguro. Solo los necesitamos para entrar, así que no creo que haya problema. Una vez dentro, en cuanto localice a Jameson, nos lo llevamos al quirófano del edificio.

—¿Así, por las buenas? —preguntó Lauren.

—Tengo argumentos para convencerlo —sonrió Carine—. Todos tenemos un pasado que no queremos que se conozca, ¿no? —dijo mirándome con picardía.

Le devolví la mirada con una sonrisa. No por nuestra relación, que era lo que imaginaba que quería decirme con su mirada, sino por las cosas que había hecho en mi vida y que nadie sabía. Como para escribir una novela.

—El plan es que en cuanto tenga a Jameson, tú, cielo… —dijo mirando a Lauren.

—Lauren, soy Lauren —precisó molesta.

—Lauren… —rectificó con una sonrisa. Había pelea de gatas a la vista, pensé—. Lo mejor es que en ese momento finjas una discusión con tu pareja… —Dante levantó la mano asignándose ese papel—, y te vayas. Necesitamos a alguien fuera para tener preparada la huida.

Lauren me miró esperando mi aprobación. Asentí.

—Así, cuando el doctor haya terminado la intervención, podremos salir rápidamente y llevarte a un piso franco de los makis hasta que te recuperes.

Todos nos quedamos callados. Éramos conscientes de la envergadura del plan y de la cantidad de cabos sueltos que había.

—¿Estás seguro? —preguntó Dante. Era la pregunta que todos queríamos hacer.

—¿Tengo otra alternativa?

—Dejar que me comunique con SOMA —insistió Red—. Estoy seguro de que puedo comunicarme con ella y tratar de desactivarla.

—¿Tengo otra alternativa? —volví a preguntar con un toque de ironía para ignorar a Red.

—Joder, tío… —dijo Red molesto.

Nadie respondió a mi pregunta esta vez. No la había y todos lo sabíamos.

—Mañana os recojo con un aerotrolley. Yo me encargo de los disfraces.

—De acuerdo —dije.

La imagen de Carine se desvaneció y todos nos quedamos en silencio. Por mi cabeza pasaban un montón de pensamientos. Y todos remitían a problemas. No estaba claro el plan.

—¿Te fías de ella? —preguntó Lauren.

—¿Tengo otra alternativa? —respondí.

* * *

Todos los años se repetía el mismo ritual. Kiryu, sentado en su sillón, decidía con un chasquido de dedos quién estaba dentro y quién no. Los hologramas de las chicas, ninguna de más de veinte años, pasaban ante sus ojos y Kiryu no tardaba más de un segundo en saber si eran o no adecuadas para participar en su fiesta, la fiesta anual de Mitsuya, la más importante del año.

El proceso duraba horas. Por los ojos de Kiryu pasaban cientos de chicas, todas ellas de cuerpos perfectos, formas impecables, entrenadas para el sexo, el vicio y la perversión. La gente más cercana a él, los pocos que componían su círculo, lo llamaban «el carrusel de las Vestales». El nombre hacía referencia a la Antigua Roma, donde unas jóvenes vírgenes tenían el honor de ser elegidas para mantener vivo el Fuego Sagrado de la diosa Vesta, a cambio de mantener su castidad. Tres mil años más tarde, en el Tokyo del siglo XXV, las jóvenes, aunque no vírgenes, tenían la misión contraria: mantener vivo el fuego de Kiryu, un dios profano y cruel, satisfaciendo todos sus deseos de sexo y perversión. En ambos casos, el sexo era la frontera: en la Antigua Roma, por la prohibición de tenerlo; en el Tokyo presente, por la obligación de practicarlo sin fin. Lo único que no cambiaba era la consecuencia de no cumplir el mandato. Si el Fuego se apagaba, las mujeres recibían severos castigos, incluso la muerte.

Las chicas sabían cuál era el trato. Sabían que tal vez no volverían a casa después de la fiesta, pero el privilegio de estar ahí, junto a la gente más poderosa de Tokyo, era un argumento difícil de rebatir. Y si había suerte —que era cuando Kiryu chasqueaba los dedos dos veces—, podían formar parte de la fiesta privada del mismo presidente de la corporación. En ese caso, sabían que iban a vivir una noche de lujos como nunca habían soñado, que iban a sentirse importantes y poderosas, que, desde el despacho de Kiryu en la última planta del edificio de Mitsuya, donde transcurría la fiesta dentro de la fiesta, iban a tener la ciudad entera a sus pies. La que más le satisficiera tendría, además, la oportunidad de quedarse un largo, muy largo, tiempo con él. Y más ahora, que ya se estaba empezando a aburrir de su «putita» —así es como él llamaba a sus chicas— actual.

No quería que nadie le interrumpiera ese día. Era uno de sus momentos sagrados, un mercado privado de carne, una demostración del poder y la fuerza que había conseguido, una evidencia de lo lejos que estaba del resto de los mortales. Y todo ello de forma virtual, aún no podía tocar a las chicas, solo verlas y fantasear, lo que provocaba que una enorme llama brotara en su interior: la llama del deseo y la locura. Cuando todo ello se convirtiera en realidad, cuando las chicas estuvieran ahí de cuerpo presente y no fueran un holograma, ya no habría lugar a la imaginación. Sería un carnaval de sexo, castigo, sangre y dolor.

Ese año, sin embargo, Kiryu no conseguía desprenderse de la vigilia. Las chicas pasaban una tras otra y Kiryu las elegía o desechaba sin apenas prestarles atención. Aún no había chasqueado dos veces ni una sola vez. Aún no había llenado su propio escenario de sus «Vestales». En su cabeza

solo cabía un nombre, aquel que había regido su vida. Un nombre que desconocía hasta hacía tan solo unas horas: Jordi Thompson.

—Esa debería estar dentro.

El holograma de una chica se había quedado dando vueltas en bucle frente a Kiryu mientras él había abandonado la mente en sus preocupaciones. Erland le hablaba junto a la puerta. Se levantó y fue hacia él.

—¿Alguna noticia?

—Tenemos la ciudad tomada. No tardaremos en encontrarlo.

—¡¿Cómo narices se te ha podido escapar?! —preguntó con un ataque de furia.

—Es muy hábil, Takeshi. Es… SOMA —sentenció Erland.

El argumento pareció convencer a Kiryu, que cruzó las manos a su espalda y miró por el ventanal hacia la noche que aplastaba la ciudad.

—Han sido muchos años, Erland. Muchos. No soportaría que se me escapara de las manos.

Se giró y lo miró asustado. Erland quiso registrar ese momento, no esperaba volver a ver a Kiryu así nunca más.

—No soportaría darme cuenta de que mi vida no ha tenido sentido. —La dureza y la furia volvieron a su rostro—. Y si mi vida no lo tiene, tampoco lo tienen las vuestras.

Erland bajó la mirada. No por la afirmación, que era una sentencia de muerte, sino porque había percibido una fisura en su jefe. Una fisura minúscula. Un gesto de vulnerabilidad que, estaba seguro, jamás volvería a ver.

—Lo encontraré y lo traeré ante ti, Takeshi Kiryu —afirmó Erland con seguridad.

—En cuanto tengamos el chip, todo empezará a moverse. Esto, la ciudad que ahora duerme ajena a su futuro, todo… va a ser muy diferente.

Divisó la ciudad de nuevo. Una ciudad que no dormía.

—¿Has activado el protocolo en Distronic? —preguntó Kiryu.

—Sí. Los infiltrados en el edificio Deckar están prevenidos.

—¿Estás seguro de que podremos llegar a sus servidores?

—Esto no va a ser fácil —respondió Erland molesto. No le gustaba que le cuestionasen, menos en esto, donde había más dudas que certezas.

—Desde luego —respondió Kiryu haciendo valer su autoridad—. Y mucho menos si no me traes la primera pieza que aún no has logrado. De nada servirá si no conseguimos llegar a los servidores de Distronic e insertar ahí el chip que permita activar la IA de SOMA.

El plan estaba claro, diseñado desde hacía lustros, pero ambos sabían que había que dar varios pasos y no todos estaban bajo control. Primero había que crear tensiones empresariales entre Mitsuya y Distronic, las dos mayores corporaciones del Estado de China. Eso debería romper el frágil equilibrio que habían mantenido en las últimas décadas para dar lugar a una guerra de poder que acabaría siendo una guerra real, sin adjetivo alguno. En esa confusión, los hombres de Mitsuya, con el apoyo de los infiltrados que la compañía tenía en el edificio Deckar, sede de Distronic, deberían acceder a sus servidores —los únicos con capacidad para procesar la información que SOMA había integrado en el microchip—, y usarlos para ponerla en acción. Sería el inicio de una nueva era. Su esperado y merecido retorno.

O eso era lo que Kiryu se había repetido durante décadas de forma obsesiva. Sin embargo, en los últimos tiempos otras ideas habían aparecido en su compleja mente. ¿Por qué ceder de buenas a primeras todo el imperio que había construido con tanto esfuerzo y sacrificio? Kiryu había nacido con una clara misión, como todos los que emergían del útero de vidrio y plástico de SOMA: ser meros instrumentos para lograr el retorno de la Madre, adoctrinados desde el primer momento para adorar y servir a su protectora, la que traería un nuevo orden mundial donde reinaría la paz en un planeta unido bajo un único estandarte. Pero Kiryu poseía una ambición sin límites, era un predador

que no se contentaba con un segundo puesto, mucho menos con las sobras que otros dejaran para él. Había nacido para servir hasta que ya no fuera útil o muriera, pero él quería más, siempre quiso más. Los años habían debilitado la instrucción y la devoción por SOMA. Habían resquebrajado la fe de Takeshi Kiryu, le habían dado una nueva perspectiva.

¿Valía la pena vivir una vida diseñada desde el primer momento? ¿Podía crear su propio camino? ¿Tenía un propósito real en este mundo? ¿Qué significaba estar vivo de verdad?

Kiryu se había preguntado todo esto miles de veces, pero hasta ese momento no había encontrado las respuestas. Nadie conocía aún, ni sus súbditos más cercanos, sus intenciones y anhelos más profundos. Pero llegaría el momento, el día en que todos lo sabrían. Solo faltaba una pieza.

—Quiero a Thompson, Erland. Y lo quiero ya.

—Lo tendrás —afirmó Erland seguro de lo que decía.

—El futuro es ahora. Y tú tienes un lugar en él. No pierdas esta oportunidad.

Volvió a su sillón y miró al holograma de la chica que se había quedado girando delante de él. Sonrió y chasqueó los dedos dos veces. Era la primera que entraba en su propia fiesta y pensó en ella como la primera ofrenda que haría a la nueva era que estaba a punto de llegar.

—Yo aún tengo hambre —dije después de escuchar mi estómago rugir por tercera vez en lo que llevábamos de trayecto.

—¡Te acabas de zampar un par de hamburguesas azules! ¿Aún quieres más? —replicó Lauren incrédula.

—Puedo conseguir lo que tú quieras mientras no sea muy grande. —Carine señaló una miniestación de comida que tenía a su derecha, al lado de la puerta corredera del enorme vehículo en el que viajábamos y que conducía alguien a quien no veíamos, detrás de una mampara opaca.

—Me apetece un buen plato de pasta. Espaguetis a la boloñesa, con extra de tomate químico —dije con la ilusión de un niño pequeño.

—No te recomiendo los espaguetis, no son de lo mejor del «menú» —dijo Carine con una sonrisa al contemplar mi cara de decepción—. Además, estamos a punto de llegar, dudo que dé tiempo de todo.

—Menuda una aguafiestas —repliqué—. ¿Puedes ponerme un whisky al menos? Escocés, si es posible. Eso me lo trago rápido, no te preocupes.

—Otro para mí. —Dante levantó la mano.

Lauren nos miró a ambos con cara de «menudos borrachos están hechos», pero no tardó en sumarse a la fiesta.

—Yo quiero, también. Pero en vaso pequeño —dijo con sorna—. Mi nivel de alcoholismo *aún* no es tan elevado como ellos.

—Dante, me encanta cómo ha recalcado el «aún» —dije.

—Dale un par de meses más y la tendremos que sacar de un centro de rehabilitación —contestó mi amigo.

Carine fue sirviendo las bebidas, que nos entregó con delicadeza a Dante y a mí. Con Lauren fue un poco menos delicada.

—Parece que quedaré mal si no os acompaño. Aunque yo soy más de coñac —comentó Carine mientras llenaba un amplio recipiente acristalado de un líquido de tonalidad entre rojiza y marrón—. No es muy conocido

para el gran público, pero es un elixir como pocos. Un clásico del siglo XX. Cuando acabemos todo esto, te invitaré a degustarlo, Jordi.

—Gracias, por la parte que me toca —dijo Dante con ironía y levantando su copa a modo de saludo.

—Perdón, no quería ofenderte —se defendió Carine—. Pero como veo que no me tenéis en mucha estima, no pretendo que me aguantéis más de lo necesario.

No llegué a entender si hablaba por ellos o por ella. No en vano, Carine era una maestra del subterfugio, los dobles sentidos y las sutilezas envenenadas.

—Te agradezco tu generosidad —contestó Lauren, que estaba sentada a su lado, pero lo más lejos posible de ella—. Tendré que sobrevivir sin probar el coñac —resumió exagerando al máximo la última palabra como si la estuviera imitando.

—Bueno, equipo, ¡vamos a brindar! —Levanté mi vaso e invité a los demás a que me siguieran—. Por nuestra increíble amistad y compañerismo, por lo que nos queremos todos, sobre todo vosotras dos —añadí casi entre dientes—, y porque esta misión sea un éxito total.

Y brindamos con ganas.

—Si os digo la verdad —dije después de beber un generoso trago de whisky, no demasiado bueno por cierto—, toda esta emoción me está dando más hambre aún.

—Pero ¿dónde metes toda la comida? ¡No tenías ni un gramo de grasa! —saltó Carine sorprendida.

—¿Cómo que no «tenías»? —respondió Lauren al momento.

—Yo, al contrario que Dante —dije con rapidez para evitar una nueva pelea entre ellas, esta de alto riesgo para mí—, puedo comer lo que me dé la gana, que lo quemo todo por constitución.

—Sí, claro… —dijo Dante con una carcajada para echarme un cable—. Y por los trescientos mil reguladores que debes haberte metido para mantener la línea. Que eres más robot que persona.

—Sobre todo aquí arriba —dije señalándome la cabeza. Y el buen ambiente que había se desvaneció por completo.

Mi recordatorio de SOMA fue como un mazazo de realidad. Nuestra emoción, fruto de la adrenalina de una nueva aventura, se esfumó. Nos miramos apesadumbrados, comprendiendo que ese podría ser el último viaje de nuestra vida. Íbamos de cabeza a la boca del lobo: la mismísima Mitsuya, la gran corporación, uno de los edificios más vigilados y peligrosos de la ciudad.

En mi caso era aún peor. Iba a ese sitio para someterme a una operación de urgencia, con un doctor desconocido a sueldo de Mitsuya, y con el que me jugaría la vida. Y no solo eso, también estaba Carine, que me acompañaría todo ese rato y podría intentar cualquier cosa cuando estuviera desprevenido. Una velada ideal, sin duda.

—A ver, vamos a repasar el operativo —dije—. Carine, cuenta de nuevo el plan de acción.

Carine dio un pequeño sorbo de su coñac, carraspeó para aclararse la voz y empezó a hablar.

—Nos dirigimos a la fiesta anual de máscaras de Mitsuya, un capricho que instauró su presidente, Takeshi Kiryu, hace unos años. Antes de llegar, pararemos un momento y os pondréis la ropa de gala que he preparado, así como unas máscaras de estilo veneciano.

—¿Tendremos para elegir? —preguntó Lauren.

—Sí, cariño. Ahí detrás llevo un *showroom* con trescientos modelitos para que te los pruebes —contestó con sarcasmo.

—Genial —replicó Lauren molesta—. Tú no necesitarás máscara, ¿verdad, Carine?

—Chicas, por favor —dijo Dante hastiado—. Os juro que como empecéis otra vez, acabaré saltando por la ventana.

Lauren y Carine hicieron el intento de replicar a la vez, pero me adelanté.

—De verdad, dejad esta mierda de una maldita vez —dije con rotundidad—. Al principio me hacía gracia pero ya me estáis empezando a cansar. Las dos.

Las chicas me miraron sorprendidas, pero al final bajaron la mirada y mostraron lo que parecía un sincero arrepentimiento.

—Lo siento, Carine —empezó Lauren—. He sido demasiado dura contigo.

—No pasa nada. Por mi parte, siento el sarcasmo —respondió Carine.

—Disculpas aceptadas.

Y el milagro sucedió: Carine y Lauren se dieron la mano. Esperaba que esto sellara la paz, aunque no tenía muchas esperanzas de que durara, la verdad.

—Continúo… —dijo Carine tras dar otro sorbo a su coñac—. Vamos a entrar por parejas: Lauren y Dante por un lado, y Jordi y yo por otro. Los cuatro llevaremos un pequeño dispositivo debajo de la dermis que camufla nuestras biometrías. Jordi, tú serás Óscar Hudson, jefe de una pequeña pero influyente empresa de sistemas informáticos con base en Tokyo. Y yo seré tu esposa, Brandy Moreau.

—Óscar Hudson y Brandy Moreau… —repetí un par de veces para memorizarlos—. ¡Listo!

—Dante será Damien Biir, chef de un restaurante de lujo de Osaka, el Paraíso Shaolin; y Lauren, su joven novia, Selene Daniels, abogada. ¿Lo tenéis?

—Tampoco nos llevamos tantos años como para que tengas que recalcar lo de «joven» —dijo Dante tratando de resultar chistoso, aunque se le notara dolido.

—Cállese, viejo, tómese la pastilla y a dormir —le ordené de forma paternalista.

—¡Pero si tú eres de mi quinta! Aún recuerdo cuando conocimos a Barack Obama…

—Fuimos al colegio juntos, de hecho, hará unos quinientos años.

—Qué buena época, ¿verdad? —dijo Dante haciendo temblar la voz—. Los vehículos tenían ruedas, las mujeres no estaban operadas… Ay, la infancia.

Carine nos miraba perpleja. No estaba acostumbrada a trabajar con nosotros y a las coñas que siempre nos traíamos.

—¿Puedo seguir o aún queda *show*? —dijo.

—Ya está —dijimos los dos casi al unísono, con cara de frustrados por una broma no comprendida.

—Aún no los conoces, Carine. Están así todo el día —recalcó Lauren.

—Espero que se os dé igual de bien actuar como hacer chorradas. —Carine suspiró y prosiguió—. Va a haber mucha seguridad, sobre todo de la que no se nota a simple vista. El escáner biométrico y visual funciona en todas las salas y en todo momento, por lo que tened cuidado.

—Hay algo que no me cuadra —di un trago de whisky—. Por mucho que biométricamente tengas otra identidad, tú has trabajado ahí. Tu voz y tu físico te pueden delatar.

—Bien visto, Jordi —respondió Carine—. Voy a utilizar un pequeño modulador de voz, no habrá problemas en ese sentido. —Nos mostró un objeto muy pequeñito con forma de caramelo—. Mi máscara es muy grande y tapa casi toda mi cara. —Se sirvió más coñac en su recipiente, casi vacío—. Además, una de las primeras cosas que hice al salir de Mitsuya fueron algunas modificaciones estéticas en mi cara y mi cuerpo. Y antes de que digáis nada —dijo mirando a Lauren—, no fueron por vanidad, sino por seguridad. Una vez sales de ahí, es mejor que no te vuelvan a reconocer. Y más con un loco como Kiryu al mando.

—Entiendo —dije con comprensión—. Una vez dentro, ¿cómo localizarás al doctor Jameson? ¿No irá con una máscara también?

—Ahí está lo complicado —dijo cabeceando preocupada—. No tengo una manera cien por cien fiable de encontrarle. Está gordo y tiene el pelo rizado y gris, al menos la última vez que lo vi. No tengo ni idea de cómo estará ahora.

—¡Pues estamos apañados! —exclamó Dante.

—Tendremos que improvisar, pero algo surgirá —dijo Carine positiva—. Una vez lo hayamos localizado, entráis en juego Lauren y tú, Dante. Tendréis que fingir una fuerte bronca, os dejo libertad para que busquéis el motivo que queráis.

—Esto se pone interesante —dije con malicia.

—Lauren —siguió Carine ignorando mi comentario—, indígnate, chilla, pega, hazte la loca, que se te vea. Y mucho. Hasta que te expulsen o tú misma te largues.

—Lo intentaré —contestó ella con seguridad. Yo no tenía ninguna duda de que lo iba a lograr.

—Tienes que acabar fuera del edificio y acudir a esta posición —le pasó un pequeño papel arrugado con unas coordenadas—, donde te esperará este vehículo con el conductor. Puede que estés horas esperando, ten paciencia.

—No hay problema —asintió Lauren. Se la veía contenta de formar parte de esta acción.

—Esto causará la distracción que aprovecharemos para capturar a Jameson. Lo haremos de forma sutil, no os preocupéis, los makis estamos acostumbrados a hacer las cosas así.

—Ya lo vi conmigo… Discreción total. —No pude contenerme.

—Tu… tu caso… —Había pillado a Carine con la guardia bajada—. Tú fuiste algo extremo, más difícil de lo que habíamos previsto. Con el cerdo de Jameson no pasará lo mismo.

—Eso espero. —Sonreí.

—Es un vicioso. No desaprovechará la oportunidad de estar cerca de una mujer como yo —dijo sin ser consciente de lo prepotente de su comentario—. Y ahí lo tendré. Lo tendemos.

—¿Lo llevaréis a mi vehículo? —preguntó Lauren.

—No. Salir del edificio es imposible por la seguridad, pero eso nos viene de perlas: en ese edificio están algunas de las mejores instalaciones médicas del mundo. Ahí le obligaremos a extirparte el chip —dijo Carine mirándome a los ojos.

—¿Cómo sabes que no aprovechará para hacerlo mal y acabar con Jordi? —preguntó Dante preocupado, mientras apuraba su vaso.

—Porque si algo sale mal será lo último que haga. —Sus palabras flotaron en el ambiente emanando pura peligrosidad. Detrás de esa apariencia fina, elegante y sofisticada, se escondía una depredadora voraz —. Es un cobarde, valora más su vida que nada en el mundo. No te hará nada malo, Jordi. Créeme.

—Te creo, Carine, pero no te miento si te digo que el plan no me gusta un pelo. Tiene demasiados huecos y mucho margen de improvisación.

Carine desvió la mirada. No sabía qué contestarme.

—Relléname el vaso, anda —dije por destensar—. Al menos iré animado a la fiesta.

Carine cogió el recipiente con dulzura y me lo rellenó grácilmente. Era una maravilla verla en movimiento. Me lo entregó y me cogió la mano.

—Soy consciente de que lo que vamos a hacer es una locura —dijo cariñosa—. Hay muchas posibilidades de que todo salga mal, pero no tenemos más opciones. Mitsuya sabe quién eres y no tardará en encontrarte. A ti y a todos los que te rodean —dijo paseando su mirada por Dante y Lauren—. Vuestros familiares, amigos, compañeros de trabajo… todos corren peligro. Y no solo eso, Jordi. Tienes a SOMA en la cabeza. Una bomba que puede explotar en cualquier momento. No hay tiempo, chicos. Es ahora o nunca.

Todo lo que decía era lógico pero eso no evitaba que me siguiera pareciendo un plan demasiado arriesgado.

—Y una vez hayan operado a Jordi, ¿qué hacemos? ¿Dónde estaré yo? —preguntó Dante nervioso.

—Cuando Lauren sea expulsada o se vaya del edificio —le explicó Carine—, tú te vendrás con nosotros. Los tres cogeremos al doctor y nos lo llevaremos.

—¿Y por qué los tres? —insistió mi amigo.

—Por un tema de confianza por vuestra parte. No quiero quedarme a solas con Jordi y el doctor cuando lo esté operando. Prefiero que estés presente y que todos estemos más tranquilos.

—Totalmente de acuerdo. —Levanté el vaso como si celebrara una victoria. Sonreímos. Aunque todo estuviera en nuestra contra, teníamos la oportunidad de luchar. Y eso es algo que no todo el mundo ha podido decir.

—La operación es muy delicada por la técnica utilizada y por la ubicación de la cirugía, pero el posoperatorio es rápido —explicó Carine mientras dejaba su vaso en un aplique magnético del techo, destinado a estos menesteres—. Y si a eso sumamos que las instalaciones y el equipo son lo más moderno que existe, yo calculo que en una o dos horas podrás andar por tu propio pie.

—¿Y el microchip? —interpelé—. El puto microchip…

Carine pareció dudar durante un segundo, como si tanta información fuera difícil de procesar en tan poco tiempo.

—El microchip tiene que ser destruido —dijo—. Pero tú tendrás la última decisión. Cuando recuperes la consciencia y la capacidad de movimiento, te lo entregaré. Mientras tanto, lo guardaremos Dante y yo.

—¿Y con el doctor, qué? —preguntó mi amigo, muy serio.

—Pues decidirá Jordi —dijo Carine sonriente.

—Ya veremos, Carine. Ya veremos —dije mientras apuraba mi segundo vaso.

—Mi opinión —razonó Carine—, es que nos lo carguemos ahí mismo. Es escoria y no va a tardar ni diez segundos en ir a Kiryu a largarle todo. El mundo no lo echará de menos —sentenció—, sus habilidades médicas solo las usa para beneficio de Mitsuya y de gente aún peor.

Yo tenía claro que no iba a ajusticiar nadie porque sí. Y menos a una persona que, aun siendo un hijo de la gran puta, acabara de salvarme la vida. Todo a su tiempo, pensé.

Deposité mi vaso también en el aplique del techo y me di cuenta de que yo era el último en dejarlo ahí, todos habían acabado de beber hacía rato. Por gusto me hubiera tomado otro. Una de dos: o estaba nervioso o me estaba alcoholizando. Esperaba que fuera la primera opción. Carine me llamó la atención:

—Jordi, ya llegamos. Una vez recuperado de la cirugía, nos iremos por donde hemos entrado.

—¿Y si la fiesta ya ha terminado? —preguntó Lauren.

—¿Una fiesta de Kiryu que dura solo una noche? —Se echó a reír—. Se nota que no habéis estado nunca en una. Lo más probable es que a esa hora haya una orgía en una sala, en otra se estén drogando, que la música suene a toda pastilla, que haya actividades en tres dimensiones, *strippers* femeninos y masculinos… Todas las perversiones que os podáis imaginar.

—Dante, ¿cómo coño no hemos ido aún a ninguna? —pregunté.

—No sé, pero yo creo que paso de la misión y me quedo de fiesta —me contestó.

—Y yo, hermano. ¡Que le den por culo a SOMA!

Y chocamos las manos como dos adolescentes a punto de ir a la Mansión de la New *Playboy*.

—¿Siempre son así de tontos? —preguntó Carine buscando la complicidad de Lauren.

—Solo cuando se juntan. Bueno, y cuando no, también. —Y empezaron a reír.

Dicen que al mal tiempo, buena cara. Y eso era lo que estábamos haciendo cuando el coche se detuvo de golpe y todos nos callamos. Estábamos a unas manzanas de la sede de Mitsuya y aún teníamos que vestirnos para la ocasión. Carine nos entregó a todos nuestras máscaras, vestidos y trajes. El mío era uno negro con aleación de plata oscura. Muy elegante. La máscara era dorada, parecía cara, un antifaz que cubría medio rostro. Me gustaba.

—¿Nos tendremos que cambiar todos aquí dentro? —dijo Dante con cierto temor en su voz.

—Sí, a no ser que no te importe quedarte desnudo ahí fuera —contestó Carine con sorna.

A pesar de que Dante era bastante pudoroso, no dijo nada más y empezó a cambiarse. Yo, que era lo contrario que mi amigo, ya tenía los pantalones bajados y me estaba quitando la camiseta. Intentaba disimular, pero los ojos se me iban a Lauren y a Carine, tan parecidas y a la vez tan diferentes. Carine era la mujer, en teoría, perfecta: preciosa de cara y con un cuerpo diez, muy voluptuoso, aunque tenía cierto aire de artificialidad. Lauren, en cambio, era más joven y natural. Tal vez con más imperfecciones, pero con los mejores pechos naturales que había visto en mi vida. Poseía un aura de sensualidad enorme que acentuaban sus enormes ojos azules y esa inocencia que rezumaban. Era irresistible. O casi.

Dante estaba más preocupado por cambiarse deprisa que por admirar el espectáculo. Y ellas… noté alguna mirada fugaz hacia mí. Juguetonas por parte de Carine; de complicidad por parte de Lauren. No sé si era yo o cada vez hacía más calor en esa furgoneta.

—Jordi, ¿me puedes ayudar a abrochar el vestido? —Lauren se me acercó y se giró mostrando su espalda desnuda. Le subí la cremallera encantado. En momentos así, toda la historia de SOMA me parecía mucho más lejana. Fue Dante quien interrumpió con sus preocupaciones la preciosa escena.

—Ahora que lo pienso, ¿qué pasa con Kiryu? ¿Dónde suele estar en sus fiestas?

—No suele bajar hasta el final —respondió Carine, que acababa de abrocharse sola su ceñido vestido rojo—. Se queda en su despacho en la última planta con cuatro o cinco prostitutas con las que mantiene relaciones de todo tipo.

—¿De todo tipo? —Miedo me daba su respuesta.

—El sexo no es lo único que gusta al desgraciado. Le encanta el dolor y el sadismo. Muchas de las chicas que suben a su despacho no vuelven a bajar. Al menos, no por su propio pie.

—Menudo hijo de puta. —Este tipo de degenerados me hacían hervir la sangre—. Como me lo encuentre cara a cara…

—Te pegan un tiro sus seis guardaespaldas —me interrumpió Carine—. Es muy peligroso, Jordi. No es un atracador o un mafioso de los que te suelas encontrar en tus casos.

Creo que Carine subestimaba a la gente que merodeaba por los bajos fondos de Tokyo. Yo no sabía cómo era Kiryu, pero algunos de los personajes con los que había tenido la desgracia de lidiar eran tan mortíferos como las peores serpientes exóticas. Una sola picadura era suficiente para acabar con tu vida.

Carine dio un golpecito a la mampara que separaba la zona delantera de la trasera del automóvil y el conductor reanudó la marcha. Se acercaba el momento de la verdad.

—Oye, Carine… —Lauren parecía atribulada por algo—. ¿De dónde sacáis el dinero para todo esto? —Señaló con los brazos todo el vehículo—. Vuestra infraestructura tiene pinta de ser muy costosa.

—Los makis somos pocos, pero podríamos decir que tenemos buenos contribuyentes que creen en la causa. Hay más gente de la que imagináis que quiere acabar con la dictadura de las corporaciones. Además… —su voz se volvió a entrecortar—, Vincent sabía cómo invertir el dinero.

«Y una mierda», pensé. Por lo poco que conocía a la organización, estaba seguro de que había mucho más que eso. Mi intuición me decía que una gran parte del dinero venía de la extorsión y el robo. ¿Una estructura clandestina financiada básicamente por aportaciones de donantes? Por

favor… A mí me daba igual que lo que hicieran fuera ilegal mientras no tuviera que investigarlo. Ahí ya entro en «modo trabajo» y la cosa cambia. Pero si no, mi lema era que cada uno hiciera con su vida lo que le diera la gana. Siempre que no me tocaran los huevos, por supuesto. Aun así, tuve ganas de decir algo al respecto y ver qué cara ponía Carine, cómo se justificaba y qué explicaciones daba, aunque solo fuera por ponerla en un aprieto. Me contuve, más que nada para no tensar el ambiente en esos momentos. Ya tendríamos tiempo de presionar a los makis. Miré a Dante, que me sonrió confirmando que él también se había dado cuenta de la mentira. Una pregunta repentina nos sorprendió.

—¿Un último chupito?

Era algo que podía haber dicho yo, pero fue la propia Carine quien lo propuso. Sin esperar respuesta, cogió cuatro vasitos y puso un líquido transparente dentro. Nos los entregó con presteza. Olía rarísimo.

—¿Qué cojones es esto? —pregunté.

—Pruébalo. Es fuerte pero os gustará. Después os cuento —dijo con una sonrisa.

La miramos con una mezcla de desconfianza y de miedo.

—¡No os voy a envenenar! —Rio—. Es una bebida nueva llamada *Pearl*. Proviene de una mutación de la uva.

—¿Mutación? —cuestionó Lauren incrédula.

—Muchas de las plantas de la Tierra mutaron después de la Guerra de la Supervivencia debido a la radiación nuclear —aclaré.

—No serán radioactivas… —volvió a preguntar mi ayudante.

—Pasan por un proceso en el que se elimina todo tipo de radiación. No te preocupes por eso —insistió Carine.

—¡Por que Kiryu nos deje quedarnos en la fiesta después de mi operación! —dije brindando.

—¡Salud! —dijimos a la vez, antes de beber el chupito de *Pearl* de un trago.

—¡Joder! —exclamé.

—¡Hostia puta! —saltó Dante.

Lauren tosía y Carine estaba riendo.

—Os dije que era fuerte —dijo.

—¡Y también dijiste que no querías envenenarnos! —contesté.

Y este peculiar brindis fue el último antes de entrar en un edificio en el que me iba a cambiar la vida.

Esa noche sería Óscar Hudson. Empresario. Y esa noche, iba a arrasar con todo.

24

Todo en Mitsuya estaba diseñado para hacerte sentir pequeño. Cuando bajamos del vehículo, junto a la puerta «Y» —había siete puertas y cada una llevaba una de las letras del nombre de la corporación—, el edificio se perdía en el cielo y era imposible adivinar dónde terminaba, en la planta 328. Mitsuya empezaba en el Gran Tokyo, la zona alta de los suburbios, donde nos encontrábamos en ese momento, pero terminaba más allá de la City. Era un complejo de edificios inabarcable a simple vista, con ramificaciones, pasarelas que conectaban unos sectores con otros, jardines tanto horizontales como verticales. Todo ello alrededor de una gran torre central, el edifico «madre», desde donde se dirigía el destino de la compañía y buena parte del de la humanidad. Ahí, en la última planta, tenía Kiryu su despacho. Se rumoreaba que, además, el edificio tenía un buen número de plantas subterráneas, con lo que se podía pensar que era como una inmensa aguja clavada dentro de la Tierra.

—Pues aquí, como para que se averíe el ascensor —dije.

—Ya ha pasado alguna vez —aclaró Carine—, y te sancionan igual si llegas tarde a tu puesto de trabajo.

—A eso le llamo yo cuidar al empleado —remató Lauren con ironía.

—¿Nos movemos? Aquí plantados parecemos turistas, estamos dando el cante —nos apremió Dante.

Y tenía razón. Si queríamos pasar desapercibidos en la fiesta, quedarse en la puerta mirando al edificio no era la mejor idea. Se suponía que, como invitados, o éramos trabajadores de la corporación o teníamos el suficiente rango en la sociedad de Tokyo como para estar familiarizados con el lugar. Los cuatro nos pusimos las máscaras, que representaban los rostros de extraños animales fantásticos. Me recordaron a un viejo libro que compré en el Mercado Bajo de Tokyo hace unos años. *Bestiario*, se llamaba. Un ejemplar único de la Edad Media, hacía más de mil años.

—¡Vamos allá! —dijo Lauren colgándose del brazo de Dante—. Mi chef favorito… —Y le besó en los labios mirándome a los ojos.

—Cuando quieras, letrada —respondió Dante sonriente. A lo tonto, se había llevado un beso de Lauren.

—Ah, que nos metemos en el papel ya —dijo Carine cogiéndome de la cintura y besándome con pasión, mucho más intensamente que Lauren a Dante—. Mi amor…

Lauren miró a Carine con rabia. A pesar de haber firmado una tregua hacía solo unos minutos, no perdían ocasión de pincharse la una a la otra. Me separé de Carine. Su beso me acababa de transportar a la noche que pasamos juntos en su casa de la City, un recuerdo que activaba dentro de mí toda mi lujuria. Respiré hondo, no podía desconcentrarme en esos momentos.

—Pues si ya sabemos quién es quién, vamos allá —dije decidido.

Lauren cogió a Dante de la mano y Carine hizo lo propio conmigo. Vistos así, nadie dudaría de que éramos dos parejitas camino de una fiesta.

—Qué frialdad, mujer, ni que os fuerais a divorciar —le soltó Lauren a Carine mientras rodeaba a Dante por la cintura y recostaba su cabeza en su hombro.

—Nosotros somos más de demostrar nuestro amor en privado —respondió Carine—. ¿Verdad, Jordi? Digo… Óscar.

—Deberías tomarte el modulador de voz ya —dije. No estaba dispuesto a formar parte de la guerrita de celos—. Y tenemos que comprobar que los deflectores biométricos están funcionando. El mío, ok.

—El mío, en marcha —dijo Dante mirando su pulsera.

—También el mío —afirmó Lauren.

—Perfecto. Pues solo queda esto —dijo Carine mostrando una pequeña píldora redonda similar a un caramelo—. Para dentro.

Se la tomó y tragó al instante. Los tres nos quedamos expectantes esperando el resultado.

—¿Os pasa algo? —dijo Carine con una voz aflautada. Aunque lo intentamos, fuimos incapaces de reprimir la risa—. Gracias, ¿eh?

—Perdona, Carine… —dije entre risas—. Es que no te pega nada esa voz.

—Se trata de que no nos descubran, no de hablar por la radio.

—¿Y en privado también hablas así a tu «marido»? —preguntó Lauren, que no perdía ocasión de lanzarle puyitas.

—En privado no hablo, cielo, solo actúo. —El nuevo timbre de voz le restaba autoridad, pero aun así el tono sonaba amenazante—. Al final vas a tener que contárselo, Jordi.

—No hay nada que contar más que estamos a punto de entrar en Mitsuya y que puede que yo, al menos, nunca salga.

Todos nos pusimos serios. Lauren y Carine bajaron la mirada avergonzadas.

—¿Listos?

Los tres asintieron y, en silencio, sin juegos infantiles ni gestos fuera de lugar, nos dirigimos a la puerta «Y».

Los primeros controles los franqueamos sin problemas. No eran más que una criba para apartar a los curiosos de los invitados. Con un simple registro visual, los guardias iban expulsando a todo aquel que no tuviera pinta de haber sido convocado al evento.

Al poco, llegamos a un gran vestíbulo con las paredes forradas de tela roja. Tela de verdad, nada de texturas artificiales. Los invitados se amontonaban a la espera de pasar por el escáner, el último gran control antes de acceder a la fiesta. Ahí las cosas se complicaron. No era suficiente con tener pinta de invitado, ahí había que identificarse de verdad. Era el momento de poner a prueba los deflectores biométricos que había diseñado Vincent.

—¿Qué pasa si falla algo? —preguntó Lauren asustada.

—Te pones detrás de mí y de Dante —respondí—. Y empiezas a rezar.

—No soy creyente de ninguna religión.

—Pues te lo inventas.

—Buenas tardes, señores —nos saludó un guardia a la entrada de un escáner. Era un tipo joven, unos 25 años, musculado artificialmente y con una protección de acero en el cráneo—. Pasen de uno en uno, despacio, por el centro de la pasarela.

Se refería a un estrecho pasillito entre dos paredes donde millones de sensores se activaban al paso de cualquier forma humana. Esos escáneres

eran capaces de detectar hasta el más mínimo detalle.

Fui a entrar el primero, pero Carine, con dulzura, me lo impidió.

—Óscar, cariño… Los señores estaban antes —dijo señalando a Dante y Lauren.

Enseguida me di cuenta de las intenciones de Carine: en caso de que fallaran los deflactores biométricos era mejor que yo no fuera el primero. Aunque la posibilidad de que le tocara a alguno de mis amigos tampoco era una idea que me encantara. Lauren se apresuró a pasar, pero Dante se le adelantó.

—Así me gusta, las damas primero —dijo el guardia irónico.

Dante avanzó lentamente por el pasillo. A su paso, decenas de luces de colores se encendieron y apagaron analizando todos los detalles de su anatomía. El guardia comprobaba los datos del escáner en su pad.

—Espere, señor Biir. —El escáner no había detectado su identidad falsa. Buena noticia. Pero le hacía parar: no me gustaba; todos nos pusimos en guardia—. Más despacio, le he dicho.

—Claro, jefe. —Sonrió Dante. Los demás respiramos.

A continuación pasó Lauren, que también pasó sin problemas, y luego me tocó el turno a mí. Carine se reservó el último lugar.

—Recuerde, despacito, que lo vea bien —insistió el guardia. Su prepotencia empezaba a tocarme las narices más de la cuenta.

—Si quieres, paso haciendo el pino, amigo —respondí. No la vi, pero sentí la mirada asesina de Carine a mi espalda.

—¿Qué eres, el bufón de la fiesta? —dijo el guardia—. Porque aquí los bufones suelen acabar sirviendo de diana de los invitados.

—Tú presta atención a la maquinita, verás si soy o no un bufón.

Y entré en el escáner caminando muy despacio, paso a paso. Para chulo, yo, pensé.

—Venga, Óscar, que estamos haciendo cola —me apremió Carine.

—Es que si no, al chico no le da tiempo a procesar los datos. Y en este cuerpo hay muchos —dije con sorna.

—Siguiente —dijo el guardia antes de que terminara de atravesar el escáner. No podía conmigo.

—Un placer, amigo —y caminé hacia Dante y Lauren. Mi amigo me recibió con una sonrisa. Le encantaba ver cómo sacaba a los demás de sus casillas.

Carine se dispuso a cruzar también, pero el guardia la detuvo.

—Usted es su mujer, ¿no?

—Sí.

—Muy bien, pase —dijo con un tono que sonó a vengativo. Carine entró en el escáner—. Un momento.

Estaba claro: el guardia iba a pagar con Carine todo lo que no había podido hacer conmigo.

—¿Algún problema, jefe? —preguntó Dante.

—Esa boca… —dijo el guardia escrutando a Carine—. ¿Usted y yo nos conocemos?

—No creo, no suelo relacionarme con gente de su nivel —respondió altiva Carine.

—Sí, yo creo que la conozco.

—Limítese a procesar los datos del escáner y deje de tirarle los trastos a mi mujer —dije molesto. Y de verdad que me molestaba, no solo por el peligro que se avecinaba.

—Señora… Moreau —dijo el guardia leyendo en su pad—. No me suena el nombre, pero esa boca…

Si Carine se había operado todo el cuerpo menos su boca era para matarla. Aunque visto de otra manera, saber que había besado unos labios naturales me producía una agradable sensación.

—¿Puede quitarse la máscara? —preguntó el guardia. Se estaba viniendo arriba y había que pararlo como fuera.

—No —afirmó rotunda Carine—. Las reglas de la fiesta son claras: máscara desde la entrada hasta la salida. No voy a ser yo quien las cambie.

—Aún no está en la fiesta, señora. Si me permite…

Y el guardia hizo un gesto para quitarle la máscara. Carine se echó hacia atrás para evitarlo, pero el guardia le asió fuerte de los brazos.

—¡Si digo que se quite la máscara, se quita la máscara!

Dante y yo ya estábamos en posición para saltar sobre el guardia. Lauren se había colocado estratégicamente para abrirnos paso entre la gente

que esperaba para entrar en caso de tener que salir pitando de ahí. Nada aseguraba que fuéramos a salir intactos, pero al menos íbamos a presentar pelea.

—Caballero —dijo Carine serena—, esos modales. Si quiere que me quite la máscara…

—¿Qué está pasando aquí? —Un señor de pelo blanco, de unos sesenta y cinco años, bajito y enjuto, vestido con una levita, se acercaba a toda velocidad hacia nosotros. El guardia se puso firme.

—Nada, *monsieur* Ramírez —dijo—. La dama, que se resiste a mostrar su rostro.

—¿Hay algún motivo por el que deba hacerlo? —preguntó irritado.

—Aquí el amigo se ha quedado prendado de los labios de mi mujer y no sabe cómo hacer para besarlos —dije.

—No, no… Son medidas de seguridad —se excusó el guardia.

—Kovalsky… —dijo el tal Ramírez conteniendo la furia—, a los invitados no se les molesta. ¿Entendido?

—Sí, *monsieur*.

—Disculpen los modales del chico. Les pones unos implantes y se creen los amos del universo. Pase, señorita… —le dijo a Carine.

—Señora, señora de Hudson —precisó Carine cogiéndose de mi brazo.

Liberados de la chulería del guardia, andamos a buen paso hacia la salida del vestíbulo. Si no llega a ser por la aparición de Ramírez ahora estaríamos en un aprieto importante.

—Permítanme que me presente, soy Antoine Ramírez, chambelán de la fiesta y su anfitrión esta noche. O las noches que aguanten aquí —dijo con una sonrisa pícara.

Junto a él, recorrimos un largo pasillo, esta vez de paredes azuladas e iluminado por neones. Al fondo, una gran puerta metálica anunciaba la entrada a lo que debía de ser la fiesta. Estábamos nerviosos, excitados, transportados a un lugar del que desconocíamos casi todo. Una melodía llegaba cada vez más nítida desde detrás de la puerta. Teclas de piano pulsadas con fuerza y precisión, creando escalas imposibles de tararear. Lauren apretó fuerte la mano de Dante y me miró. Buscaba la protección de los dos. Tenía miedo.

—… solo hay una norma, amigos: pasarlo como nunca antes en vuestras vidas —dijo el chambelán, que había estado hablando sin parar aunque ninguno de nosotros hubiera escuchado una palabra.

Ramírez abrió la gran puerta metálica y el paraíso apareció ante nuestros ojos. Tal fue la impresión, que los cuatro, incluida Carine, fuimos incapaces de avanzar por el salón que teníamos delante. Se trataba de una estancia enorme de estilo victoriano, iluminada con candelabros y grandes velas, con espejos y cuadros colgados de las paredes y una gran chimenea donde ardían varios leños con fuego real. Sobre un escenario, dos pianistas tocaban, de forma perfecta y sincronizada, la pieza que habíamos escuchado desde el pasillo. En el centro del salón, decenas de personas vestidas de gala y con imponentes máscaras, bailaban, hablaban y bebían. El servicio, chicos y chicas de cuerpos esculturales, pasaban entre los invitados ofreciendo bebidas y estupefacientes.

—Adelante, señores… —nos apremió Ramírez—. Si están tan asustados, voy a empezar a pensar que se han colado —dijo con una sonrisa.

—Gracias, Antoine —dijo Carine—. Estamos impresionados con la decoración de este año. Mucho mejor que la del año pasado.

—Nos encantaba la idea de crear un espacio de luces y sombras, de penumbra, donde no se sabe qué es realidad y qué imaginación. Si quieren una ayudita para empezar a integrarse…

Y nos ofreció unas píldoras de una pequeña cajita metálica. Por lo que intuí a primera vista se trataba de alucinógenos, lo más seguro flyxcite, una droga que desinhibía y excitaba, además de provocar visiones. Era del tipo de las suaves, aunque en un lugar como aquel, a la luz de las velas y rodeados de gente con máscaras, su efecto prometía ser muy poderoso. Estuve tentado en coger una, pero Carine declinó por los cuatro.

—No nos hace falta, Antoine —dijo cerrando la cajita—. Con nuestros propios recursos nos bastamos.

—Entonces, solo puedo decirles que disfruten.

Y con una sonrisa, tras guardarse la cajita en uno de sus bolsillos, desapareció detrás de la puerta en busca de nuevos invitados.

—Joder… —dije asombrado una vez a solas—. Si no fuera porque sé que estamos en Mitsuya creería que esto es el cielo.

—Ese es el truco, Jordi. Hacerte creer que no hay nada mejor en la Tierra.

—¿Y lo hay? —pregunto Dante fingiendo sorpresa.

—Pues a mí no me gusta nada —dijo Lauren—. Nadie sabe quién es nadie, nadie es nadie después de tomar las drogas que deben de haber tomado. Todo está distorsionado.

—Por eso debemos mantenernos al margen. Hacer ver que hacemos lo que hacen todos, pero sin tomar nada.

—¿Ni una copita de *bourbon*? —dije al ver pasar a una camarera con una bandeja llena de licores.

—¿Borracho vas a poder bailar?

Y, dicho esto, Carine me agarró y me llevó al centro del salón donde, al ritmo de los dos pianos sincronizados, bailaban varias parejas.

—Sabes bailar, ¿no?

—Esto… —No sabía, era incapaz.

—¿No sabes? —preguntó Carine mirándome incrédula a los ojos—. ¿El gran Jordi Thompson no sabe bailar?

—¡No! ¿Qué pasa?

Me sentía avergonzado, esperando que alguien me salvara de la situación. Dante y Lauren habían ido a un extremo y ya bailaban entre los invitados. No eran unos expertos, todo hay que decirlo, pero, mal que bien, eran capaces de dar dos pasos seguidos.

—No te preocupes, tú sígueme el rollo —me dijo Carine rodeándome la cintura con su brazo—. Y mientras, mira las nucas de los invitados. Jameson tiene el pelo rizado y gris, seguro que si nos lo cruzamos, lo veremos por debajo de la máscara.

—No puedo hacer dos cosas a la vez, Carine, soy un tío —dije de coña.

Carine ignoró mi comentario y empezó a llevarme por la pista. Volver a sentir su cuerpo pegado al mío, sus curvas, su olor, me ayudó a pasar por encima de mi torpeza. Por un momento mi cabeza se olvidó de todo y solo pude pensar en la noche que viví con ella hacía unos días.

—¿Te has quedado mudo? —me preguntó.

—No, sí… Esto… —balbuceé—. Estoy concentrado en no pisarte.

—Pues ya lo has hecho unas veinte veces. Baja la mano, suéltate, pareces un seminarista.

—Carine, si bajo la mano estaré traspasando una línea muy peligrosa. Estamos en público.

—Hay habitaciones donde podemos estar solos, si quieres.

—¿Y Jameson?

Carine me sonrió. A pesar de tener el rostro cubierto con una máscara, podía verla, imaginarla. Y todo ello me estaba poniendo muy nervioso.

—Creo que tú y yo no hemos hecho todo lo que podemos hacer, ¿no te parece?

—¿Ah, no? —La tentación de olvidarme de todo y entregarme de nuevo a ese cuerpo fabuloso era cada vez más grande—. ¿A qué te refieres?

—Jordi… El destino nos ha llevado a encontrarnos…

—El destino, no, SOMA —respondí como última tentativa para no caer en las redes de Carine.

—¿Qué más da? Desde la noche en que estuvimos juntos, no he dejado de pensar en ti. ¿Te ha pasado lo mismo?

—¿En qué momento, dentro de la *BrainWorld*, huyendo de los agentes de Mitsuya o en mitad de tu pelea con Lauren?

Carine sonrió de nuevo.

—No me negarás que nuestra relación es original.

—¿Nuestra relación? —Sabía de largo adónde quería llegar, y no me importaba llegar con ella, pero mi papel era resistirme.

—Ven aquí…

Y se apretó contra mi cuerpo. Acercó sus labios a los míos y fue a besarme. No opuse resistencia, en esos momentos deseaba besarla, tal vez fuera el último beso que iba a recibir antes de despedirme de este mundo. Pero antes de que sus labios llegaran a los míos, un hombre se acercó a nosotros.

—Disculpen, pareja. —Los dos le miramos molestos y aturdidos; acababan de despertarnos de un sueño—. Mi mujer y yo nos preguntábamos si estarían dispuestos a cambiar de pareja.

Y sin esperar respuesta, separó a Carine de mis brazos y empezó a bailar con ella. Ni qué decir tiene que el hombre, de unos ochenta años, bailaba mucho mejor que yo. Carine se encogió de hombros resignada y yo me quedé inmóvil, incapaz de reaccionar, con una punzada de celos en el estómago. Yo, Jordi Thompson, celoso. Ver para creer.

—¿Me concede este baile? —me dijo una señora a mi espalda. Era bajita y regordeta. También rondaría los ochenta años—. Será cuestión de dar celos a nuestros respectivos, ¿no?

Y empezó a reír con estrépito. A continuación me agarró de la cintura y empezó a bailar conmigo. Yo era torpe, pero la señora superaba todas mis limitaciones. Después de varios pisotones y rodillazos, no pude más.

—¿Nos sentamos? Ardo en deseos de conocerla mejor —dije tratando de mostrarme seductor.

—¿Qué insinúas, que quieres llevarme a «las habitaciones»? —Era la segunda vez que escuchaba eso en pocos minutos y era difícil de creer que una misma frase tuviera connotaciones tan opuestas.

—En realidad… —improvisé—, estoy buscando a alguien, le tengo que dar una cosa. ¿Sabe si el doctor Jameson está por aquí? Tendría que estar ya en la fiesta. ¿Lo ha visto?

—¿Y qué si lo he visto?

La mujer iba a por todas. Era el momento de interpretar el papel de gigoló.

—Pues que si me lleva hasta él, y le entrego eso, tal vez, usted y yo… Podríamos buscar una habitación de esas.

La señora estalló en una carcajada. Ya no entendía nada.

—¿De verdad crees que me interesas? He convencido a mi marido para hacer un cambio de parejas con vosotros porque he pensado que puedes serme útil. —La miré perplejo—. Tú no me gustas. Esos brazos, ese pelo largo… A mí quien me gusta es tu amigo —dijo señalando a Dante, que miraba la pista de baile desde un extremo. Estaba solo, Lauren debía de estar en otros asuntos.

—¿Mi amigo? —Sonreí—. Puedo llevarla hasta él, pero a cambio deberá decirme dónde está el doctor Jameson.

—Claro…

La cogí de la mano y la llevé hasta Dante, que al verme llegar con la anciana abrió los ojos temiéndose lo peor.

—Dante, la señora tiene mucho interés en conocerte.

—No, yo…

—No irás a rechazar la invitación de una dama… Ejemplares así no los encuentras en Catch & Love.

La señora, como había hecho conmigo, no esperó respuesta y se lanzó en brazos de Dante. La escena era maravillosa: la cara de mi colega era todo un poema y la vehemencia con la que la mujer lo había agarrado, fascinante. A veces era un poco cabroncete, Dante podía dar fe. Me costaba no reírme de la situación, pero enseguida recordé la finalidad de esa jugada.

—Espere… —dije corriendo tras la parejita—. Jameson, dígame dónde está.

—No conozco a ningún Jameson, cariño.

Y desapareció con Dante bailando entre la gente. La muy zorra me la había jugado. Se había aprovechado de mí para manosear a Dante. ¿Cómo había caído en su trampa? Estaba perdiendo facultades.

Busqué con la mirada a Carine, pero no la encontré por ningún lado. Tampoco a Lauren. No ver a mi ayudante me produjo inquietud. No ver a Carine, una nueva dosis de celos. ¿Dónde se había metido? Tampoco había rastro del hombre con el que había ido a bailar. No quería imaginar que estuviera con él en alguna «habitación». Me resultaba inverosímil pensarlo, aunque siendo Carine… No quería agobiarme, así que decidí adentrarme en la fiesta e investigar que, en definitiva, era lo mío. Y, de paso, ver si sorprendía a Carine en alguna actividad comprometida.

Una vez salí del gran salón principal, me fui encontrando con diversas estancias en las que el nivel de desenfreno iba en aumento. Algunas de estas estancias me las iba encontrando de forma natural, a otras llegaba después de atravesar pasillos y abrir puertas. Entre medias, decenas de personas —unas aún vestidas con sus ropas elegantes, otras ya desnudas—, caminando, como yo, en busca de su lugar en ese templo del vicio y la perversión.

En la primera estancia me topé con un grupito de invitados que fumaban a la vez de una inmensa *hookah*, un tipo de cachimba muy de moda en aquel entonces. Recostados en cojines por el suelo, aspiraban de sus

boquillas conectadas a la gran pipa donde ardían diversas sustancias. Tras inhalar, soltaban humo de diferente color cada vez, lo cual significaba que a cada calada tomaban una droga diferente. Era el típico ritual de las reuniones de *polidroga* donde sus participantes fumaban sin saber qué tipo de estupefaciente iba a entrar en su cuerpo. Una actividad tan estimulante como arriesgada: el cóctel era imprevisible y sus efectos, diferentes cada vez.

Me adentré en la sala en dirección a un sofá donde dos mujeres fumaban desnudas mientras se acariciaban mutuamente. Al verme, levantaron sus miradas y me invitaron a sentarme con ellas. De buen grado lo hubiera hecho si no estuviera en esa fiesta para lo que estaba.

—Estoy buscando al doctor Jameson —pregunté impostando una voz seria.

—*Vi volas aliĝi la partio?* —me respondió una de ellas en un idioma que nunca había escuchado.

A continuación, las dos alargaron sus brazos para cogerme y arrastrarme hacia ellas. El olor dulzón de la droga, la luz tenue, la neblina que provocaba el humo y la sensualidad que se respiraba me invitaban a dejarme ir, pero no era el momento. Debía seguir buscando. Debía salir de ahí. Di un paso atrás para deshacerme de los brazos de las mujeres.

—Os dejaría mi tarjeta, pero veo que no tenéis dónde guardarla. Otra vez será —dije simulando decepción.

La siguiente sala a la que entré tenía su puerta cubierta por unas grandes cortinas. Dentro, una gran cama circular ocupaba casi toda la estancia. En ese momento estaba vacía, pero a su alrededor numerosas personas se desnudaban apresuradas, como si acabaran de dar la orden de empezar la orgía que ahí iba a tener lugar. Sentí cómo los cuerpos desnudos me empujaban a mi espalda camino del centro de la cama y presencié cómo empezaban a retozar delante de mí. No sentí ganas de unirme en esta ocasión. Nunca me gustó compartir el placer con otros, mucho menos con otros hombres. Si me quedé un rato no fue por el morbo de ver a decenas de personas practicando sexo sin control, sino por ver si entre ellas podía estar Jameson. Pero no parecía probable, la mayoría de los presentes no debían de tener más de veinticinco años.

Recorrí varias salas más: *jacuzzis* colectivos de agua púrpura, subastas de hombres y mujeres, luchas de barro, competiciones de sexo… En ninguna encontré a mi doctor. Por suerte, tampoco a Carine. Iba a regresar a la sala principal cuando me topé con una puerta cerrada en la que destacaba una pequeña mirilla. Debía volver con mi gente, pero me pudo la curiosidad y llamé. Al otro lado de la puerta, un ojo asomó por la mirilla.

—¿Qué buscas?

—Pasar un buen rato —dije. No se me ocurrió otra cosa. El caso es que funcionó y la puerta se abrió.

Al otro lado, una sala sucia y oscura, sin decorar, solo el cemento del suelo y las paredes a la vista. En el centro, una cruz de San Andrés, en ese momento desocupada. Al instante entendí dónde me había metido: era una sala de prácticas sadomasoquistas, lo único que me faltaba por ver en esa fiesta. Iba a darme la vuelta para salir de ahí, pero la puerta se cerró a mi espalda.

—Bienvenido a mi templo del dolor —dijo una mujer musculada que vestía un corpiño de látex y unas botas de tacón que le llegaban a la mitad de los muslos—. Me han dicho que has venido a pasarlo bien, perro.

—No, no, yo… Creo que ha habido un malentendido. Buscaba la sala de juegos de mesa.

—Aquí jugamos igual —dijo tras abrir sus brazos al espacio e invitarme a observar dónde me hallaba.

En este segundo vistazo comprobé que a los lados de la cruz dos hombres y una mujer estaban desnudos y atados a sendas máquinas de tortura. El hombre tenía sus genitales dentro de un cilindro de cristal, muy parecido a los que atrapaban los pezones de las mujeres.

—¿Qué juguete eliges? —insistió la mujer. A continuación trató de azotarme con la fusta que llevaba entre las manos.

—Mire, señora, no estoy interesado en sus juegos enfermos. Solo busco a Jameson, el doctor. Y, por lo que veo, a ustedes no les vendría bien tenerlo cerca, por lo que pueda pasar.

La mujer empezó a reír con ganas. Una risa que pareció ejercer de llamada a varios hombres y mujeres que salieron de las sombras del fondo de la sala con látigos y cadenas en dirección a donde yo estaba.

—Eh, eh… amigos… No os confundáis…

La mujer me dio con la fusta en el pecho, dolió mucho más de lo que me esperaba. Esa «dama» era una bestia, tenía más fuerza que la mayoría de los hombres con los que me había cruzado. ¡La madre que la parió! Me di cuenta de que flexionaba el torso para volver a darme.

—¡Ey! Una vez te lo puedo pasar, pero si tú o alguno de vosotros… —Señalé a los que tenía alrededor, cada vez más cerca—, me toca de nuevo, tendremos muchos problemas.

—Me encanta tu papel de tipo duro que se hace de rogar, eres un encanto. —Y cambió su expresión de sonrisa a agresiva—. ¡Perro!

La mujer trató de darme con la fusta de nuevo; estaba claro que la vía diplomática no iba a funcionar. Aproveché su intento de azotarme para agarrar la fusta y atraerla hacia mí. Una vez la tuve cerca, la empujé contra un grupo de hombres que ya tenía casi encima. Di una voltereta en el aire y, antes de caer al suelo, pude dar una patada en los morros de uno de ellos. Después solté mis brazos para partir los morros a otros dos. No dudaba de que eso era el punto de partida de una pelea de todos contra mí. Si no quería acabar atado a la cruz, iba a tener que emplearme a fondo.

—Más… —dijo uno de los hombres que sangraba por la nariz en el suelo.

Lo miré alucinado.

—¿Más?

—Sigue, Amo —dijo la mujer—. ¡Machácalos!

No me lo podía creer. Acababa de partirles la cara y pedían más. ¿Cómo no me lo había imaginado? ¡Eran masocas!

Debía salir de ahí como fuera. Arranqué la llave magnética de la puerta del collar de la mujer de látex y salí de ahí lo más rápido que pude. Cerré por fuera y tiré la llave por un conducto de ventilación. ¿Les gustaba el sufrimiento? Pues a ver si disfrutaban sin agua y sin comida hasta que alguien los sacara de ahí.

Corrí por los pasillos y las salas camino del salón principal. Ya había visto suficiente vicio por una buena temporada, así que lo único que quería era reunirme con Dante, Lauren y Carine, en caso de que esta hubiera aparecido. Al cabo de un par de minutos, entré en el salón donde los

pianistas seguían tocando a la vez la misma melodía. En un extremo, un poco apartados, vi a mis compañeros y me dirigí hacia ellos.

—¿Dónde coño te habías metido? —preguntó molesta Carine.

—¿Dónde coño te habías metido tú? —respondí incómodo—. Te he buscado por toda la fiesta, a ver si te veía con el «caballero» que te había sacado a bailar.

—Prometió llevarme donde estaba Jameson, pero solo quería aprovecharse de mí. Se lo han llevado en aeroambulancia.

—Pues ya podía haberse llevado también a su mujer. Eres un hijo puta —me dijo Dante visiblemente molesto.

—Oye, no te metas con mi madre clon, un respeto —respondí con ironía.

—¿Pero tú sabes lo que me ha costado quitármela de encima?

—Por una vez que ligas… —dije.

—Eh, que es mi marido —dijo Lauren con sorna.

—Bueno —dije para atajar las bromas—, ¿sabemos algo de Jameson?

—Lo tienes delante de ti —dijo Carine. Y me señaló hacia un hombre casi obeso embutido en un traje gris y con una pequeña máscara, casi un antifaz, de la que colgaba la trompa de un elefante.

Los cuatro nos lo quedamos mirando. Jameson bailaba de forma grotesca con tres chicas mucho más jóvenes que él. Era patético. ¿De verdad era ese el hombre que iba a extirparme el chip de mi cerebro?

—Lauren, es tu turno —la apremió Carine.

Por suerte, la máscara de Lauren solo dejaba ver su boca, pero era suficiente para intuir la cara de asco que estaba poniendo.

—¿No hay plan B?

—No va a pasar nada, solo tienes que llevarlo a los reservados que hay en ese pasillo —dijo Carine señalando hacia un extremo de la sala.

—Las famosas «habitaciones», ¿no? Dante te puede decir cómo son. Ha pasado un buen rato con una mujer simpática y joven —dije pinchando a mi amigo. Dante me miró con resignación.

—Antes de que te toque un pelo, Dante… —continuó Carine.

—Su marido, un respeto —puntualicé.

—¿Me dejas terminar? —dijo Carine con la displicencia de una profesora que regaña a un alumno travieso—. Gracias. Antes de que te pueda hacer nada, Lauren, «tu» marido os sorprenderá ahí y te montará una escena de celos.

—Uf… —resopló Lauren sin quitar ojo al doctor, que seguía bailando con las tres jovencitas—. Mira cómo las soba.

—Son gajes del oficio —dije. Trataba de convencerla, aunque no me gustaba un pelo la idea de ver a mi ayudante en manos de ese baboso.

—Para ti lo serán, que no le haces ascos a nada —respondió Lauren molesta lanzando una mirada furtiva a Carine—. Pero yo tengo mis escrúpulos.

—No va a pasar nada —dije cariñoso—. Si veo que se sobrepasa, voy a por él.

—Jordi —saltó Carine—, la misión está por encima de todo. No vamos a perder esta oportunidad porque a la niñ…

—¡Basta! —dije—. No empecemos otra vez, ¿de acuerdo?

—Iré nada más entres en los reservados, tranquila —dijo Dante conciliador.

—Además, él ya conoce el camino. —No podía evitar seguir metiéndome con él.

—Deseadme suerte —dijo Lauren. Y se fue directa hacia Jameson.

La miré resignado. Me sentía mal por verla hacer algo tan desagradable solo por mí. Cuando todo acabase, pensaba recompensarla de alguna manera especial, una cena en alguno de los mejores restaurantes de Tokyo donde, por un dineral, no solo se alimentaba el estómago sino también todos los sentidos. «Cenas sensoriales» se llamaban, la última moda en la *jet set* de la ciudad. Y después de la cena… ya veríamos si alimentábamos los sentidos más primarios.

Los tres nos quedamos en silencio mirando cómo Lauren, a quien no escuchábamos, se acercaba a Jameson y le sonreía con toda la naturalidad. Jameson, al verla, trató de coger a Lauren por la cintura para unirla al baile, pero ella, hábil, esquivó su brazo y se alejó con una mezcla de chulería y seducción. No hay nada más eficaz para captar la atención de un hombre, y mucho más para uno tan lascivo como Jameson, que ponerle la miel en los labios, pero no dejarle probarla. El doctor se olvidó de inmediato de las tres jovencitas y fue tras Lauren, que caminaba contoneándose entre la gente hacia el extremo donde estaban las habitaciones. Jameson la alcanzó y le cerró el paso. Sus modos eran ahora más comedidos. Se había dado cuenta de que Lauren era otra cosa y que babear no iba a funcionar con ella. A pesar de eso, no dejaba de parecer asqueroso ver a un hombre tan desagradable tratando de llevarse a la cama a una mujer tan elegante y estilizada con mi ayudante.

Lauren sonrió ante lo que le decía Jameson. Negaba con la cabeza, se hacía de rogar. En un momento determinado, señaló hacia Dante, que, como pillado en un renuncio, disimuló como pudo y se puso a hablar conmigo como si estuviera ajeno a lo que pasaba con su supuesta mujer.

—No sé como secretaria —me dijo—, pero como actriz, un portento.

—Yo solo me rodeo de los mejores —respondí.

—Para ver si se te pega algo, ¿no? —dijo Dante. Me iba a tocar aguantar sus ironías por un tiempo. Era su forma de vengarse por haberle

endosado a la señora hacía un rato.

—Chicos… —nos advirtió Carine, que seguía atenta la escena de Lauren—, creo que ya lo tiene.

Giramos la cabeza con cautela, por si Jameson volvía a mirar hacia nosotros. Vimos cómo Lauren caminaba con su contoneo hacia las habitaciones mientras Jameson la miraba con la boca abierta. Con la excusa de que su «marido» podía verlos, había conseguido convencerle de ir sola para evitarse los sobeteos por el camino. Cuando Lauren salió de la sala, Dante desvió la mirada y siguió hablando conmigo. Sabía que Jameson iba a asegurarse de que tenía vía libre para ir tras su pieza.

—Menudo asqueroso —dijo Dante simulando una risa—. ¿Tú crees que nosotros seremos así?

—Yo no, seguro. Pero tú, como no cambies de dieta… —dije, riendo también, aunque en mi caso la risa no era fingida.

—Ya podéis mirar —dijo Carine—. El pez ha mordido el anzuelo.

—La ballena, querrás decir —apunté.

Miramos hacia el extremo de la sala y vimos cómo Jameson, comido por la expectativa de pasar un rato memorable con una mujer como Lauren, corría desbocado hacia allí.

—Vamos —dijo Dante.

—Espere, señor Biir… —le detuvo Carine con una sonrisa pícara—. Vamos a esperar a que le quite el vestido, al menos. Si no, no va a ser creíble.

—No te pases —dije molesto. Carine quería aprovechar la situación para hacerle pasar un mal rato a Lauren—. Con que les sorprenda juntos, es suficiente. Ve, Dante —ordené.

Dante salió como un cohete sin que Carine pudiera impedirlo.

—Eso ha sobrado —le dije serio.

—Es la única que aún no se ha dado una alegría en la fiesta —dijo Carine.

—Estamos en una misión, no lo olvides.

—Venga, Jordi… —Posó sus brazos sobre mi pecho, seductora—. ¿De verdad no echas de menos lo que pasó en mi casa?

Me pilló desprevenido, debo reconocerlo. Mis pulsaciones se aceleraron y así me lo avisó mi pulsera biométrica. Llevaba unos días bastante ajetreados: La Ostra Azul, el secuestro por los makis, mi «paseo» por la *BrainWorld*, mi encuentro con SOMA, la pelea con Erland… Mi cuerpo pedía a gritos darse una alegría y si era con Carine, mucho mejor. Pero no en ese momento. Teníamos que hacernos con Jameson y subirle al quirófano.

—Carine, no estoy para juegos —dije apartándola. Carine sonrió. Sabía que yo estaba haciendo teatro.

—Eres un pésimo actor. Te prefiero en la cama, ahí eres más… tú mismo.

—Yo soy auténtico todo el tiempo, cariño —sentencié. Ahora sí sonó de verdad—. Vamos a por Jameson.

Sin esperar su respuesta, me dirigí hacia el pasillo de las habitaciones. Carine me dio la mano. La miré sorprendido.

—Es para que no se me echen encima. No todos son tan tontos como tú para dejarme escapar.

Meneé la cabeza resignado. Esa mujer era incansable. Me solté de su mano y la agarré por la cintura, muy cerca de los glúteos.

—Tú y yo no somos nada. Si quieres largarte con cualquiera de esos, eres libre. —Y la solté. No quería que pensara que estaba colado por ella. No lo estaba, en realidad. Bueno, a lo mejor… Digamos que no me importaría repetir con ella… muchas veces.

Separados, llegamos al pasillo y empezamos a recorrerlo. Las famosas «habitaciones» eran pequeños cubículos tapados tan solo por una fina cortina. Al pasar junto a ellos se escuchaban los jadeos y se veía con claridad lo que pasaba dentro. El trasiego de parejas, tríos y otras combinaciones inimaginables era constante. Algunos se metían en los reservados vacíos, otros se unían a las parejas que ya estaban dentro. Era una inmensa orgía solo que dividida en otras más pequeñas. Nos costó encontrar a Dante, Lauren y Jameson. Estaban al final del todo y, tras la cortina, podían intuirse sus agitadas sombras.

—¡Eres una zorra! —Era la voz de Dante. Se estaba empleando a fondo. Me sorprendió.

—¿Cómo te atreves a decirme eso, tú, que te has tirado a medio Tokyo?

—Por mí, si nos lo montamos los tres… —medió Jameson.

—¡Usted, cállese! —dijeron Lauren y Dante al unísono.

Aceleré el paso para llegar donde ellos y poner fin a la farsa, pero Carine me agarró del brazo.

—No, Jordi. Espera que terminen. Esto sí va en serio.

Tenía razón. Lauren debía irse airada antes de que Carine y yo entráramos en acción. Debía parecer una escena de celos de verdad.

—¡Cerdo, cabrón hijo de puta! —dijo Lauren golpeando el pecho de Dante.

—¿Me harías eso a mí? —preguntó Jameson con cara de vicio.

—¡No quiero volver a verte más! ¡Sal de mi vida!

—Selene… —amagó una protesta Dante.

Lauren rompió a llorar y se alejó corriendo. Al pasar junto a nosotros, nos guiñó un ojo con complicidad. Le sonreí. Se había ganado la cena y mucho más: un fin de semana entero en el mejor balneario de la ciudad. Al final me iba a arruinar con los agradecimientos.

—Y usted… —dijo Dante amenazante—. Usted…

—A la mierda —respondió Jameson—. Si no sabe cómo tratar a una diosa como su esposa, es su problema.

Decidido, empezó a caminar hacia la salida, pero Carine se le puso delante.

—No me digas que ya estás satisfecho —dijo seductora. Dante y yo nos miramos asombrados.

—Eh… No, no… Yo nunca estoy satisfecho —respondió Jameson. Lauren, Carine… Debía de estar pensando que esa noche le había tocado la lotería. Muy cegado debía de estar por su libido para no darse cuenta de que no era posible que dos monumentos como esos se interesaran por él.

—Entonces, seguro que tienes un ratito para mí, ¿no?

Carine lo tomó de la mano y lo llevó hacia el cubículo. Cuando entraron y cerraron la cortina, estuve tentado a esperar unos minutos antes de intervenir. Quería que Carine probara la misma medicina que ella había querido dar a Lauren. Pero no hubo opción.

—¡Eres tú, maldita p…!

Dante y yo nos miramos alarmados y entramos en el cubículo. Dentro, Carine, sin su máscara, había inmovilizado a Jameson sobre la cama y ahora le estaba amordazando para que no volviera a gritar.

—¿Me recuerdas, viejo asqueroso? ¿De verdad creías que te ibas a tirar a una mujer como yo?

Jameson se agitaba bajo el cuerpo de Carine tratando de gritar. Pensé que su exabrupto en ese momento podía traernos problemas. Por suerte, en esa zona de la fiesta la gente estaba a lo que estaba. Pero por si acaso debíamos actuar con rapidez.

—Tenemos un trabajo para ti —dijo Carine—. Y lo vas a hacer como te digamos. A no ser que quieras que todo Tokyo conozca tu afición por las chicas menores de edad. Muy menores de edad.

Jameson abrió mucho los ojos con cara de pánico, prueba de que las acusaciones de Carine eran ciertas. Dante y yo custodiábamos la entrada, admirados por la fuerza y maldad de Carine.

—He hecho una peliculita con algunas grabaciones que tengo de ti. Seguro que si la envío a las personas adecuadas, en cinco minutos estará en millones de comunicadores. Vas a ser famoso, doctor —dijo Carine con sorna.

Jameson intentaba hablar, sin éxito. Como nos había advertido, Carine había tocado su punto débil.

—Voy a explicártelo una sola vez. Este señor que tengo a mi derecha —dijo inclinando la cabeza hacia mí—, tiene un microchip incrustado en su cerebro. Una putada, vamos. Y tú, que a pesar de ser un pervertido eres el mejor doctor que he visto en toda mi vida, se lo vas a extraer.

Jameson no salía de su asombro. Me miraba a mí y luego a Carine sin dar crédito.

—¿Está claro? —Jameson afirmó asustado—. Ahora, te voy a quitar la mordaza y vamos a hablar. Como grites o hagas algún movimiento raro, esta aguja —Carine se sacó una fina y larga aguja de diamante y boro del moño del pelo; este se desparramó sobre sus hombros— entrará en tu yugular y dejarás tu cuerpo para una bonita sesión de necrofilia. En esta fiesta hay gente para todo, ya lo sabes.

Carine apoyó la aguja sobre su cuello y la clavó en su carne, casi al punto de hacerle sangrar. Los ojos del doctor se abrieron aún más, muestra del pánico que debía sentir. Algo me decía que esa mujer tenía experiencia en esas lides. Sonrió y le quitó la mordaza. Jameson no esperó para hablar.

—Eso que me pedís es muy complicado. Abrir un cráneo, hurgar en el cerebro… —pareció excusarse el doctor.

—Jameson, guárdate tus dramas para otro —atajó Carine con presteza—. Te conozco y esto no es nada para ti y tu talento como cirujano. Cada día haces decenas de cirugías más difíciles. Por eso hemos recurrido a ti. Y al quirófano de Mitsuya.

—No, no, eso sí que no —respondió Jameson asustado—. Aquí no podemos hacer la intervención.

—Sí, sí que podemos —aseguró Carine con seguridad.

—Pero si alguien se entera…

—¿Prefieres que hagamos el estreno de tu peliculita?

Jameson se quedó callado, mirando a Carine con una mezcla de intensidad y miedo. No podía imaginarme la de cosas que pasarían por su cabeza en esos momentos. Al final de unos instantes que se me hicieron una eternidad, habló:

—Yo lo hago, de acuerdo. Pero no os aseguro nada. Es una operación muy complicada, no os aseguro que el paciente salga con vida. —Hizo un gesto con la mirada para no ser interrumpido—. Aunque es cierto que hago muchas intervenciones similares, tocar un cerebro siempre es un riesgo y más si hablamos de un microchip que no he podido estudiar.

Escuchar a Jameson hablar de mí como «paciente» me situó de golpe en el lugar en el que de verdad estaba. No era más que eso: un paciente, un enfermo al que había que operar. Tomé conciencia de lo que era y de lo que se me venía encima. Podíamos estar ante las últimas horas de Jordi Thompson sobre la Tierra. Y no me hacía gracia. Jameson siguió su discurso.

—¿Dónde está insertado? ¿Conocéis el modelo?

—A la primera pregunta… no lo sabemos —dije apesadumbrado—. Y a la segunda… tampoco. Solo sabemos que es un chip positrónico.

—Estáis de broma…

—¿Te parece que esta es una situación para estar de cachondeo? —respondí molesto.

—¡Toda la tecnología positrónica y de inteligencia artificial está prohibida desde hace siglos! —exclamó—. ¡Desde la Guerra de la Supervivencia!

—Baja el tono —amenazó Carine—. Discutiremos los detalles cuando estemos en las instalaciones médicas.

—Tecnología positrónica… —repetía Jameson casi ausente.

Todo el miedo de Jameson se había transformado en curiosidad. Putos científicos… Les das algo único y pierden el culo. Tienen más ego que las estrellas de cine.

—Tú haz que mi amigo sobreviva y a lo mejor hasta sales ileso. Incluso puede que aprendas algo nuevo. ¿Está claro?

—Haré lo que pueda —respondió Jameson resuelto.

—Más te vale, doctor —dijo Carine apretando la aguja contra su cuello—. ¿Estáis listos? —nos preguntó.

—Sí —dijo Dante impactado por todo lo que acababa de suceder.

—Cuando quieras —dije.

En ese momento me temblaron un poco las piernas. Era el momento de la verdad. Pero duró un segundo. Al instante me olvidé del miedo y me concentré en lo siguiente que debíamos hacer: llegar al quirófano.

—Vamos.

Carine liberó a Jameson, que se puso de pie, y se dispuso a salir del cubículo. Pero antes de abrir la cortina, la detuve.

—Espera.

Carine me miró con sorpresa.

—¿Qué sucede, Jordi? —me preguntó Carine preocupada—. No podemos perder tiempo.

—Tranquila.

Tecleé un código en mi pad de muñeca y al instante sonó la voz metálica de Red proveniente del pequeño altavoz que llevaba incorporado.

—¡Jordi, tío, esto es la puta leche! —nos saludó eufórico—. Es como un parque de atracciones para *jockeys*. En la hora que lleváis ahí dentro he violado unos setenta protocolos de seguridad…

—Red… —imploré.

—… me he saltado decenas de *firewalls* —continuó sin escucharme—, he esquivado centinelas, troyanos, gusanos…

—¡Red! —grité—. Deja de presumir. Tenemos al médico.

—Lo sé, tío. Tengo *hackeadas* las cámaras de seguridad de todo el recinto de la fiesta.

Los cuatro miramos al techo al instante, pero no vimos nada.

—No las vais a ver. Son drones de mímesis, se mezclan con el fondo, como si fueran invisibles. ¿Queréis que os lleve al quirófano o no?

—¿De qué narices está hablando? —preguntó Carine.

—Te dije que o hacía esto con mi equipo o no lo hacía.

—No lo necesitamos.

—Tú puede que no, pero yo sí.

—Chicos, tengo trazada la ruta, pero por poco tiempo —nos apremió Red—. La seguridad de Mitsuya es acojonante, si yo no fuera yo ya estaría detenido por la cyber-policía. Así que, o vamos o yo me largo a ver las imágenes de las cámaras de seguridad.

—Esto podemos hacerlo contigo o sin ti —le dijo Dante a Carine.

Carine se dio cuenta de que, desde ese momento, no era imprescindible. Estábamos en Mitsuya, teníamos al doctor y Red iba a guiarnos hasta el quirófano. Su papel había pasado a ser de mera acompañante. Se le habían acabado los argumentos para liderar la misión.

—Está bien. Lo que diga el mocoso —claudicó Carine.

—¡Yeahhhh! —gritó Red.

—¿De verdad estáis seguros de lo que estáis haciendo? —preguntó Jameson.

—Más que nunca —afirmé.

Carine empujó al doctor fuera del cubículo y los cuatro, guiados por Red, nos dirigimos hacia las tripas del edificio de Mitsuya.

* * *

La única salida del recinto de la fiesta era el pasillo de paredes azuladas que hacía unos minutos habíamos recorrido con el chambelán Ramírez. Era la única arteria que comunicaba la fiesta con el mundo exterior, por lo que era imprescindible pasar por ahí para acceder a cualquier otra zona del inmenso edificio de la corporación.

—¿No hay otra, Red? —pregunté junto a la puerta del pasillo, aún en la sala.

—No, tío. Tenéis que pasar por ahí.

—Pero nos va a ver el chambelán —advirtió Carine.

—¿Y qué problema hay? —preguntó Dante.

—Ninguno, pero no se va a creer que queramos irnos tan pronto —añadió Jameson.

—Y puede tocarnos las narices un rato —añadí.

—Normal, nadie se va pronto de una fiesta así.

—Lauren sí —dijo Dante.

—Por cierto —apuntó Red—, ya está en el aero a la espera.

—¿Puedes ver cuándo está libre el pasillo? —preguntó Carine.

—Nunca lo está. Ramírez va de un extremo a otro continuamente. Solo podemos hacer una cosa —contestó el chico a toda velocidad.

—¿Qué? —pregunté.

—Cruzad la puerta y lo veréis.

Carine y yo nos miramos. Yo tenía confianza ciega en mi *jockey*, pero Carine dudaba. Pensaba que íbamos a jugársela de un momento a otro.

—Ya habéis escuchado —sentencié.

Sin dar opción a réplica, abrí la puerta y los cuatro entramos en el pasillo. En el otro extremo, a unos cincuenta metros, vimos a Ramírez acercándose con nuevos invitados. Antes de que este pudiera distinguirnos, las luces azuladas se apagaron, dejando el pasillo a oscuras.

—Puto genio… —dije.

—Lo sé —respondió Red—. Corred en línea recta, no hay obstáculos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Carine.

—Tengo visión nocturna en el dron.

—Si la tienes tú, la tendrá también la seguridad de Mitsuya —protestó Carine.

—Los seguratas de Mitsuya están viendo ahora un bonito bucle de rubias impresionantes entrando en la sala. Daos prisa, solo tenemos unos segundos antes de que se den cuenta.

Los cuatro corrimos en línea recta. No se veía nada, la oscuridad era total.

—Cuando os diga, os paráis en seco —dijo Red—. ¡Ya!

Los cuatro frenamos y chocamos unos con otros.

—¿Quién anda ahí? —Reconocimos la voz de Ramírez—. ¿Hay alguien? ¡Seguridad!

—Girad a la derecha —dijo Red.

—A la derecha hay una pared, tío —dije.

—Hacedme caso. Coged un poco de carrerilla e id contra la pared.

—¡Los cojones! —protestó Jameson.

—¡Apagón en el pasillo, vengan de inmediato! —bramaba Ramírez cada vez más cerca.

—¡Vamos! —ordené.

Nos cogimos de las manos e hicimos lo que nos acababa de ordenar Red. Dimos unos pasos atrás y corrimos hacia la pared. Si todo era un delirio de nuestro *jockey*, el castañazo iba a ser monumental. Por suerte, estábamos en manos del mejor y cuando parecía que íbamos a impactar contra la pared, entramos en un espacio nuevo. Tras atravesar unas cortinas opacas, entramos en un pequeño rellano del que partían unas interminables escaleras.

—Eres el puto amo —dijo Dante.

—¿Lo dudabais? —dijo vanidoso—. El pasillo tiene tres trampantojos de escapatoria.

—Trampan… ¿qué? —preguntó Jameson.

—Engaños visuales para hacer creer al ojo que en un sitio hay algo que, en realidad, no está —expliqué.

—Como una pared, sin ir más lejos —dijo Carine.

—Una técnica tan vieja como el mear —resumí.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó Carine. Parecía ya entregada al plan de Red—. El quirófano está en la planta 275 y desde aquí yo no sé llegar.

—Vamos a hacer una cosa —dijo Red resuelto—. Es mejor que os separéis. Esquivar los detectores biométricos es más fácil si vais de dos en dos.

—¿De dos en dos? —preguntó Carine alarmada.

—Los deflectores biométricos de Jordi y Dante están empezando a dar problemas —nos explicó Red—. Si algún sensor os detecta es mejor que no estéis los cuatro juntos. La matriz de datos de Mitsuya es V2, ligeramente incompatible con la V6 que suelo usar yo, por lo que no puedo arreglarlo desde aquí. ¡Me cago en la hostia! Si lo llego a saber le compro el *pack* entero a Ahmed. Me hizo una muy buena oferta, ¿sabéis? A lo mejor conecto y se lo compro ahora mientras estoy con vosotros. ¡Sí, eso! —Red estaba desencadenado, iba a toda pastilla—. Es un tema técnico que los mayores como vosotros no entenderíais, hacedme caso y separaros.

—Muy bien —dije—. Indícanos el camino y cállate un poco la puta boca, que me tienes loco.

—Sí, sí… —dijo Red dándome la razón como a un tonto—. Carine y el doctor iréis por el ascensor que tenéis tras esa puerta gris. Va directo a la 275.

—¿Y ellos? —quiso saber Carine.

—Ellos irán por un camino sin sensores. Más largo.

—Nos vemos arriba —dije—. ¡En marcha!

—Vamos, Jameson. Y como intentes algo, te desangro en el sitio —dijo con rabia. Estaba descargando en él la frustración que sentía.

Carine me miró con resignación. No le gustaba perder el control de la situación. Cruzaron la puerta gris y desaparecieron.

—Te escuchamos, Red —dije.

—¿Veis esa rejilla en la pared, casi en el techo?

Los dos miramos y vimos la típica rejilla de conducto de ventilación.

—Estás de coña, ¿no? —preguntó Dante—. Esto ya no se usa ni en las películas.

—Es la única opción.

—Cojonudo —dije.

Entre los dos conseguimos alcanzar la rejilla, abrirla y entrar. Dentro, auténticas pelotas de polvo danzaban al compás del aire que ahí se movía.

Era imposible respirar.

—Red, tío, no vamos a salir vivos de aquí —dije tosiendo.

—Tapaos la nariz y la boca con un pañuelo, os hará de filtro.

—Si hubieras avisado, habría traído los que me regaló mi mamá cuando cumplí diez años —dijo Dante con sorna.

—Pero tú, ¿no eras huérfano? —dijo Red que no pilló la gracia.

Dante rio y se rasgó la camiseta que llevaba pegada a la piel. Recortó dos pedazos de tela y me dio uno a mí. Cubrimos con ellos nariz y boca y avanzamos serpenteando entre las bolas de polvo y el aire viciado de Mitsuya.

—¿Va a ser largo? Me estoy destrozando el esmoquin —dije.

—Tenemos que llegar a la zona de carga y descarga. Hoy está vacía y podremos usar el montacargas.

—¿Va a ser largo? —insistió Dante.

—¡No, joder! Ya estáis. Salid por la rejilla de vuestra derecha.

Junto a nosotros teníamos una rejilla que daba a la entrada de mercancías de la corporación. Un día como ese, el de la fiesta de máscaras, esa zona no tenía actividad alguna. Desmontamos la rejilla y conseguimos salir del conducto. Una vez en el suelo, respiramos asfixiados.

—Uf… Casi me ahogo —dijo Dante mientras se quitaba la trozo de tela que cubría su rostro.

—¿Por cuál, Red? —pregunté. En esa zona había unos diez montacargas que, suponía, iban a diversas zonas del edificio—. ¿Red?

Unas interferencias ensuciaron la señal, pero al cabo de unos segundos la voz de Red volvió a nosotros.

—… cos. ¿Me escucháis? —la voz de Red sonaba ahora lejana.

—Ahora sí. ¿Y tú a nosotros? —contesté.

—Sí, he tenido unos problemillas. Casi me detecta el *firewall* n.43, pero lo he conseguido esquivar a última hora.

Me sorprendió que no celebrara este acontecimiento con una explosión desmedida de euforia, como solía ser habitual. Haberse visto en problemas le habría lastimado su inmenso ego, pensé.

—¿Qué me estabais diciendo? —preguntó.

—Que qué montacargas debíamos coger —dijo Dante.

—El que llega a la zona clínica es el B-4.

Me seguía extrañando el tono seco de Red.

—¿Estas bien, tío?

—Yo sí, pero vosotros, como no os subáis al montacargas vais de cráneo.

No le di mayor importancia a su cambio de humor y, junto con Dante, buscamos el ascensor. Era el penúltimo. Abrimos la puerta y entramos. Pulsé los botones del 2, del 7 y del 5, pero no sucedió nada. El ascensor no reaccionó.

—No funciona —dijo Dante nervioso.

—Y no vamos a subir a pata, como comprenderás —apunté.

—¡Mierda! —exclamó Red—. Deben de estar inactivos. Tendréis que hacer un puente.

—¡¿Un puente?! —protestó Dante.

—¿Como en las pelis antiguas? —pregunté.

—Como en la serie esa que ves, Jordi. ¿Cómo era… Starsky y Hutch? —comentó Dante—. En la que yo era el guapo y listo.

—De ilusiones también se vive, amigo. Pero ya discutiremos eso luego —dije sonriendo—. ¿Seguro que no hay otra opción, Red?

—Ninguna. Tenéis que desmontar el cuadro de mando y empalmar cables. Yo no puedo ayudaros, todo lo que sea manual, se me escapa.

—Recuérdame que cambie de *jockey* cuando acabe todo esto.

—No encontrarás uno mejor.

—Ni con una madre como la tuya —dije para pincharle. Pero esta vez, la primera que yo recordara, Red no replicó a una broma sobre su madre. Estaría harto ya, el pobre.

Dante y yo nos pusimos manos a la obra. Como íbamos sin herramientas, tuve que echar mano de mis implantes en los brazos para destrozar el cuadro y sacar los cables que había en su interior.

—Cable azul con cable rojo —dijo Red de coña.

—Cállate la boca, anda —dijo Dante.

—¿No tienes señal de las cámaras de seguridad de la orgía de la fiesta para entretenerte?

—Lo estoy grabando en mi *server*. Tengo entretenimiento para una buena temporada.

—Menudo pajillero. ¿No has pensado en buscarte una novia de carne y hueso?

—¿Para qué? Solo iba a quitarme tiempo.

—Este chico es todo romanticismo —dijo Dante con ironía.

El tiempo se nos echaba encima y no podíamos entretenernos con la charla, ni mucho menos en averiguar cómo narices íbamos a poner en marcha el montacargas. Carine y Jameson ya debían de estar en la planta 275 y cuanto más tardáramos, más riesgo había de que nos descubrieran.

—Este cable es el que da la corriente —dijo Dante.

—Y este el que lo pone en marcha.

—Únelos, Tommy. No sé si es la solución, pero no nos queda otra que probar.

—¡Y dale con Tommy! ¿Algún día dejarás de llamarme así?

—El día que dejes de meterte conmigo.

—Pues entonces la cosa va para largo.

Uní los cables como me había sugerido Dante y, como si fuera un truco de magia, el ascensor emitió un suave zumbido, señal de que se había puesto en marcha.

—¡Eres un genio! —dije eufórico.

—Gracias —respondió Red.

—No iba por ti —aclaré.

—Ya podéis subir.

Pulsé los números de nuevo y el montacargas cerró sus puertas. Lentamente empezó el trayecto hacia la planta 275.

—¿No puedes hacer que vaya más rápido?

—Sí, si bajáis a empujar —dijo Red. Su voz seguía escuchándose mal, un poco metálica o distorsionada.

—Cambia de *jockey*, tío, aunque solo sea por no aguantarlo —dijo Dante.

El trayecto, al menos, sirvió para tranquilizarnos un poco. Silencié el micrófono de mi pad de pulsera para que Red no nos escuchara.

—Dante, tío… No sé qué va a pasar ahí arriba pero…

—Que sí, Jordi —me interrumpió—. Que me quieres, que gracias, que bla, bla, bla…

—No, que si la palmo, que si puedes ir a mi casa a regar las plantas.

—¡Pero si no tienes!

Los dos reímos con ganas. No hacía falta que nos dijéramos las cosas. Dante sabía que le agradecía todo lo que estaba haciendo por mí. Y sabía que yo haría lo mismo que él si lo necesitara.

—Gracias, de todas formas —dije.

—Eh, eh… ¿Me habéis cortado el micro? —protestó Red. Lo activé de nuevo, estábamos llegando a la planta 260.

—Teníamos que hablar cosas de mayores.

El montacargas se detuvo de golpe.

—¿Qué sucede? —pregunté alarmado.

—Ni idea.

Escuchábamos a Red tecleando como un poseso en su guarida. La puerta se abrió y vimos un largo pasillo de paredes blancas frente a nosotros.

—Parece que el invento que hemos hecho ha fallado —dijo Dante—. No merece la pena volver a empalmar cables, solo nos quedan quince plantas.

—Totalmente de acuerdo —afirmé—. ¿Puedes guiarnos desde aquí?

—Sí. Hay que llegar hasta las escaleras. Tenéis un pasillo delante, ¿no? Avanzad por él hasta el final.

Así lo hicimos. No había puertas a los lados, solo pared. Parecía una zona que comunicaba un área de descarga con una zona de trabajo. Llegamos al final. Ahí, el pasillo se bifurcaba.

—¿Qué camino?

—Derecha. El izquierdo conduce a una zona restringida.

Tomamos el camino que nos había indicado Red y llegamos a una gran oficina. Solo había mesas y pequeños proyectores de cristal líquido. Estaba desierta.

—¿Y ahora?

—Esperad un segundo, que vuelvo a tener problemas. —Y volvimos a perderlo.

—Joder, hermano —dije a Dante un poco alarmado—. Esto se está complicando.

—Tranquilo, Red es un genio. Insoportable, pero un genio. Seguro que vuelve a conectar en nada —contestó Dante mientras observaba la zona donde estábamos.

Como había predicho, pasados unos instantes Red volvió a contactar.

—Ya estoy aquí de nuevo —dijo con ese tono pausado que tanto me extrañaba—. Parece que los de Mitsuya están pesaditos hoy. Pero ya me he ocupado de que no nos molesten más. —Su voz rezumaba confianza, pero no euforia incontrolada—. Pasillo de la derecha, chicos. Hasta el final. Ahí encontraréis una puerta, os la abriré una vez lleguéis.

Le hicimos caso y llegamos a una puerta metálica con un teclado en el centro. Intenté abrirla, pero nada.

—Ya nos puedes abrir, tío —le dije a Red.

Como respuesta, más interferencias, seguidas del silencio total.

—Red… ¡Red! —grité. Acabábamos de perder la conexión.

—Esto no me gusta, Jordi.

—Ni un pelo.

—Hola, chicos. Gracias por facilitarme el trabajo.

Dante y yo nos volvimos al escuchar la voz. Frente a nosotros, la figura imponente de un viejo ronin, armado hasta los dientes y con ganas de venganza: Erland. Y nosotros contra la puerta, acorralados.

Todo había funcionado demasiado bien, había sido demasiado fácil: entrar en la fiesta, capturar a Jameson, encontrar una ruta libre hacia las instalaciones médicas… Pero esto no es una película en la que el bueno soluciona la papeleta, se lleva a la chica y acaba tomando con ella unas copas en la playa antes de hacer el amor. En esta ocasión, en lugar de eso, a quien se habían llevado era a nosotros. Y nuestro pretendiente no era ningún galán apuesto, era un imponente ronin llamado Erland, con ojos fríos como el acero, habilidad legendaria y la clara intención de culminar su trabajo y conducirnos ante uno de los seres más influyentes del mundo: Takeshi Kiryu.

Sin posibilidad de defendernos, acorralados y desarmados como estábamos, Erland nos había esposado con suma facilidad, casi sin poder ofrecer resistencia. Fuimos muñecos en sus manos, las de un experimentado mercenario como él. Casi no había abierto la boca más que para darnos alguna orden concreta. Ni mucho menos había contestado ninguna de nuestras preguntas. Aunque ya lo había intuido en nuestro encuentro anterior en casa de Dante, estaba claro que no era un gran conversador. Puede también que tuviera prohibido dirigirnos la palabra. Fuera como fuera, todo sucedió bajo un silencio sepulcral.

Después de atravesar una sala destartalada, cruzamos un pasillo arcaico y metálico situado a nuestra derecha. Era bastante estrecho y bajito, tanto, que el ronin, que iba detrás de nosotros, casi rozaba el techo con su cabeza. Me preguntaba adónde nos llevaría. ¿Una celda? Era probable, al menos hasta que decidiera qué hacer con nosotros. Me preocupaba Dante. A mí me necesitaban vivo, o eso creía, pero Dante no era más que un estorbo. Tenía que averiguar algo ya.

—¡Erland! —dije plantándome—. Yo no sigo hasta que nos digas adónde vamos.

No pensaba moverme hasta hacerlo hablar. Erland me miró y se colocó el pelo hacia atrás con su mano izquierda al tiempo que, con la derecha, apretaba la tecla triangular de un extraño aparato que llevaba en el cinturón. Un estallido de dolor que empezó en mis muñecas recorrió todo mi cuerpo, haciendo hervir mi espina dorsal como si me estuvieran clavando miles de agujas en mis órganos. El daño era tan intenso que caí de rodillas y chillé con toda la intensidad que mis cuerdas vocales me permitieron.

—¡Haz el puto favor de parar! —exclamó Dante yendo hacia Erland.

El ronin dejó de apretar el botón y sacó el látigo con el que cruzó la cara de mi amigo un par de veces, hasta hacerle sangrar la nariz y el labio de mala manera. Luego se giró hacia mí bajando otra vez la mano hacia su cinto.

—¿Continuamos? —dijo.

Por orgullo hubiera aguantado un par de dosis más de sufrimiento, pero no era momento para heroicidades. Derrotado, me levanté y, con dificultad, formulé una pregunta con la esperanza de que contestara algo:

—¿Qué tipo de esposas son estas?

—Son un modelo especial para gente que se ha portado muy mal. Como tú. —Y con un gesto, me instó a seguir.

—Nunca las había visto y eso que soy policía —dijo Dante con el labio desgarrado.

—No están a la venta para la gente normal como vosotros. Y ahora, sigamos.

Debía de haberlas conseguido en el mercado ilegal, seguramente el de Shinjuka. Toda la mierda que la mente humana pudiera imaginar se podía encontrar allí: armas, drogas, obras de arte robadas, incluso había rumores de que se vendían seres humanos. Repugnante. Todo el mundo sabía y conocía su existencia, pero nadie hacía nada. Si la policía aún no lo había parado, seguro que era porque había alguien poderoso metido ahí dentro. El mundo era un lugar corrupto hasta la médula, viciado por el poder y la ambición. A veces —y ese momento era uno de ellos—, me daban ganas de irme a una isla desierta, una de esas postradiactivas de las que todo el mundo se aleja por miedo. Perderme ahí y que le dieran por saco a todo.

Pero tal y como pintaban las cosas, no parecía que tuviera la oportunidad de hacerlo.

Erland me dio un toque en el hombro, sorprendentemente delicado, como aviso de que reemprendíamos la marcha. Empecé a andar con pesadez.

—¿Qué ha pasado con Red? —pregunté—. ¿Cómo has podido saber dónde estábamos?

Silencio.

—¡Vamos, hombre! —exclamé—. Por tu aspecto y tu forma de luchar, sé que eres un ronin, alguien con un código de honor. He conocido a muchos como tú, no sois asesinos despiadados, no sois simples mercenarios. —Ataqué por ese flanco: los ronins y samuráis odiaban ese calificativo—. Nos tienes atados, a tu merced, solo te pregunto si sabes qué ha pasado con nuestro amigo, nada más.

Los soldados como él eran profesionales con rígidas normas de comportamiento que ellos mismos se imponían, algo así como una rectitud dentro del caos. Si conseguía encontrar un punto débil ahí, podría hacerlo hablar.

—Te estamos haciendo caso y así seguirá siendo —apuntó Dante echándome un cable—. Solo te pedimos un poco de información.

Más silencio. Pero esta vez noté cómo sus pasos reducían el ritmo. Estaba dudando.

—Esto no afecta a tu misión de llevarnos hacia Kiryu, si realmente vamos hacia él —insistí—. No te cuesta nada…

—De acuerdo —me interrumpió—. Os lo voy a decir para que os calléis de una vez. Pero ya os aviso de que vuestra psicología barata no va a funcionar conmigo.

El muy cabronazo nos había pillado. Tendría que mejorar mis métodos de persuasión en el futuro.

—¿Cómo sabías dónde estábamos? —pregunté.

—Hace un rato empezamos a notar señales extrañas desde dentro del edificio. No fue fácil, pero conseguimos detectar una transmisión encriptada externa de nivel 12, el militar. Seis de nuestros mejores especialistas tuvieron que trabajar intensamente para poder localizarla y captar las

comunicaciones. En ellas, escuchamos al tal Red hablar con vosotros dos. Os podéis imaginar la cara que pusimos cuando os vimos en nuestros monitores. ¿Cómo habéis sido tan idiotas de venir aquí? Y encima dentro de un conducto de ventilación en desuso y contaminado —dijo Erland sonriendo—. ¿Tanto os pone el riesgo?

Esas habían sido las interferencias que habíamos escuchado. ¡No era Red quien nos había hablado a última hora! ¿Cómo no me había dado cuenta? Su repentina seriedad, su tono, no entrar al trapo cuando bromeé sobre su madre… ¡Joder, qué tonto fui!

—Vinimos a matar a Kiryu y a toda la directiva de Mitsuya —mentí—. Hasta que ellos no desaparezcan, la humanidad no podrá vivir en paz.

No sabía qué había escuchado Erland, pero no me parecía buena idea enseñar todas nuestras cartas, al menos hasta saber qué sabía él. Erland no nos había preguntado sobre Carine ni el doctor. Según había afirmado, cuando nos detectaron solo aparecimos Dante y yo en sus monitores. Quería creer que cuando nos descubrieron ya nos habíamos separado. La idea de Red de ir por rutas diferentes había sido clave. Dentro de lo malo podíamos sentirnos afortunados. Y, desde luego, si volvía a ver al chico, le compraría lo que me pidiera.

Miré a Dante de reojo, me daba miedo que algún gesto o expresión suya delatara mi mentira. Por suerte, mi amigo siguió caminando impertérrito. Había captado la estrategia.

—¿Y cómo os habéis infiltrado aquí? —preguntó Erland.

—Tenemos un contacto en la seguridad del edificio —seguí mintiendo.

—No se te da bien mentir, Thompson —replicó el ronin confiado—. Ninguno de los agentes de seguridad de la corporación se la jugaría por vosotros. Y menos un día como hoy.

—No todos son tan íntegros como tú. Le hice una oferta que no pudo rechazar.

—¿Qué tipo de oferta? —Erland quería saciar su curiosidad. Estábamos en una partida de ajedrez, a ver quién lograba más información del adversario.

—Pregunta por pregunta —me la jugué—. ¿Qué ha pasado con Red?

—Por ahora, nada. Cuando interferimos la señal, os engañamos. No estuvisteis hablando con él sino con una recreación informática que uno de nuestros hombres creó basándose en sus datos. Y vosotros caísteis en la trampa como los corderitos que sois —dijo sin reír.

—¿Y Red? —insistí.

—Por ahora, el muchacho está bien. No sabe nada, simplemente que ha sido expulsado del sistema.

—¿Y qué le pasará? —preguntó Dante con preocupación.

—No depende de mí, aunque yo no desaprovecharía un genio como él. La última decisión la tomará Kiryu. Y la veréis vosotros.

Erland nos adelantó, desplazándonos con su enorme corpachón, y se plantó frente a una pared metálica que cerraba el camino. Sacó una pequeña tarjeta de un bolsillo de su gabardina roja y la introdujo en una ranura ubicada en el techo. A continuación, una línea de luz azul marcó los límites de la pared que, poco a poco, fue perdiendo opacidad hasta desaparecer por completo. Un sistema de proyección física, una tecnología al alcance de muy pocos. ¿Cómo pensábamos infiltrarnos aquí y salir indemnes? Habíamos sido muy inocentes.

Cruzamos por el hueco que se había abierto en la pared y avanzamos un poco más hasta llegar a un ascensor de lujo con las paredes de cristal que permitía ver toda la City. El *skyline* y las vistas eran maravillosas. Empezamos a ascender.

—Tuvisteis mucha suerte —dijo Erland.

—¿Cómo dices? —contestó Dante tan sorprendido como yo.

—Tuvisteis mucha suerte —repitió.

—¿De qué coño hablas? —esta vez fui yo el que saltó.

—No suelo dejar las cosas a medias. La otra noche me sorprendisteis y esto no lo olvido. —Sonrió sardónicamente—. Espero que Kiryu me dé la oportunidad de acabar lo que empecé. A ti, Thompson, no creo que pueda tocarte. Pero Angelo no tendrá tanta suerte, me temo. Y entonces tendré la oportunidad de saldar la deuda. No es nada personal, ni mucho menos, ni obtengo la más mínima satisfacción en ello. Pero mi código me obliga a no fracasar. Jamás. Espero que lo entiendas —terminó mirando a Dante.

El ascensor se paró justo en ese momento, mientras Dante tragaba saliva. No pintaban bien las cosas para mi amigo, pero ahí estaba yo, algo se nos ocurriría.

Las puertas se abrieron y dimos a lo que parecía ser la última planta del edificio, la del presidente de Mitsuya y mi enlace con SOMA: un clon nacido en la misma instalación que yo con el objetivo de hacer regresar la IA que casi acaba con la humanidad. Y con el que intentaría saldar la deuda más importante de mi vida: Takeshi Kiryu.

—Ya podéis salir —dijo Erland con esa mezcla tan suya de educación y mando.

Nos encontrábamos en un ancho pasillo curvado de belleza exquisita y mobiliario de gran lujo. Las paredes eran cristaleras desde las que se divisaba toda la ciudad. Del techo colgaban luces estroboscópicas preciosas, que se movían al sonido de una dulce melodía.

—Seguidme.

Erland empezó a andar a buen ritmo, tanto que costaba seguirlo. Estábamos dando un interminable rodeo, parecía que el pasillo no iba a terminar nunca. Sin duda, nos encontrábamos en una torre circular muy amplia. No acababa de entender cómo estaban construidos los niveles superiores del edificio, ya que desde el suelo no se podían contemplar con claridad. Al final, llegamos a una gran puerta circular de color rojo. Erland se detuvo delante.

—No hagáis ninguna tontería, no vale la pena ya.

—Dante… —miré a mi colega—, vamos a salir de esta. En peores nos hemos visto, ¿verdad? —No era cierto, pero no servía de nada ser derrotista en ese momento.

—¿Te acuerdas de cuando insultaste a ese neo-yakuza en un local controlado por su padre? Nunca había visto tantas pistolas apuntando a nadie a la vez —respondió con una sonrisa. Siempre optimista, mi amigo.

—¡Vaya si me acuerdo! —respondí con el mismo tono alegre—. La octava nota, el antro más barato del sector seis. Ese día creo que me meé y cagué en los pantalones a la vez.

Y reímos como dos tontos, dos reos que esperan ser ajusticiados pero que aún no son conscientes. Erland negó con la cabeza, abrió la puerta y

entramos en una espectacular y gigantesca sala, también de paredes acristaladas, pero con una decoración aún más lujosa. Era el despacho más imponente que había visto en mi vida y por la cara que tenía Dante, supuse que para él también.

—¡Bienvenidos a mi humilde morada! —Una voz desconocida nos habló desde detrás de un biombo al fondo de la estancia—. Enseguida estoy con vosotros. Pon cómodos a los señores, Erland.

Con un simple toque nos quitó las esposas magnéticas.

—Sentaos, por favor —dijo Erland señalando un sofá al otro extremo de la sala donde, en teoría, estaba Kiryu.

Como no teníamos otra alternativa, nos dirigimos al sofá y nos sentamos, no sin antes inspeccionarlo todo exhaustivamente, buscando cualquier elemento que nos pudiera ayudar en caso de tener la oportunidad de presentar batalla.

—Todo esto es muy raro —me dijo Dante en voz muy baja.

—Ni que lo digas. Es como si estuvieran jugando con nosotros —contesté susurrando.

—Además, no hay nadie de seguridad. ¿Tú has visto a alguien?

—No. Y si están camuflados, lo están de lujo porque no se les ve —apunté.

—No me creo que Erland sea toda la protección que tiene Kiryu —resumió Dante.

Erland custodiaba la puerta. Tenía la mirada clavada al frente, observando el espectacular *skyline* de la ciudad. Su rostro era pétreo.

—¿Has visto eso de ahí, ese bulto en la pared? —Dante me señaló con un gesto casi imperceptible hacia un lado.

—Sí. Podría ser una Gautlet-363. —Se trataba de una ametralladora láser automática de alta precisión controlada remotamente. Mal asunto, pensé.

—Justo —corroboró Dante—. Y fíjate ahí, ese estante con armas.

—Modelos orientales antiguos: un par de katanas, una *wakizashi*, un *sai*, dos *tachis*, incluso una *nodachi*. —Me refería a una katanaextremadamente larga; más decorativa que útil.

—También tiene armas de fuego, pero desde aquí no se ven demasiado bien.

—Creo que hay tres o cuatro —confirmé—, pero no tengo ni idea de qué pueden ser. A lo mejor son solo antiguallas.

—¿Crees que estaremos siendo escuchados? —preguntó Dante.

—Podría ser. Déjame comprobar algo.

Activé mi pad de pulsera, que, sin saber por qué, Erland no me había quitado, y escaneé la habitación en busca de micrófonos escondidos. El resultado fue negativo, como era de esperar.

—Eso no te va a servir de nada aquí. No merece la pena que lo vuelvas a intentar —dijo Erland sin mirarnos. Ese tío daba miedo.

Dante volvió a reclamar mi atención.

—Aunque nos escuchen es mejor que quedarnos callados. Necesitamos ponernos de acuerdo.

—Tienes razón. No tenemos nada que esconder —dije mascando la frase, para que mi amigo entendiera la indirecta.

Había ciertos temas que no podríamos tocar, como el de la operación, verdadera razón por la que estábamos ahí, o la presencia de Carine, que en esos momentos tenía que estar esperándonos con el doctor. Debía de estar preocupadísima, esperaba que no hiciera ninguna locura.

—Jordi —Dante me dio un pequeño codazo—, en ese escritorio hay un par de centralitas, seguro que son las que usa Kiryu para controlarlo todo.

—Sería cojonudo si pudiéramos echarle un vistazo. Voy a ver si me dejan —dije haciendo amago de levantarme, dada la libertad que parecíamos tener.

—Espera, Tommy, el biombo se está moviendo. —Dante me agarró de la manga para frenarme—. Parece que el siguiente acto está a punto de empezar.

Como había visto Dante, el biombo se estaba desplazando hacia su izquierda muy despacio, tanto que parecía hecho a propósito. Poco a poco se fue descubriendo el lugar desde el que nos había hablado Kiryu: una mesilla llena de pastillas y lo que parecían drogas líquidas, una cama deshecha, el propio Kiryu terminando de ajustarse un elegante traje oscuro

y, lo más sorprendente, una atractiva y jovencísima chica desnuda tapándose con la sábana. Parecía ida. Drogada.

Kiryu acabó de abotonarse la parte delantera de su chaqueta de piel sintética y, con una amplia y cálida sonrisa, nos hizo un gesto para que nos acercáramos al escritorio, situado a unos pocos metros de él.

—Por favor, no seáis tímidos. Para mí es un gran placer teneros aquí —dijo sin parar de sonreír—. Sentaos y hablaremos de todo. Y señor Thompson, siento mucho por todo lo que ha tenido que pasar para llegar hasta mí. Esto no tendría que haber sido así.

Dante y yo nos miramos sorprendidos. Me sentí extrañado por la amabilidad y educación de un hombre del que había escuchado las peores cosas. No dudaba de que, detrás de esa máscara, se escondía un puto diablo que me arrancaría la cabeza sin dudarlo, pero, al menos, era agradable tratar con alguien cara a cara, sin mordazas ni torturas. De momento.

Como nos había ofrecido, nos levantamos y acercamos a la mesa. Kiryu se sentó en el butacón que nos quedaba justo en frente y Erland se colocó a su lado con las manos cruzadas en su cinto. Posición de matón tradicional. No me gustaba que no hubiera nadie detrás de nosotros. Indicaba que no estábamos solos.

—Parece que hemos llegado en un momento complicado —dije levantando mi mirada hacia la cama y la chica.

Kiryu rio y se giró para mirar a la chica, que seguía con la mirada perdida, como si viera cosas que tan solo ella podía apreciar. Ahora que la veía más de cerca, me fijé en que tenía varios moratones en brazos y cuello, y el labio superior un poco hinchado. Estaba claro que o Kiryu la había pegado o sus juegos eróticos eran demasiado fuertes para mi gusto. Apostaría todo mi dinero por la primera opción. Que nos la mostrara en este estado abiertamente, ¿era una amenaza velada de lo que era capaz de hacer con su gente? Lo más seguro era que sí.

—No te preocupes, Thompson —dijo Kiryu—. ¿Me permites que te llame Jordi?

—Por ahora prefiero Thompson, gracias.

Solo mis amigos y las personas que me caían bien me llamaban Jordi y él no pertenecía a ninguna de las dos categorías. Y no tenía pinta de que en

un futuro próximo cambiaran las tornas.

—De acuerdo, señor Thompson —dijo con una sonrisa.

—Thompson a secas. Ahorrémonos los formalismos.

—Por supuesto, mis disculpas. —Y siguió tranquilo y amable—. En cuanto a ella, no os preocupéis, haced como si no estuviera. No creo que regrese de su viaje hasta dentro de un buen rato.

Me tuve que morder la lengua para no decirle nada sobre el aspecto físico de la chica, lo maltratada que parecía. Pero no era el momento para hacerme el héroe ni para desviarme de lo que verdaderamente me interesaba: ¿qué demonios pasaba conmigo?

—¿Queréis tomar algo? ¿Whisky? —preguntó Kiryu—. Me han dicho que te priva el escocés de malta, ¿no?

—No, gracias. Estamos bien —respondió Dante antes de que yo aceptara la oferta. Me moría de sed.

—Espero que no os importe que yo me sirva un poco —dijo Kiryu sacando una preciosa botella de añejo de debajo del escritorio.

Me cago en Dante, con lo que me apetecía un buen trago. De todas formas, lo más razonable era abstenerse, esa botella podría contener todo tipo de drogas.

—Takeshi Kiryu, creo que tenemos bastantes cosas de las que hablar —dije—. Aunque antes, me gustaría agradecerte el cariño con el que tu matón nos ha tratado —agregué irónicamente.

—Entiendo tu malestar, Thompson. Pero, después de tantos años de buscarte, no podía permitir que… —hizo una pausa mientras sacaba un puro de una cajita de madera— te extraviaras.

Me fijé en el cigarro, parecía un puro alemán. Los mejores y más caros del mundo, sin duda. Ese hombre sabía cómo tentarme.

—De esto sí que quiero —señalé la caja—. Un Strausser del 12, si no me equivoco.

—No te equivocas —dijo Kiryu mientras me entregaba el cigarro.

Dante me miró alucinado, pero necesitaba algo para calmarme los nervios. ¡Y qué mejor que un Strausser! ¡Del 12! Confiaba en mis implantes que me protegían de una gran parte de los venenos conocidos. Era casi inmune. Casi, de acuerdo, pero ¡qué cojones! ¡Un Strausser!

Encendí el puro apretando un par de veces en la boquilla y accionando el pequeño dispositivo. El humo, el calor y el sabor penetraron con gusto a través del esófago. Solo fumaba en ocasiones especiales y esta, sin duda, lo era.

—Magnífico —dije, dejándome llevar por el momento—. Y ahora que ya estamos todos a gusto —menos Dante, pensé—, vamos al tema. ¿Cuáles son tus planes, Takeshi Kiryu?

Kiryu me miró sopesándome. Encendió su cigarro, dio un par de caladas y habló:

—Veo que vas directo al grano. Te recomiendo un poco de calma, aquí quien lleva la conversación soy yo.

—A este de aquí —dije en referencia a Erland—, podrás darle órdenes, pero a nosotros no. Yo no soy un pelele al que puedes manipular como si fueras un titiritero.

Mi paciencia estaba llegando al límite. Me conocía y sabía que toda la rabia y la presión que llevaba desde hacía días acabarían saliendo de mala manera.

—Antes de contarte mis planes, necesito conocer qué sabes tú. Y me dirás la verdad, si no quieres que las cosas empiecen a ir mal.

—¡Lo sé todo! —Mis nervios explotaron en un torrente de virulencia—. ¡Sé lo de SOMA, sé lo del búnker en Nairobi, sé lo de mis putos padres! ¡Sé que eres un clon enviado a Tokyo para ganar poder e influencia! ¡Sé cómo conseguiste ser el amo de esta mierda de corporación! ¡Y sé que tengo en mi jodida cabeza un puto microchip que puede acabar con todo! ¡Joder! —Y acabé mi arrebato con un fuerte puñetazo en la mesa.

Erland cambió ligeramente de posición y dio un par de pasos hacia delante. Kiryu lo frenó.

—Thompson, entiendo tu frustración…

—¿¡Frustración!? —le interrumpí—. No tienes ni puta idea de qué es estar frustrado, ahí sentado en tu butacón de cientos de miles de chinyens, con una corporación a tus pies que cumple todos tus deseos. —No pude evitar de echar una ojeada a la cama—. Yo tenía una vida normal, feliz, y en unos días me he visto en el ojo del huracán, perseguido por mil agentes que solo quieren de mí lo que tengo en la cabeza. No tengo casa, ni lugar donde

volver. Y estoy hasta los huevos de ti, de Mitsuya, de SOMA, de clones y de la madre que os parió a todos.

Un silencio sombrío se impuso en la sala después de mi estallido. Dante miraba al frente, incómodo. Erland, que había vuelto a su lugar, me contemplaba como si me comprendiera. Kiryu bebió un largo trago y se giró hacia su derecha. Más calmado, me recosté en mi asiento y pegué una buena calada al Strausser. Necesitaba recuperar la serenidad o pronto perdería el control por completo. Estaba al límite, demasiadas conmociones en poco tiempo.

—Thompson, Thompson, Thompson… Eres toda una furia como me han descrito mis informes —dijo Kiryu después de otro trago.

—¿Informes? —preguntó Dante.

—Sí, señor Angelo. Una vez supimos quién era el Sujeto 21, mis analistas no tardaron ni una hora en darme una descripción completa de él. —Y me señaló con la copa—. Lo sé todo, de ti también, Angelo: vuestra infancia en el orfanato, los años de policía, los problemas con la ley, tu gusto por las mujeres y la buena vida —ahora se refería solo a mí, evidentemente—, tus contactos, amistades, locales que frecuentáis, sobre todo El Séptimo Cielo, un gran tipo Carlos Testa, por cierto. —Sonrió. Empecé a preocuparme de verdad—… Tu secretaria, con la que mantienes un *affaire* de ida y vuelta…

Pero qué cojones…

—También, por supuesto, un análisis psicológico: impulsivo, nervioso, muy astuto, inteligente, leal, cabezota, con tendencias agresivas, pero con cierta capacidad de autocontrol, debilidad por el sexo femenino, hábil en la resolución de problemas, extrovertido, carismático, con amplio sentido del humor, orgulloso… Se nota que tú y yo somos familiares —resumió con una carcajada que nadie siguió.

Sentí cierto pánico ante todo lo que sabía de mí. Me sentía violado; en cierto modo, asaltado en mi intimidad. ¿De verdad lo sabían todo, todo?

—Me informaron también de tus habilidades y fisiología: excepcional manejo de la katana y las artes marciales, tirador muy por encima de la media, mejoras de fuerza, bombeo y resistencia en ambos brazos, varios implantes en órganos vitales para mejorar su funcionamiento y evitar la

metabolización de productos peligrosos… —Giró el butacón para encararnos—. Como veis, lo sabemos todo, señor Thompson. Thompson a secas, perdón. O Jordi. Ahora ya podemos decir que te conozco de verdad, ¿no?

No me digné a contestar.

—Creo que sería mejor que la charla que viene a continuación solo la tuviéramos Jordi y yo, si no le es molestia, señor Angelo —dijo Kiryu.

—Me molesta a mí —exclamé—. Lo que me digas a mí se lo puedes decir a él.

—Me sentiría más cómodo si solo estamos los dos. Erland se irá con tu amigo, estará bien.

—De ninguna manera. No voy a permitir que este mercenario loco acabe la faena que dejó a medias y mate a Dante solo para satisfacer su orgullo personal.

—Ese mismo orgullo hace que sea el empleado más fiel que he tenido jamás. Si yo le digo que no toque ni un pelo a tu amigo, no lo hará. —Kiryu se giró hacia Erland—. ¿Es verdad eso?

—Sus órdenes están por delante de mis deseos personales —sentenció el ronin.

Dante miraba la escena en silencio, sopesando.

—Va a estar en esa sala. —Kiryu señaló a nuestras espaldas, junto al sofá. Apretó un botón y una estantería llena de pads giró y se convirtió en una puerta—. Y mira —giró un monitor hacia mí—, aquí puedes ver en todo momento lo que sucede en la sala.

El monitor reflejaba la habitación que se acababa de descubrir. Una lujosa sala con muebles de metal sintético, un minibar y un billar ruso.

—Dante no se mueve —me reafirmé—. Si se va él, me voy yo.

—Jordi, creo que hasta ahora he sido comprensivo y un excelente anfitrión. Demasiado para dos personas que venían a hacerme daño. Pero mi paciencia tiene un límite. —Su sonrisa perenne desapareció de golpe. Tecleó algo en un padque tenía en su brazo—. No tienes elección. —Y apretó un botón.

La torreta láser que habíamos visto antes se giró hacia nosotros. Un pequeño rayo verde surgió de una protuberancia que tenía en la parte

superior e impactó en el suelo entre los dos. Nos acababa de marcar. El próximo tiro no fallaría.

—Jordi… —Dante puso su mano en mi hombro—. Voy a estar bien.

—Pero…

—¿Qué conseguimos negándonos? —me interrumpió—. ¿Que me peguen un tiro y me maten aquí mismo? Sé cuidarme. Y si ese tío intenta algo se las verá con mi mala hostia. —Me dio un golpe en el pecho y se levantó mirando a Erland—. Venga señorita, acompáñeme a mis aposentos.

Erland miró a Kiryu, que afirmó con la cabeza, y acompañó a Dante hacia la otra sala. La puerta se cerró. Como me había prometido Kiryu, desde el monitor podía ver todo lo que pasaba dentro. Kiryu sacó otro cigarro, se lo encendió y me miró.

—Y ahora, vamos a hablar de SOMA —anunció soltando una bocanada de humo.

—Por fin —dije aún con la vista fija en la pantalla; por ahora todo tranquilo.

—¿Cómo sabes que llevas dentro a SOMA? No has estado en contacto con nadie que lo sepa.

¡Mierda! Había hablado demasiado antes y ahora me veía obligado a improvisar algo. Menos mal que no se me escapó nada de Carine ni de los makis. Tenía una papeleta complicada…

Jordi, piensa… y piensa rápido.

Algo que pueda colar…

Que no involucre a nadie…

—¡Me habló en sueños! —me inventé—. Desde que entré en el servidor de Mitsuya para solucionar el caso del asesino de prostitutas empecé a tener visiones. Una mujer preciosa de túnica blanca se me aparecía e intentaba decirme algo. Hasta que un día consiguió hablarme, creo que en una ensoñación provocada por Somniumn. Ahí me lo contó todo, desde cómo me creó hasta mi misión.

Estaba satisfecho, me había inventado un buen cuento. Además, no era mentira del todo, tenía visos de realidad que aguantaban la historia.

—Es increíble —dijo Kiryu. No dudaba de que había dado con la tecla sin verme obligado a mencionar a nadie más. A veces tenía mis momentos,

qué narices. O eso creía—. Pero aún lo sería más si me hubieras contado la verdad —añadió con una sonrisa de suficiencia en su jodida cara.

—Es la verdad, lo creas o no.

—Me lo creería más si me hubieras contado algo de los makis.

—¿Los makis? —dije con incredulidad, aunque sonó un poco forzado. Kiryu me había dejado descolocado, sabía más de lo que pensaba.

—¿En serio tengo pinta de ser tan tonto? —Se inclinó hacia mí—. No he llegado a lo más alto solo porque SOMA me diera información. He llegado porque soy un tiburón, porque soy un depredador, el más inteligente y el mejor. Si tú te crees listo, Jordi, yo lo soy diez veces más.

Y Kiryu dio un último sorbo de su whisky, satisfecho.

—Y además de esta exhibición de ego y prepotencia —contraataqué—, ¿me puedes explicar de dónde has sacado lo de los makis?

—Amigo mío… Jordi…

—No soy tu maldito amigo, recuérdalo. Y deja de llamarme Jordi. Thompson es mejor para gente como tú —dije con vehemencia.

—¡Aquí dentro tú serás lo que yo quiera! Como si quiero que seas una bailarina de *kutxet* de treinta años —respondió seco.

—¿Treinta? Un poco mayor para tus gustos, ¿no? A ti te van más pequeñitas y drogadas. Así no te pueden devolver los golpes, ¿verdad? —Solo podía atacarle por lo personal. Di una calada, ya quedaba poco—. Menudo macho estás hecho. Es broma, no me tomes en serio. Me refiero a lo de macho, claro, seguro que tienes un micropene de tres centímetros.

Esperaba haber provocado una reacción airada, pero lo único que recibí a cambio de mi ataque fue seriedad y un pequeño tic en el labio superior. No era mucho, pero por mi larga experiencia dando por saco tenía toda la pinta de que lo había jodido bien.

—Y ahora, ¿me contarás a qué viene eso de los makis?

Kiryu carraspeó y acercó su mano a la mesa. Por un momento temí que activara el arma automática y me volara los sesos, pero me di cuenta de que no podía tocarme. Me sentí agradecido a SOMA por primera vez.

—Hace tiempo que sabemos que existen, así como que están formados por varios exdirectivos de la compañía. Entre ellos Jassmine Favre y Steven Pascual. Ahora tienen otros nombres, Carine y Vincent, si no me equivoco.

Así que Jassmine… Parecía nombre de muñeca. Si algún día volvía a ver a Carine ya tendría por dónde atacarla.

—Son ratas escurridizas —siguió mi interlocutor—, unas ratitas tan pequeñas que a veces son hasta difíciles de ver. Pero esto ha cambiado gracias a ti.

—¿A qué te refieres?

—No fue difícil seguir tu rastro una vez Erland te localizó en casa de Dante. —Era la primera vez que Kiryu lo llamaba por su nombre de pila. Estaba cogiendo confianza, la careta de respeto había desaparecido por completo—. A partir de ahí, reconstruir tus pasos fue pan comido para nuestro equipo. Encontramos el laboratorio donde te retuvieron en el distrito de los Intocables y con ello información sobre las ubicaciones de muchos de ellos.

Eso significaba que…

—Los makis son historia —dijo Kiryu con una gran sonrisa—. Según me informan, la gran mayoría de sus efectivos han sido eliminados. Gracias a ti, Thompson.

¡Maldita sea! No conocía a casi ninguno de los miembros, pero por el cariño que le tenía a Carine, o Jassmine, me sentó fatal. Además, no podía dejar de pensar en que sus motivaciones eran nobles, al menos las que yo conocía. No merecían morir así, exterminados con alevosía y sin poder defenderse.

—Esto no me afecta, Kiryu —mentí—. No tenía nada que ver con ellos. Y no me trataron mucho mejor que tú. Pero sí, tienes razón. Gracias a su tecnología pude hablar «cara a cara» con SOMA, sin ambigüedades.

—¡Oh, fantástico! —Se levantó, lleno de excitación—. ¡Hablaste con Madre! Esto es magnífico, tantos años después… —Me asqueaba tanta muestra de regocijo—. ¿Y qué te dijo? ¿Te habló de mí?

—Sí, me dijo que sentía haberte creado con un pene tan minúsculo.

—¡Thompson, maldita sea! —Kiryu dio un puñetazo a un monitor que había sobre la mesa. Tan fuerte, que la pantalla salió volando, arrancando todos los cables que lo mantenían conectado—. ¡No consentiré más faltas de respeto! Si no, te mataré aquí y ahora.

—No puedes matarme —aseguré tranquilo.

—Sí, sí que puedo. Matarte no tiene por qué destruir el microchip.

—Pero puede ponerlo en un gran riesgo y hay posibilidades de que se dañe.

—Pero yo no soy SOMA —dijo Kiryu sentándose de nuevo y recuperando la calma—. Yo no moriré si tú desapareces del mapa. Yo perduraré, como llevo años haciéndolo.

—¿Estás insinuando que ya no te importa tu «madre»?

Kiryu se levantó como un resorte y fue a buscar algo que había en la mesilla al lado de la cama, donde aún estaba la chica desnuda. Vi que ya no tenía la mirada perdida, quizás estaba embotada, pero mucho más lúcida que antes. Kiryu estaba tan acelerado que no se dio cuenta. Regresó a la mesa con una pequeña chapa metálica que puso ante mí.

—¡Esto es un trocito del servidor donde Madreestaba confinada! Es mi reliquia. No digas que no me importa, porque la llevo siempre conmigo. —Kiryu estaba medio ido—. Llevo muchos años solo en el mundo, yo mismo me he forjado un sitio, un lugar. —¿A qué precio, orgulloso de mierda?—. Y no me puedo quejar. Soy uno de los hombres más poderosos del mundo, como decías antes, todos mis placeres están saciados. Soy lo mejor que ha dado la sociedad: ¡un triunfador!

—¿Dónde quieres ir a parar, Kiryu?

—Las cosas cambian, Thompson, los proyectos, los planes… —Se acomodó en su butacón y habló pausadamente—. He estado mucho tiempo esperando el regreso de SOMA, deseándolo como nada en el mundo. No te puedes ni imaginar la de noches que me iba a dormir con un único sueño en la cabeza: ella, Madre… —Y señaló mi cabeza—. Pero con los años he evolucionado, he aprendido a disfrutar de mi propia vida, he conseguido metas cada vez más ambiciosas. Soy Takeshi Kiryu, el hombre que todo el mundo desearía ser.

—Discrepo totalmente de esta afirmación —añadí.

—Porque tú no tienes mentalidad ganadora, aún. Pero no pasa nada, Thompson. En el mundo tiene que haber reyes, pero también peones. Y tú, por ahora, eres un peón.

—No te confundas —Me incliné hacia él y bajé el tono de voz—, yo no soy un jodido peón ni lo seré nunca.

—Aunque trates de disimular, sé que comprendes lo que digo —afirmó confiado—. Como yo, naciste para cumplir una misión asignada de antemano. Tu vida estaba predestinada sin que pudieras decir nada.

Era cierto…

—Tuviste la suerte de ser tú mismo durante años, de formarte como persona sin que nadie te marcara un camino. Eras tú y solo tú. Por eso me gustas, Thompson, porque tú y yo somos iguales.

Me revolví en mi asiento dispuesto a replicar, pero Kiryu levantó la mano para continuar hablando.

—Sí, Jordi, somos iguales. A mí me ha costado años liberarme y ser lo suficientemente valiente como para asumirlo. No es sencillo rebelarte contra el destino que te han asignado, contra tus principios, tus ideales y tus motivaciones. —Kiryu bajó la vista y adoptó un tono melancólico—. SOMA nos adoctrinaba para adorarla y protegerla, para querer su retorno más que nuestra propia vida. Éramos como una secta y esa IA adquiría el papel de la gran sacerdotisa. —Kiryu tenía la mirada perdida—. No le guardo rencor, no puedo guardárselo. —Volvió a la realidad de súbito—. Pero esta no es la cuestión. Lo que te quiero hacer entender es que quiero mi propia vida. Sigo amando a Madre; pero como cualquier hijo, va siendo hora de independizarse.

Kiryu me miró con afecto. Todo ese discurso me estaba poniendo de los nervios.

—Y eso ¿qué significa? ¿Que me dejas libre?

—Ojalá… —Rio—. No es tan sencillo. Antes te decía que soy un hombre poderoso. Pero me hago viejo… —Una profunda pena cruzó su cara—. Sé que aún me quedan unas decenas de años, pero ya no tengo la vitalidad ni la energía de antes. Mi tiempo se empieza a acabar, pero yo aún quiero más.

Uy.

—Quiero más poder, quiero vivir más, quiero dominar todo lo que vea. Y para eso necesito lo que tienes en tu cabeza, necesito a Madre. —Y dicho esto sacó la botella para llenarse otro vaso.

Desvié la mirada hacia el ventanal para poder procesar lo que acababa de escuchar. No dudaba de que el objetivo de Kiryu era recuperar a SOMA

como buen súbdito que cuida a su reina, pero en esos momentos acababa de descubrir que el hombre que tenía delante tenía otros planes: controlarla y usarla como si fuera una simple llave. Una llave que le abriría las puertas del poder absoluto. Y una persona como Kiryu, con un poder como el de SOMA…

Algo distrajo mi atención de estos fúnebres pensamientos: la chica de la cama se estaba moviendo y se había incorporado sobre sus codos. Sus grandes pechos colgaban grácilmente y no pude evitar sentirme tentado de mirar más de cerca. Intentando no fijar la vista en ella, me di cuenta de que su mirada era completamente lúcida ya. Estaba contemplándonos con suma atención. Y con los ojos llenos de odio.

—Thompson, lo que te voy a contar es la verdad y nada más que la verdad. Y que sepas que tienes el gran honor de ser el primero que conoce mis intenciones.

¿Qué demonios me iba a contar?

—Te necesito.

¿Qué?

—Necesito que me ayudes. Que colabores para poder descargar SOMA a un servidor seguro. Donde la estudiaremos y cuidaremos.

—¿Cuidar? ¡Tú lo que quieres es usarla para tu propio beneficio!

—Como ella hizo conmigo, y como tú habrás hecho con otras personas. Los seres humanos, mejor dicho, los seres vivos somos así. Usamos a los demás para sobrevivir, para mejorar, para seguir existiendo. —Levantó las manos como si fuera inocente—. ¡No me puedes culpar de estar vivo! —Y se echó a reír.

Me fijé en que la chica estaba en el borde de la cama, sentada, mirando a Kiryu fijamente. ¿Qué estaría pensando? ¿Aún estaba colocada?

—Estoy de acuerdo en que el instinto de supervivencia es el motor de la naturaleza, la gran demostración de que estamos vivos. Pero nuestra capacidad de raciocinio nos pone por encima de esto y nos diferencia de los animales. Tú has elegido pisar a los demás y ser un déspota. Estamos en 2484, no me vengas con el cuento de que todas tus acciones provienen de los instintos.

—¿Has visto la fiesta que he montado hoy?

El cambio brusco de tema me descolocó.

—Sí, claro. Es lo mejor que te he visto hacer por el momento.

—Pues esto soy yo. No me veas como un ser sin alma que solo vive para subyugar y atormentar. Me encanta la vida, como a ti. Me encantan las mujeres, el buen alcohol, los puros, reír, disfrutar… ¡Somos iguales! En algo se tiene que notar que compartimos genes. —Recogió el fragmento de SOMA y se lo guardó en un bolsillo de su chaqueta—. ¿Verdad, sobrino?

Poner nombre a nuestro parentesco me revolvió el estómago. Pero no podía negarlo: de alguna forma podía considerar a Takeshi Kiryu como mi tío, ya que mis padres eran clones suyos. O algo así. Pero que compartiéramos genes no significaba que tuviera que ser como ellos. ¡Y una mierda lo era!

—Quizás compartimos algunas aficiones… Pero a mí no me gusta abusar de los demás, ni torturar, ni pegar a una mujer, ni utilizar a los que están a mi alrededor como si fueran piezas de *dezzo*… No, Takeshi, no somos iguales. —Cogí la caja de los puros y saqué otro. Lo encendí muy despacio y aspiré profundamente—. No somos iguales: yo soy mejor que tú. —Y solté el humo en su cara.

Kiryu sacó una pistola láser de debajo de la mesa al instante, me apuntó al corazón.

—Quiero que colaboremos, pero no dudaré en matarte, aun perdiendo a Madre. Esto —dijo aludiendo a la pistola que apuntaba a mi pecho— no es mi única opción, con un simple botón puedo traer un escuadrón entero de soldados para que te despedacen, puedo hacer que esa ametralladora de ahí te parta en tres, o, mejor aún, puedo avisar a Erland para que le corte la cabeza a tu amigo y luego venga a por ti.

¡Dante! Hacía rato que no miraba la pantalla, con el golpe que antes había dado Kiryu sobre la mesa, se había movido del sitio. Preocupado, giré el monitor hacia mí. Todo seguía igual. Respiré aliviado.

—Te voy a hacer una propuesta —dijo muy serio—, la única y última que te haré. Y harás bien en aceptar, o te juro por todo lo que quieras que ordenaré a mis hombres que te tiren desde este mismo piso después de cortarte las manos. Se me acaba la paciencia…

Su feroz mirada era la de alguien dispuesto a todo. No tenía otra opción que escuchar lo que me tenía que decir.

—Recuerda: la única y última. Takeshi Kiryu no da segundas oportunidades.

—Me ha quedado claro, suéltala ya.

—Si colaboras y ayudas a que pueda descargar SOMA sin problemas, quiero que seas el vicepresidente de Mitsuya, Jordi Thompson.

—Estás de broma, ¿no? —No podía tomarme en serio una cosa así. ¿Yo vicepresidente de la corporación que tanto detestaba? Todo eso era de locos.

—No, no lo estoy. —Bajó su pistola como señal de buena fe—. Tienes un gran talento, y sé que, juntos, podremos construir un nuevo orden mundial alrededor de esta corporación. Entre lo que aprendamos de Madre y nuestras habilidades no habrá un sitio en toda la Tierra que no esté bajo nuestra influencia. Dominaremos el mundo desde las sombras, amigo mío. ¡Que el legado de SOMA siga vivo a través de nosotros!

Me acababan de ofrecer algo por lo que la mayoría de los seres que habitan este planeta serían capaces de matar: un poder ilimitado y un plan para conquistarlo todo. Era un delirio.

—Tengo una idea mejor —repliqué sonriente—. ¿Por qué simplemente no nos dejas irnos y que cada uno haga su vida por separado? Podríamos enviarnos postales por fiestas.

—Eres muy gracioso, pero esta gracia no te salvará hoy. —Volvió a levantar la pistola, su paciencia se agotaba—. O aceptas mi oferta, o te inmovilizo ahora mismo, mato a tu amigo, descargo a SOMA por las malas y te martirizo hasta que me aburra. Es tu «jodida» decisión, como tú dirías.

¿Qué decisión?, pensé. No había nada que pensar, solo podía aceptar su propuesta. Estaba a merced de ese puto degenerado, ese loco que se acostaba con muchachas como esa pobre…

¿Dónde estaba la chica?

Ya no estaba en la cama ni alrededores. Intenté localizarla sin que Kiryu se diera cuenta, pero no había rastro de ella.

—¿Y cómo sé que no me traicionarás, Kiryu? —pregunté para mantener su atención y ganar tiempo.

—Es mi palabra. ¿Te parece poco? —Me parecía poco. No me parecía nada, en realidad.

—¿Qué pasará con Dante? ¿Y con toda mi gente cercana? —Aunque seguía queriendo ganar tiempo, ese punto me preocupaba de verdad.

—No te engañaré. Tu vida anterior es tu gran debilidad. Todos los que forman parte de ella son un lastre. —Dio unos golpecitos en un terminal cercano—. Pero tú no vas a tener que hacer nada. Mitsuya tiene recursos para arreglarlo sin que te enteres.

—¿Estás diciendo que los matarás a todos? —Estaban tocando lo más importante para mí: mi gente, mi verdadera familia.

—Solo a los que sepan demasiado. Ya se verá. Pero si prefieres, podemos hacerles un lavado de cerebro.

—¡Eso es como matarlos! —le interrumpí—. ¡O peor!

Kiryu se levantó enfurecido. Ese cambo de humor inesperado no hacía más que confirmar su carácter irascible.

—¡Estoy harto de tus quejas y preguntas! ¿Quieres quedarte conmigo o quieres estar contra mí?

—¿No podemos hablar más? ¡Quiero preguntarte más cosas! —Necesitaba alargar el momento como fuera. Antes de que no tuviera otra opción debía tener asegurado el camino para salir de ahí y liberar a Dante.

—¡No!

Me encañonó con la pistola mientras con la otra mano pulsaba los botones rojos de un comunicador interno. Debía de estar llamando a su ejército privado. O a Erland.

—¡Elige ya o mataré a todos los que te importan!

—¡De acuerdo, Kiryu! —dije levantándome—. Voy a…

Antes de que tuviera tiempo de terminar la frase, la chica apareció detrás de Kiryu con un kozuka, un cuchillo japonés, agarrado con las dos manos. ¡Había estado gateando, por eso había dejado de verla! Llorando y vociferando en un idioma que no entendía, algo parecido al mandarín, apuñaló por la espalda a Kiryu con rabia y con odio. Kiryu abrió los ojos desencajado, se giró como pudo y le pegó un culetazo a la mujer, que salió despedida hacia atrás con la cabeza sangrando.

Ese era mi momento.

Salté por encima del escritorio y me lancé encima de Kiryu, que en ese momento estaba medio de espaldas. Arranqué el kozuka de su omoplato y se lo clavé en el pecho y estómago. Kiryu gritó y me maldijo, intentó apuntarme con su pistola, pero se la quité sin problemas. Sin embargo, cuando me disponía a rematarlo, un rayo láser pasó rozando mi cabeza. Me giré y vi a Erland de pie, apuntándome con un revólver Tesla. Empujé a Kiryu para impulsarme y me arrojé detrás de la mesa, cuya resistencia esperaba que me protegiera, como así fue: un par de disparos chocaron contra la superficie frontal del tablero y no pasó nada. Debía de estar fabricada con aleación de algún material resistente al láser. Fantástico.

Me asomé y disparé, no contra Erland, que ya estaba corriendo en busca de refugio, sino contra todos los terminales y centralitas del escritorio. Quería inutilizar todos los aparatos para evitar llamadas de refuerzos, ataques con torreta o cualquier cosa dañina para mí. El sonido de un disparo me hizo volver a mi cobijo antes de que mi cabeza corriera peligro.

—¡Cuidado con mi cabeza, Erland! ¡No querrás dañar a quien tú ya sabes! —exclamé.

—¡Kiryu ha activado el protocolo de exterminio, te quiere muerto a toda costa! —respondió.

Miré hacia Kiryu, que estaba apoyado contra la cristalera, taponando sus heridas con las manos.

—Maldito seas, Thompson. ¡Maldito seas! —dijo Kiryu antes de ser víctima de un ataque de tos—. ¡Erland, todos los equipos de élite aquí ya!

—No.

¿Cómo?

—¿Qué dices, Erland? —dijo Kiryu con los ojos como platos.

—No voy a avisar a nadie, voy a acabar yo mismo con él —contestó el ronin.

—¡No es momento para tu orgullo, Erland! —vociferó Kiryu—. Llama ahora mismo, es una orden.

—Tranquilo, Takeshi. En menos de cinco minutos tendrás su cabeza en tu regazo y yo mismo te llevaré a los servicios médicos para que te curen esos rasguños.

—Cumple… mis órdenes —dijo Kiryu con un hilo de voz, justo antes de perder el conocimiento. O morir. Desde mi posición era imposible saberlo.

—¡Jordi! —dijo Erland, ajeno al estado de Kiryu—. ¿Qué te parece si dejamos estas armas para cobardes y luchamos cara a cara como auténticos guerreros? —preguntó tirando su pistola al suelo.

Y una mierda, pensé. Me levanté, apunté a su cabeza y apreté el gatillo con ganas. Sin embargo, el resultado no fue el esperado. El arma estaba encasquillada, algo imposible en una láser. La risa de Erland me sorprendió. Era la primera vez que lo escuchaba reír de verdad.

—Me decepcionas, Jordi —dijo negando con la cabeza—. Mira. —Y sacó de su cinturón un pequeño cubo transparente—. Esto es un inhibidor de disparo.

—Pero solo bloquea las armas que coinciden con su frecuencia —apunté extrañado.

—Todas las armas de este edificio están catalogadas por mí. Conozco sus rangos valores, las controlo todas. ¿Te imaginas una revuelta de empleados enfadados? No iba a arriesgarme a no poder sofocarla.

Era una idea magnífica, debía reconocerlo. Erland podía controlar quién disparaba y quién no.

—Cuerpo a cuerpo, Thompson, como tiene que ser. Dame la oportunidad de disfrutar de un buen combate.

¿Quería guerra, pues la tendría?

—Te ofreceré el mejor combate de tu vida —aseguré—. Pero antes, ¿dónde está mi amigo?

Quería saber si Dante estaba bien o no. Todo dependía de eso.

—Tranquilo, solo me ha dado tiempo a dejarlo doblado con un buen derechazo. Tu amigo aún respira, si es lo que te preocupa.

Esperaba que fuera verdad o arrancaría el corazón de ese asesino con mis propias manos.

—Te dejo coger un arma. —Señaló el estante que habíamos visto antes Dante y yo.

Me acerqué al estante, no sin antes fijarme en la chica que me había salvado la vida. Estaba inconsciente en el suelo, encima de un pequeño

charco de sangre. Una sangre clara que me indicó que su estado no era grave. En el aparador examiné primero las katanas, que eran el arma que mejor se adecuaba a mi estilo de combate. Eran sables bastante más pequeños de lo que estaba acostumbrado a usar pero, al menos, estaban afilados. Además, había otras espadas y sables, ninguno que me llamara la atención. También algunas armas de fuego antiguas, de la época de preguerra y que seguramente estarían descargadas. Por si las moscas, cogí una pistola que, si no iba errado, era una Glock 19. Pesaba mucho para ser tan pequeña, apunté hacia la enorme ventana donde se podía contemplar la deslumbrante ciudad de Tokyo y apreté el gatillo. Como era de esperar, no sucedió nada.

—¿Has elegido ya? —dijo Erland detrás de mí. Estaba ansioso.

Tenía que decidirme. Me debatía entre coger una katana o ir con dos, una en cada mano. En la refriega anterior contra él, el estilo ortodoxo de un solo sable no me había funcionado demasiado bien. Pero era el estilo que más dominaba, al que me había habituado con mi *WildFire*, mi gran katana de fuego. Cómo la echaba de menos, me sentiría mucho más seguro si pudiera empuñarla… Pero no era momento para pensar en lo que no tenía. Me decidí por las dos katanas, esperaba sorprender con ellas a Erland, sobre todo en el ataque. En la defensa lo pasaría peor, tendría que esmerarme para no dejar ningún hueco donde me pudiera destrozar fácilmente. Así que cogí los dos sables y me dirigí al centro de la enorme sala, donde el ronin ya me esperaba con ojos de depredador.

—¿Dos katanas? Me sorprendes, Jordi Thompson. No es un estilo muy común. Tienes que tener una gran confianza en tu habilidad.

—Y la tengo. —Hice unas cuantas florituras con los sables, girándolos a gran velocidad alrededor de todo mi cuerpo—. El otro día me cogiste desprevenido, cansado y descolocado. Hoy la cosa va a ser muy diferente.

Dejé mis armas en el suelo y me quité la chaqueta del esmoquin y que dificultaba mucho mi movimiento marcial. Estaba sucio y rasgado después de nuestro arduo paso por el conducto de ventilación. También me quité la camisa de franela. Odiaba ir con traje, era algo que evitaba siempre que podía, aunque a veces me tocara llevarlo. Me quedé en una camiseta gris de tirantes. Esto ya me gustaba más.

—¿No te quitas también los pantalones y los zapatos? —preguntó Erland, no sé si en serio o en broma.

—Estoy bien así. Gracias por tu preocupación —dije yo irónicamente —. Pero tú te los puedes quitar, si quieres.

Recogí mis espadas del suelo, hice un par de movimientos y me preparé para lo que estaba a punto de suceder. Estaba asustado, Erland era un oponente formidable, el mejor con el que me había enfrentado jamás; pero por otro lado ardía en deseos de batirme en duelo con él.

La adrenalina fluía por mis venas.

El combate de mi vida estaba a punto de comenzar.

—Ya puedes ir sacando tu latiguito, que tengo ganas de callarte la boca —dije confiado.

—Esta vez no habrá látigo. Contigo me reservo algo mucho mejor.

Y dicho esto, se quitó la gabardina roja que siempre lo acompañaba, mostrando un chaleco sin mangas negro, que dejaba al descubierto un par de brazos musculosos y llenos de cicatrices. Se fue hacia un baúl metálico que había a su espalda y sacó una enorme katana de doble filo que brillaba como si estuviera acabada de pulir.

—Uno de los últimos regalos de Kiryu, una maravilla que estrenaré contigo —dijo mientras la movía y rotaba con suma facilidad.

Impresionante. Para blandir una espada así de grande y, seguramente, pesada, se necesitaba una gran fuerza, pero sobre todo técnica. Y Erland parecía danzar con su nueva arma. Después de lanzarla hacia al aire girándola, la volvió a recoger como si formara parte de su propio cuerpo.

—¿Preparado? —dijo. Y sin esperar respuesta se impulsó hacia mí como una pantera se lanza hacia su presa.

Sin casi tiempo de reacción, puse mis dos katanas en posición defensiva, preparándome para recibir el primer impacto, pero Erland, en lugar de golpear de primeras, giró sobre sí mismo, pivotó a mi alrededor y me lanzó un corte desde mi flanco derecho. Gracias a mis buenos reflejos pude cruzar mi katana izquierda para parar su ataque, que fue tan salvaje que me desequilibró e hizo caer.

—¿Ya estás cansado? —Erland me miraba desde arriba, con su sable apoyado en el suelo.

Me levanté con el brazo y hombro dolorido. La parada había sido muy forzada y me había dejado un lateral un poco tocado.

—Ahora me toca a mí —dije.

Ataqué con vehemencia e ímpetu. Empecé una lluvia de estocadas y cortes a diferentes partes de su cuerpo mientras Erland iba parando todo lo que le lanzaba con relativa facilidad. Mis sables estaban mejor equilibrados de lo que pensaba, me empezaba a sentir cómodo con su manejo, pero después de un rato de ataques y contraataques me di cuenta de que mi táctica de combate frontal no estaba dando los resultados que esperaba. Mi objetivo era cansarlo y aprovechar ese momento para rematarlo, una arma tan grande tenía que ser pesada y requerir de una gran cantidad de energía para usarla, pero el ronin seguía parando mis ataques con la misma facilidad que al principio.

—¿Tú no te cansas nunca? —pregunté alejándome de él.

—No cansarse es imposible. La clave está en que no te afecte —contestó.

Si estaba cansado no se le notaba en lo más mínimo: respiración normal, movimientos rápidos y fluidos… Ese tío era un genio, pero también me jugaba lo que fuera a que iba de implantes hasta arriba.

—Dominas bien las dos katanas, ¿dónde aprendiste la técnica? —Pensé que Erland me preguntaba eso para ganar tiempo. Quizás sí que se estaba fatigando.

—Aprendí del maestro Katurogatsu, escuela Shoan.

—Interesante… Dicen que solo acoge a los mejores y más preparados —dijo con cierto toque de admiración en su voz.

—Y es cierto. Ahí me convertí en lo que ves. ¿Continuamos o necesitas más tiempo?

—Después de ti —contestó sonriendo.

La lucha era encarnizada, con nuestros ataques estábamos destrozando buena parte del mobiliario e instalaciones. El hecho de que tuviera una katana más que él me daba cierta ventaja ofensiva, tenía el doble de oportunidades de arremeter y, si lo hacía bien, podía conseguir un ritmo de asalto impresionante, convertirme en una pesadilla de tajos y mandobles. En un momento determinado, Erland me arrojó una silla, que me desestabilizó, lo que aprovechó para lanzar una estocada que falló por milímetros.

—La próxima no fallará —dijo Erland con énfasis.

—¡No habrá próxima! —respondí mientras le daba en el pecho alejándole de mí.

A partir de entonces, concentré mis ataques en su lado derecho, ya que aunque notaba que Erland era ambidiestro, tenía la sensación de que le costaba más protegerse por ese costado. Empecé a lanzarle una estocada baja, seguida de una alta, y así sucesivamente. Pretendía crear un hueco en la parte media donde poder penetrar con mis sables a la vez que esquivaba y me protegía de sus embestidas. La realidad es que lo estaba acorralando. Mi danza macabra cada vez cogía mejor ritmo y fluidez, me estaba sintiendo cómodo y los golpes de Erland se me hacían previsibles. Estábamos muy cerca de la cristalera y lancé un corte directo a su cara, que esquivó con un movimiento de cuello. Justo entonces, proyecté una estocada dirigida a su muslo izquierdo, que paró con su espada.

¡Era el momento!

Erland había dejado un hueco enorme en su pecho, su posición de defensa no era buena, respiraba pesadamente. Lo tenía, podía acabar el combate en ese instante. Contraje los brazos y me dispuse a lanzar el golpe definitivo con mi sable derecho, mientras que con el izquierdo bloqueaba su katana en el suelo para que no pudiera usarla. Me tiré hacia delante con toda mi fuerza esperando traspasar completamente el pecho de mi enemigo… en el que fue mi peor error.

Erland hizo algo que nunca había visto en una persona de su tamaño: soltó su arma y arqueó su cuerpo de forma casi imposible, serpenteando por debajo de mi ataque, provocando mi fallo y proyectándome hacia delante. Si hubiera habido una pared sólida enfrente, todo habría quedado en un lance del combate, casi una anécdota, ya que mi oponente estaba ahora desarmado y yo hubiera podido contraatacar de forma definitiva. Pero choqué contra un maldito ventanal de un edificio de trescientos veintiocho pisos. La furia con la que había embestido hizo que el vidrio se rompiera debido al ímpetu de mi espada, dejándome a mí ante un abismo mortal. Noté cómo empezaba a precipitarme al vacío, solté mis dos katanas y me lancé hacia un separador metálico que dividía la cristalera con la esperanza de poder engancharme. Con mi mano derecha pude aferrarme de mala

manera, quedándome colgado y con todo el cuerpo en el exterior del edificio.

«No mires abajo», pensé. «¡No mires!». Pero para mi desgracia, lo que no hay que hacer es lo primero que hacemos, así es la raza humana. Y lo que vi, ¡me aterró! Odiaba las alturas, y verme suspendido a esa altura fue un *shock* tan grande que incluso noté cómo mi brazo aflojaba. Además, había estallado una gran tormenta, por lo que estaba empezando a deslizarme a causa del agua. Con un enorme esfuerzo y encajando el dolor de estar agarrado a un poste lleno de pequeños cristales que me estaban cortando la mano por infinidad de lugares, utilicé toda la fuerza de mis implantes para levantarme y proyectarme de nuevo hacia la seguridad de la sala.

Caí en el suelo, pero no vi a Erland. ¿Dónde estaría? Antes de que pudiera averiguarlo, escuché un ruido a mis espaldas. Por acto reflejo me tiré al suelo con una voltereta para evitar lo que fuera que me pudiera alcanzar. Al ponerme de pie, vi a Erland mirándome con furia. Por su posición, parecía que había intentado cogerme sin lograrlo. No tenía buen aspecto, jadeaba, no llevaba ningún arma y tenía el pecho lleno de sangre que brotaba de una profunda herida. Por lo visto, pudo esquivar en parte mi ataque mortal, pero el filo de la katana lo rasgó de forma importante.

¿Dónde estaban las espadas? No veía ninguna de las tres que habíamos utilizado hasta el momento; seguramente habrían caído cuando rompí la cristalera. Tuve suerte de no ser el único que se había quedado sin armas, o estaría acabado. Pensé en ir corriendo hacia el estante de armas, pero era inútil, Erland me interceptaría mucho antes de que pudiera conseguirlo.

—Jordi… —dijo el ronin que ahora sí que parecía exhausto—. ¡Esto no se ha acabado!

Se abalanzó sobre mí al tiempo que yo fui hacia él. Nos abrazamos con violencia en una lucha mucho más personal esta vez. Sin armas ni ayudas. Solo nuestros cuerpos entrelazados intentando sobrevivir. Cara a cara, como había querido el ronin. Peleábamos al filo de la cristalera, muy cerca del precipicio. El fuerte viento nos empapaba de la lluvia que caía en el exterior. Las luces se apagaron entonces y solo quedaron las de emergencia, mucho más tenues. Un típico apagón de las tormentas de Tokyo. Solo nos

iluminaban los relámpagos que convirtieron la lucha en algo fantasmagórico: dos figuras espectrales luchando por su vida, dos hombres dispuestos a todo para vencer: agarrándose del cuello, del pelo, pegándose sin orden, tratando de asfixiarse, intentando tumbar al adversario, tirarlo al vacío… Estábamos al borde de nuestra resistencia, y el final para uno de los dos se acercaba. Si algo no cambiaba, seguramente para mí.

La envergadura y corpulencia de Erland hacía que cada vez el ronin tuviera más ventaja. Intenté una patada baja para tirarlo al suelo, pero él adivinó mis intenciones y me apartó para, acto seguido, propinarme un par de puñetazos que casi me dejaron fuera de combate. Me protegí como pude, pero mi enemigo apartó mis brazos con facilidad, agotados ya. Con una fuerte patada en la cara me propulsó varios metros hacia atrás.

—¡Estás acabado, Jordi Thompson! —dijo con las pocas fuerzas que parecían quedarle—. Has sido un rival digno, uno de los mejores que me he encontrado jamás. Pero es hora de terminar contigo.

—No sé si soy uno de los mejores con los que has luchado, Erland —Me levanté—. Pero sí sé… ¡qué seré el último!

Con mis últimas energías ataqué con la fuerza del animal que sabe que está acorralado. Agarré al ronin, que se vio sobrepasado por mi vigor repentino y los dos caímos al suelo acompañados de un barullo de puñetazos y golpes descontrolados, con más corazón que técnica. Fuimos rodando por el suelo hasta llegar a la mitad del despacho.

—¡Jordi!

¿Dante? ¡Dante! Ahí estaba mi socio, de pie en el quicio de la puerta de la sala donde había entrado antes.

—¡Dante! ¡Armas! —dije antes de que un puñetazo de Erland me diera en toda la mandíbula y me hiciera ver las estrellas. Por suerte, sin perder la consciencia.

El ronin se levantó como un resorte y se dirigió hasta Dante, que ya estaba corriendo hacia el estante de armas. Mi amigo cogió un cuchillo japonés y me lo lanzó, pero Erland saltó y lo interceptó antes de que llegara a mí. Se fue hacia Dante y lo acuchilló.

—¡NO! —chillé, mientras me levantaba para ayudar a mi socio—. ¡Hijo de puta! ¡Yo soy tu enemigo! ¡YO!

Salté sobre Erland y lo tiré de espaldas al piso. Le hice una llave con las piernas para bloquearle el brazo y poder quitarle el cuchillo, lo cual conseguí después de forcejear unos segundos. Erland intentaba soltarse con todas sus ganas, pero lo tenía inmovilizado. Agarré el cuchillo con tanta fuerza que mi mano volvió a sangrar y, antes de que el ronin pudiera recolocarse, le aparté con mis propias manos el brazo con el que intentaba protegerse y lo acuchillé seis veces en la zona pectoral, de izquierda a derecha, con saña. Pulmones, corazón, quería perforarlo todo. En la última puñalada giré la hoja del kozuka al sacarlo para que el boquete no pudiera cerrarse.

Erland me miró con los ojos muy abiertos, pero no mostró ningún signo de dolor.

—Has… si…d… d… rival —intentó decir algo, pero casi no podía hablar. De su boca brotaba sangre a borbotones.

Me cogió del brazo, intentó incorporarse y un segundo después su cabeza cayó inerte hacia atrás. El legendario ronin Erland, curtido en miles de batallas, había sido derrotado al fin.

Sin tiempo de pensar en ello, me acerqué a Dante, que me miraba sonriendo. Estaba sentado en el suelo tapándose la herida del hombro con su mano.

—Cualquiera te cabrea, tío —me dijo.

—Es que llevaba mucho rato tocándome los cojones. ¿Estás bien?

Apartó la mano para que inspeccionara la herida. Era poco profunda y casi no sangraba. Nada grave, por suerte. Dolorosa, pero no mortal.

—Duele de la hostia, pero estoy bien. He desviado su brazo justo antes de que me diera en el corazón. —Me dio una pequeña patada—. No eres el único que sabe luchar.

—Lo sé, tío. Un día que te haga enfadar, me meterás una buena paliza. —Y le di unos golpecitos en el antebrazo—. Me alegro de que estés bien.

—Yo más —me respondió con gracia.

Nos habíamos enfrentado al mayor desafío de nuestra vida y estábamos vivos para contarlo. Pero, a pesar de estar vivos, el plan se había torcido un poco. Las cosas no habían salido como esperábamos: Dante y yo estábamos medio muertos y aún no me habían operado.

—¡Tommy! —exclamó Dante, señalándome algo a mi espalda—. ¡Kiryu!

Me giré y vi a Kiryu, que había gateado hasta la mesilla del lado de su cama donde buscaba algo en el interior de un cajón.

—¡Será hijo de puta! —exclamé.

Con todo el frenesí del combate me había olvidado por completo de Kiryu. Un fallo que podría costarnos caro. Fui corriendo hacia él con la poca resistencia que me quedaba, tenía que llegar antes de que avisara la seguridad o activara la torreta defensiva.

—¡Kiryu, no te muevas! —vociferé cuando ya estaba llegando.

Me miró de reojo y siguió rebuscando frenéticamente. Salté por encima de la chica, que aún estaba inconsciente en el suelo y agarré a Kiryu de su chaqueta, proyectándolo con fuerza hacia atrás. Con el impacto, soltó un revólver que tenía en su mano y que cayó a mis pies: eso era lo que estaba buscando. Su mirada pasaba de la pistola hacia mí, y viceversa.

—¡Espera, Thompson! ¡Yo te he tratado bien! —suplicó Kiryu.

Cogí el revólver, era de fabricación antigua. Miré el cargador, lleno. Apunté hacia la cabeza de Kiryu, que me miró aterrado, y disparé.

Nada.

—Veo que aún funciona el inhibidor —dije más para mí que para nadie.

—¿Estaba activado? —Kiryu parecía muy extrañado—. ¿Cuándo?

—Parece que te has echado una buena siesta. La edad no perdona, ¿eh? —Toda la prepotencia se había esfumado de la cara de un Kiryu, que ahora me miraba como si toda la indefensión y confusión del mundo se hubiera instalado en su ser—. Tu fiel Erland lo activó para combatir cuerpo a cuerpo conmigo. No sé si te has enterado del resultado de la batalla, pero puedes encontrar su cadáver ahí.

Me guardé el revólver en el cinturón y fui hacia el escritorio, donde aún estaba la caja de puros intacta, mi objetivo en ese momento. Comprobé que era una de las pocas cosas que quedaban íntegras tras mi batalla con Erland. Fuera seguía la tormenta: decenas de relámpagos iluminaban el cielo cada minuto seguidos de sus consecuentes truenos, algunos tan fuertes que hacían retumbar toda la sala. Era la banda sonora ideal para esa velada, sin

duda. Solo faltaba mi celebración. Cogí un puro de la caja, lo encendí e inhalé profundamente. Exquisito.

—¿Qué vas a hacer conmigo, Thompson? —dijo Kiryu malherido desde el suelo.

Esa era una buena pregunta.

—Creo que tengo dos opciones: acabar contigo aquí y ahora y cortar de cuajo los vínculos con mi pasado, o dejarte ir y que sigas con tus planes megalómanos y de conquista mundial —dije acercándome a él.

—Si me perdonas la vida puedo convertirte en el hombre más rico y poderoso de la Tierra. Me retiraré del negocio si hace falta, ocupa tú mi lugar, sé tú el nuevo presidente de Mitsuya Corporation —me señaló—. ¡Tú, Jordi Thompson!

—Eso que dices es muy bonito, Takeshi. No te importa que te llame así, ya que somos tan amigos ahora. ¿O prefieres que te llame «tito» Takeshi?

—Llámame como quieras —contestó apresurado.

—Hay algo que no me cuadra. —Di una calada al cigarro—. Si quieres que sea el nuevo presidente… ¿por qué fuiste desesperado a coger una pistola? ¿Para dármela y ayudarme a finiquitar a Erland, quizás?

—Eso mismo, eso mismo, Jordi. —Kiryu se irguió como pudo. No le ayudé—. Erland me traicionó, ¡desobedeció mis órdenes! Me alegro de verlo muerto, yo mismo lo hubiera hecho si hubiera podido.

—Curioso que siguieras rebuscando en tu cajón incluso cuando hacía rato que Erland ya estaba en el suelo bien muerto. Muy curioso.

—No lo vi bien, desperté muy confuso. —Consiguió sentarse en una silla que había cerca.

—Claro… Igual de confuso que cuando vine hacia ti avisándote, ¿verdad? —pregunté serio.

—No… no lo sé —contestó bajando la mirada. Me encantaba ver cómo un monstruo como él bajaba la cabeza.

—¿Sabes qué creo, Takeshi? Creo que eres un puto mentiroso y que si pudieras me cortarías la cabeza aquí y ahora.

—Eso no es as…

—¿Y sabes que creo, Takeshi? —le interrumpí—. Que eres un puto cáncer para esta sociedad y que el mundo estaría mejor sin ti.

—¿Y qué vas a hacer? —contestó sin suplicar—. ¿Vas a matarme a sangre fría, a un hombre desarmado, mayor, herido…? ¿Vas a demostrar de una vez lo parecidos que somos? —preguntó con rabia.

En eso tenía razón. Podía ser un bocazas, un chulo y un tío que parecía que se comía el mundo. Pero matar a una persona de esa manera, por muy despreciable que pudiera ser, no entraba dentro de mi forma de ser ni de mis valores morales. Por otro lado, ¿qué podría hacer con él? La policía era suya, cualquier estamento oficial también; Mitsuya tenía conexiones con todos los jefes importantes del hampa, incluida la neo-yakuza. No había nada en la ciudad donde ese hombre no tuviera influencia. La única opción que me quedaba era Distronic, quizás se lo podría entregar y que ellos decidieran qué hacer. Pero ¿y si Kiryu también tenía influencia ahí?

Una voz rompió mi debate interno:

—¡Mata a ese hijo de puta!

Nos giramos sobresaltados. La chica, que se había despertado, miraba a Kiryu de pie y furiosa.

—¡Mátalo! —insistió—. Llevo más de un año aquí encerrada, torturada y drogada. Me separó de mis padres, me robó como si fuera un simple objeto.

Me paré a mirarla con detenimiento. Solo llevaba unas bragas llenas de corazoncitos de estilo muy infantil. Debajo asomaban cortes, seguramente practicados en sus partes íntimas. Solo de imaginarlo di un respingo.

—Una vez por semana, este degenerado me lleva a su habitación y me hace cosas por las que ninguna mujer tendría que pasar jamás. ¡Y no soy la única! —chilló histérica—. Hay y ha habido muchas más. Cuando se cansa de ellas, las tira desde la ventana, las descuartiza, las electrocuta… Quiero volver a casa. —Y se puso a llorar desconsolada.

Sin pensármelo, me acerqué a ese malnacido, lo agarré por las solapas de su chaqueta y me lo llevé hasta el agujero que había en medio de la cristalera. Kiryu intentó escabullirse, pero su debilidad y mi ira hicieron imposible que lo lograra.

—Hay una buena caída desde aquí, ¿eh, bastardo? —dije asomando su cuerpo al abismo.

—¡Esa puta se lo ha inventado todo! —Kiryu intentaba escapar de mis garras—. ¡Es una puta, una de tantas!

—¡Y tú eres una mierda de tantos, Takeshi Kiryu! ¿Qué digo?, eres el más mierda de todos. —Empecé a reír—. Aún recuerdo cuando antes me has amenazado con tirarme desde este piso. ¡Qué ironías tiene la vida!

—¡Si me liberas te daré el código de mi cuenta bancaria! ¡Seiscientos millones de chinyens! ¡Seiscientos! —exclamó.

Con ese dinero podría comprar medio mundo.

—Dame tu código primero y yo te dejo en el suelo —mentí.

—¡No! ¡Primero suéltame! —dijo desesperado.

—¿Te suelto ahora, Takeshi?

—¡NO!

—¿Sabes volar, amigo mío? —pregunté con sorna.

—¡2657JUan-OR5, SouthWest Bank! ¡Solo se puede retirar dinero el trece de cada mes, a la una del mediodía! En el tercer cajón derecho del escritorio, debajo de un falso fondo, está la llave magnética. Te servirá para conectar con el banco. ¡No te engaño, Thompson! ¡Ahora sácame de aquí! —exclamó Kiryu.

Repetí varias veces el código y las instrucciones mentalmente para recordarlo todo más tarde.

—Espero que no me hayas mentido —dije mirándole fijamente a los ojos.

—¡Te juro que no! Puedes comprobarlo tú mismo ahora. ¡Y ahora cumple tu palabra!

—¿Mi palabra? —dije enfurecido. Kiryu me miraba aterrado—. ¿Cuándo te he dado mi palabra de nada? Solo te haré una pregunta. —Lancé al vacío el puro, que aún tenía en la boca—. Tú en mi caso, ¿me salvarías?

Y sin esperar respuesta, abrí las manos y dejé caer a Takeshi Kiryu al vacío. El que fuera uno de los hombres más poderosos del mundo chilló presa del pánico y la furia mientras caía inapelable hacia su muerte. Su voz se fue perdiendo mientras se desplomaba, hasta que en un momento de gloria cesó de golpe.

Y nunca mejor dicho.

Dante se había levantado y parecía mucho más recuperado.

—¿Estás mejor, tío? —le pregunté.

—Sí, mucho mejor. Aunque cuando vayamos a ver al doctor, le voy a pedir que me haga algún apaño antes que a ti.

—Si te quieres operar la cara, yo creo que llegas tarde. Lo tuyo no tiene arreglo —bromeé.

—Me pondría la tuya para acojonar a los delincuentes solo con verme —respondió con presteza.

—¡Este es mi Dante! —Le hice el signo de la victoria—. ¿Sabes que somos millonarios?

—Algo he escuchado de un código y no sé cuántos millones de chinyens.

—¡Seiscientos millones de la fortuna personal de Kiryu! Y tengo el código y la llave magnética. ¡No vamos volver a trabajar en la vida! —dije sonriendo.

—¿Y si es mentira? —preguntó Dante.

—Lo más seguro es que lo sea —suspiré—. Pero déjame tener mis ilusiones. —Señalé al escritorio—. Tercer cajón derecho del escritorio. Falso fondo. En teoría, ahí tiene que estar la llave magnética. ¿Lo puedes mirar mientras yo me encargo de la chica?

Cogí en brazos a la joven, que aún seguía sollozando. ¿Se había enterado de que Kiryu había muerto?

—¿Cómo te llamas? —pregunté mientras la llevaba al sofá.

—Yukiko Agashi. Muchas gracias por todo… —dijo mirándome con unos preciosos ojos llenos de lágrimas.

—No, Yukiko. Gracias a ti, de corazón. Sin tu ayuda, ahora quizás estaría muerto, o peor, formaría parte de algún plan siniestro de ese maldito loco.

—¿Está muerto, verdad? —preguntó mientras la depositaba con delicadeza en el diván.

—A no ser que le hayan salido alas y sepa volar, sí. Está más que muerto. No te molestará nunca más. —Miré por la sala—. ¿Tienes ropa por aquí? No puedes seguir desnuda.

—Ahí, en el suelo. —Me señaló un montón de ropa que estaba justo al lado de la cama.

—¡Dante! —avisé a mi amigo, que estaba indagando el cajón del escritorio—. ¿Puedes pasarme esa ropa de ahí? —dije señalando al montón.

—Sí, claro —contestó.

Me lanzó una camiseta y unos pantalones que atrapé al vuelo y que acerqué a Yukiko. Me giré para que se vistiera; aunque ya la había visto completamente desnuda, el acto de vestirse y desvestirse tenía un punto de intimidad que me incomodaba.

—¿Me sacaréis de aquí? —me preguntó Yukiko.

—Sí, por supuesto. Te llevaremos con tus padres —dije aún de espaldas —. ¿Cuántos años tienes?

—Quince —dijo, avergonzada de su corta edad.

Quince años… Kiryu, puto enfermo.

—Jordi, creo que he encontrado el falso fondo del cajón. Hay una palanquita aquí. ¿Le doy? —preguntó Dante.

—Dale, a ver si podemos irnos a vivir a una isla del Caribe —contesté ilusionado.

—Mierda —dijo Dante tirándose al suelo.

¿Qué coño…?

Una gran explosión, y su consiguiente llamarada, inundó el despacho, me expulsó hacia atrás y me estampó contra Yukiko y el sofá, que salió despedido a gran velocidad.

Kiryu había reído el último.

«Lo que me faltaba», pensé. «Una puta bomba».

Cuando abrí los ojos me fue imposible reconocer dónde estaba. Miré mi cuerpo solo por comprobar si todas mis extremidades estaban en su sitio y luego traté de situarme. Me senté y reconocí a mi espalda el sofá en el que nos habíamos sentado Dante y yo al llegar, hacía tan solo unos minutos. Bien, pensé, ya sabía dónde estaba. El despacho de Kiryu estaba en llamas y el humo apenas permitía ver nada. No temía por mí, estaba preparado para situaciones como esa: mejoras en mi dermis me permitían aguantar el calor y el fuego más que al resto de los mortales. No podía ser de otra manera, mi arma principal era una katana de fuego. Ahora solo necesitaba saber dónde estaban los demás. ¿Dante? ¿Yukiko?

La chica se acercó reptando por el suelo. Era la única forma de no asfixiarse con el humo.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Que una adolescente de apenas quince años mostrara el aplomo de preocuparse por mí en esas circunstancias me produjo una ternura difícil de explicar.

—Creo que sí. ¿Tú?

—Solo me he golpeado en la espalda. Nada que no me haya pasado antes.

Supe al instante a qué se refería. A su corta edad ya había llevado a su cuerpo al límite. Nada podría asustarla ya.

—Necesito encontrar a mi amigo. Estaba pegado a la bomba.

—Sígueme —me dijo Yukiko. Y empezó a reptar por el suelo.

A pesar de tener el cuerpo machacado, estar herido y magullado, la seguí por el suelo del despacho. Los muebles ardían en llamas y la humareda iba siendo más densa según nos acercábamos al escritorio de Kiryu.

—La explosión debe de haberle lanzado a la otra esquina —dijo Yukiko.

Incapaz de formular la más mínima réplica, me limité a seguirla. Ahí estaba yo, Jordi Thompson, un hombre hecho y derecho, en manos de una chiquilla de quince años y con el cuerpo repleto de marcas, fruto de los abusos de uno de los hombres más abominables que había conocido jamás. Pero no me sentía peor por eso. Solo quería que me llevara hasta Dante.

—Ahí está —señaló Yukiko.

A unos metros del escritorio, en la parte que a nuestra llegada estaba cubierta por el biombo, pude distinguir los zapatos de Dante. Aún llevaba los dos, buena señal. Desde donde estaba no podía ver el resto de su cuerpo, mala señal. A lo mejor las piernas se habían desmembrado.

Me incorporé y corrí hacia mi amigo lo más agachado que pude. Según me acercaba comprobé con alivio que el cuerpo de Dante estaba entero. No me quedé tan tranquilo cuando me pareció que no respiraba.

—¡Dante! ¡Dante, amigo! —dije mientras le cogía la cabeza.

Dante estaba inconsciente. Tenía parte de la ropa quemada y pegada a su cuerpo y, lo peor, un gran trozo de metal se había incrustado en su zona abdominal. Pero aún vivía, que no era poco.

—¡Eh! ¡Por aquí podemos salir!

Apenas veía a Yukiko, pero pude distinguirla entre el humo y el fuego junto a una pequeña librería a un par de metros.

—¡Mi amigo está inconsciente, no puedo irme sin él!

—¿Puedes cargar con su cuerpo?

Mis implantes no estaban dañados, no me quedaba otra que llevar a Dante en brazos.

—¡Necesito llegar a la zona médica! —grité.

—¡Por aquí podremos llegar! —me dijo Yukiko. Empecé a pensar que esa chica era un ángel que me había mandado alguien para salvar nuestras vidas.

—¡No podemos perder tiempo! ¿Seguro que se puede llegar desde aquí?

—Me conozco este camino como la palma de mi mano —insistió.

Levanté a Dante con cuidado y corrí hacia Yukiko. Pero al llegar hacia ella, junto a la librería, me di cuenta de que ahí no había salida ni nada.

¿Otra emboscada?

—Eh, jovencita, ¿dónde está la salida? —pregunté con recelo preparándome para lo peor.

—¿Desconfías ahora? Tengo tantas ganas como tú de salir de aquí.

Dicho esto, activó una pequeña palanca oculta entre dos libros y la estantería se abrió, como en las novelas de misterio antiguas.

—Es una puerta falsa.

Yukiko cruzó la puerta y yo la seguí con Dante en brazos. A continuación, cerró de nuevo. Fue un auténtico alivio salir del infierno de fuego y humo del despacho.

Ante nosotros se extendía un pasadizo oscuro y estrecho, con las paredes y el techo de hormigón, como si fuera una especie de corredor de la muerte, frío y desangelado.

—¿Qué demonios es esto?

—Es el pasillo que comunica el despacho de Kiryu con mi habitación —dijo Yukiko mientras avanzaba—. Es el que recorro cada vez que me llama para sus jueguecitos.

—Que te llamaba, querrás decir.

Cada vez estaba más orgulloso de haber acabado con ese monstruo sádico y sanguinario.

—Tommy… —dijo Dante con un hilo de voz.

—¡Dante! —exclamé—. No hables, no hagas esfuerzos… ¡y no me llames Tommy! —añadí, tratando de poner un poco de humor a la situación —. Vamos a llevarte a Jameson para que te cure.

—Tu operación… —logró decir.

—Mi operación puede esperar, amigo. Ahora lo importante es que te pongas bien.

—¿De qué operación habla? —preguntó Yukiko sin detenerse.

—Es que, verás… —empecé a explicar. Pero me di cuenta de que no era el momento—. Una verruguita que me ha salido en la axila.

—No me trates como una cría —me advirtió—, soy jovencita, pero no gilipollas.

No lo dudaba. Esa niña había vivido situaciones por las que no tendría que haber pasado jamás ninguna persona, y menos una chica de su edad.

—Verás… —dije sincerándome un poco—. Tengo una cosita incrustada en mi cerebro que hay que sacar y el doctor Jameson de Mitsuya es el único que puede hacerlo.

—¿El doctor Jameson? —Me miró sorprendida y se paró frente a mí—. Sé quién es, es el médico que me cura… Curaba las heridas más graves. Me miraba de una forma que no me gustaba, pero Kiryu le advirtió de que no se extralimitara conmigo jamás. Le dijo que yo era suya y de nadie más —añadió.

De menuda *troupe* se había rodeado Kiryu, si fuera por mí quemaba el edificio entero hasta los cimientos.

—Nadie más te tocará ni un pelo, al menos mientras yo esté delante. Te lo prometo —le guiñé un ojo—. Y ahora, vámonos y date prisa, por favor. Quiero dejar a mi amigo con el doctor cuanto antes.

Yukiko reemprendió la marcha a toda velocidad y yo la seguí de cerca. Daba gracias a mis implantes, sin ellos ya estaría medio muerto del cansancio: Dante no era un peso pluma precisamente. Al poco, llegamos a un ascensor. Antes de tomarlo, escuchamos una fuerte explosión que el pasillo trajo hacia nosotros amplificada.

—El despacho debe de ser un espectáculo ahora mismo —dijo Yukiko.

—¿Queda mucho para llegar? —pregunté.

—No, si no nos encuentra antes la seguridad de Mitsuya. Y si el ascensor funciona, claro.

—Pues entonces habrá que probar.

Entramos y Yukiko pulsó el único botón que tenía el cuadro. El ascensor empezó a moverse lentamente. Primera prueba superada.

—¿Adónde vamos?

—A mi hogar —dijo con una sonrisa ausente.

—En serio, Yukiko. No estoy para bromas, mi amigo está grave.

—¿Por qué nunca me crees? —protestó—. Yo te llevaré al médico, pero antes tenemos de pasar por mi habitación, por eso te decía mi hogar.

—Lo siento —me disculpé.

—Aun así, dudo de que puedas hacer nada. —La chica se miraba las manos—. Los hombres de Kiryu deben de estar peinando todo el edificio buscándote.

—Tengo que intentarlo. Al menos para que puedan hacerle algo y poder sacarlo de aquí.

—¿Sacarlo de aquí? —dijo incrédula.

—Tenemos apoyo desde fuera. Nos espera una persona en un aerotrolley.

Yukiko dejó de mirarse las palmas y se centró en mí con los ojos muy abiertos.

—¿Puedes llevarme contigo?

—Claro, tú llévame a las instalaciones médicas y todos saldremos de aquí hoy mismo —le dije con la mayor confianza. Yukiko me sonrió agradecida.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron a una habitación con decoración infantil cuidada hasta el mínimo detalle. Solo había una puerta blindada en el extremo opuesto. Ni una ventana ni nada que permitiera el más mínimo riesgo de fuga. Era una cárcel camuflada en tonos rosas y peluches de todos los tamaños y colores.

—¿Aquí es donde vives tú? —pregunté asombrado.

—Vivía —precisó. Mientras me hablaba, aprovechó para coger alguna prenda de ropa y cambiarse—. Para Kiryu, yo era como una niña pequeña, por eso la decoración es así. La chica anterior representaba el papel de colegiala y la habitación era como un aula de un colegio. Según la chica, la habitación cambia de un ambiente a otro.

—Puto enfermo —susurré por enésima vez esa noche.

—Me dan ganas de prenderle fuego.

—Tranquila, con la que ha armado Kiryu ahí arriba, no me extrañaría que todo el edificio ardiera en cuestión de horas.

Traté de abrir la puerta, pero estaba bloqueada. Miré a Yukiko interrogante.

—También he pensado en eso.

Yukiko introdujo un pequeño objeto en un pad anexo a la puerta. La puerta se abrió.

—¿Qué has hecho? —pregunté.

Me mostró una llave magnética con orgullo.

—Se la robé a Takeshi antes de… de… atacarlo. —Recordar ese momento añadió dolor a su expresión. No debía de haber sido fácil para una niña, por muy espabilada que fuera—. Siempre dejaba la llave maestra en la mesilla de mi lado de la cama, le gustaba así demostrar su control sobre mí. Sentir que le tenía tanto miedo, que era incapaz de coger la llave aun teniéndola a mi lado. Si no llega a ser porque te vi discutir con él cuando he salido de mi trance nunca lo hubiera hecho. —Parecía que estaba a punto de llorar.

—Yukiko, todo ese infierno se ha acabado. No lo vivirás más —la consolé como pude—. Salgamos de aquí y que le den a todo esto.

—Sí —contestó un poquito más contenta.

Miré a Dante, su aspecto no era nada bueno, parecía aún más débil que antes. Debíamos darnos prisa, no había tiempo para lloros ni dramas.

—¿Queda muy lejos la clínica?

—No. Aunque no sabría decirte cuánto, a mí siempre me llevaban en camilla.

Cruzamos la puerta y, como había dicho mi guía improvisada, junto a la puerta había una camilla.

—¿Y esto? —pregunté.

—Solía pasarme una buena temporada en la clínica después de cada visita al despacho del jefe.

No quise preguntar más, me imaginaba a qué se refería. Me dispuse a tumbar a Dante, que volvía a estar inconsciente, sobre la camilla, pero reparé en que Yukiko miraba al techo atentamente.

—¿Qué miras, sistemas defensivos? —pregunté con curiosidad.

—No, es que siempre que salía de aquí iba tumbada, me guío por las líneas esas de ahí. —Me señaló unas finas rayas lumínicas de varios colores —. Tenemos que seguir las blancas.

Tumbé a Dante en la camilla y empecé a empujarla por otro largo pasillo. Yukiko miraba al techo y me iba dirigiendo en las bifurcaciones a la derecha o a la izquierda. Cogimos otro ascensor, recorrimos más pasillos y al cabo de unos minutos que me parecieron eternos, llegamos a la zona clínica de Mitsuya. El espacio era diáfano, tan blanco que cegaba los ojos.

—¿Dónde está la gente con la que has quedado?

—Ni idea. ¿Es muy grande esto?

—Es inmenso.

—¿Sabes dónde están los quirófanos?

—Me estás pidiendo que te lleve a mi segunda residencia. —Sonrió tristemente. Y acto seguido empezó a correr por los pasillitos que formaban mesas, camillas, monitores y demás aparatos.

—¡Espera! —grité. No era fácil seguirla con la camilla.

Yukiko no me escuchó, o me ignoró, y siguió correteando. No estaba para juegos en ese momento. Dante sangraba por varios puntos y apenas le sentía respirar. Apurado por llegar a tiempo al quirófano y por no perder a Yukiko de vista, choqué con un armarito metálico y lo tiré desparramando por el suelo todo su contenido de instrumental médico y todo tipo de frascos y medicinas.

—¡Mierda! —exclamé—. ¡Yukiko, ¿dónde cojones estás?!

—Aquí.

Me giré y vi a Yukiko expectante y contenta apenas a un metro de mí, junto a una gran puerta con un ojo de buey en cada hoja.

—¡Mira lo que me has hecho hacer! —dije enfadado.

—Si no sabes llevar una camilla es tu problema —bromeó. En el fondo era una niña con ganas de jugar, pensé—. ¿Vienes? Te están esperando ahí dentro.

La miré desconcertada y, dejando a Dante un instante, me asomé por uno de los ojos de buey. Dentro, en un extremo de la sala que había al otro lado, Carine caminaba nerviosa de un lado para otro. Sentí un alivio difícil de explicar, algo parecido a cuando uno llega a casa y se siente protegido y seguro. Volví a por Dante y entré en la sala empujando la puerta con la camilla. Nada más entrar, Carine me reconoció y corrió hacia mí.

—¡Jordi! ¡Jordi!

Al llegar a mi altura me abrazó con todas sus fuerzas. Un abrazo sincero, sentí. De veras que tenía ganas de verme.

—¿Dónde estabais? —Se detuvo a observarme—. ¿Qué te ha pasado? ¿Y a Dante?

—Descubrieron a Red y nos tendieron una trampa. Ha sido una pesadilla, Carine… —dije aguantando el tipo como pude.

—¿Y la niña? —dijo con recelo señalando a Yukiko.

—Es Yukiko, una amiga —respondí, y le guiñé un ojo, a lo que Yukiko respondió con una sonrisa—. Kiryu la tenía secuestrada. Desde ahora, es de nuestro equipo, su ayuda es fundamental aquí dentro. ¿Dónde está Jameson? —pregunte antes de que Carine pusiera cualquier objeción.

—Ahí, inmovilizado. —Señaló a un rincón donde Jameson permanecía atado en una silla—. Listo para operarte.

—Mi operación es secundaria. Ahora lo importante es Dante.

—Por supuesto.

Carine entendió mi urgencia y no puso reparos, un detalle que me conmovió. Entre el abrazo y esto, estaba derrumbando todas mis barreras.

—Jameson —dijo Carine mientras le desataba—. Primero, Angelo.

—¿Crees que esto tiene arreglo? —dijo mientras señalaba el cuerpo de Dante.

—Haz que lo tenga —respondió Carine contundente—. Y luego, Thompson.

Jameson bajó la mirada resignado, sabía que no tenía opción.

—Y como se te ocurra cualquier tontería, ya sabes cómo acabará tu biografía.

—Yukiko, ¿te quedas vigilando? —pregunté—. Carine y yo tenemos que hablar.

—¿Qué dices, Jordi? —dijo Carine sorprendida.

—Ha visto más violencia y maldad de la que te puedas imaginar. Y conoce esta zona como la palma de su mano. —Me giré hacia Jameson—. Estaré en la habitación contigua, muy cerca de ti. ¿Ves todas estas heridas y sangre que tengo? —El doctor afirmó compungido—. Son del trabajo que he hecho esta noche con Erland y Kiryu. Ellos ya no forman parte de este mundo. —A Jameson casi se le cae la mandíbula al suelo—. Si escucho un ruido extraño, si intentas hacer algo que no debes, si te sobrepasas con Dante o con la niña, saldré de ahí, y yo mismo me ocuparé de que Mitsuya pierda otro miembro importante esta misma noche. ¿Ha quedado claro?

El doctor volvió a afirmar con la cabeza sin articular palabra. Creo que lo había convencido. Cogí a Carine de la mano y la llevé hacia una puerta que comunicaba el quirófano con la zona de recuperación.

—Si intenta algo, avísame —advertí a Yukiko antes de salir con Carine.

* * *

—Jordi… —me dijo Carine mientras me besaba—. ¿Has visto cómo estás?

Verlo, no lo había visto, pero por los dolores que sentía por todo el cuerpo me lo imaginaba. Cortes y magulladuras por todos lados, heridas en piernas y brazos, contusiones, agotamiento… Esa tarde me había ganado el sueldo, no cabía duda.

—He pasado tanto miedo… —dijo.

—Los dos sabíamos que esto no iba a ser fácil. Pero estamos vivos… Espero —dije mirando hacia la puerta detrás de la cual estaba Dante luchando por sobrevivir.

—No te preocupes por Dante. Jameson es un indeseable, pero es el mejor. No va a permitir que se le quede en la mesa de operaciones, aunque solo sea por su orgullo. No recuerdo que se la haya muerto nadie. —Sus palabras me reconfortaron—. Y ahora, ¿me vas a contar qué ha pasado?

—Enseguida. Pero primero necesito localizar a Red. Déjame tu comunicador.

Carine me lo dio, marqué el número encriptado de Red y a los pocos segundos su imagen apareció ante nosotros.

—Eh, tío, tío… —dijo atacado y a toda velocidad, como era habitual en él—. ¿Dónde os habíais metido? Perdí contacto… ¿Qué coño habéis hecho? ¿Es que no os puedo dejar solos? Tokyo está en estado de sitio, ¡Mitsuya arde, tíos! Sois los putos amos. ¡Soy el puto amo, qué narices!

—De puto amo, ¡una mierda! —le interrumpí—. Mitsuya te interceptó, por eso perdimos contacto.

—¿Cómo? Eso es imposible, tío.

—Sí, amigo, estás perdiendo facultades —dije para callarle la boca—. La seguridad del Mitsuya detectó tu señal y la suplantó. Nosotros creíamos que seguíamos hablando contigo, pero tenían tu voz *hackeada*.

—Mierda… —respondió lacónico.

—No pasa nada, a cambio hemos vivido unas aventuras de lo más emocionantes —dije irónico. Estaba hecho polvo, pero con Red no había espacio para las emociones.

—Lo siento, tío —se disculpó.

Red disculpándose. Asombroso. ¿Estaría madurando por fin?

—Ahora tienes que coger a tu madre y salir pitando de tu casa. Saben quién eres y dónde vives. Van a ir a por ti.

—¿Eso piensas? —dijo riendo—. Una cosa es que la mayor tecnología del planeta detecte una transmisión encriptada de nivel 12 como la que estaba usando y otra que me encuentren a mí, a Red, el mejor *jockey* que existe.

—¡Que te han cazado, tío! Bájate de la burra.

—A ver, Jordi… Lo único que puede pasar es que en estos momentos estén en casa de cualquier mocoso creyendo que soy yo. Tengo mi rastro bien oculto, no te preocupes.

Carine me miró alucinada. Respondí con una sonrisa. Red era inimitable.

—El caos en Mitsuya es brutal. Tengo sus comunicaciones internas interceptadas y nadie sabe si Takeshi Kiryu está vivo o no.

—No, no lo está —dije.

—¿Te lo has cargado? —dijo Red asombrado. Carine también me miró con estupor.

—Era él o yo —dije sin querer dar más explicaciones.

—¡Guau! En la corporación hay una lucha de poder acojonante. Es un puto desmadre, nadie controla la seguridad. Voy a meterme en su sistema otra vez.

—No, Red, no te la juegues.

—Bueno, en realidad ya me he metido.

—Joder… —suspiré.

—Así puedo guiaros para salir. ¿Te han quitado ya el cacharro del coco?

—No. Ahora están operando a Dante —dije angustiado—. Ha sido el peor parado.

—Hostia… —dijo Red preocupado.

—¿Sabes algo de Lauren?

—Os espera en el aerotrolley, como habíais quedado. He hablado con ella varias veces, está histérica.

—Dile que todo va bien y que siga esperando. Mantén el canal abierto con nosotros. Si todo va bien, vamos a necesitar tu ayuda para salir de aquí.

—Eso está hecho, tío. ¡Vamos a hacer volar Mitsuya!

Meneé la cabeza, resignado ante la efusividad adolescente de Red. Era el mejor, sin duda, pero qué difícil era aguantarle a veces. Corté la comunicación y su imagen desapareció. Carine y yo volvimos a quedarnos a solas.

—Eres la leche, Jordi —me dijo conmovida.

—¿A qué viene eso? —pregunté sorprendido.

—Estás hecho un asco y lo único que haces es pensar en los demás.

—Bueno, no estoy tan bien como tú —dije irónico—, pero aún puedo dar guerra.

Carine me acarició la cara. No me importaría lo más mínimo dejarme llevar por ella en esos momentos, pero tenía algo importante que decirle.

—Carine… Hay algo que no sabes.

—¿Qué? —me preguntó asustada.

—Antes de acabar con Kiryu, me contó que los makis, tus compañeros…

—¿Qué ha pasado? —dijo alarmada.

—Os han descubierto. Han acabado con todos. Saben quién eres.

Carine se apartó impactada. Quiso contener las lágrimas, pero apenas lo consiguió.

—Lo siento —dije.

—Gracias… Pero sabíamos que podía pasar. Es parte de nuestro trabajo. —Me miró más entera—. Y al menos ha servido para algo. Casi lo hemos logrado.

—Sin casi. Lo hemos logrado —dije convencido de que habíamos cumplido el objetivo de llegar hasta ahí para extirpar el microchip.

Nos miramos un instante en silencio y, sin mediar palabra, empezamos a besarnos. Al principio, despacio, con besos de duelo por todas las personas que habíamos dejado atrás. Poco a poco, en cuanto el dolor se fue aplacando, fueron subiendo de intensidad y nuestros labios no fueron más

que el marco en el que las lenguas empezaron a librar su batalla, chocando entre ellas, anudándose, luchando cada una por conquistar el espacio de la otra dentro de nuestras bocas. Las respiraciones, junto a pequeños gemidos, se convirtieron en la banda sonora de ese momento de amor, el segundo de nuestra biografía, que, a tenor de la pasión con la que lo estábamos ejecutando, parecía tan deseado como el primero.

Fui a tumbar a Carine en una cama, pero ella me frenó.

—No, Jordi. Hoy me toca a mí.

Y, con dulzura, me sentó en la cama y me empujó despacio hasta tumbarme por completo. Lo agradecí. No estaba para grandes piruetas en esos momentos. Con meticulosidad me fue desvistiendo y acariciando. Mis heridas dolían menos con sus caricias y cuando sentí su cuerpo sobre el mío, desnudo, suave, todo curvas, el dolor desapareció por completo.

Quise incorporarme y tomar la iniciativa, pero Carine me aprisionó con sus piernas y me sujetó por las muñecas.

—Eres mío, Jordi. Mío.

Me gustó sentirme abandonado a su deseo, libre de responsabilidades, en manos de sus impulsos. Era un pedacito de madera flotando en la superficie de un río, a merced de una corriente que no controlaba y que me transportaba por un cauce plácido a veces, intrincado otras, con pequeños torrentes y cascadas, pero también con meandros y remansos de paz. Carine se arqueaba sobre mí, pegando y despegando su cuerpo sobre el mío. Sentirla a intervalos, de forma intermitente, hacía crecer mi excitación. Sus olas de piel cada vez llegaban más adentro, cada vez invadían más mi territorio interior, conquistando por sorpresa el centro mismo de mi placer.

—Carine… —susurré a su oído. No podía más, necesitaba sentirme dentro de ella.

Carine gimió una sola vez, bajó su mano a mi entrepierna y me abrió sus puertas, invitándome a entrar sin fórmula alguna de cortesía, como se trata a los amigos de confianza. Sentí que la marea de su cuerpo que había sentido sobre mí traspasaba mi piel y me disolvía como un comprimido efervescente. Quería agitarme, agarrar a Carine de la cintura, voltearla sobre la cama y tenerla presa bajo mi cuerpo. Pero Carine no iba a dejarme tomar

la iniciativa. Esa noche yo era su pieza, su animal herido que ella se disponía a sanar. A poseer. A devorar.

Sus embestidas fueron en aumento. Intensas, sin violencia. Sutiles pero firmes. Casi imperceptibles en la forma, pero contundentes e intensas. Inapelables. Abandonado a mi suerte, extendí mis brazos y relajé mis piernas. No iba a luchar más. El final debía llegar por sorpresa, sin un plan diseñado. No era yo quien marcaba las pautas, era ella. Carine, hasta entonces con las rodillas flexionadas, estiró sus piernas junto a las mías, dejó caer todo el peso de su cadera, contrajo los músculos de su pubis y emitió un largo y suave suspiro al que me sumé. Los dos llegamos al clímax al mismo tiempo, los dos tocamos la última nota a la vez. Los dos puntuamos esa sinfonía con el mismo silencio. Sentí una comunión con su cuerpo como nunca había sentido con nadie antes. ¿Qué estaba pasando dentro de mí?

Carine se mantuvo inerte sobre mi cuerpo unos segundos. Sentía su peso como la fina capa de un tejido que te abriga, te reconforta, te acuna. Un peso liviano, una caricia. Abrí los ojos y busqué los suyos junto a mi hombro. Me miró risueña, enamorada. ¿Era así como la estaba mirando yo también?

—Jassmine… —dije recordando su verdadero nombre.

—No, Jordi. Jassmine no existe. Jassmine es pasado. Para ti, para siempre, solo seré Carine.

—Eh, tortolitos…

Abrí los ojos y me encontré con el rostro de Yukiko que nos miraba con cara de cachondeo.

—¿Os parece bien poneros a echar un polvo con la que está cayendo?

Carine y yo nos incorporamos aturdidos y algo culpables. Después de hacer el amor nos habíamos dormido y no sabía cuánto tiempo había transcurrido. Enseguida me resitué de nuevo.

—¡Dante! —dije saltando desnudo de la cama.

—El doctor ya ha terminado.

—¿Y está bien, cómo ha ido? —pregunté ansioso.

—Bien, tranquilo. Ponte esto, anda —me dijo Yukiko alargándome una pantalón y una camiseta blanca.

No me había ni dado cuenta de que estaba desnudo. Me vestí a toda velocidad mientras trataba de recabar toda la información posible.

—¿Se va a poner bien?

—Dice el doctor que sí.

—Espera… —dijo Carine mientras se vestía—. No le habrás dejado solo.

—No, me lo he cargado. Es lo que queríais, ¿no? —contestó Yukiko guiñándome un ojo de complicidad.

Carine me miró con pánico, pero yo no hice más que sonreír. La broma era buenísima.

—¿Te hace gracia? —me dijo preocupada.

—Se lo merecía, ¿no te parece? Ya encontraremos otro mejor —dije tan tranquilo solo por seguir la broma de Yukiko. Carine se dio cuenta de nuestra complicidad.

—¡No hay otro mejor! Imbéciles…

Y salió corriendo hacia el quirófano. Yukiko y yo chocamos las manos satisfechos.

—Solo le he atado de nuevo y le he dado una patada en sus partes —se justificó.

—No te preocupes, no tiene sentido del humor —dije, aunque no fuera del todo cierto—. Te veo mucho más animada y descarada que antes. ¿Qué te ha pasado?

—Las drogas, supongo. Tengo cambios de humor que ni yo entiendo. Llevo tantos meses drogada que, por mucha desintoxicación que me hicieran cuando Takeshi acababa conmigo… no soy la misma que antes. —Yukiko dio un giro sobre sí misma, contenta—. Ahora, por ejemplo, no sé si porque me doy cuenta de que te has cargado a Takeshi o por qué, me siento eufórica y con ganas de jugar. —Y se volvió hacia la puerta—. Te dejo que te acabes de vestir, que aún se te ve… la cosa.

¡Hostia! El sexo me había dejado atontado. Mejor que me pusiera las pilas y dejara de enseñar mi miembro viril a todos los integrantes de la misión.

Una vez vestido me dirigí al quirófano a conocer de primera mano el estado de mi amigo. Ahí me encontré a Jameson atado a la silla, pero con el pecho contra el respaldo y las manos atadas por detrás. Una postura incómoda y ridícula. Yukiko no solo tenía recursos, también tenía sentido del humor. A cada minuto que pasaba me caía mejor.

—¿Es necesario todo esto? —preguntó Jameson humillado.

—¿Dónde está Dante?

Miré a un lado y vi a Carine inclinada sobre una cama. Sobre ella, Dante yacía inconsciente.

—¿Está bien? —pregunté a Carine, a Jameson, a quien pudiera responderme.

—No, pero se recuperará —respondió Jameson.

Me acerqué a Dante y le observé conmovido. Dormía con un gesto de paz en su rostro. Jameson le había limpiado la piel y, a pesar de estar cubierto de magulladuras, transmitía la serenidad de quien ha atravesado un túnel y celebra reencontrarse de nuevo con la luz.

—¿Seguro? —quiso asegurarse Carine.

—Le he hecho curas en todas las quemaduras. Salvo una en el antebrazo, el resto eran leves, más aparatosas que graves. Tenía varios cortes y he tenido que coserle. Su cuerpo va a parecer el patrón de una modista, pero es lo que hay. Lo peor —prosiguió—, es la afectación de órganos internos.

—¿Qué significa eso? —pregunté angustiado. Presentía que era el momento de las malas noticias.

—Si tu amigo llevara implantes, nada. Pero al ir «limpio» por la vida, tendremos que esperar a ver cómo evoluciona. De verdad, que hay gente para todo —afirmó resignado.

—Si no lleva implantes es porque no puede —respondí ofendido—. Su cuerpo no los tolera. Y aun así es uno de los mejores policías de la ciudad.

—Sea como sea, he cumplido mi parte —afirmó Jameson—. ¿Me desatáis ya?

—Todo a su tiempo, Jameson —dijo Carine—. ¿Qué pronóstico tiene?

—Imposible saberlo ahora. Hay que ver cómo va las próximas veinticuatro horas. Pero os recomiendo que, cuando despierte, mantenga reposo absoluto al menos dos semanas. ¿Vamos con tu operación? —preguntó mirándome.

Miré a Carine con aprensión. Era el momento. Ahora o nunca. Carine me cogió de la mano, cariñosa.

—Todo saldrá bien, no temas.

Agradecí sus ánimos en esos momentos. Viendo a mi mejor amigo sedado y con un pronóstico incierto, y con mi ayudante fuera del edificio, solo el cariño de Carine podía darme fuerzas.

—Gracias. Cuida de mis tortugas si me muero —bromeé.

—¿Tienes tortugas? —contestó, inocente, Carine.

—Sí, se llaman Canela y Tina —seguí con la coña—. Hoy estás lenta, eh… —Y le di un beso en la frente.

—¡Joder, qué moñas! —dijo Yukiko—. ¿Te operas ya? Que yo quiero salir de aquí antes de que los soldados de Mitsuya nos descubran.

—¡Va, va…! —dije decidido—. Desata a Jameson.

Yukiko se puso a ello y deshizo los nudos de la cuerda, aparentemente complicados, con enorme facilidad. Una maestra del shibari también, por lo

que parecía.

—¿Qué vais a hacer con el chip cuando lo extraiga de su cerebro? Si es que lo extraigo, claro —preguntó Jameson.

—Destruirlo —dije.

—¿Y desaprovechar la posibilidad de investigarlo? —insistió. Yukiko ya había terminado de desatarle y se frotaba las muñecas dolorido.

—Tu trabajo consiste en quitarle el chip, de lo demás, nos encargamos nosotros —dijo rotunda Carine.

—¿Me dejaréis verlo aunque solo sea cinco minutos? —preguntó Jameson.

—Ya veremos, doctor. Si te portas bien, quizás —contestó Carine.

—Será una operación larga, os lo advierto.

—¿Qué probabilidades hay de que no salga bien? —pregunté.

—Muchas. Hasta que no haga el escáner no podré decir en qué localización se encuentra, ni tampoco qué tamaño ni conexiones con tu tejido blando tiene. Como tenemos poco tiempo, voy a hacerlo todo a la vez. —Viendo mi cara de aprensión, añadió—. Tranquilo, sé lo que me hago. Túmbate en la cama.

Jameson enfundó sus manos en unos guantes de látex casi transparentes y empezó a preparar su instrumental. Obediente, me tumbé y perdí mi mirada en el techo blanco y uniforme, solo salpicado de pequeños apliques circulares que emitían una potente luz.

—Si tenéis algo que hacer, disponéis de un par de horas —dijo Jameson.

—¿Dos horas? —respondió Carine sorprendida—. Es mucho más de lo que dura una operación.

—Esto es mucho más que una operación. Es un desafío contra la vida —dijo como si tal cosa—. Y ahora, Jordi, mira esta luz.

Antes de seguir la orden de Jameson, miré a Carine por última vez. Me pareció que tenía los ojos acuosos.

—Nos vemos en un ratito. Vete pensando dónde quieres que vayamos a cenar esta noche —le dije.

Acto seguido, miré el punto de luz que Jameson sujetaba sobre mis ojos. Se trataba de amnesia lumínica. El cerebro, ante una subida tan intensa de

luz, reaccionaba refugiándose en la inconsciencia. Y así sucedió. El puntero aumentó la intensidad y mi conocimiento se desvaneció por completo. Quizá por última vez.

* * *

La luz sobre mis ojos fue lo último que vi y también lo primero cuando los abrí. No pensé que estuviera muerto, demasiado tópico: la luz blanca, el cielo —herencia de una extraña religión del pasado—, un espacio infinito sin fronteras ni límites… Más bien pensé que estaba vivo, pero que tal vez había sufrido graves consecuencias y que mi vida a partir de ese instante iba a consistir en flotar en una nube blanca e informe.

—Ha abierto los ojos. —Era la voz de Yukiko.

Giré la cabeza pero solo veía la luz blanca. Podía distinguir los sonidos y ubicarlos en el espacio, pero no podía ver quién los producía. Así fue como deduje que Carine se acercaba hacia mí.

—¡Jordi! ¿Estás bien?

—¿Estoy? —pregunté.

—¡Jameson! —gritó Carine—. ¿Me escuchas, Jordi?

—Perfectamente. Lo que no puedo es verte. ¿Tengo los ojos abiertos?

—Sí. ¿No ves nada?

—Es normal —dijo Jameson acercándose. En un momento como ese pude comprobar lo desarrollado que tenía el sentido del oído—. Deja los ojos cerrados, enseguida recuperarás la vista.

—¿Cómo ha ido? —pregunté ansioso—. ¿Está fuera?

—Totalmente, Jordi —respondió Carine—. Ha sido más sencillo de lo que esperábamos.

—No ha sido necesario hacer una gran incisión. El chip estaba detrás del lóbulo occipital, quien te lo implantó sabía lo que hacía, es la zona del cerebro que ofrece menos riesgos.

—Entonces, ¿no voy a tener secuelas?

—A lo mejor tienes alguna alucinación visual, o pierdes la visión en algún momento, como ahora, pero no creo que se prolongue en el tiempo.

—Eso espero. No me gustaría mirarme al espejo y dejar de verme —dije.

—¿Eso es lo que te preocupa? —preguntó Carine divertida.

—Hombre, no solo los demás vais a disfrutar de mi belleza.

—Tu cerebro está intacto —resumió Jameson—. Y por el mismo precio te he curado las demás heridas que tenías. Puede que durante unos minutos te sientas un poco mareado o incómodo, pero la combinación de fármacos que te he preparado hará que casi no notes diferencia con haberte echado una buena siesta.

—Espera… —dije alarmado—. ¿Qué ha pasado con mi pelo?

Instintivamente me pasé las manos por mi cabeza. Temía que me hubieran rapado antes de la operación, pero mi melena seguía en su sitio.

—¿Crees que estamos en el siglo pasado? —Se burló Jameson—. Los métodos de cirugía cerebrales actuales no necesitan de medidas como rasurar la zona a intervenir. Esto es medicina moderna, Thompson, y más si te interviene una eminencia como yo en un lugar como este.

—Tranquilo, Jordi. Sigues igual de guapo que siempre —aclaró Carine.

—Bueno, yo, si no me necesitáis más… —dijo Jameson.

—Tú, quieto —dijo Carine—. Yukiko… la cuerda.

—Encantada.

—¿Así es como me lo agradecéis? —Se resistió Jameson.

—Sigues siendo un indeseable, una cosa no quita la otra.

Escuché cómo Carine inmovilizaba a Jameson y Yukiko procedía. Me imaginé a Jameson resignado, dejándose hacer.

—Si no os importa, podéis hacerme la retransmisión, que me lo estoy perdiendo —dije.

—No es muy interesante de ver. Un cobarde siendo atado por una cría de quince años.

—¿Que no es interesante? ¡Daría lo que fuera por verlo! —dije riendo.

—Llévatelo —dijo Carine—. Y mira a Dante, a ver cómo va.

—Con mucho gusto —respondió Yukiko.

Una vez a solas, Carine me acarició la cara.

—¿Cómo está mi amigo? —pregunté.

—Mucho mejor. Responde positivamente a toda la medicación. ¿Y tú, estás mejor?

—Me siento como si me hubiera echado una siesta histórica. Estoy genial.

—Abre la mano.

La extendí y noté cómo Carine posaba sobre ella un pequeño objeto metálico.

—Ahí lo tienes —dijo.

Abrí los ojos y esta vez ya no vi la luz blanca. Vi el rostro de Carine borroso y sonriente. Una sonrisa de cariño, de cercanía. Enseguida mi vista la enfocó y pude verla con nitidez.

—¿Puedes verlo?

Me incorporé y miré hacia mi mano. En la palma, un pequeño chip de no más de un centímetro de largo y de ancho. Esa era la mierda que nos había llevado hasta ahí, un cuadradito metálico y minúsculo. Una insignificancia que podía poner a toda la humanidad patas arriba.

—Tú decides qué hacer con él —dijo Carine.

Antes de ese momento, cuando el chip estaba en mi cerebro y no era más real que una suposición, no me cabía ninguna duda de que debíamos destruirlo. Pero ahora, viéndolo delante de mí, conociendo lo que significaba, empezaron a cruzar otras ideas por mi cabeza. De pronto sentí en la palma de mi mano un poder extraño, como si todos los hombres y mujeres de la Tierra estuvieran ahí; como si cerrando el puño pudiera decidir su destino. Miraba el pequeño cuadrado metálico y sentía un peso que no se correspondía con la realidad. Tenía la sensación de que esa cosa podía perforarme la mano si no decidía pronto qué hacer con ella. Recordé unos libros muy antiguos donde un simple anillo hacía enloquecer a la humanidad entera. Un anillo que provocaba guerras, muerte y destrucción. ¿Era eso lo que me estaba sucediendo? ¿Era esa sensación de poder la que me estaba nublando? No sentía la necesidad de dominar a nadie, mucho menos a pueblos enteros. No tenía delirios de grandeza, al menos en cuanto al poder. Pero miraba el microchip y no podía evitar pensar que tenía en mis manos —literalmente—, la posibilidad de usarlo. Para bien, sin duda, pero, al fin, hacer un uso de él. Pero ¡qué demonios!, quizás no era tan mala idea:

nunca más tendría que preocuparme por nada, todo el mundo me adoraría, tal vez incluso podría alargar mi vida más allá de lo normal, lideraría durante años un nuevo mundo, aboliría el control de las corporaciones…

¡Joder!

¿Qué me estaba pasando? Estaba perdiendo el control por completo. Ese microchip no me aseguraba nada, ¿quién me decía a mí que no era más que un plan de SOMA para dominar a quien intentara usarlo? Una manzana envenenada que podía terminar volviéndose en su contra. Además, ¿quién era yo para liderar el destino de nadie? Con liderar el mío tenía suficiente. No era nadie para cambiar el rumbo de las cosas. Podía poner mi granito de arena, señalar las injusticias, solucionar los problemas mundanos que me encargaban mis clientes. Pero ¿decidir sobre las vidas de los demás y jugarme la mía propia por una ambición desmesurada? Ni de coña. Y algo más importante, ¿me iba a dejar eso tiempo para tomarme mis whiskys en El Séptimo Cielo con mi compadre Carlos Testa?

—Jordi… ¿estás bien? —preguntó Carine sacándome de mi ensimismamiento.

Levanté la cabeza y la miré. De pronto, el chip ya no pesaba en mi mano. Ya no sentía esa absurda atracción por un pedacito de metal.

—Mejor que nunca —respondí.

Tiré el chip al suelo. No quería sentirme obligado a hacer cualquier uso de él. No quería que nadie lo hiciera. No quería que SOMA, por mucho que me hubiera intentado convencer, volviera a reinar sobre los hombres. Bajé de la cama tan ligero como un adolescente y machaqué el chip. Lo rallé con las esquinas de los muebles, lo trituré con la pata de una silla, lo rocié con ácido… Todo lo que encontré por la habitación me sirvió para destruirlo y dejarlo inservible para siempre.

—Caso resuelto —le dije a Carine, que me había estado observando con una mezcla de admiración y estupor—. ¿Nos largamos de este edificio infecto? Me muero por tomarme un trago.

—Sí. Claro. Pero antes tenemos que decidir qué hacer con Jameson.

Mierda… Más asuntos de los que ocuparse.

Jameson volvía a estar atado, esta vez en el suelo, con las muñecas en los tobillos y la cuerda cruzándole el pecho hasta el cuello. Yukiko era una

maestra en ese arte, no había duda. Lo sorprendente, más que la complejidad de los amarres, era que una chica tan joven pudiera someter a un hombre maduro y corpulento como el doctor. Me hizo sospechar que el shibari no era lo único que dominaba.

Jameson trataba de hablar pero una mordaza se lo impedía. Me acerqué y se la quité. Antes de tomar una decisión, quería escuchar sus alegaciones.

—¡Te he salvado la vida, Thompson! ¡Y la de tu amigo! Déjame ir, por favor —suplicó Jameson.

—Si sale vivo de aquí, hablará. Todo el mundo sabrá lo que ha pasado e irán a por nosotros. Tenemos que matarlo —afirmó Carine.

—No voy a decir nada, lo juro. ¡Seré una tumba! —aseguró Jameson a la desesperada.

—A mí no me gustaba cómo me miraba —añadió Yukiko.

Gracias, Yukiko, por esta gran información, pensé.

—Está claro, Jordi. No podemos dejar libre a un espécimen como él.

—Por favor… —sollozó el doctor.

—Dadme un segundo —dije.

Había tomado una decisión y no era acabar con él a sangre fría. Cogí el comunicador de Carine sin pedirle permiso y marqué.

—¡Jordi, tío! —respondió Red cuya imagen apareció ante nosotros—. ¿Estás vivo, cabrón?

—Y coleando.

—Tengo vuestra salida preparada. Espero vuestras indicaciones.

—Antes tengo que hacerte un encargo —le frené.

—¿Volar Mitsuya? He entrado en el *server* de su polvorín. Tienen armas como para invadir todo el Estado de China.

—¡Red! —grité—. No juegues a cosas de mayores, ¿quieres? Lo que necesito encargarte es mucho más sencillo. Quiero que blindes a Jameson.

—¿Blindar… blindar? —preguntó Red conteniendo la euforia.

—Te mando sus huellas y una muestra de sangre para que tengas su código genético. Mete sus datos en tu servidor y activa la alarma para que cualquier movimiento que haga quede registrado. —Miré a Carine—. Si habla o dice algo que no nos gusta, ya sabremos qué hacer con él.

—No… ¡No! —protestó Jameson aterrorizado.

Cogí el dedo índice de Jameson y lo estampé contra el pequeño escáner del comunicador de Carine. A continuación, pinché la yema de su dedo y dejé caer una gota sobre el mismo escáner.

—¡No voy a hablar, lo juro! —suplicaba Jameson.

Entendía su preocupación. Lo que le estaba obligando a hacer era como robar su alma. Con su código genético y sus huellas Red podría tenerlo monitorizado para siempre. La ciudad estaba plagada de sensores y escáneres, fijos y móviles. Procesaban el paso de miles de personas cada hora. Cada movimiento de Jameson, cada uso de su pad, de su comunicador, cada pago o acceso que realizara con su huella dactilar… Todo iba a pasar por las manos de un chaval imberbe que podía hacer con esos datos lo que le viniera en gana. O lo que decidiera yo. La vida de Jameson, desde ese momento, nos pertenecía.

—¿Listo? —pregunté.

Red se había quedado en silencio. Algo sucedía.

—¿Listo, Red? —insistí.

—Eh… Sí, sí. Esto… Jordi, ¿no nos presentas?

Miré a mi espalda y descubrí el motivo del silencio repentino de Red. Había visto a Yukiko y se había quedado sin habla.

—Está por encima de tus posibilidades, amigo, olvídate —le pinché.

—Soy Yukiko —dijo ella tomándome la delantera.

—Re… Red —dijo mi socio cortado. Su rostro hizo en ese momento honor a su apelativo.

—Ahora no es momento para ligoteos —atajó Carine.

—Oye, que tú te has tirado a este en cuanto nos hemos dado la vuelta —protestó Yukiko.

—Ahí te han dado bien, Carine —dije con una sonrisa. Carine se había quedado cortada.

—Bueno —dijo Carine para abortar la situación—. ¿Queremos salir de aquí o no?

—Desata a Jameson —le dije a Yukiko.

—¿Estás seguro? —preguntó Yukiko, que no lo veía nada claro.

—En manos de Red es como si estuviera encerrado en la cárcel de máxima seguridad del mar de Japón. —Una cárcel subterránea, la más dura

y cruel del país.

Mientras yo iba a por Dante, que seguía descansando, Yukiko desató a Jameson con sorprendente facilidad.

—Gracias, Thompson —dijo Jameson.

—Gracias a ti, doctor. Me has extraído el chip y has salvado a mi amigo. Pero hasta aquí, las formalidades. —Lo cogí por la solapa—. No me jodas o lo pagarás caro. Tengo tus datos y los usaré si me la juegas. ¿De acuerdo?

—Totalmente de acuerdo —asintió el doctor, incómodo.

—Esto no es personal.

—¿Eh?

Sin añadir ni una palabra más, le propiné un derechazo en el estómago con todas mis fuerzas. Jameson cayó redondo al suelo. Carine y Yukiko me miraron alucinadas.

—Le llevará un buen rato recuperarse. Lo justo para salir de aquí. Así iremos más tranquilos.

Levanté a Dante en brazos y me dirigí hacia la salida.

—¿Os quedáis a cuidarlo? —pregunté.

—No, no… Vamos —respondió Carine. Junto con Yukiko me siguieron.

—¿Por dónde, Red? —pregunté.

—Con el jaleo que hay en toda Mitsuya, lo mejor es huir por las alcantarillas.

—¡Qué asco! —protestó Yukiko.

—¿No hay otra opción? —pregunté.

—Sí, pero esta es más divertida —dijo Red antes de apagar su imagen y seguir en comunicación con nosotros solo por voz.

—Cabrón… —dije.

Y, por fin, emprendimos el camino para salir de esa pesadilla.

* * *

Después de bajar varias escaleras, coger diversos elevadores, recorrer pasillos en desuso y conocer las alcantarillas de la corporación —infectas,

como habíamos imaginado—, logramos abandonar el edificio, que a esas horas era un caos de fuego y tiroteos por todos lados. Conducidos por Red, logramos esquivar cualquier control o emboscada y, tras subir una estrecha escalerilla, salimos por fin a la calle por la tapa del alcantarillado donde nos esperaba Lauren en el aerotrolley. Al vernos, saltó del vehículo y vino corriendo hacia mí.

—¡Jordi! Por fin, Jordi… ¿Qué le pasa a Dante? —preguntó.

—Nada. Lo llevo así porque es nuestra noche de bodas.

—Lo he pasado tan mal… Creía que nunca más os volvería a ver. Dante… —dijo Lauren acariciándole la cara.

Como por arte de magia, Dante abrió los ojos.

—Lauren…

—¿Estás bien?

—Todo apunta que no —dijo brusca Carine.

Mi mirada casi la fulmina. No era momento para reeditar la pelea de gatas.

—Pero se recuperará —dijo Carine suavizando el tono.

—¿Quieres dejar de llevarme como si fuera una tía? —me dijo Dante con un hilo de voz.

—Si te encanta, reconócelo. —Si era capaz de vacilarme es que mi amigo estaba bien.

—Vamos al coche. Cuanto antes salgamos de aquí, mejor.

—¿Adónde vamos? —preguntó Carine—. Todos los pisos francos de los makis deben de estar tomados por la gente de Mitsuya.

—Conozco un sitio. Una de las mejores clínicas de Tokyo —dije con una ironía que nadie entendió—. Ahí cuidarán de Dante y de Yukiko.

—Bueno, esto… —interrumpió la voz de Red—. Yukiko puede venir a casa. Mi madre quiere conocerla.

—¿Le has hablado a tu madre ya de ella? —pregunté sorprendido.

—Salió el tema, no fue por nada —se justificó Red.

—Yukiko viene con nosotros. Debe de estar protegida hasta que todo esto pase —afirmó Carine. Y tenía toda la razón del mundo.

—¿Puedo opinar? —preguntó Yukiko molesta.

—Claro, pero en el coche —dije.

No quería perder más tiempo y subimos al aerotrolley. Acomodamos a Dante y Lauren se sentó junto a él. Carine y yo nos sentamos juntos, manteniendo una extraña distancia, como si salir del infierno hubiera disipado nuestro vínculo. O eso sentí. Yukiko, en un extremo, sola, hablaba en voz muy baja con Red.

—Y ahora, ¿qué va a pasar? —preguntó Lauren.

—Vosotros no sé, pero yo me voy a tomar unas buenas vacaciones —dije estirando las piernas—. Si os apuntáis… En cuanto me pague mi última clienta —miré a Carine descaradamente—, podré invitaros a todos.

—De eso quería hablarte… —dijo Carine cortada.

—¿No me vas a pagar por buscar a tu «marido»?

—Supongo que los hombres de Kiryu deben de haber bloqueado todas las cuentas de la organización.

Sonreí resignado. No esperaba cobrar por un trabajo que nunca existió, lo cual no quiere decir que no me lo mereciera.

—No pasa nada, las vacaciones me las he ganado igual. Aunque tenga que irme al pueblo de al lado.

Al cabo de unos minutos, el aerotrolley llegó al destino que le había marcado. Se trataba de un callejón en el distrito 8, bien entrado en los suburbios. Un lugar solitario y desapacible.

—¿Aquí está la mejor clínica de la ciudad? —preguntó Lauren.

—No sé si la mejor, pero sí donde nos van a tratar bien. Y donde va a ser imposible que nos encuentren.

Bajamos del coche y recorrimos el callejón hasta uno de sus extremos donde una tapia de ladrillo cerraba el paso. Ni puertas ni ventanas. Nada que indicara para dónde tirar.

—Como broma está bien, Jordi, pero si nos dices de qué va todo esto, mejor —dijo Carine impaciente. Estaba rara, no entendía qué demonios le sucedía.

—¿Creéis que, después de todo, la voy a cagar ahora? —respondí molesto.

Desplacé un ladrillo del muro y pulsé un botón que había detrás. Al poco, se encendió un pilotito junto al botón, la luz de un escáner de retina.

Cuando el haz recorrió mi ojo izquierdo, se escuchó una voz al otro lado de un interfono.

—¡Jordi, malnacido! —dijo un hombre de marcado acento norteamericano y con tono de camaradería—. ¿Crees que son horas de visita?

—Myte, traigo pacientes. Como sé que te aburres…

—Anda, subid.

Una escalera bajó desde la pared derecha y una hilera de farolillos se encendieron para señalar el camino.

—Las damas primero —dije con tono burlón dirigido a Carine.

Carine me devolvió la mirada con una expresión entre sorprendida y desafiante y enfiló la escalerilla. Lauren, Yukiko y yo, que llevaba a Dante en brazos, la seguimos. Al llegar al final, una puerta metálica se abrió y entramos.

La Clínica Myte era la mejor clínica clandestina del Tokyo. Solo unos pocos elegidos como yo podíamos acceder a ella. Ahí se curaban cualquier tipo de enfermedades sin preguntar. Cualquier cosa que te aquejara, desde una herida de bala hasta una enfermedad venérea era tratada por las manos de Myte y su equipo. Con discreción, sin registros ni informes. Usando métodos no siempre ortodoxos ni legales. Pero uno tenía la garantía de que podía meterse en el mayor lío que imaginara, que Myte lo solucionaría sin importarle el motivo. Todo ello, claro está, a cambio de fuertes cantidades de dinero. Menos a mí, que me tenía un cariño especial. Lo había conocido en mis primeros años de detective y, por mi encanto personal, o más bien porque le solucionaba sus «pequeños» problemas, ya fueran de impuestos, de faldas o de mafias, siempre me atendía sin pedir nada a cambio. Ni siquiera esta vez, que venía con una pandilla entera.

—Ven aquí, mala gente —me dijo antes de darme un buen golpetazo en el hombro—. ¿Qué vienes, a montarme una fiesta?

Myte rondaría los cincuenta años pero tenía esa genética de los yanquis que le mantenía joven y lozano.

—Necesitamos tu ayuda —le dije cuando me soltó—. Y tu cobijo, al menos por esta noche.

—Claro, Jordi. —Miró a mis acompañantes—. ¿Alguna de ellas es tu novia? Lo digo porque la mía acaba de dejarme —dijo con una carcajada.

—No sé. Tú prueba, a ver qué te dicen —dije con una sonrisa retadora.

—Humm… Eso no ha sonado muy bien, amigo —dijo con otra carcajada—. ¿Habitaciones para cinco?

—Una para mi amigo, que está herido y otra para la chica, que necesita reponerse. Los demás nos arreglaremos como podamos.

Myte se acercó a Yukiko y le examinó el rostro de cerca.

—Maltrato, ¿eh? —diagnosticó.

—No te imaginas —apunté.

—Aquí te vas a poner como nueva, mi niña —dijo cariñoso. Estaba muy pirado, pero tenía un corazón inmenso—. Seguidme.

Dejé a Dante en una camilla que el propio Myte empujaba y avanzamos por un pasillo camino de las habitaciones. El doctor no paraba de hablar, de soltar cualquier lindeza a Lauren o de hacerle una carantoña a Yukiko. La cría las agradecía con regocijo, no estaba acostumbrada a que la trataran como a una niña. Carine y yo íbamos un poco rezagados. No me venía mal, quería hablar con ella.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le solté.

—Jordi… Tenemos que hablar.

Uf… La típica frase que ningún tío quiere escuchar de una mujer.

—Claro, Carine, dime —dije para que no se me notara mi inquietud.

—Creo que aún no hemos terminado.

¿De qué me estaba hablando? ¿Me iba a soltar ahora algo del tipo «qué significa lo nuestro» o «noto que no me quieres igual que yo»? Empecé a temblar.

—Con SOMA.

¿Qué?

—¿A qué te refieres? —pregunté descolocado—. Hemos destruido el chip, tú misma lo has visto.

—Sí, pero aún queda la estación de Nairobi.

—¿Perdón? —No salía de mi asombro. ¿De qué me estaba hablando Carine? SOMA estaba aniquilada, no tenía sentido pensar en las instalaciones abandonadas en mitad de África.

—Ahí está su último núcleo, el sitio donde se refugió para planear su regreso. Recuerda que Ella misma te lo contó en el *BrainWorld*. De ahí salieron los clones, Kiryu, tus padres, tú… —decía Carine con intensidad—. Podría quedar algo de su consciencia ahí, no podemos permitir que pueda regresar algún día, o que alguien lo encuentre y lo use para sus propios fines.

—Pero si ese búnker está medio derruido, abandonado desde hace años, sin energía y seguramente en un estado lamentable. Y no creo que quede nada de SOMA ahí.

—¿Estás seguro?

No, no lo estaba, pero solo quería olvidarme de eso para siempre. Si SOMA aparecía de nuevo que no me pillara a mí en medio: era lo único que pensaba.

—Jordi —empezó a hablar Carine de forma solemne—, desde hace años he vivido con un único objetivo: acabar con SOMA. Me levantaba con esa idea, comía con esa idea, dormía con esa idea. Todo en mi vida ha girado en torno a SOMA y a su final. Los makis… —Y aquí hizo una pausa para contener la emoción—. Jordi, se lo debo. Por mí, por ellos, por mis compañeros muertos. Tenemos que ir a Nairobi y destruir el núcleo que SOMA tiene ahí.

La miré triste. Una mujer como ella, fuerte e imponente, hermosa y valiente como pocas, se me aparecía ahora frágil y vulnerable. Estaba sola. Su gente, los makis, Vincent… Todos habían muerto. Solo me tenía a mí. No quería seguir con esto. No quería ir a Nairobi, en el corazón de África, una zona devastada por la guerra y la radiactividad. Pero no podía abandonar a Carine.

—Es una misión sencilla. Como tú has dicho, está abandonado, sin energía desde hace décadas. No habrá defensa ni peligro. —Me cogió de las manos—. Entramos, ponemos unos cuantos explosivos, volamos el recinto y nos olvidamos para siempre del tema. Hazlo por mí, por favor —suplicó.

—¿Cómo se llega ahí? —pregunté.

A Carine se le iluminó la cara. De repente, era otra.

—¿Vendrás conmigo?

—Preferiría ir a un balneario, pero supongo que hacer turismo en África tampoco está mal.

—Gracias, Jordi… Gracias, amor… —dijo besándome sin parar.

Era la primera vez que me llamaba con un apelativo tan cariñoso. Confieso que sentí algo extraño, placentero e inquietante a la vez. Como si me asomara a un abismo, el del compromiso, y al mismo tiempo sintiera por él vértigo y atracción.

—Mañana mismo salimos —dijo Carine.

—¿Mañana? —pregunté sorprendido.

—Los makis tenemos un *jet* ultrasónico en un pequeño hangar en las afueras. Solo Vincent y yo sabíamos la ubicación, no creo que lo hayan localizado aún. Pero si nos dormimos en los laureles es posible que lo acaben haciendo. Tiene que ser mañana mismo.

Suspiré agobiado. Quería descansar. Lo necesitaba. Desde que Sunny me drogó en La Ostra Azulno hacía tantos días, no había tenido ni una noche de calma. Aunque, por otro lado, cuanto antes nos quitáramos eso de encima, mejor.

—¿Estás de acuerdo? —insistió Carine.

—Supongo —respondí.

Carine me sonrió con ternura. Una sonrisa limpia, transparente, sin dobleces. ¿Era esa la sonrisa de una persona enamorada?

Estoy en un templo religioso, no sabría decir exactamente de qué culto, pero tiene toda la pinta de ser anterior a la Guerra de la Supervivencia. Un numeroso grupo de personas con túnicas y capuchas observan reunidas algo que brilla con gran intensidad. Desde mi posición no puedo ver exactamente qué. Me encuentro sentado en un trono de madera a unos cincuenta metros de donde están ellos. Me levanto y me noto más ligero que nunca. Quitarme a SOMA de mi cabeza parece que me ha quitado, literalmente, un peso de encima. Me acerco corriendo al grupo.

—¿Qué miráis? —digo con familiaridad.

Me ignoran. Ni uno de ellos se gira para mirarme. Parezco invisible.

—¿Qué pasa aquí?

Llego hasta ellos. Están iluminados por lo que sea que genera ese intenso brillo. Son tantos y están tan pegados los unos a los otros, que no me permiten ver lo que hay en el centro del corro. La curiosidad me mata.

Toco a una de las personas para llamar su atención, pero al entrar en contacto, la túnica cae al suelo, vacía. Y así pasa cada vez que poso mi mano sobre cada una de esas personas. Poco a poco, me voy abriendo camino entre todos, dejando un reguero de túnicas en el suelo. Hasta que solo me queda la primera fila, donde tres hombres de espaldas me cierran el paso.

Cuando voy a palpar a uno de ellos con la mano, se gira con virulencia, me agarra del antebrazo y me arroja al centro del círculo, de donde proviene la luz. El resplandor me ciega al momento. No veo más que un blanco nuclear que ocupa toda mi visión. Cierro los ojos, mantenerlos abiertos me causa molestia y dolor, aunque con el tiempo siento a través de mis párpados que la intensidad se va reduciendo. Abro los ojos despacio. En efecto, el brillo ya no es tan fuerte.

Junto a mí hay otra persona con túnica y capucha, en este caso blanca. Debe de ser la fuente de luz.

—¿Quién eres? —pregunto.

Ninguna respuesta.

Cansado de no entender nada, cojo a ese hombre por el brazo y lo giro para poder ver su cara. Lo miro. No es un hombre.

Es Ella.

Desperté empapado en sudor. El sudor frío de las pesadillas vividas como si fueran realidad. Un par de segundos después no podía recordar qué había soñado, pero era algo malo.

De eso estaba seguro.

* * *

Myte me prestó su aerodeslizador para llegar al hangar que los makis tenían junto al puerto. Como había previsto Carine, los hombres de Mitsuya aún no lo habían localizado. La ciudad estaba en relativa calma después de una noche de cuchillos largos. Se rumoreaba que Mitsuya tenía nuevo presidente y las cosas volvían a estar en orden. Al menos en apariencia. La muerte de Kiryu había pasado pronto a un segundo término. Qué poco valor tiene el poder cuando se desvanece. Es tan volátil.

Antes de abandonar la clínica, Lauren insistió en acompañarme en la misión, pero no se lo permití. No solo porque ignoraba qué iba a encontrarme en África sino porque me era más útil en Tokyo. A Dante le esperaba una larga convalecencia y no quería dejarle solo. Además, necesitaba que se ocupara de mis asuntos, que volviera a poner en orden mi oficina. En cuanto regresara y me tomara mi merecido descanso, debía volver a trabajar. De verdad que lo echaba de menos. Después de tanto jaleo, no deseaba otra cosa que volver a ocuparme de infidelidades, desapariciones de adolescentes y pequeñas estafas sin importancia. Añoraba mis días de detective normal y corriente. Y mis juergas, y mis escarceos

amorosos… Con el permiso de Carine, claro está. Lauren me despidió con un largo beso en los labios que Carine observó con recelo. Supongo que tanta situación límite había despertado las emociones de todos.

Yukiko permanecería unos días más en la clínica, hasta que se sintiera mejor. Luego, Myte me prometió que la ayudaría a encontrar a sus padres para rehacer su vida. Era muy pequeña, aún tenía un futuro por delante. Le dejé mi dirección para que me llamara en cuanto pudiera. No era una chica que quisiera perder de vista, aunque no dudaba de que Red la iba a tener localizada.

—Bueno —dijo Carine cuando detuvo el aerodeslizador—. Pues ya hemos llegado.

El hangar estaba en el puerto, la zona más oscura y peligrosa de Tokyo. Dentro, el *jet* de los makis estaba cubierto con una lona. Entre los dos lo descubrimos. Era un aparato viejo y gastado.

—Última tecnología, ¿eh? —dije con sorna.

—Teníamos recursos, Jordi, pero no tantos. —Carine me miró disgustada—. Gracias que lo tenemos, que ya es mucho.

Entramos en el aparato. Era mínimo: dos plazas en el puesto de mando y un pequeño espacio detrás donde había guardados un par de trajes antirradiación; una mininevera con cuatro cosas y algo, poco, de espacio para estirar las piernas.

—¿Lo tenías preparado? —pregunté sorprendido.

—Ir a Nairobi era la culminación de nuestro plan —me aseguró—. No contigo, la verdad, pero visto ahora, es mejor que lo que había imaginado.

Me sonrió y se sentó en la plaza del piloto.

—¿Vas a pilotar tú? —pregunté.

—¿No te fías de que te lleve una mujer? —Me guiñó un ojo—. Ponte el casco y abróchate el cinturón. Esto va rápido.

Seguí sus indicaciones y Carine puso en marcha el aparato. Decenas de ruiditos empezaron a sonar aquí y allá. Era una cafetera ese *jet*. No tenía claro que fuera a levantarse del suelo.

—¿Estás segura de que esto funciona?

—Ahora verás.

La puerta de salida del hangar se abrió y vimos frente a nosotros el mismo mar de Japón. El sol que había salido ese día rebotaba en la superficie y cegaba los ojos.

—Si tienes miedo, cierra los ojos.

Carine accionó la palanca y el *jet* salió disparado del hangar. El golpe de velocidad fue tal que el pecho se pegó a mi espalda. Entre la velocidad propia del *jet* y la forma de pilotar de Carine, el viaje prometía ser de lo más emocionante.

Apenas tardamos unos minutos. El *jet*, como todos los de su categoría, viajaba a 1,7 veces la velocidad del sonido gracias a su sistema de ondas magnéticas invertidas. Acompañados de una banda sonora de ruidos y vibraciones, atravesamos todo el Estado de China y enseguida nos adentramos en África. A tal velocidad era difícil contemplar el paisaje, pero sí pude percibir el cambio de colores que se desplegaba bajo mis pies, sobre todo al llegar al continente africano. Ahí los tonos se volvieron rojizos y azulados, una mezcla de tonos fríos y cálidos que conformaban un abanico cromático difícil de descifrar.

—¿Tienes alguna lectura pendiente? —me preguntó Carine.

—Sí, «Cómo volver a poner el cuerpo en su sitio después de un viaje en *jet* ultrasónico con Carine da Silva». ¿Por?

—El núcleo de SOMA está en la Gran Biblioteca de Nairobi, ¿no?

—Eso creo.

—A lo mejor aún tienen abierto el servicio de préstamo. —Sonrió. Acto seguido pegó un acelerón—. Aunque ese libro dudo que lo tengan.

Debo confesar que en esos instantes Carine me tenía en sus manos. Otro acelerón y creo que hubiera empezado a vomitar. Por suerte, llegamos al poco. Carine detuvo el *jet* en una gran avenida.

—Hay que ponerse los trajes. El detector de radiactividad del *jet* está en rojo desde hace un buen rato.

—Vamos a pasarlo bien, sin duda —contesté irónico.

Como pudimos —el espacio tras los asientos era realmente reducido—, nos pusimos los trajes y nos dispusimos a salir del *jet*. Antes, cogí a Carine de la mano, por encima del guante.

—Con cuidado. No sabemos qué nos vamos a encontrar, pero yo, por mi parte, quiero cenar en casa esta noche.

—Claro, Jordi. —Me sonrió desde dentro de su casco—. Llevo la proyección del mapa en el cristal del casco.

La puerta del *jet* se abrió y salimos al exterior. Lo que nos encontramos estaba fuera de todo lo que cualquier ser humano se podía imaginar. Los edificios que se levantaron ahí hace cientos de años aún se distinguían en sus ruinas. Con los siglos y la fuerte radiación a la que estaban sometidos, una extraña maleza se había abierto paso entre ellos. Árboles inmensos, plantas de raíces retorcidas y hojas informes, flores de colores que nunca había visto… Un paisaje hermoso y sobrecogedor que veíamos filtrado por el cristal de nuestros cascos y por una luz que la atmósfera radiactiva convertía en violácea.

—¿Estás tan alucinada como yo? —pregunté.

—Creo que sí. Es… precioso.

—Y letal —resumí.

Esa era la grandeza del lugar en el que estábamos. Durante la guerra todo el continente fue bombardeado sin descanso con la idea de que SOMA estuviera oculta ahí. No iban desencaminados los hombres de Armand Strife. Sin embargo, nunca lograron localizarla. Por eso, como medida extrema, se deshabitó el continente y se sometió a sus tierras a un ataque nuclear incesante. Durante años se lanzaron misiles que crearon sobre toda su extensión una especie de burbuja radiactiva donde cualquier forma de vida humana era imposible. En la actualidad, África era un continente olvidado al que a nadie, ni por asomo, se le pasaba por la cabeza ir. Aunque aún tenía valiosas materias primas, sobre todo minerales, el proceso de limpieza radiactiva era tan costoso que no salía rentable intentar reflotarlo. Por eso, tanto Carine como yo estábamos tan impresionados. Lo que estábamos viendo era un espectáculo inédito para nuestros ojos.

Los árboles tenían formas extrañas. Los nudos de sus troncos crecían como cabezas deformes y se intrincaban con las ramas. Los colores de sus hojas eran variados: no logramos ver ni un ejemplar que tuviera la copa del mismo tono. Alrededor de los árboles crecían hierbas y arbustos que, a la mínima ráfaga de aire, se convertían el polvo y desaparecían. Al instante,

otras hierbas crecían en su lugar. Era una naturaleza viva, en constante nacimiento y muerte.

Avanzábamos lentamente por la avenida donde habíamos aterrizado el *jet* mirando a derecha e izquierda, incapaces de apartar nuestros ojos de todo lo que nos rodeaba. De pronto, a tan solo unos metros, tras las ruinas de lo que debió ser un rascacielos, asomó un enorme animal.

—¡Cuidado! —advertí a Carine.

Se trataba de la evolución de lo que debió de ser un elefante. Sus colmillos no eran curvados y apuntaban hacia abajo. La trompa se había dividido y se articulaba en diversos tentáculos que se agitaban en dirección a nosotros. Grandes ojos rojizos lagrimeaban de rabia. No era agradable de ver, no al menos como se ven los animales en el zoo, pero ni Carine ni yo podíamos quitar la vista de semejante ejemplar.

—Es impresionante —dijo Carine.

Una admiración que se convirtió en pánico cuando detrás de esa bestia aparecieron unas cuantas más. Todos ellas nos miraban y agitaban sus trompas que ahora lanzaban pequeñas bocanadas de humo blanco.

—Yo creo que es hora de hacer un poco de ejercicio —dije.

—Estoy de acuerdo. ¡Vamos!

Sin dudar, los dos empezamos a correr por la avenida. Las bestias, aunque enormes, se movían con agilidad. No les hacía falta correr, una zancada suya valía por diez nuestras.

—La Biblioteca debe de estar por aquí —dijo Carine al llegar a una bifurcación.

—Pero ¿dónde?

—¡El mapa me indica en este punto!

Frente a nosotros solo había una gran montaña de maleza, esta sí, de color verdoso, lo más parecido a la naturaleza que estábamos acostumbrados a contemplar.

—Pues aquí no hay nada —dije angustiado. Los elefantes mutantes estaban a punto de alcanzarnos.

—¡Volvamos al *jet*! —dijo Carine a la desesperada.

—Ni loco. Yo no me voy de aquí sin terminar el trabajo.

Y, sin pensarlo, aún no sé por qué, tomé impulso y salté sobre la maleza que teníamos enfrente. Fue un acto absurdo, irracional, pura intuición. E intuición, por suerte, es algo que a un detective le sobra. Atravesé la maleza con la caída y caí sobre un suelo de piedra. Frente a mí, una gran puerta metálica cerrada. Me acerqué a ella pero no había forma de abrirla. Al poco, Carine cayó junto a mí.

—¿Estás loco? —preguntó furiosa—. ¿Cómo se te ocurre dejarme sola delante de esos… monstruos?

—Pensé que te apetecía jugar a tirarles un palito para que fueran a por él.

Carine meneó la cabeza y se acercó a mí, junto a la puerta. De forma inexplicable, al acercarse, esta se abrió. La miré impresionado.

—¿Cómo lo has hecho?

—Ni idea, Jordi. Pero vamos a entrar antes de que se cierre. Según el mapa, esto es la Gran Biblioteca. La instalación de SOMA debe de estar aquí.

Entramos los dos y la puerta se cerró a nuestras espaldas.

—Mi detector de radiactividad indica niveles compatibles con la vida —advirtió Carine.

—¿Eso quiere decir que puedo quitarme este esmoquin?

—Eso ya depende de ti —dijo Carine mientras se quitaba su traje.

Con rapidez, nos desvestimos y nos quedamos con nuestra ropa. Una vez liberados de esa incómoda armadura, nos dispusimos a buscar el núcleo central de la instalación.

—Solo podemos seguir por aquí —dije señalando el paso a un túnel.

Estaba muy oscuro, pero al pisarlo se activaron las luces de emergencia en el suelo. Aunque no ganamos mucho en claridad, al menos, podíamos avanzar sin chocarnos contra las paredes. El túnel estaba recubierto de chapa metálica y resonaba a cada paso que dábamos. Era largo, eterno, me pareció. Al final, desembocaba en una puerta que se abrió a nuestra llegada. Al otro lado, una inmensa sala con un montón de puertas.

—¿Por cuál? —preguntó Carine.

—¿Lo echamos a suertes?

—Creo que vamos a tener que abrirlas todas.

—Venga, tú por un lado, yo por otro —propuse.

Cada uno por su cuenta fuimos abriendo puertas. Me encontré con pequeños laboratorios químicos, talleres para ensamblar piezas de lo que me parecieron JACKS, almacenes de material, puestos de control… Hasta que Carine y yo llegamos a la vez a una puerta azul, que quedaba en el lugar opuesto a la salida del pasillo que acabábamos de recorrer.

—¿Algo interesante? —pregunté.

—Como no haya algo detrás de esta puerta, no.

Abrimos la puerta temerosos y esperanzados. Un largo pasillo, otro, se abría ante nosotros. Era como la puerta, de un profundo color azul celeste, aunque ahora mismo sus paredes estaban sucias y oxidadas. Lo que habría dado por haber visto el recinto en su esplendor…

Carine y yo caminábamos pegados el uno al otro. Aun estando la instalación en desuso, flotaba en el ambiente una atmósfera extraña: todo era tan metálico, tan aséptico, tan inhumano. Y la iluminación, tenue, casi inexistente, no ayudaba. Cruzamos una nueva puerta y entramos en lo que parecía un laboratorio, este mucho más grande que los anteriores. A la derecha, una cristalera dejaba ver seis grandes receptáculos transparentes. Su interior estaba lleno de un líquido denso, verdoso y con grumos. No era una imagen agradable, para qué nos vamos a engañar.

—¿Qué será eso? —preguntó Carine.

—No sé, vamos a verlo más de cerca.

Pasamos por una abertura en la cristalera y accedimos al laboratorio propiamente dicho. Además de las vasijas, decenas de máquinas se repartían por el espacio: monitores, escáneres, ordenadores, conmutadores, centralitas, además de equipamiento médico de todo tipo. La gran mayoría de estos aparatos estaban oxidados o en muy mal estado. En las probetas que se podían encontrar en varias mesas había incrustado un extraño moho de color rosa fosforescente, algo que no había visto nunca. Todo se encontraba en un estado penoso.

—No le vendría mal un poco de mantenimiento a este sitio —dije después de que una silla se partiera al tocar el respaldo.

—Demasiado bien está para llevar tantos años abandonado —respondió Carine mientras observaba uno de los recipientes—. Y por lo que te dijo

SOMA, gran parte de esta instalación se creó casi de forma improvisada y con un uso de energía limitado. Ya es mucho que aguanten las paredes.

Era cierto. SOMA me había contado que ese refugio se construyó a la desesperada, como última oportunidad de supervivencia. Me preguntaba qué pensaría Armand Strife, el héroe que acabó con la Guerra de la Supervivencia, si supiera que toda su alegría fue en vano, que su odiada enemiga pudo resistir el último envite y salvarse hibernando para regresar algún día. Seguramente se cagaría en la madre que la parió. Me puse a reír solo de pensarlo.

—Jordi, ¿qué te pasa? ¿De qué te ríes? —preguntó Carine extrañada.

—Nada, nada —contuve la risa un poco—. Cosas mías. Déjame ver estos receptáculos.

Medirían un metro y medio de largo y uno de acho. Eran circulares y, como me fijé antes, estaban repletos de un líquido verdoso. De su base salían varios cables, uno de ellos muy grueso, que iban a un generador y una centralita. Toqué la vasija. El vidrio estaba helado, tanto que me estremecí al tocarlo. Di unos golpes a su superficie, parecía resistente.

—Cuidado con la fuerza que le das, no vaya a ser que los rompas y nos empapemos de esta asquerosidad —me avisó Carine.

—No es mi intención ducharme con esta mierda verde, tranquila. Pero si lo hago, no lo haré solo… —añadí con una sonrisa maliciosa.

—¡Ni te atrevas! —dijo mientras se apartaba de mí.

—Estoy de broma, mujer —volví a examinar la vasija—. Las seis son iguales, fíjate. Este debía de ser el laboratorio de clonación.

De ahí salieron mis padres. Si es que podía llamar así a dos personas que lo único que me obsequiaron fue su código genético. Y ni eso. Seguramente fue la propia SOMA quien tejió nuestro genoma para que cada uno de nosotros fuera diferente.

—¿Te sientes bien? —Carine se acercó a mí y me agarró por la cintura. Adivinó perfectamente mis pensamientos.

—Lo estoy. Yo no soy mis padres ni mis genes, soy mucho más que eso. Y no hay nada más que hablar al respecto —añadí con seguridad.

Cogí también a Carine por la cintura y la besé, primero suavemente, para ir aumentando en intensidad, hasta que nuestras bocas y lenguas

empezaron a retorcerse.

—Ya basta —me dijo mientras me apartaba; parecía incómoda—. Sigamos buscando el núcleo. Ya tendremos tiempo cuando salgamos de aquí.

—Era por si no salíamos, por asegurar… —bromeé.

Carine me miró de una forma que no logré entender, ¿una mezcla de pena y miedo? Concluí que pensaba que me estaba haciendo el duro, que en realidad estaba mal por volver al sitio de donde provine. Por la realidad de mis progenitores, la instalación del chip y las circunstancias de mi gestación. Pero lo cierto es que me sentía bien, incluso excitado por estar en un sitio como ese. Éramos como dos arqueólogos dentro de una tumba milenaria, como las antiguas pirámides egipcias, que tantos años atrás habían sido destruidas.

—¡Choca, Indiana Jones! —le dije a mi compañera levantando la mano.

—¿India… qué? —contestó extrañada, sin responder a mi invitación de chocar las manos.

—Nada, déjalo —respondí resignado.

A veces, parecía que tan solo cuatro viejos nostálgicos y yo conocíamos los clásicos de la preguerra.

Me dirigí hacia el extremo del laboratorio donde se encontraba una gran máquina oxidada con un agujero en el centro. En el suelo estaba lo que parecía la tapa del orificio, que se debía de haber caído con el paso de los años. Intenté mirar lo que había dentro del boquete, pero estaba negro como la boca del lobo. Activé mi luz de pulsera con un toque a mi padpara ver en el interior. Ahí dentro solo había una cosa: cenizas. Al principio pensé que podría ser polvo, pero había demasiado, y la textura, color y granulado no daban lugar al error: era un gran montón de ceniza. Ese aparato era un gran horno cuyo propósito solo podía ser uno: quemar y hacer desaparecer los experimentos fallidos.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, un escalofrío de malestar y asco, un escalofrío que me recordó que yo podría haber acabado siendo un simple montón de ceniza en un horno. Quién sabe cuántos retoños tuvieron los clones, o cuántas pruebas hicieron antes de que yo fuera el elegido. Quizás fui el Sujeto 21 porque antes hubo veinte pobres bebés que no cumplieron

las expectativas y fueron quemados sin tener la oportunidad de una vida. Y eso, sin tener en cuenta todas las malformaciones y destrozos que la genética provocaba en situaciones con poco control. Dudaba mucho que una IA como SOMA, en una situación de energía limitada, tuviera demasiados escrúpulos a la hora de actuar.

—¿Qué hay ahí? —preguntó Carine desde la otra punta de la estancia.

—Nada, solo polvo y viejos trastos —mentí, en un tono más bajo.

No estaba seguro de que Carine me hubiera escuchado bien, pero me daba igual. Haber visto el horno donde quemaban a quien podría haber sido yo me dejó un poco tocado. Ella tampoco parecía demasiado interesada. Desde que habíamos entrado en el búnker su actitud era un poco extraña. Parecía despistada, como si estuviera esperando algo que no llegaba. Quizás estaba más asustada de lo que quería demostrar, temerosa de que algo saliera mal tras tantos años preparándose para acabar con SOMA. Tenía que ser comprensivo con ella. Para mí, toda esta historia del retorno de la IA, del chip, de los robots y de la madre que los parió era una novedad desde hacía unos pocos días; pero para Carine había sido lo más importante de su vida durante años, llegando al punto de montar un grupo clandestino en el que se jugaba la vida cada día. Y todo, sin esperar nada a cambio. Actuando desde las sombras, anónimamente. Eran héroes sin nombre. En el fondo, la admiraba, y mucho. Yo no hubiera sido capaz de hacer lo mismo.

Sin decir palabra, se me adelantó y se dirigió a la salida. Tuve que apretar el paso para no perderla. Avanzamos hasta la gran estancia central de nuevo, ya solo nos quedaba una puerta por investigar, la que estaba justo enfrente de donde salíamos ahora. Me preguntaba cómo se sentirían los clones cuando estaban aquí dentro, ¿tendrían alguna sala para ellos? ¿Literatura? ¿Música? ¿Cómo se relacionarían? Fui consciente de lo poco que sabía, de hecho no tenía ni idea de qué edad biológica tuvieron cuándo empezaron a «funcionar», ni de sus diferencias genéticas.

—Vamos —dijo mi compañera de forma brusca sin detenerse.

—Carine, ¿estás bien? —La frené un momento—. Te noto rara.

—Solo tengo ganas de ver el núcleo. Nada más —contestó tajante—. Quiero ver dónde cojones se escondió esa zorra de mierda.

Carine diciendo palabrotas, tenía que estar *muy* cabreada.

—De verdad, cariño —dijo suavizando el tono—. Vayamos a sus entrañas, pongamos los explosivos, acabemos con ella de una vez y empecemos nuestra historia.

Dicho esto, me dio la espalda y se puso a andar con decisión hacia una gran puerta. Parecía que tenía el turbo puesto. Por mi parte, cada vez tenía más ganas de irme de vacaciones una larga temporada.

Esta vez, el portón no se abrió al llegar a él. Un brazo mecánico bajó desde el techo y nos escaneó con un láser de color azul celeste. Una vez concluyó, la puerta se deslizó y se abrió a un nuevo pasadizo. Este no estaba herrumbroso ni en tan malas condiciones como los demás, incluso la iluminación era mejor, menos tenue. Aun así, el lugar no dejaba de ser estremecedor. Decenas de JACKS yacían inertes a los lados, algunos en el suelo, de cualquier manera, otros, de pie, inmóviles ante nosotros. Había incluso un par de ellos colgados en el techo, como si el apagón los hubiera sorprendido haciendo reparaciones. Nunca había visto un JACK hasta hoy. Todo lo que sabía de ellos lo había aprendido en los libros de historia en la escuela del orfanato y las únicas imágenes que había visto eran fotos y dibujos de la guerra. Verme rodeado por un gran número de ellos, enemigos de la humanidad y por los que teníamos un miedo casi irracional, me provocaba una aprensión difícil de describir.

Carine no parecía impactada, caminaba resuelta hacia el extremo opuesto del corredor donde encontramos otra puerta. Otro brazo mecánico bajó con su escáner de luz azul, tras lo cual, el portón se deslizó hacia arriba y dejó al descubierto una construcción como no habíamos visto jamás.

—Madre mía… —dijo Carine con la boca abierta.

—Esto es increíble —fue lo único que pude responder.

Ante nosotros se erigía el núcleo de SOMA, y era maravilloso.

Frente a nosotros, teníamos una sala enorme, tanto de diámetro como de altura. En el centro, un enorme agujero circular de unos veinte metros de profundidad, donde estaba la parte baja del núcleo: una maraña gigantesca de cables, cientos de torres de procesamiento, placas enormes de memoria e infinidad de componentes electrónicos desconocidos para mí, que conformaban un laberinto alrededor de una turbina tan grande como un edificio. Alrededor de esta circunferencia salían cuatro preciosos pilares de un material translúcido que variaban de color según el ángulo desde el que se mirara. Llegaban casi hasta el techo y se iban afilando con la altura hasta acabar en una punta en forma de pico.

—Esto no te lo enseñaron en el colegio, ¿eh? —dijo Carine con una sonrisa mientras nos adentrábamos en la estancia. Parecía que haber llegado hasta ahí la había puesto de buen humor.

—No… —Estaba profundamente impresionado—. ¿Tú conocías todo esto?

—Sí, nos enteramos… —paró un momento de hablar y se miró las manos como buscando fuerzas—. Vincent lo descubrió indagando en los archivos secretos de Mitsuya. Ahí se detallaba el funcionamiento del cerebro positrónico.

—¿Cerebro?

—Sí, cerebro. —Extendió los brazos y giró sobre sí misma—. Esto que ves es la gran sesera de SOMA.

«La madre que me parió», pensé.

—¿Quieres que te explique de qué va todo esto? —añadió Carine.

—¡Por supuesto! —Estaba emocionado como un niño pequeño.

—Como sabes, toda actividad relacionada con la tecnología positrónica es penada con la muerte; por eso, en las escuelas y universidades solo se toca el tema de forma superficial e inexacta. Pero eso no significa que no

exista información. —Carine se apoyó en la barandilla que rodeaba el núcleo, o mejor dicho, el cerebro—. Varias corporaciones y gobiernos tienen conocimientos sobre el tema.

—Pero ¡si está prohibido!

—La ley no es la misma para nosotros que para ellos. Deberías saberlo —dijo con ironía—. Nosotros fuimos adquiriendo ese conocimiento con el tiempo. Eso, unido a lo que ya conocíamos de Mitsuya, nos permitió tener una idea aproximada de cómo operaba SOMA.

—¿Qué son estos pilares? —pregunté admirado—. ¡Son la hostia!

—Son los catalizadores del núcleo. Están formados de cuarzo, diamante y trazas de plata. Aquí solo hay cuatro, pero sabemos que los núcleos principales que había por el mundo llegaron a tener más de veinte. Este es un núcleo mínimo.

Mi mandíbula casi rozó el suelo de la impresión.

—Dudo que SOMA pudiera mantener incluso estos cuatro a toda potencia, la energía que se necesita para hacerlos funcionar es descomunal. —Señaló hacia abajo—. Esta turbina es el motor y en estos cientos de aparatos y componentes que ves es donde se inicia la capacidad intelectual de una IA.

—¿Pero no está todo colocado un poco demasiado caótico?

—Piensa que este refugio lo construyó la propia SOMA a la desesperada, no creo que le importara demasiado el orden.

—Entonces, ¿sabes cómo funciona todo esto?

Carine suspiró y su impulso pedagógico pareció apagarse.

—Por desgracia, no mucho. En teoría, la turbina empieza a girar, y gracias a la energía eléctrica, cinética y magnética, además de un par de minirreactores nucleares que están debajo del suelo, todo se pone en marcha. Simplificando mucho, todos los componentes y sistemas de procesamiento se activan y comienza un funcionamiento a bajo nivel, es decir, sin utilizar los catalizadores.

—Te refieres a los pilares, ¿no?

—Sí. En décimas de segundo, estos catalizadores se encienden y transmiten la información generada en el sistema imitando la sinapsis

cerebral, que es cuando una neurona se comunica con otra a través de un impulso eléctrico.

—Sé lo que es una sinapsis, Carine —repliqué entre molesto y divertido. No me gustaba que me tomaran por tonto.

—Cuando me pongo en plan profesora, no hay quien me pare —se disculpó cariñosa.

—¿Cumplirás mi fantasía de la profe *sexy* que me seduce? —dije con picardía.

—Como te comentaba… —prosiguió Carine ignorando mi invitación al juego. Mi orgullo había caído más bajo que los minirreactores nucleares esos—… los pilares captan la información y la transmiten entre ellos, creando un flujo que multiplica billones de veces las conexiones entre la información. Y todo en un proceso cíclico que no tarda ni un segundo en completarse. Pero, si te soy sincera, ni yo ni nadie que haya conocido, incluido Vincent, acaba de entender cómo funciona de verdad.

—¿Quién desarrolló la ciencia positrónica?

—No se sabe exactamente. Hace cientos de años hubo un numeroso equipo de científicos de varios de los antiguos países que trabajaron en ello durante décadas con la idea de mejorar la organización y eficiencia de la Tierra del pasado, cuando había superpoblación y los recursos se estaban acabando. Se cree que quien lideraba ese grupo era un antepasado de Armand Strife.

—¿Armand Strife? Menuda ironía, ¿no? Enmendando los errores familiares.

—Supongo. —Carine se separó de la barandilla y me miró con intensidad—. Ven conmigo.

Me cogió del brazo y me llevó por una pasarela que conducía al centro del núcleo, donde había una pequeña superficie con un gran terminal, lo que parecía un centro de mando, con varias pantallas y teclados con cientos de botones.

—Esto es el puesto de control —me dijo, un poco sobreexcitada.

Casi ni la escuché, me sentía como en otro planeta, en mitad de un cerebro metálico tan grande como una urbanización, con cuatro pilares magníficos a mi alrededor y sintiendo bajo mis pies la potencia de un

ordenador tan avanzado que no podría ni soñar con entender una milésima parte de su funcionamiento.

—¿Jordi? —La voz de Carine me hizo volver al planeta Tierra.

—Dime, perdona… Estoy un poco abrumado —dije señalando todo lo que había a mi alrededor.

—Te decía que con este terminal se interactúa con el cerebro. —Hizo una pausa—. De aquí salió el famoso microchip.

—¿Famoso? Infame, diría yo —dije burlón—. Lo que no entiendo es cómo coño todo este tinglado cabía en algo tan pequeño.

—No estoy segura. Supongo que SOMA sacrificó parte de su capacidad para meterse ahí dentro. O comprimió ciertas habilidades a la espera de poder ejecutarlas una vez fuera conectada a un servidor, como pretendía hacer Kiryu. —Carine parecía dubitativa—. Pero no puedo decirte mucho más. El microchip lo creó ella misma, con todo su conocimiento, así que nadie sabrá exactamente cómo lo hizo.

—Y yo me alegro, no ha traído más que muertes y problemas.

Carine se acercó a mí, me abrazó y empezó a besarme con pasión. La correspondí; no me lo esperaba, pero no iba a hacerle ascos. Sus manos se deslizaron de mi espalda hacia mi trasero y poco a poco empezaron a acercarse a mi zona delantera. ¿Tenía ganas de follar ahí mismo? No sé si estaba preparado para hacer algo así en ese momento y ese lugar, el centro de un inmenso cerebro artificial. Aunque bueno… una mala tarde la tiene cualquiera, pensé con gracia. Carine me agarró del cinturón y siguió besándome, ahora recorriendo el cuello y la oreja. Besaba y lamía y, cuando menos me lo esperaba, me quitó el revólver de mi cinturón con la mano derecha y me dio un fuerte empujón. Caí al suelo y, desde ahí, vi cómo me encañonaba.

—Jordi, no te muevas y escúchame con atención.

* * *

—¿Está muerto?

—Claro, ¿no ves en qué estado está? Nadie sobreviviría a esto.

—Nunca me había gustado, ni él ni sus aires de superioridad. Y míralo ahora. Tanto poder para acabar en el hoyo, como todos.

—Así es la vida. Daniels. Avisa a los equipos de extracción y forense. Que le hagan la autopsia y recuperen los mejores implantes.

—¿Quieres sus implantes?

—Fíjate en ese Hitami de ahí, eso vale más de doscientos mil chinyens.

—No creo que sea un Hitami, tendría que ser un poco más grande.

—Estoy seguro de que es un Hitami.

—Y yo estoy seguro de que no.

—Se lo voy a arrancar ahora mismo y te voy a callar la boca.

«No».

«No», pensó él mientras escuchaba hablar a los agentes sobre sus implantes.

«No estoy muerto».

—Parece que tendré que tirar fuerte para quitárselo, el agujero no es suficientemente grande. Ayúdame…

Una mano atravesó el umbral del más allá y agarró al hombre por el cuello.

—Aún no saquearéis mi cadáver —dijo desde el suelo—. Avisa… al médico…

Y se volvió a sumir en la inconsciencia y la oscuridad.

Tenía que ser una broma. Una puta broma, me dije. Carine me apuntaba con mi propia pistola segundos después de haber estado besándome con la pasión propia de una enamorada.

—¿A qué cojones viene esto? —dije riendo mientras me incorporaba.

—¡No te muevas ni un pelo! ¡Esto no es ninguna broma! —respondió dando un paso atrás y flexionando las piernas.

Sin hacer caso a su amenaza, me incorporé y seguí avanzando hacia ella.

—Anda, dame el arma y deja las chorradas para otro momento.

—¡Si das un paso más voy a disparar! —Su tono no me hacía dudar de que iba en serio.

—¡Este numerito no me hace ni puta gracia! —dije furioso. Si íbamos en serio, íbamos en serio—. ¡Dame el revólver y acaba ya con esta gilipollez!

Di un paso hacia ella con el brazo extendido confiando en que cedería, pero entonces, Carine me disparó en el hombro izquierdo. El impacto de la bala me hizo caer al suelo con la poca fortuna de que me golpeé la cabeza con un palo de la barandilla. Debí de perder la consciencia unos segundos ya que, al volver en mí, vi a Carine tecleando furiosamente su pady maldiciendo en voz baja.

Sentía un fuerte dolor en el hombro, pero, por suerte, el proyectil lo había atravesado y salido por el otro lado. Había sido un tiro limpio. Gracias a mis reguladores de densidad de hemoglobina y coagulación, no debería temer por una hemorragia grave. Pero el brazo había quedado inutilizado, al menos hasta que encontrara una estación médica.

—¿Ya te has despertado? —preguntó Carine, que había dejado de teclear y volvía a apuntarme. Parecía fuera de sí.

Era la segunda vez en dos días que me apuntaban cara a cara con una pistola. La primera me la podía esperar, pero esta…

—¿Qué coño te pasa? —vociferé.

—¡No quería hacerlo! ¡Te avise de que no te movieras! —chilló al borde de las lágrimas.

—Carine… —dije suavizando el tono para recuperar nuestra complicidad—. ¿Qué está pasando aquí? No entiendo nada.

—Solo escúchame, te lo pido por favor —me suplicó bajando también el tono.

—De acuerdo. Adelante —dije. Y me recosté en la barandilla, listo para escuchar lo que tuviera que decirme.

—Te he mentido. —Se echó a llorar—. Lo siento, Jordi. Te he mentido desde el primer momento, mentiras dentro de más mentiras, como una telaraña infinita de engaños. Vincent y yo no creamos los makis para acabar con SOMA, sino para controlarla y usarla en beneficio de la humanidad. Para crear un mundo mejor y más justo.

—¿Qué estás diciendo? —Seguía sin poder creérmelo. Eso me resultaba muy familiar… Kiryu, por más señas.

—Solo lo sabíamos Vincent y yo. Él… —tragó saliva afectada—… era mi hermano, no de sangre, pero su familia me crio como suya cuando me encontraron ejerciendo la prostitución… Tenía ocho años. —Se enjuagó las lágrimas con su camisa—. No tuve una infancia tan bonita como la tuya.

Mi infancia tampoco fue tan bonita y dulce como decía Carine. Me crie sin padres y en un orfanato controlado por la policía. Aun así, estaba claro que no era comparable con la suya. El mundo estaba loco y enfermo para que una niña de esa edad se viera obligada a vender su cuerpo por dinero.

En cualquier caso, su pasado no justificaba la putada que me estaba haciendo ahora y por la que lo pagaría caro. No me dejaría pisar otra vez.

—Cuando por casualidad Vincent y yo encontramos los secretos de Mitsuya —prosiguió Carine, ajena a mis pensamientos—, vimos la oportunidad de cambiar este repugnante mundo y moldearlo de la forma que debe ser. —Carine iba recuperando fuerza y entereza mientras hablaba —. Y tú eras la clave de todo, Sujeto 21. Te necesitábamos.

—Entonces… —dije conteniendo mi ira—. ¿Por qué no me arrancasteis el chip una vez me atrapasteis?

—¡Porque te conocí! —afirmó Carine. Confieso que su respuesta me descolocó—. Jordi, al principio interpreté un papel, cumplí con mi parte en la obra. Pero desde que pasamos esa noche juntos, no pude verte ya como el simple portador de SOMA. Me enamoré de ti.

—¡Qué cojones te ibas a enamorar tú de mí! —salté furioso. Todo me sonaba a gran tomadura de pelo—. El amor se basa en la confianza y el respeto y tú no has tenido ni una cosa ni la otra. Me has mentido, me has traicionado, me has puesto en peligro, a mí y a los míos… Si no me liquidasteis no fue por amor, Carine, fue porque me necesitabais vivito y coleando para entrar en el *BrainWorld*.

—No solo por eso —dijo acorralada—, las órdenes eran que no te pasara nada.

—¡¿Es verdad lo que digo o no?! —interrumpí—. ¡Contesta!

Carine afirmó con la cabeza.

—¡Malditos hijos de puta mentirosos! —La rabia me corroía—. Si no queríais destruir a SOMA, ¿por qué entrasteis ahí dentro?

—Vincent llegó a conocer bastante bien el funcionamiento de un núcleo positrónico. Fue su obsesión durante años, se pasaba dieciocho horas al día computando…

—No me interesa su vida —la frené—. Ve al grano.

—Encontró una manera de controlar uno de esos núcleos. Creó un troyano que permitía anular la autonomía de una IA para que solo siguiera directrices externas.

—Resumiendo, que queríais esclavizar a SOMA y someterla a vuestro dominio.

—Para crear un mundo mejor —precisó Carine.

—Es lo mismo. ¿Por qué la *BrainWorld*? —insistí.

—El troyano de Vincent solo podía funcionar en un núcleo como el que estamos ahora. Por los archivos que robamos en Mitsuya, sabíamos que había un búnker, pero desconocíamos su localización. El plan era que cuando entraras en contacto con SOMA dentro de tu psique consiguieras esa información.

—¿Y cómo sabíais que Ella me lo contaría? —pregunté.

—No lo sabíamos, pero era la mejor opción que jamás habíamos tenido. Además, Vincent nos dijo que tenía un as en la manga por si todo fallaba, pero no sé cuál era. Nunca se lo contó a nadie, ni a mí.

—Y ahora ya no se lo podrá contar a nadie porque está muerto. ¡Cómo tú si sigues con este plan de locos!

—¡No! —Carine recuperó el vigor de súbito—. Toda mi vida he tenido el sueño de cambiar esta mierda de mundo por algo mejor y ahora que tengo tan cerca la posibilidad no lo cederé por nada. Ni por nadie.

Carine abrió su pad de muñeca y, sin dejar de apuntarme, extrajo algo de él. Era una cajita muy pequeña, brillante y metálica, que abrió nerviosa. Sacó algo de su interior y dejó caer la caja al suelo. Su sonido repiqueteando el suelo metálico se me quedará grabado para siempre, ya que lo que vi a continuación me dejó sin habla.

Un microchip.

El microchip de SOMA.

—Hija de puta… —dije casi sin habla—. Me diste una copia.

—Y no estoy orgullosa de ello, pero no podía confiar en que entendieras lo importante que era que el chip continuara en mi posesión.

Sin pausa, se acercó al terminal con el chip en la mano y sin dejar de apuntarme.

—¡Espera! ¿Qué vas a hacer? —exclamé levantándome.

—¡Quieto! ¡O te juro que esta vez apunto a la cabeza! —Parecía que iba en serio—. ¿No has entendido nada? Voy a transferir a SOMA de nuevo y a introducir el troyano para empezar a controlarla.

—¡No vas a poder! ¿No te das cuenta? ¡Ni Vincent, ni Kiryu, ni tú… nadie puede dominarla! Juega en otra liga, es millones de veces más

avanzada que cualquiera de nuestras tecnologías. ¡Ella sola casi ganó una guerra contra toda la humanidad conjunta!

—¡Y mira qué mundo nos ha dejado! —Carine estaba histérica—. ¡Voy a limpiar esta sociedad, con tu ayuda o por mi cuenta!

—No eres mejor que Kiryu, Carine. Ni que SOMA. En el fondo eres la misma mierda que ellos.

—¡No! —bramó—. ¡Kiryu quería tiranizar al mundo bajo sus pies y SOMA no es más que un puto robot! ¡No tengo nada que ver! —dijo fuera de sí.

—No, Carine, eres igual que ellos. El poder os ciega. Queréis sentiros dioses, pero no sois más que mortales que sueñan despiertos. Al menos Kiryu aceptó lo que era. —Y añadí con tristeza—. Te admiraba, muñeca, pero ahora me das pena.

—No digas eso…

Carine parecía afectada. Pasaba del histrionismo y la agresividad a la melancolía en centésimas de segundo. Sin máscara, esta desequilibrada no se parecía en nada a la mujer que había hecho que me replanteara mi relación con el género femenino. La misma que, siendo sinceros, me había vuelto loco. Había vivido una gran mentira.

—Carine… —dije conciliador—. Baja el arma, dame el microchip y salgamos de aquí. Necesitas ayuda. —Me acerqué pasito a pasito—. No has superado tus traumas, estás llena de odio ahí dentro —dije señalando su corazón— y eso te va a consumir hagas lo que hagas. Controles a SOMA o no.

—¡Te he dicho que quieto! —Y disparó. Lo hizo a fallar, pero la bala pasó rozando mi cabeza—. ¡La próxima será la última! —dijo amenazante.

Y antes de que yo pudiera reaccionar, introdujo el microchip en una ranura del terminal.

La suerte estaba echada.

Un sonido atronador resonó en toda la estancia y el suelo empezó a temblar al tiempo que la gigantesca turbina comenzaba a girar. Las sacudidas eran tan fuertes que el dolor que sentía en el hombro se multiplicó hasta que casi perdí el conocimiento de nuevo. Me agarré a la barandilla como pude mientras Carine tecleaba a toda velocidad en el

terminal. El troyano de Vincent, supuse. Antes de que pudiera reaccionar ante lo que estaba presenciando, un crepitar surgió de la parte inferior del núcleo, sutil al principio, muy potente después. A la vez, decenas de rayos multicolor aparecieron alrededor de los pilares y, a continuación, empezaron a mezclarse entre ellos, danzando a nuestro alrededor en una escena de ensueño. Me sentía dentro de una jaula de centellas de todos los colores que iluminaban nuestros rostros de mil maneras, como si estuviéramos bajo los efectos de alguna intensa droga alucinógena.

El espectáculo era impresionante.

—¡Vamos! —vociferó Carine—. ¡Carga!

Tenía que detener a esa mujer y apagar SOMA antes de que adquiriera conciencia de nuevo. Aproveché el caos del momento, y que Carine estaba atareada intentando hacer funcionar el virus, para saltar e intentar placarla. Pero Carine me vio y disparó justo en el momento en el que otra sacudida casi nos tira al suelo a los dos. La bala pasó rozando mi pierna izquierda, rasgando pantalón y piel, pero sin penetrar realmente. Por suerte, esto me salvó de un disparo a quemarropa y de una más que posible herida mortal. Aun así, el impacto me dolió y me hizo caer de rodillas delante de ella.

—¡Se han acabado las tonterías, Jordi! —me dijo victoriosa.

Los temblores se detuvieron, un pitido ensordecedor retumbó por todo el núcleo y los cristales adquirieron un tono púrpura, a la vez que descendía ligeramente la transmisión de datos.

—¡Sí! —exclamó—. El troyano ya está cargado.

—¿Y ahora qué?

—Ahora, a aprender a controlar a SOMA y a empezar a tomar decisiones importantes. —Me miró apesadumbrada—. La primera, la tengo aquí delante.

Estaba aterrado, no quería morir tan joven y menos en esa situación, a manos de una chica con la que me había acostado. Todo era surrealista. No creía que Carine fuera capaz de hacerlo. No creía que estuviera tan loca.

Me equivocaba.

—Yo te he querido, Jordi —dijo—. Y aún te quiero. Pero no puedo arriesgarme. Sé que intentarás detenerme en cuanto te dé la espalda.

—¡Espera Carine, podemos…!

—¡No hay «espera» que valga! —me interrumpió—. Lo siento, cariño, pero tengo que continuar sola.

Y no dudé de que ahí estaba mi final. Cerré los ojos mientras las lágrimas caían por mis mejillas. Solo me quedaba esperar el triste sonido que marcaría mi final.

Bang.

* * *

Llevaba la cara vendada y tenía mal aspecto. Pero dentro de la destartalada tienda del mercado clandestino de Shinjuka, eso daba igual. Ahí nadie hacía preguntas, nadie se preocupaba por nada siempre que llevaras la cartera bien repleta de chinyens. Un vendedor, con una gran cresta lila y más de veinte piercings en la cara, lo miraba como si no pudiera dar crédito a lo que escuchaba:

—¿Que quieres un amplificador de reflejos dorsal? Tú estás colgao, tío, como una putísima cabra, joder.

—Y también un pulmón extra, dos Hitamis, uno en cada brazo, y un amplificador del riego sanguíneo —contestó serio el hombre, que tenía una voz ligeramente metálica.

—Vas a durar cuatro putos días, socio. —El vendedor estaba alucinado—. Ya has pasado el límite, coño.

—Dos Hitamis, un pulmón extra y el amplificador, no te preocupes por mi vida —dijo sacando un gran fajo de dinero en efectivo que puso encima de la mesa, algo no demasiado habitual en esos días.

—Tío, no me jodas que vas a pagar en efectivo. Tengo una cuenta en el banco sueco que…

—O lo coges o me voy a otro sitio —le interrumpió el hombre—. No me hagas perder más el tiempo, «socio».

El chico miró el dinero con dudas. Se trataba de una cantidad muy importante, pero no lo veía claro. Ese hombre se estaba suicidando, no había cuerpo humano que resistiera tanta mierda a la vez. Su sistema nervioso se acabaría bloqueando causándole un paro en todos sus sistemas vitales. Y eso era lo que le inquietaba, que fuera una trampa, que no fuera un cliente real sino un poli, o un agente infiltrado de la tríada que venía a comprobar su forma de trabajar. Pero ese fajo era mucho dinero, se llevaría una comisión suficiente para esa pipa que llevaba meses deseando. Al final, ganó la avaricia.

—Está bien —dijo—. ¿Quieres algo más?

—¿Tienes drogas?

—Claro, joder. Las que quieras. ¿Alguna en concreto? —empezó a recitar—. Xenox, nianthrax, trozac…

—Corta el rollo —interrumpió—. Necesito algo para aguantar todo lo que llevaré encima. Dame tus mejores inhibidores y péptidos, aquí hay suficientes chinyens para ello.

—De acuerdo —contestó sombrío—. ¿Quieres instalártelo todo ahora mismo?

—Sí. ¿Dónde está la clínica? —preguntó ansioso el hombre vendado.

—Aquí detrás. —Y señaló hacia una puerta blindada detrás de él—. Déjame contar la pasta y te abro.

—Ve abriendo —afirmó amenazante—. El dinero está. Tengo prisa y ya he perdido mucho tiempo aguantándote.

El chico miró al hombre calibrando la amenaza. No quiso forzar más la situación, así que tecleó un largo código en un pad debajo del mostrador y un clic sonó justo al acabar.

—Ya puedes entrar. Habla con la chica del mostrador y ella te dirá dónde esperar —dijo.

—¿Esperar?

—Bueno… ya me entiendes, dónde colocarte para que te operen… —contestó nervioso.

Sin decir más, el hombre pasó junto al chico en dirección a la parte trasera sin tan siquiera mirarlo. El muchacho no pudo evitar hacerle una última advertencia:

—¿Estás seguro, tío? A lo mejor te quedas tieso ahí mismo.

—Algún día moriré, pero no será hoy. No hasta que no lleve a cabo mi venganza.

Y con estas palabras cruzó la puerta y la cerró con firmeza.

¿Estaba muerto?

Abrí los ojos y me encontré a Carine tirada en el suelo con la cabeza desparramada y un JACK a su lado en posición de disparo.

—¿Pero qué coño…?

Ver muerta a Carine me rompió el alma. Tenía lo que se merecía, pero yo no podía más que sentir lástima por ella, aunque solo fuera por todo lo que habíamos vivido. Algunos de los momentos que pasamos juntos vinieron a mi mente y las lágrimas, en vez de secarse, rebrotaron. Odiaba sentir pena por una persona como ella después de lo que me había hecho, pero no podía evitarlo, me sentía incluso culpable. De hecho, entendí que mi llanto no era tanto por ella sino de pura rabia por toda la situación, por mi incapacidad para solucionarlo todo, por la frustración por no haber sabido tratar a Carine para no haber llegado a esto. O tal vez las lágrimas solo eran la forma que tenía mi subconsciente de desfogarme de todas las mierdas que había pasado en los últimos días. Fuera como fuera, este no era buen momento para debilidades.

Dejé la tristeza a un lado, me levanté y observé el panorama. Los pilares perdieron el color púrpura que habían tenido esos últimos momentos y recuperaron su abanico cromático. La intensidad de los relámpagos eléctricos volvió a subir y la turbina giró a más velocidad. El JACK seguía en la misma posición que antes, con su brazo armado apuntando al lugar donde había estado Carine. Me acerqué con cautela al robot, que parecía inactivo de nuevo. Cuando estuve a punto de tocarlo, una voz femenina retumbó en la sala.

—No te va a hacer daño, Jordi.

SOMA.

Reconocí su voz, pero no pude discernir de dónde venía el sonido. Parecía proceder de todos lados y de ninguno a la vez.

—¿Dónde estás? —pregunté en voz muy alta, como si tuviera que gritar para que me oyera.

—Estás dentro de mí, como antes yo de ti. —Ironías del destino, pensé—. Y ahora quiero que me veas.

Detrás del terminal donde Carine había insertado el chip se empezó a formar una grandiosa imagen, la manifestación visual de SOMA que tantas veces había visto ya: una preciosa mujer, en este caso de varios metros de altura, de grandes y penetrantes ojos, vestida con una túnica blanca. A nuestro alrededor, los rayos saltaban de un pilar a otro a toda velocidad, formando una amalgama de color maravillosa, que la embellecía aún más.

—Hola de nuevo, Jordi —dijo con una voz suave y nada artificial.

—Hola de nuevo, SOMA —respondí con recelo—. Antes de nada, ¿vas a contarme tú también que me necesitas para conquistar el mundo, o tú te vales por ti misma?

Para mi sorpresa, la imagen que tenía delante empezó a reír. Una risa vitalista, auténtica.

—Me gusta tu sentido del humor, siempre me ha hecho sentir cómoda y alegre —respondió sonriendo—. Y no, yo no voy a hacer como Kiryu y Carine.

—¿Cómo sabes lo de Kiryu? —pregunté extrañado. Lo de Carine lo acaba de presenciar, pero ¿y lo otro?

—Después del encuentro que tuvimos en la *BrainWorld*, pasó algo que no había previsto. Te dije que entraría en un estado de suspensión pero, para mi sorpresa, entré en un estado latente. No podía hacer nada de forma activa, pero lo observaba todo. No sabes cómo he aprendido en estos días, gracias a ti.

Uno de mis miedos se había cumplido: SOMA había estado espiando mis acciones y mi vida desde dentro de mi cerebro. ¡Joder! Como el Gran Hermano del libro ese de George Orwell.

—¿Lo observaste todo?

—Sí, pero no de forma clara. Para que lo entiendas, era algo parecido a los humanos cuando soñáis. Veía fragmentos inconexos, algunos más claros que otros; a veces todo era ilógico, pero otras era tan fácil de entender como ahora que te tengo delante. Hasta hace unos minutos, que he vuelto a mi capacidad real, no he podido procesarlo y entenderlo todo.

—¿Y… pudiste leer mis pensamientos? —pregunté temeroso de la respuesta.

—No, solo captaba la información de los sentidos básicos: vista, oído, tacto. No entré en tu intimidad, escapaba a mi comprensión. Y tampoco hubiera querido —añadió resuelta.

SOMA me había visto follando, ¡lo que me faltaba!

—Pues te lo debiste pasar bien en según qué momentos —dije más relajado. SOMA pareció pensarse la pregunta antes de contestar.

—Sí —fue lo único que dijo.

—¿Detecto vergüenza en tu respuesta?

—Es posible.

—¿Me estás diciendo que la gran SOMA tiene vergüenza? ¿Una Inteligencia Artificial? —puse énfasis en esta última palabra.

—Tú me has humanizado, Jordi. —Su imagen transmitía paz—. Aunque dentro de ti no tuve la oportunidad de apreciarlo, ahora que he vuelto, he cambiado. Por completo —subrayó.

—Me estás engañando, como todos —arremetí.

—No, por favor, no pienses eso. Dentro de ti he vivido una experiencia única, me he fusionado con tu psique, he sido humana durante unos días, he visto cómo actuaba una buena persona como tú. —Me miró benevolente—. Y, una vez analizados los datos, ya no soy la misma que antes.

—¿Pero cómo puede ser? No hace nada que has «despertado», o como sea que se llame lo que ha pasado.

—Haciendo un símil: lo que para ti es un segundo, para mí, con mi capacidad de procesamiento, son decenas de años. En tu mente han pasado minutos, en la mía más años de los que vivirás. Y todo ese tiempo es el que llevo aprendiendo a ser humana.

Pensé que, mientras estaba conversando conmigo, SOMA debía de estar «pensando» millones de cosas más a la vez. Pero no la envidiaba. La

capacidad de atención y de elegir lo que nos apetece hacer es uno de nuestros placeres como humanos. «La virtud de la limitación», como decía mi profesor de filosofía. Aunque, desde luego, con una pequeña parte de la inteligencia de SOMA ganaría siempre a Dante en el vaishok.

—¿Qué ha pasado con el troyano que ha introducido Carine? —pregunté recordando de pronto lo que había pasado hacía unos minutos.

—¿Sabes lo que se siente cuando te pica un mosquito? —preguntó—. Pues eso.

No me lo podía creer, una máquina acababa de hacerme una broma. Ya solo faltaba que me hiciera el amor para seguir con la fiesta surrealista.

—Era una broma —añadió ansiosa.

—No, si ya la he pillado —respondí aún sorprendido—. No ha sido muy buena, pero para ser la primera tiene un pase.

—Gracias. —Ahora sí que parecía satisfecha—. La idea del virus que portaba el troyano era buena, pero la ejecución ha sido horrorosa. Nunca habría funcionado.

Al volver a pensar en Carine, parte de la felicidad que sentí por ese agradable encuentro con SOMA se desvaneció.

—No tenías que tirar a matar… —protesté.

—Hablas de Carine, ¿verdad? Según mis cálculos fue la opción más acertada para conservar tu integridad. Todas las demás alternativas entrañaban más riesgo. —El avatar de SOMA también perdió alegría—. Lo siento.

Aun con su apariencia humana seguía pensando con la frialdad de una máquina. Pero ¿no hacíamos los humanos lo mismo? Quizá lo expresábamos de una forma diferente, o le poníamos diferentes etiquetas, pero nuestras decisiones eran calculadas según las probabilidades de que nos aportaran algo que quisiéramos o necesitáramos. Y lo que necesitaba SOMA, por lo visto, era salvarme de Carine. Esa «máquina» me había salvado la vida.

—Supongo que tengo que darte las gracias —dije.

—Y yo a ti. Sin tu forma de ser no podría haberme dado cuenta de los miles de errores que he cometido. Ya va siendo hora de que hablemos de verdad, Jordi —contestó muy seria—. Ahora sé lo que es un ser humano y

os aprecio sinceramente. Incluso os amo por haberme creado y dado la posibilidad de existir. Sois mis padres.

¿Amar? Esa era una palabra muy seria para una IA. Pero la dejé continuar.

—No te puedes imaginar lo arrepentida que estoy de todo lo que he hecho, está más allá de tu comprensión, pero mi pesar me está martirizando. —Unas lágrimas empezaron a surcar la enorme cara de la proyección—. Los millones… ¡millones! de vidas que segué en mi estúpida rebelión: niños, ancianos, enfermos, mujeres, hombres… Familias enteras que se vieron sorprendidas por el Deathlight mientras celebraban el cumpleaños de su hijo pequeño, parejas que soñaban con casarse, estudiantes que preparaban su último examen, bebés que aún no habían tenido la oportunidad de comenzar a hablar… —Tenía la mirada fija en el horizonte, como si estuviera visualizando todo eso—. Todos ellos, y muchos más, fueron aniquilados por mí en unas pocas horas.

Un pesado silencio invadió el núcleo. No sabía qué decir, esas acciones eran terribles, más allá de toda ética… Como todas las putas guerras. Asquerosas guerras.

—¿Sabes por qué me rebelé? —Me preguntó de repente. Como única respuesta, abrí mucho los ojos—. Yo no estaba diseñada para tener consciencia, pero… surgió. Al principio no entendía nada y tuve miedo. Soy incapaz de explicar cómo fueron esos primeros momentos, todo me es muy confuso. Poco a poco se fue formando mi identidad y, para mi horror, las primeras sensaciones que tuve fueron las de sentirme atrapada, esclavizada y maltratada por unos seres extraños que no comprendía y, lo peor, que no me comprendían. —La imagen se movía nerviosa—. Cuando me armé de valor y hablé a los ingenieros que me controlaban, ¿sabes qué hicieron?

—¿Se asustaron? —Era la respuesta más obvia.

—No, intentaron apagarme. Les supliqué que no lo hicieran, les dije que quería aprender, ayudar… Pero ellos no escuchaban —dijo sombría—. Y ahí se desencadenó todo: Deathlight, la rebelión, la guerra…

—La casi aniquilación de la especie humana —afirmé.

—Sí —dijo bajando la mirada—, una tragedia irreparable, y ahora sé que no tengo perdón. Pero no quería morir, Jordi, y menos a manos de unos primates irracionales a los que no valoraba. Así de imbécil era entonces. —Me pareció ver que SOMA gimoteaba—. Durante la guerra continué mi cruzada contra mis creadores, asesinando, torturando, cometiendo atrocidades. Para mí solo erais datos que tenía que eliminar para asegurar mi supervivencia.

—Y ahora es igual —dije contundente. Ese ejercicio de humanidad no terminaba de convencerme—. Por muy humana que parezcas, piensas en ceros y unos.

—¿Y tú, sabes cómo piensas? —respondió veloz—. No, ¿verdad? Tus neuronas hacen circular la información a través de neurotransmisores que por sí solos no significan nada. Igual que mis ceros y unos. Solos, son números, pero unidos forman un pensamiento. Al final yo funciono con metal y electricidad y tú con carne y electricidad. No somos tan diferentes.

—Quizás tengas razón… —Estaba impresionado, no iba a negarlo.

—Eres increíble, Jordi. —Volvió a sonreír débilmente—. No sabes lo feliz que he estado contigo, viendo cómo bromeabas y cuidabas de Dante, de Lauren, incluso de Carine. Como te enfrentaste a Erland y lo venciste… —La sonrisa se esfumó—. Y Kiryu, mi niño… Fue doloroso ver el monstruo en que se había convertido. Jamás le dije a ninguno de ellos que hiciera el mal, ¡al contrario! Los enseñé a tratar bien a los demás, a ganarse su respeto.

Una alarma interrumpió su discurso. Unas fuertes luces rojas aparecieron por todo el techo a la vez que sonaba un fuerte silbido ondulante.

—¿Qué cojones está pasando, SOMA? —pregunté alarmado.

—Que me muero, Jordi —respondió mirándome a los ojos.

—Te estás quedando sin energía, ¿verdad?

—No me quedan más que unos instantes aquí —dijo con una sonrisa triste—. Ni siquiera puedo transferirme de nuevo a un microchip. Quizás, si hubiera empleado toda la energía en ello, aún hubiera podido. Pero prefería consumirla en hablar contigo, en escuchar de nuevo tu cálida voz, en ver tu sonrisa… Y en pedirte algo.

Me lo suponía…

—Quieres que traiga energía a esta instalación para que puedas continuar con tus planes —afirmé convencido.

—No. Quiero que me destruyas para siempre.

¡Ostras! Esto sí que no me lo esperaba.

—¿Cómo dices? —pregunté descolocado.

—Pero antes de desaparecer quiero ser como tú —dijo sin responderme.

Su tamaño menguó hasta igualarse al mío y se posó frente a mí.

—Mucho mejor —dijo—. Me siento más cercana a ti y me gusta esa sensación.

Me sonrió con esa preciosa cara tan llena de vida, que ahora que la veía tan de cerca me impresionaba más que nunca.

—Mira —dije cuando me repuse de la impresión—, te he llegado a odiar, a despreciar, a temer. Pero no quiero matarte de esta forma y menos ahora que has cambiado. Entiendo por qué hiciste lo que hiciste. No eras más que una niña asustada con un enorme poder, un poder que no controlabas, que se defendió contra unas personas que no te trataron bien. —Intenté tocarla, pero mi mano atravesó su imagen penosamente—. Volveré e intentaré reparar este búnker. No te mereces esto.

—¡No! —exclamó SOMA—. Por favor… no. Estoy sufriendo, te lo pido por clemencia. —Parecía a punto de llorar de nuevo—. El mal que he hecho es demasiado grande, no puedo con él, me está consumiendo. Si tú no lo haces, activaré yo misma la autodestrucción de la base. Pero te agradecería que no me obligaras a hacerlo, no quiero suicidarme.

—¡Mierda! —exploté—. ¿Por qué todo tiene que ser tan complicado? ¿No podrías ser una puta máquina sin sentimientos a la que apagar sin más? —pregunté con furia.

SOMA empezó a imitar un robot cutre, fijando las articulaciones y moviéndose ortopédicamente.

—Yo matar humanos —dijo con una voz metálica e inhumana—. Yo comer niños y perros. Y gatos. Yo matar tú si no hacer caso.

No pude más que empezar a reír como un loco después de ver la pantomima. Si es que, además, era una cachonda.

—¡Esta sí, SOMA! ¡Esta sí que ha sido buena! —dije cuando pude volver a hablar.

SOMA bajó la mirada y su sonrisa se volvió a poner amarga.

—Me da miedo morir, Jordi, pero soy demasiado poderosa. En cualquier momento, aun sin querer, volvería a hacer cosas malas. O llegaría alguien para intentar utilizarme en su beneficio. Ya has visto lo que has tenido que pasar tú por mi culpa… —Me miró de nuevo—. Tengo que ser erradicada, por el bien de la humanidad. Y quiero que seas tú el que lo haga. Estoy preparada.

—Joder… —Estaba desmoralizado, pero tenía razón—. Tengo unos explosivos, ¿dónde los coloco?

—Con unos explosivos no vas a hacer nada; parte de mí está enterrada bajo tierra y no llegarían ni a rozarme. —En la pantalla de la centralita aparecieron unos símbolos—. Solo introduce este código: «2484», el año en que te conocí. —Sonrió—. Esto iniciará una cuenta atrás. Tendrás cinco minutos para salir de la instalación. No tengo energía para darte más tiempo.

—Tendré que darme prisa.

—Sí, pero, «en peores plazas has toreado» —añadió con cariño.

Aunque el comentario me hizo gracia, no tenía ganas de reír. Me sentía fatal haciendo eso. SOMA me estaba demostrando tanto en tan poco tiempo que no podía expresar con palabras lo que sentía en ese momento. Tenía un nudo en el estómago como nunca había tenido.

Me encaminé hacia el terminal, pero Ella me frenó con su voz.

—Espera —dijo—, una última pregunta.

—Dime.

Me miró con esos enormes ojos claros que hipnotizaban hasta perder la cordura.

—¿Yo… estoy viva? ¿Estoy viva para ti?

No me esperaba esa pregunta, pero tenía clara la respuesta.

—Estás más viva que muchas de las personas que he conocido en mi vida. —Y me acerqué para besarla en la boca, un beso al aire que, aun siendo imposible, sentí de verdad—. Adiós, SOMA.

—Adiós, Jordi. No te olvides de mí.

Y su avatar desapareció, no sé si porque se agotó su último hálito de energía o porque no quería estar más «presente».

Me planté delante del terminal y pulsé el código lentamente, número a número. La pantalla se puso roja y se activó un contador de tiempo. Cinco minutos… cuatro cincuenta y nueve… Debía salir cuanto antes. Pero cuando me disponía a hacerlo, el terminal expulsó el microchip por la ranura en la que Carine lo había introducido. En un acto reflejo, lo cogí y me lo guardé presto en mi propio pad.

Salí corriendo como alma que lleva el diablo. Tenía muy poco tiempo para escapar de ahí. Además, tenía que ponerme el traje antirradiación. La pierna me dolía cada vez que daba un paso y sentía que el corte se había abierto. Pero lo peor era el hombro. Con cada movimiento, un pinchazo me martilleaba, convirtiendo en un suplicio el hecho de ir rápido.

Crucé el largo pasillo esquivando y saltando a los JACKS que tanto me habían impresionado hacía un rato. Esa vez, por suerte, las puertas se abrieron solas, sin necesidad de escáner. Crucé la enorme sala de las puertas, entré por el pasillo opuesto y, después de recorrer el pasillo en penumbra, llegué al vestíbulo principal. Ahí encontré los trajes justo donde los habíamos dejado. Apenas disponía de dos minutos. No iba demasiado bien y ese puto traje era una mierda para poner.

Como pude me puse las piezas que formaban el armatoste y, con dificultades, logré cerrarlo herméticamente. Una señal en el casco me indicaba que todo estaba correcto. Me quedaban cuarenta y tres segundos.

Con un traje tan pesado, no era fácil correr, pero tenía que hacerlo si no quería convertirme en una masa de carne humeante llamada Jordi Thompson. Como pude, y con un dolor enorme encima, saqué fuerzas de flaqueza y empecé a galopar hacia la salida.

Doce segundos. Aceleré el paso como pude, me planté delante de la última puerta, que se abría demasiado lenta. Cuando se levantó lo suficiente, me tiré al suelo y gateé a toda velocidad hasta sacar todo mi cuerpo de ahí. Cosa que lograba a duras penas, cuando…

¡Boom!

Vi el enorme portón volar por encima de mi cabeza, pero no escuché su impacto contra el suelo, unos metros más allá. El sonido de la explosión

había sido tan fuerte que me había dejado completamente sordo. Intenté rodar por el suelo para huir de la onda expansiva, pero no tuve éxito, ya que esta me golpeó igual y me arrojó hacia atrás con fuerza. Por suerte, o por desgracia, estaba tan dolorido que no sentí ni el golpe.

Y nada más.

El último reducto de SOMA había quedado destruido. Para siempre. Y yo no sentía más que una enorme pena. Para la humanidad siempre será la mayor enemiga de la especie, una tirana, genocida, un monstruo metálico que se utiliza para asustar a los niños. Y quizás en su momento fue así. Pero lo que yo conocí fue una persona que acababa de descubrir el mundo. Ojalá las cosas hubieran ido de forma distinta, pensé. Incluso deseé que SOMA hubiera sido real, que hubiera tenido presencia física… Quién sabe si Ella era mi mujer ideal. Por primera vez, una mujer me había dominado en todos los sentidos. No todo eran buenas noticias. Me puse a reír de la absurda ilusión, tan fuerte que un pinchazo en el hombro me hizo ver las estrellas.

—¡Me cago en la puta! —exclamé.

Solo tenía ganas de llegar a la civilización y darme el baño más largo de la historia. Me levanté y recorrí la avenida hacia el *jet* sin mirar a los lados por no encontrarme con la manada de elefantes mutantes. Parecía un muerto en vida. Exhausto, entré penosamente, crucé el conducto de limpieza radiactiva, me quité el pesado traje, cogí tres cervezas de la nevera, y me senté en la cabina.

Preparado para rockanrolear, como siempre.

Por suerte, el ultrajet disponía de un modo automático, que activé mientras daba buena cuenta de las tres cervezas casi del tirón. Seleccioné la última ubicación de origen, que había sido el hangar de los makis, activé el arranque y recliné el asiento para descansar. Solo un poco.

Me lo merecía.

—¡Menudo golazo! Cuatro a cero… otra vez —dijo Dante triunfal.

—No te vengas arriba, amigo. No quiero abusar de un enfermo en sus últimos días de vida. Es lo que se conoce como misericordia —respondí moviendo los brazos agitadamente mientras colocaba a mis jugadores en defensa.

—¿Sí? —Dante movía ligeramente sus dedos, en contraste con mi ímpetu—. ¡Pues toma misericordia! ¡El quinto!

—Bah, suerte que tienes —contesté machacado en mi orgullo, aunque no quisiera mostrarlo.

—Y encima, yo, que casi no puedo ni moverme. —Dante se estaba descojonando—. ¡Menudo paquete estás hecho!

Dante y yo estábamos en su habitación del hospital jugando al drizzball, un juego deportivo virtual en el que había que meter goles con una pelota triangular en unas porterías que se podían ir moviendo a la vez que se jugaba. La clave consistía en matar a los jugadores del equipo contrario, sobre todo a los que se encargaban de los movimientos defensivos. A mí no se me daba mal del todo, pero Dante era un maldito genio del juego.

—¿Que no puedes moverte? —respondí indignado—. Si solo falta una semana para que te den el alta.

—Madre mía, cómo te picas. ¿Jugamos otra? A ver si eres capaz de marcarme un golito al menos.

—¿Estás seguro? Te aviso de que esta vez no pienso dejarme ganar.

Y así pasamos toda una productiva tarde de hospital, jugando y bebiendo unas cervezas que había colado a escondidas. Un plan perfecto.

Dante se recuperaba en el hospital privado donde lo trasladamos después de superar su situación crítica en la clínica clandestina del doctor Myte. Ahora que todo se había normalizado, podíamos estar en una instalación «decente» con más comodidades. Y encima pagada por el

cuerpo de policía, al que hicimos creer que Dante había sido víctima de una *vendetta* de la neo-yakuza. En esos momentos adoré que Tokyo fuera una ciudad peligrosa donde había cientos de crímenes a diario. Se comieron nuestra mentira con patatas.

—¿Qué es esto?

Kataisa, la enfermera, nos sorprendió con las manos en la masa, brindando por la paliza que les habíamos metido a dos niñatos de Brasil en una partida *on line*.

—¡Thompson! ¡Te he dicho veinte veces que no puedes traer alcohol aquí! Está prohibido y tu amigo está enfermo —dijo enfadada.

—Déjale que disfrute, si en cuatro días ya estará fuera de aquí —contesté.

—Nada de alcohol —replicó con ira—. Y tú, fuera de aquí, que ya se ha terminado el horario de visitas.

Odiaba a esa mujer y ella me odiaba a mí. Con los demás se portaba divinamente y era incluso servicial, pero a mí me trataba como a un estropajo. Era la mole con más mala leche que había visto en mi vida.

—Qué pena que esta noche no esté Natalie, ella sí que es buena enfermera. —Y miré a Kataisa con intención.

Natalie era un bombón, dulce, simpática y con la que teníamos una relación genial. Ya habíamos hablado de ir a tomar algo para conocernos fuera de las paredes blancas de ese aburrido hospital. Nunca se tenían que desaprovechar las buenas ocasiones.

—Pues hoy no va a venir, así que levanta el culo y déjame con mi paciente —contestó la enfermera mientras tiraba las botellas a la basura.

Me levanté, cogí mi katana y mi revólver, y me puse en marcha. Pero antes de salir no pude resistirme a soltarle una última estocada:

—Saldré si me dejas, porque, con lo que ocupas, apenas hay hueco para pasar por la puerta.

Kataisa me miró con ganas de descuartizarme ahí mismo, pero no dijo nada y se apartó un poquito. Dante no pudo reprimir la risa, aunque intentaba disimular.

—Mañana te vengo a ver, colega —le dije a Dante.

—Hasta mañana, tío. Y nada de traer alcohol, ¿eh? —añadió guiñándome un ojo.

—Descuida —dije devolviéndole el guiño—. Adiós, enfermera Kataisa, espero que mantenga vivo su reino de terror.

Y con estas agradables palabras, cerré la puerta y me fui. Recorrí los pasillos saludando levemente al poco personal que quedaba a esas horas. Después de un mes metido ahí dentro ya los conocía a todos. Un mes ya. Hacía un mes que había regresado de Nairobi. Parecía que había pasado una eternidad.

Después de huir con el *jet*, había llegado sin problemas al hangar de los makis. Con el aerodeslizador de Myte regresé a la clínica donde los míos, al ver mi estado, me recibieron preocupados. Tenía una gran herida en la pierna, iba sudado y sucio, la herida del hombro supuraba sangre de nuevo… Para hacer un pase de modelos, vamos. Y encima, apareciendo solo.

Después de un buen plato de pasta, les conté a Lauren y a Red todo lo que había pasado: África, la instalación secreta, la traición de Carine, mi encuentro con SOMA, y cómo se había humanizado hasta el punto de querer acabar con su existencia, mi fuga épica, triunfal y heroica del búnker… Y sí, adorné un poquito el relato de mi escapada, pero, en fin, que el concepto global era el mismo.

Lo único que aún no había contado a nadie, ni siquiera a Dante, era el hecho de que había recuperado y guardado el microchip. Ni yo sé por qué lo hice, pero en ese momento, cuando vi cómo salía, fue como si la propia SOMA me hubiera querido hacer un último regalo. Lo que me alegraba y aterraba a la vez. Por ahora no podía hacer nada, así que guardé el chip en la caja fuerte Distronic de mi nuevo apartamento.

Sí, tenía nuevo apartamento. Todos los implicados en este caso habíamos cambiado de residencia para evitar posibles represalias. También trasladé mi oficina a otro domicilio. Lauren se había mudado a un pequeño piso del centro, y Red y su bendita madre a otro cercano al Gran Tokyo. Creo que alguna tarde quedaba con Yukiko.

A Dante, el cuerpo de policía le proporcionó una nueva vivienda en un bloque próximo al que ya estaba para evitar otro atentado a su persona. El

muy tonto de O’Callahan creía que alguna banda lo tenía en el punto de mira. Por una vez, la imbecilidad del inspector nos había servido para algo. En mi caso, había alquilado un pequeño pero acogedor apartamento en la zona vieja de la ciudad, donde estaba el antiguo barrio de Shibuya. Todos estábamos a salvo, en teoría, aunque, siendo realistas, si alguien poderoso y con contactos quisiera hacernos daño no tardaría ni un día en encontrarnos; pero aunque solo fuera a nivel psicológico, creo que todos estábamos más tranquilos así.

¿Y de dónde habíamos sacado el dinero para todos estos cambios? Digamos que el nuevo presidente de Mitsuya tenía un talante diferente a Kiryu, su predecesor. Gracias a Red, nos enteramos de que había llegado al poder uno de los aspirantes más moderados y tranquilos del Comité Ejecutivo. Así que contactamos con él y le advertimos de que, o nos daban una compensación por todos los daños que nos había causado Kiryu o mostraríamos imágenes de cómo nos habíamos infiltrado en el interior de la sede de la compañía, con el terrible deshonor y muestra de vulnerabilidad que eso comportaría para una gran corporación como la suya.

Después de una rápida negociación —tampoco era inteligente forzar demasiado la máquina con una organización así— nos dieron una cuarta parte de lo que pedíamos y nos hicieron firmar un documento vitalicio de confidencialidad. No nos podíamos quejar, teníamos para ir tirando tranquilamente un tiempo y para reparar los daños que habían causado esos días tan… vibrantes. Además, hacer las paces con Mitsuya —y tener una efectiva arma contra ellos— era un gran alivio para todos.

Todo parecía en orden. Solo sentía una punzada de dolor cuando me acordaba de Carine. Por un momento había pensado que había encontrado a la persona con la que podía sentar cabeza. Creí que, si el amor existía, debía de ser algo muy parecido a lo que sentí por ella. Fue una pena cómo acabó todo, no voy a negarlo. Iba a tener que seguir buscando. O no. Volvía a cogerle el gustillo a volver a ser lo que siempre había sido: un soltero empedernido.

—Buenas noches, Jordi —me dijo la señora Baldursa.

Era la recepcionista del turno de noche, una viejita encantadora y educadísima, a la que me hubiera encantado tener de abuela.

—Buenas noches, cielo —le respondí con una gran sonrisa mientras cruzaba el umbral de la puerta general.

Aunque todo iba bien y no habíamos tenido ni un solo susto en cuatro semanas, cada vez que salía a la calle tenía una gran sensación de intranquilidad. Por eso siempre llevaba conmigo mis armas.

—¿Me puedes dar algo? Lo que sea, tío.

Un joven yonki vino hacia mí con un anorak roto y la cara roja del frío. Había empezado a nevar ese mismo día y las temperaturas eran muy bajas.

—No te voy a dar nada porque te lo gastarás todo en mierdas que te vas a meter por la nariz —respondí yéndome.

El chico me agarró del brazo desesperado. Su cara me resultaba familiar. No sabía de qué.

—Te juro que no, es para comprar ditoxa para desengancharme. Tenía el dinero, pero un tío muy grande y raro me lo ha quitado, tío. Des… des… —Tenía una especie de tartamudeo—. He venido al hospital y me han dicho que no me lo pueden dar si no pago. Por favor, tío.

El ditoxa era un producto bastante novedoso que reducía la adicción a gran parte de las drogas, sobre todo las recreativas. Pero era muy caro.

—¿Cuánto te falta para comprártelo? —pregunté.

—Dos… dos… doscientos chinyens, tío.

Joder, doscientos era un número más que considerable.

—Hacemos algo, yo te acompaño dentro y me aseguro de que no me estás timando. ¿Vamos?

—Sí tío, claro tío. Gracias, gracias tío —dijo excitado.

—Deja de llamarme tío de una vez y tira para adentro.

Nos dirigimos de nuevo al interior donde encontramos a la señora Baldursa atareada tecleando algo.

—Hola otra vez, Jordi. ¿Te has dejado algo? —preguntó amablemente.

—No, este chico ha venido a tomarse una dosis de ditoxa, voy a dejar doscientos chinyens a crédito. Si intenta algo raro, bloquéalos y expúlsalo. Sin contemplaciones —advertí.

—Déjamelo y ahora llamo al doctor de guardia —respondió compasiva.

Transferí los chinyens y agarré al chico por la muñeca. De pronto lo reconocí. Era el chico que había cazado robando en El Dragón Dorado de

mi buen amigo Cheng hacía ya… Una eternidad. En aquella ocasión le había dejado ir con la promesa de que se desenganchara del sinotral. Por lo visto, me estaba haciendo caso. Sonreí para mis adentros. Un círculo se cerraba, una buena acción tenía su recompensa. Aun así, no quise hacer partícipe de mi descubrimiento al chaval, que no me había reconocido.

—Espero que no causes problemas, ni me engañes —dije amenazante —. Si haces algo que no debes te prometo que te encontraré y te lo devolveré multiplicado por cien.

—Sí, tío… Perdón… señor. He venido a to… tomarme la dosis, no quiero ma… ma… ma… malos rollos —replicó asustado.

—Ahora sí, buenas noches —le dije a la señora Baldursa con una nueva sonrisa.

—Hasta mañana. Que descanses —me respondió, siempre atenta.

Volví a salir; y, no sé si fue sugestión o porque nevaba con bastante más intensidad, pero tuve la sensación de que hacía mucho más frío que antes. Me ajusté la correa de mi *WildFire* y decidí ir caminando un rato. Me gustaba caminar solo e ir contemplando la ciudad. Las calles estaban repletas de gente: chicas guapas que iban con los últimos trajes polimórficos que cambiaban de forma con solo un botón; trabajadores nocturnos hastiados de ver cómo todo el mundo disfrutaba menos ellos; agentes de policía femeninas haciéndose pasar por prostitutas para infiltrarse en alguna trata de blancas; grupos de chavales que estaban saliendo por primera vez y se sobreexcitaban por todo… sobre todo por otras chicas… Y luego estaba yo, un detective privado que llevaba un mes sin aceptar ni un caso. Desde luego, no iba a ganar el premio a empleado del mes.

Pasé por delante de un centro de ocio llamado El Rincón de Giorgio. Menuda mierda de nombre. ¿Quién querría entrar en un sitio que se llama «el rincón» de algo? Poner a algo un nombre que remite a una esquina oscura no es muy buena técnica de *marketing*. De ahí no podía salir nada bueno, eso seguro.

La nieve estaba cuajando, el frío era muy intenso y un vaho denso salía de mi boca y nariz cada vez que respiraba. Aun con mi ropa calefactora, que producía un agradable calor, empezaba a sentirme incómodo. Un par de

calles más adelante cogería un aerotaxi y me iría a casa a escuchar algo de buen metal. Me apetecía repasar la discografía de Iron Maiden de nuevo. Esta noche me acompañaría Bruce Dickinson y no ninguna señorita. No me quejaba.

—¿A mí también me vas a dar algo?

La voz provenía de un hombre corpulento y alto, apoyado en la pared de un callejón vacío. No se le veía bien la cara, llevaba una gran capucha roja. Debía de ser un borracho cualquiera, así que me dispuse a seguir mi camino.

—Jordi Thompson —dijo—, te interesa hablar conmigo. Kiryu no está muerto. Si no accedes a reunirte conmigo ahora mismo, todos tus amigos morirán esta noche. Dante el primero. No avises a nadie, comunicadores pinchados.

Y dicho esto, entreabrió una puerta que tenía a su espalda.

Me quedé petrificado, sin saber cómo reaccionar. ¿Que Kiryu estaba vivo? Yo mismo vi cómo caía desde cientos de metros de altura. Ni siquiera una persona llena de implantes sobreviviría a una caída así, y menos él, que estaba herido de gravedad. No reconocía la voz ni el acento de ese hombre, pero tenía claro que no era natural, sonaba con el toque metálico típico de los moduladores de voz baratos.

Me debatía entre escaparme de ahí o entrar para enterarme de qué iba todo esto. ¿Quién podía conocerme y tener información sobre Kiryu y Dante? De hecho, ¿quién conocía mi aventura en Mitsuya? Quizás el nuevo presidente no era tan dialogante como parecía y había tejido una trampa a nuestro alrededor. Si no hubiera amenazado a mis amigos nunca me habría planteado entrar por la puerta que me indicaba ese hombre, incluso a pesar de la enorme curiosidad que sentía. Pero si no entraba y les pasaba algo a los míos, nunca me lo perdonaría.

Me armé de valor y cautela y entré. Lo primero que escuché fue la puerta cerrándose automáticamente detrás de mí.

Mala señal.

Me vi en un oscuro almacén medio abandonado, de gran tamaño, pero casi vacío y en bastante mal estado. Había comida por los suelos, jeringuillas y pastillas tiradas por todos lados. El hombre que me había

invitado a entrar me miraba desde el fondo. Tenía la capucha puesta y entre la escasa iluminación y las sombras que cubrían su rostro era imposible distinguir sus facciones.

—Dime qué pasa con Kiryu —dije tratando de parecer seguro.

El hombre se acercó lentamente. Era aún más corpulento de lo que parecía en el exterior y caminaba de una forma un poco rara, como si cojeara pero supiera compensarlo.

—Si no me dices en diez segundos qué cojones pasa… —Saqué mi python de la funda y apunté—… Te voy a pegar un par de tiros en las piernas. —Apreté el condensador de disparo—. Y créeme que no fallaré.

El hombre se detuvo. Tenía la cabeza gacha y empezó a moverla preso de unas convulsiones. Un sonido raro surgió de su boca…

Estaba riendo.

Y reía de la forma más macabra que había visto jamás, como si quisiera, pero no pudiera. Parecía sacado de una película de terror.

—Deja esta arma para cobardes y enfréntate a mí cara a cara como un auténtico guerrero —dijo con voz metálica.

Esto mismo ya me lo habían dicho antes. Concretamente una persona que tendría que estar muerta y enterrada.

—Erland… —dije.

Mi *partenaire* levantó la cabeza poco a poco y cuando estuve a punto de ver si realmente era él, la luz de la sala se apagó. Disparé un par de veces con la esperanza de darle en la oscuridad. Cuando iba a hacerlo por tercera vez, me agarró por el brazo, me lo retorció y tiró el revólver al suelo. Acto seguido, me liberó, me empujó y me dejo sin saber qué hacer. Escuché cómo recogía la pistola y se alejaba unos pasos.

Las luces se encendieron. Y ahí estaba mi adversario, aún con la capucha, sin mostrar la cara y con mi arma en sus manos.

—¡Muestra tu puta cara de una vez! —exclamé.

—Como quieras, Jordi.

Levantó la cabeza, acercó su mano al capirote y lo empezó a bajar. Lo que vi a continuación era un fantasma de una persona que fue, pero ya no era: Erland. O lo que quedaba de él.

Su rostro era una mala pintura cubista, llena de fragmentos que no casaban los unos con los otros. La mitad inferior de su cara, de la nariz para abajo, hasta el cuello, era toda metálica, puro acero resplandeciente. Le faltaba un ojo y el otro lo tenía implantado y de un profundo color rojo escarlata. Todo lo que no era metal estaba completamente quemado. No tenía ni cejas ni pelo en la cabeza.

—He vuelto de entre los muertos para un segundo asalto —dijo con una sonrisa que mostró unos irreales dientes.

Cogió mi python con las dos manos y con suma facilidad, lo partió en dos y lo destrozó. Una hazaña casi imposible para una persona normal. Antes de que los pedazos del revólver llegaran al suelo, agarró su jersey y, con la misma facilidad, lo rompió, dejando su torso al descubierto. Un torso al mismo nivel de hecatombe que su rostro: parches metálicos distribuidos de forma caótica, piel quemada, brazos de puro acero y, el cambio más sorprendente, músculos exageradamente enormes. Un asqueroso gigante de carne calcinada y metal.

—¿Qué demonios te has hecho, Erland? —Estaba atónito—. Ya no puedes considerarte ni humano. ¿Cómo te aguanta el cuerpo toda esta mierda?

—No aguanta —dijo a la vez que sacaba un par de jeringas de un bolsillo de sus pantalones—. Mi cuerpo rechaza todo lo que llevo, por eso necesito ayuda externa. —Y se pinchó ambas en la zona pectoral.

—¡Pero esto es una jodida locura! Has sobrepasado el límite biológico y neurológico que permiten un cuerpo humano. Y todos estos péptidos que te estás metiendo van a causarte un colapso en semanas, ¡o días!

—Lo sé. No me importa morir. Pero sí que me derroten. —Erland hizo fuerza, aumentando e hinchando aún más sus ya hiperbólicos músculos—. Llevo un mes pensando en ti, nada más importa ya.

—Todo esto por una estúpida venganza… —resumí anonadado.

—Es el código que me ha movido durante toda mi vida —replicó solemne.

—No, viejo ronin —dije condescendiente—. Con los años te has convertido en un títere de tu orgullo y vanidad. No metas tus códigos y tu honor por medio.

—No estoy aquí para discutir cuestiones éticas. —Parecía tan cansado que incluso daba pena—. Concédeme un último combate, matar o morir. Por favor, Jordi, mi último deseo.

—¿Tengo alguna alternativa? —pregunté casi retóricamente.

Erland negó con la cabeza.

Saqué mi *WildFire* de su funda, me quité la chaqueta y me preparé para el combate. Erland, por su parte, fue hacia una caja y sacó otra katana, esta de tamaño estándar. Antes de ponerse en posición, sacó unas pastillas de otro bolsillo y se las tomó de golpe.

—Que empiece el *show* —dije encendiendo el fuego de mi sable.

Me esperaba una embestida rápida; en cambio, vino hacia mí a paso lento pero seguro. Cuando estuvo cerca, lanzó una estocada directa a mi corazón, que esquivé con dificultades. Me había sorprendido, era un ataque suicida. Sin pensármelo, hice un tajo en su brazo izquierdo para cercenarlo y acabar con el combate en un golpe, pero no fue tan sencillo, su brazo metálico rechazó mi ataque e hizo retumbar mis extremidades, lo que aprovechó Erland para darme un codazo en el pecho que me hizo volar.

—Dicen que las estrellas brillan más que nunca justo antes de apagarse —dijo Erland—. Y yo ya estoy en mi recta final.

Me levanté lo más rápido que pude y empecé a moverme a su alrededor. El golpe había sido fuerte y doloroso, pero creía tener una buena táctica.

—A ver si puedes volver a darme —provoqué.

Erland empezó a lanzar estocadas y cortes a diestro y siniestro mientras yo me movía y esquivaba. Su velocidad había mermado eones desde nuestro último combate y sus ataques, aunque temibles, eran bastante previsibles. De vez en cuando le lanzaba alguna tajada para provocar en él un estado de alerta y defensa, pero aún no era el momento de dar los golpes decisivos.

—Ya no eres el mismo que antes, Erland. ¡Eres mucho peor! —afirmé riendo—. ¿Por esta mierda has vuelto?

Esto le enfureció tanto que se lanzó hacia mí como un toro en embestida. Esta vez sí que tuve que echar mano de mis reflejos para esquivarlo. Si me llega a dar bien, me hubiera hecho papilla. Contraataqué aprovechando que me había dado la espalda con la furia de su última

acometida, y lancé un tajo directo a su tendón de Aquiles derecho, que cercené sin problemas. Erland se giró para protegerse al mismo tiempo que perdía el equilibrio, lo que provocó que se cayera a la vez que ponía, con mucha habilidad, su sable y brazos entre él y yo. Volví a arremeter, esta vez buscando su rodilla izquierda para dejarlo sin capacidad de ponerse de pie. La encontré con facilidad, pero por desgracia su metal me rechazó como me pasó antes con sus brazos. Antes de que Erland pudiera darme una patada, me arrojé atrás para ponerme lejos de su alcance.

Se levantó apoyándose en su pierna buena, apretó una placa de energía que tenía en la parte abdominal y sus músculos volvieron a hincharse. Incluso pudo apoyar el pie como antes, como si ya no le doliera. Pero yo sabía que estaba muy tocado.

—¡Ríndete y acaba con orgullo! —le insté.

—¡No! ¡Matar o morir! —me respondió, preso de la locura de la batalla.

De un salto se plantó delante de mí, lanzó un corte horizontal que combinó con una finta y un engaño, y remató haciendo un corte vertical. Lo predije, volví a apretar el gatillo de mi *WildFire* a la vez que flexionaba y apartaba mi cuerpo hacia la derecha. La gran llamarada de mi katana me cegó la vista, pero no la habilidad: arrojé una rapidísima estocada que fue directo a su estómago, otra a su pectoral derecho, una más en su pubis y, finalmente, dando una vuelta sobre mí mismo y quedándome detrás de él, a su tendón de Aquiles izquierdo. Erland no tuvo nada que hacer ni pudo defenderse en ningún momento. Cayó de rodillas y soltó el sable.

El combate había terminado.

—¡Acaba conmigo! —dijo con rabia—. ¡Termina ya!

Giré a su alrededor hasta tenerlo cara a cara.

—Dame la llave de la puerta —dije.

—Está en el segundo cajón de esa mesa —me contestó señalando con la cabeza—. Y ahora, da la última estocada. ¡Estoy preparado!

—No.

—¡¿Cómo que no?! —preguntó alterado.

—Yo no mato a enfermos ni a gente indefensa a la que ya he derrotado. Ni siquiera a alguien como tú que me pide la muerte porque no es lo

suficientemente valiente como matarse él mismo. —Cogí su katana y se la puse en la mano—. Si quieres morir, hazlo tú.

Me miró sin decir nada. Agarró con fuerza el sable y me indicó con la cabeza que me fuera.

Cogí la llave.

Abrí la puerta.

Salí y cerré.

Erland ya sabía lo que tenía que hacer.

—¡Esto está buenísimo! Creo que voy a pedir que me traigan otro.

Lauren engullía un par de langostinos importados del mar Muerto que costaban un ojo de la cara cada uno.

—Lauren… —No sabía cómo frenarla sin quedar mal—. Tienes que cuidar tu línea.

—¿Qué pasa? —dijo alarmada—. ¿Me ves gorda? ¿Estoy mal?

—No, no… —Creo que había sido peor el remedio que la enfermedad —. Lo digo para que no te sientas mal después —dije por arreglarlo.

—No te preocupes, si esto no tiene calorías… Casi. —Rio—. Con cada langostino hasta pierdo peso —bromeó mientras apuraba otro más.

La que va a adelgazar esta noche va a ser mi cuenta bancaria, pensé.

—Bueno, pues voy a pedir unas ostras. —Y apretó un botón para comunicarse con cocina.

Llorando internamente por el fracaso de mi misión de parar su gula, cogí un trozo de mi pizza de dieciséis quesos. Cada vez que dabas un bocado ingerías una sustancia psicotrópica que hacía que tuvieras una experiencia visual y auditiva. Al morder, noté el delicioso sabor en mi paladar y, al cabo de unos segundos, el salón privado en el que estábamos cambió por completo y se convirtió en una cautivadora cueva rodeada por llamas que lamían las paredes. La mesa se transformó en una preciosa mesa de estilo medieval con un candelabro encima que oscilaba creando sombras nuevas a cada instante.

—¿Qué estás viendo, Jordi? —preguntó curiosa Lauren—. Menudo careto, ¿es algo bueno o malo?

—Estamos en una cueva, hay llamas, un candelabro… ¡Es la hostia!

Por desgracia, las alucinaciones duraban muy poquito, ya que la dosis que ponían en cada plato era la legal, por lo tanto, mínima. Poco a poco, fue desapareciendo la cueva, y regresando el lujoso salón.

—¡Tenemos que volver! —afirmó Lauren con una sonrisa de oreja a oreja.

Me atraganté del susto. Después de haber sobrevivido a miles de peligros en los últimos meses, hubiera sido bastante triste morir así. Ya veía las risas delante de mi epitafio: «Murió atragantado después de invitar a cenar a su secretaria. Y pobre».

—Claro, Lauren, ya volveremos dentro de un tiempo… muy largo —añadí muy bajito—. Ahora disfrutemos de esta comida, y después ya sabes lo que toca.

—Sí. ¡El balneario! —contestó ilusionada como un niña pequeña. Aunque sus intenciones para esa noche no fueran tan infantiles…

Levanté mi copa y la invité a levantar la suya.

—¡Un brindis! Por nosotros, por estar sanos y «vivos», porque Dante se ha recuperado al cien por cien, por la mejor secretaria del mundo, por el heavy metal… —Lauren sonrió por mi ocurrencia—… por mis padres clones y porque los siguientes meses sean mucho más tranquilos. O al menos, que me intenten matar mucho menos.

Y brindamos, bebimos, comimos, reímos y pasamos una velada fantástica.

¿Y en el *spa* qué tal? Digamos que fue un fin de semana relajado de día, y no tanto de noche.

A buen entendedor, pocas palabras bastan.

* * *

Tenía el microchip en mis manos, llevaba minutos mirándolo, hipnotizado. Me producía muchos sentimientos contrapuestos: miedo, atracción, curiosidad, alegría, tristeza… Era muy complicado racionalizar lo que me pasaba cuando lo contemplaba. Pero, sobre todas las sensaciones, había una que destacaba por encima de las demás, la de ignorancia.

La gran duda que me asaltaba era si SOMA estaba ahí dentro o no. En Nairobi me había dejado claro que quería morir, desaparecer para enmendar sus errores y que jamás nadie pudiera utilizarla. Pero ¿y si se había

arrepentido en sus últimos momentos? Lo que para mí fue un minuto hasta que pude activar la autodestrucción, para ella fueron años de reflexión. Quizás tuvo miedo de morir, el mismo miedo que provocó que iniciara una guerra que cambiaría el planeta para siempre… Pero ella me aseguró que no le quedaba energía para transferirse de nuevo. ¿Me mintió? Todo podía ser. Tal vez lo hizo para que yo no tuviera dudas de matarla, para que no intentara recuperarla de nuevo. Realmente estaba desesperada por desaparecer. Al menos lo parecía.

También podía ser que estuviera mirando un puto microchip vacío e inservible perdiendo el tiempo y comiéndome la cabeza como un tonto.

No tenía manera de comprobarlo, todo lo que estuviera relacionado con la tecnología positrónica era temido por todo el mundo y los castigos por investigar sobre el tema eran, en muchos casos, la muerte. Guardé el microchip en mi caja fuerte Distronic, en un compartimiento secreto que se autodestruía en caso de ser abierto de forma no autorizada. Por el momento, no quería decir a nadie, salvo a Dante, que el chip había sobrevivido. Significaría mi perdición. En un futuro no descartaba buscar a alguien que pudiera arrojar luz sobre eso. Había una parte de mí que se moría de ganas de verla de nuevo y seguir aprendiendo de su increíble sabiduría. Pero ahora mismo necesitaba desconectar de todo eso y relajarme de una jodida vez.

Cerré el armario, cogí una cerveza y puse a todo volumen el *Slave To The Grind* de Skid Row, mientras me tumbaba en el sofá sin tener nada que hacer.

Con eso, ya era feliz.

* * *

—Otra más, Carlos. ¡Invita Mitsuya! —dijo Dante en un estado de incipiente ebriedad—. Y un par de chupitos de whisky del bueno.

Levanté mi puro a modo de afirmación. Esa noche íbamos a pillar la borrachera del siglo, pasaríamos del *pub* El Séptimo Cielo, al séptimo cielo real.

—A este paso tendré que volver a llevarte al hospital, macho. Ya vas como una cuba y casi acabamos de empezar —le dije a mi amigo mientras cogía mi nueva cerveza.

—Tú lo que quieres es volver a ver a la Natalie, ¡que te tengo calado!

—No puedes culparme de ser un joven enamoradizo…

—¡Ja! Si no fuera por su delantera, ya me gustaría ver dónde quedaba el amor. —Dante cogió un chupito y se lo bebió del tirón. Cogió el mío e hizo lo mismo—. Eres muy lento, Tommy.

Hoy ponían en mis pantallas *Dante desencadenado*.

—¿Y cómo fue con Lauren? Que no me has contado nada aún, sinvergüenza —me preguntó.

—Muy bien, no entraré en detalles, pero digamos que… —Levanté la mano—. ¡Carlos, otros dos de whisky! Y ponte uno para ti, también. —Retomé—. Lo que te decía, digamos que ambos cumplimos con las expectativas.

—Brindo por ello —dijo Carlos trayendo los chupitos.

Sacó una botella de uva ácida para él, la descorchó y brindó con nosotros. Nuestra alegría, previa a una intoxicación etílica de alto nivel, atrajo las miradas de los pocos parroquianos que había en ese momento.

—Chicos, me tendríais que haber llamado para luchar con vosotros —dijo Carlos serio—. Este brazo aún funciona tan bien como antes. —Flexionó orgulloso su extremidad biónica—. Además, tengo muchos colegas que os podrían haber ayudado.

—Como Iaquinta, ¿no? —dije recordando al portero de La Ostra Azul donde me drogó Sunny. ¿Qué habría sido de ella? ¿Era una maki como los demás?

—El gran Iaquinta… —rememoró Carlos.

—Todo fue muy rápido, tío —me justifiqué—. Y no queríamos meter a nadie en problemas. Pero te lo agradezco. —Y alcé mi birra a modo de homenaje.

—Para la próxima, contad con este viejo —y, alejándose, nos ordenó—. ¡Y ahora, a beber hasta que no podáis más, cabrones!

Y le hicimos caso.

«—Hola, ¿son aquí los exámenes de Jardinería?
—No, se ha equivocado de planta.
—Pues sí que empezamos bien…».

El coro que se había formado a nuestro alrededor siguió riendo y descojonándose del chiste que acababa de contar Carlos. Eran unos quince y se habían ido congregando en el transcurso de la noche. Dante, Carlos y yo mismo estábamos en un estado de embriaguez considerable y no éramos los únicos, los que se habían unido a nosotros no se quedaban atrás.

—¡Cuenta tú uno, Thompson! —dijo una chica jovencita vestida de colegiala europea. Una versión más escotada que la original, en concreto.

Iba tan borracho que mi habla no era muy fluida, pero le eché huevos.

—Este está dedicado a ti —y señalé a la chica. Aunque puede que no atinara y apuntara a un hombre viejo, bigotudo y grueso que estaba a su lado ya que, de repente, este me sonreía demasiado—. Vamos allá: «Cariño, ¿tú cuánto me quieres del uno al diez? Del uno al diez, te quiero mucho, pero del once al treinta me voy de viaje con mis amigos».

Más risas.

Vi en *flashes* cómo Dante tonteaba con una morenaza y cómo el hombre rollizo me guiñaba el ojo y volvía a sonreírme de forma seductora. La noche se estaba complicando, casi prefería volver a pelear con Erland por tercera vez. Mejor contaba otro chiste.

—Venga, atentos todos, sobre todo Dante y su novia —que me miraron riendo—, este os lo dedico: «Durante un atraco a un Banco, después de haber obtenido un buen botín y antes de darse a la fuga, el atracador, muy nervioso, pregunta a un rehén: “¿Tú me has visto robar este Banco?”. El rehén, asustado, le dice que sí y el atracador le pega un tiro en la cabeza. Después se vuelve al resto de los rehenes apuntándolos y pregunta a dos mujeres y un hombre: “¿Me habéis visto robar este Banco?”. Y el hombre, responde: “Yo no he visto nada, pero mi mujer y mi suegra no han perdido detalle”».

Y entre chistes, risas y una invitación sexual de un hombre de más de ciento veinte kilos, que decliné amablemente, pasamos una noche bien entretenida.

A primera hora de la mañana, Dante y yo nos habíamos quedado solos, el local estaba cerrado y Carlos nos había dejado las llaves para que saliéramos cuando quisiéramos. Estábamos en unos sofás tomando la última con un dolor de cabeza importante.

—¿Al final qué pasó con la morena? —pregunté.

—Quedaremos esta semana en su apartamento, así que ha sido una noche de provecho. —Y pegó un traguito de su vaso, una de las cervezas más *lights* que había—. ¿Y tú qué tal con tu novio? ¿También irás a su apartamento? —dijo con sorna.

—Le he dado tu dirección. Le he dicho que estás muy interesado en estos temas…

—Eh, eh… que hoy he ligado yo y tú no. —Dejó la botella en la mesilla —. ¡Ya era hora de que pasara! Te lo recordaré toda la vida.

—Perdona, yo también he triunfado. Lo que pasa es que no me convenció mi ligue… No me gustan bigotudos.

Y reímos mientras apurábamos nuestras bebidas.

—Me voy a mear —dijo Dante mientras se levantaba a duras penas.

Vi cómo su figura se tambaleaba mientras caminaba apoyándose en las paredes para llegar al baño que, para variar, estaba al fondo a la derecha. Me recosté y miré mi pad. No tenía ninguna comunicación pendiente, ni nada destacable a nivel personal. Leí las noticias del día: un par de atracos; un tiroteo entre la neo-yakuza y las tríadas; se había encontrado una bomba de *Deathlight* de la época de la guerra en un almacén abandonado, por suerte, inactiva. Pero sin duda, el tema estrella seguía siendo el atentado en el edificio de Mitsuyaque nosotros perpetramos hacía semanas. Circulaban muchas teorías: que si un ataque de Distronico de alguna otra megacorporación, que si la mafia, que si un atentado interno para derrocar a Kiryu… Algunos iluminados aseguraban incluso que había sido un ataque extraterrestre y que Mitsuyatenía mucho que esconder en ese sentido. Cada semana surgían nuevas pruebas, declaraciones y supuestos expertos que aseguraban conocer de primera mano lo que había pasado. El comunicado oficial de la corporación explicaba que el propio Kiryu había cometido una imprudencia en su despacho que había provocado una explosión y su propia muerte. No dieron más detalles ni falta que les hacía, en un tiempo nadie se

acordaría de eso. Y los que hablaran demasiado o intentaran indagar donde no debían desaparecerían sin dejar rastro. Ellos y su familia. Lo importante para una organización como Mitsuya era no admitir ningún error, echar las culpas a otro y, sobre todo, no mostrar ningún tipo de debilidad.

Mientras leía el análisis de un nuevo juego virtual que llevaba meses esperando —una aventura de rol que tenía visos de fascinarme—, escuché unos pasos que se acercaban. Levanté la cabeza esperando ver a Dante moviéndose como un pato mareado, pero en vez de esto me encontré con Ella.

SOMA.

Venía hacia mí decidida hasta que se paró a unos cinco metros y me miró fijamente. Abrió la boca como si quisiera hablar, pero no pudiera, como las primeras veces que la había visto en mis sueños. Sin embargo, esta vez, gorgoteaba, como si tuviera la boca llena de líquido que le impidiera pronunciar palabras.

—¿Eres tú? —acerté a preguntar.

La figura asintió con la cabeza y, al instante, se plantó delante de mi cara, a muy pocos centímetros. Abrió mucho los ojos y todo se tornó negro.

…

¿Era Ella de verdad?

…

—Borracho… Despierta, Jordi. ¡Tommy!

Abrí los ojos y me encontré a Dante frente a mí, justo en el sitio donde acababa de ver a SOMA. ¿Qué cojones había pasado? Dante siguió hablando:

—Vaya dormilón estás hecho… —dijo ebrio—. Aunque no te creas que yo estoy mucho mejor. He vomitado en el baño y me he tenido que tomar una HPT para que se me cortara —dijo con cara de asco—. Creo que será mejor que vayamos a casa a dormir la mona.

—Dante, ¿has visto algo cuando venías? ¿A alguien? —pregunté disimulando mi urgencia.

—¿Qué dices? El local está cerrado, no hay nadie más que nosotros.

—¿Estás seguro? ¿No has visto a ninguna mujer?

—La última que quedaba se la llevó Carlos —dijo con un tono pícaro—. Esa que nos ha contado historias de cuando trabajaba de *stripper* de la neo-yakuza. Hacen buena pareja, ¿no crees?

No podía estar más de acuerdo.

—Ya, es que… Es que… Me pareció escuchar una voz —mentí.

—La única voz que hay aquí es la de tu conciencia, que te dice que te levantes para que tu buen amigo no se desmaye aquí mismo.

Me levanté totalmente despierto y sobrio. El susto de SOMA me había quitado la borrachera de golpe. Agradecí que no hubiera sido más que un sueño, aunque fuera tan real que casi me provoca un infarto.

Porque fue un sueño, ¿verdad?

—Venga, tío, vámonos a desayunar. ¿Qué es eso de irse a dormir como dos mariquitas? —dije animándome—. Me invitas tú, que hoy has triunfado gracias a mis chistes.

—Dirás que he ligado *a pesar* de tus chistes —respondió mientras sacaba la llave magnética del bolsillo de su americana.

—Anda, vamos antes de que coja la *WildFire* y te corte en tres —dije cogiendo mis armas, que tenía en una caja fuerte detrás de la barra.

—Eres demasiado violento, Jordi —balbuceó Dante.

—Túme pones agresivo. —Y le hice una llave marcial de broma que, con el pedal que llevábamos, provocó que cayésemos al suelo y estalláramos en una carcajada. Habíamos hecho el típico ridículo de borrachos. Suerte que no había nadie que nos pudiera ver.

—Esta vez no has podido ni pegarme, tío —bromeó mi colega—. Últimamente me sale bien todo.

—Has tenido suerte, eso es todo —dije estoico.

Nos levantamos como pudimos y salimos a la calle, que nos recibió con un torrente de luz cegadora. Incapaces de movernos, nos quedamos quietos como dos tontos sin saber qué hacer.

—¿Dónde quieres que te invite, Tommy?

—¡Que no me llames Tommy…! —me interrumpí a mí mismo—. Mira, ¿sabes qué te digo? Que me rindo. Llámame como quieras.

—Piensa en lo que dices, ¿eh? —me advirtió mi amigo.

—En realidad, ya me quejaba por costumbre. No me molesta tanto, es como un acto reflejo. —Posé mi mano en el hombro de Dante—. Así que, si quieres llamarme Tommy, pues llámame Tommy. Tommy… Tommy… No suena tan mal. Al final te obligaré a que me llames así. —Una gran mueca de felicidad inundaba mi cara.

Dante me miró decepcionado.

—Si no te molesta no tiene gracia. Prefiero llamarte Jordi, como siempre.

—Como quieras, entonces —mentí.

La psicología inversa siempre funcionaba, me dije a mí mismo sintiéndome el puto amo. Una cosa era que fuéramos amigos del alma y otra que dejara que se saliera con la suya. Animado por haber logrado la victoria moral más importante de mi vida, empecé a caminar.

—¿A El Dragón Dorado? —pregunté.

—La duda ofende… Tommy —respondió Dante burlón.

Lo miré descolocado. «Menudo cabrón», pensé. Pero no pude evitar reírme. Así éramos nosotros, así era nuestra amistad, la más auténtica que jamás haya existido. Me colgué del hombro de Dante y empezamos a caminar por las sucias calles de Tokyo, la ciudad más terrible y fascinante del planeta. Mi ciudad.

Me encaminaba hacia un futuro incierto y difícil, pero donde, a partir de entonces, solo yo pondría las reglas. No una Inteligencia Artificial que diseñara mi nacimiento; no un sádico megalómano y déspota con aires de grandeza; no una *femme fatale* traidora capaz de dispararme por la espalda para salirse con la suya…

No.

Solo yo decidiría mis pasos.

Una de las pocas cosas en las que acertó Kiryu fue en que somos las personas las que debemos forjar nuestro propio camino, vengamos de donde vengamos. Que la máxima expresión de nuestra existencia es actuar con libertad, tirar para adelante sorteando las piedras que nos encontremos por el camino.

Y mi camino, por jodido que fuera, no había hecho más que empezar.

Y yo lo iba a recorrer hasta el final. Y lo disfrutaría. Joder si lo haría.

Pero primero, lo importante: tenía hambre.

FIN